

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

Fray Andrés Filomeno García

Insigne propagador y Primer Apóstol
de la devoción de la Ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena, en Chile,

POR

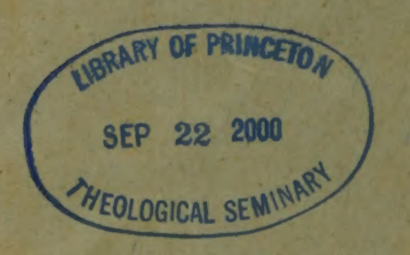
Fray Francisco Julio Uteau

Del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza
(Antes Recolección Franciscana)

2.ª EDICIÓN

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE EMILIO PEREZ L.
1760—Santo Domingo—1760

1898


LIBRARY OF PRINCETON
SEP 22 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

FR. ANDRÉS FILOMENO GARCÍA



EL SIERVO DE DIOS

Fray Andrés Filomeno Antonio María de los Dolores García Acosta

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

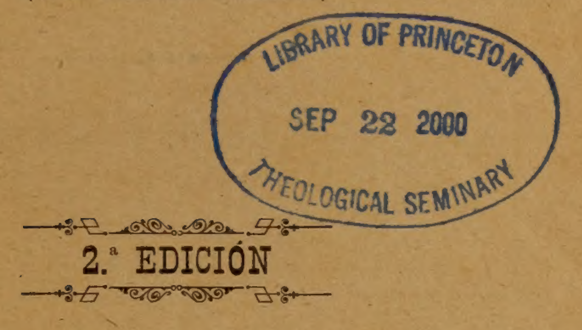
Fray Andrés Filomeno García

Insigne propagador y Primer Apóstol
de la devoción de la Ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena, en Chile.

POR

Fray Francisco Julio Uteau

Del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza
(Antes Recolección Franciscana)



2.ª EDICIÓN

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE EMILIO PEREZ L.
1760—Santo Domingo—1760

1898

LICENCIA

Santiago, 4 de Agosto de 1898.

Visto el informe del Revisor nombrado, Pbro. Don Pedro Antonio Ramírez, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra *Vida admirable del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta*, escrita por Fray Francisco Julio Uteau, y de las oraciones fúnebres anexas á la misma obra. Tómese razón.

ALMARZA.

Román,
Secretario.

PROTESTA DEL AUTOR

Deseo conformarme en todo con los decretos Apostólicos de Non Cultu *y especialmente con los de Nuestro Santísimo Padre el Señor Papa Urbano VIII; protesto que al referir las virtudes y los hechos del Siervo de Dios cuya vida he escrito, mi intención no ha sido prevenir el juicio infalible de Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ni pretendo se dé más crédito á lo que en ella digo que el que se da á lo que está basado en una autoridad puramente humana.*

FRAY FRANCISCO JULIO UTEAU.





INTRODUCCIÓN

> «La senda que lleva á una vida honesta y dichosa, está fundada en la verdadera religión.»—San Agustín.
>
> «La religión cristiana es el camino de la virtud.»—San Agustín.

I

Si echamos una rápida mirada por las primeras edades del mundo, lo que inmediatamente se presenta á nuestra vista es la catástrofe espantosa que se produjo entre la criatura y el Criador; es decir, la prevaricación angélica y la transgresión paradisíaca, origen de nuestras presentes desventuras. La tragedia de nuestros primeros padres, con sus amenazas y castigos, se halla escrita en las páginas de la historia de todos los pueblos. ¡Tal y tanta fué la transcendencia y grandeza de este fenómeno, único en los anales de la humanidad!

Consignados se hallan en los Libros Santos el desorden primitivo y la fatal caída de nuestro común padre, desgracia que no se borrará en toda la prolongación de los siglos.

El pecado de origen y su transmisión á la posteridad de Adán, es un dogma que se encuentra esculpido en el fron-

tispicio de las naciones y que ha presidido al nacimiento de todos los pueblos.

En las regiones deleitosas de ameno jardín, la mujer abre sus oídos á las insidiosas insinuaciones de la serpiente, y atraída por seductoras y falsas promesas, cae Eva, y envuelve en sus finísimas redes á Adán y á sus desdichados hijos. El funesto *seréis como Dioses*, despertó en nuestros progenitores sentimientos y deseos de culpable independencia, de rebelión y desobediencia á la ordenación ó mandato divino. Desde entonces los lazos que unían al hombre con Dios se rompieron en merecido castigo de su orgullo y loca rebeldía. Resultado de la primera culpa fué aquella severa y terrible maldición que Dios fulminó contra los culpables, y con la cual cargamos sus míseros descendientes. Cortados estos vínculos, nuestros primeros padres quedaron privados de aquellas íntimas relaciones y dulces comunicaciones que en premio de su fidelidad hasta entonces habían merecido. «Maldita, tú eres, entre todos los animales y bestias de la tierra», dijo Dios á la serpiente; «andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás todos los días de tu vida. Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando su calcañar» (1).

Y á la mujer:...... «con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad de tu marido, él te dominará» (2). Y dirigiéndose al hombre: «Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa...... espinas y abrojos te producirá...... mediante el sudor de tu rostro comerás el pan» (3).

(1) *Génesis*, c. III, vv. 14 y 15.
(2) *Génesis*, c. III, v. 16.
(3) *Génesis*, c. III, v. 17.

Hé ahí á los tres actores de este drama desgraciado, y el origen del primer crimen que manchó para siempre el linaje humano en su cuna.

II

Ahora bien, conocidos son los estragos que el pecado causó en las facultades de la criatura, y la tremenda pena que por él le fué impuesta, sólo comparable á la grandeza de la injuria cometida. El relato bíblico, con aterradora frase nos lo dice: «Y echóle el Señor Dios del Paraíso de deleites para que labrase la tierra de que fué formado» (1). ¡Justo y merecido castigo infligido á los que tan desatentadamente y con tan sin igual osadía resistieron y quebrantaron la intimación divina!

Vengamos ahora á las ruinas que el primer pecado causó en las facultades del hombre. Primeramente, el entendimiento cubrióse de espesas tinieblas, la voluntad se irguió en completa oposición con el querer divino, la libertad se vió herida en sus más augustos derechos; en una palabra, el sér moral y físico de la criatura resintióse en sus más profundos cimientos; diríase que un desequilibrio ó desorden general se operaron en la naturaleza humana. ¡Inmensa desgracia y de irreparables consecuencias!

Secundariamente, el imperio que el hombre había ejercido sobre los demás seres criados, que Dios había sujetado á su dominio, debilitóse porque en su soberbia quiso igualarse al Eterno. Todas las desgracias y miserias que afligen á la humanidad tienen allí su principio y explicación, como quiera que la posteridad se hallaba contenida y residía en Adán, nuestro primer padre, y en Eva nuestra primera madre. ¡Hé ahí el triste lote que nos tocó en suerte!

(1) *Génesis*, c. III, v. 23.

Echemos un tupido velo sobre tanta desgracia, y por un momento séanos lícito disimular, siquiera, tamaña desventura, para poner nuestras miradas en las consoladoras promesas que siguieron á la prevaricación humana. Al lado de la culpa Dios intimó el castigo, y en pos de éste acuerda magníficas é inefables esperanzas: «Ella quebrantará tu cabeza» (1).

¡Consoladoras palabras que llenan de gozo á la criatura, pues ellas ponen de manifiesto aquellos dos atributos que campean y brillan con más perfección, por decirlo así, en el Sér por excelencia: la justicia y la misericordia! Al paso que castiga al culpable para dar lugar á su justicia, le tiende al mismo tiempo como padre amante y cariñoso su mano compasiva, misericordiosa, anunciándole y prometiéndole un Redentor nacido de una Virgen Inmaculada que aplastaría la cabeza de la serpiente: «Ella quebrantará tu cabeza» (2). Esta encantadora promesa inundó de consuelo el corazón de nuestros primeros padres, y en esta esperanza vivieron llenos de fe y confianza sus descendientes. Desde entonces acá, ya nos es permitido exclamar: ¡Oh! feliz culpa que tanta gloria nos mereciste! Desde entonces deleitosa y suave brisa refresca los ardores de la concupiscencia y del pecado, y como que el sufrimiento y el dolor tienen sus embelesos y un no sé qué de sobrehumano y encantador.

III

En estas espectativas pasaron cuatro mil años, y unas en pos de otras van pasando las generaciones dejando tras de sí una huella indeleble, en la tradición, de la promesa di-

(1) *Génesis*, c. III, v. 14.
(2) *Génesis*, c. III, v. 14.

vina. Adán transmítela á sus descendientes, éstos á Noé, y ni las turbulentas ondas del diluvio universal son capaces de borrar tan singular acontecimiento. Los patriarcas la esperaron con ansia; los profetas la anunciaron y predicaron con largos años de anticipación, y á porfía disputábanse las matronas de Israel el singular honor de llevar en su seno al prometido en los tiempos adámicos.

Llega por fin la plenitud de los tiempos y el cumplimiento de la esperada promesa, y reanudóse aquella alianza comenzada en la aurora de los tiempos; restablecióse la paz entre el Criador y la criatura. Sí, la paz tan deseada apareció sobre la tierra, el sol de justicia brilló en el horizonte del mundo y disipó las oscuras tinieblas que cubrían la faz del universo. ¡Bendita sea la benignidad y misericordia de nuestro Dios que así consuela á la humanidad y la levanta del estado de miseria y de abatimiento en que la tenían postrada el pecado y las pasiones, el vicio y sus funestas consecuencias! ¡Oh, condescendencia y misericordia divinas que así y por tan soberano modo enjugas las lágrimas de la criatura, colmándola de singulares favores y de inmensos beneficios, reparando el pecado, ajustando eterna alianza entre el cielo y la tierra, proclamando la libertad, fraternidad é igualdad humanas, manantiales fecundos de felicidad y bienestar de los pueblos. Se pondrán más de manifiesto los beneficios de la redención, considerando el estado de la humanidad antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

En sombras de muerte vivieron los pueblos que existieron al otro lado de la Cruz, envueltos en la barbarie, la ignorancia y la abyección en que los tenía sumidos el paganismo. Adormecida y casi extinguida la noción de Dios y la idea del bien, sólo cifraban su felicidad en el mayor goce de los sentidos, en los placeres sensuales y en la divinización de la materia; el hombre convertido en tirano

de la mujer; ésta sometida á la esclavitud más ominosa, sólo era considerada como un objeto destinado á satisfacer las pasiones más groseras y los apetitos desordenados de los más culpables y degradantes vicios; el mundo era un caos y un campo de batalla abierto para pelear las vergonzozas luchas que engendran las costumbres depravadas de los hombres que viven sin ley, sin Dios y sin sujeción ni á los más elementales principios que rigen á la sociedad, á la familia y al individuo en sus relaciones con sus semejantes; los estrechos vínculos de fraternidad, unión é igualdad, relajados y rotos en fuerza de las inveteradas llagas que roía el cuerpo social y doméstico. Si pudiéramos pintar el cuadro horrible que ofrecía el mundo antiguo, exhibiríamos un espectáculo digno de llamar la atención del filósofo y del hombre pensador. Investigando uno á uno sus detalles y examinándolos á la luz de la revelación y de la ley de gracia, veríamos que era necesario cubrirse la vista de horror y de espanto, y echar un denso velo sobre tanta miseria, sobre tanta desgracia como afligía entonces á la humanidad entera.

IV

¿Quién no contempla con asombro el estado de degradación y servilismo á que estaba condenada la parte más delicada y tierna del género humano, la mujer?

Envilecida y sujeta á la condición más humillante, siente profundas perturbaciones en su ser moral, físico é intelectual; arrebatádosele había el don precioso de la libertad; y en cambio aherrojádosele cual aprisionada delincuente con duras y pesadas cadenas; inclinada su frente y gimiendo al peso de triste y larga servidumbre; á donde quiera que dirigía sus miradas, su situación precaria y abatida permanecía siempre la misma. Ni cobraba aliento para variar de

condición; esclava de las pasiones y de la tiranía del hombre, su suerte era siempre igual; pues que marchaba uncida al yugo opresor del que tenía sobre ella, nó el ascendiente sino el ilimitado poder de someterla á sus caprichos y antojadizas inclinaciones. Si exceptuamos las mujeres ilustres y eminentes que florecieron en los tiempos patriarcales, las matronas de Israel y otras que brillaron por su santidad, por los ejemplos de su vida y la pureza de sus costumbres, bien podemos afirmar, con la historia en la mano, que el resto vivió en la más completa disolución. Las ideas de Dios y de su bondad, como decíamos más arriba, hallábanse mezcladas con las más asombrosas mitologías y supersticiones; las que engendraban una amalgama confusa de divinidades y falsas creencias, cuya sola enunciación basta para poner espanto en los corazones y dar por punto más que imposible el poder penetrar en tan intrincado laberinto de dioses; y justa razón tuvo Juvenal para exclamar: «¡Oh, dichosas naciones á las cuales les nacen dioses hasta en los huertos!» La poligamia y el divorcio fueron instituciones y costumbres que degradaron en gran manera la dignidad y nobleza de la mujer, hasta el grado de mirarla como una *adquisición;* y esto acontecía en el mismo pueblo judío, aquel en quien más elevado rango ocupaba la mujer, ya en el seno de la familia, ya en la sociedad. El gentilismo nos presenta á la mujer entregada al olvido más completo del honor, víctima de la lujuria en todo su ardor y repugnancia. Actos inauditos de crueldad, como la inmolación á sus pies, de sus propios hijos; la esposa tratada por su marido como bestia de carga, vendida como un objeto cualquiera, era comprada en pública subasta al mejor postor; el tráfico más vergonzoso estaba establecido en la Grecia, y por aquellos que creían ser los más sabios legisladores. Tal era la suerte y condición de la mujer en el mundo pagano.

¿Y el hombre? Este ser nobilísimo y de tan alta dignidad, dotado de tan preciosas facultades, rey de la creación, la obra más perfecta que saliera de las manos de Dios para que presidiera á todas las criaturas, excepto la angélica; pues, en expresión del Salmista, «le constituyó el Señor en grado menos que el ángel», «que lleva grabado en su frente, brillante reflejo de luz divina»; compañero inseparable de la mujer, debió participar también de sus sufrimientos é infortunios; como quiera que ambos habían concurrido á la infracción del mandamiento divino, juntos también habían de expiar su crimen y una suerte común habían de tener en su peregrinación sobre la tierra. Sin embargo de hallarse adornado de tan excelentes prerrogativas, entregóse inconsideradamente á excesos brutales, á pasiones desordenadas que borran en el alma la imagen bellísima de Dios. En su corazón habitan, juntamente, rencorosos odios, venganzas inextinguibles; déjase arrastrar por el crimen y los vicios; abusa de su autoridad en provecho propio, desconociendo el ajeno; voluptuoso, enerva sus fuerzas corporales é intelectuales, y ciega las fuentes de vida con sus costumbres depravadas y licenciosas. Antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, juguete de sus pasiones, en razón de sus desórdenes é inmundos placeres, apenas si se divisa en él un resto de la nobleza y dignidad de su origen primitivo, ni un rayo de esperanza en sus inmortales destinos. Por sus abominables excesos, su refinamiento en el vicio, su inteligencia cubierta de errores y espesas tinieblas, su voluntad flaca y débil, el hombre ofrece en la antigüedad pagana el cuadro más desolador al contemplar tanta miseria y degradación. El hombre pagano, si ama, es con amor voluptuoso é impuro; si aborrece, su odio abrasa su corazón devorado por el deseo de la más torpe venganza; el pudor y el pensamiento del bien desterrados están de su alma; y solamente encuentra bienestar en la recrudescen-

cia del mal y en la satisfacción de vergonzosas pasiones. Así se diseña y aparece en sus detalles y conjunto la humanidad en el período más agudo y tristemente desgraciado por que ha pasado la criatura, víctima culpable de los estragos y ruinas que trajo el pecado á los míseros descendientes de nuestros primeros padres.

V

Hemos visto la causa y los efectos de la culpa, y los gemidos y lamentos de tan triste pasado resuenan con voz dolorida y lastimera por todos los ángulos de la tierra, sin que mortal alguno pueda sustraerse á tanta desdicha y sin igual desventura; desde entonces los acentos de la desgracia y de la muerte se repiten sin cesar desde que abrimos los ojos á este mundo hasta que los cerramos para no volverlos á abrir sino allá en los resplandores de la eternidad. Hemos manifestado también la situación repugnante de la mujer en el mundo antiguo, y la no menos corrompida y criminal que condujo al hombre á un abismo sin fondo y de torpe envilecimiento en el paganismo. Ahora bien, tantos infortunios debían tener un término, y la maldición se debía cambiar en bendición; la cólera celeste tornarse en misericordioso amor. Efectivamente, del trono de Dios desciende la piedad y el perdón para el pecador; Dios olvida la injuria y sólo tiene presente la compasión.

En la plenitud de los tiempos brilla el sol que había de alumbrar las oscuras tinieblas en que yacía sepultado el mundo. «*Ecce nova facio omnia*» (1). «Hé aquí que yo renovaré todas las cosas», había dicho la Verdad Eterna, y á su aparición sobre la tierra, como que pierden de su brillo aquellas figuras que en el mundo antiguo habían sido

(1) *Apocalipsis*, c. XXI.

la admiración de los hombres; á su lado son estrellas que palidecen porque el sol de justicia con su luz apaga los destellos y resplandores; débiles reflejos son las virtudes de los patriarcas y de aquellas heroínas ilustres que cubrieron de gloria al pueblo hebreo. Tal era el anunciado y prometido por los profetas.

El medio de que Dios se vale para renovar la humanidad caída es un Hombre-Dios, Jesucristo. Él será quien romperá las cadenas de servidumbre y devolverá á los hombres los derechos perdidos, proclamará á la faz del mundo entero que todos tienen derecho á elevarse á un grado de perfección y de belleza que sólo pueden alcanzar las más puras y angélicas criaturas. Por fin, cumplióse la promesa del Hijo Único de Dios, el Verbo Eterno, resplandor de la gloria del Padre, tomando la naturaleza humana en el seno purísimo de una virgen, por operación del Espíritu Santo, quedando siempre virgen en el parto y después del parto, como lo había sido antes de él.

VI

Grandes excelencias y prerrogativas adornaban á esta Virgen benditísima: linaje nobilísimo; descendiente de reyes, purísima, bellísima y en quien se encuentran reunidas á porfía las gracias y perfecciones imaginables. María, la amada del Esposo celestial, elévase en medio de las hijas de Judá como un lirio entre las espinas; sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma; sus labios semejantes á una cinta de escarlata, son un panal que destilan miel; su andar es ligero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte.

Esa es María, llamada por el mismo Dios á ser la corredentora de la humanidad, dando á luz de su purísimo seno

á Jesús, renuevo del tronco de Jessé, flor nacida de su raíz. Destinada á ser madre de un Dios, debía estar inmune de toda culpa y presentarse á la faz de la tierra sin la mancha contraída por las demás criaturas. ¡Privilegio extraordinario, sin ejemplo en los siglos pasados. Su vida es santa desde su nacimiento hasta su muerte, y en pos de sí sólo deja huellas de santidad altísima y de virtudes memorables.

En el tiempo prefijado, el Eterno Padre envía un ángel á anunciar á María que en su seno encarnaría el Hijo de Dios que había de abrir la puerta de la gloria y comunicar nueva vida á la humanidad. Sí, porque desde que brilló en el oriente la estrella que anunciaba el nacimiento del Mesías, se disiparon las tinieblas que oscurecían el mundo; los horizontes brillaron con nueva luz y sus resplandores comunicaron al corazón del hombre reflejos vivísimos de santidad y perfección cristiana.

La Encarnación del Hijo de Dios trajo á la tierra un mundo de esperanzas inmortales; el infierno tembló de espanto; la regeneración de la criatura iba á ser radical y completa por la destrucción del pecado; y esta restauración se verificaría en condiciones desconocidas de los hombres, como quiera que éstos habían vivido entregados á los placeres y sumidos en un abismo de torpes y vergonzosas pasiones; y Jesucristo vino á establecer su reino sobre bases diametralmente opuestas, sentando los sólidos é inconmovibles cimientos de la humildad y de la caridad; de la mortificación y de la pobreza, virtudes santísimas, ignoradas de los pueblos que precedieron á la venida de Jesucristo.

Los rayos de luz y de enseñanza que parten de la gruta de Belén, esparcen sobre la humanidad benéficos resplandores; del fondo de pobre y humilde pesebre brotan la paz y la mansedumbre, la misericordia y la justicia; de

allí, como de cátedra sapientísima y de soberana perfección, recogió la humanidad máximas y lecciones, virtudes y ejemplos que iluminaron toda la redondez de la tierra. Jesucristo rehabilitando á la criatura, dió gloria á su Padre y la levantó á un grado eminente de santidad.

Los ejemplos y virtudes de la vida privada y silenciosa, su vida pública después, la predicación incesante y continua fué la más completa apología de su misión divina; sus milagros, la prueba incontestable de un Dios; la excelencia de su doctrina y los maravillosos resultados producidos por el Evangelio en oposición manifiesta á los placeres y vergonzosas pasiones que degradaban al mundo, ponen en evidencia y de alto relieve la alteza del cristianismo y la santidad de su Fundador.

VII

El establecimiento de la Iglesia, fiel depositaria del espíritu de Dios y de las enseñanzas, leyes y doctrinas; la altísima misión confiada á sus Apóstoles y primeros discípulos; la rápida propagación del Evangelio; la invencible fortaleza de los mártires; la fe y santidad de los ínclitos confesores; el valor probado con todo género de tormentos y de sacrificios sufridos por su amor, acabaron por humillar á aquellos monstruos de crueldad que inútilmente se cebaron y ensañaron contra el nombre cristiano, razón evidente de que la doctrina de Jesús llevaba en su seno el carácter elocuente y el sello indeleble de la verdad.

La manifestación de un Dios sobre la tierra mediante su Encarnación y Nacimiento, reconquistó para el hombre la gloria y los dones de la gracia perdidos por el pecado; ha hecho más todavía: ha colmado á la criatura de virtudes y sublimádola á un grado altísimo de perfección que ha sido la admiración de los que han contemplado tantos y tan esclarecidos hechos como brillan en los héroes del cristianis-

mo. En el ejemplar divino han puesto sus ojos, y allí han aprendido aquella celestial doctrina que guía los pasos de la humanidad en todas sus manifestaciones así públicas como privadas. «Dios ha hablado á los hombres y se ha manifestado á ellos por medio de su Unigénito Hijo» (1). ¡Palabra santa y llena de sabiduría celestial que ha penetrado en las inteligencias enseñándoles el conocimiento de la verdad revelada y encendiendo en la voluntad y en los corazones el fuego santo del amor divino! Á este compás se mueven constantemente las criaturas sin vacilar, fundadas en las infalibles promesas del mismo Dios y en la autoridad no menos indefectible de la Iglesia, única maestra de la verdad y de la creencia universal de todos los siglos.

Aunque el vicio y el error, la herejía y el cisma hayan á veces desgarrado la túnica inconsútil de la Iglesia, y tenaces y rebeldes hijos la hayan declarado cruda guerra, á su lado han permanecido firmemente adheridos valientes campeones de la verdad, y en su nombre han peleado sin descanso las nobles y generosas batallas de la fe y mantenido siempre incólume y en toda su pureza el sagrado depósito; celosos y santos atletas, desnudos de las conveniencias temporales, han sostenido perpetua lucha para desenmascarar el error y el vicio y presentarlos en toda su deformidad y repugnancia á los ojos de las generaciones.

Los escritos de los Santos Padres han quedado como monumentos imperecederos de doctrina y sabiduría y como archivo y arsenal surtidos de toda clase de armas para defender la integridad del dogma y la incolumidad de la fe donde quiera que la incredulidad y la indiferencia hayan querido levantar, orgullosas, la cabeza de la rebelión y de las escisiones religiosas.

(1) *Hebreos*, c. 1.

VIII

El establecimiento del cristianismo introdujo leyes é instituciones empapadas en la santidad de su origen. En el plan general del cristianismo entraba principalmente la institución de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, elemento indispensable y conducto seguro para seguir la doctrina del Crucificado, faro luminoso adonde todos deben dirigir sus miradas si no quieren perecer víctimas de oscuras tinieblas. Siempre perseguida, pero jamás vencida, ha sostenido combates en que el esfuerzo y valor de sus hijos han sido puestos á ruda prueba; mas ellos siempre han hecho sentir la energía y convicción de su fe religiosa sobre sus encarnizados enemigos. El espíritu de sacrificio y de inmolación voluntaria, la abnegación, los suplicios espantosos, los exquisitos tormentos de los mártires y confesores de Cristo se traducen en otros tantos apologistas de la excelencia del cristianismo, pues éste como institución religiosa, y el catolicismo como sistema religioso también, son el medio más adecuado para el bienestar social, político y religioso de la humanidad.

Bajo la influencia del plan divino y obedeciendo á los elevados principios del cristianismo, han brotado en el campo de la Iglesia benéficas sociedades en las que se ha mantenido intacto y en toda su integridad el espíritu puro de las enseñanzas y perfección evangélicas. En vano se han hecho esfuerzos inauditos para derribar estos baluartes, verdaderos antemurales en que han tenido que estrellarse impotentes la maledicencia de no pocos. Ya se comprenderá que nos referimos á los institutos religiosos, á cuya sombra se ha conservado el cristianismo en ejercicio y el Evangelio en acción,

El impulso frenético y satánico de los últimos tiempos se ha empeñado en destruír, y en parte lo ha conseguido, arrancando de en medio de los pueblos estos asilos de virtud, cuya influencia saludable es justamente reconocida aun por los adversarios y enemigos de la religión, pero sus esfuerzos han sido inútiles. No han logrado extinguir el celo ni las apostólicas tareas de los operarios de la viña del Señor; al contrario, bien pronto se ha dejado sentir su falta y necesidad, y las críticas circunstancias que han traído su extinción han desaparecido tan luego como los espíritus han recobrado la calma y cesado las ardientes y funestas pasiones que se habían apoderado de los ánimos; y no está lejano el día en que se opere el restablecimiento de las comunidades religiosas en todos aquellos países que desgraciada é inconsideradamente las han desterrado de su seno.

En el orden social y político, el trastorno ha llegado hasta el punto de hacer una separación completa y un divorcio escandaloso en todo lo que tiene relación con la religión y la moral. Existe en este sentido indiferencia en unos y una ignorancia tal en otros, que hace temer por el porvenir; no poca parte tienen en esto la malicia del hombre y los esfuerzos de sociedades secretas que en sus reuniones y conventículos fraguan con exquisita y fina táctica medios que conducen directamente á destruír y á aniquilar, si posible fuera, todo lo que está fundado en la revelación y que entra en el plan sobrenatural y divino.

De este desorden se resienten no sólo los pueblos y los que gobiernan, sino también las familias y el individuo; el ideal que se persigue sería echar un oscuro velo sobre el dogma y la moral, la doctrina evangélica y las leyes de la Iglesia, que tienen su más firme apoyo en la palabra del mismo Dios y en sus infalibles promesas.

IX

Con desusado empeño se emprenden furiosas y crueles cruzadas contra el clero y los pastores puestos por Dios para guardianes del rebaño que les está confiado; porque, fieles y adheridos al Supremo Gerarca de la Iglesia, obedientes á su voz y á sus enseñanzas, claman sin cesar, como dice el Apóstol, para apartar á sus súbditos de los pastos venenosos, al propio tiempo que les enseñan el camino que conduce á su felicidad eterna.

Consecuencia de lo que venimos diciendo es que los pueblos no se rigen por leyes que debían tener su fundamento y ser un reflejo de la ley divina, para ajustar á ella sus actos y conducta así en la vida pública como en la privada. Sucede lo contrario en los desgraciados tiempos que alcanzamos; al frente de las Cartas Fundamentales y Códigos por que se gobiernan las naciones, el nombre de Dios brilla por su ausencia; las leyes secundarias hállanse animadas del mismo espíritu ateo, como que tienen su fuente en principios subversivos del orden social, político y religioso.

Países eminentemente católicos, alimentados á los pechos de la Religión y de la Iglesia, vénse azotados é invadidos por costumbres perversas, por leyes secularizadoras. Bajo los especiosos pretextos de igualdad para todos y de moderno progreso, se pisotea y desprecia lo que hay de más sagrado y santo. Cementerio laico, matrimonio civil, separación de la Iglesia y del Estado y otras muchas leyes de esta naturaleza, son raras invenciones modernas del espíritu del mal, y que, por lo tanto, traen funestas consecuencias para las almas.

No menos transcendental es el sistema de enseñanza, sin tinte alguno de religión, que se propaga con empeño en las cátedras del Estado, donde se hace abstracción com-

pleta de Dios y de las nociones más esenciales para el cristiano, formando así sólo inteligencias vacías de la idea de Dios y corazones tibios y de glacial indiferencia en materia religiosa. De ahí la licencia de costumbres, la altivez precoz y el ningún respeto de la juventud, el desorden público y privado de los hijos de familia, sobre todo. El refinamiento en el trato social, el lujo desmedido que no guarda proporción y excede muchas veces á las entradas y lo que demanda la posición social de cada cual; las exigencias siempre crecientes de gastos inútiles que son la desesperación de los padres de familia. El placer, el incesante anhelo de goces temporales no tienen otro origen ni principio que el desconocimiento de Dios y de la Religión, que suaviza y morigera las costumbres y usos sociales y domésticos. La sed insaciable del oro, el sórdido interés, preocupa sin cesar al hombre y en todo pone atención, menos en aquello que podría traer bienes sólidos y duraderos, si su mira estuviese siempre fija en las verdades que proclama la religión, la única que regenera y cubre con sus alas protectoras á la humanidad en su marcha por la tierra. Tal es el estado actual de la sociedad.

X

Este débil bosquejo que hemos trazado es nada en comparación de los males y extragos que acarrea á las almas el desconocimiento de Dios y de su ley; no exageramos: al contrario, nos quedamos cortos al enunciar los progresivos i precipitados pasos con que avanza la impiedad y la desmoralización social.

Al lado de la mala educación y de la instrucción superficial y errónea, de los sistemas calculados para destruír por su base el edificio de la religión, ocupa lugar preferente

en la escala del mal la lectura perniciosa y el deseo, el ansia que se ha despertado por leer novelas indecentes y escandalosas, de las cuales cada página es un pecado y cada palabra una blasfemia. Con esta arma que presta un auxilio eficaz para pervertir las almas, se ataca crudamente las prácticas de piedad, las costumbres santas, y se infunde en los entendimientos el error y el vicio y en los corazones la corrupción y la inmoralidad. Es increíble el número de prosélitos que hace la lectura de autores conocidos por su impiedad y á los cuales más esmero se pone en leer, con una curiosidad tal, que no se puede aparecer ilustrado si no se sabe desde la primera hasta la última página de un libro, y si no se da cuenta y razón de las intrigas, enredos, detalles, conjunto y desenlace final de una pasión vergonzosa que ha arrastrado á crímenes, abusos y delitos cuyo relato horroriza y hiela la sangre en las venas. Así se ceduce el corazón y se envenena el espíritu de la juventud incauta é inexperta; al paso que causa profunda y amarga pena la ignorancia extrema que reina en materia de religión, de doctrina cristiana, catecismo, historia santa y de la Iglesia, y aun de los más elementales principios y deberes de un cristiano.

Quisiéramos señalar aquí la causa de tan funestos males, que no es otra que el ningún respeto y veneración que se afecta tener por nuestra sagrada religión, porque ésta se ha desterrado del Gobierno y de la Sociedad, porque no reina como soberana en el espíritu, y no preside como tiene derecho perfecto é indiscutible, en la educación y enseñanza que se da á la juventud; porque quiere arrancarse, y ya en gran parte se ha conseguido, el girón de autoridad que los padres tienen en la educación de sus hijos; y lo que es peor, que aquellos consienten, sin dárseles un ardite, en despojarse voluntariamente de tan santos y augustos derechos, acordados por Dios á los padres de familia.

XI

Sin el influjo de la religión y de sus máximas, el género humano no llegará jamás á su verdadera perfección; sin sujeción á la autoridad, el espíritu funesto de independencia en toda materia, no conseguirá otra cosa sino cubrir de ruinas el edificio social; en una palabra, «*la religión y sólo la religión cristiana salva á los pueblos.*»

Inútilmente ponderaríamos los males sin cuento que afligen á la sociedad, si no le presentáramos el antídoto eficaz y poderoso que los conjura y destierra de las almas. Pues bien, al espíritu irreligioso é indiferente opóngase con empeño y energía el conocimiento y la idea exacta y cabal de la doctrina cristiana; la noción que debe tener toda criatura de la divina revelación; la noticia de los dogmas fundamentales del catolicismo; las leyes eclesiásticas, los sacramentos, como fuente perenne que son de la gracia; al ansia y deseo de leer, preséntense á la juventud libros empapados en la savia de la moralidad y en el atractivo hacia el bien y las buenas costumbres; á la cruzada emprendida con tanto esfuerzo por la masonería para minar y destruír con sus teorías satánicas y planes tenebrosos el orden establecido y el odio que se tiene á la religión y á la autoridad del Sumo Pontífice, manifestemos nuestra adhesión incondicional á sus enseñanzas, sumisión á los pastores eclesiásticos por cuyo órgano recibimos la verdadera doctrina; al ateísmo teórico y práctico que domina en las leyes civiles, hijas de tendencias desmoralizadoras, contrarrestémoslas con la observancia práctica y puntual de los mandamientos divinos y de los preceptos de la Iglesia; á la insubordinación social y doméstica, hagamos que reinen el orden y respeto á las autoridades y á los padres de familia; que el fervor y la verdad, el ejemplo y las buenas costumbres en todas las

esferas y jerarquías reemplacen á la indiferencia y al vicio, al escándalo y á la licencia que por desgracia han invadido todas las clases y órdenes sociales. Instrucción sólida y fundada en principios luminosos de fe y en teorías sanas que iluminen el entendimiento con la antorcha inextinguible de la verdad y de la justicia, ese debe ser nuestro anhelo. Este ideal llevaría por la mano á la criatura á cierto grado de perfectibilidad social y privada que mataría en su fuente el espíritu del mal que domina hoy en el mundo, ideal que se halla basado en los fundamentos indestructibles de la religión, origen de todo progreso y de verdadera civilización.

Remedio á tantos males ha sido siempre y en todas épocas, volvemos á repetirlo, la buena lectura; ella ha sido siempre poderoso estímulo para el bien y el principio de eficaces conversiones en la serie de los siglos.

Hoy, llevados del pensamiento de cooperar, en cuanto de nuestras débiles fuerzas dependa, al bien espiritual de nuestros semejantes, presentamos al público un libro que contiene la vida de un varón que ajustó su conducta á los preceptos y enseñanzas divinas. Sencillo y sin aparato mundano, su nombre se recuerda con entusiasmo y con amor por todos los que le conocieron; su memoria no se ha olvidado sino que vive intacta y permanente en la presente generación. Desde los primeros años de su vida preludiaba ya el grado de santidad y de virtud á que había de llegar más tarde y que coronó su carrera mortal con una muerte preciosa á los ojos de Dios y de sus semejantes. ¿Cómo alcanzó tan altos bienes? Derramando sin cesar, á manos llenas, numerosos beneficios en la sociedad, y que están grabados en la conciencia de todos; combatiendo sin descanso sus inclinaciones hasta alcanzar sobre ellas el más completo triunfo y espléndida victoria; llevando por norte y guía de sus acciones la verdad, lo bueno, lo útil y pro-

vechoso para sus semejantes. Su tarea constante fué dulcificar y suavizar las desgracias y miserias humanas sin vana ostentación; infundió en el pueblo el espíritu de Dios y el amor á la virtud; inclinado naturalmente hacia lo bueno, cree con fe sencilla y fervorosa, espera confiadamente y se abandona sin hesitación en los brazos de Dios y de su Providencia. Armado de la virtud y de la caridad principalmente, ejercía soberano imperio sobre las almas y determinábalas á cambiar de vida y de costumbres. Desprecios, calumnias é insultos, todo lo sufre y tolera, y á poco sus mismos detractores se arrepienten y confiesan sus errores.

Bastaría para hacer su elogio repetir las palabras de que se valen los Libros Santos hablando del Santo Job: «*que era hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado de lo malo*, y que piadosamente podemos creer *que conservó durante su vida la inocencia de su corazón.*»

No es un santo ni es nuestro ánimo anticipar el juicio de Nuestra Santa Madre Iglesia, en este sentido; pero sí es un varón ejemplar el que presentamos á la consideración del pueblo cristiano. Lo hemos dicho, y lo repetimos, queremos dar á conocer á un benefactor de la humanidad, á un hombre virtuoso, en toda la extensión de la palabra, para que así no se alegue excusa, ignorancia ni dificultad de ningún género para seguir el camino y recto sendero señalado en el Santo Evangelio, cuyas enseñanzas practicó el Siervo de Dios.

No adelantemos los hechos que hicieron grande al ilustre Donado: su vida dirá mejor que nosotros á qué grado de virtud llegó en su condición y estado humilde y modesto.

En el curso de este libro el lector tendrá ocasión de notar su ardiente caridad hacia el prójimo, los inmensos beneficios que prodigó en la ciudad de Santiago, cuyos habitantes son testigos de cuanto tendremos que decir. En su

calidad de Donado dió lustre y esplendor á la Comunidad á que perteneció, y ejemplarizó a su pueblo con el brillo de sus virtudes. Hemos procurado informar nuestro trabajo del mismo pensamiento en que vertió el suyo el autor de la *Vida de Fray Andrés*, Fray Manuel de la Cruz Villarroel. La primera y única edición que se hizo de esta *Vida*, fué acogida por el público con tal simpatía, que los numerosos ejemplares se agotaron, no encontrándose uno solo sino con gran dificultad.

Las personas piadosas que conocieron al Siervo de Dios, se empeñaban por saber algo de más cierto y autorizado que lo que se cuenta vulgarmente de sus virtudes.

Lejos de nosotros la idea de haber mejorado el objeto que el autor de la *Vida de Fray Andrés* se propuso, ni de hacernos la ilusión de haber agregado brillo ni gala á la narración de la *Vida* del Siervo de Dios; podemos asegurar, sí, que no le hemos arrebatado ninguno de sus méritos.

Permítasenos transcribir aquí las palabras de un célebre escritor, que resumen perfectamente nuestro pensamiento y el objeto de este libro: «Estamos, pues, íntimamente persuadidos que es una obra utilísima el presentar la virtud y sus bellezas bajo la transparencia de personajes cuya mayor parte son ya populares, y de poner así á los ojos del lector el tipo humano del bien y la regla viviente de lo que se ha de hacer y de lo que se ha de evitar.»

¡Quiera Dios que este buen deseo de nuestra parte disimule los defectos en que hayamos incurrido en la ejecución de nuestra empresa! ¡Quiera Dios, repetimos, infundir en los que lean este libro, el deseo de seguir las huellas del Siervo de Dios. Si llegamos á alcanzar que uno solo se aproveche de sus ejemplos, confesamos sinceramente que nuestro débil trabajo ha sido compensado con usura.

EL AUTOR



VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

Fr. ANDRÉS FILOMENO GARCÍA

PRIMERA PARTE

Desde el nacimiento del Siervo de Dios hasta su llegada á Montevideo.

CAPÍTULO I

Patria del Siervo de Dios.

«Los varones mejores y más perfectos son los que florecen por sus virtudes.»—«Los hechos heroicos de los varones ilustres perseveran indelebles en la memoria de todos.»—(Libro 2, . Epístola 147 *ad Eutonion.)*

Las Islas Canarias, provincia de España, en el momento en que escribimos, han alcanzado un grande incremento en civilización. Cada una de sus principales islas desarrolla importante poder industrial, manteniendo activo comercio con los países del continente europeo y americano.

Este Archipiélago está situado en el Atlántico, entre los 27° y 39° de latitud N., y los 9° y 14° de longitud O., á 150 kilómetros de la costa occidental de África y á 1,050 al SO. de Cádiz; y cuenta con una población de 325,000 habitantes más ó menos. Se compone de diez islas, de las cuales sólo siete están habitadas. Tales son: Tenerife, Gran Canaria, Palma, Lanzarote, Fuerte-Ventura, Gomera y Hierro, que es la más pequeña: el conjunto de todas ellas forma la provincia de Canarias, cuya capital es Santa Cruz de Tenerife. Sus habitantes son honestos, sobrios y religiosos. La religión es la Católica Apostólica Romana, pero se toleran otros cultos.

La civilización cristiana fué introducida sin gran dificultad por los españoles y portugueses, y florece hoy en todas aquellas islas.

En 1819 quedaron erigidas dos sillas episcopales en las Canarias: una la antigua, en la ciudad de las Palmas, y la otra en la isla de Tenerife, en la ciudad de San Cristóbal de la Laguna, con jurisdicción en esta isla y en las de Palma, Gomera y Hierro. Actualmente cuenta con dos Catedrales, dos Seminarios respectivamente, diversas parroquias y varios conventos y congregaciones religiosas.

Las sabias exploraciones de Humboldt y Buch han dado mucha luz acerca de la flora de las Canarias, cuyas producciones vegetales varían desde la palmera de las regiones tropicales hasta las plantas alpinas que caracterizan los picos más elevados.

El delicioso clima de que gozan estas islas, agregado á su fertilidad, fué causa de que los antiguos las llamasen *Islas-Afortunadas.*

El ardor del clima está templado por la elevación del terreno y por los vientos periódicos del mar; la tierra produce con una especie de furor, y basta detener su exuberancia y procurarla alguna sombra para que centuplique

sus más sazonados frutos. Las tempestades son casi desconocidas; las costas, seguras generalmente, y no hay que temer en ellas ningún escollo. Las aguas son excelentes, y en algunos puntos se recomiendan por sus cualidades medicinales.

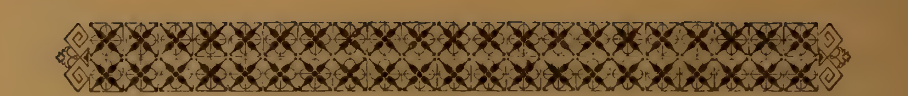
Las Canarias es patria de algunos hombres distinguidos en las Letras y en las Artes, mereciendo especial mención los nombres de Cairasco, Clavijo-Fajardo, Riera y el Iriarte.

Fuerte-Ventura, notable entre aquellas islas, cuenta con una población de más de 11,000 habitantes; tiene las siguientes parroquias: Tuinege, Pájara, Betancuria, Antigua, —que es el arciprestazgo de la Isla,—Tetir, Casillas del Ángel y Oliva.

Casillas es también una pequeña población perteneciente á la mencionada isla de Fuerte-Ventura, con una población de más de 1,000 habitantes. No lejos de ella, como á una hora de camino, existe un pago ó caserío llamado Hampuyenta, compuesto actualmente como de sesenta y tantas casas, ó sea otras tantas familias.

Este último pueblecito que por su insignificancia hubiera sido relegado al olvido, fué el designado por Dios para que viera la luz del mundo el hoy Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, propagador infatigable y primer Apóstol de la devoción en Chile de la ínclita y gloriosa Virgen y Mártir Santa Filomena.

El nombre de Filomeno, como se verá después, no le fué puesto en la pila bautismal: sólo es el aditamento con que lo distinguía el pueblo á causa de la grande y profunda devoción que el Siervo de Dios profesaba á esta insigne Virgen y Mártir, al propio tiempo que indica el infatigable celo que desplegaba en propagar su culto.



CAPÍTULO II

Hogar.—Genealogía del Siervo de Dios.—Nacimiento.

«La verdadera parentela no se conoce por la sangre y la corona, sino por la virtud del alma.»—(VIDA DE LOS PADRES, libro I en la *Vida de San Juan.*)

El hogar de Andrés era pobre y humilde, destituído de bienes de fortuna. Presidían á la formación de la familia un honrado labrador llamado Gabriel García y su esposa Agustina Acosta; no Antonia, como dicen todas las ediciones de Vidas y Biografías que se han escrito del Siervo de Dios, confundiéndola, sin duda, con una tía que llevaba este nombre. El error se ve claramente leyendo la fe de bautismo que insertamos más adelante.

Si hemos de juzgar por lo que ordinariamente sucede, ocúrresenos que la familia de nuestro Siervo de Dios, á lo menos sus ascendientes, debió gozar de una mediana posición social, si se atiende á que el padrino de pila fué un sacerdote del clero secular llamado don Antonio María del Castillo, según lo reza la fe de bautismo, y á la circunstancia

no menos valedera de que existe actualmente un sobrino de nuestro Siervo de Dios, don Manuel García, padre de varias hijas monjas.

«En Junio último estuve dando una misión en las Casi-
» llas, uno de los pueblos más fervorosos y ejemplares de
» Fuerte-Ventura. Como había yo leído la *Vida de Fray*
» *Andresito*, que Ud. me remitió, quise conocer á sus pa-
» rientes. Tendrá otros, pero yo sólo pude dar con un so-
» brino suyo, que es un caballero de unos cuarenta y cinco
» años. Ha tenido algunas hijas religiosas. Leyó la vida
» de su tío, que yo le entregué, y quedó loco de contento.
» Me pidió algunos ejemplares de ella, y no pudiendo por
» entonces complacerle, por no quedar más que uno, dile
» esperanzas para adelante, esperando que Ud. se servirá
» mandarme algunos otros.

«También estuve en el pago, donde nació Fray An-
» drés, llamado Hampuyenta, y que dista una hora de Ca-
» sillas» (1).

Puede que algún rudo golpe de fortuna ú otras causas colocara á la familia del Siervo de Dios en situación menos elevada. Nos han sugerido esta observación las dos circunstancias que dejamos apuntadas; con todo, no nos apartaremos del parecer unánime de los autores que han escrito en este sentido del Siervo de Dios: «Familia bastante escasa de los bienes de fortuna, tenía que proporcionarse el necesario alimento con el sudor de su frente, cultivando la tierra» (2). «Nacido de una familia humilde, pero piadosa» (3).

Si no les tocó en herencia á los padres del Siervo de Dios cuantiosos bienes de fortuna, ni Dios quiso dotarlos de

(1) Fragmento de una carta del Rvdo. Padre Miguel de los Santos Alegre, Misionero del Corazón de María.

(2) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 18.

(3) MENESES. *Oración fúnebre de Fray Andrés*, pág. 5.

valiosas riquezas, favoreciólos, sin embargo, con dones de mayor precio y de incomparable mérito, cuales son la sencillez de costumbres, piedad cristiana y honradez de vida, cualidades que hacen tranquilo y feliz un hogar, reinando en él la paz del corazón, ¡rico y valioso tesoro que acariciaron los progenitores del Siervo de Dios! Todo contribuía á que la familia del Siervo de Dios fuera piadosa: el género de vida; su ocupación ordinaria; la sencillez de costumbres, que generalmente acompaña á las personas que se dedican al pastoreo de ganados; el sosiego del alma, empapada en aquella atmósfera suave y apacible de los campos, dejan ver que estaría muy distante de aquellos hábitos muelles y sensuales, saturados de placeres, que se respira en las grandes poblaciones y centros sociales. Nadie ignora cuánto contribuye á formar la diversidad de costumbres, el contacto con otras personas; es en esta comunicación donde se adquiere ó una refinada inclinación al vicio ó se cobra ánimo para la práctica constante de la virtud. En los círculos ruidosos en que se mueven las pasiones humanas, no se cosecha otra cosa que confusión y frívolas y estériles lecciones, que en vez de fecundar el corazón y el entendimiento, tórnanlo vano y vacío de virtud y buen sentido.

El aire puro de las montañas, la contemplación de la naturaleza desnuda de todo artificio humano, despierta en el alma la consideración del universo, y de ahí elévase á las regiones de lo infinito hasta llegar con nuestra débil y limitada inteligencia al que Es la fuente de todo cuanto existe; lejos de las maliciosas miradas del mundo, sin agitación de ningún género, los afectos son más puros, y embriágase el alma con la contemplación de la bondad y belleza de Dios.

Tenemos además un documento por donde se puede inferir que la familia del Siervo de Dios era virtuosa: «En

» una carta fechada en Fuerte-Ventura, dice Villarroel, el
» veinticinco de Noviembre de mil ochocientos treinta y
» seis, dirigida al Siervo de Dios que por entonces se ha-
» llaba en Montevideo, por un tío suyo, y cuya carta
» respira una acendrada piedad, después de acusar re-
» cibo de una del Siervo de Dios (quince de Mayo de
» mil ochocientos treinta y cuatro), le dice que por su
» pariente Carrión y otro caballero había sabido que había
» tomado el hábito de la religión seráfica, y en seguida
» añade: «Dios permita que sea para honra y gloria suya
» y bien para nuestras almas; así te suplico ruegues al
» Señor nos dé su bendita gracia para servirle y amarle y
» nos defienda de nuestros enemigos así infernales como
» temporales que á todos nos rodean.»

«Después de referir una grande escasez de comestibles, ocasionada por las malas cosechas, que obligaba á emigrar á muchas familias y de quienes, le dice, sabrá el pormenor de las calamidades que está sufriendo su patria, exclama lleno de compasión por los emigrados: «¡Dios les dé buena suerte, y á todos en el alma!» Continúa haciéndole relación de una grave enfermedad que por espacio de cincuenta y cuatro días le había tenido postrado en cama y que le había hecho gastar el poco dinero que tenía: «pero no paran aquí los contratiempos», agrega «que aún quedan los mayores, ¡gracias á Dios!» Le recuerda un pleito, cuyo asunto nuestro Siervo de Dios sabía, que permaneciendo en silencio por largo tiempo, se había vuelto á iniciar; para defenderse había tenido que pedir dinero prestado, y últimamente presentarse por pobre, lo que daba muy poca esperanza de ganarlo.

«A la época de su carta no se había fallado en favor ó en contra; pero sin esperanzas talvez, y además agobiado bajo el peso de tanta desgracia, le dice: «Sólo encuentro consuelo en el Señor, á quien ocurro pidiéndole el

socorro de su bendita protección y te pido, aunque sin mérito, implores y ruegues á Nuestro Señor Jesucristo, que por los tormentos de su pasión y muerte é intercesión de su Santísima Madre se compadezca de nosotros; y cuando no sea en el cuerpo, nos dé el alivio en el alma, cumpliéndose en todo y por todo su santísima voluntad.»

«Estos sentimientos indican, ciertamente, que el corazón que los poseía se hallaba dominado por la piedad cristiana; y si eran comunes al resto de la familia, ellos prueban con toda probabilidad su piedad» (1).

Sobre el padre y madre del Siervo de Dios, absolutamente nada se dice en esta carta, que por su contexto parece ser la primera que se le dirigía ó la primera que él también había escrito; y no encontrándose además ninguna de ellas en su poder, tenemos por muy probable que á esta época ya habían muerto; mucho más cuando su tío le hace mención de dos hermanos suyos llamados Eugenio y María, ambos casados, de donde proviene, sin duda, el ya recordado don Manuel García á que antes nos hemos referido. De la misma carta se deduce que tenía otros parientes y amigos, y finalmente una tía llamada Antonia Acosta, que había fallecido.

Hé ahí toda la genealogía de nuestro Siervo de Dios; ella no se distingue, por cierto, por los blasones y títulos que la frivolidad vana del mundo tanto aprecia y tanto se afana por adquirir; pero en cambio estamos seguros, pues nadie lo contradice, de que ninguno de los deudos del Siervo de Dios le aventajó en la piedad, y que fué él quien más brillo comunicó á su familia, como los acontecimientos posteriores lo han venido demostrando.

En los primeros albores del presente siglo, á los diez días del mes de Enero del año de mil ochocientos, nació

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés García*, pág. 18.

nuestro Siervo de Dios. Según costumbre de algunas provincias de España, pusiéronle los nombres de Andrés Antonio María de los Dolores (1). Este último nombre era ya feliz presagio de la singular y dulce devoción que más tarde profesaría á la Reina del cielo.

(1) **Fe de bautismo de Fray Andrés.**—(Hay un sello). Fábrica Nl. del timbre, 1893.—(Hay otro sello).—13.ª clase. Año 1893.—75 C. de peseta, número 0854, 915.

Don Pedro Arbelo y García, Presbítero, Cura Ecónomo de la parroquia de Santa Ana del pueblo de Casillas del Ángel, isla de Fuerte-Ventura, Diócesis y provincia de Canarias, certifico: que al folio ciento veintiuno del libro primero de bautismo que se custodia en este archivo de mi cargo, se registra la partida siguiente:

En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora Santa Ana, sita en el pueblo de las Casillas del Ángel de Fuerte-Ventura, á dieciocho de Enero de mil ochocientos, yo don José Ramón Velásquez, Teniente de esta Iglesia, bauticé, puse óleo y crisma á Andrés Antonio María de los Dolores, que nació el día diez de dicho mes, hijo legítimo de Gabriel García y Agustina de Acosta; abuelos paternos, Luis García y Manuela de Acosta; maternos, Pedro de Acosta y Catalina Carrión; fué su padrino don Antonio María del Castillo, Presbítero. Y lo firmo.—*Antonio José Barriel.—José Ramón Velásquez.*»

Así consta del original á que me refiero. Y para que así conste, doy el presente que firmo y sello con el de esta parroquia, en el referido pueblo de Casillas, á veintidos de Septiembre de mil ochocientos noventa y tres.

(Hay un sello) Parroquia de Santa Ana.—Casillas del Ángel.—(Firmado)—*Pedro Arbelo y García*, Presbítero.—(Hay una rúbrica).

El infrascrito, Notario de la Diócesis de Canarias,

Certifico: que el Presbítero don Pedro Arbelo y García, por quien aparece autorizado el precedente atestado de partida de bautismo, es como se titula, Cura Ecónomo de la parroquia de Santa Ana en el pueblo de Casillas del Ángel, isla de Fuerte-Ventura, y lo selló y firmó en el estampado, auténtico al parecer. Y para los efectos que convenga á petición de parte, extiendo la presente, que con el V.° B.° del muy Ilustre Sr. Provisor y Vic. General firmo en las Palmas á trece de Octubre de mil ochocientos noventa y tres.—Corregidor.—Notario.—(Hay un sello).—Provisorato del Obispado de Canarias.—V.° B.°—*Dr. Caborno.*—(Hay una rúbrica).—*Lorenzo Quinta Aguiar.*—(Hay otra rúbrica).

Siempre se le designó con el primero que recibiera en las aguas regeneradoras, ó el de *Fray Andresito*, como por cariño y gratitud le llamaba el pueblo por la santa y gran sencillez que se revelaba en su semblante y conducta irreprochable.

CAPÍTULO III

Educación del Siervo de Dios.—Niñez.—Juventud.

«La gloria de los jóvenes consiste en que sepan temperar el ardor de su edad con el régimen y freno de las buenas costumbres.»—(CASIODORO, sobre el salmo 38 de *Præveni in maturitatis*).

«Dichoso el varón que lleva el yugo de la ley de Dios desde su adolescencia.»—*(Proverbios.)*

I

AUNQUE ningún hecho extraordinario, que sepamos, se verificó en el nacimiento de nuestro Siervo de Dios, que, según el modo ordinario de su Divina Majestad, revele ser indicio de los maravillosos frutos de virtudes con que adorna á los suyos; y que fueran preludios de su futura santidad, con todo, ¿quién se atrevería á dudar que «le había cabido en suerte una alma buena, inclinada al bien? (1) ó como dice San Agustín, «que había recibido de Dios por pura liberalidad una natural inclinación para lo bueno?»

(1) *Sabiduría*, cap. VIII, v. 19,

El curso de su vida es prenda segura de las gracias y favores con que le distinguió el cielo para cumplir así los designios particulares que Dios tenía en vista y que su fiel Siervo debía ejecutar durante su vida. La bondad natural es en alguna manera un don celestial y gratuito de Dios, y que crecê más y más con la asistencia del Señor, y con Él se consigue mantenerse puro y limpio, como en efecto se conservó nuestro Siervo de Dios, á través de todas las vicisitudes de su preciosa existencia; él podía decir: «la causa de haberme mantenido siempre exento de toda mancha de pecado, fué la bondad de alma que Dios me dió.»

II

Educado por padres piadosos desde los primeros años de su edad, niño todavía trataron de inculcarle profundamente en su alma los deberes religiosos, cultivando desde pequeño en su corazón las virtudes cristianas cuyos gérmenes sembraron con solícita mano en la tierra bien preparada de su corazón, echando profundas raíces desde los primeros destellos de su razón.

Estos principios saludables desarrollados más tarde produjeron aquellos portentos sorprendentes de la naturaleza y de la gracia que serían la admiración de las generaciones venideras. Aun en su corta edad columbrábanse ya las ventajosas cualidades que adornarían más tarde su piadoso corazón y los progresos que alcanzaría en el camino de la perfección.

Jamás se notaron en él ni las travesuras, tan propias de la niñez, ni los juguetes infantiles tan comunes en este período de la vida; mucho menos aquellos asomos de malicia que comienzan á aparecer con signos tan marcados en esta época de la existencia humana, pudiendo aplicársele lo que á Tobías, «*que no hizo cosa pueril en sus acciones*» (1).

(1) *Tobías*, cap. I, v. 4.

III

No descuidaron los padres del Siervo de Dios la ilustración de su tierna inteligencia con un pequeño caudal de instrucción que se extendió no sólo á las primeras letras, como lo da á entender la naturaleza y reflección que acompañaba á todos sus actos, sino que adquiriría conocimientos, vulgares talvez, no especiales en ningún ramo ni ciencia, pero en todo caso útiles para conducirse en el camino de la vida.

De otra manera sería inexplicable que de su entendimiento nacieran espontáneamente producciones que, manifestadas en sencillos versos y devotas composiciones, que él mismo componía y recitaba, sus exhortaciones y consejos, indican claramente alguna cultura é instrucción; ó es necesario convenir en que Dios lo había iluminado con los dones sobrenaturales de su gracia. Es indudable que emplearía algún espacio de tiempo en la lectura de libros devotos con que daría pábulo á su piedad.

IV

Pasado el período de la vida sin las zozobras ni perturbaciones que agitan á la criatura á través de tantas y tan variadas circunstancias, el Siervo de Dios crecía sin aquellas inquietudes que suelen acometer á la adolescencia y que terminan por turbar la paz y tranquilidad del alma. Sus padres no le proporcionaron el aprendizaje de algún arte ú oficio, pues no había en ese tiempo talleres ni industrias acomodadas á sus facultades.

En estas circunstancias sometióse gustoso á la ocupación á que le destinó su padre. «Le confió un ganado de cabras para que le custodiase. Pastor ya, se retiraba con

ellas, cuya leche era su principal alimento, según él mismo lo afirmaba; se retiraba, decíamos, á la soledad, y aquí fué sin duda donde aprendió á dirigir constantemente su corazón al Ser Supremo. Sí, aquí creemos que su alma inocente y sencilla, retirada del bullicio del mundo, sin más testigos que ella misma, se elevaría hasta Dios para darle gracias por sus beneficios diarios y pedirle su apoyo y protección para el porvenir; aquí debe haber sido donde aprendió á orar con aquel fervor y devoción que siempre le acompañaron; aquí fué donde amaestró su brazo para castigar la carne rebelde á las leyes del espíritu; y aquí, en fin, donde Dios le infundió aquel amor acendrado que le profesaba, desahogándolo en improvisados y sentimentales versitos que cantaba al son de un rústico pandero, así como el hijo de Isaí lo hacía en otro tiempo al melodioso sonido de su arpa» (1).

V

La vida pastoril, que si bien es muy adecuada para conservar y robustecer la virtud ya concebida en el ánimo atento y cuidadoso, es también la más propia para dar fuerza á las pasiones y hacer grandes estragos en el corazón descuidado y distraído; pues llevando al hombre á la soledad de los campos, su mayor enemigo es él mismo, si no procura tener á raya á ese adversario que debe ser precisamente vencido; por esto el divino Maestro queriéndonos prevenir contra las tentaciones, cuando por nuestro bien tuvo la dignación de hacer que lo viésemos en su adorable persona, fué llevado por su espíritu á la soledad para ser tentado por el demonio; haciéndonos así conocer el peligro que, en tal situación, corre el espíritu mal prevenido.

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 20.

Pastores fueron los hijos de Jacob, y, distraídos en la soledad, cometieron aquel crimen pésimo, de que fueron acusados á su padre por su hermano José, y redoblaron su malicia maquinando la muerte de éste. Pastor fué David, y siempre vigilante en dirigir á Dios todas sus acciones, pulsando las cuerdas de su arpa, entonaba las divinas alabanzas, obteniendo gracias que de grado en grado lo llevaron al punto más feliz que pudiera fingirse. Pastor fué Andrés, y en los campos, al són de un panderillo, hacía que resonasen en su boca los tiernos afectos a la Divinidad, de que abundaba su corazón, ahuyentando de ese modo al tentador y desbaratando todos sus recursos, de suerte que cada día era una repetición de sus triunfos, aumento de fuerza para obtener otros mayores, una confirmación de su fe y de su esperanza en Aquel que nos fortifica, y en Quien todo lo podemos» (1).

Las almas santas, cuando obtienen de Dios una gracia y son fieles á ella, hácense acreedoras á otras más dignas y elevadas; y así de virtud en virtud llegan al más alto grado de perfección, siendo sobremanera difícil la más ligera mengua en la escala de la virtud.

VI

Durante este tiempo nada se dice que sucediera al Siervo de Dios, ni desengaños ni peligros, no poco comunes en esa edad, que ajan y marchitan en flor la lozanía de las virtudes todas. Alma tan bien nacida, adornada con tan bellas dotes é inclinaciones naturales, eran un feliz anuncio de las aventajadas virtudes que practicaría después, al mismo tiempo que daban la medida del grado de santidad á que llegaría en tiempo no lejano; puede decirse que se

(1) MENESES. *Oración fúnebre de Fray Andrés García*, pág. 5.

sometió casi al nacer al suave yugo de la ley de Dios y consagróle las primicias de su alma pura. Formado su corazón en la piedad, consolidábase más en ella mediante los consejos y saludables ejemplos de sus virtuosos padres, y su virtud crecía en proporción de sus años; la vejez se anticipaba en él por una juventud inmaculada.

VII

Tal fué la juventud del Siervo de Dios, lejos del bullicio mundano; habituado, por decirlo así, á la contemplación de Dios, miraría como cosa frívola todo lo que no se refiriera á lo bueno y santo. Desde muy joven comenzó á dar claros indicios y demostraciones de piedad, devoción y mortificación, ora enseñando á los niños de su pueblo el rezo y la doctrina cristiana, ora macerando su cuerpo con ásperas penitencias; principiando á delinearse así la vida de perfección que más tarde había de producir tan preciosos frutos; esta devoción sólida y prematura eran indicios ciertos de su futura santidad; eran los destellos del volcán de amor en que ardería más tarde su inflamado corazón; era la rica semilla que, andando el tiempo, debía presentarnos obras de virtud de inestimable valor. Joven, no se abandonó jamás á los pasatiempos inútiles de esa edad; al contrario, mortificaba su cuerpo con rigor para sujetarlo á las leyes del espíritu, pues sabía que el enemigo común de las almas no se da punto de reposo para arrastrar al mal; así lo asegura un compatriota suyo, *«que mientras en el campo pacían las ovejas que cuidaba, le vió muchas veces arrancar espinas bravas, hincarse sobre ellas, y orar.»*

VIII

Corrobora lo que venimos diciendo, un documento reciente que tenemos a la vista y que indica la edificación, el ejemplo y admiración que infundiría con sus costumbres, cuando hasta el momento en que escribimos se conserva vivo el recuerdo de sus virtudes en la memoria de los que le conocieron, además que confirma todo lo que hemos venido aseverando más arriba.

Hé aquí ese importante testimonio:

«Obispado de Canarias.

«*Las Palmas, Mayo 19 de 1894.*

«Muy Rdo. Padre Fr. Francisco Julio Uteau.

«Mi apreciado Padre Guardián:

«Recibida su carta de 6 de Enero último, he experimentado muchísimo consuelo y grande satisfacción por poder contar esta Diócesis entre sus hijos á un varón tan eminente en santidad, como el Siervo de Dios *Fray Andresito.* La adjunta, que incluyo, le dará á conocer que he procurado complacerle en cuanto ha estado de mi parte.

«Puede Ud. mandar con confianza al que se repite de Ud. affo. y S. S. Q. B. S. M.

† FRAY JOSÉ, Obispo.»

«Illmo. Señor:

«Después de haber puesto en práctica todos los medios que estaban á mi alcance para conseguir lo que V. S. Illma. tuvo á bien encargarme en su cariñosa carta, lo que únicamente he averiguado, que tenga carácter de santidad, es que cuando apacentaba sus animales *Fray Andresito*, casi siempre estaba separado de sus compañeros, *rezando*. Si este hecho tiene tanta especialidad cuanta se necesita para conseguir el objeto deseado, espero que V. S. Illma. se digne manifestarlo para las formalidades que V. S. Illma. manifestó en su carta afectuosa.

«Le pide su paternal bendición el fiel súbdito de V. S. Illma.

PEDRO ARBELO Y GARCÍA, Pbro.»

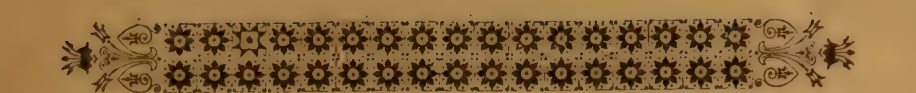
«Obispado de Canarias.

«Atestamos ser el que arriba firma, Ecónomo de Casillas del Ángel, y estar en pleno uso de sus facultades y derechos.

«Las Palmas, 15 de Mayo de 1894.

† FRAY JOSÉ, Obispo de Canarias.»

Así, desde los primeros años bosquejábase ya la eminente figura de nuestro Siervo de Dios. Desde su más tierna edad, adolescente, joven después y educado por padres cristianos, reveló siempre cualidades para el bien. El campo de su alma estaba preparado; la semilla arrojada; no había que temer por la cosecha, los frutos tenían que ser sabrosos y abundantes.



CAPÍTULO IV

El Siervo de Dios antes de salir de su patria.

«A veces cuando la criatura muda de patria, en su peregrinación encuentra amigos fieles que en su propia patria no pudo encontrar.»—*(Sobre el Salmo*, c. XIX, v. 5).

I

Si se registra la historia y vida de los santos y varones eminentes en las virtudes, véseles desde su primera edad la particular devoción y amor á la Reina de los cielos. A la vez que elevan sus cánticos á Dios, juntan en admirable armonía el dulce nombre de la amabilísima Madre de Dios. Los mismos entretenimientos juveniles suelen ir confundidos con las alabanzas á la Virgen María. Nuestro Siervo de Dios, desde los primeros años demostró hacia la Santísima Virgen tierna y extraordinaria devoción. Manifiéstalo sobradamente el júbilo con que le presentaba sus obsequios, reuniendo á los niños «para formar con ellos un inocente coro, del cual se elevaban las más puras y fervorosas alabanzas á la madre de la inocencia y del amor, á la divina María.

4

¡Oh, qué bello sería ver á este pobre pastorcito, rodeado de otros inocentes como él, publicando todos unánimes las grandezas de aquella mujer portentosa, que dió á luz en el tiempo al que existe desde la eternidad! ¡Qué hermoso sería oír pronunciar las alabanzas de la obra más grande y más sublime del Omnipotente, con aquellos labios por do la falsedad no había conseguido deslizarse! ¡Cuán agradable, en fin, á la bella y pura María las preces de aquellos corazones inocentes, y con especialidad las del Siervo de Dios que las promovía!» (1).

Más adelante veremos otras manifestaciones de este encendido amor á María, de la cual él no podía hablar sin entusiasmo.

II

Más de treinta años había permanecido el Siervo de Dios bajo el techo paterno acompañando á sus padres en sus diarias tareas. Como buen hijo, no había derramado en el seno del hogar ni una sola gota de amargura, de esas que tanto afligen y acibaran la existencia de tantos padres; antes bien, sumiso y obediente había ejemplarizado la comarca con su porte é irreprochable conducta, esparciendo por todas partes el incomparable tesoro de la buena fama, del trabajo y de la honradez acrisolada. ¡Bello ejemplo que debieran imitar tantos hijos desventurados, verdaderos azotes de las familias y víctimas desgraciadas del vicio y desarregladas costumbres!

En estos desgraciados tiempos conviene presentar á la consideración de los padres cristianos este dechado de hijos, antes que la impiedad logre arrancar de sus corazones la valiosa joya de las virtudes.

Indudablemente que ayudaría á sus padres con aquella

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 22.

diligencia propia de un hijo que procura un bienestar moderado y prudente, sin aquel empeño desordenado de adquirir bienes que contribuyen á debilitar las fuerzas del alma, absorbiendo totalmente su atención el deseo y esperanza de poseer un brillante porvenir; aspiración constante y única en esta época de egoísmo y ansia de indebido lucro de intereses pecuniarios.

No se sabe el tiempo que permaneció de pastor, ni si tuvo alguna otra ocupación en su país; pero, tenemos por muy probable que, cuando sus fuerzas adquirieron la robustez necesaria, ayudaría á sus padres en la ímproba tarea de la labranza.

III

Por más de seis lustros hemos dicho que permaneció el Siervo de Dios en su patria. «Nos impelen á creerlo, estas dos cosas: el hecho de que se le da noticia en la carta de que ya hemos hecho mérito. Esto, como ya lo dijimos, tiene la fecha del veintiséis de Noviembre de mil ochocientos treinta y cinco. Ahora bien: en ella se le dice que su hermana María, con su esposo Francisco, se habían mudado de donde vivían, á las casas de don Diego Ruiz, haciendo á la fecha en que le escribía dos años dos meses. En otra parte le anuncia su tía de que los pocos bienes que disfrutaba estuvieron á punto de ser puestos á remate si no hubiera pagado cierta cantidad el primero de Abril de mil ochocientos treinta y tres. Estas fechas indican bien claro, que el Siervo de Dios debe haber dejado su patria á fines del año treinta y dos ó á principios del treinta y tres; pues de lo contrario no se le habrían referido hechos sucedidos ó por suceder en las épocas indicadas, mucho más cuanto que él vivía ó al menos había visto antes de partir al que le escribió» (1).

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 22.

IV

Ahora, cuales fueron los motivos que lo impulsaron á tomar la medida de dejar á su patria, sólo podemos conjeturarlo; pues nada hemos podido saber de positivo, ni por documentos ni por personas, sobre este asunto. Sin embargo, Villarroel discurre, nó sin fundamento, de la manera siguiente: «Asentamos en otra parte como muy probable, que á fines del treinta y cinco ya sus padres eran muertos. Esta desgracia fatal para el Siervo de Dios pudo haber sucedido el treinta y dos; y, como por otra parte, sabemos que dos de sus hermanos estaban casados, talvez este aislamiento en que se vió; la pobreza del país, que le presentaba muy pocos medios para adquirir los recursos necesarios á la vida, serían quizás las causas de la salida de su patria. Además, el Siervo de Dios salió de su país ó con algunos parientes suyos ó ya los tenía en Montevideo; pues su tío le pide al fin de su carta dé recuerdos de su parte á muchas personas, entre ellas á una Margarita García (que talvez sería su hermana) y á su esposo; á su primo Guillermo y á su esposa; á su padrino Agustín, esposa y familia, etc. Como se ve, él tenía parientes en Montevideo; pudo, pues, haberse venido á esta ciudad á buscar su apoyo. Como quiera que sea, lo cierto es que el Siervo de Dios, á la época indicada, dejó su país natal para no volver á verlo más» (1).

Por lo que hemos referido hasta aquí, el círculo en que se movía el Siervo de Dios se puede reducir á pastorear su ganado; hacer desde niño serias penitencias; rezar; enseñar con el ejemplo á sus prójimos; alabar y bendecir á Dios y á su Santísima Madre. Llega el momento de contemplar otra faz de su vida.

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 23.





CAPÍTULO V

El Siervo de Dios se dirige á Montevideo.—Sus sufrimientos en la navegación.

«A una patria más excelente no llegan ni vuelven los soldados armados, sino por caminos ásperos y difíciles.»—(San Cipriano. *De la Estrella de los Magos*, cap. 2.)

«Algunas veces acontece que los que aspiran sólo á la patria celestial, parece que se sujetan á los sufrimientos de la patria terrena.»—(Libro 18 de los *Morales*, cap. 25, núm. 29, *Gloss de la Orden.)*

I

Ya nuestro Siervo de Dios ha dejado los dulces lazos que unen á la familia en el seno del hogar; abandona el sitio donde se han deslizado tranquilos los mejores años de la vida; lejos de los peligros que por todas partes el mundo ofrece, el hijo amante y ejemplar se resuelve á separarse de su patria.

Aunque es un punto oscuro el que se dibuja en el horizonte de la vida del Siervo de Dios, el que se refiere á saber

los motivos que le indujeron á dejar el país natal, con todo no debe causarnos admiración esta circunstancia toda vez que Dios frecuentemente, para mayor gloria de Él y honor y mérito de sus fieles siervos, oculta á las miradas del hombre verdades que andando el tiempo y cuando así cumple á su divina voluntad, las descubre manifiestamente á todos para bien de la humanidad. Al salir del país que le vió nacer, nuestro Siervo de Dios poseía ya un caudal de virtudes, al menos el suficiente para afrontar cualquier género de sufrimientos, tan ordinarios y comunes en un largo viaje. Un año transcurrió, más ó menos, desde su salida hasta su arribo á Montevideo. Lo largo del viaje puede atribuírse á las dificultades de la navegación y á los contratiempos que hacían detener el buque en algún puerto; las causas conjeturales de esta demora así sólo se pueden explicar.

II

Antes de pasar adelante, referiremos las circunstancias y peripecias que acompañaron el viaje del Siervo de Dios durante la navegación. Corrupción profunda, hé ahí el mal que aqueja y la dolencia contagiosa que domina generalmente á la gente de mar, desprecio y desconocimiento de la virtud; de modo que se ha hecho vulgar, y lo era particularmente en aquellos tiempos, el desagrado y mal tratamiento que se da á las personas piadosas. No fué extraña al Siervo de Dios esa malevolencia, esa indiferencia que gastan los marineros; palabras soeces, dichos picantes, miradas despreciativas, maneras poco respetuosas, herían diariamente su virtud y su corazón, tanto más cuanto que consideraba que el remedio era imposible para aquellos hombres indiferentes para todo lo bueno, y que si tenían alma era sólo para ofender á Dios y á los que no compartían con ellos en sus costumbres groseras y corrompidas. Pero si el

Siervo de Dios sentía oprimido su corazón por amarga pena, no era por la sonrisa procaz, ni el ridículo despreciable de los marineros, ni las blasfemias que pronunciaban sus impuros labios, ni las befas y maldiciones que frecuentemente se le dirigían; nó: á este cúmulo de insultos de todo género, el Siervo de Dios niégale la entrada en su corazón; cierra sus oídos para no oír, y sus ojos para no ver todo aquello que ofender podía su alma pura é inocente; él sabía perfectamente bien que cuando el espíritu del mal se desencadena, cuando la persecución arrecia, hay un baluarte que oponerle con alma firme y resignada; á tales injurias resistía con las bellas palabras del Apóstol San Pedro: «Mas si padecieres como cristiano no te avergüences, antes da loor á Dios en este nombre» (1).

III

Lo que atormentaba al Siervo de Dios y le causaba profunda tristeza, era no poder llevar al corazón de aquellos desalmados, que vivían sin Dios, sin ley, sin traba alguna moral que refrenase sus torpes y perversas costumbres, los grandes medios que la religión ofrece para apartarlos del mal, del abismo sin fondo en que vivían sumidos aquellos pobres desgraciados. Efectivamente, para un alma candorosa, modesta, como era la del Siervo de Dios, debió ser motivo de verdadera congoja considerar la enormidad de los pecados y la gravedad de las faltas con que se ofendía á su Divina Majestad; la consideración de que tenían un alma que perder y un Dios á quien temer, todo esto devoraría el celo del Siervo de Dios, deseoso de convertir é iluminar esos corazones á fin de que salieran de aquel infeliz estado; pero, ¿cómo y de qué manera conseguir este feliz

(1) *San Pedro*, cap. IV, v. 15.

objeto? ¡Ah, Dios mismo se encargaría de hacerlo; Dios, que tiene en sus manos el corazón de sus criaturas, moverá eficazmente á dolor y contrición á esos obstinados que viven de asiento en el pecado y en el vicio!

La Providencia, que lo tenía destinado á que fuese conocido lejos de su patria, dispuso viniera á nosotros, cruzara los mares y desafiara las embravecidas olas.

Corazones endurecidos resisten á los toques y movimientos de la gracia, y vanas son las tentativas empleadas para volverlos á Dios. De nada sirven las demostraciones sinceras de su bien espiritual, que no conocen ó afectan desconocer; de nada las terribles verdades de la religión que, con claridad y sencillez, exhibió á su vista; puesto que no las creían ó fingían no creerlas; de nada, por último, el demostrarles el inminente peligro en que se hallaban sus almas de perecer eternamente; pues se reían y burlaban de sus amenazas.

IV

Todos sus esfuerzos eran inútiles y despreciados, recibiendo en cambio nuevos y repetidos vejámenes y malos tratamientos; empero nuestro Siervo de Dios tolera con paciencia inalterable las injurias. A través de tantas peripecias y sacrificios sufridos con ánimo igual, el humilde isleño no perdió jamás su fervor, ni omitió la constante oración diaria, no desmintió de su habitual modestia é irreprensible conducta. Por estos sufrimientos déjase ver que la mano de Dios estaba con él y lo dirigía en todos sus actos; pues todo lo toleraba, como hemos dicho, con santa paciencia y cristiana y perfecta resignación.

Un caso sucedido en el curso de la navegación, vino á poner en transparencia la virtud del Siervo de Dios y lo infundado de los cargos que se le dirigían, como al mismo tiempo la confusión que se apoderó de aquellos ilusos y

mal intencionados marineros, al paso que se ve la inconstancia del corazón humano, sobre todo cuando no ha echado en él profundas raíces la virtud y la práctica del bien.

Una deshecha tempestad puso en peligro al buque y á la tripulación; las turbulentas y embravecidas olas azotaban sus costados; é indudablemente habrían todos perecido envueltos en las vorágines enormes que luchaban por tragarse el barco y sumergirlo en las profundidades del mar, si el Siervo de Dios, valiéndose de los auxilios siempre eficaces que procura la virtud, la oración y las súplicas fervorosas, no hubiera levantado sus ojos al cielo en demanda de protección y socorro para los que poco antes eran sus gratuitos é injustos enemigos; y ahora con las lágrimas en los ojos, imploraban de él interpusiera sus ruegos y sus plegarias á fin de que Dios apartara el terrible castigo que sobre ellos había descargado la justicia divina, arrepentidos de las calumnias y de las befas con que habían injuriado á aquel hombre inofensivo y virtuoso.

Sucedió que en aquellas circunstancias manifestó Dios su poder, cesando el empuje tenaz de las olas, y la calma y feliz bonanza volvió la tranquilidad á los corazones perturbados por la inminencia del peligro; sin embargo, los culpables no supieron aprovechar aquellos lampos de luz con que Dios suele iluminar los tenebrosos corazones de los hombres, sino que, al contrario, libres ya de la tormenta y sus peligros, tornaron de nuevo á sus primeras é injustas agresiones; por más que el Siervo de Dios aprovechó aquellos momentos favorables, no consiguió volver al bien á los infelices marineros.

¡Desgracia no poco común en todo género de personas, que á la vista de la adversidad ó en presencia de las tribulaciones y angustias de la vida, suelen elevar su corazón á Dios para que desciendan sobre ellas el consuelo y socorro en sus necesidades; pero que pasado el tiempo propicio y

saludable de la desgracia, olvidan sus votos y promesas para continuar en el camino del placer y de sus funestos y locos desvaríos. Nada pudo la industriosa virtud del Siervo de Dios; fallidas salieron las esperanzas que había concebido de que aquellos corazones obstinados se convirtieran en presencia del peligro de una muerte inminente! ¡Tan inconstante es la criatura que carece de sólida y verdadera virtud!

Tras de tan larga y difícil navegación acompañada de mil sacrificios, sufrimientos y vicisitudes sin cuento, dió término á su viaje desembarcando en Montevideo, capital de la República del Uruguay, donde lo vamos á considerar en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO VI

El Siervo de Dios llega á Montevideo.—Su primera ocupación.—Entra en la Orden de Nuestro Padre San Francisco.

> «Cuando el justo considera cuánta es la dulzura de la patria celestial, ama ardientemente las amarguras y penas de esta vida pasajera.»—(San Gregorio Magno, *Morales*, libro 7, cap. 6.)

I

Permitió Dios que después de larga y penosa travesía llegara nuestro Siervo de Dios á Montevideo, sin que hasta entonces se hubiera oscurecido ni empañado ni en lo más mínimo el purísimo y límpido cristal de su cándida inocencia.

¿Con qué miras arribaba á aquellas playas el Siervo de Dios? ¿Sería sólo porque era el término de su viaje, ó porque había sido el punto á donde se habían dirigido sus parientes cuando habían salido de Canarias? Esos y otros motivos pudieren ser la causa que le hicieron fijar su residencia en la capital del Uruguay. Lo cierto es que ahí se grangeó el aprecio y estimación de cuantos conocieron á este pobre y humilde extranjero que por primera vez pisaba aquel hospitalario suelo. Debido á su buen juicio y se-

guro criterio y poseído siempre de los sentimientos de piedad y de cristiana devoción que ardía en su pecho, inspirado de Dios, puede decirse, trató de ocuparse en un género de negocio que pudiera satisfacer las premiosas necesidades de la vida. En efecto, eligió la más conforme con su espíritu y que le prometía, al mismo tiempo, ganar lo necesario para su sustento. «Se dedicó á vender libros devotos poniéndolos al alcance de los niños, de los pobres y de la gente ilustrada. Sería muy difícil apuntar todo el bien que hizo el humilde Siervo de Dios con esta obra de apostolado en una época en que todavía no era fácil proveer á las familias de buenos libros y en que era muy escaso el personal que podía ocuparse en la propaganda religiosa» (1).

II

Permaneció en esta ocupación por algún tiempo, pero sin que la necesidad de recorrer diariamente las calles y de tratar con diferentes personas distrajera su religiosa compostura en la presencia del Señor. Santa costumbre, que á fuerza de dirigirse á Él en todo momento, había conseguido contraer. «Siempre firme, siempre inmutable en su virtuoso trato, nadie tenía, por cierto, motivo alguno para quejarse de él; antes por el contrario, haciendo todo el bien que le era posible á aquellos desgraciados habitantes de un país casi arruinado por continuas guerras interiores, consiguió, con justicia, atraerse las atenciones y el afecto de todos» (2). Su conducta fué siempre invariable.

Este comportamiento del Siervo de Dios llevábase las miradas de todos, sin olvidar que ello sólo era un indicio de su trato interior y espiritual, debido á los abundantes

(1) Jara. *Oración fúnebre de Fray Andrés.*
(2) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 25.

frutos de sus ejercicios diarios de piedad que no descuidó ni un solo día, cualesquiera que fuesen las atenciones que le demandara su ocupación; frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, rezos, prácticas de devoción con que alimentaba su espíritu. Primero el pan del alma que da fuerza para la carrera de la vida, secundariamente la preocupación de su oficio y lo concerniente á su fiel desempeño; nada de vanidades ni pérdida de tiempo en distracciones peligrosas para su aprovechamiento en la virtud. Así pasó el tiempo de su vida de seglar en Montevideo, manteniendo siempre intacto y siempre igual el tesoro de su corazón, su fervorosa caridad y su profunda fe, que había cultivado desde sus primeros años, sin inclinarse jamás á los precipicios y abismos á que conduce el contacto con el mundo y el seguimiento de sus máximas.

III

En las fuentes perennes de los santos sacramentos bebía continuamente las dulces inspiraciones de la gracia y recibía las comunicaciones directas del cielo. Para esto buscaba siempre á los ministros del Señor, para que le dispensasen el beneficio de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Con este motivo conoció á un hombre virtuoso, que la divina Providencia le deparara á fin de que le guiase con pasos certeros por la bella pero difícil senda de la virtud; á un religioso eminentemente caritativo que lo iba á amaestrar en el ejercicio de la piedad; á un sacerdote ejemplarísimo que, dentro de muy poco tiempo, iba á disponer de todas sus acciones á su voluntad; pero que siempre le ordenaría lo más santo y lo más perfecto; á un hombre que sería su ángel tutelar en todas las vicisitudes de la vida; conoció, en fin, al R. P. Predicador Apostólico Fray Felipe Echanagucía, quien se hallaba de morador en el Convento

de Franciscanos que había entonces en Montevideo, hoy extinguido. A este Convento fué á confesarse nuestro Siervo de Dios; y el Señor, que se complacía ya en su virtud, le proporcionó para que se afianzase en ella á este varón sapientísimo en la ciencia de los santos. Junto con oír su confesión sincera y humilde, comprendió como experimentado en estas materias, el recto y santo espíritu que animaba á aquel hombre sencillo; conoció, decimos, la conciencia pura de su nuevo Penitente. El Siervo de Dios continuó confesándose con este virtuoso sacerdote hasta que descansó en el Señor con la preciosa muerte de los justos, en esta Recoleta de Santiago, el seis de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y uno. Fué también su inseparable compañero de habitación. A este varón eminente en la ciencia de la santidad había destinado Dios para que fuera el guía y conductor espiritual de su Siervo en los difíciles y ásperos caminos de la perfección cristiana; al calor de su santidad y de sus virtudes, de sus inspiraciones y avisos saludables se formó y creció este árbol, que más tarde cargado de hermosos y lozanos frutos sería el modelo y ejemplo de sus hermanos en religión, y espejo clarísimo de virtudes en que se miraría un pueblo entero. Español de nacimiento, un lazo más lo ligaba al Siervo de Dios. El simpático vínculo de la sangre y las afinidades que naturalmente nacen del carácter que imprime la virtud y la inclinación al bien, motivos son más que suficientes para cobrar cariño y afecto á nuestros semejantes. Residente el R. P. Echanagucía, primeramente en el Convento de Misioneros de Ocopa, en el Perú, y después, como se ha dicho, morador en el de Montevideo, allí ejemplarizó con su virtud á todos los religiosos. A este Convento se dirigía frecuentemente el Siervo de Dios á purificar su conciencia con el R. P. Echanagucía, y abrióle sinceramente los ocultos pliegues de su corazón; á su fiel amigo y director revelaría los secretos de su alma y

conferiría con él sus dudas y perplejidades, sus temores y los rudos combates de su interior, y á su vez oiría los sabios consejos y saludables avisos del maestro experimentado en la ciencia del espíritu y de conducir las almas por los caminos de la gracia, con medios siempre crecientes para obtener la perfección cristiana. Oyendo con respeto á tan docto y virtuoso sacerdote adelantó á pasos agigantados en el camino de la virtud.

La conversación frecuente con su director engendró en ambos aquel afecto mutuo y santo que produce el trato y comunicación con personas piadosas. Hé ahí á estas dos almas que se habían cobrado recíproco amor espiritual; el uno abriendo en el espíritu del Siervo de Dios el campo donde derramaba la semilla del bien; y el otro, escuchando con atento oído y docilidad perseverante, las suaves amonestaciones, las palabras y útiles lecciones, las reglas de conducta que debía observar en el siglo para no caer en los lazos que por dondequiera que enderecemos nuestros pasos tiende el enemigo de las almas; el uno esforzándose por ahondar más y más en los senos de su espíritu; el otro aplicándose con afanoso empeño por practicar las advertencias y consejos de su director; el uno resolviendo las dudas que agitarían su espíritu y estimulándole á la perseverancia en el bien, señalándole inmortales esperanzas; y el otro sin desmayar un momento, seguiría sus santas advertencias é inspiraciones del cielo.

La muerte sólo pudo separar á estos dos fieles amigos que tan estrechamente habían vivido; tanto que el R. P. Echanagucía quiso oír el parecer del Siervo de Dios en asuntos graves, como cuando determinó abandonar á Montevideo, en momentos en que revueltas políticas turbaron la paz de la República del Uruguay. En efecto, antes de ejecutar su resolución, la comunicó á su *amigo* y penitente, invitándolo á seguirle.

Sin trepidar, la invitación fué aceptada y el viaje, de que hablaremos después, quedó decidido.

Como muestra de su reconocido agradecimiento al que con tanto interés y solicitud había procurado conducirlo por el camino del cielo, el Siervo de Dios se consagró á prestarle con asiduidad servicios que, aunque ligeros, son siempre gratos para el que los recibe.

Fué él, como hemos dicho, compañero inseparable de su celda, trayéndole diariamente de la repostería el agua caliente y otras atenciones que, dada la edad avanzada del respetable sacerdote, le eran de gran utilidad para dedicarse con más facilidad y desahogo á los deberes de su ministerio. ¡Débil muestra esa, por cierto, para quien tantos servicios y de tan elevado orden le había prestado! ¡Correspondencia justa y recíproca de los que juntos habían vivido á la sombra de santa compañía!

No hay duda que estuvo feliz el Siervo de Dios en la elección de un director tan docto, celoso y experimentado, porque ¿quién se atrevería á decir lo contrario, á que de la acertada dirección de un confesor sabio en el gobierno de las almas, pende en gran parte la salvación y conducta fiel que se debe observar para con Dios y para el cumplimiento de sus deberes así religiosos como sociales? ¿Quién no confesará, á la vez, que los consejos de un maestro de espíritu surten todos sus efectos cuando el penitente, dócil á sus enseñanzas, está dotado de felices y ventajosas disposiciones para recibir con agrado y verdadero espíritu las insinuaciones y las prácticas que el director indica y que cree oportunas para que las almas consigan su santificación? ¡Ah, qué bien se comprenderían aquellos dos corazones; el director derramando en terreno fértil la semilla de la verdad y el gérmen de preciosas virtudes, y el penitente empeñado en hacer fructificar para la vida eterna, con la eficacia de sus acciones, los consejos y avisos que se le daban.

No vacilamos un momento en creer que si el Siervo de Dios no se hubiera preocupado de buscar un guía espiritual sabio y virtuoso como el R. P. Echanagucía, no habría conseguido tantos medios y recursos para su alma en el camino de la perfección; talvez no habríamos tenido la felicidad de poseer tan rico y valioso tesoro, ni habría ilustrado con sus hechos y virtudes á nuestra amada Patria y dado tanto brillo y esplendor á la Comunidad religiosa á que perteneció. Gracias á su exquisito tacto y al deseo que tenía de progresar en la virtud y en las vías de la perfección, que consiguió tan ricos y sabrosos frutos; gracias al tino esmerado y al acierto de su director espiritual, que supo plantar y cultivar en su corazón el hermoso jardín de las virtudes cristianas.

IV

Hacía tiempo que el Siervo de Dios acariciaba en su alma vehementes y santos deseos de consagrarse á la vida del claustro. Dios no tardó mucho tiempo en cumplir las aspiraciones del Siervo de Dios, aunque no se sabe la fecha del año ni día en que esto se verificó; sin embargo, su solicitud fué aceptada y obtuvo lo que tanto anhelaba su corazón. Dios le tenía destinado para grandes cosas y quería segregarlo del mundo para que se dedicase enteramente á su servicio. Excitó en su corazón fuertes deseos de cubrirse con el sagrado hábito del patriarca de los pobres, Francisco. Meditó con detención esta idea, y convencido muy luego de la grande utilidad que reportaría á su alma la ejecución de ella, se determinó á ponerla en práctica; pero antes creyó conveniente manifestar la nueva resolución á su director; lo hizo, en efecto, y el prudente sacerdote, atendiendo á su acendrada virtud, y especialmente á su fervorosa caridad y á que podría perfeccionarse en el retiro silencioso del claustro, aprobó su determinación previendo

desde luego que la religión Seráfica haría una grandiosa adquisición en aquel hombre, al parecer, despreciable. Hizo el Siervo de Dios las diligencias necesarias para conseguir lo que tan ardientemente deseaba, y, auxiliado por su benéfico confesor, consiguió sin dificultad que se le recibiese en el Convento y se le diese el hábito.



CAPÍTULO VII

Sufrimientos del Siervo de Dios en el Convento.—Es limosnero.

«El fuego prueba el oro; las adversidades de la vida forman la virtud del varón justo.»—(SAN BASILIO DE SELEUCIA, Orac. 16.)

I

No cabía de gozo y de júbilo el Siervo de Dios al verse revestido con la santa librea del glorioso Serafín de Asís.

Estado santo por excelencia, llámase el estado religioso; pues aunque los otros son buenos, perfectos y á propósito para santificar á todos, sin embargo el primero posee medios más adecuados para obrar la salvación de las almas.

Advertiremos antes de pasar adelante, que cuando decimos estado religioso, refiriéndonos al Siervo de Dios, no queremos dar á entender aquel por el cual la criatura se liga y promete á Dios con solemne juramento de los votos de obediencia, pobreza y castidad y otras obligaciones que lleva consigo este género de vida; lo único, lo que constituye propiamente el estado religioso. Únicamente queremos indicar aquel modo de vivir que adoptan ciertas personas, que

consiste en consagrarse de una manera más perfecta al cumplimiento de la vida cristiana, y para asegurar mejor su éxito se encierran en un claustro para conseguir el objeto que se proponen, llevando por distintivo del común de los cristianos el hábito talar perteneciente á algún instituto religioso, haciendo al mismo tiempo una más pública profesión de las prácticas piadosas y deberes cristianos; en este sentido, decimos, que el Siervo de Dios abrazó el estado religioso ó vistió el hábito religioso; pues es sabido que solo profesó en el artículo de la muerte, como es costumbre en nuestra Orden hacerlo con los hermanos donados según el tiempo que han vivido en ella y la conducta que han observado dentro como fuera del claustro.

Las causas determinantes para vestir el hábito no las sabemos; pero sea el trato con los religiosos, el género de vida que éstos llevan, sea especial consejo de su confesor ó de otro sacerdote, ó impulso divino, lo que más nos inclinamos á creer, que de todos modos llama Dios á sus criaturas, el hecho es que el Siervo de Dios deseaba con ansias vestir el hábito, recibiéndolo, en efecto, de manos del Guardián del Convento mencionado en calidad de hermano donado.

Es notoria la situación especialísima en que se coloca una persona en el estado religioso por los beneficios y gracias particulares que la misma religión le presta, elevándolo sobre el común de los cristianos; pues el claustro es puerto seguro de la inocencia, donde aprenden las almas lecciones de virtudes y se vive al abrigo de los peligros que por todas partes rodean á las criaturas; en la religión se vive apartado de la babilonia mundana; se aspira, no el aire envenenado de los placeres sensuales, sino la admósfera suave de místicos deliquios; las brisas del claustro son más gratas y puras que las exhalaciones pesadas en que se hallan sumidos los felices del siglo; las auras que soplan

allí son tranquilas, y el tiempo se desliza sin los desasosiegos y temores en que pasan envueltos los seguidores del mundo; el recogimiento de la celda y los diarios y continuos ejercicios de la Comunidad, contribuyen poderosamente á la calma del espíritu y á elevarlo de las miserias de aquí abajo á las esferas de luz y de gloria en que reside la Divinidad.

Los religiosos viven unidos por el sagrado y estrecho vínculo de la más perfecta caridad, todos tienen un mismo y santo pensamiento: el mejor servicio de Dios y de sus semejantes, ideal á que debe aspirar constantemente toda alma consagrada á Dios. Estos y otros títulos abonan la vida claustral, según el testimonio de santos y sabios religiosos y la experiencia de cada cual puede asegurarlo.

No cabe explicar la alegría que experimentó el Siervo de Dios al verse revestido del sayal franciscano y en estado de subir al más alto grado de la perfección mediante los ejercicios y prácticas que presenta la religión, como son: frecuencia de sacramentos, gracias, indulgencias sin número, buenos ejemplos, distribuciones diarias y sin interrupción, olvido completo del mundo y de sí mismo, su pensamiento ocupado sólo en Dios y en el cumplimiento de su oficio particular; hé ahí las atenciones principales de un religioso donado y en cuyo fiel desempeño se cifra, puede decirse, su perfección.

Advertiremos que esto no era extraño al Siervo de Dios, toda vez que no era ajeno á estos ejercicios durante su estado de seglar; lo que debía esperarse era que de día en día hiciera mayores progresos en las virtudes; pues así lo exigía la índole del nuevo estado que había voluntariamente abrazado.

II

La virtud para que tenga mérito es necesario que sea probada en el crisol de la paciencia y de la tribulación. En la escuela del claustro se consigue esta gracia especialísima. El Siervo de Dios más y más avanzaba en la vida cristiana; sus virtudes cobraban nuevo esplendor; trabajaba incesantemente en el camino de la perfección religiosa, cumplía con exactitud los deberes de la vida monástica en todo lo que á él correspondía.

Nada tiene entonces de raro que los religiosos tuvieran para él aquellas consideraciones que lleva tras de sí la virtud.

«Al verlo los religiosos de aquella Comunidad tan recogido, tan modesto, tan silencioso, tan caritativo y, en fin, tan puntual en el cumplimiento de cuanto se le mandara, lo amaban de corazón. Tenemos en nuestro poder una carta del R. P. Fr. Salvador del Carmen Lima y Gonzalez, que le dirigió cuando el Siervo de Dios estaba ya en Chile, por la que se conoce el aprecio que tanto este Reverendo, como los demás moradores de aquel Convento, habían hecho de él, conservándose aún indelebles. Esto no es de maravillarse, pues es cierto que la virtud en dondequiera que se presente se hace apreciable por sí misma; aunque también es verdad que pocas veces dejan de faltarle enemigos decididos, perseguidores crueles» (1).

III

En efecto, no todo debía ser ventura para el Siervo de Dios; las nubes aparecen á veces en el cielo limpio y sereno.

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 27.

La persecución frecuentemente viene á turbar la calma de que goza el alma. Los vientos de la tempestad soplan de donde menos se piensa, y ellos son más temibles cuando más inesperados. El Guadián del Convento le movió tenaz persecución que puso en ruda prueba la paciencia y virtud de nuestro Siervo de Dios. «Él llevaba consigo á esta hija del cielo, y por esto era querido; pero también debía ser perseguido para que esa misma virtud adquiriese más fuerza y robustez. En el mundo no le habían faltado perseguidores; pero, ¿los hallaría también entre los siervos de Dios? A primera vista esto no parece probable, especialmente para él, que tenía formada, y conservó siempre, una alta idea de los religiosos y sacerdotes; pero debía saber, y si no lo sabía lo conoció por propia experiencia, que el hombre en todos tiempos y en todas partes, hállese ó nó revestido de un carácter sagrado, es siempre el juguete de las pasiones si se deja dominar de ellas» (1).

En efecto, cualquiera que sea la condición y estado en que se encuentre colocada la criatura, siempre se ha de resentir de la flaqueza y ha de estar sujeta á las pasiones que lleva en sí la naturaleza humana, frágil y miserable como es. No se sabe á qué atribuír la malevolencia del Guardián hacia el humilde Siervo de Dios. ¿Cómo se había cambiado aquella buena voluntad del principio, si no en odio, á lo menos en desagrado hacia el Siervo de Dios? Quejas de los demás religiosos no se suponen que hubiesen llegado á oídos del Prelado; al contrario, su confesor lo compadecía y los otros religiosos le manifestaban sincero cariño, el cual se traducía en el agrado que siempre le tenían.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que el Prelado usó para con el Siervo de Dios de malos tratamientos, de palabras duras y acres, que sólo la virtud y paciencia de él

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 27.

supieron y pudieron tolerar por amor de aquel Dios que á su paso por la tierra dejó el más alto ejemplo de humildad y mansedumbre.

Dios entre las dulzuras y suaves y dulces consolaciones con que premia á sus escogidos, acostumbra derramar algunas gotas de amargura y tribulaciones, para así mantener á las almas vigilantes y probar y ensayar nuestro amor; porque es en el rudo combate y en la encarnizada lucha donde se conoce el soldado valiente y el cristiano que deserta de las banderas de Jesucristo. La virtud sin pruebas ni sufrimientos es una virtud floja y fácil que al menor acometimiento del enemigo cede y abandona el campo á las pasiones y al pecado.

IV

¿Á qué atribuír semejante conducta del Superior? Ejemplar, discreto, porte irreprochable, eran los atributos y cualidades del Siervo de Dios. Dentro del claustro cumplía, como hemos dicho, con los deberes que se le habían impuesto. No hay duda que Dios quería agregar á la corona de sus virtudes esta otra joya de la persecución y de los sufrimientos què había de avalorar más su mérito y su paciencia.

«Dios quería levantar un alto edificio de virtudes en el alma del Siervo de Dios, y era preciso que se ahondaran los cimientos de su humildad, robustecida por el sacrificio. Al pie de los altares, en el silencio de su celda y sobre el corazón de su consejero y amigo, vertía su amargo llanto el atribulado Siervo de Dios, sin exhalar una queja y atribuyendo siempre á sus propios pecados la persecución y los castigos de que venía siendo objeto. En su profunda humildad, no advertía que la conducta del Superior iba suscitando una verdadera batalla, en que iban á encontrarse la indomable animosidad de aquel con la muralla de

universal cariño que le profesaban los ancianos y los jóvenes del Convento, y bastó que una voz amiga le advirtiera de la común defensa que aguardaba á su persona contra las iras injustificadas del Guardián, para que el Siervo de Dios, sin titubear un solo instante, tomara la resolución inquebrantable de abandonar el claustro y renunciar á la vida religiosa antes que por su causa hubiera de perturbarse la paz y de darse el escándalo de una lucha entre el Superior y los súbditos del Convento.

«¡Oh generosa pero cruel inmolación!

«No costó tanto al Siervo de Dios dar una eterna despedida á la cabaña que le había visto nacer en las Canarias, ni á los risueños campos donde, en medio de sus rebaños, había aprendido á conocer á Dios, ni al pedazo de tierra en que yacían sepultadas las cenizas de sus padres, como le costaba ahora dar su adiós al claustro que era el nido de sus únicos amores, al templo donde vivía en íntima unión con Jesús Sacramentado, á los hermanos que formaban su familia y á la santa librea del hábito franciscano, que era su gloria y su defensa.

«Desgarraba el corazón presenciar el martirio del Siervo de Dios y, á los que intentaban consolarle, daba por única respuesta, con los ojos arrasados en lágrimas: «Esto y mucho más merecen mis pecados; ¡cúmplase en mí la voluntad de Dios!» (1).

V

Dios permite los sufrimientos y sacrificios de los suyos para levantarlos á la cumbre de la perfección; sobre la base de la tribulación elévase el alma con más vigor y fuerza hasta Dios; reconoce la nada y miseria que es, se radica la humildad en la resignación y voluntad de Dios; así es co-

(1) Jara. *Oración Fúnebre de Fray Andrés*, pág. 19.

mo se sube al Tabor glorioso, descendiendo al Calvario doloroso. Dios todo lo permitió para el bien de nuestro Siervo de Dios; *pues Dios castiga al que ama.*

Algún recurso tuvo que tomar el Superior para verse libre del incómodo donado; y arbitró el medio de ocuparlo en el oficio de limosnero del Convento; es decir, de buscar de puerta en puerta el sustento diario para los religiosos; así Dios preparaba al humilde Siervo para ejecutar sus designios. En el capítulo siguiente veremos como desempeñó esta laboriosa y delicada tarea.





CAPÍTULO VIII

Otros padecimientos del Siervo de Dios en el oficio de limosnero.

«En las adversidades la criatura es mejor, es más hermosa que el oro, más pura que el cristal; púrgase de los vicios y perfecciónase en las virtudes, es más aceptable á Dios, más semejante á los santos, más valiente contra los enemigos.... más ferviente para orar y más segura de no ser víctima de las llamas del infierno.»—(KEMPIS. *De la Pasión de Cristo*).

I

HAY criaturas á quienes la Providencia Divina prodiga dotes especiales para ciertos y determinados destinos ú ocupaciones. Si es ruda y asidua la labor, la vencen con tesón infatigable hasta coronar para siempre su obra, sin reparar en sacrificios ni dificultades de ningún género. Esto que se verifica en el orden natural de las cosas, sucede igualmente en el espiritual y divino.

Con laudable y decidido empeño entregóse el Siervo de Dios á cumplir el oficio que le había confiado la obediencia.

Considerado de todos por su modestia y sencillo trato, atrájose en poco tiempo la simpatía y el respeto de cuantos le conocieron. Así Dios iba preparando y echando los sólidos cimientos de la virtud que más tarde en el mismo oficio debía con tantas creces practicar.

Si bien tiene peligros y tentaciones el oficio que se confió al Siervo de Dios, sin embargo el temple de su espíritu dióle toda aquella fuerza moral necesaria para desempeñarle con reconocida moralidad, conducta irreprochable y austera y santa virtud.

Sin desmayar un momento cumplió con puntualidad el oficio, teniendo sólo la única mira que servía á Dios.

En efecto, si se le daba limosna, después de haber pedido con humildad, agradecía el beneficio que se dispensaba á sus hermanos y á él; y si se le despedía con dureza y terquedad, se retiraba con la misma compostura y gravedad con que se había presentado; si se le pedían oraciones por alguna necesidad espiritual ó temporal, prometía rogar á Dios por ella, sin que jamás dejase de hacerlo con todo aquel fervor que habría empleado en un asunto propio, demostrando no pocas veces los resultados favorables á la necesidad, cuán aceptas eran á la Majestad Divina sus humildes preces; si su virtud era tentada por aquella pasión que para vencerla es preciso huír de los objetos que la producen, huía con prontitud; si, como no pocas veces le acontecía, se le insultaba, se le provocaba á disputas ó se le miraba con una sonrisa socarrona, no se quejaba, no respondía, no se daba por entendido del insulto, observando exactamente aquel consejo del gran Pablo, que escribiendo á su discípulo Timoteo le decía: «Al Siervo del Señor no le conviene altercar, sino ser manso para con todos.... paciente» (1).

(1) Epístola 2, c. II, v. 24.

Últimamente, si de las palabras pasaban sus injuriadores á los insultos y provocaciones de obra, también las sufría con la misma resignación.

A propósito de esto referiremos un hecho bastante pesado que le sucedió en cierta ocasión. En los extramuros de Montevideo había una carnicería, y el Siervo de Dios se dirigió á ella para pedir limosna. La recepción que le hicieron la primera vez no fué tan halagüeña; pues le animaron los perros de la casa, de quienes felizmente pudo librarse y seguir su camino. Talvez la animación dada á los perros por sus dueños no sería tan manifiesta que bastase para convencerlo de las malas intenciones que allí había en contra de él, pues al poco tiempo volvió á presentarse; pero apenas había penetrado en el gran patio que servía para los usos del establecimiento, cuando recibió en la cabeza un golpe tan fuerte, que en el acto cayó al suelo en un estado completo de aturdimiento.

Una de las veces que refirió este acontecimiento, el que le oía le preguntó:

—¿Qué hizo Ud. cuando volvió del aturdimiento?

—Qué había de hacer,—dijo,—me levanté, me sacudí la tierra, salí á la calle y seguí mi camino, y en él fuí rogando á Dios que perdonase al que me había dado el golpe y á todos los que tuvieran culpa.

—¿Y volvió después á pedir limosna á la misma carnicería?—se le replicó.

—Eso si que nó,—dijo con gracia,—porque conocí que no me querían dar.

Siempre que le sucedían hechos de esta naturaleza, no cesaba de dar gracias á Dios porque le proporcionaba esos medios de adquirir méritos para hacerse digno de la corona de la gloria. En fin, de cualquiera clase que fueran las tribulaciones que tuviese que sufrir, siempre las recibía con gozo y se retiraba á su Convento con más alegría que nunca,

como si llevase consigo un gran tesoro, conformándose de este modo con aquel consejo del Apóstol Santiago, que á la verdad no es uno de los más fáciles de cumplir: «*Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones*» (1).

II

Tal era el resorte que movía las acciones del Siervo de Dios y los recursos que ponía en juego en el carácter de limosnero. Es propio de los siervos de Dios no perturbarse por los accidentes que pueden sobrevenirles y recibirlos todos con tranquilidad de espíritu. El siguiente hecho comprueba lo que venimos diciendo, y que fué recogido de su propia boca: «Andaba pidiendo limosna por uno de los suburbios de la ciudad, y con ese objeto entró á una casa cuyo dueño pagaba en esos momentos á unos peones. Pidió con humildad, pero inmediatamente fué despedido con insultos y amenazas proferidas por el caballero, entre las risas, burlas y chifletes de los peones. El humilde Siervo de Dios se retiró sin desplegar sus labios ni dar muestra alguna de incomodidad. Caminaba tranquilo por una especie de callejuela que daba entrada á la mencionada casa, para tomar de nuevo la calle pública, cuando antes de llegar á ella, siente tras de sí un ruido, mira prontamente y ve que algunos de los peones de aquel hombre, que en vez de darle limosna le acababa de insultar, lo seguían á toda prisa con manifestaciones amenazadoras, pues iban recogiendo piedras. El Siervo de Dios conoció, desde luego, que aquellos hombres se apresuraban con el objeto de apedrearlo, mandados talvez por su ofensor (y así era en realidad), que irritado con su impasibilidad ó movido de su mal corazón deseaba maltratarlo; conociendo esto, repetimos, se sentó en

(1) Epístola Católica, c. I, v. 2.

el suelo, con sus espaldas hacia la pared, y con entereza dijo á sus perseguidores, cuando aún estaban distantes, *que le tiraran, pero que advirtiesen lo que hacían.* Ellos, que oyeron ó no sus palabras, cuando estuvieron más cerca levantaron el brazo para descargar una lluvia de piedras sobre aquel *ocioso*, pues tal era el nombre con que no há mucho le habían bautizado. Pero Dios, que no siempre quería hacer sufrir á su Siervo, y, *que es Él sólo quien hace maravillas*, dió á aquellos hombres un fuerte y tremendo castigo,—*deteniendo sus brazos en el aire y, por consiguiente, sin que pudiesen darle movimiento alguno.*

¡Oh, es gran dicha, felicidad sin igual, el ser amado de Dios!

Véase á este Siervo de Dios, pobre y humilde donado, á este antiguo pastorcito favorecido y defendido por Aquel mismo que en otro tiempo librara á David, que también lo había sido, de las asechanzas de Saúl y de sus satélites.

«En cuanto al Siervo de Dios, tan luego como vió el castigo, se levanta con ligereza, se acerca, exhorta á aquellos infelices, víctimas de una mal entendida obediencia, que compungidos derraman abundantes lágrimas; ruega por ellos con fervor, y vuelven inmediatamente á su estado natural.

«Ignoramos el fruto que sacaron de este pesado contratiempo, así como el efecto que produciría en el que los había mandado á practicar tan inicua obra, pues el Siervo de Dios no refería más que lo dicho.

«Cuando le oímos este raro acontecimiento, quedamos sorprendidos tanto de él en sí mismo, cuanto de la extremada sencillez con que lo refería y de la explicación que le daba; pues decía con un acento de convicción y lleno de alegría: «*El Patriarca, el Patriarca que no podía permitir fuese ultrajado su santo hábito*» (1).

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 30.

Las tribulaciones y padecimientos son dádivas con que Dios regala á los suyos, y mientras más ocasiones tienen de padecer más agradecidos muéstranse con su Divina Majestad. Dios compensa abundantemente estos sacrificios de sus fieles servidores, enviándoles gracias extraordinarias que llenan de júbilo y gozo el corazón. El Siervo de Dios, «alma cortada según el corazón de Dios», sufría alegremente las persecuciones de las criaturas, pues así conseguía agradar más á Dios, y adquiría méritos dignos de recompensa eterna.





CAPÍTULO IX

El Siervo de Dios deja el hábito.—Causa de esta determinación.

> «Así como ignora la delicadeza de las viandas el que no ha experimentado el hambre, de la misma manera los elegidos no conocen la magnitud de los beneficios divinos, sino cuando Dios permite que caigan en graves aflicciones.»—(FRANCISCO TITELMENSE, *Sobre el Salmo LXX.*)

I

SIGUIÓ la malquerencia del Guardián, no obstante el cariño de los demás religiosos, los cuales habían ya llegado á columbrar la animosidad del Superior hacia el humilde Siervo de Dios. Pero sea pusilanimidad de ellos, ó lo que es muy probable, la dificultad en que se encuentran los súbditos para calificar con acierto la conducta del Prelado é inmiscuirse en sus actos privados, la verdad es que las cosas permanecían en el mismo estado ó subía de punto el enfado del Superior. El final fué que esto tuvo un desgraciado desenlace, y lo juzgamos tal, porque efectivamente lo es, desde el momento mismo que de donde debía partir el ejem-

plo y el aliento para practicar el bien y el progreso en la virtud en un espíritu tan bien preparado como el del Siervo de Dios, es lástima que fuera el Guardián el origen y la causa que creaba circunstancias y situaciones difíciles y desesperantes.

El Siervo de Dios necesitaba más bien de estímulo para mejor conseguir la santificación de su alma, que de pruebas y sufrimientos, pues si bien éstos labran la corona del mérito, sin embargo el ejercicio imprudente puede traer funestas consecuencias.

Hay una suerte de mortificación que se ejercita á veces por los superiores con el objeto de que avance el súbdito en la perfección, mediante el quebrantamiento de la propia voluntad y el desprecio y humillación de sí mismo, y estos sufrimientos redundan en bien del prójimo y de su aprovechamiento espiritual. Otros padecimientos hay que llevan en sí el desprecio y la injusticia, y esta conducta que no tiene por principio ni fin la santificación, sino que es el resultado de pasiones mal reprimidas ó hijas del capricho, lejos de adelantar en el camino de la virtud, es más bien rémora para aprovechar en el estado religioso; y cuando estas situaciones se producen y derivan del Superior, entonces la vida religiosa apenas se hace soportable, á no ser que esta persecución caiga en un varón perfecto y que sepa de virtudes, como sucedió á nuestro Siervo de Dios, merced á los sabios consejos de su confesor y á su incontrastable virtud que toleraba con paciencia los ultrajes injustos de aquel Prelado.

II

No menos sufría con esta difícil situación el propio confesor del Siervo de Dios, que por lo mismo que había dirigido su alma durante tanto tiempo, sabía cuán inmerecidos eran los reproches que al humilde Siervo de Dios se le dirigían.

La compasión se apoderó de su corazón, y mediante sus sabios y caritativos consejos sufría el Siervo de Dios con resignación cristiana los avances injustos del Prelado. «Este santo sacerdote procuraba hacer llevadera la tenaz persecución de que era víctima, recordándole frecuentemente el galardón eterno que por ella alcanzaría; le daba á conocer que Dios purifica siempre á sus escogidos por medio de crueles persecuciones, pues ha dicho: «*Quemarélos como se quema la plata y los probaré como se prueba el oro*» (1), «que como nos ama tanto el Señor no se contenta con que alcancemos la gloria y grande gloria, sino que quiere que gocemos pronto de ella y que no nos detengamos en el purgatorio. Y para esto nos envía aquí trabajos y persecuciones que son martillo y fragua con que se quita el hollín y escoria de nuestra alma y queda purgada y purificada para poder entrar luego á gozar de Dios» (2).

Últimamente le decía: «Penosa y molesta es esta pelea, pero fructuosa, porque todo lo que se le añade de pena y de trabajo se acrecienta de premio y de corona» (3). Felizmente, el Siervo de Dios estaba persuadido de todo esto; pero era hombre, y la persecución venía de quien menos debía esperarla; por esto se afligía y desconsolaba algunas veces; pero entonces redoblaba sus oraciones, y la gracia del Señor lo sostenía á la vez que lo consolaba.

III

El Prelado, cuyo nombre sabemos, parece que se había propuesto labrar al Siervo de Dios una guirnalda de méritos la más brillante, pues ni siquiera inventaba pretextos para ultrajarle. Se nos figura que este hombre debía tener

(1) Zacarías, c. 3, v. 9.
(2) San Buenaventura.
(3) San Bernardo.

motivos justos ó nó para estar muy irritado con algunas personas á quienes no podía castigar, y como su enojo necesitaba alguna en quien desahogarse, encontró en el Siervo de Dios un individuo á propósito para ello. Es cierto, como ya lo hemos dicho, que el Siervo de Dios no le daba motivos para que le vejase; y si se los daba, ¿por qué no lo castigaba, y en caso de obstinación, se deshacía de él quitándole el hábito? ¿Por qué no tomaba otras medidas que no fuesen diarias injurias, etc.?

Pero nó, nos consta positivamente de que obraba con injusticia, por capricho. Esta es la razón por qué el R. P. Echanagucía se angustiaba sobremanera, pues por una parte veía el proceder inicuo del Prelado, y por otra todos los sufrimientos de su protegido, sin poder hacer nada en su favor.

En efecto, extranjero, en Montevideo, agregado sólo como huésped á aquella Comunidad, de un carácter inofensivo, hombre, en fin, capaz de sacrificarlo todo, excepto su conciencia, no podía mirar con indiferencia que la tranquilidad se alterase en el Superior, aunque fuera por su culpa, ni podía tampoco hacer cesar aquel estado de cosas. Por otra parte sabía que su confesado era paciente como el que más, y que no sería muy fácil que la ira se apoderase de él y le hiciese faltar al respeto debido al Prelado, y mucho menos que el odio se arraigase en su corazón. Además conocía su buen espíritu, que le guiaría en el camino de la virtud aun en medio de los peligros del mundo, como antes que entrase en la religión; pero también sabía que permanecer en aquel peligro diario era exponer al Siervo de Dios á que cayese en él. Estas y algunas otras consideraciones pudieran haberle inclinado á aconsejar á su penitente á que dejase el hábito, hasta que hubiese otro Prelado; pero como lo veía merecer, no lo hizo, sino que se contentó con sostener en el combate á aquella alma atribulada.

IV

Habiendo llegado á su colmo los malos tratamientos y antes de ponerse el Siervo de Dios en el peligro y ocasión de faltar aun en lo más insignificante al respeto y veneración que se debe á los que han sido puestos por Dios para regir y gobernar á los otros, determinó, no sin gran pesar y *cediendo á una debilidad y flaqueza suya*, como él mismo decía después, dejar el hábito y volvèr al siglo, abandonar aquellos claustros silenciosos que tantas dulzuras y encantos habían dado á su alma. Harta violencia y constante lucha tuvo que sostener consigo mismo para llegar á resolverse y poner en ejecución su designio; pero tal debió ser el caso y la injusticia del Prelado, que sin miramiento á las ventajas espirituales que proporciona el claustro se resignó á tomar la medida que dejamos mencionada, no sin cierta repugnancia y rechazo de su conciencia, pues juzgaba un delito dejar el santo hábito.

¡Abandonar la Sión celestial por la Babilonia terrena, que sólo ofrece á los suyos engaños y perdición! No es para ponderar la profunda tristeza que se apoderó del Siervo de Dios viéndose ya despojado por su propia voluntad del hábito seráfico; pero ¿á qué consecuencias no arrastra y á qué funestos efectos no conduce la pasión loca de un hombre caprichoso, cual era el Superior del Siervo de Dios, sino hasta cometer excesos, ó á lo menos faltas punibles y de alguna transcendencia en el orden espiritual como en el temporal? Esa rivalidad de sentimientos y antagonismo de ideas y caracteres produce siempre funestos resultados cuando la prudencia no dirige las acciones y éstas no van encaminadas en todo á la mayor honra y gloria de Dios. Ya tenemos al Siervo de Dios de nuevo en medio del mundo; el papel que en él desempeñó lo veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO X

El Siervo de Dios en el siglo.—Vuelve á la religión.—Vése obligado á dejar por segunda vez el hábito.—Su director espiritual.

> «Más se alegra Dios del alma tímida y que se convierte alguna vez de su yerro, que de aquella que nunca tuvo ocasión para perderse.»—(SAN ISIDORO HISPALENSE, *Libro de Líbero bono*, cap. 10, sent. 7.)
>
> «El Señor enviará su Ángel junto contigo y dirigirá tu camino.»—(*Génesis*, cap. XXIV, 40)

I

AL golpe de los trabajos y padecimientos de la vida fórmase el varón santo. En la escuela del claustro había aprendido el Siervo de Dios á saber cómo se labra la corona del mérito, que á mayores tribulaciones están vinculados más grandes premios y recompensas. El oro se purifica en el crisol y la virtud se perfecciona en el sacrificio y el sufrimiento. Ya conocía el Siervo de Dios las armas que debía exgrimir y el campo donde frecuentemente se presenta el enemigo común de las almas. Las virtudes practicadas en la religión eran un baluarte inexpugnable que robustecía y con-

solidaba su paciencia y demás virtudes. Así volvía el Siervo de Dios al mundo, con sus virtudes perfeccionadas y pronto, por cierto, para sufrir los azares de la vida y salir vencedor en todas ellas.

Pero donde dió el Siervo de Dios un ejemplo de profunda humildad y de conocimiento de sí propio, es en el hecho siguiente: De nuevo en el mundo tenía que suministrarse los medios para poder subsistir y procurarse los recursos necesarios al vestido y alimento; para ello aplícase al trabajo, no ya de vender libros como antes lo había hecho, sino que se ocupó en la baja y vil ocupación de humilde jornalero, indiferente á todo porvenir, no cifrando sus esperanzas en el lucro ni en útiles ganancias, y si algo adquiría era lo que extrictamente necesitaba con esa moderada y prudente diligencia para tener los medios para poder vivir, sin esas locas aspiraciones al dinero ni á los bienes de fortuna, como quien tenía por mira sólo á Dios y la constante preocupación en sólo agradar y pensar en Dios.

II

En estas circunstancias sucedióle un hecho que puso de relieve su paciencia inalterable. Entró á trabajar, como hemos dicho, de simple jornalero en un templo que por entonces se edificaba en la Casa de Ejercicios que hay en Montevideo. Las costumbres desarregladas de sus cotrabajadores en nada alteraron las suyas: ni lo duro y expuesto del trabajo inmutaron su paciencia ni minoraron su valor. Como una prueba de ésto el actual Provisor de Montevideo, señor Fernández, asegura:—*Que trabajando en el mencionado templo le cayó desde una altura bastante considerable un cubo de cal que al parecer debía haberle muerto; que dándole en la cabeza sólo le causó una leve contusión, diciendo al recibir el golpe:—Alabado sea Dios; y que siguió su trabajo con la mayor serenidad,*

dejando á todos los trabajadores en la más completa sorpresa y admiración.

Esto solo da una clara idea de que el Siervo de Dios no había perdido con la salida del claustro nada de la acción poderosa que produce en las almas la gracia; esto sirve también para explicar dos cosas: que la virtud sinceramente practicada engendra un hábito que el tiempo transforma en segunda naturaleza; además que el que trabaja incesantemente como nuestro Siervo de Dios, sin dejarse llevar de las vanidades y del viento borrascoso de las tentaciones tiene siempre seguridad de vencer al enemigo común de las almas. Considerando las cosas desde esta altura se viene en conocimiento de que Dios dispone de las criaturas como á Él mejor le place; pero que «todo contribuye al bien de ellas»; «los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, todo viene de Dios.» Según esta doctrina podemos estar seguros de que el Siervo de Dios al tomar la resolución de dejar el hábito, cumplió la voluntad de Dios, que así tenía dispuesto este suceso para fines ocultos entonces; pero que tendremos ocasión de hacer ver en el curso de este libro.

III

Lejos de encontrarse el Siervo de Dios satisfecho de la resolución tomada, día á día la intranquilidad y el remordimiento se apoderaban más y más de su espíritu, atribuyendo á culpa propia el verse distante de Dios; «por todas partes le perseguía la idea de su debilidad, era un remordimiento continuo, semejante al que acompaña al primer crimen, y como tal consideraba el Siervo de Dios su salida del Convento; este talvez era el primero de que tenía que arrepentirse, y lo hizo tan de veras, que toda su vida se dolió de él como de un enorme pecado» (1).

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 34.

El pensamiento de no haber tenido la suficiente fuerza de voluntad, su falta de entereza le atormentaba sin cesar y traían su corazón perturbado, sobre todo cuando recordaba los días pasados en la casa de Dios y la suma de gracias que se consigue en el estado religioso; se reprochaba y reprendía á sí mismo su ligereza y falta de paciencia y de conformidad en la voluntad de Dios, que envía muchas veces las persecuciones para asemejar más así á sus criaturas. En esa perplegidad y continua agitación pasaba los días y las noches, sin conseguir el reposo ni la paz para su espíritu atribulado. Por donde se ve que la acción de Dios obraba en él de una manera eficaz, infundiendo el temor saludable que inspira el pecado y sus funestas consecuencias.

IV

Como quiera que sea, no le eran lisonjeras al Siervo de Dios las auras del siglo; su atmósfera no tenía nada de halagüeño para él, el suave ambiente del claustro llenaba todas sus aspiraciones como quien comprendía lo vano y frívolo de lo que el mundo ofrecía á los suyos. El temple de su virtud no se avenía bien con el espíritu que dominaba en el siglo; los peligros que en él encontraba eran lazos sutilísimos en que fácilmente puede enredarse la criatura y caer en un abismo de males sin cuento.

Estas y otras consideraciones movieron el ánimo del Siervo de Dios para solicitar de nuevo el santo hábito, rogando encarecidamente al mismo Prelado y con toda humildad que se le admitiera por segunda vez en el Convento. No salieron fallidas sus esperanzas y tuvo feliz éxito su petición, pues el Guardián no tuvo ninguna dificultad para ello, lo que indica la injusticia cometida con el humilde Siervo de Dios.

Admitido, inmediatamente se le confió el oficio de portero del Convento, pero esto duró poco tiempo.

V

Sin duda alguna, la experiencia había enseñado al iracundo Guardián que el diligente y antiguo limosnero del Convento, en el espacio de tiempo que había cumplido ese cargo había sido testigo todo un pueblo de su laboriosidad y moral conducta, que no trepidó un momento en encomendarle el mismo oficio que antes había desempeñado con tanto acierto y ejemplar asiduidad.

Alguien podrá pensar, por lo que dejamos referido, que á este suceso precedió alguna satisfacción ó reconciliación de parte del Guardián y del Siervo de Dios, como que el primero había sido la causa de la salida del segundo; á creer esto nos inclina el pensar que en el colérico Prelado pudo haberse extinguido el encono antiguo, causa determinante y principal de que el Siervo de Dios dejara el hábito, pero de la primera ninguna noticia tenemos; de la segunda debemos decir que en el Guardián revivió el enojo, sin que hasta ahora hayamos podido averiguar á qué motivos atribuír sus malos modos hacia el humilde Siervo de Dios. ¿Cuál era el secreto de los malos tratamientos? ¿Cómo se comprendía aquella voluntad para darle el hábito luego que lo solicitó, con el propósito de mortificar sin ningún provecho al Siervo de Dios? ¿Cómo no se negó á dárselo? ¿Cómo, por fin, explicar esta conducta, por demás incomprensible, siendo una cosa privativa y un derecho del Guardián el conceder ó nó el hábito en calidad de Donado? Misterio es este que ha quedado envuelto en espesas tinieblas, y sólo se comprende si se considera que Dios quería coronar de méritos á su Siervo; probar su paciencia, darle á conocer su debilidad y flaqueza, y lo expuesta que está la

criatura á los vendavales del mundo que al menor soplo de la tribulación luego cede á las adversidades, con pérdida de su reposo; son las enseñanzas que se deducen de la conducta del Guardián y de los sufrimientos del Siervo de Dios. En cuanto á la vuelta de éste á la religión, se desprende que el alma cristiana no se sacia con los placeres que el mundo le presenta cuando una vez se ha gustado de las delicias y dulzuras que se experimentan en el servicio de Dios y en la contemplación de sus atributos y perfecciones, al mismo tiempo que todo lo que se mendiga á las puertas de las criaturas deja siempre en el corazón esos vacíos que nada ni nadie puede llenar; los goces que ofrece el mundo dejan siempre el disgusto y la amargura en el alma.

VI

A través de tantos sufrimientos deslizábase la vida del virtuoso Siervo de Dios cuando un acontecimiento inesperado vino á turbar de nuevo la quietud y tranquilidad de su alma; pero el suceso era de diversa naturaleza á los anteriores. Un movimiento revolucionario produjo la guerra civil en Montevideo, y como uno de los primeros recursos de que se echa mano en estas circunstancias es apoderarse de los bienes eclesiásticos y perseguir á los religiosos, lo que se hizo fué convertir el Convento en que moraba el Siervo de Dios, en cuartel militar y lanzar sus moradores á la calle. Bástenos decir que las revueltas sociales y políticas obligaron á los religiosos á salir de su Convento para ser éste ocupado, como hemos dicho, por tropas militares, viéndose en la dura necesidad de vivir en las casas particulares unos, ó emigrar á regiones extrañas otros, cual aves fugitivas que huyen de la tempestad, temerosas de ser despedazadas por ella, buscando en tierra extranjera un lugar y un nido donde cobijarse seguras.

VII

Obligado por estos motivos tuvo que involuntariamente dejar el hábito por segunda vez, «bien que lo guardó religiosamente esperando que se restableciese el orden y volviese todo á su antiguo estado para ponérselo de nuevo.» Hallándose de secular por tercera vez se dedicó sin duda á trabajar, aunque ignoramos en qué; pero fuese de vendedor de libros como en la primera ocasión ó fuese de simple jornalero como en la segunda, lo cierto es que con el trabajo de sus manos consiguió reunir recursos que dentro de poco debían servirle sobremanera. En efecto, el Siervo de Dios seguía siempre sus comunicaciones, ya de conciencia, ya de amistad con el R. P. Echanagucía; pero este virtuoso sacerdote hacía tiempo que meditaba un proyecto, cuya ejecución iba á ser muy favorable á nuestro Siervo de Dios, proporcionándole un campo inmenso en que ejercitar sus virtudes.

Bueno será que anticipemos algunas líneas sobre este notable religioso.

VIII

Fray Felipe Echanagucía, natural del Reino de Viscaya y nacido en la villa de Cizurguiel, que habiendo empleado la mayor parte de su sacerdocio en la conversión de los indígenas del Perú vino á esta Recolección Franciscana de Santiago de Chile, en la cual fué Prelado y vivió en ella ejemplarísimamente por espacio de doce años, de donde le arrebató la deliciosa muerte de los justos el día seis de Septiembre de 1851. Nuestro Siervo de Dios, Fray Andrés, lo creía un santo, y por eso su separación de nosotros la atribuía á castigo del cielo.

La revolución que arrojó de España á los religiosos le

hizo emigrar á la América; permaneció ocupado en la conversión de los indígenas de la República del Perú el tiempo señalado por las leyes de Propaganda, y luego que lo cumplió, dirigióse á Montevideo condecorado con el título de Misionero Apostólico que le daba derecho para incorporarse en la Provincia Franciscana que más le agradase. En la de la República del Uruguay no lo había hecho; antes por el contrario, tiempo hacía que, tendiendo su vista por el continente americano, buscaba con la mayor solicitud un convento observante de la Regla del Seráfico Patriarca, para ir á terminar en él sus días. Ahora que se veía forzado á morar en la calle, donde su carácter no le permitía vivir tranquilo, lo deseaba con más ahinco y vehemencia que nunca. Después de repetidas averiguaciones tuvo conocimiento el R. P. Echanagucía de que en la República de Chile, en la ciudad de Santiago, existía desde no ha mucho tiempo un Convento de Recoletos Franciscanos en el que se observaba extrictamente la Regla y Constituciones de Nuestro Seráfico Padre San Francisco. Esta idea acariciada por tanto tiempo, iba á ser en breve una feliz realidad; á este Convento convergían sus miradas, pues su observancia cuadraba en todo á sus propósitos de perfección evangélica.

No ejecutó su resolución sin haberlo consultado antes con el Siervo de Dios, pues siempre oía el parecer de su amigo y penitente en asuntos graves, invitándole al mismo tiempo á seguirle en su viaje á Chile. Las circunstancias en que se encontraba el Siervo de Dios no podían ser más oportunas para aceptar la invitación, é inmediatamente se decidió el viaje, último derrotero de la vida del Siervo de Dios.



CAPÍTULO XI

El Siervo de Dios se dirige á Chile.—Nuevos sufrimientos en la navegación.

> El que ama á Dios afronta cualquier género de sacrificios y encuentra dulce las amarguras de esta vida.

I

Por el documento que insertamos y por lo ya dicho, queda claramente establecido que el Siervo de Dios permaneció en la República del Uruguay el tiempo de seis años y algunos meses; ese documento, fechado el ocho de Abril de mil ochocientos treinta y nueve, dice así: «Recibimos de Don Andrés García la cantidad de sesenta patacones por su pasaje en el bergantín *Floreville* hasta Valparaíso.»

Dios, que dispone con admirable Providencia todas las cosas á sus respectivos fines, quiso que se embarcaran para Chile el virtuoso sacerdote Echanagucía y el humilde Siervo de Dios Andrés para ser el instrumento de sus favores y beneficios derramados con larga abundancia sobre el suelo de Chile.

El Siervo de Dios experimentó gravísimas injurias y sufrimientos durante la navegación de Montevideo á Valparaíso. Los padecimientos inferidos por los marineros en

este segundo viaje no son para dichos; pues cuando el Siervo de Dios los refería causábale profunda pena su recuerdo. Los mal intencionados tripulantes á porfía le prodigaban insultos soeces y baldones gratuitos sin motivo alguno, por cierto, y nada más que por dar rienda suelta á sus desenfrenadas pasiones; en su presencia misma, blasfemaban del nombre de Dios, que sólo la invicta y singular paciencia del Siervo de Dios podía tolerar. ¿Cómo se explica esta conducta malvada, para con un hombre como el Siervo de Dios, de costumbres edificantes, irreprensibles, siendo conformes con la educación, el espíritu cristiano, sin provocar la menor ofensa á nadie? ¿Qué recelos podía infundir entre aquella gente sin Dios y sin conciencia? Esta persecución y malevolencia sólo se comprende atribuyéndola al espíritu satánico que se apodera de las criaturas para atormentar á los Siervos de Dios y hacerlos merecedores de inmortal corona. Es indudable que le acometieron con vías de hecho hasta el extremo de aturdirle.

«Á la verdad, ¿no se hace increíble que á un pobre viajero se le trate por los individuos de la tripulación de una manera tan cruel y feroz que lleguen á hacerle perder los sentidos? ¿No parece dudoso que en una embarcación en la que como en todas hay una autoridad, se den palos, mojicones y se infieran otros mil ultrajes á un pobre hombre que no ha cometido delito alguno? Todo esto, repetimos, parece increíble; pero la verdad es que al pobre *canario* lo trataron del modo que acabamos de indicar; pues entre otros muchos ultrajes en una ocasión lo golpearon tanto que lo dejaron en un estado de entorpecimiento absoluto de los sentidos» (1).

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés.*

II

El tierno afecto y dulce devoción que desde niño profesaba á la Reina del cielo hacía que se indignara santamente cuando se infería alguna ofensa á la Santísima Virgen, como sucedió una vez durante la navegación. Leía un libro piadoso que trataba de María; los marineros se lo arrebataron y arrojaron al mar, considerando esta falta como gravísimo pecado. «Esta vez, decía que se había incomodado, reconociendo al propio tiempo su falta de paciencia como uno de sus grandes pecados, aunque es verdad que no les dijo una *sola palabra*, como añadía él mismo» (1). Por donde se deja ver la escrupolosidad de concieucia y temor santo del Siervo, el celo por la gloria del Señor, profundo respeto y veneración hacia cuanto se refiere á la religión y á las verdades del cristianismo, como la devoción á la Santísima Virgen.

Redoblaba más y más su valor para persuadir con sus consejos á los obstinados marineros, pero inútilmente empleaba todos los medios de que era capaz; pues sordos á sus voces y llamamientos contestaban con los consabidos insultos, denuestos y golpes anteriores; víctima de las burlas, gestos y maneras indecentes, no desplegaba sus labios sino era para encomendarlos á Dios é implorar su misericordia para que se convirtieran de veras al Señor.

III

Habiendo tocado todos los resortes y medidas que le sugería su espíritu para convencer á esos que eran sus prójimos y ganarlos para Dios, no omitió medio ni sacrificio

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 36.

hasta entregarse con gusto al martirio y á la misma muerte con que le amenazaba aquella gente descreída y desalmada. «Como al mismo tiempo el Siervo de Dios veía que nada alcanzaba á conseguir con sus razones, se determinó á sellar la verdad de su dicho con su sangre. Á la sola idea de que podía lograr la palma del martirio, dando su vida por la fe católica, su corazón rebosaba de alegría, considerándose como el más feliz de los hombres» (1).

Y no se crea que fué esta la única vez que se encontró en tales circunstancias; pues nos consta, por habérnoslo referido verbalmente una persona que nos merece entero crédito. «Estando ya con el hábito en nuestra Recoleta, en una ocasión para probar la virtud del Siervo de Dios, unos religiosos le acometieron con lanzas y otros instrumentos de esta naturaleza, amenazándole con la muerte, y fué tanta la fuerza de que se hallaba animado para sufrir el martirio que dejó ejemplarizados y persuadidos á los religiosos de la fortaleza de su ánimo y de la profunda convicción de que iba á ser martirizado por amor á Dios» (2).

IV

Como hemos dicho en otro lugar de este libro, el Siervo de Dios consultaba con su confesor y director todos sus actos y pensamientos antes de ejecutarlos, porque era prudente y sabía que un celo inconsiderado puede llevar á veces á un abismo sin fondo, y lejos de agradar á Dios con ciertas obras, más bien sirven de tropiezo en el camino de la perfección cuando no son hechas con la debida discreción; pueden ser causa de funestas caídas, saliendo victorioso el amor propio, y la soberbia ganado mucho terreno. Conociendo que sus consejos no tenían resultado favorable

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 37.
(2) Relación del R. P. Fr. Francisco Pacheco, al Autor.

entre los marineros, determinóse á consultar á su confesor sobre si haría bien en sufrir la muerte con que le amenazaban, esperando sólo el consentimiento de su director espiritual para consumar el sacrificio.

El sabio y juicioso director no se dejó llevar de los fervorosos ímpetus de sacrificio del Siervo de Dios, y no sólo desaprobó sino que le disuadió del pensamiento y árrebato de celo por más laudable que fuese su propósito, como quiera que frecuentemente conviene al provecho espiritual de las almas, ese otro sacrificio de la negación de la voluntad propia, al parecer ajeno. Cuando recordaba esta circunstancia de su vida, decía: «*El padre me riñó.*»

No aprobó, efectivamente, el santo sacerdote los vehementes deseos del Siervo de Dios. Mas éste aceptó complacido y con gusto la determinación de su padre espiritual, conceptuándola como que era ese el querer divino, cambiando inmediatamente su proyecto en aras de la obediencia, y dejó de exhortar á los marineros.

Á través de tantos infortunios y peligros sobrellevados con singular paciencia y resignación llegó el Siervo de Dios á Valparaíso juntamente con el R. P. Fr. Felipe Echanagucía, y de ahí se dirigieron á Santiago, capital de la República, teatro que había de ser más tarde testigo de sus maravillas y prodigiosos hechos.

V

«¡Providencia admirable de nuestro Dios! ¡Vos habéis favorecido siempre y manifestado con claridad que tenéis vuestras complacencias en dispensar vuestra protección benéfica á nuestra cara Patria! ¡Siempre habéis hecho florecer en su seno las más bellas virtudes para que la aromatizasen con su ambiente celestial! ¡Siempre le habéis dado hombres sublimes con quienes teniais vuestras deli-

cias; hombres de acendrados procederes, que atraían sobre esta Patria querida vuestras compasivas miradas; que os pedían humildes vuestras bendiciones inmortales para ella!

«¡Bendita seáis mil veces, Providencia de nuestro Dios!

«Y á vos, pequeña Recolección Franciscana! también á vos la Providencia Divina os tiene presente! ¡Siempre os ha mirado con especial predilección!

«Apenas os habiais elevado, sencilla y humilde sobre vuestros fundamentos; apenas contabais de vida tres primaveras, cuando de regiones distantes os envía un hombre extraordinario, que es vuestro más bello, vuestro más grande, vuestro más sublime ornamento! Sí, allá en la ciudad de los Reyes, impartía al gran Bardesi, por medio de la Divina María, que es su más fiel intérprete, esta orden que debía engrandecerte: «*Ved á Santiago de Chile, y toma el hábito religioso en el Convento de Descalzos llamado de Nuestra Señora de la Cabeza, y allí me servirás por ser ésta la voluntad de mi Santísimo Hijo*»: y os hace el presente de ese hombre portentoso, que dentro de algún tiempo, á no dudarlo, tendréis en vuestros altares para formar en ellos vuestra eterna gloria!

«¡Esa misma Providencia sigue ciñiendo vuestras sienes con una admirable eflorescencia de varones ilustres en virtudes y en ciencias!

«Pero aún más, como si fuerais su hija predilecta, os purificó cual oro precioso en el crisol de la persecución; y permite que desaparezcáis del número de las Corporaciones religiosas. Pero allá en el seno de sus profundos decretos os tenía preparado un sabio Restaurador, joven aún, cuando permitía vuestra destrucción, pero que á su tiempo venció con esfuerzos increíbles, auxiliada por ella misma, cuantos obstáculos se le presentasen, y os daría de nuevo la vida!

«Y ahora, cuando apenas comenzabais á adquirir solidez, ahora os trae un tesoro inestimable en dos siervos suyos que os colmarán de gloria y honor: el uno particularmente en vuestro interior dando heroicos ejemplos de virtudes á vuestros hijos noveles aún en esa ciencia celeste, y el otro haciendo lo mismo, muchísimo más, tanto en vuestro propio seno, cuanto en todo el hermoso pueblo de que formáis parte!

¡Demostradle, pues, con buenas obras, vuestro eterno reconocimiento!

¡Que la benéfica Providencia no retire jamás su mano de vos, oh amada Recolección! que siempre os proteja, que siempre os colme de bendiciones, son los fervientes votos de uno de vuestros más ínfimos é indignos hijos!» (1)

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 38.





SEGUNDA PARTE

Desde la llegada del Siervo de Dios á Chile hasta su muerte.

CAPÍTULO I

La Recolección Franciscana.—Varones eminentes.—El R. P. José de la Cruz Infante.

«Los hechos heroicos de los varones ilustres perseveran indelebles en la memoria de todos.»—(Libro 2, Epístola 147 *ad Eutonion).*

I

La Recolección Franciscana tiene actualmente una existencia de doscientos treinta y cuatro años. En el año mil seiscientos treinta y tres, el Maestre de Campo don Nicolás García Henriquez, con su esposa doña María Ferreira, ofrecieron generosamente para la fundación de un Convento de Recolección de descalzos de N. P. S. Francisco, unos terrenos de que eran dueños á la orilla norte del Mapocho. Aceptada la donación, ellos mismos á sus espensas comenzaron á construír la Iglesia y demás edificios necesarios para un Convento. El veintiocho de Enero de mil seiscientos cua-

renta y siete, religiosos de la provincia franciscana de Chile tomaban posesión de aquellos edificios para dar principio á la fundación, la cual fué autorizada por Real Cédula de treinta de Mayo de mil seiscientos sesenta y dos y llevada á efecto el año siguiente de mil seiscientos sesenta y tres.

El R. P. Lector-jubilado Fr. Buenaventura Oten, sacerdote de austeras costumbres y acrisolada virtud, fué como uno de los fundadores de la Casa, el primer Guardián que tuvo la Recolección.

Por el espacio de ciento setenta y cuatro años estuvo la Recolección dependiente de la Provincia Franciscana de la Santísima Trinidad de Chile, hasta que el veinticinco de Diciembre de mil ochocientos treinta y siete fué restablecida con el carácter de independiente de la Provincia y del Provincial de San Francisco, por Rescripto del Nuncio Apostólico don Juan Muzi, fechado en Santiago de Chile á dieciocho de Octubre de mil ochocientos veinticuatro y concedido al M. R. P. Fr. José de la Cruz Infante, sacerdote de rígidas costumbres y relevantes virtudes.

Finalmente, por Rescripto Apostólico de veintiocho de Marzo de mil ochocientos setenta y cinco, fué la Recolección elevada á la categoría de Colegio de Misioneros de Propaganda Fide.

Tiene este Colegio, además de la Casa de Santiago, un Convento en Rengo y una Granja en San Francisco de la Angostura. El retrato de los beneméritos fundadores de la Recolección Franciscana hállase actualmente colocado en el segundo claustro del Convento. A formar esta escuela de perfección contribuyeron con sus cuantiosos bienes los dos insignes benefactores arriba citados; por su piedad y munificencia recibirán las bendiciones agradecidas de todas las edades.

En este taller de piedad formáronse almas que ejercita-

ron heroicas virtudes, que han pasado de siglo en siglo llamando la admiración de sus conciudadanos con el brillo y esplendor de sus ejemplos y esclarecidos méritos; mediante la observancia de la Regla Seráfica y Constituciones de su Instituto dieron lustre á esta Comunidad, y sus nombres se conservan con respeto y veneración constantes.

Dejemos aquí consignados para eterna memoria los nombres de los ilustres religiosos que santificaron estos silenciosos claustros; primeramente, el Venerable Siervo de Dios Fr. Pedro Bardesi merece especialísima mención por sus heroicas y sublimes virtudes, eminentes méritos, servicios prestados á la religión y á la Iglesia Chilena.

Con complacencia hemos sabido que en estos momentos se continúa la causa de Beatificación de este Venerable Siervo de Dios, la cual se había paralizado por defectos que se habían cometido en la prosecución del Proceso, pero fáciles de subsanar, instruyéndose un Procesillo supletivo que viene á quitar las incorrecciones é irregularidades de que adolecía el Proceso que se seguía en la Curia Romana. Por otra parte, la causa no puede ser más buena y feliz. ¡Quiera Dios que cuanto antes se llenen los deseos de sus hermanos y los de todos los católicos de nuestro país y de toda la América!

Olvidábamos decir que el retrato del Venerable Siervo de Dios se halla colocado en la Portería de la Recoleta, convenientemente restaurado hace poco tiempo.

Tiene la siguiente inscripción:

«Esfigie del Venerable Siervo de Dios Fr. Pedro Bardesi, natural de la ciudad de Orduña, en Viscaya; hijo legítimo del Licenciado Don Francisco Bardesi y Abogado de la Real Cancillería de Valladolid, y de Doña Casilda Aguinaso y Vidaurri. Fué portero de esta santa Recolección, donde tomó el hábito de lego el día 8 de Septiembre de 1675 y murió en 12 del mismo mes del año 1700, de 52 años,

cinco meses y cinco días, con prodigiosos signos de santidad, sobre cuyo examen trata hoy la Santa Iglesia Romana para inscribirle en el catálogo de los santos.

«El Ilustrísimo Señor Obispo Don Francisco Maran concede 40 días de indulgencia á los que concurran con limosnas para las costas de su causa que está en las últimas diligencias.

«Se debe este cuadro á la devoción de Don José María Castro y de Don Francisco Zuazagoitía, que lo donaron siendo Guardián de este Convento el M. R. P. Fr. María Lopez.

«Año 1805.»

Últimamente se ha publicado una nueva edición de la vida del Venerable Siervo de Dios, con algunas notas y datos ilustrativos. Ha sido nombrado Vice-Postulador para que prosiga el Proceso el R. P. Ex-Provincial Fr. Antonio de Jesús Rodríguez, del Convento Máximo de San Francisco.

II

No omitiremos aquí el recuerdo del célebre Donado de nuestra misma Recolección, llamado Andrés de Guinea, que fué un perfecto espejo de virtudes. Existe también actualmente su retrato en el primer claustro, cerca de la Portería de nuestro Convento, con la siguiente leyenda que resume toda su vida:

«El Hermano Andrés, á quien la Divina Providencia por un efecto de su bondad extrajo de la barbarie de la gentilidad de los negros de Guinea para conducirlo al gremio de la Iglesia, fué hecho cautivo y comprado por los portugueses para traerlo á vender á la América. Luego que vino á la ciudad de Santiago lo compró un caballero, é instruído en los rudimentos de nuestra santa fe, recibió el agua del bautismo y se le puso por nombre Andrés. Abrazó con tanto

empeño la religión católica, que era un ejemplo de virtudes á todos los que le trataban; pero en lo que más particular se distinguió fué en su firme fe y ardentísima caridad á Jesús Sacramentado; y para desahogar los ardores de su amor, obtuvo licencia de su piadoso amo, que debía ser buen cristiano, para ir todos los días á oír misa. Quiso Dios manifestar la virtud de su Siervo con el siguiente milagro: Tenía Andrés en su casa el oficio de panadero, y habiendo amasado un día y echado el pan en el horno, se fué á oír misa como lo tenía de costumbre. En estas circunstancias lo llamó su amo, y no encontrándolo en casa se fué al horno á ver si había echado el pan. Efectivamente lo halló pero todo quemado y hecho un carbón. Luego que Andrés vino de misa le mandó su amo sacar el pan del horno, y se lo presentó tan hermoso como una flor. Á vista de este prodigio quedó el amo como pasmado, y reconociendo que no era digno de servirse de un negro tan santo y virtuoso, le dió la libertad para que soltase los diques de su fervor consagrándose todo á Dios. Obtenida la libertad de su amo, tomó el hábito de Donado en el Convento de la Recolección, donde se confesaba y comulgaba todos los días, abrasados sus ojos en copiosas lágrimas de amor á Jesucristo. Por premio de su ardiente caridad mereció tener afectísimos coloquios con su Divina Majestad, apareciéndosele visiblemente después de comulgar. Nunca salió del Convento, su oración era continua y fervorosa; vivió el resto de su vida como perfecto religioso; y el día de su muerte, estando el cuerpo en el féretro, se oyó en la capilla en donde se hallaba depositado su cadáver una armoniosa y deliciosa música como de jilgueros, ruiseñores y calandrias, que parecía á los que la oían, y no lo dudaban, ser música del cielo con que los ángeles festejaban el glorioso tránsito del alma de Andrés á la gloria. Murió este Siervo de Dios á fines de Abril del año mil seiscientos sesenta y cinco.»

III

Otros eminentes varones notables por su ciencia y esclarecidas virtudes florecieron en la Recoleta y cuya memoria se ha perdido ya por incuria de los tiempos, ya por las diversas vicisitudes y acontecimientos por que atravesara la República en distintas épocas. Estos religiosos eran verdaderas personalidades de virtud y saber formados en la escuela del Evangelio y de la rígida observancia de la Regla Seráfica, de las sabias y austeras constituciones y severas y saludables costumbres. Hijos de Chile unos, extranjeros otros, todos esparcían la semilla del bien en nuestro querido suelo, dejando imperecederos monumentos de benéficos servicios prestados á la humanidad. ¡Que el polvo del olvido no cubra jamás la preclara memoria de los RR. PP. Fr. Francisco Zañartu, Gorena, los dos Murillos, Esquivel, Álvarez, Freites, Beyeros, Maroto y tantos otros que merecían una página por separado que inmortalizara su memoria!

IV

La transcendental circunstancia en que se encontró Chile con motivo de la emancipación política del poder de España, fué causa de que se perdieran para siempre documentos preciosos de inestimable valor y que contenían noticias exactas de vital importancia respecto á la Recoleta.

La revolución ocupó todos los ánimos al propio tiempo que sólo se pensó en acudir á las necesidades de la situación, procurando la acción combinada de todos los hijos de Chile para sacudir el yugo de la dominación española. Por esa época no contaba Santiago con vastos edificios que pudiesen contener una tropa numerosa como en estas circunstancias se necesitaba. Cada cual contribuía con su contin-

gente para alcanzar el triunfo de tan santa causa; no bastó el poderoso influjo que tiene la oración y la persuasión que son los elementos más adecuados é importantes de los religiosos, sino que fué preciso acceder á los deseos del Gobierno que por un decreto supremo solicitaba el local que ocupaba el Convento de la Recoleta para dar cabida en él al Parque de Artillería y prestara los servicios de cuartel; lo que efectivamente se llevó á cabo en Enero de mil ochocientos doce.

Reducidos los religiosos á una estrechísima parte del Convento, continuaron siempre sus ejercicios acostumbrados de oración y retiro, prestando al pueblo los mismos servicios que antes, cuando inesperadamente un nuevo decreto disponía: «*Que la Recoleta sirviera de hospedaje á las Monjas Clarisas, tituladas de las Victorias, mientras se les edificaba un nuevo Monasterio; porque el que les pertenecía se había destinado á otro objeto.*»

De valioso é inestimable mérito fueron los objetos que se perdieron en esta ocasión, y su pérdida sólo puede medirse por la falta que hoy hacen una cantidad de libros manuscritos, cuadros y documentos que llenarían los archivos y biblioteca de nuestro Convento, de luminosos testimonios y noticias que con dificultad podrán ahora conseguirse.

Con la nueva ocupación era ya imposible la existencia de los religiosos en la Recoleta, así es que tuvieron que abandonarla, asilándose unos en la Recolección Dominicana y otros en el Convento Máximo de N. P. San Francisco. Las Monjas Victorias son las mismas que hay en la calle de Agustinas, y que en el tiempo á que nos hemos venido refiriendo ocupaban el local que actualmente se halla en la calle de las Monjitas, esquina noreste de la Plaza de la Independencia.

No poco fué el tiempo que las humildes religiosas Clarisas tuvieron que esperar para la conclusión de su nuevo

Monasterio, hasta que estuvo definitivamente terminado, efectuándose su translación el veintiuno de Diciembre de mil ochocientos treinta y siete.

V

Por esta época el R. P. Fr. José de la Cruz Infante, con el celo que le caracterizaba, su actividad y cristianas virtudes, preocupado de la mejor observancia de la Regla Seráfica y Constituciones de la Orden, como también de la conveniencia que había en restablecer la antigua y ya casi extinguida Recoleta, con anticipación había dado los pasos para obtener de la Autoridad Eclesiástica competente, y según las disposiciones canónicas, las convenientes facultades para restaurar la antigua Recolección tan pronto como fuera desocupada por las Monjas Clarisas de las Victorias.

«En efecto, no quedaron defraudadas las justas y santas esperanzas del M. R. P. Infante; pues habiendo obtenido, como hemos referido en otra parte, un Rescripto del señor Vicario Apostólico don Juan Muzi, expedido en Santiago el dieciocho de Octubre de mil ochocientos veinticuatro, y de haber obtenido la licencia necesaria del Ministro General de la Orden Seráfica junto con algunas otras facultades, después de conseguida la aprobación del Supremo Gobierno, y de haber celebrado un convenio con el Venerable Definitorio de la Provincia, el R. P. Infante instaló la Recolección el mismo día y año que la dejaron las Monjas, con un sacerdote, dos coristas, un lego y un donado; quedando al mismo tiempo independiente de la Provincia, y por consiguiente sujeta sólo al Reverendísimo Padre Ministro General de la Orden» (1).

El retrato de este eminente y virtuoso sacerdote hállase

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 42.

en el *De Profundis*, antes de entrar al refectorio de nuestro Convento. Tiene la siguiente inscripción:

«Verdadero retrato del M. R. P. Lector Jubilado Fr. José de la Cruz Infante, religioso observantísimo del Orden Seráfico de N. P. San Francisco de la Provincia de Santiago de Chile, de donde fué natural é hijo legítimo del señor don Juan Infante y Tobar y de la señora doña María Ana del Prado y Covarrubia.

«Nació el día 3 de Marzo de mil setecientos sesenta y dos; tomó el hábito el de mil setecientos setenta y siete y se ordenó de sacerdote el 16 de Octubre de 1785. Fué Definidor y Visitador General de la Provincia, Examinador Sinodal del Obispado, Confesor y Predicador de gran celo é infatigable en promover y dar misiones y ejercicios de San Ignacio, en cuya ocupación recorrió gran parte de esta República, con mucho provecho de las almas. Finalmente fué nombrado por la Silla Apostólica Restaurador de esta Recolección de Franciscanos Descalzos, de la que fué su primer Guardián.

«Murió con la muerte de los justos á los 81 años diez meses dieciséis días de edad el domingo 9 de Febrero á las siete de la noche del año 1843. Su cuerpo fué sepultado en el panteón de esta Recoleta. Á su entierro asistieron las comunidades y el clero vestidas de sobrepelliz; de allí se trasladó al coro de la iglesia el día 19 de Octubre de 1846. En su translación pronunció un discurso fúnebre su sobrino el abogado don Manuel Ramón Infante. Sus honras se hicieron con gran solemnidad, á que asistieron todas las comunidades, los señores Obispos Etura y Donoso y gran concurso de pueblo. Cantó la misa el R. P. Provincial de San Francisco, Fr. Berardo Plaza, y predicó el P. Durán, recoleto. Su cuerpo se encontró entero é incorrupto después de tres años y medio de sepultado.

«Quien quiera ver noticias más circunstanciadas, lea el

Romance que escribió de su vida Fr. Jesús María Gálvez.

«Este cuadro representa al V. P. en actitud de dar el *Reglamento del Noviciado* á su compañero Fr. Francisco Pacheco, encargándole lo siguiente: «antes de hacerlo observar, *obsérvalo tú primero.*»

En el coro, donde reza la Comunidad, encuéntrase su sepulcro y además un frasco donde se conserva el corazón del M. R. P. Infante, en una urna con las siguientes inscripciones:

«IN RELIGIONEM

«MIHI MUNDUS CRUCIFIXUS EST ET EGO MUNDO.»
(Paul ad Gal. 66.)

«*Humilde, pobre y penitente le vió la Religión Franciscana entre sus hijos, congregó una santa familia fiel observante de las virtudes del Serafín de Asís; la alimentó con la leche de su doctrina, y la fortificó con sus buenos ejemplos. Todas las comunidades religiosas de esta capital se congratulaban en mirar en él al religioso modelo.*

LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS.»

«IN SÆCULUM

«AUDITE SERMONEN, MEUM ET ÆNIGMATA PERCIPITE AURIBUS VESTRIS.»

(Job. c. 13 v. 17).

«*La religiosa ciudad de Santiago de Chile, profundamente consternada por la pérdida del más celoso de sus apóstoles, recordará siempre con ternura la memoria del Padre Fray José de la Cruz Infante: sus consejos de caridad y dulzura no se apartarán jamás de sus oídos.*

Ella, al visitar su sepulcro, se animará de las dignas virtudes que él supo inspirar entre sus conciudadanos.

EL PUEBLO DE SANTIAGO.»

«IN DOMUM

«IN AMORE AUTEM FRATERNITATIS CHARITATEM.»

(Pet. 2 c. 1 v. 7).

«*Fiel modelo de virtudes domésticas, edificó á los suyos con su ejemplo, legó á sus parientes una herencia de santidad, y se separó de ellos para orar en el claustro por su salud. La noble y triste familia de los Infantes conserva dentro de esta urna su timbre más glorioso, y espera unirse á él en el día de la inmortalidad.*

LA FAMILIA DE LOS INFANTES.»

«IN SACERDOTIUM

«Ypse est, directus divinitus in pœnitentian gentis.»
(Eccle. c. 29 v. 3).

«Llamado como otro Aarón al sacerdocio, llenó su vocación adornado de prudencia, de ciencia y santidad; se preparó como Samuel en la oración; vivió como San Pablo en las fatigas del apostolado, y murió dando ejemplo de amor á Dios. Se mereció el honor del presbiterio, el cual bendice su memoria imitando las virtudes del sacerdote perfecto.

El Clero de Santiago.»



CAPÍTULO II

El Siervo de Dios llega á Santiago.—Recibe por tercera vez el hábito.

«Servid mutuamente en caridad de espíritu».—*(San Pablo á los de Galicia*, v. 13).

I

Como hemos dicho, á oídos de los virtuosos viajeros había llegado el rumor de la regularidad que reinaba en el Convento de la Recoleta Franciscana, por lo cual, sin vacilar, á ella encaminaron sus pasos.

Por ese tiempo ejercía el cargo de Guardián de dicho Convento el ya recordado R. P. Fr. José de la Cruz Infante, á quien tocó recibir en el seno de la Comunidad al R. P. Fr. Felipe Echanagucía, y al seglar Andrés García. La sola presencia del R. P. Echanagucía aseguraba á los religiosos que el nuevo compañero era digno de sus huéspedes, y su hospitalidad religiosa y su conducta ejemplar dió bien pronto buenas y felices muestras del agrado y afecto que merecía, preludio cierto del brillo que más tarde, él como su compañero, habían de reflejar sobre la Comunidad y la ciudad en general con sus virtudes, sirviendo de modelo á los más austeros y observantes religiosos.

Respecto al Siervo de Dios, estuvo largo tiempo de simple seglar ejercitándose en el Convento en el humilde oficio de ayudante de cocina, que ordinariamente se encarga á los postulantes del santo hábito, como prueba que deben dar de mortificación y humildad, cimiento sobre que descansa inconmovible el edificio de la vida religiosa. A poco recibió el hábito de manos del Guardián de esa época, que, como hemos dicho, era el R. P. Fr. José de la Cruz Infante, con beneplácito y aplauso de todos los religiosos. Desde entonces se distinguió en las virtudes y se consagró con esmero al cumplimiento de sus deberes.

Destinósele al difícil y delicado oficio de colectar limosnas por las calles de la ciudad, siendo esta su ocupación ordinaria, y desempeñándola con admiración de cuantos le conocieron, no sólo dentro del Convento, sino también del pueblo entero de Santiago. Hízose notable, no tanto por la cantidad de limosnas que recogía, como por el ejemplo que daba en la ciudad á las personas de todas las esferas sociales. ¡Feliz el Siervo de Dios porque ya la Providencia Divina en sus inexcrutables y adorables designios había permitido definitivamente y para siempre que se adornara de las insignias del Seráfico Patriarca! Sí, después de tantos contratiempos y peripecias, tranquilo puede considerar los peligros que tan á mal traer le tuvieron en algunas circunstancias de su vida.

II

Ya las puertas de la religión están abiertas para él, y el tesoro inagotable de sus gracias y favores.

No pasaremos adelante sin hacer notar el placer y consuelo que experimentó el Siervo de Dios, despojado voluntariamente del traje mundano, trocado por pobre y humilde sayal; veía ya realizadas sus esperanzas y deseos con tanta

solicitud y empeños pedidos á Dios. Inefable debió ser el gozo que inundaría su alma al encontrarse miembro de una respetable Comunidad, partícipe de todas sus gracias y privilegios, ya que en la casa de Dios se le abría ancho campo para cultivar las virtudes cristianas en el fiel desempeño del oficio que la obediencia le había confiado. Fué en el cumplimiento de éste donde alcanzó el Siervo de Dios toda la veneración y respeto que se granjeó en el pueblo, entre todo género de personas, ricos y pobres, hombres y mujeres, lo mismo entre los niños y entre los ancianos, pues todos á porfía admiraban en él al hombre benéfico y al Siervo de Dios de virtud sólida y probada, virtud que se adquiere en el continuo trato con Dios y en el taller de la oración fervorosa y sencilla.

El método de vida que observó constantemente fué el siguiente: se levantaba muy de mañana, tanto en invierno como en verano; ayudaba la primera misa y comulgaba en ella diariamente; practicaba el ejercicio de la oración mental y otras devociones, y en seguida se consagraba al cumplimiento de su oficio. Lo mismo era salir de las puertas del Convento, cuando comenzaba á ser solicitado con diversas clases de preguntas sobre las virtudes y sobre el modo cómo las personas podrían emprender un género de vida más en conformidad con la ley de Dios y enseñanzas cristianas; de todas partes acudían en demanda de consejos, ya procurando su mediación para alcanzar de Santa Filomena el remedio y consuelo para cierta enfermedad, ya para las múltiples y variadas necesidades del prójimo que en tropel acudía en torno suyo. Por único sustento el desayuno, que consistía en una taza de leche, y sin dirigirse á parte alguna ni entrar en las casas si no era para solicitar la limosna por *amor de Dios;* apoyado en un bastón para sostener el peso de su cuerpo; la alcancía con la imagen del Santo Patriarca de un lado y por el otro la de

Santa Filomena; un bolsón donde recogía pan y frutas que repartía bondadosamente á los niños que le rodeaban, ora para pedirle el pan, ora para ganar las indulgencias que se lucran por besar el santo hábito franciscano: hé ahí todo lo que llevaba diariamente para el camino.

III

Era de ver el regocijo y contento que se revelaba en el semblante de todos á la sola presencia del Siervo de Dios, ya en el espléndido palacio de los ricos como en el humilde tugurio del pobre. Su conversación y trato religioso en el siglo eran ejemplarísimos; no derramaba su espíritu en vanas y frívolas palabras; al contrario, con moderación contestaba á las preguntas que se le dirigían, y cuando frecuentemente le pedían que interviniera con Santa Filomena para alguna necesidad del prójimo, respondía sencillamente: «Sí, sí, encomendarse á la Santa, tener fe en ella», tal era su respuesta ingenua y sincera, llena de dulzura y modestia. Sus maneras sin afectación, se llevaba, por decirlo así, los corazones y miradas de todos; su porte modesto y humilde imponía á los que se acercaban á él. ¡Ah! la virtud tiene sus atractivos y encantos que sólo conocen los que la practican, y tiene sus embelesos que dominan y embargan las almas y alegran el corazón!

La rectitud de su carácter fué genial en él, y su virtud sin disimulo é hipocresía fué prenda que adornó su alma; en su comunicación con los seglares tenía por principio y fin la caridad, la piedad y perfección cristianas; ¡preciosa conversación con el siglo, cuando ella viene de Dios, va á Dios y tiende á Dios! ¡Rara conversación en estos tiempos en que la virtud es desconocida y en que alienta tanto el engaño y la adulación, el halago y el disimulo disfrazados con el manto de la verdad y de la virtud.

La fama de las virtudes del Siervo de Dios y de su vida crecían de día en día y tomaba tales proporciones que ya Santiago no tenía para él sino alabanzas y respetos; sin embargo, el humilde Donado fué siempre el mismo. Creeríamos una ofensa inferida á su veneranda memoria, el enunciar siquiera la idea de que alguna vez hubiera dado cabida en su alma ni al más leve asomo de amor propio; al contrario, reconocemos y lo dejamos aquí bien establecido, como un testimonio de su virtud, que tuvo siempre desprecio por las cosas mundanas, é indiferencia por las alabanzas que se le tributaban. En todas las circunstancias y momentos estaba poseído de la humildad, naturalidad y sencillez religiosa. ¡Qué difícil y cuesta arriba se hace el mantenerse así en medio de la Babilonia y ruido mundano! ¡Qué raro es encontrar almas privilegiadas que, en medio del fuego, no las toque siquiera el calor de las pasiones; que la atmósfera que en el mundo se respira no incline hasta el suelo á la criatura, siempre propensa al pecado y al amor de sí misma! ¡Felices las almas que, como la del Siervo de Dios, nacen profundamente predestinadas para el bien! ¡Mil veces más felices las que, acometidas por las tentaciones y peligros, saben sobreponerse á ellos y dominar sus pasiones!

Á las oraciones, ya estaba en el Convento todos los días, para dedicarse al ejercicio de sus devociones, á la asistencia al coro con los demás religiosos, á recitar la corona ó sea el rosario seráfico y á la oración mental. La meditación de la Pasión y Muerte de Nuestro Redentor era constante en el Siervo de Dios, y su fervor se transmitía al prójimo, pues en la iglesia reunía á los hombres y juntamente con ellos hacía el piadoso ejercicio del *Vía-Crucis* y la disciplina de azotes que tan ejemplar pensamiento infunde en las almas y hace brillar en ellas de altísima manera la comunicación con Jesucristo; á estas prácticas seguía el exa-

men de conciencia, á cuya luz se ve como en clarísimo espejo todo el proceso del alma y el ir y venir de las pasiones humanas, que trae á la mente el conjunto de miserias que afligen á la criatura.

No era orador ni hombre de ciencia, pero el espíritu de Dios le inspiraba siempre útiles y provechosas exhortaciones, que infundían en las almas el suave y benéfico impulso del amor á Dios: y frecuentemente veíase á pecadores sumidos en el vicio y el pecado, volver á los caminos del Señor.

Hé ahí en pocas palabras la vida pública del Siervo de Dios, es decir, aquella que estaba en continuo contacto con el mundo.

Ya veremos más adelante el desarrollo y desenvolvimiento de ella en todos sus detalles y pormenores.



CAPÍTULO III

El Siervo de Dios en su oficio de limosnero.

> «No es un crimen menor quitar al que tiene, que negar á los indigentes, cuando puedes y tienes en abundancia.»
>
> «Pasa este sueño, pasa esta vida, y nada encontrarán en sus manos, porque nada pusieron en las manos de Cristo (sus pobres).»—SAN AGUSTÍN, *Sobre el Salmo LXXV.*

I

En el orden de la Providencia Divina entra el adornar á las criaturas con ciertos dones, que á otras rehusa en su sabiduría infinita, y hace resplandecer en ellas felices disposiciones, juntamente con una virtud que acompaña todas sus operaciones. Ahora bien, en saber esplotar y aprovechar esas disposiciones para las que nos encontramos más inclinados y con más aventajadas prendas, consiste en gran parte el papel ó representación que está llamada á desempeñar la criatura en medio de la sociedad, lo mismo en el orden moral que en el intelectual, científico y religioso.

Consecuentes con estas ideas, no vacilamos en decir que

el Siervo de Dios careció de aquellas dotes que brillan en cierto género de personas; talvez no habría podido ejercer una profesión científica, ni habría aprovechado mucho en otras disciplinas que abren dilatado campo al espíritu humano, pues que no eran esos los designios que la Providencia le tenía reservado; pero no dudamos un instante, y antes tenemos la íntima convicción de que había nacido con el sentimiento y el instinto, por decirlo así, de servir á sus prójimos en el difícil oficio de *limosnero;* era en ese terreno donde debía de recoger á manos llenas el fruto de sus trabajos y fatigas y labrarse la corona de gratitud á que se hizo acreedor. La nota dominante en él fué la limosna para sus hermanos, y cuando decimos esto, es porque en esta palabra está encerrada toda la historia del Siervo de Dios. ¿Acaso no fué en este oficio constante y diario en el que lo conoció todo un pueblo?

No sólo solicitaba limosna para sus hermanos en religión, sinó también para socorrer con ella al indigente y necesitado. Esta conducta del Siervo de Dios declara manifiestamente que el egoísmo no tenía cabida en su corazón generoso y abnegado, y que lo mismo subvenía á las necesidades de su Convento que á las ajenas del prójimo; y tan singular caridad era sin repugnancia ni fastidio, considerándose pobre al mismo tiempo que con larga mano socorría al menesteroso en nombre y por amor de Cristo, digno y ejemplar modelo del que pide como del que da. No se podrían ponderar aquí el paciente trabajo, los incesantes desvelos y las penosas circunstancias que acompañaban estas tareas diarias y continuas. Lo mismo en Santiago que en Montevideo, con incansable actividad consagróse á golpear de puerta en puerta implorando el pan de la caridad. Las invectivas é injurias del vulgo ignorante recibíalas con paciencia, y á veces con alegría, sabiendo que tales insultos son el patrimonio de los que se dedican

á este ejercicio; en cambio dióle fuerza Dios para sufrirlas y ver claro que era, en ese oficio, donde debía alcanzar aventajados frutos de virtud. Todo lo toleraba con santa resignación, y con una indiferencia laudable para todo género de sacrificios que en cumplimiento del deber le impusiera la malevolencia y la crítica mundanas.

En el arte de pedir dió muestras bien pronto de ser aventajado maestro. Su conducta intachable y sin nubes, su ejemplar modestia y sobriedad de palabras, no sólo igualaban sino que superaban con mucho á otros que le habían precedido en tan difícil cargo. De modo que la oscuridad y bruma de su nombre y condición iban saliendo de la noche en que naciera y poniendo de manifiesto las valiosas prendas de espíritu y de piedad con que Dios le había adornado: entre el pueblo adquiría una confianza ilimitada.

Con estos antecedentes, por poco que se reflexione, se comprenderá cuán arraigadas debían de estar en su alma las virtudes, cuando así procedía en el oficio que la obediencia le había confiado; ya no sólo andaba por las calles de la ciudad, sino que se abrían para él las puertas de los espléndidos palacios.

II

Á dura y ruda prueba púsose frecuentemente la paciencia y mansedumbre del Siervo de Dios; pero inútilmente la envidia y la malignidad lanzaban contra él sus tiros y envenenados dardos, porque en su entereza de ánimo é invicta paciencia encontraba un baluarte poderoso que resistía la malquerencia de sus enemigos y que abrillantaban más y más la corona del mérito y de la justicia.

Felices serían los resultados producidos por la constancia con que imploraba la limosna cuando, á su vuelta á la religión en Montevideo, se le volvió á ocupar en el mismo

oficio sin variar en lo más mínimo su antigua y ejemplar conducta y asiduidad acostumbrada.

Con este celo, inteligencia y fervor santo desempeñaba su oficio. Si tendemos nuestra vista por el ancho horizonte de la ciudad de Santiago y sus suburbios, sería cosa difícil encontrar una persona que no haya conocido al célebre *limosnero*, siquiera sea de nombre. Al propio tiempo habrá llegado al conocimiento de todos su perseverante empeño por cumplir el difícil deber del limosnero. Adulto ya en la práctica de las virtudes cristianas, el mismo oficio que había desempeñado en Montevideo, como hemos dicho, se le confía en Santiago á poco de haber vestido el hábito seráfico. Jamás se pensó que la Recoleta podría adquirir para sí tan preciosa alhaja, que una joya tan valiosa viniera á llenar un vacío que tanto se hacía sentir en la naciente Comunidad de esa época, y cuando eran necesarios grandes recursos para continuar la obra de restauración emprendida por el R. P. Infante. Si se atiende á que las entradas de la Comunidad eran por demás exiguas y deficientes, que apenas si alcanzaban para sufragar los ingentes gastos que demandan las múltiples necesidades de sus miembros, se comprenderá que el proyecto de reconstruír el antiguo Convento iba á exigir grandes gastos que venían imponiéndose con abrumadora necesidad y urgencia. La dotación de los útiles para el culto y todo su costo, el ajuar, que exige sumas considerables, daban continuamente qué pensar á los religiosos; la Comunidad, pobre en fuerza de su misma regla; el personal de que se componía, poco numeroso aún y, lo que es más, la dificultad de encontrar un individuo á propósito como lo requerían las circunstancias, era otro pensamiento que traía preocupado al Superior, y los religiosos conferían entre sí acerca del deseado hallazgo. Empero ¡bendita sea la Providencia Divina que proporciona oportunamente á sus siervos los medios convenientes

á sus necesidades! Dios vino en auxilio de la Recoleta, fiel á su divina promesa: «No os inquietéis diciendo: Qué comeremos ó qué beberemos, ó de qué nos vestiremos» (1). Dios quiere á los suyos como atletas generosos y valientes, sufridos en las fatigas, sin desmayar por los reveses y vicisitudes de la vida.

Como instrumento providencial presentóse este hombre que, guiado por la mano de Dios, debía ser el tipo cabal y perfecto del verdadero y virtuoso limosnero, y al cual debían modelar y ajustar su conducta los que más tarde habían de venir en pos de él. En efecto, el Siervo de Dios toma su antigua ocupación en la ciudad de Santiago, sin descansar, recorre las calles sin conocerlas de nombre siquiera, pero con una confianza sin límites en que todos los sacrificios que hiciera en el desempeño de su oficio tendrían centuplicada recompensa en la vida futura.

Con la importante adquisición del Siervo de Dios los frutos no iban á hacerse esperar, y las fundadas esperanzas y la fama de que venía precedido, atestiguada por el R. P. Echanagucía, daban derecho á los religiosos á que sus espectativas fueran confirmadas con el más feliz éxito. Sería necesario invocar el testimonio de todo un pueblo, de los miembros de una venerable Comunidad y la opinión unánime de cuantos le conocieron para poder hacer de alguna manera el recuento de las necesidades de todo género que llenó y los mil beneficios que dispensó á todo género de personas. Pero los hechos, con su abrumadora elocuencia, pondrán en claro lo que hemos venido diciendo más arriba. Acumular pruebas que testifiquen esta verdad, sería materia enojosa que cansaría á nuestros lectores; básteles saber que acopió limosnas considerables para la reconstrucción del templo actual y que contribuyó poderosamente con su

(1) San Mateo, c. 6.

influencia á su completa terminación junto con acaudalados caballeros que con su munificencia y piedad protegían largamente á este Convento. Quede constancia aquí de nuestra eterna gratitud á tan beneméritos é insignes bienhechores.

III

No omitió sacrificios, por penosos que fuesen, para coadyuvar á la referida obra, convencido de que la Casa de Dios merece todo el brillo y esplendor debido á la Divinidad. ¿Cómo y de qué manera mantenía siempre vivo el fuego de la devoción á Santa Filomena? ¿Con qué recursos contaba para su culto, para imprimir la historia de su vida y su novena? ¿Cuánto no gastó y cuánta limosna no recogió para construír su altar, monumento perpetuo de su memoria? ¿Con qué sufragaba los crecidos gastos que demandaban las funciones que se celebraban en honor de la Santa, sino con las limosnas que solicitaba lícitamente de los fieles y particularmente de los devotos suyos?

No desmayó en su laboriosa tarea hasta que consiguió establecer una capellanía que perpetuara la devoción á Santa Filomena y fuera un justo homenaje tributado á la Protectora infalible de las necesidades del pueblo cristiano.

Lo que hemos narrado hasta aquí da á conocer la actividad prodigiosa del Siervo de Dios, como también la generosidad y largueza de los donantes, que parece hacían ostentación de desprendimiento y á porfía dispensaban los recursos para las empresas del Siervo de Dios: auxilios pecuniarios, erogaciones cuantiosas para las necesidades de la Comunidad, limosnas ofrecidas voluntariamente para aumento de la devoción de la Santa, dinero pedido por él para socorrer la miseria de los pobres y los mil recursos que tocaba para aliviar las desgracias del prójimo, hablan

con sin igual evidencia al corazón del más despreocupado, de cuántos bienes colmó á sus semejantes.

Hasta aquí hemos visto que el Siervo de Dios, gracias á su virtud y dotes peculiares con que le había dotado Dios había alcanzado un ascendiente admirable sobre el pueblo; ahora continuaremos refiriendo la constancia y los buenos deseos de que estaba animado y las dificultades que venció para dotar á la Iglesia de ricos y valiosos ornamentos y de los útiles necesarios al culto de Santa Filomena.

No perdonó medio ni sacrificio alguno para obtener de la caridad generosa del pueblo las crecidas sumas que importaban aquellos preciosos objetos, los cuales él no alcanzó á ver y pronosticó á varias personas que no vería. En otra parte referiremos la reseña que hizo de esto la prensa de ese tiempo, de la calidad de dichos objetos, que en esa época y aún ahora habrá pocos que les aventaje en valor y elegancia; agregaremos hoy solamente que si sus deseos no se cumplieron en todas sus partes, sin embargo hizo esfuerzos inauditos por realizarlos.

Pero donde se deja ver en toda su grandeza la notable figura del Siervo de Dios y como que vemos cernerse sobre nosotros su elevado espíritu y las huellas luminosas que dejó tras de sí, es en la constante y jamás interrumpida veneración que el pueblo tiene á su memoria, manifestada no sólo en los elogios que hace de sus virtudes y maravillosos hechos que se refieren obrados por su mediación, sino en la continua protección que dispensa á sus devotos. Diariamente y muchas veces al día, hoy mismo, se ve gentes que van á depositar limosnas, pequeñas unas veces, de alguna consideración otras, como prueba del testimonio y gratitud por algún beneficio recibido. ¡Ah, cuántas veces no han servido ellas para subvenir á necesidades urgentes, que de otra manera la Comunidad habría sido víctima de la penuria y de mil privaciones que sólo se justifican por

el espíritu de pobreza voluntaria que libremente los religiosos han votado al pie de los altares! ¿Quién no ve la protección del Siervo de Dios manifestada sensiblemente en estos hechos? ¿Quién no ve cómo el limosnero de ayer no olvida desde el cielo que existe hoy la misma necesidad y tal vez mayor que en aquellos tiempos en que su caridad inagotable acudía con tanto empeño á cubrirla?

Hemos dicho que día á día recorría las calles de la ciudad implorando del corazón caritativo el óbolo de los vecinos como si quisiera que no se agotara jamás la purísima fuente de esta nobilísima virtud. ¿Y cómo no había de tener este santo pensamiento cuando sabía que Dios hace depender la salvación de las almas en gran parte de la virtud de la limosna? ¿Cómo no había de empeñarse en colectar recursos, cuando sabía que era necesario exigir de los hombres el cumplimiento riguroso de lo mandado por Jesucristo, so pena de caer en el anatema lanzado contra los que no reconocen á los pobrecitos y pequeñuelos que Él llamaba y reunía en torno suyo?

IV

El egoísmo, frío y duro de corazón, tal vez no apruebe sino al contrario condene la limosna y su práctica; pero será siempre una crueldad inexplicable no llevar el socorro allí donde se encuentra el sufrimiento y la necesidad. «Habrá siempre pobres entre vosotros, por eso yo os ordeno que los socorráis y acojáis como á hermanos vuestros», había dicho la Verdad Eterna. Igual, si no mayor razón, asiste á aquellos pobres voluntarios que se han despojado de los bienes terrenos y de los que pudieran adquirir para consagrarse de lleno al bien del prójimo, y que sólo se contentan con lo estrictamente preciso para acudir á sus más imperiosas necesidades. Estas limosnas, que caritativamente

y por justicia se les debe, tienen su legítima compensación como quiera que los valiosos servicios que ellos prestan á la sociedad son una verdadera deuda que los particulares han contraído, y esta obligación sube de punto y es más estrecha si se considera que los religiosos son acreedores á más alta y elevada recompensa, puesto que acuden á necesidades de un orden mucho más excelente y superior que cualesquiera otras.

Á pedir esta limosna consagró toda su vida el Siervo de Dios, y debemos confesar que el limosnero superó con mucho las esperanzas que en él se tenían cifradas, abasteciendo, sino con abundancia, al menos llenando á cumplida satisfacción de los prelados y demás religiosos las exigencias y gastos de una numerosa Comunidad. ¡Gracias por ello al pueblo de Santiago, que siempre se ha mostrado generoso y desprendido con los hijos del Seráfico Patriarca, modelo de acendrada pobreza, pues jamás se ha manifestado indiferente á las necesidades de los religiosos, dando así un testimonio elocuente de que la Providencia divina no abandona á los que en ella confían!

San Jerónimo dice, «que no había oído, leído, ni sabido, que alguna persona que hiciese limosna se pudiera condenar.» ¡Qué satisfacción para las personas piadosas que emplean con largueza los bienes que Dios les ha concedido! ¡Qué confianza para los que, distraídos en las vanidades y placeres mundanos, tienen un medio seguro para salvar sus almas cuando no se abusa de esta confianza! Cuando se considera al Siervo de Dios bajo este concepto, es preciso decir que el mundo es injusto cuando lanza insultos y desprecios á los que se dedican á esta santa y laudable virtud.

Hay quienes olvidan que los ricos son los depositarios y tutores de los pobres; que Dios no les ha dado bienes de fortuna sino á condición de que cubran á los necesitados

y los tengan al abrigo de sus alas protectoras, y que lo superfluo les pertenece. «Es así como se puede hacer un uso magnífico y correcto de las riquezas y ser verdadero poseedor de sus bienes; es transportar al cielo los trabajos de la tierra, es gozar en la eternidad de las riquezas que se han poseído en el tiempo, es ser un justo dispensador y hacernos de amigos en los tabernáculos eternos» (1).

(1) San Nilo, solitario.



CAPÍTULO IV

Retrato físico y moral del Siervo de Dios.

«Falaz y engañadora es la hermosura, y vana es la belleza del cuerpo.»—*Proverbios*, cap. XXXI, v. 3.

«Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres.»—Á Filemón, cap. IV, v. 5.

I

Cuando se pasa por la portería del Convento de la Recoleta Franciscana, si se dirige una mirada al interior de una sala de recibo, visible á todos, no admirará seguramente el transeunte una galería de cuadros en que estén representados personajes que descuellen por el mérito del valor ó que hayan llenado el mundo con las voces de la sabiduría; nó, sólo contemplará un cuadro de regulares dimensiones, sencillo, sin brillo, de tres varas y media de alto por dos varas nueve pulgadas de ancho, y sin elegancia. Del fondo se destaca una figura que, si no tuvisteis la suerte de conocerla, inmediatamente preguntaréis: ¿quién es? Y junto con la respuesta vendrá á vuestra mente un recuerdo y un sentimiento de admiración y de satisfacción al conocer de cerca á aquel cuyo elogio habéis oído hacer tantas veces: «Ese es *Fray Andresito*». Su nombre basta, ya está hecho el panegírico y el encomio de sus virtudes.

II

El cuadro á que nos referimos representa al Siervo de Dios de pie, de cuerpo entero, vestido de tosco sayal franciscano, ceñida su cintura con un cordón de lana, pendiente de él una corona, ó sea el rosario seráfico, con su respectivo crucifijo y por añadidura algunas medallas engarzadas en ella, cual preciosos brillantes que atestiguan sus particulares devociones; su diestra elevada á lo alto, en actitud de señalar el cielo á un grupo de pobres que en torno suyo reciben el pan de la caridad que tenía costumbre de repartirles; su semblante no revela una grande inteligencia; humilde, su rostro indica un hombre que no cuidaba de determinada compostura; pero resalta en él cierto aire de respeto que inspira devoción y gratitud, gravedad y reconocimiento. A la piedad llama mucho la atención el grupo de pobres que rodea al Siervo de Dios, porque deja ver la gran conmiseración que tenía hacia el desvalido, pues al menos observador asalta la idea de la solicitud que gastaba para con el desgraciado é indigente. La apacibilidad y tranquilidad de su semblante no demuestran los extragos que hace en las almas el pecado, y sí, manifiesta sencillamente en él la acción de la virtud, del bien, y la belleza moral que adorna su alma; esto no tiene nada de raro, puesto que «lo físico y moral vienen de Dios y acaban en Dios» (1).

III

Esta simpática figura y su actitud modesta y sencilla, manifiesta una de las faces más prominentes de la vida del Siervo de Dios, cual fué su caridad y beneficencia, que tan

(1) Donoso Cortés.

hondas raíces echó en su alma; por eso es que lo mismo ponen sus ojos en este retrato los orgullosos y vanos, como los devotos y sencillos, como quiera que á todos los abrasó con su ardiente caridad y todos les son deudores de sus beneficios. Estampas hay que representan al Siervo de Dios de medio cuerpo, y éstas son las más comunes: á su derecha é izquierda la imagen de Santa Filomena, su especial devota. En cuanto á la veneración universal que se tiene á la imagen del Siervo de Dios, apenas habrá persona devota en Santiago y en los campos que no la conserve con gratitud y respeto, llegando la piedad menos ilustrada hasta tributarle una especie de culto, encendiéndole cirios y adornándola con coronas y guirnaldas. Sube de punto la belleza de este cuadro y se abrillanta y realza, considerando las cualidades morales del Siervo de Dios: la virtud que circula por su espíritu, su calma y sencillez; en una palabra, su carácter moral excede en mucho á las facciones de su rostro, y el colorido de sus hechos pone de relieve la limpieza y pureza de su alma. El conjunto de sus acciones y los detalles de su vida así nos lo hacen ver.

Es cierto que en la fisonomía del Siervo de Dios no brilla la majestad del poder ni el rayo de luz que arde en las grandes inteligencias, ni el genio de un gran artista, ni los esplendores que deja en pos de sí la vanidad y el orgullo mundanos; al contrario de todo eso, que no es más que humo que disipa el más leve soplo, sólo se dibuja en él el tipo del verdadero cristiano que realizó el ideal perfecto de la caridad y de las virtudes evangélicas y particularmente la modestia que da realce y brillo á las demás.



CAPÍTULO V

Santa Filomena y el Siervo de Dios.

«Encomendaos á la Santa» (Santa Filomena). (Palabras del Siervo de Dios.)

I

Hace más de cuarenta y seis años que con fe sencilla y sin aparato mundano, un pobre y humilde donado echaba en Santiago la semilla de la devoción hacia la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena. El fruto de obra tan benéfica y virtuosa no se dejó esperar, pues cundió con admiración y rapidez por todos los ámbitos de la ciudad y por todas partes de la República; es cierto que en esa época la fe y la piedad eran más ardientes y fervorosas, no menos que el celo y entusiasmo por las prácticas religiosas.

El Siervo de Dios era incansable cuando se trataba del culto á Santa Filomena. Primero privadamente en el retiro de su celda; después esta devoción salió á las plazas y á las calles, pregonando la santidad y maravillas de la taumaturga del siglo XIX, de la *Gran Santa*, según la expresión de León XIII, y á quien el inmortal Pío IX declaró

patrona y abogada de las Hijas de María. ¿Y cómo no empeñarse en propagar su devoción cuando tenía pruebas irrefragables y evidentes de la eficacia de su protección? ¿Cómo no habían de ser coronadas con el más feliz resultado cualesquiera tentativas que hiciera para aumentar su culto, siendo personalmente testigo de sus prodigios y milagros?

Junto con la devoción á la Santa crecía y se redoblaba día á día el celo y buena voluntad del Siervo de Dios para difundir su amor y hacerla conocida de todos. ¿Qué extraño es entonces que hasta en estos tiempos tan desgraciados para la piedad haya cundido la devoción á Santa Filomena, al propio tiempo que motivos de admiración para el Siervo de Dios, reconocimiento para la Santa y aplausos para el celoso é infatigable propagandista? ¿Qué de raro tiene, volvemos á decir, que al lado de la imagen de Filomena, se encuentre la de Andrés, esas dos almas mutuamente correspondidas? ¡Cuántas veces no hemos sido testigos nosotros mismos de ver llegar á la portería de nuestro Convento á diversas clases de personas á desahogar su dolor ó á implorar una gracia, y una sola mirada llena de confianza, dirigida al Siervo de Dios, ser suficiente para llevar la calma y volver la tranquilidad á corazones lacerados por amarga pena y tristes desgracias! Otras veces, en la serie interminable de males y de miserias que afligen á la criatura ¿no se ha experimentado su influencia jamás desmentida? ¿Cuántos calladamente no son deudores á Filomena y al Siervo de Dios su fiel servidor, del remedio de desgracias ocultas que mueren en el fondo del alma, no de otra manera que mueren una á una en los abismos del mar las turbulentas vorágines y espiran á orillas de la playa las embravecidas olas?

Ni el cansancio, ni las fatigas en extender la devoción á la Santa, encorvaron aquellos hombros acostumbrados al

trabajo asiduo y perseverante. En sus jornadas diarias no perdía ocasión en apartar con sus avisos y consejos al que estaba próximo á deslizarse del lado del mal, como en alentar al justo á fin de que no se extraviase en el confuso laberinto de la Babilonia mundana.

Y bien, tantos beneficios y favores no tenían otro móvil y fundamento que la grande esperanza y altísima confianza que el Siervo de Dios tenía en Santa Filomena. «Encomendaos á la Santa», tales eran sus palabras favoritas y al mismo tiempo de suma eficacia, que tenía siempre en sus labios cuando se trataba de alcanzar algún alivio ó remedio para alguna necesidad; de modo que el Siervo de Dios era la primera escala por donde se subía á Filomena, y por Filomena á Dios, y de allí descendían á raudales las bendiciones del cielo. ¡Ah! en torno del Siervo de Dios podríamos hoy reunir, sin gran trabajo, un número considerable de personas que depondrían sobre mil hechos de la naturaleza de los que hemos venido diciendo hasta ahora.

II

Hemos manifestado más arriba que la confianza que el Siervo de Dios tenía en Santa Filomena se transmitía también al pueblo con reciprocidad común y mutuo afecto; ¿y por qué admirarse de ello cuando, instruídos por el mismo Dios, sabemos que «la fe traslada los montes», «triunfa del mundo», para la cual «nada es imposible?» ¿No tenía el Siervo de Dios esa fe inquebrantable y esa confianza en Dios? Sí, lo decimos con toda la convicción de nuestra alma, porque el temple del espíritu del Siervo de Dios lo colocaba en el número de aquellos hombres gratos á Dios y que son sus instrumentos para el bien. Sí, no lo debemos dudar; á los ruegos del Siervo de Dios sucedían inmediatamente los favores de la Santa, cual si un resorte misterioso moviese

ambos corazones: el Siervo de Dios pidiendo desde este valle de miserias, y Santa Filomena oyendo, favorable y propicia, sus súplicas fervorosas. Esta comunicación santa habíase hecho sentir en el pueblo, de modo que no había persona que desease obtener alguna gracia de cualquiera naturaleza que no invocara á Santa Filomena, sirviéndose de los ruegos de su fiel Siervo como de un conducto seguro por donde descendían abundantes los auxilios y socorros divinos.

Se comprende fácilmente la popularidad que se tendría por el Siervo de Dios; la reputación de su virtud estaba bien radicada en todos los corazones, y por lo mismo sus palabras y consejos eran bien escuchados y seguidos como oráculos de los cuales á nadie era permitido dudar. ¡Cuántas lecciones no encierra esta parte de la vida del Siervo de Dios, que es útil aprovechar. La misericordia de Dios se manifiesta visiblemente: el Siervo de Dios viene á Chile de apartadas regiones, simpatiza con nuestros hábitos y costumbres, no sólo en la unidad del idioma, sino en lo que es más aún, en el sentimiento religioso y en las prácticas de piedad tan comunes y extendidas en aquella época, más feliz que la presente. Esto sólo bastaría para obligar nuestra gratitud y reconocimiento, sin contar los grandes y extraordinarios beneficios que nos prodigó con sus virtudes.

Enviado fué por la Divina Providencia para obrar la santificación de muchos y aliviar las desgracias y miserias humanas. Así comenzaba el Siervo de Dios á propagar la devoción á Santa Filomena y ésta á manifestar sus favores y decidida protección.

Con dificultad puede explicarse el inmenso fruto que produjo la devoción que el Siervo de Dios imprimió en todo el pueblo hacia la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena, aun en medio de la pesada labor que diariamente llevaba sobre sus hombros. Fué tanto el empeño que puso en arrai-

gar esta devoción, que no omitió medio ni sacrificio de ningún género para conseguirlo. Para ello sólo tenía en mira la gloria de Dios y el provecho espiritual de las almas. El Señor bendijo esta santa devoción, extendiéndose por todas partes el culto á la ínclita Mártir.

III

El actual incremento que con notable actividad hoy se difunde, da una idea de lo beneficioso que fué el pensamiento del Siervo de Dios. Lleno de devoción á esta Santa, ideó por inspiración del cielo el modo y los medios de que se propagara cada día más y más. Entusiasta devoto de Santa Filomena, promovióla por todo Chile incansablemente.

El celo del Siervo de Dios vigorizaba el culto de Santa Filomena. Durante toda su vida su especial cuidado era el aumento y fervor que el pueblo debía tener por esta Santa. Apóstol infatigable de las glorias de Santa Filomena, popularizó su nombre, y á la sombra de esta devoción se obraron y siguen obrándose prodigios y maravillas que arrastran con amor á las almas.

No obstante que nuestro Siervo de Dios tenía noticias de los grandes milagros obrados por Santa Filomena en Mugnano y otras regiones, no hay duda que aumentaría en sumo grado su fervor y devoción á la Santa la lectura de un opúsculo que traía consigo el virtuoso sacerdote don Ignacio Castro y Barros (1), como ya en otra parte lo hemos consignado. Creemos que esta circunstancia providencial influiría poderosamente en el ánimo del Siervo de Dios para cobrar más amor y ver modo de propagar más universalmente el culto de la Santa. Porque no hay que

(1) Al fin de este capítulo daremos algunos datos acerca de este ejemplar sacerdote.

dudarlo que á partir de esta época parece que se arraigó más y más en su corazón tan amable devocióu y empleó todas sus fuerzas en extender su culto.

Encantado y enternecido de las dulzuras que había producido en su alma la lectura de la vida de la Santa, su anhelo sin cesar era promover en toda clase de personas el amor á la Santa Mártir, y no desperdiciaba ocasión para transmitir el espíritu de que se hallaba animado su corazón. Así creció con rapidez asombrosa la admiración á Santa Filomena, de modo que bien pudiera decirse que no había ya persona de todos los rangos sociales que no tuviera particular interés en ser devoto ferviente de Santa Filomena. Para que se tuviese mayor conocimiento de la Santa, hizo imprimir y publicar la vida de ella y la novena, lo que da prueba y medida de su fervoroso celo por esta devoción, que andando el tiempo debía dar tan preciosos frutos para la piedad cristiana.

Sus laboriosos esfuerzos fueron coronados con tan feliz éxito que al presente se cosecha la semilla que él sembrara y que debía desarrollarse después y convertirse en verdadera y universal devoción. Inspírale Dios este santo pensamiento, y, dócil instrumento de la voluntad divina, hace que prenda en todos los corazones tan dulce y simpático culto. Fruto de esta devoción son las grandes obras que se han emprendido en la presente época.

Es digno de notarse el celo que se ha despertado en respetables sacerdotes, comunidades religiosas, parroquias, oratorios públicos y privados y en los hogares domésticos por propagar esta devoción. Periódicos, novenas, devocionarios, revistas, fundaciones de sociedades, patronatos, cofradías se han puesto bajo la protección y amparo de Santa Filomena.

Hasta el comercio, la industria y las artes se acogen bajo el ala cariñosa de Santa Filomena. El talento, las le-

tras, el ingenio, acuden presurosos á los pies de Filomena para alcanzar brillo y esplendor á los productos de la inteligencia; en una palabra, la devoción á Santa Filomena, repetimos, ha infiltrado en la sociedad la savia robusta y vigorosa de la piedad y reforma de la familia, y puesto una valla infranqueable al vicio y la desmoralización social, haciendo que no cunda la llaga pestilente de la incredulidad que amenazaba corroer en su ancha base el edificio de la religión cristiana.

La suavísima fragancia que esparce por doquier las virtudes de la Hija de la Luz, embriaga dulcemente á las almas y embelesa con sus encantos los corazones piadosos.

IV

El señor Presbítero Dr. Don Pedro Ignacio Castro y Barros fué otra víctima de la furiosa ola de la impiedad y de la piqueta revolucionaria sacrificada á amargos ostracismos. Natural de la Rioja en la República Argentina, huyó de las persecuciones políticas y religiosas. Permaneció largo tiempo viviendo en los claustros de la Recolección Franciscana, manteniendo con los religiosos ejemplar conversación. Distinguióse por su celo apostólico y sana doctrina. Sus elevadas dotes personales grangeáronle la estimación de cuantos lo conocieron; su muerte fué generalmente sentida, y sobre su tumba lloró la Iglesia y pronunciáronse discursos que manifestaban el dolor que se sentía por su muerte.

El señor Castro y Barros enseñó en Chile en dos establecimientos: en el Seminario Conciliar de este Arzobispado, Teología Expositiva é Historia Eclesiástica; y en la Recoleta Franciscana, Filosofía. El señor Castro fué diputado al Congreso de Tucumán por la Rioja en 1816; fuélo también por la misma provincia al Congreso de Buenos

Aires de 1813, como igualmente por la provincia de Corrientes al de 1826, cuyo último nombramiento renunció á causa de sus circunstancias. Fué antiguo hermano terciario de Santo Domingo en la ciudad de Córdoba, y posteriormente se inscribió de nuevo en esta Capital, y profesó en la misma Orden Tercera.

El R. P. Fray Domingo Aracena presentólo como un sacerdote extraordinario enviado por Dios á la Iglesia americana para que fuese en el singular desempeño de los deberes sacerdotales, su faro luminoso, su maestro y su guía seguro.

Nacido de padres ilustres, pero pobres, hizo sus estudios en el célebre Colegio de Monserrate de Córdoba; ahí cursó las letras humanas, la Filosofía y Teología, el Derecho canónico y civil; luego se doctoró en Teología y graduóse de bachiller en leyes.

V

El señor Castro y Barros fué un modelo de virtudes cristianas, cívicas y sociales, y bien claramente lo revelan aquellas expresiones que con frecuencia repetía: «Por el bien de la Iglesia y de mi Patria no rehuso el sacrificio de mi sangre ni el de mi vida.» «Justamente llora, dice el mismo R. Padre, el clero la separación de uno de sus más ilustres alumnos, de sus sacerdotes más ejemplares, de sus apóstoles más fervorosos, de sus sabios más descollantes, de sus predicadores más elocuentes. Este llanto debe ser extensivo á todo el clero americano, pues á todo él ha transcendido el brillo de sus nobles ejemplos, y debe serlo también á todos los buenos católicos, cuya fe y piedad han sido por largos años tan generosamente corroboradas por el celo y consagración del grande hombre que hemos perdido» (1).

(1) *Oración Fúnebre del R. P. Fr. Domingo Aracena*, pág. 475,

Fundó un Colegio en la Rioja; fué elegido por tres veces Rector y Canciller de la famosa Universidad de Córdoba; Cura Rector de la parroquia de la Rioja, Canónigo Magistral de la Catedral de Salta, Provisor y Vicario Capitular del Obispado de Córdoba y Visitador Eclesiástico.

Empero el rasgo más notable y que tiene estrecha relación con el objeto principal de este libro, consiste en la íntima y santa familiaridad que mantuvo con nuestro Siervo de Dios. Juntos oraban con fervorosa devoción en el altar, y allá ambos elevaban sus preces y oraciones á Dios, y un mismo impulso agitaba aquellos corazones hacia la tierna y simpática devoción á la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena.

De este sabio sacerdote se cree que tuvo el Siervo de Dios las primeras noticias de Santa Filomena. En la sincera é íntima amistad con dicho señor y en sus conferencias espirituales, traerían alguna vez á colación los prodigios y milagros que la Santa obraba en las comarcas de Mugnano; ambos se interesarían por su culto, y de allí surgiría en sus almas la inspiración y el deseo de propagar y difundir la devoción á la ilustre Taumaturga.

Puede que el Siervo de Dios tuviera un conocimiento más cabal que el que tenía de la Santa, imponiéndose de la lectura de un opúsculo titulado: *Vida y milagros de Santa Filomena*, que traía consigo el señor Castro y Barros cuando llegó á Santiago. Esta simpática unión que encontramos entre el señor Castro y Barros y el Siervo de Dios por la devoción á Santa Filomena, se traduce mejor en la ferviente confianza que ambos en ella tenían y en los ejercicios de piedad con que la honraban diariamente; pues siempre se les veía orando delante de la imagen de la Santa. El Siervo de Dios concibe esta santa devoción y la ejecuta en todas sus partes y tan cumplidamente como se deja ver por los resultados obtenidos. ¡Felices los que empren-

den obras tan útiles como benéficas! Mil veces más felices todavía los que las toman sobre sus hombros y se empeñan en su ejecución sin omitir trabajos ni sacrificios por penosos que ellos sean! ¡Que estas líneas tan débilmente trazadas sean una prueba de nuestro reconocimiento á tan esclarecidos siervos de Dios y servidores de sus semejantes!





CAPÍTULO VI

Obsequios del Siervo de Dios á Santa Filomena.

«El culto exterior del Cristianismo rendido á Dios y á los santos, es una profesión explícita de los dogmas de nuestra religión... y la escala por la cual nos comunicamos con el cielo.»—(*Enciclopedia Moderna*, pág. 179.)

I

No era por cierto el Siervo de Dios una gran inteligencia, ni había cursado estudios en aulas universitarias; no había oído de sabios maestros enseñanzas científicas ni otras disciplinas de los dilatados horizontes que abarca el humano saber. No tenía más que aquella instrucción estrictamente necesaria propia de las personas de su clase y condición, y es sabido que había sido pastor de ovejas. Quiere decir que no tenía conocimientos de esos de que se gloría tanto el mundo de poseer y que cuando no tienen por base y fundamento la ciencia de Dios en su principio y fin, conducen más á la ignorancia y al error á los pretendidos sabios modernos. *Deus scientiarum Dominus est.* Dios es el Señor de

las ciencias. No poseía la ciencia humana, pero su entendimiento estaba henchido del conocimiento de Dios, y torrentes de luz divina iluminaban su inteligencia; tenía, al parecer, nociones sobrenaturales infundidas por el mismo Dios, y esa filosofía celestial que consiste en amar y conocer el bien y practicar las virtudes.

Á este respecto, dice un notable escritor católico, hablando de la diferencia que hay entre la inteligencia del impío y la del creyente, entre el que tiene la ciencia humana y la divina: «la del incrédulo puede ser altísima, y la » de los creyentes humilde. La primera, sin embargo, no » es grande sino á manera del abismo; mientras que la se- » gunda es santa á la manera de un tabernáculo; en la » primera habita el error, en la segunda la verdad» (1). Y lo que se dice de la inteligencia se puede aplicar á los conocimientos que tiene ó puede tener la criatura.

II

Hemos querido anticipar estas ideas para explicar la clase de obsequios que el Siervo de Dios hacía en homenaje á Santa Filomena; ellos eran desahogos de su corazón agradecido, expresión de sus sentimientos generosos y santos, sin afectación ni disimulo, que brotaban espontánea y libremente de su alma devota y poseída de sincera piedad. Ya lo demostraba en sus palabras candorosas, ya en sencillos versos que él mismo componía y recitaba, é infundía sentimientos de devoción en los que los oían, y que si no eran agradables por la grandeza del pensamiento ni por el aliño y galanura de la forma, sin embargo, el fondo y el espíritu de que estaban animados respiraban el amor de que estaba empapada su alma y el reconocimiento que

(1) Donoso Cortés.

profesaba á la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena.

Todos sus discursos llevan el sello de la libertad de que gozaba su espíritu, y en sus estrofas sencillas no se encuentra falsa complacencia ni respeto humano. La bondad y confianza que se albergaban en su amante corazón, manifestaban la alegría que rebosaba en él, y se hacía sensible á los circunstantes. Hé aquí algunos versos que escogemos, entre otros, para demostrar lo que venimos diciendo, no importa que ellos no tengan el vuelo de la inspiración poética, sino que deben mirarse como muestra del amor que tenía á Santa Filomena.

Eres santa prodigiosa,
sois Madre, llena de gracia,
honrada con eficacia,
y en prodigios portentosa:
eres mártir milagrosa,
de milagros sois primor.

A ti, Santa soberana,
todos tenemos por guía,
y á la sagrada María
Que misericordia mana:
que su gran poder hermana
á nuestro Dios y Señor.

Santa Virgen sin igual
con amor encarecidos
que seamos conducidos
á la patria celestial,
por todos en general·
ruégale á nuestro Señor.

Y en otra ocasión:

Mártir Santa protectora,
muy resplandeciente aurora;
....

En otra parte en que compendió la vida de la Santa, se expresa de esta manera:

En el nombre del Señor
y la que es de gracia llena,
María de la esperanza,
con su Hijo me interceda
para poder elogiar
á la Madre Filomena.
....

Nació esta Santa admirable
Al tercer siglo en la Grecia
....

Unida siempre con Dios
y aunque vivía en la tierra,
su corazón en el cielo
sólo con Dios se recrea.
....

Como tú sola intercedes,
esposa de Dios divino,
Él te ama y te celebra,
seréis muy bien distinguida,
coronada aquí en la tierra.

Y Filomena le dice:
¡Oh, padre! ¿cómo es que quieres
que yo deje á nuestro Dios,
si ese hombre sigue otra secta
y es azote de cristianos?

III

No paraban aquí las manifestaciones del Siervo de Dios hacia la Santa, y su entusiasmo y empeño por la propagación de su culto y devoción, pues para perpetuar su memo-

ria con un monumento perenne que el olvido y los estragos del tiempo no pudieran borrar la gratitud y la piedad del Siervo de Dios le determinaron á edificar un altar á su augusta protectora con las erogaciones y auxilios de los fieles.

De cuanta importancia haya sido este pensamiento del humilde Siervo de Dios, los hechos han venido á demostrarlo, y nosotros haremos notar aquí, que al pie de dicho altar hemos visto postrados, reverentes y humedecidos sus ojos en lágrimas, á tantos que viven oprimidos por mil aflicciones y desgracias; todos vienen á desahogar sus penas y amarguras, como á buscar el consuelo ó á tributar su gratitud por algún beneficio recibido.

IV

El nueve de Diciembre de mil ochocientos cincuenta, dióse por terminado el altar, monumento visible de la piedad de los fieles. Tras de estas muestras de amor á la Santa, el Siervo de Dios no se contentaba con excitar privadamente la devoción á Filomena, sino que públicamente celebraba funciones en el templo, en honor suyo, dos veces en el año. En el mes de Agosto, en que la Iglesia conmemora su fiesta, la actividad que desplegaba el Siervo de Dios era por demás inusitada. No era menos solemne la que tenía lugar en el mes de Diciembre, logrando reunir muchas erogaciones de las principales señoritas de Santiago, las cuales tenían á altísima honra llamarse «Hermanas de Santa Filomena.»

Imprimió varias veces la vida de la Santa para avivar y tener siempre ardiente el fuego de la devoción á la Santa Virgen y Mártir. Para que en ningún tiempo decayese la devoción á su amada protectora, y el pueblo fuera siempre á deponer el tributo de su piedad, sus oraciones y súplicas

que le inspiraba su fe y la confianza en sus auxilios oportunos, hizo esfuerzos para fundar una capellanía que perpetuara, en cuanto fuera posible, el amor y veneración que por la Santa se tenía.

Hizo más todavía el amartelado amante de la virgen griega, para que nada faltara al brillo y magnificencia con que debía celebrarse su festividad: á instancias del R. P. Pacheco, y para que la grandiosidad de la devoción correspondiera á los beneficios que el pueblo había recibido, procuróse un terno y ornamento valiosos, que con dificultad, por su lujo y elegancia, aun ahora mismo se encontrarán otros que puedan competir con ellos.

V

Cedemos aquí con gusto la palabra al diario de más circulación en aquella época, *El Mercurio* de Valparaíso, el cual refiriéndose tanto al extreno del ornamento arriba dicho como á la solemnidad con que se honró á la Santa, se expresa en los siguientes términos:

«De improviso se ha mostrado desde ayer el templo de la Recolección Franciscana, de tal modo deslumbrador, magnífico por la severidad, primor y riqueza de las galas que lo decoran, que, según la gente devota, que es la que entiende, se ha colocado así esa iglesia á la cabeza de todas las de la Capital, en riqueza y majestuosa magnificencia. Y á la verdad, los candelabros, los ángeles, los altares, ostentan un golpe de vista que hasta aquí no habíamos visto en ninguna solemnidad de iglesia. Y tal es el exquisito gusto con que está adornado el templo, y la rica profusión de objetos, que atraen la mirada de todos lados...

Toda esta pompa ha sido extrenada para solemizar dignamente la fiesta de Santa Filomena, la Santa popular por excelencia en la capital, y á quien profesaba una particu-

lar devoción Fray Andrés, quien es el que más ha contribuído durante su vida á propagar su culto.

«Ahora, pues, sin hablar de la majestuosa procesión que esa misma tarde salió del Monasterio del Carmen de San Rafael, en cuya iglesia se había colocado la imagen de la Santa para conducirla de ahí á la Recoleta, ni de las solemnes vísperas cantadas al melodioso son de una escogida orquesta; sin ocuparnos del gusto exquisito empleado en adornar los altares, ni del rico alfombrado de tripe cortado para el presbiterio y de jergón imperial para el resto de la iglesia; sin hacer mención de la fiesta misma á la cual asistió el Illmo. y Rvmo. Arzobispo, principiaremos por los adornos de la imagen. Estos consisten en una saya de lustrina de plata bordada de realce de oro, con adornos de piedras, un manto real de lustrina de oro, bordado de realce de plata con hermosos ramos y variedad de piedras vistosísimas, artísticamente colocadas; una corona de plata dorada con adornos de piedras, una palma, un cetro y una áncora, todos tres de plata dorada con los mismos adornos de piedras, un cordón de hilado de oro fino, que ciñe la imagen por la cintura y en cuya extremidad se ven hermosas borlas con adornos de piedras y un velo de hilado de oro fino, adornado con ramos del mismo metal. Tal es el adorno de la imagen, adorno que en su conjunto presenta un golpe de vista el más hermoso y pintoresco que pueda darse.

«Pasaremos ahora á lo que se veía en el altar mayor. Lo primero que en él llamaba la atención era una bellísima cruz plateada con su crucifijo y sus blandones de vara y tercia, también plateados. En la mesa del altar se veían unos lindos puntos de hilo de oro y al frente el frontal, que es de lustrina de oro, teniendo en el medio la imagen de Santa Filomena, perfectamente bordada, con adorno de variedad de piedras; la Santa está recostada en una especie de ataúd rodeada de ángeles bordados de seda.

«Otras de las cosas en que sin querer se fijaba la vista, eran unas hermosas flores de mano que se habían colocado en forma de ramillete en cada una de las velas que alumbraban el altar; este adorno inusitado entre nosotros, nos pareció más vistoso, menos confuso y más elegante que el de los ramos que comunmente se usan.

«Estas flores habían venido de Francia en dieciocho cajas; su número, por lo tanto, era bastante considerable, habiendo alcanzado para adornar las velas de todos los altares, como igualmente todos los hachones; éstos eran, á no dudarlo, lo que picaba más la curiosidad de los concurrentes, y, si hemos de decir la verdad, encontramos razón para ello. A primera vista parecían de plata, pues son idénticos á una obra hecha de este metal, y al verlos tan grandes se admiraban, porque seis tienen dos varas y media y los otros seis casi lo mismo. A éstos debemos añadir doce blandones destinados á la grada de la Santa, que tienen una vara y son los mejores y más vistosos. Todos estos blandones y hachones son parte de plaqué fino y parte de bronce, siendo todos plateados.

«En el presbiterio se veían dos ángeles dorados, con sus alas recogidas, pero en actitud de andar, que tenían en sus manos unas cadenillas, de las cuales pendían un brasero en que se quemaban perfumes.

«Hablaremos, por último, del terno: es de lustrina de oro fino, bordado de realce de plata con hermosos ramos y vistosas piedras. La casulla tiene en la parte que da á la espalda la imagen de la Santa bellamente bordada. Una de las dalmáticas tiene en el mismo lugar una corona y la otra una palma, también de la misma tela, y con idéntico bordado hay tres capas, á las cuales se añaden otras cuatro con un bordado de variedad de ramos de plata y de una tela más sencilla pero del mismo color. Cada una de estas siete capas tiene en las mucetas algunas insignias del mar-

tirio de la Santa, como igualmente el paño del púlpito. Hay también dos paños de atril bordados de realce de plata y piedras de la misma tela; todo está forrado en rico tafetán carmesí. Siete albas de punto, con viso de un color celeste con sus respectivos collares de color del terno. Siete cíngulos preciosamente bordados. Un hermoso cáliz de plata dorado con grandes y bellas piedras esculpidas en su base, un par de vinajeras del mismo metal, y un jarro con su palangana de plata. Por último, dos incensarios de plata. Tal es, en resumen, lo que se extrenaba ese día, perteneciendo todo á Santa Filomena» (1).

VI

Y para que todo fuera misterioso, y se conociera que el dedo de Dios señalaba la obra del Siervo de Dios, y aquella tuviera un no sé qué de sorprendente y de admirable, sucedió que este espectáculo, preparado con tanto entusiasmo, y que por primera vez se ofrecía al pueblo de Santiago, no había de ser contemplado por su autor, pues su temprana muerte lo había de privar de semejante alegría; sí, pero desde aquella región de luz y de felicidad á que Dios lo llamara, vería mejor que los que quedaban sobre la tierra el júbilo santo que embargaba los corazones, celebrando con inusitadas pompas las glorias de Filomena.

Hé ahí los dones y obsequios con que el Siervo de Dios manifestaba su devoción, respeto y agradecimiento á la gloriosa Filomena; ellos demostraban sus virtudes esclarecidas que, como ramillete de fragantes flores, adornaban su devoto y amante corazón; lo que tenían de materiales estos homenajes no era más que la expresión sincera de los sentimientos que abrigaba su alma, al paso que significaban

(1) *El Mercurio*, núm. 8409,

el culto exterior que se debe á los santos que reinan con Cristo en el Cielo, y que es la cifra y la muestra de aquel otro culto mucho más noble y excelente, que se llama en el lenguaje católico, culto interno.

El gran carácter del Siervo de Dios se revelaba en todas las fases de su existencia: en su vida austera y mortificada mezclábase aquella alegría y contento que produce la satisfacción de haber cumplido con los deseos santos que anhela el corazón. Obedeciendo á los justos impulsos de su alma, todos sus designios, como santos que eran, á poco de emprendidos tenían su cabal y exacto cumplimiento, siendo sólo necesario para su ejecución encomendar el resultado á la Santa, y abandonarse con entera confianza á su segura protección. Pedir el Siervo de Dios alguna gracia á Santa Filomena, era lo mismo que obtenerla inmediatamente, ¡tanto y tan grande era el poder é influencia del Siervo de Dios!

Estas acciones virtuosas debían tener un precio que el Siervo de Dios estimaba en todo su valor, y que el pueblo con su buen sentido cristiano había ya discernido con satisfacción, asociando á su nombre el de su santa y amada protectora: Fray Andrés Filomeno García se correspondía mutuamente con la ilustre Santa Filomena; ¡tal era el aditamento que naturalmente y sin violencia nació de los labios de todos! ¡Fray Andrés Filomeno! justo y merecido epíteto que con su reflejo y con su luz vino á comunicar tanta gloria al ilustre y santo Donado!



CAPÍTULO VII

Exhortaciones del Siervo de Dios.

«Esta es la gloria de mi Padre: que produzcais mucho fruto y que seais mis discípulos.»—(SAN JUAN, cap. 15.)

I

LAS almas justas y temerosas de Dios no pierden ocasión para hacer el bien, aunque las ocupaciones de la vida se multipliquen diariamente; ellas encuentran descanso en el trabajo y hacen consistir el reposo en pasar de una obra buena á otra de la misma índole y naturaleza; así se aprovecha un tiempo precioso en bien de sus semejantes. Efectivamente, el Siervo de Dios se hacía todo para todos; en el convento servía á sus hermanos en religión: en el pueblo solicitaba limosnas para la Comunidad y procuraba el bien espiritual y temporal del prójimo, soportando con paciencia y con alegría el cansancio del día y los rigores del calor y del sol abrasador. La caridad del Siervo de Dios no estaba ociosa; al contrario, se mantenía en continuo movimiento; ora suministraba el alimento espiritual que es la vida del alma, con exhortaciones y prácticas piadosas durante la

noche en el templo de Dios, ora con consejos y avisos prudentes trataba de apartar las almas del pecado. Era de ver, decían, los que asistían á aquellas rigorosas disciplinas que practicaba en la iglesia con los fieles que le acompañaban, el fervor con que rezaba el *Vía-Crucis*, súplicas y ruegos, y todo con una naturalidad y sencillez que arrastraba á los que le oían y persuadíalos á seguir lo que trataba de infundir en el ánimo de los circunstantes. Para hacer más atrayentes estos ejercicios de piedad y devoción, salía los días viernes á cantar el *Vía Crucis*, para hacer así más fácil la práctica de la virtud. Enseñaba lo que sabía por experiencia é infundía temor y fervor en los corazones, y lo aumentaba. El Siervo de Dios obraba inspirado por el espíritu de Dios: las palabras que profería no tenían aquel brillo y elocuencia mundana de que se hallan revestidos los discursos de los hombres, sino que se encontraban impregnadas de aquel fuego de caridad que anima y vivifica las almas, y cuyas centellas prenden en el corazón de los prójimos por más tibios y helados que se encuentren á causa del pecado.

II

Este celo que campeaba en todas las obras y acciones del Siervo de Dios tenía resonancia y hacía eco en el corazón de los pecadores más obstinados y endurecidos, pues muchas veces una sola expresión suya bastaba para cambiar las almas empecinadas en dóciles y dispuestas á recibir las inspiraciones de la gracia y seguir con fidelidad sus impulsos. Así no es difícil que sus palabras y exhortaciones tuvieran una eficacia tan sorprendente que con frecuencia venían á postrarse á sus pies, bañados los ojos en lágrimas, los pecadores que se hallaban sumidos en el abismo de la culpa.

En verdad esa es la fuerza y la virtud de la palabra

divina, no sólo de los que predican como ministros de Dios, enviados especiales suyos y dispensadores de sus misterios, sino también de todos los que con su ejemplo y sencillos discursos persuaden y enseñan el bien y la senda que conduce á la virtud. ¡Santo anhelo el que procura la gloria de Dios y extiende y dilata el reino de Cristo sobre la tierra! ¡Dignos de eterno premio son los que así cooperan al bien! Emulos de los Apóstoles rudos é ignorantes, no ambicionan la ciencia que hincha los corazones soberbios, sino que enseñan la sencillez que inspira la sabiduría de Dios, y que infundida en los corazones, obra prodigios y maravillas!

III

Agrádanos referir aquí lo que dice un gran santo al hablar sobre la eficacia de la palabra de Dios para quebrantar los corazones endurecidos: «Al exhalar el último suspiro de su vida Jesucristo, abriéronse los monumentos, despedazáronse los peñascos, y los montes altísimos dividiéronse; sin embargo, los corazones de piedra de los judíos perseveraron obstinados por cincuenta días, hasta que llegó á ellos aquella predicación fervorosa de San Pedro; entonces, habiendo oído aquellas palabras, se dolieron y compungieron dentro de sus corazones; ni los eclipses maravillosos del sol y de la luna, ni los terremotos de todo el universo, ni la prodigiosa resurrección de los cadáveres vencieron la pertinacia de sus corazones, la cual sólo fué vencida cuando oyeron la palabra de Dios. El Siervo de Dios, hombre lleno del espíritu Santo, podía decir á los que le oían: «No soy yo quien os hablo, es el espíritu de Dios quien os habla por mis labios.»

Así se explican los triunfos que ha alcanzado la palabra de Dios; á su influjo se han obtenido grandes victorias sobre los vicios y las pasiones. ¡Cuántos que habían perma-

necido muertos en las ruinas de la culpa, no se levantaron á la vida de la gracia, como Lázaro salió de las oscuridades del sepulcro, á la luz de la virtud y de la verdad! ¡Cuántas conversiones que ahora se hallan ocultas con el manto del misterio, resurrecciones tanto más admirables y prodigiosas cuanto que la muerte del alma es un mal mucho mayor y de más terribles consecuencias, como quiera que los efectos del pecado producen amargos desengaños y engendran la muerte eterna!

¡Plegue al cielo que los que lean estas mal escritas páginas se inspiren en el apostolado del Siervo de Dios y lleven el contingente de luz y de fe á los corazones que viven sumidos en las tinieblas de la ignorancia de la ley de Dios, y de los preceptos de la Iglesia, á fin de que se inaugure en la tierra el reino de Dios y de su justicia en todas las esferas sociales!





CAPÍTULO VIII

Compasión del Siervo de Dios para con los desgraciados.

> «La compasión es condolerse sinceramente de las aflicciones de los prójimos, tanto espirituales como corporales.» —(S. Alberto Magno, *El Paraíso del alma*, parte 1.ª, *De las virtudes*, cap. 12.)

I

El sentimiento de la compasión como obra de misericordia que es, tiene su origen y se desprende naturalmente de la virtud de la caridad, que contiene á todas las virtudes como en su fuente. En el triste cuadro de las miserias humanas tuvo la misericordia del Siervo de Dios mucho en que ocuparse; con ella adquirió actos meritorios y virtudes para la santificación de su alma, que la abrillantaron y la cubrieron de luz y de celestiales resplandores.

Hemos dicho que la conmiseración hacia los desgraciados no es más que un reflejo de la virtud de la caridad, y como el Siervo de Dios poseía esta virtud en alto grado, nada nos impide decir que la compasión que tuvo á los prójimos fué también practicada por él en elevada escala,

Vamos, pues, á ver al Siervo de Dios desplegando todo su celo y virtud en las desgracias que afligen á los míseros mortales.

II

Se sabe de San Gregorio el Grande que para tener más presente á los pobres á quienes debía socorrer, hizo formar una gran lista, donde tenía inscritos á todos los indigentes que sentían el beneficio de su liberalidad. Del Siervo de Dios podemos decir otro tanto y formar con documentos auténticos una larga nomenclatura de todas las personas que recurrían á él en demanda de auxilios para diversas y múltiples necesidades.

De los diferentes puntos de la República y de fuera de ella se implora de él un auxilio, un consejo para un necesitado á quien el hambre y la enfermedad acosan, y fuera víctima segura de la miseria si la mano protectora del Siervo de Dios no hubiera acudido allí con prontitud, afabilidad y cariño.

Una joven pobre, pero interesante por su físico, joven á quien la tentación y la necesidad habían obligado á precipitarse por el camino del mal, acude, en un último lampo de fe y de confianza, al Siervo de Dios, y la oración de éste alcanza de Jesús la misericordia de apartar aquella alma del peligro inminente de la seducción y del pecado. ¡Ah, ¡cuántas veces no se le vió por las calles de Santiago conduciendo bajo su manto, para sus queridos pobres, miserables harapos y vestidos no despreciables para cubrir al desnudo que tirita de frío, pan para alimentar al hambriento sentado en el umbral de ricos y suntuosos palacios, á quienes no les llegan ni las migajas de opulentas y espléndidas mesas! ¡Qué empeño no ponía en socorrer á las viudas pobres! ¡Cómo interponía su influencia y sus ruegos con personas honorables y acaudaladas para que la necesidad

y la miseria no hicieran otras tantas víctimas presas del demonio y del pecado!

III

Si volvemos nuestras miradas al cúmulo abrumador de dolencias y enfermedades que afligen á la humanidad y al numeroso cortejo de miserias que las acompañan, se verá con asombro que el Siervo de Dios era el paño de lágrimas que recogía gustoso todos los infortunios que golpeaban sin cesar á las puertas de su compasivo corazón.

Del norte y sur de la República se acudía al Siervo de Dios no sin éxito favorable para todas las exigencias solicitadas; á una enfermedad respondía con un remedio eficaz; á un lamento con el suave bálsamo del consuelo; á los odios por inveterados que fuesen, aplica con ingenuo modo el amor más puro; á las llagas que corroen el corazón humano suministra tiernas caricias y conmovedores afectos; para las vicisitudes de la vida tan frecuentes y continuas, el Siervo de Dios agota el tesoro de sus oraciones y súplicas á Santa Filomena; en una palabra, para los reveses y contrastes, para las desgracias y quebrantos de todo género, tiene un no sé qué de santo, un no sé qué de sobrenatural, que hace que todos vean en él el último remedio, en los últimos instantes y en las últimas circunstancias. El mundo y las criaturas preséntanse ante sus ojos como un grande enfermo agobiado de graves dolencias y de diversos males que es necesario socorrer en sus miserias morales y corporales, á fin de que no perezca envuelto en sombras de muerte eterna.

IV

El Siervo de Dios por lo que miraba al prójimo, era apacible y caritativo, compadeciéndose en sus sufrimientos;

por lo que á él tocaba, austero y mortificado, como es austera y mortificada la virtud y la penitencia.

Prueba de lo que venimos diciendo es el respeto y veneración que se ha conquistado en todas las clases sociales, y de que su memoria haya permanecido intacta hasta ahora y bendecida de todos los que le conocieron ó han oído hablar de su ardiente caridad. Á medida que el tiempo se aleja parece que su figura se agranda y agiganta más y más cuando, á la luz de sus acciones generosas y grandes virtudes contemplamos á este varón cortado al molde del corazón de Dios.

Cargó con el pesado fardo de las miserias humanas y se las asimiló subviniendo á los infortunios agenos con su inagotable caridad, no viendo en su prójimo más que á su hermano y á la imagen de Dios. ¡Ojalá que el lector cobre un verdadero amor á sus semejantes! Hoy más que nunca es necesario la virtud y el sentimiento activo de la compasión; el mundo se halla perdido por un egoísmo funesto, fuente del vicio y de las pasiones humanas que trae su origen del primer pecado y que ha cundido y echado profundas raíces en estos tiempos tan calamitosos, de tanto interés particular y de tanta indiferencia hacia el pobre y desvalido, en que el amor al dinero y bienes materiales ha helado los corazones y apagado por completo los sentimientos de compasión y de misericordia hacia el desgraciado.



CAPÍTULO IX

Devoción del Siervo de Dios á las Ánimas del Purgatorio.

> «Buena y saludable es la oración por los difuntos, para que se vean libres y les sean perdonados sus pecados.» (Libro I de los Macabeos, cap. XII v. 46.)
>
> «Las almas del Purgatorio salen de aquel lugar, primeramente por intercesión; segundo, por redención; tercero, por modo de propia consolación; y cuarto, por medio de las aflicciones que se sufren por ellas.»—(San Antonino.)

I

No podemos pasar en silencio la devoción y la exacta idea que el Siervo de Dios tenía de los sufrimientos que experimentan las almas que pasan á la otra vida no del todo purificadas por la penitencia y el dolor.

Como quiera que el dogma del Purgatorio es uno de los más fundamentales de la religión católica, y que más dulces y consoladoras esperanzas encierra. Él es la «inmensa cadena de amor que descendiendo desde el cielo hasta la

tierra, atraviesa el Purgatorio, uniendo con sus invencibles anillos la Iglesia triunfante, la purgante y militante, hasta que llegue aquel día tan esperado en que nos reuniremos todos en el cielo para no formar sino una sola sociedad eternamente feliz y dichosa.» Judas Macabeo, aquel guerrero famoso por su piedad, que tuvo la gloria de defender su religión y su patria, es el mismo que, después de una batalla tan sangrienta como gloriosa, consagró su primer cuidado á hacer propicio al cielo sobre sus soldados muertos en el combate. El sabía que habían merecido bien las palmas del valor y del triunfo, pero temía que no hubieran merecido las recompensas de la fidelidad á la ley. Pues bien, para apaciguar al Dios de los Ejércitos, que es al mismo tiempo el Dios de las virtudes, su religiosa solicitud manda ofrecer en el templo de Jerusalén sacrificios de expiación en favor de sus almas; y la Escritura Sagrada llama este pensamiento santo y saludable.

Es, pues, fuera de duda que los muertos son socorridos por las oraciones de la Iglesia, por la celebración de los Santos Misterios y por las obras de caridad.

Esta era la obra del Siervo de Dios, este era su empeño y su afán; rogaba con ternura á Dios por ellos; esparcía sobre su memoria las flores de la oración y las lágrimas de la penitencia.

La memoria por los difuntos era práctica en el Siervo de Dios. Así, «cuando murió el R. P. Infante, es decir, el 19 de Febrero de 1843, el caritativo Siervo de Dios ofreció por el descanso de su bendita alma, si por ventura estaba purificándose de algunas faltas que hubiera contraído por por la humana flaqueza, toda clase de mortificaciones y demás buenas obras. Entonces fué cuando le vió todo Santiago recorrer sus calles con los pies enteramente desnudos, por espacio de algunos meses. Penitencia, sea dicho de paso, que se impuso también en otras dos ocasiones; la

primera en una grave enfermedad que amenazó la vida de uno de los más ilustres bienhechores del Convento, el señor Senador don Francisco Ignacio Ossa, y la segunda en la desgraciada crisis política que ensangrentó la República el año 1851.»

Tenía también la santa costumbre de rezar las letanías de los difuntos. No descansó hasta que consiguió una concesión bastante consoladora para él y provechosísima para aquéllos: cada paso que daba cuando se ocupaba en pedir la limosna, eran cuarenta días de indulgencia en favor de las benditas ánimas del Purgatorio. Es muy curioso el modo como llevaba un registro de los muertos. En unos pedacitos de papel que guardaba religiosamente, iba apuntando por meses, de esta manera:

Doña Micaela Baquedano.
Don Eugenio Herrera.
Otro hombre cigarrero, calle de la Merced, de postema.
Una niñita de nueve años.
Un padre de Santo Domingo.
Un señor Gutiérrez, capitán, y en seguida su vecino, calle de Lira.
Una señora Cerda y Ossa, de Copiapó.
Dos viniendo de California.
Tres por el Arenal.
Otro en la fiesta de Yungay.
Una mujer de parto.
Un devoto, padre de un niñito.
Otro hombre que vino del Puerto á reconciliarse con la mujer, y el señor Zilleruelo.
Otro vendedor de un baratillo.
El señor Cotapos.
Otro alojado de Santa Rosa y dos en el hospital.
La señora Mujica.
Un señor Velasco, relojero.
Doña Juana Dávila.
Una criada, calle de Huérfanos.

Una vieja, calle de la Moneda.

Otra pobre cayó muerta con la guitarra en la mano, calle de los Olivos.

General Calderón, y una vecina, de repente.

Un señor no se quiso confesar.

Otro murió de repente por la Cañadilla.

Á otro lo mató una carreta.

Otro pobre cayó muerto en la calle.

Y otro hombre se botó al río.

Una ahogada en una acequia.

El 24, día de San Juan, se llevó el río porción.

Hemos entresacado de sus diferentes apuntes esta lista, y ella nos demuestra que consignaba en sus registros cuantos muertos llegaban á su noticia, lo que hacía no tan sólo para lo que hemos dicho, sino también para orar desde luego por cada uno de ellos. De este modo, además, conservaba en la memoria á los que habían muerto de repente ó con otras señales nada satisfactorias de su salvación en un mes, por ejemplo; y se valía de las circunstancias de su muerte, así como del número, para exhortar á los vivos á la vigilancia cristiana, tan recomendada en el Evangelio, á que viviesen prevenidos para esperar al Juez Supremo, que de un momento á otro podía llamarlos á rendirle cuenta como tantos otros cuyos nombres, calle y casa y demás pormenores citaba en el acto.

¡Siempre, en todas sus obras, la caridad!

También descubrimos en los mencionados apuntes una de sus virtudes más *prominentes*. Cuando moría alguno de sus bienhechores apuntaba su nombre, la casa y calle en que vivía, el día en que le daba limosna y la cantidad, por muy pequeña que fuese, para tenerlo siempre presente y orar por él.

Con asiduidad y constancia incomparables practicaba la piedad, y uno de los ejercicios más favoritos y que ocupa-

ban un lugar preferente entre las devociones diarias del Siervo de Dios era la recomendación al Señor de las benditas almas del Purgatorio. Indulgencias, mortificaciones, ayunos y disciplinas, eran obsequios que continuamente presentaba á Dios en descanso y alivio de sus penas y sufrimientos. Amigos y desconocidos, sacerdotes del clero regular y secular, todos participaban de sus oraciones y penitencias. Si á sus oídos llegaba la noticia de algún muerto, inmediatamente inscribía su nombre en un libro que, como hemos dicho, tenía costumbre de llevar, tan pronto como sus ocupaciones diarias se lo permitían.

II

Sabido es el empeño con que universalmente se prepara y la intención santa que tiene todo fiel por ganar la célebre indulgencia de Porciúncula, como también la facilidad con que se lucran innumerables gracias é indulgencias plenarias, facilidad que sólo la benignidad de la Iglesia y la autoridad del Vicario de Jesucristo pueden conceder; pues bien, aquí era donde el Siervo de Dios desplegaba todo su entusiasmo y celo, empeñándose no solamente él sino excitando á todos los religiosos, á los seglares, á los niños que, olvidados de sus juegos infantiles, se dedicaban á orar juntos con el Siervo de Dios á fin de lograr el mayor número posible de indulgencias en sufragio de las benditas almas del Purgatorio.

Tenía particular cuidado de conservar escritos los nombres de las personas fallecidas durante el año para distribuírlos á todos los religiosos en número determinado para que sufragasen por las almas fallecidas. Sus ruegos eran, para todos, sin exceptuar personas: á nadie excluían; basta registrar la larga lista que conservaba de personas muertas todos los meses para convencerse que á todos se exten-

día su caridad, ora fuesen pecadores ó justos, ora ricos ó pobres, todos cabían en el corazón magnánimo y generoso del Siervo de Dios. De manera que no clasificaba el rango, empleo, género de muerte de la persona difunta. Esto indica la diligencia y solicitud con que trataba de grabar en su memoria los nombres de los difuntos para que ninguno quedara privado de sus ruegos y oraciones; asimismo recordaba á los religiosos y amigos suyos que rogaran y pidieran á Dios por los finados.

No contento con lo que dejamos dicho, su caridad hacia los prójimos difuntos subió tanto de punto, que todas sus mortificaciones y austeridades durante su vida no le parecían suficientes sino quería que esta devoción durara para siempre; para conseguirlo, después de fatigas y trabajos sin cuento, logró reunir una suma de quinientos pesos para fundar una capellanía en obsequio y descanso de las benditas almas del Purgatorio; incansable en esta saludable y compasiva devoción no desmayó un momento, procurando arraigarla en los fieles, dándoles santo y eficaz ejemplo. ¡Bendito sea él que así sabía orar y pedir á Dios por los hermanos de la Iglesia Purgante!



CAPÍTULO X

El Siervo de Dios conocía el porvenir ó las cosas futuras.

«El Señor se hace familiar á los sencillos y se digna revelarles sus secretos.»—(BEATO ALBERTO MAGNO, *El Paraíso del alma*, parte 1.ª, *De las Virtudes*, cap. 30.)

I

El Espíritu Santo obra en las almas como y cuando quiere, fenómenos admirables y visibles á todos: así, á unos comunica el don de hablar lenguas nunca aprendidas ni jamás oídas; á otros el don de hacer milagros, de predecir los sucesos futuros, de leer en los corazones de los hombres como en un libro abierto; á otros la interpretación de la palabra de Dios, lo que está escondido y oculto en los mil pliegues del corazón humano; aquéllos explican los símbolos y éstos las figuras. Indudablemente que estas son mercedes gratuitas de Dios con que quiere manifestar su poder y su gloria en las criaturas.

«Sin conocimiento de las leyes naturales, sin conjeturas de ningún género, sin procedimientos inductivos naturales, el Siervo de Dios predecía los acontecimientos y lo que

se ocultaba dentro del corazón humano, anunciaba con certidumbre hechos que dependen de causas libres y eventuales; por consiguiente, había algo de sobrenatural, de inspiración divina, algo que indudablemente llevaba el sello y tenía el carácter de profético y de la intervención de Dios, pues *adivinaba*, como decían en su lenguaje las gentes, con exactitud y precisión los sucesos, el tiempo y los detalles que los precedían, acompañaban y seguían. La realidad de los sucesos se resolvían y desarrollaban en el curso del tiempo tal como el Siervo de Dios los anunciaba.

Ahora bien, por los hechos que se refieren del Siervo de Dios venimos en conocimiento de que Dios le concedió que viera algunas veces con sus ojos, ó en otros términos, le dió el don de segunda vista. No pertenecemos al número de aquellos que niegan la posibilidad de un hecho extraordinario, sólo porque carecen de pruebas directas de su existencia, ni tampoco somos del de aquellos otros, que todo lo creen sin más pruebas que el *que se dice.* Conforme con este sano principio, vamos á referir algunos sucesos, que hemos oído á personas que los presenciaron ó intervinieron como partes ó fueron favorecidos con algún hecho de esta naturaleza, y de cuya veracidad no tenemos motivo alguno para dudar.

II

No tememos afirmar que el Siervo de Dios poseyó esta clase de dones, como lo vamos á demostrar con documentos irrefutables tomados del autor de su *Vida:* «Un caballero había llegado del sur de la República, donde había permanecido algún tiempo. Á su esposa le constaba que, enteramente ocupado en sus negocios, no había ni aun pensado en cumplir con sus deberes religiosos, y que, por el contrario, había llevado una vida que lo menos que tenía era de arreglada. Movida la señora de este convenci-

miento, de su piedad y de su afecto, comenzó á exhortar á su esposo para que se confesara; éste lo prometía, pero sin dar un paso que lo llevase al cumplimiento de su promesa; el tiempo se pasaba, sin que la confesión se efectuase. Ella no desistía de su propósito, diariamente rogaba, suplicaba y exhortaba hasta que el marido, cansado de oír tantas veces una misma cosa, convencióse de la necesidad de lo que con tanto ahinco se le aconsejaba; prometió formalmente hacerlo, y, como una prueba, acto continuo se puso á preparar su conciencia para la confesión. Las exigencias de la esposa cesaron; mas, cierto día conociendo que éstas se repetían de nuevo, salió el caballero de su casa y vuelto á ella aseguró á su consorte que ya estaban cumplidos sus deseos.

Pocos días después se presentó en la casa el Siervo de Dios, y la señora que debía ser una de las muchas que tenían gran confianza en él, al instante comenzó á referirle, llena de complacencia, lo mucho que le había costado conseguir con su esposo que se confesara; pero que al fin lo había alcanzado, indicándole además el sacerdote con quien había hecho su confesión, según su mismo esposo se lo aseguraba. Hallábase presente el caballero y naturalmente corroboró lo dicho por su mujer; pero el Siervo de Dios lo miró fijamente y le dijo sin titubear: que lo menos en que había pensado era en confesarse, que lo hiciera para bien de su alma; y volviéndose á la señora, agregó, con su acostumbrada gracia, que su marido la había engañado, pero que no lo volvería á hacer.

El caballero, que realmente no había pensado en confesarse, quedó sorprendido al verse descubierto en una cosa en que sólo él había intervenido. El conocimiento y penetración extraordinaria del Siervo de Dios, le hizo confesar ingenuamente la verdad, y al mismo tiempo resolverse á efectuar cuanto antes la confesión de sus pecados. Lo puso

todo en ejecución, y volviendo á presentarse en su casa el Siervo de Dios sin que nadie le dijese nada, *aseguró que el caballero se había confesado.*

III

Hallábase lejos de Santiago, separado de su familia, un caballero, y deseando salir bien en un asunto que le interesaba hizo una manda de cierta cantidad á Santa Filomena, para que le alcanzase de Dios el cumplimiento de sus deseos.

Esta fué una determinación tomada allá en el fondo de su corazón y sin que persona alguna lo supiese. De este modo permaneció algún tiempo hasta que el Siervo de Dios se presentó en la casa del caballero, que sólo había llegado la noche anterior, á cobrar cierta suma de dinero que se le debía á Santa Filomena por una promesa que se le había hecho. La esposa del caballero, que fué con quien habló, por no hallarse éste actualmente en casa, le dijo que ella no había hecho promesa alguna, y que tan luego como llegara su marido pondría en su conocimiento lo que le acababa de decir. «Sí, añadió el Siervo de Dios, *dígale que cumpla su promesa, puesto que la Santa le ha cumplido sus deseos.*»

IV

¿Cómo vió desde una distancia inmensa y exactamente á la misma hora, que miles de hombres y de una misma patria se quitaban unos á otros la vida el ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno en Loncomilla?

Así se explica el temor saludable que infundía en todos los que le conocían. Vulgarmente se decía de él: «*Parece que el Siervo de Dios adivina los corazones y lo que interior-*

mente se piensa» hasta el punto de retirarse de él, de extraviar calles, á fin de que no supiese las intenciones y los malos propósitos que se fraguaban dentro del alma.

Un caballero piadoso y de familia respetable, refería la estimación que se tenía al Siervo de Dios y el celo con que hacía sus exhortaciones cuando alguna circunstancia cualquiera se le presentaba; en lo que se deja ver que Dios le había concedido también ese otro don tan difícil de poseer, cual es tocar los corazones, conmoviéndolos, un hombre que no tenía elocuencia ninguna, sino más bien una dicción difícil y pesada; sin embargo la virtuosa señora madre de este caballero, después de haberle oído hablar, exclamó: «*Verdaderamente este religioso es un santo.*»

V

Ahora bien, todos estos dones y tesoros inagotables los comunica Dios gratuitamente á sus criaturas; de modo que nuestro Siervo de Dios era, como todos los demás, un pregonero de las maravillas y omnipotencia de Dios.

El anuncio de futuros acontecimientos y secretos ocultos que, pronosticados por el Siervo de Dios, redundaban en alabanza y gloria á Dios é inspiraba veneración á su vida virtuosa, eran signos de la popularidad universal de santidad que gozaba entre todo género de personas. Frecuentemente dejaba burlados los malos designios, las malas intenciones con que ponían á prueba su paciencia y su espíritu que penetraba el interior de la conciencia. Muchas veces bastaba una oración cualquiera, una recomendación á la Santa, para producir hechos que sin medios de comunicación en estos tiempos tenían fiel y exacto cumplimiento como sucedió en el hecho más arriba referido y en otros que tendremos ocasión de citar.

¡Bendito varón, repetiremos siempre, que así dió gloria

á Dios y que supo aprovecharse de los dones y gracias que el Señor le concediera para la santificación de su alma!

¡Qué el Dador de todo bien y don perfecto y de las dádivas celestiales nos haga merecedores de ellas!

En el capítulo siguiente referiremos otras predicciones notables del Siervo de Dios.





CAPÍTULO XI

Otras predicciones del Siervo de Dios.

> «Las predicciones elevan evidentemente el carácter de una inspiración divina.»

El Hermano Andrés frecuentaba mucho la casa de la señora doña Mercedes Dueñas de Cerda, por la limosna que se le hacía diariamente. Habiendo entrado de religiosa á un Monasterio de esta ca-capital la hija mayor de la expresada señora, cayó ésta enferma, y pidió al Hermano rogase á Dios le restituyese la salud para poder venir á ver á su hija; á lo que le contestó se conformase con la voluntad de Dios, y que en el cielo vería á su hija, como en efecto sucedió muriéndose la señora un mes después de la entrada en religión de su hija. En la noche del día en que murió la señora, á eso de las ocho, se apareció el Hermano en la pieza donde estaba el cadáver, estuvo un rato rezando y después ya nadie lo vió; cosa que extrañaron mucho las personas de la casa; pues nunca á esa hora había ido.

La Rvda. Madre Sor Rosario, del Monasterio de las Monjas Capuchinas, refiere lo siguiente, en carta dirigida al R. P. Fray Francisco Julio Uteau;

«Muy luego habría querido contestar su carta, para decirle todo lo que he sabido con respecto de Fray Andrés: la pronosticación del cumplimiento á una petición que le hizo Sor Dolores (en el mundo Mercedes Sotomayor Baeza); le encarga le pida á Dios que sea luego su entrada á ser religiosa Capuchina; hacía más de dos años que pretendía, no había ninguna vacante, y á más había otra pretendiente más antigua, por lo que ella creía no poder verificar sus deseos; á los pocos días de haberle encargado esta petición, le dice que luego se le cumplirán sus deseos; esto fué como á las doce del día, cuando todavía en nuestra Comunidad no había ninguna enferma; á las cuatro de la tarde se enferma una religiosa que dura ocho días y muere; la pretendiente más antigua desiste, porque tenía un inconveniente para aceptar la mencionada vacante, y cuando menos lo pensaba ve realizarse sus deseos para hacerse religiosa. La religiosa vive todavía y dice que para ella fué un verdadero milagro alcanzado por la oración de Fray Andrés.

Otra religiosa me cuenta que estaba ella muy chica, pero que se acuerda perfectamente cuando una niña le pedía le alcanzase de Dios el que fuese monja, y le contesta que ella no lo sería; pero que esa niñita sería monja Capuchina.

«También á mí me pronosticó que sería religiosa: había estado conversando algún rato con un tío mío, y al despedirse le pide mi tío que me diga algo á mí, y contesta: «¡qué le diré! que será una monja Capuchina.»

«Todo esto es lo que he podido saber con toda seguridad. S. P. verá si es cosa á que pueda darse algún aprecio.—(Firmada)—*Sor María del Rosario*, indigna Capuchina.»

«Recuerdo, dice don J. 2.º Pacheco, que Fray Andrés iba con frecuencia á mi casa á pedir limosna para Santa Filomena y, como gozaba ya de una reputación de santidad muy generalizada, y hasta milagros se le atribuían, mi señora

madre le consultaba siempre acerca de la suerte de mi hermano Silvestre, que se había ido á California y no se tenía noticias de él; y Fray Andrés le contestaba asegurándole repetidas veces que Silvestre vivía, que volvería pronto, pero le amenazaba también que mi dicho hermano ya no volvería á permanecer á su lado. Efectivamente, mi hermano regresó de California y los pronósticos de Fray Andrés se cumplieron con toda exactitud.—(Firmado)—*J. 2.º Pacheco.*»

La señora María de los Dolores Meneses y Bilbao, hija del señor Canónigo don Juan Francisco Meneses y Echanez, de los Andes, soltera, de 83 años y ocho meses, declara: que conoció al Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, el cual el día último que salió á la calle á recoger la limosna, le dijo á la expresada declarante: «todos los enfermos de esta casa han muerto; ya se murió el Padre Felipe, y Ud. va quedando y es preciso que tenga presente que su cruz es para cargada sola y no se olvide de encomendarme á Dios que yo por allá no me olvidaré de Ud.» Se despidió de mí, y luego volvió á entrar y me repitió lo mismo que antes me había dicho. Pasados algunos días vino á mi casa otro religioso á pedir limosna, y me dijo que traía para mí un recado del Hermano Andrés, en que me encarecía que lo encomendara á Dios y que tuviera presente que mi cruz era para cargarla yo sola; que era lo mismo que él me había dicho, y al mismo tiempo me mandaba decir que ya no volvería más; yo creía que lo enviaban á algún convento fuera de Santiago; pero me contestó el religioso que talvez á estas horas ya estaría en el cielo, como efectivamente sucedió, que murió ese mismo día. Y en efecto, refiriéndome á lo que me dijo el Siervo de Dios, puedo asegurar que durante mi vida muchos sufrimientos

han agobiado mi existencia, ya tolerando muchas enfermedades y sufrimientos de familia privadamente.—(Firmada) —*María de los Dolores Meneses.*

«Padre Pacheco: Le comunicaré un milagro de Fray Andrés, de cuando yo era muy joven. Él me anunció mi matrimonio y me regaló un San Antonio y un San José, diciéndome que este nombre era el del esposo que yo iba á tener; y así fué, todo me salió igual, como él me lo anunció.—(Firmada)—*Mercedes Martínez, v. de José Antonio Venègas.*—Santiago.»

«Hace cincuenta años que me daba un ataque que me dejaba sin sentidos, y pedía á nuestro Dios que encontrara á Fray Andrés para pedirle un remedio; de repente se me presentó, diciéndome estas palabras: «labra, hermana, tu cruz, que Dios te la puso, no creas mejorarte»; y es para mí una profecía, porque hasta hoy nunca se ha quitado esta enfermedad; cada día es más prolongado el dolor. Digo esto confesada y con mi Dios en el corazón.—(Firmada)—*Rosario Velásquez.*»

«*Santiago, 4 de Febrero de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«Informando la carta que he tenido el honor de recibir, expongo: que no tuve el gusto de conocer personalmente á Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, conocido generalmente con el nombre de *Fray Andresito;* pero lo conozco mucho por los hechos prodigiosos que

he oído contar de él. Recuerdo con exactitud uno que me lo contó un miembro de mi familia que falleció hace algún tiempo. Había conocido á *Fray Andresito* en Santiago pocos días antes de hacer un viaje á la ciudad de Talca á caballo, como se hacía en la época en que esto sucedió. *Fray Andresito* le anunció que antes de llegar á Talca se acordaría de él, y aunque se olvidó de esto enteramente, poco antes de entrar á Talca se le alborotó el caballo de tal manera, que en el acto recordó á *Fray Andresito*, cumpliéndose así el anuncio que éste le había hecho.

«Por lo demás la opinión que tengo formada es que *Fray Andresito* fué un santo.

«Lo saluda respetuosamente—*Juan Antonio Guzmán*, Abogado.»

Refiere la señora doña Carmen Iglesias que en los primeros años de su matrimonio, estando un día con una de sus hijitas en brazos, mientras á su lado lloraba sentada en el suelo otra de las niñitas, llegó el Siervo de Dios, quien, al sentir su llanto, le dijo á la señora:

—¿Por qué tiene en brazos á ésa y no á esta otra que tanto llora?

—Es que es tan sumamente regalona esta chiquitina...

—¡Cuidado! que no sea por su linda carita. Mire, no ponga en ella su corazón, que poco le va á durar.

Quince días después, dice doña Carmen, mi hijita se había muerto.

«*Santiago, 19 de Junio de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Nada puedo aseverar como testigo presencial ó de vista respecto de los milagros del religioso Franciscano Fray Andrés García; pero puedo asegurar que gozaba de una fama universal y constante de gran santidad y de virtudes eminentes, de piedad, de humildad, de caridad, etc. Generalmente era muy estimado en todas las casas á donde solía ir á pedir limosna para el Convento; se le consideraba y respetaba como á un santo, y se referían multitud de milagros ejecutados por él.

«Á esto puedo agregar, que jamás oí á nadie una sola palabra contra *Fray Andresito* (así se le llamaba por el vulgo), ni que pusiese en duda su santidad ó la efectividad de los milagros que se le atribuían. La prueba más evidente de la veneración que por él tenía el pueblo de Santiago, fué el enorme concurso de personas que concurrió, como cuarenta y más años después de su muerte, á la Iglesia de la Recoleta, á celebrar la fiesta que tuvo lugar en memoria de Fray Andrés; yo no pude entrar al templo, ni siquiera acercarme á la puerta principal; tal era la apretura de la gente. Cuando ya me persuadí que era imposible entrar al templo y me volví á mi casa, encontré por las calles un inmenso gentío que iba marchando para la Recoleta á celebrar la fiesta conmemorativa; ese gentío era talvez tan numeroso ó más que el que yo había dejado en la Plazuela (la mayor de las que tenemos en Santiago) y que no podía entrar al templo.

«Yo conocí de vista á Fray Andrés, pero no lo traté, ni recuerdo haber hablado con él.

«Á pesar de mis muchas ocupaciones y aunque salga muy larga esta carta, voy á referir á V. P. R. un suceso que tiene algo de los caracteres del milagro, y le nombraré las personas muy respetables que en ella figuraron. Un señor Gacitúa, hombre acaudalado vecino de San Fernando, adolecía de una grave enfermedad, y los médicos le aconsejaron que hiciera un viaje á Europa. Don Juan N. Parga, Intendente de la Provincia y muy amigo de Gacitúa, tuvo que hacer un viaje á Santiago por asuntos del servicio público, y recibió de Gacitúa el encargo de entregar á Fray Andrés doce onzas de oro ($ 207) como limosna para el culto de Santa Filomena, y de preguntarle si le convendría ir á Europa por su enfermedad.

«Parga se alojaba, cuando venía á Santiago, en casa de don Manuel Antonio Tocornal, que, como sabe V. P. R., ha sido uno de los hombres más distinguidos de la República, Ministro de Estado en varias ocasiones, Rector de la Universidad, etc., etc., y que habría sido el Presidente si no hubiera fallecido.

«Luego que llegó Parga á Santiago preguntó por Fray Andrés á quien no conocía, y le dijeron en casa de Tocornal, donde estaba alojado como de costumbre, que no tardaría en presentarse porque iba con frecuencia á pedir limosna. En efecto, dos días después se presentó *Fray Andresito;* y avisado Parga lo recibió con toda atención; le refirió el encargo que traía de su amigo Gacitúa y trató de entregarle las doce onzas. Fray Andrés rehusó recibirlas, porque dijo que Santa Filomena tenía un capital de dieciséis mil pesos ($ 16.000,) con cuyos réditos se atendía perfectamente al culto de la Santa.

«El señor Parga insistió en que le recibiese la limosna para el Convento, y Fray Andrés lo rehusó también, fun-

dándose en que la intención del señor Gacitúa no era para el Convento.

«Por último, le preguntó Parga qué podía contestar á Gacitúa sobre su viaje á Europa. Fray Andrés respondió que no sabía qué poderle decir porque no entendía nada sobre el particular; pero, agregó, con suma modestia, que se inclinaba á creer que era inútil el viaje á Europa. Parga se volvió á San Fernando y dió cuenta á Gacitúa del resultado de su encargo.

«Gacitúa, hombre piadoso, resolvió hacer una novena á Santa Filomena, entiendo que con alguna solemnidad, y confesarse y comulgar á la terminación, como en efecto lo realizó. Al día siguiente de la conclusión de la novena se vinieron juntos á Santiago los señores Gacitúa y Parga. Este último se alojó, como siempre, en casa del señor Tocornal, dándose cita con Gacitúa para el día siguiente después de almuerzo, á fin de ir á ver á Fray Andrés al Convento de la Recoleta. En efecto, se presentaron al Convento al día siguiente á las doce y media ó á la una, y encontraron á los religiosos, y entre ellos á Fray Andrés, en el comedor, porque en ese día se celebraba la fiesta de Santa Filomena. Avisado Fray Andrés se levantó en el acto de la mesa y salió á recibir á los señores Parga y Gacitúa; y el primero, presentando al segundo á Fray Andrés, le dijo: «Hermano, este caballero es el señor Gacitúa, quien le había enviado la limosna para Santa Filomena que Ud. rehusó recibir; y que ha venido de San Fernando á consultarle nuevamente sobre el viaje á Europa que le aconsejan los médicos por su salud.

«Fray Andrés manifestó su agradecimiento, y repitió que Santa Filomena ya no necesitaba de limosnas porque tenía un capital suficiente, y por eso había rehusado la que envió el señor Gacitúa. Lo invitó para ir á ver el templo y el altar de Santa Filomena, diciéndoles que le parecía

mejor no pensar en el viaje á Europa. Los introdujo á la sacristía, y mientras iba por ella oyó Parga que Fray Andrés le decía á Gacitúa si no tenía ganas de ir al cielo en ese mismo día á tomar parte en la fiesta con que se celebraba á Santa Filomena; y oyó también que Gacitúa le contestó que sí, que iría con mucho gusto.

«Entraron al templo Fray Andrés con Gacitúa, dirigiéndose al altar de Santa Filomena que dista como cuarenta y cinco varas de la puerta de la sacristía, que está al lado opuesto de dicho altar, donde se quedó Parga de pie observando á Fray Andrés y á Gacitúa, los que llegaron juntos al pie del altar; y después de mirarlo y examinarlo se arrodillaron al parecer en oración ó recitando algunas preces. Poco después, y estando todavía de rodillas, Fray Andrés puso su cordón, que llevaba á la cintura, sobre el cuello de Gacitúa, el que á los pocos momentos cayó sobre la tarima del altar. Todo esto lo observaba Parga, sorprendido desde la puerta de la sacristía, donde había permanecido de pie; y vió asimismo que Fray Andrés, quitándo el cordón del cuello de Gacitúa, se levantó á carrera dirigiéndose á la sacristía, y al pasar le dijo á Parga que Gacitúa había muerto y que iba á buscar una mortaja y el féretro para depositar el cadáver en el templo, de donde sería conducido al Cementerio al día siguiente después de las exequias. Parga, más sorprendido aún, y á pesar de la seguridad que le daba Fray Andrés de que Gacitúa estaba muerto, hizo en el acto llamar médicos que examinaron el cadáver de Gacitúa y declararon la efectividad de la muerte.

«Parga volvió á la tarde á la casa de Tocornal, donde refirió todo lo sucedido, sin volver aún del estupor de que estaba poseído.

«El señor don Manuel Antonio Tocornal me hizo á mí personalmente, en la Serena, hará treinta y ocho años, la

relación que acabo de escribir, y que sólo habré discrepado en alguna palabra ó ápice insignificantes.

«Excusado me parece seguir refiriendo otras cosas que he oído de los milagros de Fray Andrés. Agregaré sólo, que las tres personas que he nombrado, Tocornal, Parga y Gacitúa, han muerto hace ya mucho tiempo, talvez treinta años; Gacitúa talvez cuarenta. El señor Tocornal era hombre creyente, muy probo, y murió como fervoroso cristiano; lo traté varias veces como abogado y con alguna confianza. Del señor Parga nada puedo decir, porque apenas si le conocía de vista; pero pertenecía al partido conservador.

«Puedo ratificar con juramento lo que dejo dicho.

«Que en algo pueda ser útil mi testimonio para la gloria de Dios Nuestro Señor y la Canonización de su Siervo Fray Andrés García, son los deseos de su affmo. atto. y S. S.—*José Clemente Fabres*», (Notable Jurisconsulto, Consejero de Estado y ex-Senador de la República.)

Santiago, *Agosto 14 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rvdo. Padre:

Sólo hoy me es posible contestar la atenta de V. R. del 26 del pasado en que me pide mi concepto acerca de la santidad de Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

Desde luego yo supongo que V. R. se refiere al conocido y popular *Fray Andresito;* y si es así, he oído siempre que era un santo, y contar de él muchos prodigios, entre los cuales puedo citar dos que me constan por haberlos oído:

1.° Sé que muchas personas, entre las cuales figuran

deudos míos muy próximos, han usado en muchas ocasiones, tierra de la que cubre su sepultura, como remedio para diversas enfermedades;

2.° Él visitaba con frecuencia á doña Rosa Morandé de García Huidobro (que ya ha muerto) tía y suegra mía, y en una ó varias ocasiones le dijo el año 1851, al terminar la revolución que tuvimos ese año, que «cuarenta años después habría otra revolución y que esa triunfaría»; yo no le oí esto á mi señora tía, pero entre otras personas que se lo oyeron puedo citar á la señora Luisa Enriqueta Cousiño Ortúzar de Gatica. Como la señora Morandé murió antes de 1891, sin que hubiera ni asomos de esta revolución y se cumplió la predicción, considero el hecho extraordinario; y como prueba de lo convencido que estoy de la santidad de Fray Andrés debo confesar que, conocedor de la predicción á que me refiero, siempre tuve la más firme esperanza en el triunfo y con ella alentaba á otros; V. R. ve que gracias á N. S. se cumplió al pie de la letra.

Es cuanto puedo decir de este santo Hermano.

De V. R. affmo. y S. S.—*M. G. Huidobro.*»

Santiago, Diciembre 5 de 1898.

Rvdo. Padre Francisco Julio Uteau.
Rengo.

Mi respetado Padre:

No había contestado antes su atenta carta por haber sido obligada á guardar cama por enfermedad; apenas me he levantado, lo hago con gusto.

Conocí bastante á *Fray Andresito*, como le llamábamos siempre; él venía todas las semanas á buscar una limosna para sus pobres, la que se la daban mis hijos; yo lo hacía

á propósito, para acostumbrarlos á quererlo y respetarlo. En cuanto á los milagros, yo no puedo citar más que uno que pasó en mi familia.

El año de 1851, al terminar el Gobierno de mi marido, el General Manuel Bulnes, se había elegido para que lo reemplazara al abogado D. Manuel Montt. El Partido Conservador, que era también el de mi marido, fué el que lo proclamó; y á pesar de que el candidato elegido no era de su afección, tuvo que ceder.

Luego que se supo en el país cuál iba á ser su Presidente, se sublevaron de Norte á Sur de toda la República; y el Presidente Montt, encontrándose tan apurado, le pidió á Bulnes que tomara el mando del Ejército para tranquilizar al país. Mi pobre marido, el mismo día que salió de la presidencia, tuvo que hacerse cargo del Ejército que partía para el Sur; y después de una gran refriega que tuvieron los dos Ejércitos, empezó á correr con insistencia, en Santiago, que Bulnes había salido herido y estaba prisionero. Yo, sumamente afligida, no sabía qué hacer en este apuro, é iba á salir á la calle en busca de noticias; pero al tiempo que yo salía, llegaba á mi casa *Fray Andresito*, y me dijo: «tranquilícese Ud., ya su marido ha salvado y en dos ó tres días estará en su casa»; y en realidad, así sucedió.

Este es el milagro que yo he presenciado; pero en general, toda la gente buena lo ha creído siempre un santo.

Quedo de V. R. atenta y S. S.—(Firmada)—*Enriqueta Pinto v. de Bulnes.*

(De la *Vida de Fray Andrés*, por don R. Marchant Pereira.)

En la última salida que hizo Fray Andrés antes de su breve enfermedad final, pasó por la casa de una señora con más prisa que la de costumbre;

—«Paso á despedirme, le dijo, porque me voy; le dejo como recuerdo este canastito.

Al mismo tiempo entregó un pequeño cesto de mimbres en que llevaba los sencillos remedios que aplicaba á los enfermos.

—¿A dónde va, Fray Andrés? preguntó la señora.

—Lejos, muy lejos, respondió, ¡adiós! ¡adiós! Diga tal y tal cosa á las personas de su familia.

Todos comprendieron que se trataba del viaje á la eternidad. Fray Andrés voló al cielo ocho días después.

Él introdujo en esa familia la devoción á la gloriosa Taumaturga. La última niña recibió por indicación suya el nombre de Filomena y hoy es religiosa del Sagrado Corazón de Jesús.»

Con no menos interés serán leídos los siguientes hechos escritos por un sacerdote que aún vive y que ocupa una alta dignidad en una de las catedrales de la República.

«En 1851, ese sacerdote entonces minorista y alumno interno del Seminario de Santiago, sufría una grave dispepsia crónica, que unida á otras enfermedades, lo redujo á tal estado de postración, que tuvo que dejar el establecimiento, y guardar cama en su casa por muchos días; Fray Andrés era grande amigo de aquella familia, y la madre del joven clérigo condujo al piadoso lego al lado del enfermo.

—Fray Andrés, dijo la señora, ruegue á Dios por este niño que desea ser sacerdote y que parece morirá antes de ordenarse, por el triste estado de su salud.

—¡Alabado sea Dios! contestó Fray Andrés, según su costumbre ¡alabado sea Dios! no hay ningún cuidado.

Poniendo entonces su mano sobre la cabeza del enfermo, dijo á éste con cariño:

—Nó, no morirás tan pronto; vivirás largos años para

que hagas tal y tal cosa, entrando en varios detalles sobre la futura vida del joven clérigo.

Al mismo tiempo, dirigiéndose con amable viveza á una hermana de dieciocho años y que gozaba de la más robusta salud:

—Mejor está, dijo, que te mueras tú y te vayas luego al cielo.

—Está bien, le contestó ella; yo quiero irme al cielo, pero no tan pronto; estoy muy niña y déjeme gozar un poco de la vida.

—Nó, nó, repuso Fray Andrés; está mejor que te mueras luego.

El joven minorista mejoró de aquella enfermedad y vive aún. Por lo que toca á las predicciones de Fray Andrés acerca de su porvenir, todo se cumplió con la más admirable exactitud. En cuanto á la joven de dieciocho años, luego empezó á languidecer y antes de un año espiró dulcemente con la muerte de los justos.»

En una ocasion fué llamado por una señora, cuya única hijita se moría. En vano Fray Andrés trató de exhortarla á que se conformase con la voluntad de Dios, haciéndola ver la dicha de que iba á gozar esa tierna criatura. Todo fué inútil, á toda costa ella reclamaba su vida. Entonces Fray Andrés se arrodilló, y después de una breve oración:

—Está bien, le dijo, la niña no morirá; mas, ¡guárdese usted, señora, de quejarse después!...

Los hechos posteriores vinieron á confirmar la reticencia de Fray Andrés: aquella niña, por su carácter pésimo y su conducta ruin, llegó á ser el más cruel verdugo de su pobre madre.

Estando un día el señor don Juan Nepomuceno Espejo reunido con varios amigos en la antigua posada que estaba frente al Convento de Santo Domingo, llegó Fray Andrés solicitando una limosna. Todos se miraron sonriendo, tomando la palabra don Juan Nepomuceno para dirigir algunas chanzas al piadoso lego.

—Mejor será que piense en confesarse, díjole Fray Andrés.

—Sí, lo haré, replicó el caballero, si Ud. me adivina el tiempo que no lo hago.

Llamóle entonces aparte Fray Andrés y, en voz baja y solemne, le fijó el día exacto en que lo hizo por última vez. Sorprendido el señor Espejo, sacó entonces una peseta de á veinticinco centavos y se la dió; al recibirla Fray Andrés:

—Esta peseta, le dijo, le va á salvar á Ud. la vida.

—¿Cómo así? murmuraron todos.

—Porque al volverse á Talca, se va á dar Ud. una fiera caída de á caballo, de la que debía morir; pero Santa Filomena lo librará.

Un mes ó dos más tarde, olvidado el incidente, el señor Espejo emprendía á caballo el viaje á Talca de donde él era. Acompañábanles los mismos amigos que habían presenciado la escena de la posada.. Al llegar al llano de Cancharayada, alguien propuso sujetar las bridas y caminar al tranco á fin de gozar de las bellezas del campo; don Juan Nepomuceno iba adelante como una cuadra, cuando de improviso le vieron que se daba vuelta con caballo y todo, quedando aplastado por el animal. Creyéndole muerto ó por lo menos muy estropeado, corrieron en su ayuda.

—No se asusten, les gritó entonces el señor Espejo, poniéndose de pie ¡si no tengo nada! *¡Fray Andresito!*

Una pobre mujer vivía atormentada con la idea de que había de morir repentinamente. Consultó al Siervo de Dios, y éste le contestó que antes de dos años, contados desde el día en que le hablaba, no moriría. Y el pronóstico se cumplió muriendo la mujer cumplidos los dos años.

Otra señora muy conocida, se lamentaba de la multitud de hijos que el cielo la concedía, pidiéndole á Fray Andrés que interpusiera sus ruegos.

—Y será mujer, contestó sonriéndose, la que ahora está por venir.

—¡Cómo! exclamó espantada la señora, que tal no sospechaba.

—Y espero que la niña se ha de llamar Filomena, concluyó despidiéndose el piadoso lego.

Así fué, en efecto; todo sucedió como lo había pronosticado, bautizándose la criatura con el nombre de Filomena, la que vive todavía.





CAPÍTULO XII

Temor de Dios que tenía el Siervo de Dios.

> «El temor de Dios es la misma sabiduría, y apartarse del mal es la misma inteligencia.»—(*Job*, cap. XXVIII, v. 28.)

I

Sólo Dios es grande, sólo Dios es fuerte y poderoso, sólo Él es temible y á nadie tiene que temer; persona ni criatura alguna, por elevada que sea, puede emprenderlas ó habérselas con Él. La criatura racional, débil, frágil, sin rumbo fijo, fluctúa siempre entre terribles escollos; á veces declina del lado del bien, como se inclina al lado del mal. Cubierta de mucha miseria, para mantenerse en pie, sin caer del estado de gracia, necesita de auxilios muy oportunos, y no presumir de bondad, ni de sí misma; conservarse en un estado de vacilación, por decirlo así, entre el temor de caer y la esperanza del premio prometido. Esta incertidumbre, y este temor de Dios dan las fuerzas necesarias para triunfar del mundo y de la excesiva y falsa confianza en la salvación eterna.

II

El temor de Dios impide que la criatura se arrastre por la senda del mal y le ayuda á evitar multitud de pecados; no se abusa de las gracias que Dios gratuitamente concede y derrama con abundancia en las almas; los dones del Espíritu Santo son recibidos con más felices disposiciones, y surten efectos maravillosos en los corazones que temen á Dios. El temor de Dios es el verdadero. «*Yo duermo, pero mi corazón vela*»; ó lo que es lo mismo: «Yo estoy en gracia de Dios, pero siempre atento á no caer en ilusiones y tentaciones malignas.»

Con el temor de esta incertidumbre vivía continuamente el Siervo de Dios, persuadido en que no hay seguridad para los que atravesamos este mundo en deshecha tempestad, que cuando más tranquilos nos mecen sus olas, de súbito se revuelven los embravecidos senos de la conciencia humana. El vivía siempre vigilante y pidiendo socorros al cielo para no ser envuelto en el pecado y miserias de la vida, aunque hubiera llegado á un alto grado de perfección y de virtud. El santo y saludable pensamiento del temor de Dios estaba siempre presente á su espíritu.

III

David cayó de la cúspide de la virtud; Salomón del trono de la gloria y de la sabiduría; ¡qué raro entonces que débiles y míseras criaturas teman caer en los lazos que el demonio sin cesar tiende á los siervos de Dios! ¡Cómo no había de temer él que cruzaba los escollos y peligros del golfo!

Sin descansar pedía á Dios le comunicara este don precioso, y no desfalleció jamás en el ejercicio de la virtud y

de la piedad, sino que con temor y temblor obraba su salvación. Con oraciones y lágrimas, con todas las veras de su alma, pedía á Dios este don que es rémora para el pecado y auxilio para conservar la gracia y tranquilidad del alma. Talvez tendría presente en este sentido á la Doctora Santa Teresa de Jesús, que dice: «No fíes en vuestro retiro, ni en vuestro silencio, ni en vuestra penitencia y comunicaciones con Dios, ni en vuestros continuos ejercicios de oración, en vuestra separación de las cosas de este mundo»:..... todo esto es bueno, pero no basta para quitaros todo temor de perderos y perder todo el trabajo que habéis tenido en emprender vuestra santificación. La confianza en Dios, en sus promesas, nos dará fuerza y valor para vencer y superar á nuestros enemigos; la desconfianza y el temor de nosotros mismos, y de caer en las tentaciones de la vida nos dará la victoria sobre nuestros enemigos y pasiones. ¡Bienaventurado el varón que teme al Señor!



CAPÍTULO XIII

Oración del Siervo de Dios.

«La oración es el coloquio del alma con Dios».—(San Nilo, *De la Oración*, cap. 2.)

«La oración es como la armadura que adorna al soldado, como la luz que muestra el camino y como la paloma que lleva la oliva de la paz.»—(San Buenaventura, *De la Dieta*, tit. 2.º, cap. 5.)

I

La oración es el emisario celestial que con sus mensajes pone en relación á la criatura con el Creador. De esta mutua comunicación descienden para el alma cristiana rayos vivísimos de luz divina que la inundan de suaves y dulces consolaciones y de ardentísimos deseos de unirse cada día más y más á Dios por estrechísimos lazos de encendido amor. ¡Misterioso poder el de la oración! El alma vive aquí en la tierra, pero su conversación está en el cielo; extraña á las voces terrestres, no le halagan efímeros placeres, ni mundanos ni deleznables goces.

II

Este elevado concepto de la oración tenía el Siervo de Dios y poníalo en transparencia y de manifiesto, con el ejercicio divino y continuo de las virtudes, poniendo freno á las pasiones y apetitos desordenados que en confuso tropel se amotinan y sublevan para arrancar de nuestro espíritu los preciosos frutos de la oración. Sí, el Siervo de Dios tuvo éxtasis y arrobamientos, visiones celestiales en que los santos descubren á nuestras miradas los secretos ocultos de la Divinidad, que Dios deja ver á sus escogidos; pues es una verdad puesta fuera de toda duda que el Siervo de Dios crióse á los pechos de la oración mental y tan frecuente, que bien puede decirse que fué continua y sin interrupción. Nutrido con este alimento de las almas santas, atravesó el camino de la vida sin desfallecer un momento, pues de esta fuente inagotable sacaba fuerza y vigor para sostener su espíritu. En la calle, en el coro, ya con jaculatorias, ya levantando su corazón á Dios, desde el principio del día, en las distribuciones de la Comunidad, en su celda, todo el tiempo, en una palabra, lo ocupaba únicamente en la presencia de Dios y en la meditación continua de los atributos divinos, de la Pasión y Muerte de Jesús, de la excelencia de las virtudes y de los novísimos ó postrimerías del hombre. De esas fuentes que no se ciegan jamás, sacaría, no hay que dudarlo, frutos preciosos, y en su meditación se tejería la corona de admirables virtudes y merecimientos.

III

Su alma inocente, mística abeja, recogería abundantísimos consuelos, inspiraciones santas, resoluciones piadosas, y con ellas formaría el rico panal de miel espiritual que

saborearía deliciosamente en el santuario y retrete de su corazón. ¡Cuántas ventajas no reportaría de esta oración para librarse de los peligros que rodean á la criatura por todas partes! La oración le daba luces para pedir á Dios lo que debía y creía ser provechoso á su alma y al bien espiritual del prójimo. Sabía perfectamente que el mejor modo de hacer oración, es el no dejarla de hacer jamás, que el que es fiel á ella la practica desde la aurora hasta el ocaso, en todas partes y circunstancias; sólo de esta manera es alimento que nutre, maná celestial que mantiene robusto nuestro espíritu.

En conformidad con estas ideas, el Siervo de Dios se ejercitaba diariamente en la oración, recitando fervorosamente oraciones que encendían en su alma ardientes y generosos deseos de devoción, de temor y de amor á Jesús Crucificado. Hé aquí una de las oraciones que repetía diariamente para consagrar á Dios sus acciones: «Gracias os doy, Dios mío, porque me habéis dejado llegar al principio de este día. Es mi ánimo no consentir en ninguno de los malos pensamientos con que el demonio quiera hacerme caer en pecado, y propongo huír toda ocasión de pecado. Dadme, Dios mío, los auxilios que necesito para cumplir esta palabra, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

IV

Así comenzaba todos los días su oración, no interrumpida sino por aquellas atenciones inevitables de su oficio. La oración mira como un sueño, una ilusión, las cosas terrenas, y sólo atiende á Dios y á lo que es eterno. La oración sencilla, como la del Siervo de Dios, lava las manchas que pueden haberse contraído por el pecado, y colma de ciencia y de virtud divina á los que se dan á su ejercicio. No es, pues, de admirar que el Siervo de Dios

haya alcanzado tan alto grado de perfección en todas las virtudes. La oración fervorosa vence todos los obstáculos que se encuentren al través del camino de la vida y todos los inconvenientes que impiden la santificación de las almas; la oración es fuente fecunda en buenas obras; engendra y da brillo á las virtudes todas y triunfa de los enemigos que se oponen tenazmente á la acción de la gracia. Pidamos á Dios el favor de la oración, sencilla y fervorosa, eficaz y diaria, para obrar con acierto nuestra salvación eterna, porque el que no sabe orar, no puede vencer á los enemigos de la salvación.





CAPÍTULO XIV

Castidad del Siervo de Dios.

«El alma es casta cuando es casto el corazón, castas las palabras y castas las obras.» —(San Buenaventura, *Sermón 1.º de S. Ambrosio).*

I

El compuesto humano lo forman el cuerpo y el alma, dos elementos tan importantes y estrechamente unidos mediante el comercio continuo establecido entre ellos, que sólo la muerte los separa con su poderosa é irresistible fuerza. Cuando desatada el alma de las ligaduras y estrecheces de esta cárcel en que vive aprisionada suelta su vuelo á las regiones eternas de la gloria, ó adonde el Supremo Juez la destina en castigo de las culpas aquí abajo cometidas, entonces tiene lugar esa separación, no sin que en el último día de los tiempos vuelva á restablecerse la misma unión en que antes había vivido.

Ahora bien, de este continuo contacto y roce frecuente, se resienten ambos elementos, según sean las determinaciones y movimientos que el alma imprima al cuerpo. A

veces dulces y suaves tocamientos que elevan al cielo nuestro espíritu; otras, choques tremendos que conmueven y hacen vacilar nuestro ser; ora reposa tranquilo y sereno sin temor de perturbaciones ni de sacudimientos terribles é inesperados; ora agitado nuestro ser y perturbado dentro de sí mismo como revuelve el mar en deshecha tempestad sus embravecidas y furiosas olas. ¡Tal es nuestro ser, tan vario é inconstante siempre!

En estos encontrados y á veces apacibles momentos está la existencia y naturaleza moral de la criatura.

Siempre las heridas del alma son más dolorosas é incurables que las que se infieren al cuerpo.

La virtud de la castidad, tan difícil de conservar intacta y sin asomo de pecado, practicóla el Siervo de Dios, luchando sin cesar contra los aguijones de la carne que tan frecuentemente se revela contra el espíritu, causando muchas veces con sus heridas la muerte espiritual de las almas. Para su perfecta observancia son necesarios el combate, la lucha y vigilancia continua sobre las pasiones desordenadas, y el cuidado y guarda de los sentidos, á fin de que por ellos no entren como por ancha y abierta puerta, los enemigos que incesantemente emprenden cruda guerra á las almas á fin de vencerlas y conquistarlas para sí.

II

La virtud de la castidad dominaba en el Siervo de Dios, teniendo sujetos su alma y su cuerpo, sus sentidos y pasiones á las leyes del espíritu. Consagrado desde sus más tiernos años al servicio del Señor, cumplió con toda escrupulosidad los mandamientos de Dios; contrayendo así el hábito del bien; su naturaleza, rica con los dones con que le había dotado el cielo, nos permite asegurar que la castidad había sentado su trono en el corazón del Siervo de Dios, y que

tendría pavor y odio al más pequeño deseo ó pensamiento que pudiera empañar el brillo de la virtud de la castidad.

¡Cuán querida de Dios sería esta alma que le había consagrado el lirio purísimo de esta virtud. Los ángeles la cubrirían con sus alas candidísimas y la llevarían en sus manos para que el fuego de la concupiscencia que arde sin cesar en nuestro espíritu, no le quemara con sus abrasadoras llamas.

Las almas castas son las flores escogidas del jardín de la Iglesia y la más noble porción del esposo celestial.

III

La confesión sacramental, la comunión diaria, las mortificaciones cuotidianas, eran medios de que el Siervo de Dios se valía con ejemplar devoción para combatir á los enemigos de la virtud de la castidad. La soledad y retiro interior en que vivió siempre, la oración mental nunca interrumpida, las jaculatorias amorosas, el «Alabado sea Dios», que continuamente repetía, nos permiten creer, como hemos dicho en otra parte, que no dió entrada en su alma ni al más leve asomo de pecado contra la virtud de la castidad; pues jamás en el curso de su vida se le oyó, que sepamos, proferir ni una sola palabra que acusara detrimento ó menoscabo sobre esta materia. Bien pudo suceder, que sintiera los estímulos y asaltos del demonio, la rebeldía de la carne y el furor de las pasiones que se agolpan para hacer caer á las criaturas en los lazos y asechanzas del enemigo común. Desde el momento que había nacido hijo del pecado, debió resentirse su naturaleza de los achaques que contrae todo hombre que viene á este mundo. La atmósfera de santidad en que vivía el Siervo de Dios, nos hace suponer que no albergaría en su corazón ni la más pequeña sombra contra esta celestial virtud.

Al Siervo de Dios puede aplicarse con toda exactitud el elogio que Jesucristo hace del hombre puro y casto: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.» El Siervo de Dios estaba empapado en la idea del Señor, y sus ojos, palabras y pensamientos; su lengua y sus manos, despedían á lo lejos la suave fragancia y reflejos de luz que bañaban su alma enamorada de Dios.

Como siervo fiel, tenía todas sus delicias y alegrías en agradar á Dios en todas sus acciones y movimientos. Las almas deben aprovecharse de las grandes ventajas que la castidad produce á la criatura. Siguiendo el ejemplo del Siervo de Dios, cultivemos con esmero esta flor preciosa cuya fragancia á todos agrada y encanta.



CAPÍTULO XV

Pobreza del Siervo de Dios.

«Pobre según Dios es aquel que, desligado de toda ambición terrena, desea enriquecerse de dones celestiales.» —(Casiodoro. *Sobre el Salmo IX*, v. 9.)

Dios Nuestro Señor, revistiéndose de carne mortal y dejando los resplandores de su gloria, trajo al mundo virtudes desconocidas de los hombres que vivían en medio del paganismo. En aquel magnífico sermón del monte, decía á la inmensa multitud que le seguía: «Bienaventurados los pobres de espíritu y de *afecto*, porque de ellos es el reino de los cielos.» La primera palabra que brota en esas circunstancias de sus divinos labios, es el panegírico nunca oído hasta entonces de la pobreza y de los que habrían de practicarla; esta palabra conmovió en sus cimientos al mundo antiguo, que se revolvía en el cieno del vicio y de las pasiones. En esa época los placeres en toda su desnudez, habían llegado á su colmo, y necesario era que el mundo se renovara para que no pereciera envuelto en total é irreparable ruina.

La revolución y trastorno operado por Nuestro Señor

Jesucristo contrastó y cambió por completo las costumbres antiguas y la degradación producida por el relajamiento moral de los individuos. Por la virtud de Dios tornóse en austeridad el placer, en pobreza las riquezas empleadas hasta entonces en la satisfacción de vergonzosas y torpes pasiones.

Á partir de ese momento, el pecado y sus desórdenes tomaron un rumbo diametralmente opuesto; la pobreza fué el estandarte que levantó Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte; su vida entera era un reproche continuo y elocuente al fausto mundano y vanas riquezas; la condición de sus Apóstoles y discípulos no tenía otro distintivo más visible que la pobreza; en su predicación y en sus obras el espíritu de pobreza y desprecio á los bienes materiales dominaba sin contrapeso, aunque la nueva doctrina levantase las iras y enojos de los acaudalados y poderosos del siglo.

Las riquezas alimentan y encienden las pasiones, al paso que la pobreza enseñada por Jesucristo las amortigua y mata en su origen, y en sus progresos las modera y corrige; las riquezas clavan el corazón á las cosas de la tierra, la pobreza lo desprende de aquí abajo, y hace aspirar al cielo; las riquezas inclinan nuestras miradas á lo perecedero y deleznable y á desear con ansia culpable lo que sólo se había de querer para satisfacer con moderación y templanza nuestras naturales necesidades.

Pues bien, siguiendo las huellas del Divino Salvador, han venido en pos de Él falanges numerosas de abnegados pobres de espíritu, merecedores de inmortal corona. Tras de tan excelentes y esclarecidas figuras, prodigio y asombro de desprecio á los bienes terrenos, han caminado con agigantados pasos los fundadores de órdenes religiosas y otras personas que aunque no pertenecían por la profesión á ningún Instituto religioso, sin embargo, con empeño y

mérito igual han practicado con ejemplo digno de todo elogio la virtud de la pobreza, como si hubieran estado ligadas con perpetuo y estricto voto. De este número era el Siervo de Dios, como vamos á demostrarlo brevemente en este capítulo.

Se ha dicho más arriba que el Siervo de Dios no era religioso profeso, sino simple donado, sin obligación de desprenderse de los bienes que bien pudo adquirir con su trabajo en el mundo. Empero el Siervo de Dios vestía el hábito del Seráfico Patriarca de Asís, el amartelado amante de la virtud de la pobreza evangélica, que fundó sus órdenes sobre la base indestructible de esta sublime virtud. El Siervo de Dios, que era su fiel hijo, no podía degenerar de tan gran padre ni desmentirlo.

Al vestir el hábito no dejó grandes riquezas ni cuantiosos bienes de fortuna, pues había nacido pobre; pero renunció voluntariamente al deseo y á la posibilidad de tenerlos, por amor á Jesucristo, «lo cual es propio de los Apóstoles» y de los que han nacido y alimentádose á los pechos de la fe y de las creencias católicas. Si bien es cierto que esta pobreza efectiva y voluntaria que desliga el corazón de todo bien y apoyo terrestre, es altísima pobreza, digna por tanto de premio eterno, no es menos pobreza y ejemplarizadora aquella otra que puede decirse es la expresión exacta y el brillante reflejo de la pobreza interior.

Nos referimos á la pobreza exterior visible que eligió y practicó el Siervo de Dios durante su vida en las prendas que cubrían su cuerpo, y en el ajuar ó mobiliario que tenía su celda. Nace pobre, en lugar pobre, pobre techo lo cobija, su ocupación durante su niñez es cuidar un rebaño, oficio pobre y humilde también, pobre en su parentela, pobres sus vestidos, sin patrimonio ninguno; mas como pobre que es, procúrase el pan, sustento de cada día, con el sudor de su frente.

Alguien dirá que la condición de esta pobreza no tiene nada de extraño ni extraordinario, pues es común y diario ver que así nacen y viven muchos todos los días. Sí, es cierto, respondemos, pero el caso es que en esta pobreza aceptada con paciencia y resignación cristiana, sufriendo con gusto sus penurias por amor á Dios, está la perfección y cumplimiento de la ley de la pobreza impuesta y aconsejada por Jesucristo.

Muchas reflexiones útiles podrían hacerse aquí acerca de la casi ninguna resolución generosa que tienen las criaturas para soportar con paciencia los afanes y penalidades que trae consigo la pobreza, las fatigas del trabajo, las privaciones é incomodidades que son su consecuencia. La miseria, la indigencia, la servidumbre ¿son aceptadas con buena voluntad, como el Siervo de Dios se abandonaba al querer de Dios? Él era pobre con los pobres, los consolaba en sus penas y socorría en sus escaseces y necesidades, señalándoles el cielo como término de los sufrimientos y fatigas, animándolos á amar las verdaderas riquezas, los grandes tesoros celestiales que no acaban jamás. Su vestido pobre, de tela ordinaria, como se observa en la Orden Seráfica; sin afectación, al contrario, humilde y remendado su hábito, remiendos que él mismo ejecutaba con manera ejemplar para todos los religiosos; con rareza se le veía que usara de hábitos flamantes ó nuevos, sino que se contentaba con los que los religiosos dejaban de vestir, teniendo á gran merecimiento el poderlos usar. Tal era la pobreza del Siervo de Dios.

Amemos la pobreza de espíritu y socorramos á los pobres en sus necesidades verdaderas; no abusemos de los bienes y riquezas que Dios nos ha concedido; abriguemos al necesitado con el manto de la caridad; no cuidemos con excesivo esmero de nuestro cuerpo, adornándolo con joyas y brillantes, que esos tesoros son el patrimonio de los po-

bres de Jesucristo; cuidemos más del brillo de nuestra alma, y, subviniendo á las necesidades y miserias ajenas, formaremos para nosotros una corona tejida por las manos de aquellos mismos que solicitan nuestro socorro. Consolemos á los pobres, esos tipos del dolor y del desamparo, á cuya vista se despierta muchas veces el remordimiento en nuestra conciencia.



CAPÍTULO XVI

Mortificación del Siervo de Dios.

> **«¿Qué otra cosa es la muerte, ó mortificación, sino el sepulcro de los vicios y la resurrección de las virtudes?» —(San Ambrosio. *Del bien de la muerte*, c. 4.)**

Esta vida presente es un ancho campo de batalla donde se libran recios y sangrientos combates contra el enemigo de las almas. En medio del fuego de las pasiones se alcanzan hermosas y brillantes coronas, tanto más difíciles de conseguir, cuanto que los peligros y tentaciones multiplicadas que rodean á la criatura no cesan de inferirle hondas heridas y sugestiones terribles encaminadas á obligarnos á soltar de nuestras manos las armas poderosas que nos presenta la gracia de Dios. ¡Desgraciado y digno de compasión el que cae en la arena! ¡Feliz y mil veces dichoso el que lucha sin descanso contra el vicio y sus funestas consecuencias y sale airoso de la batalla, haciéndose por ello acreedor á premios inmortales que el justo Juez discernirá y compensará con usura en premio de los sacrificios que impone el rechazo de los asaltos de la carne y las asechanzas del demonio!

No sería empresa dificultosa reunir citas y textos para probar que la mortificación es necesaria mientras llevemos dentro de nosotros mismos el precioso tesoro de nuestra alma. La flaqueza de nuestra pobre y débil naturaleza, la experiencia diaria y continua, la observación atenta de nuestras acciones, el choque frecuente de tan encontrados y diversos pensamientos como los que acometen sin cesar nuestra alma, es una verdad que no necesita de pruebas ni de fuertes raciocinios para quedar de ella plenamente convencido. Su demostración, por otra parte, nos llevaría demasiado lejos del asunto que nos hemos propuesto, cual es manifestar á los que lean este libro la virtud de la mortificación que practicó el Siervo de Dios.

El tesón y constancia con que se aplicó el Siervo de Dios á evitar los asaltos del demonio mediante la mortificación interior y exterior de los sentidos, los consideramos inútil de encarecimiento, toda vez que es bien sabido cuan eficaces y terribles eran las maceraciones con que afligía la carne, rebelde á las leyes del espíritu, y que la cruzada que emprendió para sujetarla, exige tales sacrificios que pocos son los que no desmayan en medio de la jornada. Pero examinemos más de cerca la mortificación del Siervo de Dios: ayunos rigurosos, disciplinas sangrientas, silencio profundo, privaciones frecuentes de todo lo que apetecen los sentidos, el frío, el calor, los insultos é injurias inmerecidas, forman en el Siervo de Dios una larga cadena de sufrimientos de que, como de rico venero, saca el alma méritos para conseguir la preciosa corona de virtudes que ornan las sienes del varón mortificado y penitente. Esta sola consideración, que llamamos mortificación exterior, da una idea de la penitencia austera que practicó el Siervo de Dios diariamente, aprisionando sus sentidos y las pasiones, que amotinadas se sublevan y claman sin cesar por nuevos goces y placeres sensuales.

Empero, hay otra mortificación más excelente y superior, que aventaja y da brillo y esplendor á la exterior, esta es, la mortificación interior, aquella que sufre calladamente y con semblante tranquilo y siempre igual, sin revelar el menor desagrado, niega á la naturaleza la satisfacción de ciertas necesidades, para algunos indispensables. ¡Ah! ¡cuántas veces el Siervo de Dios no ahogaría y sofoçaría en su origen, allá en el fondo de su corazón, las quejas que levanta el vencimiento de las pasiones, lamentos que no llegan á oídos de nadie y que sólo se guardan en el santuario misterioso del alma, adonde Dios sólo puede penetrar y compensar dignamente los padecimientos sufridos en su nombre.

La concupiscencia, ese fuego que arde dentro de nosotros mismos y que inclina constantemente á la criatura por la pendiente del mal, exige continuas vigilias, penosas fatigas, para alcanzar el espíritu generoso y verdadero de la perfecta mortificación interior, la custodia de los sentidos y la negación de sí mismo, rehusando á la carne todo descanso, como lo hacía el Apóstol cuando se veía acosado y estrechado por las tentaciones y batallas del espíritu. *Foris pugnæ, intus timores* (1).

Reconocida era la veneración que el pueblo tenía por el Siervo de Dios; sin embargo, el espíritu del mundo, que ve bajo prismas diversos la virtud y su austeridad, le miraba con ojos malignos, le hacía objeto de su maledicencia é injustos desdenes. La mortificación del Siervo de Dios supo vencer los desprecios y vejámenes, las agresiones injustificadas y malévolas intenciones que se dirigían contra su piedad y sencillez religiosa, rechazando con paciencia los envenenados dardos del orgullo y soberbia mundana.

Nuestra alma es un jardín donde, al lado de galanas y

(1) San Pablo á los Corintios, ep. 2, cap. 7.

vistosas flores, nacen yerbas venenosas que con su crecer ocultan el brillo precioso de las virtudes; por eso es necesario tener siempre en la mano la cuchilla de la mortificación, á fin de que al primer ímpetu de rebelión de las pasiones se corten en su raíz y origen el pecado y el amor propio, el cual, como dice Santa María Magdalena de Pazzis, es un gusano que roe incesantemente el alma, como carcome y destruye las plantas privándolas de su hermosura y lozanos frutos.

Es cierto que el Siervo de Dios no fué quizás un prodigio de penitencia y de mortificación, como San Pedro de Alcántara; no se dice tal cosa de él, ni cuando escribimos nos proponemos traspasar los límites de la verdad; pero sí afirmamos que tuvo aquella mortificación prudente y discreta que se deja guiar por los avisos y consejos de un confesor igualmente prudente y experimentado en los caminos del espíritu, más que de su propio juicio é inclinación. Cerremos cuidadosamente la puerta de nuestra alma á los sentidos exteriores, para que no penetre en ella el amor propio, enemigo que devora y mata los deseos y sentimientos santos que abriga nuestro corazón. Que las personas cristianas abracen un método de vida que no sea singular, sino después de un sabio y prudente consejo, para que el fervor comenzado no vaya á parar en el seguimiento de sus propios movimientos; que la humildad y la mortificación reinen en el interior del corazón, para que los sentidos no se derramen á través de los objetos visibles de este mundo.



CAPÍTULO XVII

Obediencia del Siervo de Dios.

«Así como el ave con dos alas vuela á lo más elevado, así también el obediente sube á las regiones celestes con las dos alas de la pobreza y de la castidad.»—(SAN BUENAVENTURA. *De la Dieta*, tít. 4.º, c. 2.)

I

AQUELLOS primeros adoradores de la Verdad que se hizo carne, se decían entre sí: «Vamos á Belén» á tributar nuestros homenajes al Rey de la gloria que acaba de nacer; «vamos á Belén», á fin de aprender allí en un pobre y miserable establo, el ideal perfecto y tipo acabado de las virtudes todas.

Sí, la cuna de Belén es una escuela donde prácticamente se nos instruye en la virtud, y de un Maestro celestial óyense enseñanzas sublimes que la criatura debe apresurarse á recoger para santificar su alma con el pan saludable de la verdadera doctrina. Desde esa cátedra de sabiduría infinita recibimos lecciones de humildad, pobreza, mortificación, pureza de alma y cuerpo, en una palabra; de allí fluyen á raudales todo género de virtudes en admirable conjunto y en bellísimos detalles.

Pero la virtud que por ahora debe llamar nuestra atención es la de la obediencia á que se sujetó Jesús para dar ejemplo á los que debían ser sus fieles imitadores en la prolongación de los siglos; obedeció á Dios su Padre, inmolándose, víctima inocentísima, por la salvación del género humano; el Creador sometióse á la criatura obedeciendo sin condición ni reserva, cumpliendo la voluntad de su Santa Madre y Padre putativo San José. Y habiendo sido la desobediencia la que contaminó en su origen á nuestros rebeldes progenitores, despreciando el mandato soberano, sujetóse y ofrecióse voluntariamente á satisfacer por nosotros, cargando con las miserias que contraemos sus descendientes, menos la del pecado.

Esta sumisión á la voluntad divina, que contrasta con la rebeldía y soberbia de la criatura, quiso que los hombres que se precian de ser sus verdaderos discípulos la practicasen dejándola expresamente recomendada en el Santo Evangelio, encomiada con bellísimas expresiones y asegurada con altísimas recompensas: «el varón obediente cantará victorias.»

Quiso también Dios que el teatro en que debía representarse esta virtud fuera este mundo, dejando súbditos que obedecieran y con ello alcanzaran inmortal corona, y superiores que mandaran en nombre suyo, y que aunque éstos fuesen *díscolos* siempre se estuviera sujeto á ellos, en tanto que la obediencia no viniera en desprecio de Dios y de su santa ley. Ahora bien, el Siervo de Dios que tan imperfectamente venimos describiendo, practicó esta virtud con todo el rigor que exige Dios nuestro Señor; así lo vemos en la casa de sus padres, sumiso, sujeto á ellos de buen grado, sin inferirles disgusto ni agravio de ningún género. Cosa difícil, por cierto, en la época presente, en que el dominio de los hijos se impone con altanería y altivez que asombra, y llega á hacer dudar de si es cierto que

Dios comparte su autoridad con los padres de la tierra. Los hijos son los que con más insolencia y descaro dirigen reconvenciones acres y amargos reproches á los autores de su existencia natural. ¡Desgraciada y lamentable situación, que tan funestas consecuencias trae sobre las familias!

El Siervo de Dios, si sale ó se ausenta del lado paterno, no pierde el sentimiento de la obediencia, como tantos otros que lejos del techo que los cobijó con ternura maternal, se emancipan de toda sumisión y dependencia á la voluntad ajena, no sin alegar el fútil y frívolo pretexto de que ha llegado para ellos la edad en que ya ningún respeto ni miramiento se debe á los padres, si no es la obligación que éstos tienen de cubrirlos de nuevo y tomarlos bajo el abrigo de su protección y amparo después de haber disipado su patrimonio y entregádose á mil indecorosos y deshonrosos excesos.

Desde que llegó á Montevideo, el Siervo de Dios se sujetó voluntariamente al mandato y obediencia de un superior, á la dirección y consejo de un docto y santo sacerdote, guía espiritual de su espíritu; venido á Santiago, al Convento de la Recoleta Franciscana, jamás se le vió, no diremos advertir mas ni aun manifestar en el semblante ni un gesto ni un signo siquiera de desaprobación á las órdenes del Prelado y demás religiosos de mayor ó igual jerarquía que él, siempre alegre, obediente y resignado en la voluntad ajena.

Es cierto que no había hecho voto de esta virtud; pero en la realidad era perfecto obediente. Así son los siervos de Dios, así lo era el Siervo de Dios, observante puntual de la virtud, de la obediencia y exactamente conforme con la voluntad de Dios manifestada por los superiores. Todas sus acciones, comuniones, oraciones y mortificaciones, así públicas como privadas, tenían por principio y fin el espíritu del bien y de la obediencia; pues ella es agradable á

Dios y conforme con su santísima y adorable voluntad punto cardinal en que descansa inconmovible la virtud de la obediencia. Jesucristo dice: «Aquellos que hacen la voluntad de Dios, esos son mis hermanos y mi madre, porque ellos hacen la voluntad de mi Padre.»

Obedezcamos á los superiores, á los padres de familia y á todos aquellos que tienen alguna superioridad sobre nosotros, pero con ánimo recto y sano, viendo en ellos la imagen de Dios; en una palabra, que se cumpla la voluntad de Dios y no la nuestra, que es una de las mejores disposiciones para el bien espiritual de las almas.



CAPÍTULO XVIII

Humildad del Siervo de Dios.

«La humildad es el origen y la maestra de todas las virtudes y el fundamento firmísimo del edificio celestial.— (JUAN CASIANO. Colación 15, v. 7.)

«El varón humilde es semejante á Dios, y le lleva constantemente en el templo de su corazón.» — (SAN BASILIO MAGNO).

I

LAS virtudes están íntimamente unidas entre sí; y de su admirable conjunto resulta una armonía que produce un maravilloso concierto. Sin embargo, parece que para dar brillo y realce á la humildad, todas concurren á porfía y le prestan sus elementos para hacerla más admirable y de más valiosa estima; á medida que es más noble su origen y más elevada y sublime su belleza. Mientras más se abate é inclina, en esa proporción adquiere mayor lustre y esplendor. La humildad, virtud peregrina en este mundo, desconocida antes de

la venida de Nuestro Señor Jesucristo, sólo vive á la sombra del Cristianismo, de quien es hija fidelísima.

Esta virtud se halló y personificó en el Siervo de Dios, que moral y prácticamente la poseyó cual joya preciosa que conservó como valioso tesoro para adornar su alma, comunicándole con su contacto y ejercicio luz y belleza inestimables. En el Siervo de Dios la humildad transcendió sensiblemente; y germinando en su alma candorosa y sencilla, era el móvil de sus acciones todas, pues era la reina de su alma y á ella se sometía como último y sumiso esclavo. ¡Flor preciosa, que ocultándose en el corazón del Siervo de Dios, á lo lejos esparcía su suave olor y riquísima fragancia!

II

Su carácter naturalmente dócil cultivó la humildad sin que perder pudiera el brillo de su hermosura, ni soplo alguno de soberbia empañara el clarísimo espejo de la humildad. El orgullo altanero no mancilló jamás su inmaculado corazón. Su corazón estaba siempre tranquilo; nada perturbaba la tranquilidad de su alma, lo que constituye uno de los caracteres más salientes de la humildad. Si en el desempeño de su cargo se le calumniaba, no profería ni la más leve queja ni murmuración; cedía y no daba lugar á contradicciones ni á réplicas inútiles, lo que es un signo de orgullo y de vanidosa soberbia, en los que tal hacen; si se le miraba con indiferencia y se le olvidaba, creía que con razón y justicia merecía todo eso. El pensamiento de la oscuridad en que había nacido era para él un infalible consejero que frecuentemente le advertía que el aire mundano y el viento de la soberbia no doblarían jamás su corazón asentado en la virtud de la humildad.

III

La naturaleza de esta virtud consiste en sentir bajamente de nosotros mismos y exige al mismo tiempo la conciencia de la propia nada; el Siervo de Dios estaba persuadido de que todas las cosas, como perecederas que son, están sujetas á las vicisitudes y miserias del tiempo; las dignidades y riquezas huyen de las manos, y poseídas no satisfacen, sino que dejan un vacío que nada ni nadie puede llenar.

Los siervos de Dios amaestrados en la escuela de Jesucristo, y seguidores de sus sabias y saludables lecciones, aprenden á la luz de esta idea á despreciar todo lo vano y frívolo de este mundo, y viven iluminados con los resplandores de la virtud de la humildad. Ahora bien, aplicando estos principios á nuestro Siervo de Dios, no es difícil comprobar que fué verdaderamente humilde y amante de esta virtud.

Ni las distinciones de que era objeto daban lugar en su alma ni al más leve asomo de amor propio ó de soberbia, que siempre fué consecuente con la doctrina del Apóstol: «Si algo habéis recibido, todo es de Dios»; ¿por qué nos vanagloriamos de ello, como si no lo hubiéramos recibido? Si personajes eminentes, magistrados que desempeñaban los más altos puestos públicos tenían á grande honor que recibiera á sus hijos como padrino en el Sacramento de la Confirmación, por tal respeto y veneración con que se le distinguía, él sin duda repetiría con el Profeta: «No á mí, Señor, se dé toda la gloria». Consecuencia legítima de su profunda humildad y del propio conocimiento de su miseria era que á todos los consideraba superiores á él.

No sólo á los de su misma jerarquía, sino con mayor razón á todos los individuos de la Comunidad los respeta-

ba y reverenciaba como á más dignos y aventajados en la virtud. «No se atrevía á hacer remedios á los religiosos, y si se los pedían, se excusaba diciendo que á ellos les era más fácil alcanzar de Dios la salud que él con sus remedios y tibias oraciones, y sólo á fuerza de ruegos y de súplicas sabía acceder en este punto» (1).

IV

Enemigo de que las buenas obras que hacía saliesen á lucir en el teatro del mundo, á recibir los aplausos de los hombres, quería y deseaba vivir tan completamente ignorado, que jamás se pudo conseguir que escribiese ó diese á conocer los detalles de su vida. Una persona á quien amaba y respetaba mucho, el R. P. Fr. Francisco Pacheco, le suplicó varias veces y no pocas en su lecho de muerte, que le diera á conocer de algún modo su vida; pero á sus instancias siempre le respondía, según nos lo asegura dicho Padre, «que no había en ella más que pecados, y que por lo tanto de nada podría servirle la relación» y persistió en su silencio hasta la muerte (2).

La soberbia, que de nadie se deja dominar, al paso que ella quiere dominarlo todo, es el pecado que más almas ha perdido y la que ha hecho caer de la más elevada altura á tantos hombres eminentes, que antes de ser heridos por el rayo fatal de la soberbia, eran los oráculos de su tiempo. ¡Ah! ¡cuán cierto es que allí donde no reina la humildad todo se destruye y acaba! Las más robustas encinas caen estrepitosamente, talvez para no levantarse jamás! No así el Siervo de Dios; su humildad se manifestaba en las repetidas gracias y favores que Dios hacía al pueblo cristiano,

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 113.

(2) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 116.

valiéndose de su humilde Siervo como de instrumento inmediato para obrar prodigios y maravillas. En esto no poca parte cupo al Siervo de Dios, pero todos esos dones, como el de curaciones milagrosas, el de sanar á enfermos, como efectivamente sucedió al Siervo de Dios, no las atribuía en manera alguna á sí mismo, sino á la virtud de Dios, de la Santísima Virgen, del Seráfico Patriarca, y de la Santa, como ordinariamente llamaba á Santa Filomena.

V

Hé aquí un hecho relativo á lo que venimos diciendo: «Un sacerdote de esta Comunidad (la Recoleta Franciscana) dióse por un accidente un recio golpe en una pierna, de lo que le resultó una herida bastante considerable. Hacía ya veinticinco días que padecía de ella, sin que las muchas medicinas que se le habían aplicado hubiesen producido efecto alguno favorable. Sin poder dar un paso, tenía que permanecer con la pierna colocada constantemente en una silla. Cuando el Siervo de Dios llegaba de la limosna, le hacía sus visitas para informarse del estado de su salud; en una de ellas le encontró enteramente solo, y aprovechándose de esta circunstancia accidental, se le ofreció para lavarle la herida. El sacerdote accedió con placer á esta oferta; le desató entonces los vendajes y comenzó la operación; mas de repente, y sin que el mencionado sacerdote pudiera evitarlo, limpió la herida con su lengua, en seguida esparció en ella algunos polvos insignificantes, la volvió á vendar, y se retiró. Por entonces, nada más hubo, hasta que vuelta á desatar la pierna, se encontró la herida enteramente seca, y por lo tanto sana» (1).

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 113.

Para decirlo en una palabra, la vida del Siervo de Dios fué toda ella humilde; si alguna vez es ofendido, no se venga de las injurias, ni aún se defiende si lo vilipendian. Á la vista de los pobres y miserables, como verdadero humilde, se compadece de ellos, se conmueve y enternece considerando sus necesidades, al paso que el soberbio le despreciará y le dirigirá cuando más una mirada de desden é indiferencia.

VI

Reconoció siempre en los superiores á sus padres y los amó y respetó como á sus legítimos prelados y representantes de Dios. Procuró también, en circunstancias difíciles, traer al camino de la paz y de la tranquilidad á los ánimos exaltados que por desgracia habían caído en rivalidad, calmando muchas veces con su silencio y modestia religiosa los disturbios que en situación azarosa se habían producido en el seno de la Comunidad.

No se abanderizó á ningún partido, sino que, como quien nada sabe, no se mezclaba en conflictos que siempre causan provocaciones y sinsabores amargos que amenguan la paz religiosa, tan necesaria para las cosas del espíritu y los progresos en el camino de la perfección.

Hemos visto en mal trazadas frases la humildad que practicó el Siervo de Dios; aunque á la ligera, apenas si hemos tocado algunos rasgos de esta importante virtud y el cobro y lustre que alcanzó en el exacto representante que le abrazó con tanto empeño y ardimiento. De desear sería que cuantos lean estas páginas se inspiren en tan santos ejemplos de humildad cristiana á fin de arrancar de raíz de los corazones la soberbia y el orgullo que tantos y tan terribles estragos hace en las almas. Aprendamos las enseñanzas del Redentor Divino, cuyas huellas siguió el Siervo de Dios. Seamos humildes, porque esta virtud es la

que más ha brillado en todos los santos; porque ella es el alma del bien y de las virtudes todas. Reconozcamos nuestra proverbial debilidad y miseria; consideremos la grandeza de Dios y su omnipotencia soberana; ejercitemos la sabida y vulgar, pero no menos cierta verdad, que nos recomienda el Evangelio: «El que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado.» Pidamos á Dios esta virtud, y de flacos y pobres de méritos, nos tornaremos robustos y ricos de dones celestiales.





CAPÍTULO XIX

Virtudes Cardinales del Siervo de Dios.

> «Las virtudes morales tienen por objeto principal é inmediato la dirección y arreglo de las costumbres, la moderación de los afectos de nuestra alma según el dictamen de la recta razón y perfeccionar el entendimiento.»

I

Estas son sobre las cuales se levanta el edificio de las virtudes morales y humanas, las que ponen en orden y gobiernan todas nuestras acciones, dirigiendo el entendimiento y voluntad y refrenando los apetitos.

Las virtudes cardinales hacen buenas á las criaturas y le dan facilidades para serlo. Veamos cómo el Siervo de Dios las ejercitó, principiando por la Prudencia.

II

VIRTUD DE LA PRUDENCIA DEL SIERVO DE DIOS.

El Siervo de Dios tuvo la virtud de la Prudencia desde el momento mismo que manifestaba en todos sus actos y movimientos el debido fin de la criatura, cual es la consecución de la vida eterna. Para ello valíase de los medios

oportunos y conducentes para que sus obras fueran conformes y ajustadas en todo á la vida cristiana perfecta. Durante el curso de su vida practicó el ejercicio de todas las virtudes, sobre todo se distinguió en la mortificación del cuerpo para no declinar en contrarios y opuestos lados. Guiado de la Prudencia consultaba en todo á su confesor y director espiritual; así se explican los eficaces cuidados para no cometer pecado alguno por más leve que fuese. Pruébalo también el absoluto dominio que tenía sobre las pasiones, lo cual contribuye poderosamente á evitár el pecado. Tomando siempre el verdadero medio en las cosas, *in medio consistit virtus*, sin inconsideraciones ni timideces.

Tenía la sencillez de la tímida paloma, y la prudencia de la precavida serpiente. Lejos del Siervo de Dios la astucia mundana, la utilidad propia, el interés engañoso; sólo procuraba en sus acciones la honra y gloria de Dios y el bien espiritual y temporal del prójimo. En las situaciones árduas y delicadas, confería siempre con su conciencia todos los asuntos, y para mayor acierto y seguridad acudía al dictamen y parecer de los más doctos y perfectos, inquiriendo de ellos lo que había de verdad en las dudas y vacilaciones que podían ocurrirle. «El Siervo de Dios no olvidó jamás este consejo del Sabio: *No te apoyes en tu prudencia* (1), y este otro: *La ciencia de los santos es la prudencia* (2), por lo que siempre en sus mortificaciones la prudencia era la brújula que lo guiaba. Á su laboriosa vida, que por sí sola era ya una penitencia, añadía otras muchas.

(1) Proverbios, c. III, v. 5.
(2) Proverbios, c. IX, v. 10.

III

Á su rectitud y prudencia se debía que de todas partes acudieran á él en demanda de oraciones, avisos, consejos, en la seguridad que inmediatamente se dejaban sentir los saludables efectos de su virtud. Cuerdo y discreto en su proceder, éralo igualmente en el desempeño del cargo que se le confiaba por la obediencia; no importaba que el oficio ú ocupación fuera vil ó despreciable al parecer á los ojos del mundo y de la soberbia humana.

IV

VIRTUD DE LA JUSTICIA EN EL SIERVO DE DIOS.

En la Justicia se afianza el derecho, al propio tiempo que es la fuente del mismo: la Justicia levanta el nivel y el carácter moral del individuo y de las naciones, dando á cada uno lo que es suyo. *Justitia elevat populos, miseros autem facit populos peccatum.* La virtud de la Justicia es la base y fundamento de las acciones humanas; las regulariza y mantiene inalterable la paz del alma, dando á cada cual lo que le corresponde en la distribución de los bienes terrenos y dones celestiales.

Á la Justicia, atributo de la Divinidad, la criatura ríndele el homenaje y culto que le es debido, y los varones santos han puesto en ello particular esmero. Veamos cómo nuestro Siervo de Dios ejercitó la virtud de la Justicia con respecto á Dios, practicando la virtud de la Religión.

V

Exactísimo observante de los mandamientos divinos y de los de la Iglesia, los cumplía tan fielmente demostrándolo en las diversas manifestaciones exteriores con que adoraba á Dios, reverenciaba á su divina Madre y á los santos, manifestaciones que eran reflejos del culto interior de su cándida y pura alma; caracterizaban este culto las múltiples devociones que diariamente practicaba.

¿Á quién se le oculta el fervor con que comenzaba, oía y ayudaba el santo sacrificio de la Misa? ¿quién no sabe la devoción y culto que tributaba á la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena, cómo promovió y propagó con celo incansable su devoción por todos los ámbitos de la República hasta la altura en que hoy actualmente se encuentra?

El respeto y sumisión á los sacerdotes y superiores, la afabilidad y obsequio que les prestaba tanto á los del clero secular como á los del regular, dedicándoles sencillos versos, dando á conocer así la veneración y acatamiento que le merecían. Mostróse siempre grato y reconocido con los seglares, aunque no recibiera de ellos ningún beneficio.

VI

VIRTUD DE LA TEMPLANZA EN EL SIERVO DE DIOS.

Las trabas y obstáculos con que se moderan los excesos de la naturaleza, refrenando los placeres sensuales, al propio tiempo que pone límites á los apetitos desordenados sujetándolos á la recta razón, es lo que constituye la virtud de la Templanza. Sobrio, abstinente, el Siervo de Dios contentábase con un alimento por demás frugal: una taza de leche era el sustento ordinario de que se servía. No se

dice que bebiera licor de ninguna clase, y ni siquiera lo probó jamás, al menos que se sepa. De carácter suave y apacible por naturaleza, no brotaron en su alma los gérmenes del furor, ni de la ira, ni de la violencia. No sólo observaba los ayunos prescriptos por la Iglesia y los ordenados por la Regla de la Orden, sino también otros de supererogación, y aun podemos asegurar que toda su vida fué un continuado ayuno, por lo parco y moderado en el comer. Cilicios, disciplinas sangrientas y otras mortificaciones y penitencias eran los medios de que se valía para regularizar y contener los abusos y excesos de la carne que frecuentemente se revela contra el espíritu. En las altas horas de la noche castigaba su cuerpo, lo que prueba que su sueño era brevísimo, como era duro é incómodo el lecho en que dormía; su vestido, el pobre sayal franciscano; su habitación, una desmantelada celda; y su ajuar, sumamente escaso é insignificante. Amante del silencio y del retiro, evitaba la locuacidad; guardaba mesura y modestia en todas sus acciones. Nunca se le vió inmutado, ni poseído de los arrebatos producidos por la pasión de la ira.

VII

VIRTUD DE LA FORTALEZA EN EL SIERVO DE DIOS.

Apartar de sí todas las dificultades que pueden atravesarse en el camino de la vida para hacer siempre el bien, hasta el punto de perder la vida, si fuere necesario, por procurar la mayor honra y gloria de Dios y no faltar á los deberes de verdadero cristiano, tal es la virtud de la Fortaleza.

Nuestro Siervo de Dios practicó con ánimo invicto y constante esta virtud, triunfando de los enemigos de Dios y de sus santos, oponiendo la virtud al vicio, sufriendo

con paciencia los denuestos é injurias de aquellos marineros que en la larga travesía de su patria á Montevideo y de esa á Santiago, le calumniaban y burlábanse de su piedad y devoción. Con santa presencia de ánimo, continuaba en sus ejercicios espirituales y aconsejaba á la tripulación á desistir y abandonar sus indignas maneras é ímpetus y criminales y aleves intenciones. No menos demostró la virtud de la Fortaleza el Siervo de Dios, como lo hemos referido en otra parte de este libro, en la situación que le creó el Guardián de Montevideo persiguiéndole injustamente hasta obligarlo con disgusto de los demás religiosos á dejar el santo hábito.





CAPÍTULO XX

De los dones sobrenaturales del Siervo de Dios.

> «El espíritu de los siete dones es el supremo médico del enfermo, que le presenta los siete remedios que exigen sus llagas; y el poderoso auxiliar del soldado que pone á sus órdenes, siete fuerzas opuestas á los siete enemigos.»

Ellos son los riquísimos ornamentos de que se halla revestida el alma y la realzan sobremanera, conduciéndola por los luminosos senderos de la gracia. En abierta y absoluta oposición con los pecados capitales, dan fuerzas vigorosas para vencer y triunfar del monstruo de los vicios y de las pasiones. Las almas fieles á Dios, adornadas de la justicia, hácense dignas de gracias especiales concedidas gratuitamente por el Señor.

Nuestro Siervo de Dios pedía urgentemente estas mercedes á su Divina Majestad para perfeccionarse cada vez más y más en los caminos de la virtud. Así el temor á Dios y demás dones divinos era su constante petición al

Espíritu Consolador. «Un santo temor envía á nosotros», exclamaba continuamente y al mismo tiempo pedía á Dios adornase su alma con todos sus demás divinos dones, poniendo de su parte cuanto era necesario para alejar de sí todo lo que pudiera impedir la posesión de ellos. Mientras más favorecido se veía de su Diòs, más acrecía su temor; y ¿cómo no se había de aumentar éste, cuando el mundo con sus ilusiones, la carne con sus halagüeños encantos, y sobre todo, el demonio con sus engañosas seducciones aumentaría sus ataques furibundos? ¿No sabemos que el tentador no duerme, y que sus más furiosos ataques se dirigen contra los más fieles servidores del Supremo Ser, á quien no puede sufrir sirvan los humanos?

Las dádivas gratuitas acordadas por Dios a sus fieles servidores, no faltaron á nuestro Siervo de Dios. El Espíritu Santo obraba en su alma cuando y como quería, primores admirables.



CAPÍTULO XXI

Virtud de la Fe del Siervo de Dios.

> «Donde existe la fe, allí hay un ejército de ángeles.»—(San Ambrosio. *De la muerte del Emperador Teodosio.)*

I

La luz de la Fe era vivísima en el Siervo de Dios, como quiera que asentía plenamente á la palabra de Dios; creía, aunque no comprendiera, que es cabalmente en lo que consiste la grandeza de la fe cristiana. Dios, cuando nos habla, no puede engañarse ni engañarnos; es la verdad más elemental y excelente de la religión revelada.

La mejor prueba de lo que venimos diciendo de nuestro Siervo de Dios, es el gusto que tenía por las cosas santas y la veneración hacia ellas, la práctica de las enseñanzas de la fe. Robustecido y fortificado con esta virtud, exclamaba diariamente: «Bendito sea Dios, alabado sea Dios, glorificado sea Dios, ensalzado sea Dios, alabada sea la Santísima Virgen María. Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios. Creo que hay un solo Dios verdadero y tres personas realmente distintas en Dios, que son el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Creo que el Padre es Dios, que el

Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; pero no por eso hay tres Dioses, sino un solo Dios verdadero; porque el mismo Dios que está en el Padre, está en el Hijo y en el Espíritu Santo. Créo que la segunda persona de la Trinidad Santísima, que es el Hijo de Dios, tomó natûraleza ó alma racional en todo semejante á la nuestra y un cuerpo en todo semejante al nuestro en las purísimas entrañas de la Virgen María. Creo que este Hombre-Dios padeció y murió, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, esto es, que aquel cuerpo que tomó semejante al nuestro, y el alma racional á nuestra semejanza, fué la que padeció; y que esta alma, separada de su cuerpo, unida a la divinidad, fué la que bajó á los infiernos, nó al infierno de los condenados, sino al seno de Abraham, esto es, en donde estaban detenidas las almas de los santos padres que habían muerto antes que Jesucristo viniera al mundo. Creo que esta alma santísima, después de haber estado separada de su cuerpo, lo hizo resucitar; esto es, se volvió á unir con su cuerpo santísimo. Creo que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso. Creo que ha de venir á juzgar á todos. Creo que está glorioso en el cielo y que se quedó sacramentado por nuestro amor con toda la Majestad con que está en el cielo, bajo los accidentes de pan y vino» (1).

¡Qué más solemne y convencida protestación de fe católica y cristiana! Y era diaria y continua esta plegaria y confesión sincera; sus labios no proferían más que á Dios y á sus santos.

II

Toda la vida del Siervo de Dios puede decirse que fué la expresión de su fe, generosa, práctica y viva. Creía in-

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 180.

condicionalmente todos los misterios de la religión y todas las verdades reveladas y propuestas por la Iglesia; por eso prorrumpía continuamente en esos actos de fe y de adoración á Dios que eran llamas ardientes que devoraban su corazón lleno de profunda confianza en Dios.

Animado por esta fe conjuraba no solamente los males del cuerpo, sí que también las hondas heridas que produce en el alma el pecado. «Verdad es que esta fe era un don de Dios; pero de nada le habría servido si no hubiera correspondido por su parte con el auxilio divino á los favores de la gracia. Así es que no se contentaba con creer; *porque la fe sin obras es muerta*, sino que ponía en práctica con palabras y obras lo mismo que creía. Además no sólo tenía presente las verdades reveladas, para obrar, sino también al mismo revelador.

Y á la verdad, en las muchas oraciones que ha dejado escritas de su puño y letra, ya de otras personas, ya compuestas por él mismo, encontramos la siguiente que prueba lo que venimos diciendo.

ORACIÓN

«¡Señor y Dios mío! con todo nuestro ser, alma y corazón creemos que estáis aquí, delante de nosotros y en medio de nuestros corazones, viendo los más ocultos pensamientos y afectos de nuestra alma, los cuales los ofrecemos para que los encaminéis á cumplir vuestra santísima voluntad» (1).

III

Ya tendremos ocasión de notar que cuanto hiciera el Siervo de Dios tenía por principio, medio y fin, las virtu-

(I) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 46.

des de la caridad, esperanza y fe. Esto fué lo que le hizo admirable á los ojos de los hombres y agradable á los ojos de Dios; era el escudo y baluarte donde se estrellaban los dardos del enemigo común de las almas. La fe inspiraba todos sus actos; á su fe débense la realización de las grandes empresas que ejecutó. Diariamente hacía actos expresos y formales sobre las verdades y misterios de la religión como lo hemos visto más arriba. Dios se había manifestado para con nuestro Siervo de Dios, liberalísimo, uniéndose á él por el lazo misterioso de la fe; habitualmente repetía actos de fe implícitos y explícitos. La fe del Siervo de Dios se hallaba informada por la caridad y se traducía en el ejercicio y práctica de las obras buenas, resultante indispensable de la fe viva, externa, activa y explícita, caracteres y condiciones de la fe del Siervo de Dios, sencilla, sin hesitación de ningún género.

Agrádanos abundar más en esta materia ya que en estos tiempos de incredulidad y glacial indiferencia conviene presentar tipos perfectos y acabados, cuya imitación es siempre importante para el alma cristiana. Hemos dicho que la primera entre todas las virtudes teologales, la que nos hace hijos de Dios y nos abre las puertas del cielo, al propio tiempo que sin ella nadie puede tocar los umbrales de la gloria, es la fe, es la que preside á las demás virtudes. Sin ella, dice el Apóstol, «no se puede agradar á Dios», con ella todo se puede, hasta trasladar las montañas más encumbradas y penetrar en los abismos más profundos del mar. Es el vestido nupcial por el cual somos reconocidos miembros de la Esposa del Cordero Inmaculado, y llegándonos á faltar, seríamos despedidos del celestial banquete, y no tendríamos participación en las glorias y regocijos celestiales. Gran virtud es la fe, pues el Señor ha dicho: «Todo es posible al que cree.»

IV

La virtud de la fe no necesita otro apologista ni de más elogio, toda vez que se halla preconizada por el mismo Jesucristo. Cuando curaba los enfermos no brotaban otras palabras de sus labios que las siguientes: «Vuestra fe os ha salvado; id en paz.» Y si es una verdad, como en efecto lo es, que naturalmente somos llamados á creer, ¿cuál sería la fe de nuestro Siervo de Dios, hombre sencillo y recto que desde los primeros años fué educado por sus padres en el temor de Dios y bebió la doctrina purísima de Cristo de los mismos labios de sus progenitores, creyendo con fe sincera y fervorosa, enseñando los rudimentos de la fe á la tierna infancia en los alrededores de su pueblo que le vió nacer?

En él todo respiró acendrada fe y arraigadas creencias, no sólo en las verdades elementales, sino que por medio del don precioso de la fe se elevaba á la contemplación de los más profundos misterios con respecto al alma, á la libertad humana y á los destinos eternos, y dispuesto estuvo siempre á sacrificar gustoso en holocausto á la fe aun su vida misma, como en más de una ocasión manifestó deseos de hacerlo, deseos cuya realización tuvo que impedir su celoso y prudente confesor.

V

La fe es un don tan alto y transcendental que para tener una idea de él basta extender nuestras miradas por la larga serie de los siglos para ver que á la sombra de la fe y á la luz de las verdades propuestas por la Iglesia no han temido entregar su cuello al cuchillo de cruel verdugo tantos y tan crecido número de mártires y varones santos que han ilus-

trado los anales de la Iglesia, sin que los tormentos, el fuego, el plomo derretido, ni el inaudito lujo de inusitados padecimientos inventados por la crueldad y barbarie de los tiranos y demás enemigos del nombre cristiano, fueran capaces de apartarlos de sus creencias y unidad de fe. Los santos han alcanzado el reino de Dios por la fe, y si lo han conseguido se debe á que la fe todo lo vence. Que nuestro Siervo de Dios tuvo una fe perfecta nos lo da á conocer aquella confianza con que obró tantos prodigios; la curación de enfermos en casos desesperados, indica la confianza y fe firme que tenía en Dios y en la intercesión de Santa Filomena.

Esta nobilísima virtud prendió profundamente en el alma del Siervo de Dios, y era escudo firmísimo contra las tentaciones y peligros que asaltan al corazón creyente. No importa que nuestra plegaria sea corta; si ella está animada de fervor y llena de fe, tendrá feliz acogida delante de Dios. No hay que dudarlo, Dios concederá lo que le pedimos, si nuestra fe es como la del Siervo de Dios, sencilla, fervorosa, llena de confianza en las promesas divinas y en la verdad de sus promesas infalibles.

Oigamos con sumisión las enseñanzas de la Iglesia y las instrucciones de los pastores de las almas, y dóciles á su voz sentiremos infundirse en nuestras almas el hábito de la fe. «Si no oyéreis á la Iglesia, serás tenido como hereje y publicano», se dice en el Evangelio. Sí, escuchemos á la Iglesia, maestra infalible de la doctrina católica cristiana, y que bebe de la boca del mismo Dios las enseñanzas, preceptos, leyes y dogmas religiosos, y en su nombre los propone y predica á todo el mundo; sometámonos á la Iglesia que tiene en sus manos el Libro Divino del Santo Evangelio, en el cual no se nota contradicción, sino sensible y verdadera armonía en la doctrina y en los principios que proclama. Código rico en útiles y sabias

lecciones, donde se hallan contenidos los dogmas y los artículos de nuestro símbolo de fe.

La fe, por último, fué el instrumento á propósito con que llegó el Siervo de Dios al conocimiento y á la visión beatífica.

Sin ella hubiera andado siempre en tinieblas. La fe fué la antorcha luminosa que le condujo á través del camino que lleva á la vida eterna.





CAPÍTULO XXII

Virtud de la Esperanza del Siervo de Dios.

«Así como el áncora clava á la nave en el mar, así también la esperanza afirma el alma en Dios».—(SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Sobre la epistola de los hebreos*, cap. 6, lec. IV.)

I

Así como los actos de su fervorosa fe eran también los de su constante y firme esperanza en Dios, en los bienes eternos que es el propio y principal objeto de la virtud de la Esperanza. Estos actos eran continuos y repetidos en el Siervo de Dios. Por eso no es de extrañar que siempre le acompañaran el temor santo del Señor, que redoblara la prudencia y precaución para apartarse de los peligros y conservarse en la humildad y persuasión de su propia misèria. Dilatábanse los horizontes de su afectuoso corazón con la esperanza del premio, las recompensas eternas. La virtud de la esperanza suaviza dulcemente las amarguras del destierro, puesto que ella es la luz que nos acompaña y con la cual divisamos de cerca los esplendores de la eternidad y del Sumo Bien. La esperanza es la brillante aurora que nos

anuncia el término de los trabajos y el principio de las alegrías eternas.

El Siervo de Dios avivaba en su corazón esta virtud con frecuentes actos, fundado en las promesas del mismo Dios, y así repetía diariamente: «Espero en Dios que me ha de perdonar; espero, Dios mío, en vuestra misericordia y bondad infinitas que me habéis de perdonar y sacar con bien de esta miserable vida» (1).

La virtud teologal de la fe tiene estrecha unión con la virtud de la esperanza, de modo que no se puede hablar de la primera sin mencionar la segunda. Elogiar la fe es alabar la esperanza; si deseamos presentar á la consideración del mundo á un hombre de fe es imprescindible que lo contemplemos poseído de la virtud de la esperanza. Una y otra cosa decimos de nuestro Siervo de Dios, quien no sólo fué hombre de profunda fe sino también de acendrada esperanza.

II

La esperanza mantuvo al hombre después de haber transgredido el mandato divino. Nada tenía de más bello y consolador, nada que mejor le sirviera de fortaleza en las miserias y desventuras de su destierro, que la esperanza en Aquel que con misericordiosa promesa había de redimir el linaje humano. Efectivamente, el Siervo de Dios, conocedor por la fe, de que habíamos sido condenados á sufrir dolores y angustias, de que en nuestra frente estaba escrito el decreto de muerte, que entregaba á la criatura á los afanes y pesadas tareas de la vida, no desmayó jamás, y su mirada siempre fija en las promesas divinas, mantenía firme su fe y abrió su alma á las esperanzas de la gloria y del premio eterno. Sí, su esperanza no se circunscribía de

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 180.

ninguna manera á lo que forma ordinariamente el incesante anhelo de los míseros mortales; es decir, al desordenado goce de los bienes caducos y terrenos, al deseo de obtenerlos. ¡Ah, nó! su esperanza estaba más allá de lo perecedero y deleznable, sus miradas estaban siempre en el cielo y en las recompensas prometidas á los que se violentan por alcanzarlas. Sufría con resignación y paciencia las desgracias y asperezas del camino, y se empeñaba por obtener la corona mediante la virtud y pureza de su alma. Hé ahí la virtud de la esperanza del Siervo de Dios, la cual es la idea perfecta de la verdadera felicidad.

Ahora bien, á esta dicha venturosa que tiene su centro y su término en Dios, era á la que aspiraba el Siervo de Dios.

Próximo á espirar, podía en aquellos instantes supremos repetir con toda verdad lo que el Apóstol San Pablo, seguro ya de los premios que esperaba, después de haber peleado en la tierra las batallas del Señor y haber conservado el tesoro precioso de la fe: «Por todo lo demás me está preparada una corona de justicia». Ya cerca de las puertas de la eternidad deseaba desligarse de las ataduras de este cuerpo para recibir el premio inmortal ofrecido á los que aman á Dios. Tal era el grito y los anhelos del Siervo de Dios al tiempo de morir, preludio cierto de eterna y merecida bienaventuranza.

III

Lejos de la patria, aspira el suave y dulce ambiente de la gloria; no teme abandonar los peligros del golfo ni este mundo en deshecha tempestad. Era que al Siervo de Dios sonreía la esperanza cristiana, y el testimonio de su propia conciencia le hacía confiar en que su alma había de descansar en el seno de Dios como el hijo amante reposa feliz en el regazo de su madre.

Así, pues, la esperanza del Siervo de Dios, como la de todos los justos, no quedó jamás confundida. Es indudable que poseía esta virtud en grado eminente, como quiera que confiaba en las promesas divinas, en los auxilios de la gracia y en el cumplimiento exacto de la ley santa del Señor, y además las buenas obras que durante su vida practicó, fundamentos todos sobre que descansa inconmovible la virtud de la esperanza. «Porque puso en mí su esperanza, dice el Señor, lo libraré de los peligros, oiré sus plegarias y le daré mi gloria.»



CAPÍTULO XXIII

Virtud de la Caridad del Siervo de Dios.

«El amor de Dios nunca está ocioso; si verdaderamente es amor, obra grandes maravillas; si no las obra, no es amor.»—(SAN BERNARDO, sermón 51.)

I

El Siervo de Dios hizo en su vida cuanto el hombre poseído del amor debe hacer por el bien de sus semejantes; es decir, «esa caridad que todo lo supera, todo lo abraza, y cuyos beneficios son tan conocidos de cuantos los contemplan de buena fe á la clara luz de la religión» (1).

La caridad es el lazo de oro que une estrechísimamente al alma con Dios y á las criaturas por amor al mismo Dios y por ser la imagen de Él mismo. Sabía asimismo el Siervo de Dios que todas las criaturas tienen expreso y particular mandato de hacer actos especiales explícitos y repetidos del sumo amor que deberían profesarle. Persuadido de esta verdad dirigía frecuentemente actos vivísimos de amor al Sumo Bien, diciendo: «Amo á Dios—Amo a Dios—Amo á Dios, con toda mi alma, con toda mi vida y con

(1) MENESES. *Oración fúnebre del Siervo de Dios.*

todo mi corazón. ¡Quién siempre te hubiera amado, Dios mío! ¡quién jamás te hubiera ofendido! ¡quién hubiera muerto primero que haber pecado! ¡Quién pudiera amarte ahora con aquel amor con que te aman los santos ángeles en el cielo, y con aquel amor con que te amó en la tierra la Santísima Virgen María y os ama ahora en el cielo! ¡quién pudiera amarte con aquel amor con que Vos mismo os amáis! pero ya que no puedo tanto, te entrego á lo menos mi alma, mi vida, mi corazón, mis potencias y sentidos, para que en todo y por todo se haga tu santísima voluntad. Enciéndeme, abrásame en el fuego santo de tu amor»! (1)

II

Debió ser grande la caridad del Siervo de Dios si se atiende á las obras virtuosas que practicó; «pues el amor de Dios nunca está ocioso; si verdaderamente es amor, obra grandes maravillas; si no las obra, no es amor» (2).

El Siervo de Dios todo lo procuraba para mayor honra y gloria de Dios y bien de los prójimos; los dos objetos sobre que descansa el amor á Dios y la caridad para con nuestro prójimo.

Nadie ignora que la caridad es el complemento de todas las virtudes, que comprendiéndolas á todas, las une con indisoluble y estrecho lazo. En el círculo de la caridad se mueven la fe y la esperanza, á su calor y sombra crecen y se multiplican, por decirlo así, todas las demás virtudes y como honradas y sumisas esclavas á ella siguen en brillante y numeroso cortejo.

Habiendo de considerar al Siervo de Dios bajo el concepto de la sublime virtud de la caridad y del amor que

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág 181.
(2) San Bernardo, sermón 51.

tenía á Dios, hemos de descubrir en él todos los caracteres que forman el tipo acabado del hombre caritativo, y por este medio pondremos de manifiesto el brillo de esta virtud que transforma a la criatura en algo sobrenatural y divino.

III

La comunicación con el Siervo de Dios infundía veneración y respeto á todos los que con él trataban. El amor que abrigaba hacia Dios transcendía fuera de sí, y la ardiente llama que abrasaba su pecho se manifestaba exteriormente; sus acciones dan de ello elocuente y claro testimonio, como quiera que estaban inspiradas en el amor á Jesucristo, y precisamente debían tener el sello del ejemplo divino.

¿Cuál era el incentivo y lo que movía el amor del Siervo de Dios? No otra cosa que Dios y el prójimo por amor á Dios. No eran, por cierto, las cosas de este mundo, ni las riquezas ni los honores, ni la utilidad ni ninguna conveniencia particular.

Si es cierto, como efectivamente lo es, que de lo que abunda el corazón habla la boca, podemos juzgar, sin esfuerzo alguno, que el alma del Siervo de Dios estaba llena del amor de Dios. Tanto sus palabras y pensamientos, como las jaculatorias fervorosas que continuamente y á cada momento brotaban de sus labios, no tenían otro móvil, objeto y fin que el amor de Dios. Baste decir que había adquirido la santa costumbre de repetir incesantemente: «Alabado sea Dios»; estos desahogos de su caridad eran connaturales en él, y manifiestan bien claro cuánto era su amor á Dios y cuán presente le tenía; indicio cierto de que su corazón rebosaba de santo amor y se complacía en él.

Esta misma caridad le impulsaba á dirigirle, sin ser poeta ni persona ilustrada, no diremos versos que puedan llamar la atención de los que han sido favorecidos por Dios

con el don de la inspiración, sino composiciones místicas que son la expresión sincera de su amor al Omnipotente.

Hé aquí una piadosa y sencilla redondilla que en todo momento repetía:

«Dios es todo mi consuelo;
Dios es toda mi alegría;
Con Dios iremos al cielo,
Y su Madre que es María!» (1)

IV

No perdió ocasión de infundir este amor en las criaturas; pues, en ninguna circunstancia, en sus exhortaciones, en sus rezos en todo lo que veía, hacía y hablaba, dejaba comprender las excelencias y ventajas que el alma alcanza amando á Dios.

En el claustro y fuera de él, en el coro y en la celda, en la oficina más humilde del Convento, en medio de la Babilonia de este mundo, en su oficio de limosnero, lo mismo en el palacio del rico como en el pobre y humilde techo del necesitado labriego, sus palabras y sus acciones respiraban íntimo amor á Dios.

«El amor que no sufre no es amor», ha dicho alguien: el amor exige sacrificios y padecimientos, dejando mucho que desear un amor agradable, siendo al mismo tiempo peligroso y expuesto á mil caídas. Pues bien, nuestro Siervo de Dios sufrió por este amor injurias, afrentas, insultos, tanto dentro como fuera del claustro; y lo que es más, soportábalo todo con verdadera paciencia y resignación. La caridad todo lo sufre, todo lo tolera, en expresión del Apóstol, y es en este sentido principalmente en el que se debe entender y practicar la caridad; no era esa caridad ociosa y

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 50.

que nada sufre sino cuando todo cuadra á deseos poco ordenados. Sólo á condición de sufrir por Dios, la caridad es benigna y paciente; no lo es aquella que se está de asiento y esperando que todo se verifique á nuestro agrado y voluntad.

Un día recorría el Siervo de Dios las calles de la ciudad, fatigado bajo el peso del trabajo y el calor del sol, humilde, contento en el oficio que la obediencia le había encomendado, cuando talvez en el momento en que menos se lo imaginaba, la petulancia y la inconsideración, el desprecio y la maldad le infirieron una soez y grave injuria.

Fué el hecho que dos mozos impertinentes, de tantos como pululan en nuestros tiempos en que tanto se alardea de refinada educación, se acercan al Siervo de Dios y entre chanzas y bufonadas hipócritas, que no inmutaron el semblante ni alteraron el corazón del Siervo de Dios, aparentando devoción y piedad para ganar las indulgencias que por besar el hábito seráfico se consiguen, llevados del espíritu del mal, lanzaron sobre la santa vestidura un inmundo escupo.

Ahora agrada preguntar: ¿cuál fué la conducta que observó el Siervo de Dios en esta ocasión? ¿Se encolerizó, reprendió amargamente á aquellos desatentados mozuelos, les increpó la falta de respeto á sus canas y sobre todo el insulto inferido al santo hábito que vestía? ¡Ah, nó, que la caridad es paciente y silenciosa. El Siervo de Dios se resigna, y si algo siente es el mal corazón, la gran falta en que han incurrido esos espíritus atolondrados; no profiere una sola palabra, y únicamente revuelve en su pecho la manera cómo podría hacerles lavar la mancha con que habían ofendido á Dios. ¿Qué hace? Suplica al Santo Patriarca que inspire el remordimiento en la conciencia de ellos para que reconozcan la grave falta cometida.

Mientras esto confería dentro de su corazón, continúa

su camino hasta llegar á alguna casa conocida donde lavar la mancha que había caído en la manga del santo hábito. No tardó mucho en que sus ruegos fueran oídos; pues apenas habían pasado algunos momentos cuando los desventurados mozos se hacen encontradizos al Siervo de Dios, y lo mismo es divisarlo que correr hacia él, é inmediatamente postrarse á sus pies, llorosos y suplicantes, para pedirle perdón de su falta y hacerle repetidas promesas de arrepentimiento.

Contestóles el Siervo de Dios asegurándoles en el nombre del Señor, que el Santo Patriarca había ya perdonado la injuria que habían hecho al santo hábito, pero que era necesario arrepentirse y les aconsejaba que entraran á ejercicios. Así, en efecto, lo ejecutaron.

V

Hechos como el que acabamos de referir le ocurrían frecuentemente, y ya en otra parte hemos hecho mención de ellos; hemos querido referir el enunciado como oído que fué también de sus propios labios y porque manifiesta no sólo el afecto que tenía al santo hábito y al seráfico Patriarca, sino también su invicta paciencia para sufrir todo género de injurias y desprecios por amor á Dios.

En otras ocasiones semejantes prefiere el insulto á la gloria del nombre de Dios; los padecimientos y los oprobios, á la honra y alabanza de la bondad infinita del Criador.

La meditación profunda, pero humilde, de los misterios de la Natividad del Señor, de su Resurrección, etc., era frecuente en él, y cuando la Iglesia las celebra, también el Siervo de Dios con inusitada devoción y alegría se entregaba á la consideración de todas ellas, saliendo, por decirlo así, de su natural modestia y porte habitual; todo ello

inspirado por el santo placer que infundían en su alma tan altos como augustos misterios.

Pero donde derramaba abundantes lágrimas y desbordábase su corazón en tierno afecto, era en la consideración de la Pasión y Muerte de nuestro Divino Redentor.

VI

Á la sombra de la Cruz y de los dolores de Jesús Divino, víctima del amor, el llanto inundaba sus ojos contemplando sus padecimientos y se empeñaba por que todas las criaturas sintiesen lo que él sentía, amando lo que él amaba; de ahí que reuniese en la iglesia, en algunos días de la semana, el viernes sobre todo, á los hombres, para meditar los pasos de la Pasión y Muerte de nuestro amable Redentor, con la recitación del *Vía-Crucis* y otros ejercicios, como lecturas piadosas y sangrientas disciplinas.

Allí hacíales ver la pobreza de Jesús, la humildad, los suplicios y desprecios que había sufrido de los hombres hasta hacerlo morir en una cruz para salvar á la humanidad. ¡Qué provecho no sacaría para las almas del arsenal precioso de la Pasión y Muerte de Jesucristo!

Diariamente meditaba en sus dolores y sufrimientos. ¡Qué multitud de afectos y sentimientos santos no experimentaría su corazón enamorado de su amado Jesús! Nunca recordaremos lo bastante la utilidad que resulta á las almas, de la meditación de la Pasión y Muerte del Divino Redentor, como que ella es el fundamento de la vida espiritual tanto para las personas que comienzan en el camino del bien y desean alcanzar su santificación, como para aquellos más avanzados en las sendas de la vida cristiana y aspiran á más alta perfección; esto es, á su unión estrecha con Dios Nuestro Señor.

Siguiendo el camino trazado por el Siervo de Dios ten-

gamos presente la imagen de Jesús y de su Pasión, porque ella es la consumación de su vida y de sus padecimientos. ¡Que ella sea el objeto ordinario de nuestra meditación; que así como el Siervo de Dios estaba unido á Jesús por el más puro amor, así también nos abrasemos en el amor hacia Dios y caridad hacia el prójimo. Como el Siervo de Dios, hagamos siempre esta promesa de amor á Dios Nuestro Señor: «Yo N. N. para seros reconocido y reparar mi infidelidad, os doy mi corazón y enteramente me consagro á Vos. ¡Oh, amable Jesús mío! ¡con vuestro auxilio propongo nunca más pecar (1).

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 56.





CAPÍTULO XXIV

Amor al prójimo que tenía el Siervo de Dios.

> «En esto sólo conoceré si eres siervo de Dios: si no dejas de amar á tu hermano que yerra gravemente.—(San Francisco de Asís. *Epístola á Fray Elías.)*

I

De ninguna manera, por más esfuerzos que se hiciera, podría explicarse cómo una persona que ama á Dios, no ame también á su prójimo, á su propio hermano en Jesucristo. Sería como hacer que el arroyo no derivase de la fuente, ni el rayo de luz del foco que lo produce. Querer apartar estos dos amores, sería pretender darles un origen distinto, sería destruír por su base todo el edificio de la religión cristiana, para fabricarlo sobre deleznable y movediza arena. Estos dos amores andan tan juntos y estrechamente unidos que no pueden separarse jamás sin que el uno y el otro pierdan en intensidad y fuerza; por consiguiente, ambos deben ser recíprocos y estar unidos por apretado é indisoluble lazo.

Consecuente con estos principios el Siervo de Dios se desvivía por el bien espiritual y temporal de sus hermanos en Jesucristo. ¡Cuántos consejos saludables y advertencias

oportunas para apartar al prójimo del camino del mal! ¡Cuántos avisos espirituales inspirados por el cielo para que numerosas personas practicaran la virtud y continuaran en la senda del bien! Para el que ama á sus semejantes por amor á Dios, el mundo no tiene límites ni fronteras; no tiene patria, la tierra entera es el campo donde despliega toda su acción en beneficio de la humanidad; él no se pára á considerar si su prójimo es pobre ó rico, enfermo ó sano, si vive en dorados palacios ó en pobre y humilde choza, su mirada sólo está fija en Dios que le manda amar á sus semejantes como á sí mismo. Si hay una herida que cicatrizar, una llaga que curar, ahí está el Siervo de Dios en medio de los dolores y desgracia que afligen á la criatura, en los hospitales y en las cárceles socorriendo á la viuda y vistiendo al pobre niño desamparado y huérfano que no tiene pan para vivir la vida del cuerpo; al lado del anciano escaso de fuerzas y de recursos materiales que en él encuentra alivio y sostén para suavizar y disminuír las dolencias del alma y del cuerpo.

II

El Siervo de Dios en la portería del Convento, en la calle pública, en las plazas, en las casas que visitaba en cumplimiento de su oficio de limosnero, en una palabra, en todas partes y á todo género de personas, seglares y aun eclesiásticos, llevaba el consuelo y bálsamo suavísimo que curaba las profundas heridas que suelen dejar el dolor y la miseria de la vida. ¡Ah, siempre recordaremos con placer lo que nos refería un digno y virtuoso sacerdote del clero secular acerca del amor que le había manifestado; como resumiendo su agradecimiento al Siervo de Dios, terminaba con estas palabras: «Yo todo lo que soy se lo debo al Siervo de Dios.» Y cuenta que tan virtuoso sacerdote es uno de

los más caracterizados, ilustrados y considerados. No nos habríamos atrevido a estampar estas palabras ni á hacer esta alusión si no supiéramos que tan respetable y digno sacerdote no tiene escrúpulo ni reparo en referir aquello á todo el que quiere oírle.

El celo fervoroso del Siervo de Dios trabajaba incesantemente por arrancar de los peligros y lazos del mundo á cuantos se hallaban próximos á caer en tentaciones, atrayéndolos al bien con su persuasiva y sencilla palabra. Su modestia y caridad estaban siempre al servicio del prójimo á fin de ayudarle á que venciera sus pasiones y abandonara la senda del pecado.

El deseo de la salvación de las almas devoraba al Siervo de Dios, y de ello daba indicio de lo que era capaz su corazón siempre dispuesto para servir á sus semejantes. ¡Cómo discurría medios para conseguir fácilmente la conversión del pecador! ¡De qué recursos, ya pecuniarios, ya personales, no se valía para aliviar la miseria y la desgracia ajena! ¡Cómo en medio de las aflicciones y zozobras supo infundir la calma y tranquilidad en corazones endurecidos y despreciativos, llevando el arrepentimiento y las lágrimas á los mismos que poco antes se burlaban y mofaban de sus prácticas de piedad, hasta llegar á sacar ventajas de estas circunstancias para que en esos corazones de piedra ó de bronce, brillara, aunque fuera por un momento, la luz de la fe, de la creencia en Dios, de la esperanza en su misericordia! ¡De cuánta utilidad y provecho es un hombre bueno y justo en todas las circunstancias y ocasiones de la vida! Por despreciable y humilde que parezca, sin embargo, dentro de sí tiene un corazón cuyos subidos quilates son de valioso y riquísimo oro. Estas prendas exceden con mucho al aparente y fugaz brillo de la grandeza mundana. Tal era el amor que el Siervo de Dios tenía para con sus prójimos.

III

Podemos decir sin exagerar que nació y murió naturalmente caritativo. Nació con el instinto de la caridad y vivió poseído del sentimiento de esta virtud celestial. La naturaleza de su oficio, la perspicacia para conocer los defectos, la eficacia de sus avisos y consejos, la oportunidad del remedio, las lágrimas y las súplicas continuas, las recomendaciones que en su constante oración hacía á Dios por la conversión de los pecadores, particularmente de aquellos que vivían de asiento en el pecado, eran medios de que se valía para procurar el mayor bien espiritual del prójimo.

Al tribunal del Siervo de Dios se llevaban en primera y última instancia las quejas y lamentos de la viuda que lloraba la pérdida de su marido; de la mujer casada que deploraba las faltas y crímenes de un esposo infiel y sumido en los desórdenes del vicio; allí iba á suplicar y á enjugar sus lágrimas la madre desolada que había perdido un hijo querido, que ya no tendría el consuelo ni la esperanza de estrecharlo en su seno maternal; en una palabra, donde quiera que había un dolor, una lágrima, donde la desgracia había sentado sus reales, allí estaba el Siervo de Dios haciéndose todo para todos; por una parte consolando y por otra aplicando eficaz antídoto á todo mal con semblante siempre igual, con santa y angélica dulzura, cual conviene á un siervo de Dios y servidor de sus hermanos. ¿Qué hombre más benéfico para la humanidad? Sin riquezas, sin haber ocupado una alta posición social, animado únicamente del espíritu de amor al prójimo, hizo en favor suyo inmensos beneficios que hoy mismo el pueblo reconoce con gratitud y cariño.

IV

Cierto día el Siervo de Dios acercóse á un hombre de aquellos á quienes Dios, en justo castigo de su incredulidad, malicia y soberbia, suele negar la verdad pero no la vida; condenarlos al error, pero nó á la muerte; y no sólo le insinuó, sino que libremente le dijo, con aquella libertad de espíritu propia de los verdaderos hijos del Altísimo, «que se confesara y se pusiera bien con Dios». El referido caballero, que ocupaba una alta posición social, asintió á las amonestaciones del Siervo de Dios y accedió por completo á sus instancias, y sino ejecutó lo que el Siervo de Dios le aconsejara no fué por obstinación y malevolencia, sino por altos é inescrutables designios de su Divina Majestad. «¡Justo y bello ejemplo, dice el autor de la *Vida de Fray Andrés*, digno tributo rendido á la virtud por un discípulo entusiasta de aquel Voltaire que tan descaradamente se burló de ella!» ¡Bello ejemplo, repetimos también nosotros, para tantos que no sólo niegan, sino que sistemáticamente quieren aparecer como enemigos declarados de la confesión y demás sacramentos y prácticas piadosas! Santo ejemplo, muy digno de imitarse en un siglo en que se tiene tan excesivo respeto humano, que hasta aquellos que más obligados y más interés debían tener para persuadir á cumplir con los preceptos de la Iglesia, son los más tímidos y culpables en promover su observancia, sin sospechar siquiera de cuánta eficacia puede ser una advertencia oportuna, una observación hecha con verdadera intención de obtener la salvación de las almas.

Antes de concluir este capítulo, haremos notar una lección y una enseñanza que se desprenden naturalmente de lo que dejamos referido más arriba: es la primera, que hay veces que los malos no pueden resistir al celo y santidad

de los que les dirigen amonestaciones y consejos saludables, porque parece que el espíritu de Dios, de que se hallan revestidos los siervos del Altísimo, les hiriera el corazón con eficaces remordimientos; es la segunda, que es cierto que la inteligencia y la ilustración unidas á una buena educación llevan al conocimiento de la verdad y de la religión, «mucha filosofía conduce á la verdad, poca filosofía aparta de ella» y extravía á muchos por lo mismo que es deficiente y por ende superficial y nula.





TERCERA PARTE

Desde la predicción de su muerte hasta la translación de su cuerpo.

CAPÍTULO I

El Siervo de Dios predice su muerte.

> «La muerte es un puerto de quietud para los justos, repútase un naufragio para los malvados.»—(SAÑ AMBROSIO, *Del bien de la muerte*, cap. 8.)

I

NADIE se exime de pagar su tributo á la naturaleza; hay leyes que la criatura puede eludir, burlar su acción; pero del decreto inexorable de la muerte no hay ser que se exceptúe de su rigorosa crueldad.

«¡Morir! ved ahí el trance terrible por que iba á pasar muy pronto el virtuoso Filomeno!

«Nosotros nada habíamos notado en él que nos pudiera indicar su cercano fin, y en igual caso se hallaban las demás personas que lo trataron en los días inmediatos á su enfermedad y á su muerte; pero él lo sabía, nó como todos

los demás hombres, sino con certeza, con precisión. Realmente, en los primeros días de Enero, suplicó á varias personas pudientes con quienes tenía amistad, *que le mandasen decir, por amor de Dios, algunas misas cuando hubiese muerto.* Una de estas personas, que le apreciaba mucho, le preguntó con bastante inquietud y ansiedad *Si se iba á morir luego;* con su acostumbrada alegría le respondió *Que podía suceder.* ¡Y ya lo sabía y no se lo dijo!

«Uno de nuestros mejores médicos le había suplicado que cuando muriese le legase algún recuerdo. El Siervo de Dios fué á su casa á satisfacer su súplica, entregándole un bastón, que era lo que el facultativo le había indicado; pero éste insistió en que le había de admitir otro; mas él, según se ha dicho, respondió: *que ya no lo necesitaba.*

II

«De varias otras personas se había despedido también; pero fuese, ó porque no se fijasen en las expresiones ambiguas con que lo hacía, ó por otras causas, lo cierto es que nadie sospechaba la desgracia irreparable que tan de cerca nos amenazaba; y sobre todo los que más iban á perder eran quizás los que menos lo esperaban. Á la verdad, los desgraciados estaban muy lejos de creer que pudiese hallarse cercano el día fatal, en que su benéfico consolador debiera abandonarlos. Con todo, algunas sospechas talvez agitaban ya sus tristes corazones; pues una desgraciada mujer, esposa de un hombre perverso, en una carta que le dirigió poco antes, con cierto objeto, le dice estas notables palabras: *El Señor lo guarde para consuelo de muchos afligidos y desconsolados como yo.*

«¡Ah, Dios lo había conservado, sin duda, atendiendo á su vida llena de trabajos, para el bien espiritual y temporal de muchos; pero, ¡la hora de la recompensa había lle-

gado! Próximo estaba ya el momento en que debiera cumplirse este oráculo de la Escritura: *Los fieles en el amor descansarán en el Señor* (1). Pero esto era precisamente lo que le faltaba demostrar á la faz misma de todos los que había ejemplarizado con sus virtudes; le faltaba probar hasta lo último de su existencia, que conservaba la fidelidad debida al amor de Dios y de los hombres; le faltaba aún poner á sus constantes virtudes, el indispensable sello de la perseverancia final. ¡Sello magnífico, que grabó en su pura frente, sufriendo con admirable paciencia y heroica resignación, la última prueba, su postrimera enfermedad!» (2)

(1) Sabiduría, cap. III, v. 9.
(2) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 130.





CAPÍTULO II

Enfermedad del Siervo de Dios.

> «El amor es fuerte como la muerte.»

I

Era el 9 de Enero de 1853, día dedicado al descanso de los trabajos materiales consagrados al servicio del Señor.

«El virtuoso Filomeno á las cinco y media de la mañana permanecía aún en su habitación, cosa que nunca le sucedía, pues á esa hora ya había oído algunas misas.

«Uno de los hermanos donados le golpeó la puerta con el fin de pedirle un poco de agua de la que él componía para curar las enfermedades de la vista; pues á tal hora mandaba por ella una persona á quien la había prometido el día anterior.

«¡El Siervo de Dios estaba ya enfermo!

«Se demoró algún tiempo en acudir al llamado; sin duda su cuerpo, postrado por la enfermedad, se resistía, no podía servir con prontitud á los caritativos sentimientos de su corazón!... Al fin se deja ver á la puerta y, trémulo, entrega el remedio que iba á concluir con los agudos dolores

de una persona afligida. ¡Último beneficio que sobre la tierra dispensó á la humanidad doliente! ¡Último regalo que su mano benéfica, abrasada ya con la fiebre, daba á los que siempre favoreciera! Practicada esta postrimera prueba de amor á los hombres, volvió á su pobre lecho. Pero ¿permanecerá en él algunas horas más?... Nó, acaba de oír el bronco sonido de la campana que llama á los fieles á la casa del Señor, su amante corazón no le permite que dé más descanso á su cuerpo fatigado; aumenta sus latidos, inflamado de un fuego devorante, al imaginarse que aún puede unirse íntimamente con su Dios; acaba de dar fuerzas á su cuerpo para cumplir con un deber de amor hacia sus semejantes, ¿se las negará ahora que desea llenar otro deber también de amor, y de amor para con su Dios? ¡Oh, esos dos amores eran los polos en que rotara hasta ese mismo momento en la larga línea de su vida! ¿Cómo podía abandonarlas en lo último de ella?... No era de esperarlo: así, pues, adquiere de repente toda la energía que le infunde su vehemente amor; con ella levanta la pesada máquina de su cuerpo muy descompuesta ya; la pone en pie, pero apenas la sostiene; sus plantas vacilan, está próximo á caer. ¿Tendrá que desistir de su empeño?... Nó, porque *el amor es fuerte como la muerte* (1); sale de su pieza y dirige sus trémulos pasos hacia el coro bajo de nuestra iglesia; mucho le ha costado subir su corta grada; pero al fin, ya está allí, en aquel lugar santo en que tantas veces había castigado aquel cuerpo que en la actualidad apenas sostiene; en aquel retiro silencioso, en que con humildad impetraba de su Señor los celestiales favores; está allí en aquel pequeño recinto, en que tantos suspiros había dado, tantos actos de humildad había practicado, y tan grandiosos ejemplos había proporcionado; allí, en aquel mismo

(1) *Cantar de los cantares*, cap. VIII, v. 6.

sitio el más placentero para él, en que tantas veces el divino Jesús había henchido su alma de célicas delicias; ahora está también allí esperando que venga á fortalecerlo para dar el último paso. En estas circunstancias sale un sacerdote á ofrecer el incruento sacrificio; el devoto Donado al punto quiere arrodillarse, y sólo lo consigue después de haber apoyado sus manos en el pavimento; colocado en esa humilde y respetuosa postura ora fervorosamente, derrama su corazón... pero no puede permanecer en ella más tiempo; sobreviénele una dolorosa fatiga que le obliga no sólo á dejarla sino también á separarse de aquel lugar que formaba sus encantos; parece que sólo había ido á despedirse de él, pues sólo yerto cadáver volvió á ocuparlo.

II

«La enfermedad misma le da ahora un poco de fuerzas para que se traslade á su celda, así como poco antes se las negaba para salir de ella. Le vimos atravesar el claustro al parecer sin gran dificultad, y ocultarse para no alumbrarlo más con sus virtudes; á la manera que en el último día de los tiempos, la brillante lumbrera del mundo ocultará su disco resplandeciente en el Océano, para no volver á iluminarlo con sus vivificantes rayos.

«Pronto se dió la noticia de la enfermedad del querido Filomeno á nuestro inteligente enfermero, quien se apresuró á cumplir con su interesante empleo. Se acerca al enfermo, pregunta, investiga las causas que han podido motivar una enfermedad contraída con tanta rapidez, y que presenta ya síntomas tan alarmantes; no descubre ninguna, pero la enfermedad está allí á su vista, activa, altamente peligrosa; es preciso no perder tiempo, es necesario atacarla, y, si es posible, vencerla; nuestro enfermero lo comprende así; por lo que sin tardanza alguna echa mano de

sus conocimientos; aplica al paciente oportunos remedios, que debían detener la marcha rápida de la enfermedad; se espera este resultado con agitante ansiedad... Pero en vano; nada detiene el progreso de la fiebre maligna; el mal estado del enfermo se agrava por momentos...

III

«Como á las once de esa misma mañana, el que esto escribe preguntó al enfermero sobre la salud de Filomeno, y recibió por contestación estas dos funestas palabras: *¡Se muere!*

«Tiempo hacía que eran buscados los facultativos que se habían mandado llamar. Cuando le vieron, en el acto declararon que la enfermedad era de muerte; sin embargo, se continuó su curación con todo aquel esmero y solicitud que inspiran el amor, la veneración y respeto. Cuanto los facultativos ordenaban se ponía en ejecución, sin obtener por eso resultado favorable alguno: la enfermedad se resistía á cuantos remedios se le aplicaban.

«En el entretanto la funesta noticia de este accidente se había esparcido por todo Santiago, llevando la consternación á miles de corazones. De todos los ángulos de la ciudad venían al Convento á informarse de la importante salud del paciente; muchas personas respetables no se contentaban con mandar á sus criados con ese objeto, sino que se presentaron personalmente en su pobre habitación; al verlos les hablaba con alegría y con una especie de confusión por verse honrado con sus visitas, tranquilizándolos acerca del estado de su salud. Todos querían restituir la sanidad á aquel hombre justo. Los médicos se sucedían unos á otros, pero la fiebre, á pesar de los esfuerzos que se hacían, aumentaba cada vez más; el pulmón se hallaba afectado y todas las esperanzas, que nunca dejaron de concebirse, iban quedando fallidas.

«El enfermo, con todo, permanecía tranquilo, hablaba po-

co, meditaba y rezaba mucho, y no se quejaba; antes por el contrario, esa inocente alegría que siempre animaba su rostro, lo llenaba aún, llegando hasta reirse. ¡Qué contraste! á su rededor sólo se sentían suspiros tristes, palabras desconsoladoras, señales alarmantes que nos dirigíamos unos á otros al comprender que el golpe fatal se aproximaba! No faltó quien le suplicase con instancias que pidiese á Santa Filomena su salud; mas él contestó, sencilla y lacónicamente: «*Que ya tenía hecho su trato.*»

«Pero, ¿qué trato era éste? ¿Sería por ventura aquel tácito que hacen los justos de servir al Señor mientras les dure la vida para ir después á recibir lo que Él les restituye por sus servicios? Sin duda que éste era el trato que tenía hecho; pues debía saber que se ha dicho: «*Haced vuestra obra antes del tiempo y os dará vuestro galardón á su tiempo*» (1). Por esta razón era que deseaba morir, esperando con la mayor confianza ese terrible trance; lo que no es tan raro, como parece á las personas del mundo, pues es cierto lo que ha dicho un hombre venerable: «El perfecto desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la austeridad, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor á Nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le dará de morir felizmente (2). Ahora bien, todo esto y mucho más había practicado el Siervo de Dios, y por esto que tenía gran confianza y suma alegría al ver acercarse su hora.

IV

«Cada día empeoraba más, por cuya razón los religiosos no se separaban de su lado. El agradecía entrañablemente

(1) Eclesiástico, cap. XXXI, v. 38.
(2) *Imitación de Cristo.*

estas demostraciones de cariño, y aún rogaba diciendo: «*que no se mortificasen.*»

«Una noche, siendo ya bastante tarde y deseando que el R. P. Guardián se retirase á descansar, pues se hallaba á su lado, le dijo con dulzura y convicción: «*Puede retirarse, pues yo no moriré hasta dentro de algunos días.*» Con el mismo objeto la noche del miércoles le dijo: «*Que no moriría hasta el viernes*»*;* últimamente el juéves le volvió á suplicar que se recogiese á su celda á tomar el descanso necesario; pero viendo que no lo hacía, le dijo resueltamente: «*No moriré hasta mañana viérnes á las ocho; pero le suplico me guarde el secreto, no diciéndoselo á nadie.* Véanse aquí anunciados el día y la hora de su separación de la tierra; la predicción no podía ser más terminante y explícita.

«El jueves declararon los facultativos que convendría sacramentarlo, porque había peligro de que se le alterase la razón, á causa de lo muy fuerte de la fiebre, y como además él mismo los pedía, se procedió á administrárselos la noche del dicho día.

«Este acto que en nuestra religión se practica con gran solemnidad, fué ejemplarísimo como el que más. El Siervo de Dios recibió el Santo Viático con una devoción admirable, mientras que toda la Comunidad conmovida rezaba por él á su lado. No demostraba su semblante turbación ó abatimiento; al contrario, se veían en él claramente la faz de aquella alma justa y la tranquilidad nacida de su pura conciencia. Mas cuando recibió á su Dios, su gozo interior se hizo visible; una alegría divina brilló en su rostro á través de las sombras de la muerte que ya le circundaban. ¡Ah, sin duda en este placer se encontraban las primicias del gozo eterno que muy pronto iba á disfrutar! ¡Oh, cuáles serían las delicias de su alma al verse unida por última vez al Dios de amor acá en la tierra; á ese Dios grande, inmenso, á quien iba á ver muy luego cara á cara,

con quien iba á unirse eternamente en el cielo! ¡Qué multitud de ideas se ocurrían á nuestras imaginaciones mientras presenciábamos aquel acto triste á la vez que sublime y majestuoso!

«Pero el devoto Filomeno iba á practicar el último acto de humildad en nuestra presencia. En efecto, pide con un acento conmovido, y en el que se notaba una verdadera convicción; pide, repetimos, perdón de las ofensas que nos hubiese inferido, y de los malos ejemplos que nos hubiese dado. ¡Qué confusión, por Dios! qué tendríamos que perdonar á aquel hombre, de quien sólo habíamos recibido beneficios y á quien éramos deudores de ejemplos grandiosos de virtud. ¡Oh, las lágrimas no podían dejar de correr de nuestros ojos al presenciar esta patética y ejemplarísima escena! Añadió también que perdonaba de corazón á cuantos le hubiesen ofendido. Iba á continuar hablando probablemente, para dirigirnos algunas exhortaciones á la práctica del bien, que con tanta constancia había seguido; mas el enfermero no lo creyó conveniente atendiendo al estado alarmante de su sadud, por lo que le invitó á que callase; y él, obediente hasta la muerte, accedió al punto. Con todo, pidió en seguida de limosna al Prelado un hábito para que se cubriese su cadáver y una sepultura para que lo enterrasen; se le otorgaron por el Guardián ambas peticiones, quien además en este mismo acto, le dió la profesión religiosa.

«Después de practicado todo esto se retiró la Comunidad para ir á depositar en su sagrario al Dios Sacramentado, quedándose él en los más dulces coloquios con el Señor» (1).

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 134.



CAPÍTULO III

Muerte del Siervo de Dios.

«La muerte del justo es preciosa á los ojos de Dios.»

I

Ya no volvió á hablar sino una que otra cosa muy necesaria, pues su espíritu estaba enteramente ocupado en la contemplación de Dios y de los bienes que esperaba. De esta manera pasó la noche del jueves, y el viernes 14 de Enero por la mañana no se notó en él un estado más alarmante. El Prelado, que era el único que sabía su predicción de que ese día moriría, estaba persuadido de que este triste acontecimiento se efectuaría á las ocho de la noche; pues el Siervo de Dios sólo había dicho: «*El viernes á las ocho.*»

«Todos los religiosos le habíamos visitado á la vez; nosotros volvimos á ir á su celda pocos minutos antes de las ocho y le interrogamos por su salud; él nos contestó, pero con una voz muy desfallecida, por lo que no percibimos con perfección sus palabras; á pesar de esto, no notamos en él señales de su próxima muerte. Salimos de allí para cumplir con otro deber, pero al pasar por la puerta del coro ocurriósenos ver la hora, sin tener en esto un objeto espe-

cial; y, si nuestra memoria no nos engaña, faltaban sólo dos minutos para las ocho. Como era natural, esto no nos llamó la atención, puesto que ignorábamos su profecía; pero al pisar los umbrales de la misma puerta por donde habíamos entrado, oímos el grito agudo de un religioso que ordenaba se diese la señal de muerte. Se da, y en pocos segundos rodeábamos todos el pobre lecho del moribundo orando de consuno por su alma; muchos desahogaban sus sentimientos en copiosas lágrimas, otros menos felices no lo conseguían; pero en esto dan las ocho...... y en el acto su dichoso espíritu surcaba el espacio, llegaba á la mansión de las eternas delicias, y el Ser Supremo colocaba sobre sus cándidas sienes la corona de la feliz inmortalidad, según podemos piadosamente creer; porque «*la gloria recibirá al humilde de espíritu*» (1) como nuestro Siervo de Dios.

II

«Inmediatamente que se acercó el trance fatal, los que le cuidaban le vieron mover los labios con lentitud, acercaron el oído á su boca y percibieron que rezaba el *Credo;* mas si lo acabó en la tierra ó fué á concluirlo al cielo, no se sabe. No dió boqueadas, ni hizo visajes de ninguna especie, sino que se quedó sosegado y tranquilo como si no acabase de separarse el alma de su cuerpo. De suerte que si alguna vez ha podido aplicarse con fudamento, «*Morir es dormir*», precisamente es al Siervo de Dios.

«Tal fué la muerte del Siervo de Dios, después de haber ejemplarizado con sus virtudes á todos los habitantes de la capital de Chile, trece años, meses más ó menos, teniendo de edad cincuenta y tres años y cuatro días» (2).

(1) Proverbios, cap. 23, v. 23.
(2) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, pág. 136.

III

Todo toca á su fin con asombrosa rapidez, y ligero se deslizan los días de la vida; nadie se exime de ley tan rigorosa, nadie puede sustraerse á tan terrible golpe, ni siquiera esquivarlo.

La muerte, la última miseria y síntesis de las desgracias humanas, señala los límites de la existencia y el principio de una vida mejor para el justo y de desgracia para el malvado. La muerte compendia en triste resumen y soluciona sin dilación y en difinitiva todas las cuestiones relativas al destino y suerte de la criatura.

Para el Siervo de Dios llegó también el momento en que hubo que ofrecer á Dios el sacrificio de su vida; pero lo que hay de singular en él es que fué hecho con resignación santa y ofrendado á su Divina Majestad como holocausto de amor purísimo. Víctima inocente de la mortificación y de la penitencia, fué á recibir el premio merecido á su humildad y demás virtudes.

Cuando menos se pensaba y todos se prometían que su vida empleada en el bien, *per transit bene faciendo*, como el Divino Maestro, seguiría ejemplarizando con sus virtudes á sus hermanos en religión y sirviendo de consuelo y esperanza á sus amigos, los pobres y desvalidos, más cercano estaba el instante en que el cierzo de la muerte debía verificar tan amarga como triste realidad.

Aquí la pluma se detiene y cae de la mano, como si insólito pensamiento preocupara de súbito nuestra mente atormentada ya con la idea de la muerte.

IV

Réstanos decir: Hé ahí la muerte de un justo: Murió como vivió. Recorrió el camino de la vida derramando beneficios á manos llenas; libre de las cadenas que atada tienen á la criatura, miró con ojo avizor como falaces y dignos de desprecio los bienes caducos y perecederos que tanto deslumbran á los míseros mortales; los placeres terrenos no avasallaron su espíritu, ni los pérfidos atractivos de la vida con sus esperanzas y amargas decepciones le apartaron jamás del amor á Dios. Lo mismo en la infancia que en la juventud, en la edad madura, en el siglo y en la religión, se consideró siempre como viajero en este mundo, aspirando sólo al cielo, su verdadera patria. Todos sus esfuerzos se dirigieron á conseguir tan deseado objeto.

Rápida y ligera se deslizó su existencia, tan preciosa y benéfica para sus semejantes, pero su recuerdo nunca se ha borrado del corazón de sus amigos, del pueblo que tanto le amó, de los pobres y de los ricos; y su tumba ha sido regada y lo es aún ahora más que nunca por las lágrimas de los que le conocieron y han usufructuado de sus favores; al pie de ella se viene á implorar su protección en la segura confianza de obtener los auxilios que el desgraciado solicita.

El semblante del justo sonríe en su muerte y sus ojos preludian anticipadas y celestiales esperanzas, porque sus deseos son deslizarse de aquí abajo y reinar con Cristo en la gloria. Así sucedió, como hemos dicho, á nuestro Siervo de Dios; ¿y cómo nó, cuando en su corazón ardía constantemente el fuego de la más encendida caridad? su fe no vaciló jamás; la virtud le sostuvo siempre con su fuerza irresistible; el peso de las aflicciones nunca inclinó su frente, y durante el curso de su vida las bendiciones y ala-

banzas del Señor estuvieron incesantemente en sus purísimos labios. ¿Cómo no había de brillar en su rostro apacible un rayo de consoladora esperanza, si su alma cándida é inocente vivía siempre en la presencia de Dios, y se había grabado en ella la imagen del dulcísimo Jesús? ¿Cómo había de temer la muerte quien durante su peregrinación por el mundo había pisoteado con planta firme las vanidades de la vida?

La muerte, terrible para el pecador, fué para el Siervo de Dios la libertad de los hijos de Dios; fué el cielo; fué el premio de sus trabajos, el término feliz de sus fatigas y de sus laboriosas tareas. ¿Qué más podía esperar esta alma virtuosa y predestinada para el cielo que entrar en la posesión de la gloria y del Soberano Bien? Rico con los dones de Dios, invulnerable á los asaltos del enemigo común de las almas, constantemente anheloso por los bienes eternos, ocupado sólo su pensamiento en la idea de la gloria, próximo á reposar en el seno de su Amado, naturalmente que el Siervo de Dios experimentaría inefables delicias. Nada tiene, pues, de extraordinario que al abandonar la tierra se dibujara en sus lábios célica sonrisa.

Resultado de lo que hemos referido fué su virtud de todos reconocida; corona de sus hechos admirables y de sus merecimientos fué la muerte preciosa con que Dios puso término á su vida, haciéndole habitante de aquella patria donde «la vida es verdadera vida que nunca acaba; y placer verdadero que nunca cesa; y el amor, verdadero amor que nunca se extingue; donde hay paz perpetua, descanso sin ocio, reposo perpetuo sin fatiga, y donde se comprende por una altísima manera lo que tiene de dulce la posesión y lo que hay de bello en la esperanza» (1).

(1) Donoso Cortés. *Ensayo sobre el Catolicismo.*





CAPÍTULO IV

Sentimiento que excitó la muerte del Siervo de Dios.

> **«Ved ahí, hijito mío, al que después de Dios te dió la salud cuando estabas enfermo. ¡Él ya murió!—(VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*).**

I

Los momentos que siguieron á la muerte del Siervo de Dios excitaron en el ánimo de todos, sentimientos de profundo dolor por tan irreparable pérdida. El llanto fué general, sin hacer distinción ni de ricos ni de pobres, ni de seglares ni de eclesiásticos. Este luto universal por el ilustre finado repercutía en todos los corazones é hizo eco en todos los ámbitos de la República. Libre ya de las cadenas que le tenían aprisionado á este mundo, emprendió el vuelo á la mansión de los justos á recibir la corona que el Justo Juez tiene reservada á los suyos.

¿Y cómo no estar poseído de este sentimiento cuando la pluma se resiste á continuar describiendo tan cruel desgracia? Y esto sube de punto si se considera que el Siervo

de Dios dejaba sumidos en profunda tristeza á los que más de cerca le amaban y querían.

Si profundizamos más, vendremos en conocimiento que dejaba en el mundo abandonados á tantos que necesitaban pan, consejo, auxilios, en una palabra, tantas desgracias que aliviar como son las que nos rodean en esta triste y miserable vida.

Si fijamos nuestras miradas en los bienes que abundantemente derramó en todos los hogares de Santiago y que se habían extendido á los más apartados lugares de la República, tendremos que convenir en que la noticia de su muerte y los rumores que antes se habían esparcido de su enfermedad hicieron eco desgarrador en todos los corazones. ¿Qué de extraño tiene que la multitud se agolpara á las puertas de nuestro Convento, que fueran invadidos nuestros claustros por lo que había de más selecto y distinguido en la sociedad?

Esto da la medida de la probada virtud y popularidad siempre creciente que gozaba el Siervo de Dios como al mismo tiempo el cariño y gratitud de todo un pueblo.

Mil comentarios y conjeturas cruzaban acerca de su muerte.

Aquí pregunta uno: «¿Cómo fué su agonía?»—«Pero si no agonizó, se respondía, no tuvo que pasar por esa aflicción y angustia que acompaña al común de los mortales».—«¿Y cómo fué su muerte?»—«La de un santo.»

Más allá se averigua por los detalles de su fallecimiento. —«Si sólo miraba al cielo, cuya posesión tanto había ambicionado», se contesta.

Estas y otras interrogaciones semejantes brotaban de los labios de todos. Tal era la impresión que había causado en el pueblo la muerte del Siervo de Dios.

II

Pero veamos lo que sucedía dentro del Convento; trasladémonos por algunos instantes á su celda funeraria, y contemplemos su cadáver yerto, despojo de la muerte. Observemos á los religiosos, poseídos de profunda pena, no de aquella que deja en el alma un fondo de amargura y agitación, sino de esa tristeza que infunde paz y tranquilidad, de esa confianza que inspira y que engendra la consideración de las virtudes practicadas y la santidad de la vida del humilde Siervo de Dios. Tal consideración daba fuerza y valor á los religiosos para no entregarse á lágrimas inútiles y frívolos lamentos; sino que, al contrario, dirigían preces y oraciones al Dios de toda misericordia por el alma del finado.

En efecto, es costumbre en la Comunidad que inmediatamente de espirar algún religioso, sus hermanos se dirigen al coro bajo del Convento á rezar la estación mayor en sufragio del difunto. Así se verificó esta vez.

Cumplidos los deberes que siguen á la muerte del religioso, para satisfacer la piadosa curiosidad del pueblo que numeroso se había agrupado en el templo, con el deseo de ver el cadáver de su benefactor por última vez y dirigirle una mirada de cariño y de gratitud, accedió y mandó el Prelado que el cuerpo fuera trasladado al coro bajo de la Iglesia, lugar á propósito y libre del peligro de que la devoción del pueblo cometiera alguna imprudencia arrancándole algún pedazo de la mortaja, como precioso recuerdo de aquel que por tanto tiempo había sido para muchos el sostén y más firme apoyo.

Allí colocado era de ver ese espectáculo. ¡Qué escena tan conmovedora aquella! ¡Sólo diestro pincel podría pintar la tristeza que se revelaba en esos instantes en el semblante

de los concurrentes que llenaban el templo, el presbiterio y el coro de los religiosos! Entonces, sí, que se puso de relieve la virtud del Siervo de Dios y al mismo tiempo el reconocimiento de todo un pueblo. La única idea, el sólo pensamiento que expontáneamente brotaba de todos los corazones, se condensaba en la admiración y elogio de las virtudes del Siervo de Dios. «Si era un santo, si era un justo, hacía tanto bien», y otras frases como éstas eran como necesario desahogo de aquellos pechos oprimidos de profunda tristeza.

«Acá se veía á una madre con un pequeño niño de la mano, el cual al sentirse oprimido de la multitud grita, aunque no lo hace tanto por la sofocación que experimenta, cuanto porque la que le dió el ser lo eleva en alto para ver el objeto de aquella reunión; lo consigue y al distinguir un hombre recostado en un ataud, que no le causa ningún miedo, reconoce al Siervo de Dios, y cuando pregunta á su madre si acaso está enfermo, ésta le dice, llena de angustiada emoción: *Ved ahí, hijito mío, al que después de Dios te dió la salud cuando estabas para morir. ¡El ya murió!* Y las lágrimas corrían por sus megillas en abundancia; las que vistas por su hijo, llora también» (1).

Vése fuertemente asida de la reja á una mujer, cuyo traje indica ser viuda pobre; está cumpungida, no puede llorar, no separa sus ojos un momento del cadáver que tiene al frente; el movimiento de sus labios indica que está rezando; de improviso cesa el movimiento, y al parecer un gozo extraordinario va á sustituir su angustia; pero esto ha sido muy momentáneo, porque sin abandonar su antigua situación se ve que su cuerpo desfallece y que si no fuera por las personas que están á su lado, no habrían sido sus manos suficientes para sostenerla; habría caído sin duda alguna.

(1) VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés*, pág. 141.

Al poco rato vuelve en sí, prorrumpe en llanto copiosísimo y en medio de amargos sollozos apenas se percibe que dice: ¡Quién me dará ahora para darles de comer! ¡Pobres angelitos! Perecerán de hambre!...... ¡Aquí está vuestro bienhechor y el mío! Pero está muerto!

«Bastante retirado del grupo de gente se halla un anciano, conmovido, trémulo; está apoyado en tosco bastón; espera con ansia que la multitud se disperse para poder ver al que era su *providencia* en este mundo; pero al notar que el número de individuos lejos de minorar, aumenta cada vez más, pierde las esperanzas de conseguir sus deseos y copiosas lágrimas surcan las hondas arrugas de su rostro. Sin embargo, no desiste de su empeño; mas al ver que sus fuerzas flaquean, que sus piernas debilitadas apenas le sostienen, y que la noche se acerca, contra toda su voluntad determina retirarse, y al hacerlo: *Padre caritativo*, *dice*, *jamás creí haberte sobrevivido; pero ya que Dios así lo ha querido*, *tendré paciencia y muy luego iré á darte las gracias allá en el cielo*» (1).

III

Así pasó todo ese día yendo y viniendo el numeroso gentío que llenaba el ámbito del templo y del claustro; y habría continuado toda la noche el concurso en el templo, si el Prelado para no quebrantar la costumbre establecida, no hubiera ordenado que se cerrase la iglesia y la portería del Convento. Con no poca dificultad pudo esto conseguirse.

Los religiosos, que tan de cerca habían sido heridos por tan rudo golpe en lo más profundo de sus corazones, adorando los designios y la voluntad de Dios, que así había dispuesto de llamar á su seno á su fiel Siervo, no descan-

(1) Villarroel. *Vida de Fray Andrés*, págs. 142 y 143.

saban un momento en elevar preces y plegarias á Dios cerca del cadáver del religioso difunto.

La Comunidad en cuerpo como los individuos en particular, á cada instante iban á contemplar y á orar delante de aquel cuerpo inanimado. Después de la hora de silencio quedaron guardando el cadáver varios religiosos que en torno suyo oraban y pedían por el hermano ejemplar, con fervor ardiente. Al otro día, el Siervo de Dios era el blanco y el centro de todas las miradas, la materia de todas las conversaciones; cada cual comentaba los grados de su virtud, y el sentido general del pueblo lo aclamaba unánimemente como el *varón justo y santo.*

Por cualesquiera de las faces de su vida que se le considere, bajo todos sus aspectos, su figura moral se imponía á la atención y respeto de cuantos le conocieron.

Como religioso fué ejemplarísimo y puntual en el cumplimiento de su oficio; en el claustro, modesto y retirado; en medio del mundo, humilde y paciente; jamás se acudió á él en una desgracia ó circunstancia apremiante, ya de parte de la Comunidad, ya de parte del pueblo sin que la supliera satisfactoria y abundantemente; en una palabra, en el Siervo de Dios se habían reunido todas las cualidades que forman á un varón bueno y amado de Dios y de los hombres. Con razón los religiosos y el pueblo lloraban inconsolables tan sensible pérdida.

La prensa de Santiago llevó la triste nueva á los hogares del vecino puerto; y en sentidas palabras manifestó su dolor, al paso que encomiaba las virtudes del Siervo de Dios y los beneficios que había prodigado.

Volvemos á decirlo, este sentimiento general y unánime opinión de un pueblo, es el más elocuente y alto testimonio de su virtud.

Ya se comprenderá que habiéndose esparcido por todas partes la noticia de su muerte, la concurrencia á los fune-

rales debió de ser inmensa; en efecto, desde las primeras horas de la mañana del día siguiente, vése llegar un crecidísimo número de personas, y oleadas de gente invaden la iglesia y el claustro, atraídos por el deseo de rendirle el último homenaje de su amor, inmensa deuda que no se paga más que con lágrimas, oraciones y gratitud. Las naves del templo eran estrechas para contener tanto gentío de todas las jerarquías sociales que se había dado cita allí para orar por el Siervo de Dios.



CAPÍTULO V

Elogio fúnebre del Siervo de Dios.—En el cementerio del convento.—Entierro del Siervo de Dios.

«La memoria del justo se conservará de generación en generación.»

I

A las nueve comenzó la vigilia que fué seguida de la misa cantada, en la cual ofició el R. P. Guardián Fray Francisco Pacheco. Concluída ésta, la Comunidad y el clero regular y secular se dirigieron al claustro saliendo por la puerta de la iglesia que da al Convento en dirección al coro, donde se hallaba colocado el cuerpo.

Allí, después de las oraciones de estilo, el religioso Fray Manuel de la Cruz Villarroel, quien más tarde escribió la Vida del Siervo de Dios, leyó el siguiente discurso alusivo al acto, en que á grandes rasgos y con elocuentes y conmovedoras palabras hizo el elogio de sus virtudes y la historia de su vida.

Hé aquí el discurso:

> «Sólo me falta sentarme al
> » borde de mi tumba, para ba-
> » jar después resueltamente á
> » la eternidad con el crucifi-
> » jo en la mano.»—(CHATEAUBRIAND. *M. de Ultra-tumba).*

«Estas palabras pronunciadas, señores, por el genio sublime de la Francia que acabo de citar, son las que retratan perfectamente las intenciones, los sentimientos de la persona cuya muerte deploramos. Desde el domingo 9 del corriente, en cuyo día nuestro muy amado hermano Fray Andrés García fué postrado por la enfermedad que le ha conducido á la tumba, desde entonces creo que estas palabras han ocupado su corazón, porque su júbilo era igual á su padecer. El contento que demostraba en su apacible rostro, daba á conocer evidentemente el alma pura de un verdadero seguidor del Cristianismo, sí; de un verdadero ejecutor de los sublimes preceptos de la religión del Crucificado. En efecto, esa divina religión que eleva al hombre hasta el majestuoso trono del Eterno santificándole, y que le hace ejercitar todas las virtudes, hace al mismo tiempo que el verdadero cristiano suspire por las delicias del empíreo, mirando por lo tanto con desprecio esta vida miserable.

«Os hablo, señores, bajo las impresiones del momento; y ¡cuando mi corazón lacerado terriblemente por el dolor no late aún como debiera!

«Así, pues, al presentarme ante vosotros para decir algunas palabras sobre el hombre cuyos restos mortales aquí tenéis, me veo enteramente confuso. ¡Cómo hablar de un ser tan querido! Las ideas se confunden en mi imaginación; pero vosotros me auxiliaréis en este apuro, puesto

que conocéis quizás mejor que yo los admirables procederes del hermano Andrés, de ese hombre de baja condición en lo temporal y humano, pero de una elevación gigantesca en lo espiritual y divino. ¡Ah! conocéis demasiado bien sus célicas virtudes, y en especial su asombrosa caridad! ¡Caridad! virtud sublime y magnánima! que se identificó en cierto modo con nuestro hermano, y que le hacía dirigir á Dios todas sus acciones! ¡Virtud heroica! que le impelía á sacrificarse por sus semejantes, y que talvez esos sacrificios son los que con tanta precipitación lo han conducido á la fosa! ¡Virtud, por fin, agradecida! que fijaba en él los recuerdos de los beneficios aún más allá del término donde todo se olvida por los hombres!

«La caridad se había identificado con Andrés, puesto que le hacía dirigir á Dios y al prójimo todas sus oraciones, y ¿os parecerá avanzada mi proposición?... Escuchad.

«¿Qué otra cosa era la vida de Fray Andrés, sino un continuo amor de Dios? Todos los días se acercaba á los pies de nuestros altares con una profunda humildad para recibir en su inocente pecho á su amado, al Dios de grandeza y majestad: y ¡qué de consuelos no recibiría esta alma justa en esa unión íntima con su Señor! ¡ah! este es un misterio que no me es dado penetrar! Pero sigamos. Jamás dejaba los actos religiosos con que honraba á su Criador, por mucho que fuera el desfallecimiento de sus fuerzas. Era incansable en asistir al incruento sacrificio de la misa, á ese sacrificio grandioso ofrecido en acción de gracias al Padre Celestial. Todas sus acciones, en fin, las dirigía á honor y gloria de Dios. Y de nó decidme, señores, ¿le oisteis aquella su frase favorita, aquella que no ha dejado de repetir hasta en sus últimos momentos, aquella que en cualquier tiempo y lugar que se hallase salía de sus labios como para indicar lo que había en el corazón, aquella frase, repito, de—*Alabado sea Dios?* Ved aquí el vivo

reflejo de su ardiente amor al Todopoderoso; de ese amor que ardía en su pecho y que le hacía desear ardientemente que todos los seres le alabasen, y todos sus actos le glorificasen.

«Además ¿qué no hacía nuestro virtuoso hermano por el bien espiritual y temporal de los hombres? ¿Cuántas veces no visteis, señores, á un hombre de estatura pequeña, de rostro moreno, de mirada agradable, de pasos lentos y moderados, cubierto con un burdo saco, y en su pequeña cabeza un tosco y gran sombrero? ¿No visteis á ese hombre recorrer las calles de Santiago mendigando de puerta en puerta el alimento para sus hermanos? ¿Y de esto no más se ocupaba? ¡Ah! cuántas ocasiones no le veríais entrar, llevado de su celo caritativo, de ese celo que le hacía desear el bien de todos los hombres, entrar, digo, á la casa del poderoso para aconsejarle la caridad con el pobre! Le veríais volviendo al recto camino á un pecador endurecido con sus sencillas á la par que enérgicas persuasiones. ¡Cuántas le veríais solicitando un boleto para hacer practicar á un pecador los ejercicios de San Ignacio, de do saldría ese hombre, pecador antes, transformado en un verdadero adorador del que es la fuente de la verdad y de la vida! ¡Cuántas interponiendo su grande influjo para alcanzar algún empleo á un desgraciado padre de familia ó pretendiendo un socorro para una madre que cargada de hijos no tenía con qué sostenerlos! Le veriais hacer entrar en su deber á un marido que, olvidando su obligación, se entregaba á los más execrables desórdenes, permaneciendo mientras tanto en total olvido su digna esposa, y no apartarse de él hasta volverle al lado de su consorte. Le habréis visto separando á una esposa infiel de un trato ilícito, que podía abrirle fácilmente las puertas del averno. ¡Cuántas veces le veríais excitando la caridad de algún artista para que instruyera á un po-

bre huérfano, ó solicitando de alguna de nuestras respetables señoras la admisión en su casa de una doncella cruelmente abandonada por sus padres! Unas le veríais aconsejando á algunos jóvenes la frecuencia de nuestros venerandos sacramentos, otras repartiendo el pan material juntamente con la enseñanza de los rudimentos de la fe cristiana, en la puerta de nuestro Convento. Le habéis visto muchas veces visitando á los enfermos, que ardientemente le deseaban, y dándoles la salud más bien con su caritativa fe que con sus remedios, y también aliviando las agonías de un moribundo con sus dulces palabras, que le hacían morir lleno de confianza. ¡Cuántas le habréis visto llevar un socorro deseado ya al extremo occidental, meridional y septentrional de nuestra ciudad, ó ya á la casa de hospicio! ¡Cuántas penetrar hasta el más oscuro calabozo de la cárcel pública y consolar allí al cautivo en su desgracia! También lo veríais introducirse á esos lugares donde gime la enfermedad y el dolor, á los hospitales, para derramar un bálsamo saludable sobre las miserias humanas. Cuantas veces... pero, señores, me haría interminable, y quizás cansado, si continuase haciéndoos la enumeración de los portentos que la caridad hacía obrar al hermano Andrés en beneficio espiritual y temporal de sus semejantes.

«Y ¿esto no más, señores? nó, porque su caridad, como lo he dicho en otro lugar, era agradecida. En efecto, nuestro digno hermano llevaba un registro donde tenía consignados los nombres de todos aquellos que él sabía habían dejado de existir. La caridad le sugirió este arbitrio para no olvidar á sus bienhechores, y dirigir por ellos todos los días preces al Altísimo. Hacía más: conservaba una lista de todos los muertos de Agosto á Agosto, y el día dos de este mes, el día de la Porciúncula, distribuía entre cada uno de nosotros su número para que aplicásemos por las

personas que nos tocaran, la indulgencia que lleva ese nombre, y todo esto fuera de su costumbre de andar pidiendo oraciones por las que él sabía no eran ya vivientes terrenos.

«Después de un penoso día empleado en su trabajosa ocupación, volvía á nuestro Convento, ¿y á qué? Todos creeréis que á descansar, pero nada de eso: venía á ocuparse en rezar el Santo ejercicio del *Vía-Crucis* para sufragio de los difuntos, venía á rezar novenas á su predilecta Filomena, á esa asombrosa Santa cuyo culto él había propagado en Chile: venía á macerar su desfallecido cuerpo con rigurosas disciplinas para alcanzar el descanso de las almas detenidas en el Purgatorio, y la conversión de los pecadores, ocupándose en estas y otras prácticas devotas hasta lo más avanzado de la noche. Nosotros, señores, somos testigos oculares de lo que digo. ¿Y aquí paraban ya sus ejercicios devotos para el descanso de los difuntos? nó. Casi todos los domingos le veríais atravesar, ya en medio del sol más abrasador, ya del más agudo hielo, la gran distancia que nos separa de la tumba común y rogar allí con algunas personas piadosas, que él congregaba, por las almas de aquellos cuyos restos veía descansar silenciosamente á su alrededor. En fin, creo que podía decir sin hipérbole, que si Fray Andrés levantaba una mano ó un pie, la caridad le daba el impulso, y por último *que la caridad era Andrés y Andrés la caridad.* Y, ¿lo creeréis? quizás con mayor convicción que yo mismo; porque en todo obran los hechos y nó las palabras, las obras y nó las voces.

«Y, ¿qué se ha hecho, señores, este hombre tan eminentemente caritativo? Helo aquí, *ésto* es lo que nos ha quedado de él. Sí, tenía que desaparecer de entre nosotros, y según parece, él mismo lo deseaba ya; quería ver á Dios, á quien tan fielmente había servido. No quería ya impetrar su salud por la intercesión de aquella célebre

taumaturga en quien tenía un venero de toda clase de beneficios. Conservando hasta el fin aquella inocente alegría que siempre le animaba durante su vida y sin perder un ápice de aquella caridad, llena de miramientos y atenciones, hablaba de su muerte como hubiera podido hacerlo de un viaje de puro entretenimiento. Decía con su sencillez característica—*Que ya tenía hecho su trato.* El mundo no era digno de un tesoro tan grandioso: Dios le quería para sí; quería recompensarle, y nosotros teníamos que beber hasta las heces este amargo cáliz; teníamos que experimentar esta desgracia, ó como ha dicho mi Prelado, este castigo, pues como tal ha considerado la muerte de nuestro hermano. Teníamos que sufrir su eterna separación: ¡desgraciada separación que hará época en esta Recoleta, y talvez en todo Santiago. Sí, el humilde Siervo de Jesucristo, que como su admirable modelo había pasado su vida haciendo bien, tocaba ya su última hora.

«Sí, señores, figuraos una pequeña habitación, sin más adornos que santos, y en uno de sus lados una humilde camilla, sobre la cual se hallaba este virtuoso hombre, teniendo á su derecha á la sangrienta víctima del Gólgota, al Salvador del mundo, y á la opuesta á los afligidos religiosos. Yo acababa de oír sus últimas palabras: no creyendo todavía cercano su fin, me dirigí á ver la hora; el reloj marcaba la cercanía de las ocho; salgo, y una voz me anuncia lo que debo hacer; corro, y esta mano da impulso á una de las campanas que con su voz metálica iba á dar á los demás religiosos el anuncio fatal. Inmediatamente nuestros claustros, casi siempre solitarios, se ven inundados por todos nuestros hermanos que, con una ligereza extraordinaria, corren á un mismo punto, á rodear el lecho del que se va. Aquí unos le encomiendan el alma, allí rezan fervorosamente otros, acá lloran inconsolablemente muchos, allá algunos, con una voz alta y agitada,

entonan en nombre del agonizante el símbolo de nuestra fe. Cuando hé aquí que en medio de esta escena triste y dolorosa se oye una voz, y, ¿qué dice? *Subvenite*...... que era lo mismo que decir, ya murió...... ¡Nueva fatal! No podré explicaros lo que pasara en aquel momento, porque ni yo mismo lo sé. Pero, señores, murió el hermano Andrés; y su alma, desprendida de las ataduras que le ligaran á la tierra, voló á las célicas mansiones. Murió, sólo ha dejado *ésto* que vamos á volver á la tierra de do saliera. Murió, y no lo volveremos á ver ya sino en el cielo. Murió pero vivirá siempre en nosotros su memoria y un recuerdo imperecedero de sus virtudes.

«¡Oh cristianos de todas las clases de la sociedad! ¿quién de vosotros no tiene algo que admirar, algo que imitar en la vida del hermano Fray Andrés García?

«Y vos, santo hermano, dechado de verdadera caridad, desde el majestuoso trono de gloria en que por la misericordia del Omnipotente Creador de los seres esperamos que descanséis, dígnate dirigirnos una mirada compasiva. No olvidéis que somos tus hermanos, que quedamos todavía sosteniendo una arriesgada lucha con nuestros enemigos; sednos, pues, nuestro amparo, allá donde moras, y ruega por que algún día podamos acompañarte en tu dicha.»

II

A continuación el R. P. Fray Juan Bautista Díaz pronunció un sentido discurso que fué oído en medio del más respetuoso silencio por aquel escogido auditorio.

Hélo á continuación:

«Señores:

«Nada más grato al hombre que manifestar aquellos generosos sentimientos que en lo más recóndito de su corazón abriga para sus semejantes. Yo desearía que estas

mal formadas líneas que os presento, fueran cifradas con mis llantos, para que así conociérais que mis expresiones no son producidas de la acostumbrada política, sino verdaderos arranques de mi corazón por el tierno y sincero afecto que profesaba á nuestro sepultado hermano. ¿Pero qué digo hermano? Me parece que al pronunciarle se avergüenzan mis labios; diré más bien con toda la arrogancia que me inspira la gratitud fraternal: esa alma candorosa de nuestra Comunidad, esa alma á quien el Señor había adornado de sus gracias, de sus celestiales luces, de sus más singulares dones, esa alma en la que el Altísimo se complacía en derramar á manos llenas todas las riquezas de su inagotable misericordia. ¡El hermano Andrés! ¡Ah, señores! Al pronunciar Andrés parece que mi lengua gusta de un panal celestial! Y en efecto, ¿quién de los que tuvieron la fortuna de conocerle, de los que tuvieron la gran felicidad de tratarle, no me hará la justicia de creerme? No me lo persuado. Su veneranda persona estaba engalanada con las más sublimes cualidades dignas de todo aprecio, de suerte que el hermano Andrés se hizo amado de Dios y de los hombres.

«Desde su más tierna infancia conoció su destino, y obedeció á las voces del divino Pastor. Siempre se ejercitó en la práctica de las virtudes cristianas; y en el día mismo que nuestra Recolección Franciscana le dió habitación en sus claustros silenciosos; en el instante mismo se consagró todo al cultivo de las virtudes evangélicas. Todo su anhelo era agradar á su Criador. Su paz y alegría sólo la encontraba en la meditación de las cosas celestiales, afligiendo siempre á su cuerpo con rigurosas disciplinas y largas abstinencias. Su cuotidiana sociedad era sólo con Dios. A Él sólo amara, á Él sólo tributara homenajes con un corazón tierno, con un corazón sencillo, con un corazón recto, con un corazón humilde, de suerte que sus oraciones

se elevarían á las aras del Eterno como el incienso vespertino. Sus labios andaban siempre profiriendo jaculatorias fervientes, y de cuando en cuando solía tomar un despreciable pandero, levantaba su voz y entonaba al Señor de los cielos sus sencillos pero fervorosos acentos de alabanzas, como otro penitente David cuando bendecía con su armónica arpa al Dios de sus antiguos padres. De esta manera se hizo amar del Padre de las virtudes el hermano Andrés.

«Ahora, señores, ¿de qué modo pensáis se hizo amar de los hombres? ¡Ah! esto es admirable! ¿Pensáis acaso que nuestro inolvidado hermano se hizo apreciar por una estudiada política? Nó. ¿Pensáis que para atraerse la atención de la gente cubriría su cuerpo con una esmaltada librea? Nó; porque sólo le vestía con un pobre hábito de sayal ceniciento. ¿Juzgáis sería por poseer abundante dinero? Nó; era un pobre limosnero. Pero os lo diré, señores, de una vez, era que llevaba esculpida en su frente con brillantes caracteres la observancia de la ley santa del Señor; este era el único título que adornaba su persona, como que ésta es la recomendación que nos puede hacer agradables en los cielos y en la tierra, porque el que observa el sagrado Evangelio se hace útil á todo el género humano. El era el alma de los negocios; el oráculo de las dudas, de cuyas respuestas estaban todos pendientes; él era un hombre humano, un hombre piadoso, un hombre compasivo. El hermano Andrés era para todos; era el asilo de los menesterosos, el socorro de los pobres, el amparo de las viudas y pupilos, el consuelo de los atribulados. Las sublimes virtudes de que estaba dotada su alma, el celo ardiente por la conversión de los pecadores y sus entrañas de caridad le hacían olvidarse de sí mismo. A él nada se le daba el calor del sol reverberante, nada el rigor de un helado invierno.

«Cuando estaba en el Convento, con sus ejemplos edificaba; si salía fuera del claustro era á pedir limosnas para socorrer las necesidades de sus hermanos religiosos y para cuantos pobres se le presentaban, á todos atendía. Aquí le vemos curando y sanando enfermos, allá exhortando á los pecadores á penitencia, por acá predicando las eternas verdades á toda clase de personas, á los sabios é ignorantes, á los ricos y pobres, á los ancianos y pequeños. Al virtuoso le exhortaba á la perseverancia y al pecador á la penitencia y al arrepentimiento; todos sumisos atendían á su sencillo lenguaje, el cual no era sujeto á las reglas de la retórica sino á su ejemplo. Todos le respetaban como á un hombre todo de Dios; y á la verdad que el hermano Andrés era un órgano de la Divina Providencia. La fortuna parecía sonreírle, y parecía que le tenía colocado sobre lo más alto de su invisible rueda. Todas sus cualidades, todas sus tareas y todos sus hechos le prepararon el camino para la morada de los justos. Su memoria será eterna, el buen olor de sus aromáticas virtudes se trasmitirá de generación en generación. En fin, señores, llegó el día dichoso en que este Siervo fiel entrara en el gozo de su Señor; llegó el día deseado del hermano Andrés, día en que el Justo Juez, que desde su alto trono rige nuestros destinos, le llamara á juicio para ceñirle la corona de piedras preciosas. Llegó el memorable día 14 de Enero de 1853, y en el instante mismo que la campana del reloj eterno dió la hora fatal, la parca cortó suavemente el hilo de su importante vida; su cándida alma voló presurosa á las más encumbradas cimas de los eternos montes de los descansos y gozos sempiternos. Así lo debemos creer, según su fe y sus muchas buenas obras.

«Hé aquí, que una tenebrosa atmósfera parece cubrir los claustros franciscanos, porque se ha ausentado para siempre el amado de Dios y de los hombres. Ya el hermano

Andrés García no existe entre nosotros. ¡Hé aquí el objeto de mi dolor! ¡Oh Dios de los eternos collados! ¡Dueño y árbitro de todo lo que existe! ¿Por qué nos castigas tan severamente con la separación de nuestro hermano, de ese hombre singular, de ese modelo de virtudes, de esa antorcha reluciente que iluminara nuestra Recoleta? ¡Oh queridos hermanos, se nos ausentó el hermano Andrés! En vano se agotarán nuestras lágrimas y regarán millones de veces la árida tumba en que yace, porque sus venerandos restos jamás se reanimarán hasta el último de los tiempos para mitigar nuestro dolor. Se nos ausentó el fenómeno, el astro más admirable que existía en nuestros días, y que por más de catorce años se dejara ver en nuestra América Meridional; sin duda que su existencia ha sido para gloria y honor de nuestra Recolección y de nuestra República Chilena. Su nombre, sus méritos, sus virtudes merecen ser escritas con caracteres de oro en las páginas de nuestra historia. Concluyo, por no tener más tiempo, dándole el eterno adiós»...

III

La fúnebre procesión siguió su camino, siendo llevado el ataud por varios caballeros que voluntariamente se ofrecieron á conducir aquellos despojos venerandos, hasta llegar á un lugar donde fué colocado, é inmediatamente el religioso Fray Bernardino Robles pronunció el discurso que á continuación insertamos y que conmovió vivamente á la concurrencia:

«Todo marcha á su fin sobre la tierra. Andrés García Filomeno, á quien la sabia Providencia trajo de lejanas tierras á nuestro suelo para que este fuera el teatro donde se exhibieran sus relevantes virtudes, ha tocado el término de su carrera: ya no existe. Su alma pura y sencilla ha roto las ligaduras de la mortalidad y ha volado presurosa, como

piadosamente lo creemos, á la venturosa patria á recibir el premio de sus trabajos y la corona de la inmortalidad. Su inexperada partida ha dejado á esta venerable Comunidad sumida en amargo llanto, y en Chile un vacío inmenso difícil de llenar. ¡Desgracia lamentable! ¿Quién vendrá á ocupar el importante puesto que la muerte de este hombre heroico ha dejado vacío? ¿Quién vendrá á sustituirse en su lugar? ¡Recolección Franciscana! una de vuestras más robustas columnas ha venido á tierra. Vedla ahí, ayer mendigando de puerta en puerta vuestro sustento y dándoos las más sublimes lecciones de virtud y penitencia, y hoy un yerto cadáver, ¡gemid inconsolable!...... Pueblo de Santiago, que ayer le veíais cruzar vuestras calles, llevando el consuelo al afligido, la salud al enfermo, el socorro al mendigo, al huérfano, á la viuda; introduciendo la paz y armonía en las familias á quienes la discordia tenía divididas, apartando en fín al malvado de las tortuosas sendas del vicio y conduciéndole por las rectas de la virtud; vedle ahora en dirección á la tumba, ¡llorad también su pérdida! ¡Cruel, inhumana parca! ¿cómo osaste arrebatar de entre nosotros á un hombre tan benemérito? ¿cómo te atreviste á ejercer tu despótico imperio sobre ese hombre justo y filantrópico, ocasionando con su muerte tan irreparables males? Cruel, el miserable que participaba de sus beneficios lanza contra ti anatemas de muerte con sus gemidos.

«Pero era preciso que se ejecutara en él la sentencia; y así seguid vuestra marcha y depositad su venerable cadáver para que al fin de los tiempos surja de la helada tumba á unirse con su alma inmaculada y bendita. Pero recibe al fin, ilustre hermano, el acerbo dolor que nos oprime al separarnos de ti; tu fúnebre memoria vivirá por siempre grabada en lo más hondo de nuestro corazón; reposa tú, mientras nosotros regamos con lágrimas tus preciosos restos; adiós, hermano querido; adiós.»

IV

Concluído este discurso, púsose en movimiento la comitiva entonando los cánticos fúnebres que la Iglesia tiene consagrados para los suyos que mueren en su seno; las lúgubres oraciones que principiaba el Prelado y en coro no interrumpido, seguían rezando los demás religiosos, daban á aquel acto un aspecto imponente y triste que se manifestaba en el semblante de los concurrentes.

Llegados al cementerio que los religiosos poseen en el mismo Convento, aumentáronse los sollozos y las lágrimas, que hasta entonces parecía que algunos habían detenido. En ese instante dieron rienda suelta á su dolor, y el llanto corrió en abundantísimos raudales de los ojos de todos los que se hallaban presentes. Allí contemplaban unos el aplauso mundano que va á confundirse en un poco de polvo y á reducirse á las estrecheces de una pobre y humilde sepultura, en unas cuantas pulgadas de terreno; otros consideraban el premio que merece la virtud y una vida inmaculada.

Llegó un momento, el supremo, el último, en que nos es dado todavía ver, siquiera sea encerrado entre cuatro tablas, al que ha sido objeto de nuestras lágrimas. Un silencio profundo reina, cual si el pensamiento, absorto en la idea de la eternidad y de la miseria de la vida, fuera lo único de que se preocupara nuestro espíritu. Pero todavía falta una palabra, un desahogo al corazón oprimido por tan amargo pesar; antes que el polvo del sepulcro cubra aquellos restos venerandos, antes que dejen ese sitio los que contemplan enternecidos y llorosos aquel fúnebre espectáculo, es preciso pronunciar el final adiós que ponga término á la postrimera despedida.

Sin que nadie lo notara y como si su voz estuviera su-

mida en profunda y amarga pena, al lado del ataud se ve aparecer un religioso que revela en su semblante el signo del dolor que agobia su alma; interrumpe el silencio y dice más ó menos:

«¡Ya está Filomeno al borde de la tumba! La fría tierra va á ocultarlo á nuestros ojos...... Pero ¿qué importa? Nuestro corazón lo verá siempre. El olvido no extenderá sus negras alas sobre nosotros porque á su dulce nombre están vinculados mil gratos recuerdos! ¡Filomeno baja á la tumba y deja un inmenso vacío entre nosotros; y lo que es más...... en nuestra amada patria! ¡Vacío que vanamente se agitará el hombre en llenarlo, porque está reservado á la mano de Dios abrirlo!... ¡Filomeno querido! un doloroso adiós vengo á decirte: descansa tranquilo en esa humilde tumba. Nosotros vendremos con frecuencia á bañarla con lágrimas de amor y de ternura; y en ella esperamos mezclar nuestras cenizas con las tuyas. ¡Adiós, adiós!» (1).

Tan tiernas palabras arrancaron abundantes lágrimas de todos los circunstantes, y los corazones, conmovidos, apenas si podían expresar sus sentimientos sino con suspiros prolongados y sollozos no interrumpidos.

Vino á dar más expansión á estos mismos sentimientos el religioso lego Fray Jesús María Gálvez, íntimo amigo y familiar hermano de Fray Andrés, quien quiso manifestar al compañero de claustro el pesar que había dejado en su alma su separación, en los siguientes sencillos y devotos versos:

«Los afectos de gozo y de dolor
Se compiten, Andrés, en nuestros pechos:
Tus heroicas virtudes y tus hechos
Un recuerdo nos dan consolador.

(1) R. P. Fray Ambrosio Ramírez, entonces corista.

Insigne bienhechor humanitario,
Tu ardiente caridad ha sido tal,
Que es difícil tengamos otro igual,
Otro Andrés Filomeno, otro canario.

Una eterna corona ceñirá
De incomparable gloria vuestras sienes,
Gozarás en el cielo eternos bienes,
Y trabajo por ti no pasará.

Pero ay! que al recordar la multitud
De los pobres que lloran sin consuelo
Por tu ausencia, mi hermano, de este suelo
Parece haber en ti ingratitud.

Qué harán los vergonzantes, los mendigos,
Los enfermos, las viudas, las doncellas?
Dónde irán á poner ya sus querellas?
Qué harán ya tus devotos, tus amigos?

Desconsolados todos llorarán,
Sus clamores enviando al alto cielo.
—«Ya se nos retiró nuestro consuelo»,
Con lastimeras voces gritarán.

¡Oh muerte traicionera y atrevida!
Por qué no suspendiste vuestra mano
Para que prolongase nuestro hermano
Su importante, inocente y santa vida?

¿Por qué quisiste, dí, tiranamente,
Con invicta crueldad, furor y zaña
Ensangrentar así vuestra guadaña
En el hombre virtuoso y penitente?

¿Por qué no lo dejaste progresar?
Contéstame, tirana, yo te obligo,
Será acaso ¡ay de mí! algún castigo
Que el Supremo Señor nos quiere enviar?

La respuesta ya sé que me has de dar:
Este mundo es falaz, es engañoso;
El separarse de él es muy forzoso,
Ya á su Siervo el Señor quiso premiar.

Goza, pues, Filomeno, ya reposa
Disfrutando las dulces bendiciones,
Pero sean tus santas oraciones
De intercesión á Dios muy poderosa.»

Un pequeño impulso, y cae poco á poco aquel féretro, que es cubierto después por el polvo que ligeramente pesará sobre él hasta que de sus mismas cenizas se levante á gozar de la luz inmortal por los siglos de los siglos.

Así cumplió la Religión y todo un pueblo los sagrados deberes de la sepultura.





CAPÍTULO VI

Traslación del cuerpo del Siervo de Dios del Cementerio del Convento al templo.

«Nos quedamos extasiados contemplando aquel cuerpo al cual la putrefacción con todo lo que tiene de repugnante y horroroso no se había ni aun acercado.»—(VILLARROEL. *Vida de Fray Andrés.)*

I

Dos años y seis meses hacía que el cadáver de Fray Andrés permanecía encerrado en las oscuridades del sepulcro, cuando se cumplieron los deseos y las esperanzas del mejor de sus amigos y más respetado Prelado que tuvo sobre la tierra el Siervo de Dios, el R. P. Fray Francisco Pacheco.

Para dar calor á la empresa de la traslación, hubo que tropezar con algunos inconvenientes que, si no eran insuperables, con todo ofrecían dificultades que sólo iban á ser vencidas mediante la generosidad del pueblo de Santiago, pues quería dársele á este acto toda la solemnidad y brillo que el caso requería. Se sabía que la idea sería recibida con entusiasmo por el público, que recordaba la eminente virtud del ilustre Donado, que no había olvidado sus beneficios y que, antes bien, conservaba fresca su memoria.

En esta confianza el Guardián de esa época, que lo era el mismo R. P. Fray Francisco Pacheco, dió comienzo á los aprestos y preliminares de la traslación. Sabía el Reverendo Padre que por más entusiasmo y confianza que tuviera en su proyecto, tenía que contar también con los recursos pecuniarios que tan escasos son en una Comunidad que para vivir necesita de la limosna y munificencia de sus bienhechores; pero si no tenía dinero, esperaba que la caridad pública vendría en su auxilio y que no negaría este tributo de gratitud y de cariño al que fué insigne benefactor de sus semejantes. Para conseguir su objeto, en Diciembre de 1854 dirigió la siguiente invitación al pueblo de Santiago:

«A LOS AMIGOS DEL HERMANO ANDRÉS

«Se trata de exhumar los restos del religioso bien conocido con el nombre de Hermano Andrés, y de trasladarlos á la iglesia de esta Recolección, colocándolos á un lado del altar de Santa Filomena, Santa de que fué muy devoto el expresado hermano, y cuyo culto difundió en esta capital con tanto celo. Mas, como se desea dar á esto alguna solemnidad, se ha determinado construir un hermoso y decente catafalco, que por ahora servirá para el indicado objeto y después para las exequias que se celebren en esta iglesia, y muy particularmente para los monumentos con que los Jueves Santos se adorna el altar en que se deja depositado el Santísimo Sacramento.

«Los fieles que conocen las heroicas virtudes del Hermano Andrés y desearen se conserve su memoria con la veneración que tan justamente merece, aprobarán sin duda este pensamiento, y por ló mismo se les suplica y se espera de su piedad, caridad y religión contribuyan con lo que les fuera posible para llenar la totalidad de los gastos. El Padre que suscribe, abrigando y creyendo secundará el público tan justos y piadosos deseos como hasta ahora ha demostrado, convida á una suscripción que, como toda obra evangélica, tendrá en esta vida y en la otra su merecida recompensa.—Recolección Franciscana, Diciembre de 1854.—*Fray Francisco Pacheco.*»

Puesta á contribución la caridad del pueblo de Santiago con el mencionado objeto, ella no se hizo esperar; al contrario, acudía presurosa á manifestar las muestras de afecto, de estimación y gratitud hacia el Siervo de Dios. La voz del R. P. Guardián fué oída, y los donativos y erogaciones fueron suficientes para llevar á cabo y feliz remate sus propósitos. Muchos concurrieron no sólo con dinero, sino también con sus servicios personales y una dedicación digna de todo elogio, acusando así su piedad y el respeto y veneración que les merecía el Hermano Andrés.

Dióse principio al trabajo de un catafalco que debía servir de monumento funerario el día de la traslación. Aquí cedemos la palabra sobre la explicación del catafalco al corresponsal de *El Mercurio* en Santiago. Dice así:

«En cumplimiento de la promesa que le hicimos, le diremos que el catafalco, cuya idea y ejecución pertenece á nuestro distinguido pintor Cicarelli, es un túmulo cuadrado que representa las cuatro épocas del Cristianismo. El artista se ha servido de la visión que tuvo San Juan, descrita en el Apocalipsis, quien ha predicho tales épocas.

«San Juan dice que fué elevado en espíritu y vió un solio colocado en el cielo, y al rededor de este solio cuatro animales con seis alas (seis siglos que forman una época). El que estaba sentado en el solio tenía un libro con siete sellos; lo abrió y ellos le decían que viera los animales y San Juan vió primeramente un caballo blanco, y uno que lo montaba tenía un arco, el cual representa la palabra divina que iban á anunciar los Apóstoles; esta figura está á un lado del catafalco (que miraba al oriente) y representa la primera época del Cristianismo.

«Para conocer la descripción de los demás detalles del catafalco puede verse á Villarroel, *Vida de Fray Andrés*, pág. 156 y siguientes.»

II

En la parte referente á la exhumación y traslación del cadáver del Siervo de Dios, seguimos la narración del autor de la *Vida de Fray Andrés.*

Dice así Villarroel: «Los claustros recoletos se habían ido reedificando; y cuando se llegó á deshacer la capilla y demás piezas que había al rededor del panteón, el Prelado determinó trasladar éste á otro local. Sin embargo, los cadáveres no se removieron por entonces, esperando la conclusión del nuevo cementerio. Mas como el espacio ocupado por las sepulturas era bastante reducido, se pudo trabajar sin tocarlo; dióse además curso á una acequia de agua corriente, que vino á quedar á una tercia de distancia de la sepultura del Donado Andrés, recorriéndola en toda su longitud. Días antes se habían trasladado al panteón nuevo los restos de los enterrados en el antiguo, quedando en este dos: los del hermano Andrés y los de su confesor Fray Felipe Echanagucía.

«En la tarde del 10 de Julio de 1855, gran número de personas de alta categoría se hallaban reunidas en el cementerio. Ya se había cavado y sacado algún poco de tierra de la sepultura de Fray Andrés, y se conocía á primera vista la infiltración del agua hacia su centro, la cual era tanta que la tierra estaba completamente húmeda, pues hacía más de un año que la acequia estaba en uso. Se continuó á presencia de todos la operación de sacar la tierra hasta que apareció el cajón, que inmediatamente fué sacado fuera y colocado en el corredor. Luego observamos que las tablas del mencionado cajón, con especialidad las que daban al lado de la acequia, estaban, además de muy pasadas de agua, en un estado de pudrición bastante avanzado. Acto continuo comenzó á desatornillarse; pero como esta opera-

ción era demorosa y por otra parte el deseo de ver el cadáver era muy grande, una de las personas arrancó una de las tablas de la cubierta, é inmediatamente procuró cerciorarse de si había algún mal olor, convenciéndose de que fuera del producido por la humedad no se percibía otro; mientras tanto el resto de las tablas había desaparecido.

«Lo primero que se le vió fué el rostro, completamente entero, pero cubierto todo él de una especie de moho, que se comprendió al punto ser producido por la humedad. La boca estaba un poco torcida hacia el lado izquierdo, como asimismo el cuello, lo que creemos fuera efecto de que, al dejar caer el cajón á la fosa, los que lo sustentaban del lado de la cabeza, como que era el más pesado, dieron vuelta con más ligereza á los cordeles, lo que haría que aquella tocase en la cabeza del cajón, produciendo por el cuello y la boca esa torcedura. Pero como quiera que fuese, ello dejaba ver que su dentadura estaba intacta. De su cabeza había desaparecido la mayor parte del pelo.

«En seguida observamos que el hábito estaba enteramente humedecido y haciéndose pedazos; del mismo modo la cuerda que le ceñía á su cintura. Examinamos su pecho, y lo encontramos cubierto del mismo moho que tenía en el rostro.

«Por último nos cercioramos que la conservación era completa; pues uno de los asistentes meneó con fuerzas una de las piernas, tomándola del pie; todo el cuerpo correspondió á ese movimiento.

«Nos quedamos extasiados contemplando aquel cuerpo al cual la putrefacción con todo lo que tiene de repugnante y horroroso no se había ni aún acercado. ¡Ah! tenía sin duda poderosísimos motivos para respetarlo! En efecto, ese cuerpo inanimado que teníamos á nuestra vista ¿no había sido uno de los más dignos templos que ocupaba la Divinidad sobre la tierra?

«...¿Cómo, pues, el inmundo gusano podría enseñorearse de él?...... ¡Pero qué! ¿no fué este mismo cuerpo el instrumento, el ministro y como el representante de la benéfica Providencia del Criador sobre la tierra?... ¿Dónde está, en suma, el bien que el alma sensible y generosa de Filomeno prodigara á sus semejantes al que no concurriese este cuerpo con ella?

«Por de pronto se pensó en lavarle el rostro, y ya el señor doctor don Vicente Bustillos había pedido lo que creyó conveniente para efectuar esta operación, cuando el señor Arcedeano de la Iglesia Metropolitana de Santiago, doctor don Juan Francisco Meneses, observó que sería más conveniente dejar el cadáver en el estado en que se hallaba, hasta que una comisión nombrada por el Iltmo. y Rvmo. Señor Arzobispo lo examinase. A este dictamen se adhirieron el señor Bustillos, el R. P. Guardián y todos los presentes.

«Al día siguiente el R. P. Guardián dirigió un oficio á la Autoridad Eclesiástica en el que, después de los cumplimientos de costumbre, decía:

«Se procedió ayer á la exhumación de los restos del » religioso lego de esta Recolección Franciscana, Fray Andrés García, fallecido el 14 de Enero de 1853; esta operación se concluyó como á las cinco de la tarde en presencia de toda la Comunidad y de algunas personas » seglares, entre las cuales se encontraban el señor senador don Francisco Ignacio Ossa, el señor Arcedeán don » Juan Francisco Meneses, el señor Canónigo don Félix » Ulloa, los presbíteros don Juan Ugarte, don Benjamín » Sotomayor; el señor Juez del Crimen don Francisco » Fuenzalida; el señor doctor don Vicente Bustillos y otros » que sería largo enumerar. El cuerpo se ha encontrado » sin corrupción y entero, como si de intento se le hubiera » disecado; y en atención á esto lo hice inmediatamente co-

» locar en una celda, cuya llave tengo en mi poder, sin » permitir que se abra hasta que, por una comisión que » pido á V. S. I. se sirva nombrar, así de eclesiásticos co- » mo de facultativos en ciencias físicas y médicas, se prac- » tique un reconocimiento, así del cadáver como del lugar » en que ha estado sepultado por más de dos años y medio; » y se ponga en todo la correspondiente diligencia, que » con los informes que V. S. I. tenga á bien pedir, se pase » á sus manos para los efectos que puedan ser necesarios. » Espero que V. S. I. se digne tomar la providencia indi- » cada.—Dios guarde á V. S I.—*Fray Francisco Pacheco.*»

Á este oficio S. S. I. puso la providencia siguiente:

«Santiago, 11 de Julio de 1855.—Se comisiona al pres- » bítero don Juan Bautista Lambert y á los profesores Dele- » gados Universitarios don Ignacio Domeyko, don Lorenzo » Sazié, don Juan Miquel, don Carlos Segeth y don José » Vicente Bustillos para que, reconociendo detenidamente » el cadáver del difunto Fray Andrés García y el lugar » donde estaba sepultado, informen en común ó separada- » mente sobre las circunstancias y estado en que se haya » encontrado dicho cadáver, y las causas físicas que pue- » dan influir en los fenómenos que observen.—EL ARZOBISPO » DE SANTIAGO.—Por mandado de S. S. I. y R.—*José Ra- » món Astorga*, Pro-Secretario.»

«Los comisionados que suscriben consignaron sus ob- servaciones en el siguiente informe:

«Santiago, 18 de Julio de 1855.—Los infrascritos, comi- » sionados para inspeccionar el cadáver del lego Fray » Andrés García, de la Recolección Franciscana, se reu- » nieron el día 15 del presente mes y año, á las cuatro de » la tarde, y procedieron al cumplimiento de su comisión » del modo siguiente:

«En primer lugar se procedió al examen del terreno » donde permaneció enterrado el cadáver por espacio de

» dos años, seis meses, menos seis días. Este se encuentra
» inmediato á una acequia de agua corriente, de la cual pro-
» bablemente ha habido infiltraciones; el suelo es de natura-
» leza arcillosa; nada se ha podido observar en la calidad del
» terreno que haya influido en la conservación del cadáver.

«Acto continuo se pasó á observar el cadáver; no exha-
» laba mal olor á excepción del producido débilmente por
» la presencia del moho que lo cubría. El color algo oscu-
» recido en la cara y casi conservado su aspecto natural
» en el resto del cuerpo; el cutis conservado en todas las
» partes; el cuello y los brazos permanecían flexibles; la
» percución del tórax, así como de la cavidad abdominal,
» ha producido un sonido claro, como el de un viviente.
» Hecha una incisión en la pierna derecha, se notó que la
» masa muscular se había disecado, conservando, sin em-
» bargo, algún tanto su color natural. En el mismo pan-
» teón donde se exhumó el cadáver de Fray Andrés Gar-
» cía, se ha exhumado el de Fray Felipe Echanagucía á
» los tres años nueve meses, estando á pocas varas de dis-
» tancia del anterior (esta exhumación se hizo en el mismo
» día), y siete años antes se exhumó el de Fray Manuel
» de la Cruz Infante, que había estado sepultado por el
» espacio de tres años ocho meses. El primero se encontró
» en un estado de deterioración bastante avanzada, y el
» segundo, según la relación de los comisionados, doctor
» don Lorenzo Sazié y don Vicente Bustillos, en un estado
» de conservación notable, aunque no en el grado en que
» hallamos el de Fray Andrés.—*José Vicente Bustillos.—*
» *Ignacio Domeyko.—Lorenzo Sazié*».

«Tal es el parecer de los facultativos, en el que, como se ve, no encuentran causas naturales para la conservación del cadáver; de que el terreno no tiene la virtud de conservar los cuerpos se conoce por la disolución completa de todos los demás enterrados en él.

«Por otra parte, la enfermedad de que murió el Hermano Andrés le había descompuesto enteramente la sangre, lo que debió apresurar su pronta disolución. Ahora cada cual puede emitir su juicio, advirtiendo sólo que las notabilidades químicas, físicas y médicas de la Universidad de Chile no encuentran causas favorables á la conservación del cadáver.

«Al día siguiente el señor Bustillos lavó el cuerpo, con lo que adquirió un color bastante oscuro. El domingo 22 de Julio se anunció que el lunes inmediato sería el de la traslación, lo que se hizo mediante la siguiente invitación:

«El Padre Guardián de la Recoleta Franciscana ruega » á Ud. que el lunes 23 del corriente, á las diez y media de » la mañana, se digne venir á la iglesia de dicha Orden á » unir sus oraciones á las que en ella se dirigirán al Señor » por el reposo del alma del Hermano Fray Andrés.— » *Fray Francisco Pacheco.*»

«Ese día, el aspecto que presentaba la plazuela y los claustros de la Recoleta, era enteramente inusitado, y tanto, que talvez nunca se había visto tanta gente en los mencionados lugares. En el cementerio del Convento se hallaban reunidas poco después de las ocho de la mañana las Comunidades Dominicas, Mercedaria, Agustina, Franciscana y Recoleta; á éstas se habían reunido algunos miembros del clero secular y el Iltmo. señor Arzobispo. Allí, en presencia del cadáver, se cantó un responso; concluído, se ordenó la procesión y se dirigió á la iglesia. Después que con bastante trabajo entró en ella y se colocó el cajón en el catafalco por los distinguidos caballeros que lo habían conducido, se dió principio á la Vigilia en la que cantó la primera lección el M. R. P. M. Provincial de la Orden de la Merced, Fray Francisco de Paula Solar, la segunda el R. P. Frias de la Comunidad de N. P. Santo Domingo, Fray Tomás Robles la tercera, y el R. P. Guardián

de la Recoleta, que celebró la misa. Concluída que fué ésta, ocupó el púlpito el Prebendado don Juan Francisco Meneses; y después de terminada la Oración fúnebre se procedió á depositar el cadáver en la sepultura preparada al lado izquierdo del altar de Santa Filomena, lo que se hizo en medio de los fúnebres cánticos de los sacerdotes y religiosos. Acto continuo se entonó en el coro alto, al melancólico son de una escogida orquesta, el último responso, que un compatriota del finado, el señor don Rafael González, había tenido á bien dedicarle, y con el cual se concluyó la solemnidad funeraria.»

Hasta aquí Villarroel, relativamente á la traslación de Fray Andrés.

Tal fué la fúnebre ceremonia de la traslación de los restos del Siervo de Dios. Por más reflexiones que quisiéramos hacer sobre esta materia, siempre nos quedaríamos cortos, pues la piedad y la devoción de la ciudad de Santiago satisfizo completamente las fundadas esperanzas que se tenían cifradas en la cooperación que prestaría para la realización del objeto que se tuvo en vista. ¡Justo homenaje debido á la virtud del que se afanó para obtener el premio eterno que se conquista la virtud!

Fray Andrés, personificación de la caridad y de todas sus augustas manifestaciones, atravesó el camino de la vida dejando tras de sí la luminosa huella del bien y de la virtud; por eso es que la multitud se agrupa al primer llamamiento que se le hace, y en presencia de sus despojos queridos tributa á su benefactor el homenaje y la prueba de su amor, y proclama en alta voz su santidad y sus excelentes y aventajados méritos.

CAPÍTULO VII

Consideraciones generales sobre las virtudes del Siervo de Dios.

«Todos los bienes tienen su recompensa, cuando se ha tenido presente su fin.»—(SAN JUAN CRISÓSTOMO, *homilia 76.*)

LA apología de las virtudes del Siervo de Dios necesitaba de fuerzas robustas y de una pluma bien ejercitada.

Al Siervo de Dios es preciso considerarlo desde el punto de vista, no de un santo en el sentido que Nuestra Santa Madre Iglesia da á esta palabra, lo que sería temerario antes de haber oído su fallo; pero nada nos impedirá que digamos que fué un hombre bueno, un varón virtuoso, caritativo, dotado de los dones de Dios, y no de una manera común y vulgar, sino de un modo excelente y extraordinario.

No queremos, repetimos, ni cansar al lector con el resumen de sus virtudes, pues que lo hemos manifestado en el cuerpo de este libro. Mas, ¿quién tendrá palabras bastante capaces para encomiar la inocencia de su corazón, la solidez de sus creencias religiosas? ¿Quién podrá encarecer dignamente su constancia en el servicio de Dios y de sus

prójimos, su condición piadosa, la naturalidad y sencillez con que procuraba hacer el bien sin dar indicios de lo que hacía?

De conducta aventajada, de discreta conversación, á todos daba ejemplos.

Solícito para aliviar los dolores del cuerpo, tenía para las necesidades del alma, cuya curación y remedios son más importantes como que sus intereses son más excelentes, recursos más eficaces y oportunos.

Concilia rencorosas separaciones; ataja el mal antes que se cometa, y cuando se ha cometido presenta los medios de repararle antes que sus resultados alcancen mayores proporciones. ¿Se encuentra alguien en peligro de perpetrar un crimen? Lo lee en su corazón, y sin darse cuenta de ello, sus autores arrojan el arma del delito no ejecutado. Pronostica y adivina las inclinaciones perversas antes que broten fuera del pecho y se revistan del carácter de un acto consumado, y burlados en sus designios y proyectos funestos y malignos, sus autores los desechan y arrojan de su corazón.

No es elocuente predicador, y sin embargo convierte á los pecadores; es ignorante y destituído de ciencia humana, y no obstante enseña los caminos que conducen á Dios y llevan á pastos saludables de la gracia; vive en las estrecheces de humilde y desmantelada celda, y es recibido con agrado en los palacios y salones más espléndidos de la ciudad; pobre, sin afectación, el rico se complace en su amistad y en su familiar y sencilla conversación. Si lo acometen los dolores de la enfermedad, no se inmuta ni entristece; con ánimo tranquilo los soporta y sufre; próximo á morir y á abandonar este mundo, se halla más cercano al nacimiento de una vida mejor, premio y galardón merecido por su laboriosa existencia.

Ahora bien, ¿cómo se explica tal conducta? ¡Ah! nada

más fácil que responder satisfactoriamente á esta pregunta y solucionar el nudo de esta dificultad.

¡Es que el Siervo de Dios amó y siguió todo lo que el mundo aborrece y anatematiza, al mismo tiempo que apartó y aborreció todo lo que el mundo ama y promete á sus seguidores! Hé ahí la síntesis de su vida.

Esa consideración autorizaría para hacer algunas reflexiones sobre la triste y aciaga época por que atravesamos; consideraciones que ahora más que nunca son necesarias, ya que el espíritu del mal ha inficionado todas las esferas sociales y maleado lo bueno que había en las instituciones y en todos los estados de la vida pública y privada. Hoy que se ataca, con vergüenza para la conciencia, los principios buenos y de moral cristiana; hoy que se proclama el error, con tan desacostumbrado cinismo, que es preciso hacer esfuerzos supremos para comprender hasta qué grado de perturbación intelectual puede llegar la criatura cuando se atreve á lanzar audazmente y sin respeto social falsas y erróneas teorías, sistemas calculados para producir secuaces indiferentes, establecerse principios subversivos del orden constituído y contrarios á toda religión y á toda moral, no digo cristiana y natural, si moral puede llamarse aquella que santifica el vicio y da vuelo á las pasiones para que ellas recrudezcan y tomen la fisonomía del pecado. ¡Singular manera de concebir la moral y mucho más singular manera de propagarla y practicarla!

¡Quiera Dios apartar de nuestra querida patria, y de esta ciudad de Santiago, testigos de las proezas y teatro de las virtudes del Siervo de Dios, este azote, este mal, cuyo contagio va invadiendo y destruyendo paulatinamente el edificio de la religión, de la moral en todos los estados y condiciones!

Esto era lo que queríamos decir antes de terminar. Pero no sería completo nuestro trabajo, ni podríamos darlo por

concluído, si no acudiéramos en tan funestas circunstancias á la protección que siempre nos ha dispensado la Divina Providencia por medio de sus fieles siervos; que cuando nos los envía es un don del cielo, y cuando nos los quita un castigo y prueba á que quiere sujetar nuestra virtud ó constancia en el bien. Deber es corresponder á esos dones y pedirlos con instancia para evitar los estragos que pueden causar el vicio y el pecado en las almas.

En cuanto á nuestro Siervo de Dios, cuya vida imperfectamente hemos referido, nuestros votos son de que sus virtudes reflejen con viva luz en todos los corazones y que su espíritu magnánimo y desinteresado encuentre imitadores en nuestra querida patria. Así la grandeza y alto renombre que goza, combinados con la virtud, formarán ese admirable conjunto de felicidad temporal y eterna, único ideal á que deben aspirar los pueblos y los individuos.





CAPÍTULO VIII

Una tarjeta enviada por el Siervo de Dios, del cielo.

«Gran felicidad es de la criatura, corresponder á los beneficios de Dios y de sus siervos.»—(San Juan Crisóstomo, *Sermón de Moisés.*)

Era el día 30 de Noviembre del año 1889. Ya desde la víspera del referido día se notaba cierto júbilo y alegría en los semblantes y palabras de los religiosos que auguraban algo de no sé qué de tierno é inesperado.

Motivaba este regocijo el hecho de que el día siguiente era el del Siervo de Dios, tan querido, respetado y simpático para los religiosos que tan de cerca recibían sus beneficios. Había contribuído no poco á este movimiento, la circunstancia de que un virtuoso sacerdote del clero secular había hecho esfuerzos por propagar la devoción á Santa Filomena y cobrado por su amante devoto Fray Andrés singular cariño y veneración.

A las oraciones del día 29, el mencionado sacerdote llegaba al Convento trayendo una hermosa corona de ricas y elegantes flores artificiales, de brillo y gusto exquisito. De dicha corona pendía una hermosa cinta de raso blanco, en

cuyos extremos se veía escrito este lema: «A Fray Andresito; ruega por la familia de Lumena», y las siguientes iniciales: V. E. E. con la fecha del día 30 de Noviembre de 1889.

Fuese quien quiera el dueño de la corona, lo cierto es que ella significaba una manifestación de gratitud al Siervo de Dios tributada por alguna persona que había alcanzado algún beneficio del Siervo de Dios.

Esta narración nos lleva á referir el siguiente suceso, materia de este capítulo:

Una respetable señora de Santiago y dueña de cuantiosos bienes de fortuna, había implorado del Siervo de Dios su protección para que le alcanzase el favor de verse libre de una cruel y terrible enfermedad que ponía en serio peligro su vida, pues cada vez que llegaba el tiempo de su alumbramiento sufría horribles dolores que la ciencia médica, con todo su poder, no había acertado á mitigar. Pero en esta ocasión los pronósticos de los doctores habían llegado hasta anunciarle que no sólo temían por el resultado de un nuevo alumbramiento sino que, en ese caso, su muerte era segura, según las prescripciones de la ciencia.

Se sabe cuánto valor y estima se tiene por la vida, cuántos sacrificios se hacen por prolongarla, por más pesada que ella sea y por más rodeada de lágrimas y de sufrimientos que se halle sembrada.

¿Qué hacer en tan terribles circunstancias, en vista del decreto de muerte casi segura de una persona que se debe á los suyos por el cariño, los cuidados y bienestar de su familia? Acudir al humilde Donado; ¿fué un rayo de luz que cruzó por la mente de la distinguida señora, ó fué el fruto de la observación de alguna persona devota y de fe que la movió á encomendarse al Siervo de Dios para que la librara de tan inminente peligro?

Haya sido lo primero, por noticias que tuviera del virtuoso Siervo, tan conocido en Santiago de todas las familias pu-

dientes y respetables, ó lo segundo, por haber experimentado en otras circunstancias su protección, lo cierto es que la referida señora, con ánimo y confianza verdadera, pidió y se le proporcionó un cordón con que el Siervo de Dios se ceñía el hábito cuando atravesó este mundo, y que conservaba como un recuerdo precioso, entre otros, el R. P. Pacheco.

Para no ser minuciosos en muchos detalles, sólo diremos que la enferma no sólo tuvo un feliz parto, sino que ni aún experimentó los dolores agudos de otras veces. No se cumplieron los funestos pronósticos de los facultativos, sino que siguió á la enfermedad una rápida y feliz convalecencia. ¿A qué atribuír todo esto? ¿A milagro? Lejos de nosotros el querer anticipar el fallo de las personas instruídas en semejante materia, ni mucho menos intentar darle el carácter de tal; puede ser que así Dios lo haya querido para ejercitar nuestra fe y que tengamos confianza en su Siervo; puede también que lo haya hecho para aumentar nuestra devoción á Santa Filomena, á cuya protección se acudió poniendo por intermediario al Siervo de Dios.

Lo que no admite duda es que el mismo día 30 de Noviembre del año 1889, día del Siervo de Dios, la distinguida matrona de que hemos hecho mención se dignó enviar al Convento una simple tarjeta que decía así: «R. P. Superior: El Hermano Andrés les envía desde el cielo este obsequio», y al otro lado la firma de la señora. Omitimos decir aquí en lo que consistía ese obsequio ni cual sería su valor; hemos aludido á él, no porque sea el único que se haya hecho á esta Comunidad en vista de los méritos del ilustre Donado, sino porque él revela que el Siervo de Dios conserva su nombre en la sociedad de Santiago y que su memoria no se ha borrado del corazón de las personas que han oído hablar de su vida virtuosa y de la eficacia de su intercesión.

Al encabezar el presente capítulo con el rubro: «Una tarjeta enviada por el Siervo de Dios, del cielo», lo hemos hecho para manifestar que la persona agraciada por el Siervo de Dios ha creído confiadamente que él ha sido quien ha obtenido de Dios el resultado que deseaba, y manifestar de esta manera á los que fuimos sus hermanos en religión un grato recuerdo en su día, al que fué también el más decidido y empeñado en suministrar recursos pecuniarios para satisfacer las premiosas necesidades de la Comunidad.





CUARTA PARTE

Desde la traslación del cuerpo del Siervo de Dios hasta nuestros días.

CAPÍTULO I

Después de lás exequias del Siervo de Dios.—Curaciones efectuadas por el Siervo de Dios.

«Dios es glorificado en sus fieles Siervos por las maravillas y prodigios que ellos obran.»

I

Cumplidos los obsequios fúnebres de nuestro Siervo de Dios, quedaron resonando los ecos de su santidad y virtudes; por todas partes se pregonaban sus obras y sus hechos, y la sociedad condolida por su separación del escenario de la vida quedó sumida en amarga pena; ya el benefactor y amigo de los pobres no se encontraba entre ellos; ya no recorría las calles el piadoso y santo limosnero, á quien se estaba acostumbrado á ver día á día, y, lo que es más, parecía que ya no experimentaba la protección de Dios por la intercesión de Santa Filomena y de su fiel Siervo.

La interminable serie de maravillas por él obradas tanto antes como después de su muerte andan de boca en boca, y en el espacio de cuarenta y cinco años apenas si se ha podido reunirlas para presentarlas al pueblo, á la generación actual, que contempla en el Siervo de Dios á un instrumento de que Dios se vale para consuelo de la humanidad. Dios ha querido manifestar la santidad de su Siervo distribuyendo gracias y obrando maravillas que nadie puede poner en duda. Estos favores espirituales unos, corporales y temporales otros, han sido innumerables y muchos han quedado escondidos y cerrados con la llave del secreto, y que eran dispensados no sólo á la gente del mundo sino también á los religiosos y sacerdotes tanto del clero regular como del secular. Cuántas veces, como lo hemos dicho, llevaba el consuelo á las almas atribuladas; infundía la devoción en los corazones helados por la indíferencia y enfervorizaba más y más á los que permanecían en el camino de la perfección; cómo por misterioso modo cambiaba los pareceres y los corazones cuando se apartaban de la rectitud que conduce á Dios, y detenía á los que podían precipitarse en el abismo del pecado y excesos del vicio. Todo eso y mucho más se vió en el curso de su vida y lo hemos patentizado con hechos innegables en este libro, y quien tuviera la pretensión de negarlos incurriría en ridícula extravagancia; ellos son los que aseguran y afianzan sólidamente el crédito de su santidad. Curaciones y mejorías inesperadas é instantáneas sucedidas á diversas y distintas clases de personas sólo al contacto del cordón de Nuestro Padre San Francisco; la saliva de su boca, el contacto de sus manos, una jaculatoria ú oración á Santa Filomena, una pomada ó ungüento insignificante, y sin ninguna eficacia natural, el aceite de la lámpara del Santísimo, tenían acción poderosa para aliviar, curar y sanar á los enfermos, siendo el asombro de los que tenían conocimiento de la

gravedad y muchas veces desesperación de las familias que se encontraban agobiadas por la muerte casi segura de un amigo ó deudo querido.

Obedeciendo con toda sumisión el fallo inapelable de Nuestra Santa Madre la Iglesia y sin darle todavía un carácter legal-canónico, es indudable que Dios ha querido glorificar á su Siervo con el don de hechos asombrosos que exceden el modo común de obrar, como por ejemplo el don de curación de enfermedades y otras de que haremos mención en el capítulo siguiente.

II

Hemos procurado al reunir todos estos datos rodearlos de aquellas solemnidades necesarias en documentos de esta naturaleza, ya oyendo personal y verbalmente primero á los agraciados y por escrito después, autorizando con su firma las declaraciones prestadas, omitiendo el juramento hasta que los mismos testigos lo hagan en presencia del Tribunal Eclesiástico, que actualmente funciona en esta ciudad de Santiago. Debemos advertir que las mencionadas declaraciones han sido tomadas por el Vice-Postulador *de verbo ad verbum* y firmadas por los mismos declarantes; habiendo observado el mismo Vice-Postulador, sinceridad en los testigos y buena fe; seriedad y veracidad en los relatos y la exposición de los hechos, exacta en cuanto es capaz la inteligencia é instrucción de ellos y llevados sólo por el amor á la verdad y de la gloria de Dios. Con todo, el lector comprenderá que esta no es una prueba jurídica ni legal sino únicamente una declaración privada, para que sirva más tarde al R. P. Postulador General para la confección de los artículos que tenga á bien presentar al Ilustre Tribunal.

Hé aquí algunos de esos hechos que han sido referidos

por los mismos agraciados ó por algún testigo presencial de las mencionadas curaciones:

III

El respetable caballero, don Francisco Echaurren Huidobro, en carta escrita al autor se expresa así:

«Rvdo. Padre Guardián Fray Francisco Julio Uteau.
Presente.

«Rvdo. Padre:

«El hecho cuya relación me pide Ud. en su atenta de ayer es el siguiente:

Hace más de cuarenta años que mi hermana Javiera, á consecuencia de un alumbramiento en malas condiciones estuvo condenada por la ciencia á dejar esta vida. La enfermedad complicada con una maligna fiebre y otras circunstancias agravantes, hizo declarar á los médicos que la asistían, la imposibilidad de salvarla.

«Abandonada por los doctores, hubo de administrársele los sacramentos y demás auxilios que ofrece la Religión. Todos los signos de la muerte se diseñaban en su semblante; y perdido por completo el conocimiento, sólo daba signos de vitalidad por una tenue y apagada respiración que parecía agotarse por momentos. Sus deudos esperaban por instantes el desenlace fatal que se veía ya muy próximo.

«En esta situación presentóse el Siervo de Dios Fray Andrés, é impuesto por mí de lo que ocurría, me pidió le dejase ver á la moribunda, accediendo por mi parte inmediatamente á su deseo.

«Luego que el Siervo de Dios estuvo presente al lecho de la paciente, la miró con fijeza algún tiempo, con sem-

blante triste y condolido; poniéndose después de rodillas, con la cabeza inclinada, como en oración, actitud que conservó por cerca de un cuarto de hora. En seguida se levantó y tomando el cordón de su hábito, hizo á la enferma con él varias cruces por la cara y el cuerpo, recitando, al parecer, algunas oraciones en voz baja, y después de darle una última mirada con semblante alegre se retiró.

«Lo acompañé hasta dejarlo fuera de las habitaciones, y como le hiciera presente lo sensible que sería la desgracia que esperábamos de una madre que iba á dejar abandonados hijos pequeños, que hacía falta á su familia y á él mismo, que semanalmente recibía de ella ciertas limosnas para el Convento y Santa Filomena, me contestó con semblante risueño: «no hay cuidado, no morirá, vivirá»; repitiendo varias veces estas palabras lacónicas con acento de seguridad y convicción perfectas.

«La familia y deudos á quienes referí lo ocurrido, no pudieron dar asenso á las aseveraciones resueltas y firmes del Siervo de Dios, atendido el gravísimo estado en que mi hermana se encontraba, y acogimos aquellas expresiones simplemente como las palabras consoladoras que de ordinario se dicen en esos casos.

«No había transcurrido media hora después de esta visita, cuando con sorpresa de todos y sin que hubiera mediado medicina ni cosa alguna, la doliente empezó á revivir como quien despierta de un sueño; su fisonomía comenzó á reanimarse, su semblante fué cambiando, la palidez desapareciendo, la respiración haciéndose sensible, volviendo en fin la vida á reanimar á la que poco antes parecía un verdadero cadáver y restituírle el movimiento de sus miembros, hasta el punto que á las dos horas pudo ya sentarse en la cama, hablar y preguntar qué era lo que le había pasado. Los doctores no supieron

explicar cómo se había producido aquella verdadera resurrección, que tenía asombrados á todos los que habían presenciado el estado de la enferma y de su inesperada y violenta reacción.

«Dos días después, la enferma dejó la cama, y cuatro días más tarde salía en carruaje para cambiar de aire, restableciéndose en seguida su salud completamente y gozando después de una larga vida que sólo vino á terminar en Agosto de 1889.

«Hé aquí la relación somera del hecho que impresionó á todos los que lo presenciaron, con lo que espero dejar satisfechos sus deseos.

«Excusado me parece decir á Ud. que tendré gusto en contribuír con mi óbolo al trabajo que se piensa hacer en memoria del Siervo de Dios, para lo que sólo espera el aviso de Ud. su atento servidor—*Francisco Echaurren Huidobro.*—Santiago, Noviembre 5 de 1891.»

Otro favor tan especial como el anterior aconteció al señor Senador de la República, Consejero de Estado y Ministro del Interior don Carlos Walker Martínez.

Helo aquí:

«*Santiago, Noviembre 1.º de 1892.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Mi respetado Padre:

«Me apresuro á contestar su estimada de ayer, en la cual me pregunta si es efectivo un milagro operado en mí por Fray Andrés, ó *Fray Andresito*, como estamos acostumbrados á llamarlo.

«Realmente, aquello fué un milagro incuestionable, evidente, claro como la luz del día; y este es uno de los casos en que puede aplicarse con toda exactitud el refrán de «creer ó reventar.» Tal es, á lo menos, mi conciencia.

«Me acababa de echar á la cama víctima de la influenza en el mes de Julio último, y sentí al corazón una puntada tan fuerte, que apenas me permitía respirar; de tal manera que estuve verdaderamente acongojado con dolor tan molesto. Me acordé entonces de que no hacía muchos días que había sido testigo de la declaración que en presencia de varios sacerdotes y caballeros hizo el Padre Pacheco sobre la sangre del Siervo de Dios, que conservaba líquida en un frasco desde cuarenta años atrás más ó menos y me hice interiormente la siguiente y sencilla reflexión:—«Al fin derecho tengo á pedir algo al Siervo de Dios, á cuya gloria siquiera con un grano de arena he podido contribuír»; y pensar así y proceder á reclamar el favor fué obra de un momento. Pedí á mi mujer el retrato que se nos dió del Siervo de Dios, y me lo apliqué al pecho donde me afligía la puntada, rezando al mismo tiempo un *Credo* con esa fe del carbonero que, gracias á Dios, tengo y de que me honro altamente! Mi mujer, á los pies de mi cama, rezaba también la misma oración que yó.

«Apenas pronunciaba el «Amén» cuando instantáneamente, sin acto externo ninguno, ni movimiento ninguno de mi parte, sentí que el dolor desaparecía por completo. Lo repito, instantáneamente!

«Si esto no es milagro ¿qué cosa es? Si no me apliqué otro remedio ¿quién me sanó? Si no hubo mano humana de por medio ¿dónde estaba el poder, dónde la gracia, dónde el secreto misterioso de mi curación súbita é inmediata?

«La incredulidad, que cierra sus ojos á lo sobrenatural, yo no sé cómo podrá explicar el fenómeno; que lo que es

yo, mi querido Padre, me lo explico sin vacilación y muy sencillamente, con sólo la palabra de ¡milagro!

«La intercesión del Siervo de Dios me curó y me he hecho un deber en reconocerlo y contarlo públicamente á todos los que han querido oírmelo.—Me repito de Ud. S. S.—*Carlos Walker Martínez.*»

«*Santiago, Septiembre 23 de 1892.*

«Rvdo. Padre:

«Refiere una señora Barrios, que su hermano Manuel 2.°, siendo niño, sufría de una fuerte y tenaz irritación á la vista que no cedía á pesar de los muchos remedios que se le hacían; violo el Siervo de Dios y pasóle por los ojos los dedos humedecidos con saliva, diciéndole: «Va á sanar, va á sanar, pónganle un poco de agua de rosa.» El niño sanó sin más remedio y sin necesidad del agua de rosa.—De Ud., R. P., S. S.—*F. 2.° Pacheco.*»

«*Santiago, 20 de Agosto de 1892.*

«Habiéndome provenido una enfermedad á la vista, gravísima, ocurrí pidiendo protección al Siervo de Dios, que rogara á Dios por el restablecimiento y alivio de mi vista; el santo Siervo de Dios me hizo rezar una Salve con toda confianza, y en seguida me bendijo, poniéndome un poco de aceite en la vista, de la lámpara de Santa Filomena; tan pronto como me aplicó el aceite en la vista, sané en el acto; fué el milagro más prodigioso, y en prueba de lo sucedido doy la presente firmada de mi mano.—*Manuela Osorio.*»

«*Santiago, Monasterio de Carmelitas descalzas de San José, á 27 de Diciembre de 1895.*

«Muy R. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Presente.

«Mi Rvdo. Padre:

«La gracia del Espíritu Santo llene el alma de V. Reverencia.

«Cumpliendo con la petición de V. R. pregunté á la religiosa que había sido curada por el Siervo de Dios Fray Andrés y me dijo lo siguiente: que estando ella enferma de un mal interior entró á verla el Siervo de Dios que frecuentaba la casa de sus padres, y sin que ella le dijera lo que tenía, él se lo declaró, y le dijo que se aplicara un ungüento en forma de cruz, dándoselo al mismo tiempo porque era de los que él acostumbraba llevar.

«Inmediatamente de habérselo aplicado se sintió buena y libre de su mal. Este hecho ha quedado sin testimonio de médicos, y sólo la religiosa es la única que lo dice. Espero haber hecho de mi parte lo posible para cumplir con los deseos de V. R. á quien deseo toda santidad.

«De V. R. humilde Sierva en el Señor.—*Sor Juana del Corazón de Jesús*, Priora.»

«Hija de don José Francisco de la Sota y de doña Petronila Cañas, era la niña Petronila, quien se puso á jugar en el colegio á quien de todas escondía mejor un caracol. Tocó á la expresada niña Petronila Sota esconder aquél, y para hacer á las otras condiscípulas más difícil el hallazgo, tuvo la desgraciada ocurrencia de metérselo en el oído derecho. Cuando llegó el instante de la prueba ninguna de las otras

niñas pudo hallárselo, y dándose todas ellas por vencidas, una le dijo á Petronila: y bien ¿dónde está el caracol? Ella entonces llevó su mano al oído y respondió: ¡aquí esta!... Realmente el caracol estaba ahí; pero ni ella ni ninguna de sus compañeras pudo verlo ni tocarlo; pues el oído irritado ya, había ocultado en su hinchazón el objeto.

«Sufriendo agudos dolores la llevaron á su casa y convinieron entre el médico que fué llamado y el practicante Valentín Saldías en hacerle operación al otro día á las doce; pues ya era la noche cuando llegaron aquellos á la casa.

«El padre, la madre y la familia toda, con excepción del hijo mayor, José Francisco, no quisieron presenciar la operación y rogaron á don Juan Francisco Ureta Rodríguez, que era amigo de la familia, que viniera al siguiente día á las doce á presenciar la operación. En efecto, al otro día el citado caballero llegó á la casa media hora antes de la cita y se puso á conversar con don José Francisco, mientras llegaba el médico y el practicante.

«Desde la sala en que estaba veía la calle; á ese tiempo pasa por la vereda el leguito *Fray Andresito;* verlo Ureta, y decirle á su amigo Sota:

—«¿Quiere que lo llame? fué obra de un instante.

—«¡Cómo nó! replicó el otro.

«Ureta, sin sombrero, salvó el patio de la casa, y desde la puerta de calle gritó al leguito diciéndole que volviera.

«Entró éste y después de comunicarle el objeto con que se le llamaba, preguntó:

—«¿Dónde está la niña?

—«En el salón, le contestaron, ¿no siente Ud. sus lamentos?

—«Vamos allá, dijo *Fray Andresito.*

«Llegado que hubo cerca de la niña que lloraba, la dijo:

—«Consuélese Ud. y encomiéndese á Santa Filomena, ella la sanará!

«Diciendo esto, mojóse el dedo pulgar con su propia saliva, le hizo una cruz en el oído y en seguida se despidió de nosotros y se alejó.

«Aún no había llegado á la puerta de calle, cuando Petronila dió un grito y se llevó la mano al oído. El caracol se deslizó por entre sus dedos, quedando sumamente contenta por haberse acabado sus dolores, y nosotros maravillados con el estupendo milagro efectuado por el lego.

«Luego llegó el médico y el practicante.

—«La presencia de Uds. es ya inútil, les dijo Ureta; la niña está sana.

«Les referimos el prodigio, quedando ellos tan maravillados como nosotros (1).—*Juan Francisco Ureta Rodríguez.*»

Una señorita atormentada por un enorme lobanillo que le cubría todo el párpado superior de un ojo, habíase resuelto, por opinión de los médicos, á hacerse operación. Al efecto, citó á varios de ellos para un día. La víspera se presentó en la casa el Siervo de Dios, y rogándole la paciente que suplicara á la *Santa* por el buen resultado de la operación, se acerca á ella, toca el grueso lobanillo, dijo algunas palabras ininteligibles y luego agregó: «es nada... es nada»... La niña se echó á dormir; y á la mañana siguiente, cuando los facultativos se presentaron á operar, la enferma tenía su párpado limpio y sin la menor muestra de haber sufrido jamás tan terrible enfermedad.

Por espacio de dos y tres meses fué visitada por los más famosos médicos de Santiago, una señorita que sufría un dolor en un costado, sin que lograra mejorar su situación. Una mañana se presentó el Donado Siervo de Dios en casa

(1) Este mismo hecho lo refieren sustancialmente, en cartas que tenemos en nuestro poder, los señores Francisco Risopatrón y Antonio Carmona.

de la enferma, y como ésta tuviera en él una fe ciega, le rogó encarecidamente que le diera algún remedio. Después de haber oído la narración que de la enfermedad se le hizo, el lego Siervo de Dios contestó, como tenía por costumbre: «es nada... es nada... Póngasele en la parte adolorida este aceitito, y sanará.» La cantidad era tan pequeña, que no alcanzaba á cubrir toda la parte afectada; sin embargo, el remedio se aplicó y la enferma quedó buena acto continuo.

El dependiente de una de las más conocidas boticas de Santiago, se imposibilitó de un pie á consecuencia de haberle caído sobre él una plancha de fierro. El enfermo, conociendo que los remedios de su botica no le mejorarían tan pronto como quería, se hizo conducir en brazos al Convento de Recoletos, endonde esperaba encontrar al Siervo de Dios, de quien creía obtener una pronta curación. En efecto, la aplicación del aceite y algunas cruces, hechas por nuestro Siervo, bastaron para que el doliente se volviera á su casa por sus propios pies, completamente sano.

Refiere una respetable señora:

Sufría desde chiquilla dolores terribles á la cabeza, cuando me fijaba en algo; fuera que me pusiera á leer, escribir ú otra cosa por el estilo; no podía estar más de diez ó quince minutos que no me viniera ese malestar y los dolores terribles que sentía. Me cuenta un honrado hombre que él conservaba un bastón de Fray Andrés, que él se lo había dejado al suegro de éste, poco antes de la muerte del Siervo de Dios; cuando se sentían enfermos se tocaban con el bastón y mejoraban; me fuí á la casa de Vidal (éste es el que conserva el bastón) y le dije á la mujer de Vidal que me hiciera el favor de prestarme el bastón de Fray Andrés, para sobarme con él para ver si me mejoraba de

la cabeza, que estaba con todo mi malestar y dolor, que el valor me había hecho venir, que no me había movido de la cama según lo enferma que estaba; digo: «Fray Andrés, sáname», y me paso el bastón por la cabeza y la cara con la esperanza de que Fray Andrés me había de hacer el milagro, como me lo hizo; en el momento quedé buena, sin más que haberme pasado el bastón por la cabeza y la cara. Cuando le pasé el bastón á la mujer de Vidal, veo que estoy sana, y le digo: Fray Andrés me ha hecho el milagro; estoy sana, como si tal enfermedad hubiera tenido.

Ya hace más de dos años y no he sentido más este dolor, siendo que he tenido tareas demasiado pesadas, en que he tenido que escribir dos y tres horas sin interrupción y no he sentido nada, por lo que veo ha sido verdadero milagro de Fray Andrés.

En otra ocasión que llegó á casa el Siervo de Dios, encontró á una niñita de dos años más ó menos, sobrina mía y á quien le decía siempre el Siervo de Dios que sería muy buena, enferma de mucha fiebre y con muchos granos que formaron una costra debajo de la barba. El Siervo de Dios la tomó en las faldas y le comenzó á lamer con la lengua la barba. Al otro día amaneció buena y sana; ni las costras se encontraron en la cama.

Amador Maturana, de cincuenta años de edad, más ó menos, está vivo, de Santiago, dice: «que siendo niño de ocho años, más ó menos, cayó enfermo de gota serena, según decían los médicos, al punto que no veía absolutamente nada. Después de ver á muchos médicos y desahuciado

de todos ellos, habiendo visto al Siervo de Dios, le dijo éste «que sanaría, y que no quedaría ciego,» y le aplicó á la vista unas hojitas de palqui y un ungüento ó aceite, recomendándole que se abrigara la vista y se encomendara á San Francisco y á Santa Filomena; que sudaría mucho, como efectivamente sucedió poco antes de salir de la portería del Convento. En seguida se vino á la casa, y no recuerda bien si en la primera ó segunda noche, ó cuando más á la cuarta, el que no daba á la junta de médicos esperanza alguna de recobrar la vista, quedó completamente sano y veía tan bien como ahora. (Declaración dada el 13 de Octubre de 1895 en casa del mismo declarante que la firma. (1)—*Amador Maturana Brito.*»

Matilde Hernández, v. de Trujillo, de edad de setenta años, más ó menos, natural de Santiago, en su pleno juicio, declara ante el Vice-Postulador que: «un día pasaba el Siervo de Dios por la calle del Chirimoyo, y Josefa Góngora, madrina mía, tenía un hijito de nueve meses de edad á las puertas de la muerte; la mencionada madre solicita del Siervo de Dios un remedio para su hijo que se moría. El Siervo de Dios le puso, con los dedos, de su propia saliva en las sienes y detrás de los oídos, acostándolo después en la cama. Y preguntándole la madre si sanaría, le contestó el Siervo de Dios: «sí sanará pronto, sí sanará pronto.» Pocos momentos después estaba completamente sano, como si nada hubiera tenido, sin haberle aplicado ni antes ni después remedio alguno; pues se tenía la confianza de que si el Siervo de Dios pasaba á la casa, de seguro

(1) Pabla Brito, madre del anterior, declara lo mismo, añadiendo que la junta de médicos fué presidida por el proto-médico don Vicente Padín.

el niño se mejoraría. Fuí testigo de vista.—(Firmada)—*Matilde Hernández.*»

La señora Genoveva Echeverría v. de Lazo dice así: «Cierta joven estaba enferma de un sobrehueso en la mano derecha hacía ya dieciséis años; era éste del porte de una nuez, y había causado tales efectos que no podía hacer absolutamente nada con dicha mano. No era esto todo, pues además que sufría grandes dolores, su aflicción subía de punto al oír el aserto de los médicos, quienes le aseguraban no podía hacerse operación sin perder la mano. Un día que su angustia era mayor que nunca, pasó por su casa Fray Andrés, y al momento la madre de la paciente lo llamó para que la consolara é hiciese algún remedio. Instruído de la enfermedad, tomó la mano de la enferma, sobóla con saliva por tres veces y, mientras hacía esta operación, la decía que hiciese una manda á Santa Filomena. A los cuatro días ó menos ya había desaparecido la mayor parte del tumor; á los quince volvió á pasar Fray Andrés y lo invitó á que le hiciese el mismo remedio; pero él se excusó diciéndola que viese médico; mas no hubo necesidad, pues á los tres días después ya no se encontraba señal alguna de haber tenido tal enfermedad. Esto, añade la declarante, *ha sido visto por muchas personas respetables.*—(Firmada)—*Genoveva Echeverría v. de Lazo*» (1).

Don Maximiano Echeverría, hermano de la declarante anterior, padecía graves y horribles dolores en la cabeza, donde se le había formado una hinchazón que le bajaba

(1) VILLARROEL, *Vida de Fray Andrés*, pág. 208.

hasta la vista; un día se encontró con el Siervo de Dios en la antigua Plaza de Abastos y le pidió que le hiciera un remedio, prometiéndole una manda á Santa Filomena. El Siervo de Dios no hizo otra cosa que pasarle la manga del hábito por la frente. El referido caballero se dirigió al cuartel de policía (era militar de este cuerpo). Estando ahí dió un estornudo muy fuerte y sintió dolores muy grandes en la nariz; al segundo estornudo cayó al suelo arrojando sangre por las narices; al momento le levantaron y sonándose de nuevo muy fuerte, arrojó por las narices dos huesos que guardó y los conservó por mucho tiempo; con esto sanó completamente, después de haber sido impotentes los remedios de los médicos. Esto me lo refirió mi mismo hermano, y se recuerda en toda la familia como un prodigio obrado por el Siervo de Dios.—(Firmada)—*Genoveva Echeverría v. de Lazo.*»

Teresa Sanhueza, de Santiago, vive calle de la Recoleta núm. 150, edad más ó menos 65 años, declara: «que su hijo Máximo Contreras, de dos años de edad más ó menos, estando muy enfermo de pulmonía, llegó un día á mi casa el Siervo de Dios Fray Andrés á pedir limosna y le dije que le diera al niño un remedio para que sanara ó muriera; y el Siervo de Dios me contestó: «no se morirá, no se morirá, sino que será un hijo muy bueno»; y poniéndole saliva en la frente con sus propios dedos y rezando alguna oración, al día siguiente estaba alentado y completamente bueno.—(Firmada)—*Teresa Sanhueza v. de Contreras.*»

La señora Trinidad Córdoba, de Santiago, de edad de 70 años, más ó menos, soltera, declara: «que oyó repetidas

veces y se conserva como cosa tradicional de familia y que podía jurarlo, que el niño Estanislao Córdoba, de edad de cinco años, más ó menos, un día jugaba en la calle con un tarrito de esos de betún lleno de pólvora: reventó y le dió toda la llamarada en la cara al tiempo de soplarlo, creyendo que estaba apagado, y fué tal el efecto producido en la cara y sobre todo en la vista, que quedaron los dos ojos tapados y se formó una especie de carbón hasta el punto que no podía ver absolutamente nada, dándole de comer por mano ajena. En estas circunstancias llegó el Siervo de Dios y le rogaron que sanara al niño: «no hay cuidado, sanará, sanará», y sacando de la manga ungüento ó aceite le pasó por los ojos y al mismo tiempo le puso saliva y la cuerda por los ojos, haciéndosela besar. Sin más remedio que el referido, al día siguiente de esta curación quedó completamente sano sin quedar ni haber encontrado ni costras en la cama ni en parte alguna por más que se buscaron. Todos los que presenciaron ó supieron este hecho lo tuvieron por milagro.—(Firmada)—*Trinidad Córdoba.*»

Martina Pérez v. de Huerta, natural de San Felipe, de 86 años de edad, declara lo siguiente: «que en Santiago, el año 51, estando ciega á causa de haber hecho fuego con carbón, habiéndolo hecho siempre con leña, la fortaleza de aquél me redujo á este estado de enfermedad; me llevaron á la Recoleta donde el Siervo de Dios Fray Andrés, que Dios tenga en su gloria, para consultarle sobre mi enfermedad, y no hizo más que lavarme con una pluma, que no sé con qué remedio sería, después de Dios Nuestro Señor, tuve vista en el acto mismo.

«Como al año, más ó ménos después de este primer milagro me volvió á hacer el siguiente: habiendo dado una

caída, quedé con una rodilla muy hinchada; vino á mi casa el Siervo de Dios, y lo consulté sobre esta enfermedad de que tanto adolecía; y con una pomada que me puso en cruz sobre el vestido, quedé completamente buena en el acto mismo. Es cuanto puedo decir de los milagros que me hizo este buen Hermano que Dios tenga en su gloria.—(Firmada)—*Martina Pérez v. de Huerta.*»

Carmen Pérez dice: «Mi madre, Carmen Villaseca v. de Pérez, baldada del brazo derecho, moviendo solamente los dedos, y lo demás sin movimiento y sin poderlo levantar, al punto que desde la muñeca hasta el codo se le estaba secando y adelgazando, hinchándosele la mano y el hombro, no pudiendo ni vestirse ni llevarse la comida á la boca, con dolores agudísimos; desahuciada de los médicos; al fin de tanto sufrir, fué á la sepultura del Siervo de Dios, y encomendándose á él, pidió en la portería un poquito de tierra de la sepultura del Siervo de Dios, le hice frotaciones en el brazo con dicha tierra. Desde entonces comenzó á mejorarse hasta ahora que está buena y sana del brazo, sin dolor alguno.»

Carmen Pavez v. de Sanchez, dice: «que Benjamín Pavez tenía una mano reventada, toda corrompida, hasta el punto que los doctores le iban á cortar la mano. Habiéndose encomendado al Siervo de Dios y poniéndose aceite de Santa Filomena, según indicación que le hice, pues con eso curaba el Siervo de Dios, y con esta confianza, rogándole y prometiéndole al Siervo de Dios la limosna de un peso, se mejoró de la mano, y estaba persuadido que el Siervo de Dios le había sanado.— (Firmada) — *Carmen Pavez.*»

Victorino Madariaga declara: «que á principios del año 1852 estando gravemente enfermo, desahuciado de los médicos y abandonado de ellos por ser incurable mi enfermedad, teniendo hasta tierra en los ojos, y en este estado me casé en artículo de muerte. Así las cosas, al día siguiente mi señora me sacó como pudo, tomándome en sus brazos, para que tomara el aire. A este tiempo pasaba por mi casa el Siervo de Dios y deteniéndose preguntó á mi señora cuál era la enfermedad que yo tenía, por qué estaba tan enfermo. Habiéndosele dicho que de disentería y dolores intolerables en todo el cuerpo, me dió á besar á Santa Filomena que llevaba grabada en la alcancía, me prometió que me sanaría Santa Filomena, y que me hiciera una frotación de sebo en todo el cuerpo, y sin otro remedio alguno, fué bastante para que en el término de tres ó cuatro días sanara completamente hasta poder subir á caballo; notando que en el momento en que me hice la primera frotación ya reconocí mejoría. Desde entonces hasta ahora me he encomendado siempre al Siervo de Dios y creo que su protección ha sido siempre en mi favor.—(Firmado)—*Victorino Madariaga.*»

María del Carmen González declara: «habiendo tenido mi madre Josefa López un niño enfermo de siete meses, fué á buscar al Siervo de Dios Fray Andrés y lo encontró en la Plaza de Abastos; le suplicó que le diera un remedio para el niño que estaba para morirse. El remedio que le dió fué que le puso saliva en la sien. Ella le preguntó que qué remedio le daba, y él le dijo: «que se fuera no más, que sanaría.» El niño, que estaba como muerto, llegando á la Alameda principió á buscar el pecho para mamar; cuando llegó á la casa, ya estaba bueno y sano. Las personas que le vieron tan enfermo se admiraron de verle bueno y

le preguntaban con qué se había mejorado, y ella les dijo que con la saliva que le había puesto *Fray Andresito* en la sién. En esos años vivía mi madre en la calle de Lira.—(Firmada)—*María del C. González.*»

«Hallándome gravemente enferma de la vista á causa de un reumatismo nudoso que sufro más de quince años, y en cada miembro donde se apoderan los dolores se me ha ido inutilizando; con seguridad perdería la vista; con cuatro ó más años de fuertísimos dolores, unos por la enfermedad y otros con los remedios que me echaban dentro de los ojos; cada día estaba más inútil; me ofrecieron operación, no admití; recurrí á Fray Andrés y le dije: «*Fray Andresito*, tan grandes recuerdos que has dejado en este mundo, de caridad y favor, ahora para que yo crea en vos y tener fe, espero alcances para mí la vista; porque no podré llevar más esta cruz tan pesada; prefiero la muerte antes de quedar ciega; te llevaré cuarenta centavos á la casa, siendo que pueda ganarlos; y empecé á lavarme la vista con una pequeñez de quinina, y al cumplir los tres días cuál sería mi sorpresa cuando al levantarme veo todo tan claro y tan grande; me parecía que estaba fuera de mi sentido. Este favor lo recibí la semana de Octubre, en que se celebraba el cuarto centenario de Cristóbal Colón; me tocaba venir á este templo el mismo día de fiesta, y no pude hasta la semana que seguía; y esta es la vista que tengo, y no creo que la rosa ni la quinina hayan sido sólo las que me han curado; lo que creo es que el Siervo de Dios alcanzó para mí este favor.—(Firmada)—*Carmela Díaz V.*»

«También fuí testigo, dice don Bruno Amaral, que dos ó más veces iban á la portería mujeres con niños enfermos de granos ó lepra, y el Padre los entraba á la portería, quedando afuera las mujeres que los conducían, y poco después salían los niños curados. Mi curiosidad llegó hasta preguntarle á las madres de los niños qué les había hecho Fray Andrés; pues yo las observaba desde mi esquina y me decía: «¿no ve, señor, como están sanos? Les pasa la lengua el Padre». En otras veces con un ungüento que les ponía, los sanaba.

Hechos de este género están en conocimiento de su Paternidad y no serán pocos.—(Firmado)—*Bruno Amaral.*»

Dolores Toro v. de Portus, de Santiago, de 60 años, más ó menos, declara: «que Leocadia Maira, hija de una prima hermana, quemóse derramándose una olla de grasa en una mano; y habiendo visto á los médicos no pudo sanar de la quemadura, y habiendo llegado un día el Siervo de Dios á la casa y tomando del parrón una hoja de la misma parra, la mascó y con saliva se la puso en la mano enferma, y aunque se le habían hecho muchos remedios no había podido obtener mejoría. Delicada de estómago, tuvo repugnancia al remedio del Siervo de Dios; tan luego como salió, dijo: ¡Ah! Padre, y se sacó algo del remedio. Lo admirable es que al día siguiente amaneció completamente sana de la mano menos de aquella parte que ella misma se había limpiado ó quitado.—(Firmada)—*Dolores Toro v. de Portus.*»

Santos Salas, soltera, de Santiago, edad más ó menos 70 años; declara: «que á edad de diez años se enfermó de

una pulmonía; después de habérsele administrado el Sacramento de la Penitencia, llegó el Siervo de Dios á mi casa y preguntó qué tenía, al mismo tiempo que me aplicaba la cuerda por el hígado, por encima de la ropa, repitiendo «que mejoraría, que sanaría»; «no muere la niña»; en el mismo día vinieron los médicos y me encontraron sentada en la cama, tomando caldo, lo que fué una admiración para ellos; pues ya se había cortado la fiebre, después de haber estado enferma por más de cuarenta días, sin otro remedio que la aplicación de la cuerda y además un poco de aceite que siempre llevaba consigo el Siervo de Dios, y que me pusieron después que se fué y que él dejó para eso. Yo creo que todo se debe á la protección del Siervo de Dios. —(Firmada)—*Santos Salas.*»

«Teniendo durante un largo tiempo un lobanillo encima del párpado del ojo izquierdo, fué inútil haber sido medicinada por médicos, porque no conocí mejoría alguna; y bastó que *Fray Andresito* me pasara los dedos con saliva, para que, después de gozar de un dulce sueño, desapareciera totalmente. Siendo testigos de este milagro varios de mi familia.—(Firmada)—*Irene Orihuela.*»

Don José Gandarillas, caballero notable por sus eminentes virtudes, me refirió un día poco antes ó después de la muerte del Siervo de Dios, que en una de las veces que solía éste ir á su casa le decía que para él era un error creer que sólo los santos podían alcanzar de Dios milagros, y en prueba de ello le refirió lo siguiente:

«Llegué una tarde, decía el Siervo de Dios al señor Gan-

darillas, á casa de don Tomás Zelada, que vivía en la Cañadilla, y encontré á su esposa afligidísima porque estaba muriéndose su esposo; al verme me reconvino porque me había pasado sin ir á casa; me dijo que hacía algunos días que estaba enfermo de hidropesía; en ese momento estaba un sacerdote auxiliándolo porque ya estaba muriéndose.

«Yo, prosiguió el Siervo de Dios, aconsejé á la señora que pidiera al Señor por la intercesión de Nuestro Padre San Francisco que lo sanara si le convenía, y para eso y por hacer caso la señora de mi consejo, me hinqué y supliqué á la señora hiciese lo mismo, para que pidiéramos á Dios la sanidad de su marido, á lo que accedió; después de lo cual me volví al Convento.» Al otro día por la mañana, continuó el Siervo de Dios, «volví á la casa y me recibió la señora llena de gusto porque su marido había sanado completamente y había salido á caballo á hacer varias diligencias.»

«Ya ve, pues, señor, decía el Siervo de Dios, al señor Gandarillas, ni la señora era santa ni yo menos, y Dios le hizo un milagro tan grande; le suplico, continuó el Siervo de Dios, no contar esto á nadie, porque con la idea general que hay, lo atribuyen á santidad.

«Y el señor Gandarillas á su vez lo decía al que esto escribe y lo refiere á todo el mundo.—(Firmado)—*Gregorio de Mira.*»

Don Pedro Nolasco Sánchez y Mercedes Chaparro, de Santiago, casado, de 59 años de edad, declaran: «que un peón trabajador de la hacienda *Licoz* en Colina, se introdujo una espigadilla en el oído; no obstante que se hicieron esfuerzos para sacarla, estaba tan internada en el oído que fué imposible extraerla; esta clase de espigadilla es muy fácil de introducirse como dificultosa para salir.

Á consecuencia del dolor producido por esta picadura y la internación de la espigadilla vino á las casas de la hacienda para que le aplicasen algún remedio ó ver modo de extraerla; pues, á él le había sido imposible conseguirlo; en estos momentos yo, Mercedes Chaparro, hice tentativas para extraerla, pero esto no pude aunque hice esta operación repetidas veces; en esto llegué yo, su patrón, y le dije que se encomendara al Siervo de Dios para que intercediera con Santa Filomena para que le saliera la espigadilla; repitió después esta promesa, é inmediatamente con la misma ligereza salió sin inconveniente la espigadilla, lo que antes no había sucedido, no obstante de haber practicado repetidas veces la misma operación; quedando completamente bueno después de haber salido la espigadilla con dos ó tres líneas de sangre.—(Firmados)—*Pedro Nolasco Sánchez* y *Mercedes Chaparro de Sánchez.*»

La señora Teodora Bruni de González, natural de Guayaquil, residente muchos años en Santiago de Chile, viuda, de edad más o menos 60 años, declara: «que una hija suya llamada Hortencia Filomena González, de dos años de edad, más ó menos, enferma gravemente de disentería hasta el punto que los doctores no acertaban con sus remedios, un día llegó el Siervo de Dios y le refirió la enfermedad de la niña; éste le puso las manos sobre la cabeza, como acariciándola, en seguida me dejó un ungüento de los que él acostumbraba traer consigo, para que le frotaran el vientre con él; así lo hice y fué suficiente remedio para que al día siguiente amaneciera buena, completamente sana. Al día siguiente los médicos no se supieron explicar tan repentina curación, y el hecho causó la admiración de todos los que supieron la gravedad de la enfermita; es de advertir que

el Siervo de Dios dijo que no le dieran remedio alguno en ese día.—(Firmada)—*Teodora Bruni v. de González.*»

La señora Pilar Rogers de Puerta de Vera, natural de Santiago, de 61 años más o menos, declara: «veíamos con gran dolor que nuestra hija Carmela, de edad de un año, tenía una disformidad en la sien derecha, que crecía en forma de cuerno de más de una pulgada. Después de consultar inútilmente á los facultativos y de agotar todos los recursos de la ciencia y yendo el mal en aumento recurrimos al Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, el cual nos dijo, oyendo nuestra aflicción: «No tengan cuidado, esto no es nada; Santa Filomena la sanará.»

«Tomó á la niña y le hizo la señal de la cruz con su saliva en la parte enferma.

«Á pesar de ser ella objeto de nuestro constante cuidado, ese día no nos preocupamos de ella, y cuando pusimos atención notamos con gran sorpresa y alegría que la niña estaba completamente sana y había desaparecido el hueso prominente, sin haber intervenido después remedio alguno. Este portento lo publicó mientras vivió mi esposo, y hoy lo publicamos toda la familia para gloria de Dios y honra del Siervo de Dios, Andrés Filomeno García; que siempre oí á mis padres referir el portento que queda declarado más arriba, por lo que he vivido siempre agradecida á su favor. —(Firmada)—*Carmela Puerta de Vera Rogers.*»

«Una hija de la anterior no encontraba santo á quien encomendarse enferma de almorranas; lejos de mejorarse con los remedios de los médicos iba cada día peor; invocó al

Siervo de Dios y le ofreció un marco dorado para su retrato; al momento se mejoró con el primer remedio que se le hizo, que fué un poco de sebo, y quedó completamente sana.—(Firmada)—*Guadalupe Lira v. de Vargas.*»

Rosario López García dice: «Cuéntame mi madre que cuando yo estaba chica me salió un lobanillo en la cabeza frente á la mollera, y los médicos no se atrevían á operar porque estaba chica y porque era muy expuesto en la parte endonde estaba. Mi madre, afligida, un día se encuentra con Fray Andrés y le hace presente lo que á mí me acontecía. Entonces el Siervo de Dios me acerca á él y me santigua con la cuerda en cruz humedecida con su saliva; no diré que en el momento desapareció, sino días después, que ni se supo cuándo; y para que conste firmo ésta.—(Firmada)—*Rosario López García.*»

«*Santiago, Noviembre 8 de 1896.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Estimado Padre:

«He recibido su carta en la cual me pide por favor que le mande los datos que conozco sobre el Siervo de Dios Fray Andrés. La he leído con placer porque ella me trajo el recuerdo de su buena amistad y por el importante asunto de que trata. Habría deseado que no hubiera empleado la palabra favor, porque es V. R. el que me hace

el favor á mí al brindarme la oportunidad de rendirle culto á la verdad.

«Después de encomendarme á María Santísima, á Santa Filomena y á Fray Andrés para que me alcance de Dios el esclarecimiento de mi recuerdo y la confianza en él, he aquí la relación de lo acaecido:

«Mis padres estimaban mucho al Siervo de Dios, y por este motivo y por recoger alguna limosna iba á casa con más ó menos frecuencia. En una ocasión mi madre le ruega á *Fray Andresito* que le sane de un lobanillo que le molestaba mucho en la muñeca de la mano. El santo hombre frota con su saliva el lobanillo y después con el cordón y no recuerdo si desde luego ó en algunos días después, desapareció para siempre la enfermedad. Este prodigio lo recuerda bien una hermana que aún vive.—De V. P. A. y S. S.—*Francisco Navarrete.*»

«*Santiago, Abril 19 de 1892.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Guardián de la Recoleta.

«Apreciado Padre Guardián:

«Corformándome á sus instrucciones, he averiguado las circunstancias del caso maravilloso que fué objeto de nuestra conversación en días pasados. Paso, pues, á referirlo tal como me lo ha contado mi tía Joaquina Uriondo de Riesco, testigo ocular del suceso.

«En los últimos meses del año mil ochocientos cuarenta y ocho se encontraba dicha señora en Santiago en compañía de su esposo don Julián Riesco y criaba á sus pe-

chos á su hija Rosalía de los Dolores. Un día que salió á la calle á diligencias urgentes, al llegar á su casa dió de mamar á la niña, estando acalorada, sin prever que esto pudiera serle nocivo. En efecto, enfermóse la criatura con tal gravedad que se puso como un tronco, sin movimiento alguno y presa de una fiebre alarmante. Se le hicieron remedios caseros sin resultado favorable, y fué necesario acudir al médico y éste consideró el caso grave, tanto más cuanto que la enfermita había permanecido ya dos días en ese estado.

«Mientras mandaron á la botica por el purgante de palma christi, que recetó el médico, se presentó Fray Andrés en la casa y le comunicaron la alarma en que estaba la familia por la salud de la niña. El con su calma habitual contestó solamente: «Angelito al Cielo! Angelito al Cielo!»

«No satisfecha su madre con esta respuesta le rogó que se interesase por la niña y pidiera á Dios su vida por intercesión de Santa Filomena.

«Accedió el varón de Dios, y habiéndole hecho conducir á su presencia le aplicó la manga del hábito sobre la cabeza, mientras recitaba una especie de oración de que los presentes sólo percibían los nombres de Rosalía y Filomena muchas veces repetidos, mezclando el nombre de la paciente con el de la gloriosa mártir cuya devoción le fué tan peculiar. Momentos después se despidió diciendo que ya había hecho lo que había podido.

«No había trascurrido un cuarto de hora de ésto, y cuando se disponían á administrarle la nueva medicina, he aquí que de repente la niña abre los ojos, se despeja su semblante, hace ademán para que le den de mamar, y en el mismo instante quedó completamente restablecida, sin necesidad de tomar ningún remedio, ni siquiera conservar en sí el menor rastro de dolencia.

«Es también una circunstancia digna de mencionar que

el hermano Andrés, sin que persona alguna se lo comunicase, dijo que la causa de la enfermedad de la niña era el haberle dado leche acalorada.

«Cumplo, pues, Reverendo Padre Guardián, con su encargo al comunicarle estos hechos por escrito para mayor constancia; y al mismo efecto firman ésta conmigo la expresada madre de la favorecida y su tía carnal doña Rosario Uriondo, que fué testigo presencial asimismo por vivir en la misma casa.

«No necesito emitir mi juicio sobre el hermano Andrés: su memoria se conserva fresca en todas las clases de nuestra sociedad como la de un Santo; y está en la conciencia de todos que no está lejano el día en que Dios glorifique á quien durante toda su vida trabajó también para su gloria.

«Con sentimiento de distinguida consideración me es grato saludarlo y suscribirme su affmo. S. y C.—*Un Sacerdote.—Joaquina U. de Riesco.—Rosario Uriondo.*»

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Muy Reverendo Padre:

«En vista de una circular impresa del respetable sacerdote Franciscano Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador, sobre el Proceso Informativo iniciado para la Beatificación del Venerable Siervo de Dios, Fray Andrés García, fallecido en olor de santidad en el Convento de la Recolección Franciscana, hace más de cuarenta años, yo, Antonio Carmona, abogado, propietario, creyente católico, convencido y devoto de Santa Filomena desde algunos años, escribo con gusto á continuación el siguiente hecho que me ha referido (y que yo trasmito con escrupulosa

exactitud) Irene Bravo, mujer muy juiciosa y muy buena.

«Cuenta que en un fundo llamado el «Perejil», arrendado por Pedro Ugarte, le refirió éste en conversación que él había padecido terribles y pertinaces dolores de cabeza, siendo inútiles cuantos remedios caseros y medicinales le habían administrado. El individuo que tan agudos dolores de cabeza sufría no tenía fe en los efectos muy ponderados que oía de Fray Andrés; pero su mujer tenía una ardiente fe en cuantos prodigios contaba el pueblo de *Fray Andresito.*

«Un día que Fray Andrés llegó al fundo á pedir su limosna, fué llevado á ver á Pedro Ugarte. Apenas lo vió el lego y supo lo que sufría le apretó al paciente la frente con ambas manos, y en el acto vióse el enfermo instantáneamente sano y salvo para toda la vida de su terrible mal.

«De V. P. obsecuente S. S.—*Antonio M. Carmona.*»

«*San Felipe, Enero 21 de 1897.*

«Rvdo. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Con placer contesto su carta circular, inquiriendo datos positivos para probar la santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García Acosta. Yo conocí á este santo varón como cuarenta y cuatro años, y siempre ví en él la conducta más ejemplar, sin jamás oír dicterios en su contra.

«En particular, puedo aseverar el hecho siguiente: Hace muchos años, hallándome con mi madre que padecía una

grave fluxión en la cara, llegó el Padre Andrés y le pidió una limosna, inquiriendo á la vez por su salud. A lo que ella le contestó: «Estoy sufriendo mucho de la cara», y se quitó el pañuelo que la cubría. El Padre Andrés le dijo al instante: «Eso no es nada», y sacando del bolsillo el cordón de San Francisco, se lo aplicó al rostro, con lo que la dejó aliviada y sana.

«Cuando llegue el caso, yo puedo declarar con la solemnidad requerida sobre el hecho que he referido.

«Felicito á Ud. por la piadosa tarea que ha emprendido, pues ella es justificación de las virtudes de un hombre guiado por la divina gracia.

«Su S. S. y Cap.—*J. Agustín Gómez*, ex-cura de San Felipe.

«Contribuiré también después con mi óbolo.»

«*Santiago, 23 de Febrero de 1897.*

«Rvdo. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Contestando su atenta en la que me dice se há iniciado el Proceso ordinario Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios, Fray Andrés García Acosta, para conocer el concepto que se hayan formado sobre la fama de santidad del mencionado Siervo de Dios las personas que lo conocieron, digo á Ud. que siendo yo muy niño, ó más bien desde que tuve uso de razón, veía, creo que una vez por semana, á *Fray Andresito* llegar á casa de mis padres por una limosna que ahí se le daba; esto sucedió durante

varios años hasta que el santo hombre se enfermó y murió. Todos nosotros al verlo llegar, lo rodeábamos, le tomábamos el bastón que usaba, el que tenía en el puño una calavera, todos lo queríamos y lo teníamos en olor de santidad.

«Una prueba de sus virtudes es el hecho siguiente, de que fuí testigo y que también puede justificar mi señora madre y muchas otras personas.

«A un niño de pocos meses aparecieron en el cuerpo muchas úlceras, llamaron á un médico y éste examinó á la mujer que lo amamantaba y declaró ser enfermedad trasmitida por la leche. *Fray Andresito* tuvo en casa noticias de este niño enfermo y pidió verlo; después de examinarlo, le lamió por su propia lengua todas las llagas. Esta operación siguió haciéndola todos los días hasta que el niño sanó por completo, sin que jamás volviese á aparecer la enfermedad.

«Esto es, Rvdo. Padre, lo que puede justificar su muy A. y S. S.—*Raimundo Valdés.*»

«Santiago, 13 de Setiembre de 1897.

«R. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

Pte.

«Muy R. Padre:

«Tengo el gusto de referir á S. P. R., por medio de la presente, una curación maravillosa obrada en mí por el Siervo de Dios, *Fray Andresito.*

«Tenía yo como once años cuando me sobrevino una tenaz enfermedad á la vista que me postró gravemente por espacio de seis meses; pues además de privarme de ver en ab-

soluto, sufría dolores agudísimos y constantes. Después de ver los mejores médicos de aquellos tiempos, sin ningún resultado favorable, una Junta compuesta de los doctores Nataniel, Polar y Buston opinó por que debía llevárseme al campo en donde permanecí tomando medicinas especiales como dos meses, pero sin conseguir ninguna mejoría.

«De vuelta á Santiago, me hallaba un día en la tienda de un tío mío, don Tomás Guzmán, bajo el portal que es hoy Fernández Concha, cuando llegó *Fray Andresito* á buscar la limosna que semanalmente se le daba. Aprovechando esta ocasión mi tía política suplicó al santo limosnero me diese algún remedio para la vista, pues ya se me creía ciega para siempre. El Siervo de Dios contestó: «no se aflijan, alabado sea Dios, con esta agüita va á sanar»; y descubriéndome la vista me pasó con una pluma mojada por los ojos. En el acto sentí que aquel dolor persistente desapareció aun cuando nada veía aún; en el resto de la tarde me mojaron la vista dos veces más; toda la noche pasé muy bien, y al amanecer el día siguiente ví la luz que entraba por una ventana, sin darme cuenta, y loca de gusto, principié á dar gritos de alegría, á los que acudieron todos los de la casa, llenos de regocijo; pues todo mal había desaparecido por completo.

«Mi padre no hallaba cómo pagar y agradecer á *Fray Andresito* servicio tan grande, y experimentaba gran placer cuando contaba este prodigioso hecho á sus amigos.

«Si V. P. R. juzgara necesario que declare lo anterior bajo juramento, lo haré con el mayor gusto.

«Soy de Ud., R. P., atta. y S. S.—*Carmen Guzmán v. de González.*»

«R. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

Santiago.

«Rvdo. Padre:

«Me permito dirigir á V. P. en esta carta algunos recuerdos que conservo desde niño referentes á *Fray Andresito*, por si en algo pudieran contribuir para los efectos de su Canonización.

«Tuve la suerte de conocerlo personalmente, de conversar con él en algunas ocasiones y de admirar sus virtudes.

«Lo que paso á exponerle, R. P., ocurrió de la manera siguiente:

«Siendo muy joven, recuerdo perfectamente que cuando se exhumaron los restos de *Fray Andresito* asistí muy de madrugada al Convento de la Recoleta Franciscana, atravesé sus silenciosos claustros hasta que llegué al cementerio, sin encontrar á quién preguntar dónde estaban dichos restos. Mas, en el lugar expresado y sobre una gran mesa, había un cajón de tosca madera pintado de negro; al levantar la tapa que estaba suelta, contemplé el cadáver de *Fray Andresito*, con toda la veneración y el cariño que este varón justo me inspiraba desde mis más tiernos años. Su rostro estaba dulce y apacible, parecía que aún dormía. Le toqué el pecho, la frente y las manos, que las tenía flexibles y sus carnes enjutas, después de haber permanecido treinta meses (como se dijo entonces), enterrado en un lugar nada á propósito para tan admirable conservación.

«Gracias á Dios, la fe religiosa que conservo desde mi niñez, me advirtió que podía aprovecharme de algunas pequeñas fracciones de su mortaja que habían quedado entre la tierra al trasladar sus restos al mencionado cajón, las cuales recogí y guardé como un tesoro que la Providencia

ponía á mis alcances para obtener las gracias que la divina misericordia se dignara repartir en obsequio de su Siervo Andrés.

«Un hermano mío, que sufría de una enfermedad de los pies, fué el primero que aprovechó de estas gracias, pues un poco de esa tierra diluída en agua, bastó para sanarlo completamente.

«Varias otras curaciones se harían, sin duda, con estas reliquias, porque en muy poco tiempo se me agotaron en atención á los muchos pedidos que me hicieron luego que se supo conservaba en mi poder tan santos recuerdos de *Fray Andresito.*

«De V. P. muy afectísimo A. y S. S.—*Pedro Larraín.*»

«Santiago, 22 de Setiembre de 1897.

«Rdo. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi estimado amigo:

«Con gusto he recibido sus dos últimas, las que no había contestado por falta absoluta de tiempo.

«En su última me habla Ud. de don Tristán Castro, y me pide que escriba á la República Argentina para saber dónde se encuentra dicho señor, lo que he hecho, dirigiéndome á uno de mis primos que reside en Buenos Aires. Sobre la narración del hecho verdaderamente milagroso obrado por nuestro querido Siervo de Dios en la persona del señor Castro, le incluyo unas carillas, y creo que está muy exacta, porque la narración que de ese hecho hizo el señor Castro, me impresionó mucho y ha quedado en mi memoria con todos sus detalles.

«He sabido que todos los papeles que dejó el Dr. García los posée una de sus hijas que hoy reside en Valparaíso. Puede Ud. encargar á Antonio del Sol para que haga las diligencias para conseguir el acta á que se refiere el señor Castro cuando me nombra el hecho que constituye un verdadero milagro de nuestro Siervo de Dios.

«La narración del señor Castro es como sigue:

«Siendo yo muchacho jugaba un día con otros niños de mi edad; éstos me envolvieron en una estera, después desenvolviéronla con fuerza, y mi cuerpo rodó hasta un pilar contra el cual recibí un fuerte golpe en una pierna, golpe que comprometió los tendones. Mi madre, comprendiendo la gravedad del golpe, hizo llamar á un médico, y éste para impedir que los tendones de la pierna se contrajesen y me hicieran sufrir más, me la entablilló; pero la fuerza de los tendones quebró las tablillas y el talón se adhirió fuertemente al muslo. En este estado sólo podía permanecer en cama, acostado siempre á un mismo lado, lo que ocasionó la ruptura del cuadril.

«Mi madre se presentó á los Tribunales de Justicia, en contra de los padres de los niños que habían ocasionado mi desgracia, y éstos condenaron á los padres á pagar mensualmente un tanto para poder hacer frente á los gastos de la enfermedad.

«El mal marchaba de peor en peor cada día, hasta que los médicos resolvieron amputarme la pierna. En la víspera de la operación mi madre me hizo trasladar en una camilla al zaguán de la casa para que me distrajera viendo pasar la gente por la calle. En la tarde de ese día *Fray Andresito* fué de visita á la casa del frente, y mi madre fué á visitarlo y le rogó que pasara á casa á darme algún remedio. *Fray Andresito* accedió á las súplicas de mi madre y fué á verme. En cuanto entró al zaguán de la casa se acercó á mí y me preguntó con dulzura lo que tenía, y yo

le dije muy triste: Padre, mañana me van á cortar la pierna; y él me dijo: «No le cortarán la pierna, no le cortarán la pierna.» Entonces *Fray Andresito* hizo que me llevaran á una de las piezas de la casa, y allí me tocó la pierna, sintiendo un dolor tan fuerte que me desmayé; entonces *Fray Andresito* me enjugó el sudor, y cuando volví me tocó por segunda vez la pierna y sufrí un segundo desmayo. Entonces *Fray Andresito* sacó de la manga del hábito un tarrito con una pomada de las que él hacía; y extendiéndola sobre un pedazo de trapo me aplicó á la pierna la cataplasma que así había preparado. En cuanto lo hizo me quedé dormido por dos ó tres horas seguidas, advirtiendo que hacía seis meses, más ó menos, que dormía sólo á ratos, porque el dolor y la debilidad no me lo permitían. Mientras dormía, soñaba que jugaba por el jardín con otros niños. Terminadas las dos ó tres horas de sueño, desperté, y como estaba habituado á quejarme, lo primero fué quejarme; pero ya bien despierto noté que mi pierna estaba completamente sana, quedando, para constancia del milagro, las correspondientes cicatrices.

«El Dr. don Benito García poseía en ese tiempo, cerca de casa, un *Sanatorium* y me hizo trasladar á él, y allí levantó un acta que firmaron muchas personas y siendo testigos más de trescientas, de las que viven muchas.

«Mi madre pidió á los Tribunales de Justicia la suspensión de la sentencia que había dado en contra de los padres de los niños referidos. De todo esto último hay constancia en una de las notarías de Santiago.

«Ya ve Ud., prosigue el señor Castro, soy militar argentino, me he encontrado en varios combates, rodeado por más de cuatro mil cadáveres, y jamás he sentido nada á la pierna. Quisiera tener una pluma bien perfilada para poder escribir este hecho que para mí es un gran milagro.

«Hago esta narración porque he visto un artículo en los

diarios, que dice que toda persona que sepa algo de *Fray Andresito* venga á la Recoleta á narrarlo al Padre que corre con estos asuntos; y yo no he querido volverme á la Argentina sin dejar constancia de ésto.»

«Saluda á Ud. su aftmo. amigo y S. S.—*José Ignacio Muñoz y G.*»

«*Parroquia de Gualleco, 22 de Septiembre de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi Reverendo Padre:

«En contestación á su muy apreciable fecha 13 de Agosto último, que sólo ahora puedo contestar, después de mi vuelta de Santiago, me es grato decirle que son muchos los hechos milagrosos que durante mi vida he oído referir mediante la invocación del Siervo de Dios, *Fray Andresito*, como vulgarmente se llamaba á Fray Andrés García; pero sin recordar por el momento circunstancias especiales de tales hechos milagrosos, me limitaré por el momento á referir á su Paternidad uno que hace pocos días me refería el señor Presbítero don Ricardo Ramírez Rojas, vice-párroco de Huenchullami, de la parroquia de Curepto.

«A las márgenes del Mataquito y perteneciente al departamento de Vichuquen, cayó enfermo de gravedad un señor Silva (don Alberto, si mal no recuerdo). Para atacar el mal hizo llamar al mismo tiempo que al referido señor Presbítero Ramírez á los Doctores de Curepto y de Vichuquen, quienes opinaron que el paciente no tenía remedio; pero el señor Silva que, según creo, es hombre creyente, no sé si él ó su esposa, la señora Escudero de Silva, hicieron presente

al señor Ramírez que hiciera una manda á *Fray Andresito;* para lo cual lo autorizaban para gastar hasta $ 200. El señor Ramírez prometió dar esta cantidad para los gastos de Canonización del Siervo de Dios, y sin más que ésto el enfermo se mejoró radicalmente, con asombro de los doctores y de cuantos habían desesperado de su salvación.

«Supongo que este hecho, con mayores pormenores habrá sido ya puesto en conocimiento de S. P. por el señor Presbítero de mi referencia, á quien aconsejé yo mismo que así lo hiciera.

«Disponga de su afftmo. S. S. y Capellán.—*F. Javier Lizana R.*, cura y vicario.»

«*Malloa, 22 de Septiembre de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Habiendo leído algunos milagros del Siervo de Dios Fray Andrés García, creo cumplir con un deber poniendo en su conocimiento el servicio que recibí de este Siervo, que lo creo milagro, y que me lo ha recordado la lectura de los anteriores.

«Es el hecho que cuando yo tenía ocho ó diez años padecía de escrófulas *(paperas)* á ambos lados de la cara, las que tomaron tal desarrollo que tenían que pasar á madurar, según la opinión de los doctores, y por consiguiente, esperar todas las consecuencias de tan terrible enfermedad.

«Todos los remedios habían sido inútiles para detener la enfermedad. Mi señora madre se afligía cada día más por los defectos que deja esta embromada enfermedad.

«En una de las muchas veces que Fray Andrés iba en busca de limosna, mi madre le rogó que me diera algún remedio. Entonces él se acercó á mí, me tocó con su mano suavemente y con mucho cariño las hinchazones, pronunciando las palabras: «pobrecito, pobrecito», etc. Luego después recitando una oración, me pasó el cordón que usan los religiosos, por las mismas hinchazones, agregando: «ya sanará, ya sanará.»

«Ya mi madre no me hacía remedios, creyendo que de un día á otro reventarían. Mas desde el momento que Fray Andrés me vió yo principié á sentir alivio, y de un día á otro me encuentro completamente sano.

«Después de esa enfermedad, en que lo pasaba, como se comprenderá fácilmente, todo achacoso, no he tenido en toda mi vida una enfermedad ni medio grave, gozando siempre de buena salud.

«Con el debido respeto queda de V. R. afftmo. y S. S.— *R. A. Azolas.*»

Curaciones descritas en la "Vida de Fray Andrés" por don R. Marchant Pereira.

Hé aquí lo que aconteció á la señora doña Cruz Guzmán de Verdugo, fallecida hace poco en Valparaíso:

«Hallábame un día en cama, decía, tan gravemente enferma de unos dolores horribles á la cabeza, que me creía iba á morir. Hacía muchos años me aquejaba este dolor, pero nunca lo había sentido con tanta violencia. Todos los recursos de los médicos habían sido inútiles; Fray Andrés iba con frecuencia á casa; en vano le había pedido muchas veces que me alcanzase de Santa Filomena la salud; él no hacía sino sonreírse y me exhortaba á la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios. El día á que me refiero,

después de haber pasado una noche fatal, estaba casi desesperada, cuando sentí que llamaban á la puerta de calle. Una de las sirvientas salió á abrir y volvió diciéndome llena de alborozo:

—¡Es Fray Andrés! ¡Fray Andrés!

—¿Fray Andrés? exclamé yo incorporándome en mi cama y sin poderme explicar aquella visita extraordinaria á una hora inusitada y que él no acostumbraba.

Un rayo de esperanza, como una luz del cielo, pasó por mi mente. En ese instante entraba el Siervo de Dios, y acercándose:

—¡Santa Filomena! ¡Santa Filomena! repetía; sí, sanará, sanará!

Y sin decir más, tomó su cuerda y comenzó á santiguarme con ella y á pasármela por la cabeza. De repente lancé un grito y casi me precipité de la cama para arrodillarme á sus pies; el dolor había desaparecido por completo. Cuando atiné á darme cuenta, Fray Andrés se había ido, dejándome llena de gratitud y en la más grande alegría.

Desde entonces, concluyó la respetable señora, han trascurrido mucho años. Ya me ve Ud., vieja y con un pie en la sepultura. Pues, señor, ¿creerá Ud.? aquel dolor tan tenaz á todos los remedios, no me ha vuelto nunca más.»

En otra ocasión, refiere la señora doña Jesús Ballesteros de Berríos, aconteció algo muy semejante:

«Era yo muy niña, dice la señora, tendría de diez á doce años. Desde mi más tierna edad estaba constantemente sujeta á unos terribles ataques de epilepsia que me dejaban como muerta. La última vez que me dió fué en una fiesta que se celebraba en el Carmen Alto y en que me sacaron yerta de la iglesia. Llevada á la casa y cuando hube vuelto á mi conocimiento, una tía mía al verme llorar:

—¿Por qué no le haces, me dijo, una manda á Fray Andrés? ¡Son tantos los milagros que de él se cuentan con su devoción á Santa Filomena!

Otra señora que ahí estaba, doña Mercedes M.,

—Yo no creo, dijo, en estas cosas. Á mí no me entran estas devociones nuevas, ni estas modas, ¡Santa Filomena!... ¡Como si Dios no bastara para curar á los enfermos! Sin hacer caso á lo que decía doña Mercedes, yo prometí á mi tía darle doce reales para Fray Andrés. No tan pronto hube hecho la manda, cuando el Siervo de Dios, á quien no conocía, ni nunca había visto, se presentó en el patio.

—¿Dónde está la enferma, dijo, dónde está?

Al divisarme, aunque había otras niñas, me llamó con la mano y comenzó á pasarme una medalla por el lado del corazón y luego me la puso en la cabeza y me santiguó con su cordón.

—¿Sanaré, Padre? le pregunté.

—Confíe en Dios, confíe en Dios, me contestó.

Ya se iba á retirar, cuando la señora Mercedes, medio sonriendo, le dijo con sorna:

—Me han dicho, Fray Andrés, que Ud. tiene unos ungüentos para sanar á los enfermos?

—Sí, sí, contestó él; pero ¿para qué los quiere Ud.?

—Es para ponerme en este granito que me ha salido aquí en la cara.

La señora tenía, en efecto, en la mejilla derecha, cerca del lagrimal, un granito no más grande que la cabeza de un alfiler. Como ella insistiese, Fray Andrés le dió un poco de una pequeña caja de lata que sacó de la manga de su hábito. Fray Andrés luego se retiró, y la señora Mercedes, á pesar de las protestas de mi tía, se quedó riendo.

—Allá veremos, me decía, si sanarás de tu mal.

Lo cierto es que, en los años que tengo, y ya ve Ud., señor, mi cabeza encanecida, sólo una vez me repitió el

ataque y esto fué á los pocos días de la visita de Fray Andrés. Después, ni una sola vez siquiera, he vuelto á tener el menor síntoma de tan terrible enfermedad. En cuanto á la señora Mercedes, que tanto se burlaba siempre de Santa Filomena y de Fray Andrés, todo fué ponerse un poco de ungüento, y comenzarle á crecer aquel grano, de tal manera que, al poco tiempo, se le formó una llaga que le comió casi toda la cara, de cuyas resultas murió.»

Aquí no estará demás apuntar lo que refiere la señora doña Luisa Navarrete, acaecido á su señora madre doña Rosalía Escasería:

«Padecía ella, dice, de un enorme lobanillo en la muñeca de la mano derecha. Varios médicos la habían visto sin poderla aliviar; más de una vez habían pretendido sajarle, mas ella no había querido consentir. Un día llegó Fray Andrés:

—¿Cómo está, señora? le dijo.

—Mal, Padre, le contestó, porque ya no puedo con el dolor de este brazo.

—¿A ver? le dijo el piadoso lego, ¡si no es nada!

Y tomando un poco de saliva le hizo una cruz, exhortándola que se encomendase á Santa Filomena. Pocos días después, concluyó doña Luisa, mi madre estaba radicalmente sana.»

Igualmente se habló mucho entonces, cuenta la señora doña Elisa Bulnes, sobrina del general que estaba entonces de Presidente, del gran milagro obrado en ella misma:

«Era yo muy niña, dice, y estando en el campo, un día que andábamos de paseo, se cargó mi caballo al freno, de

tal suerte, que salió matándose hasta entrar á las caballerizas, donde al pasar me estrelló una de las piernas contra la puerta que era demasiado angosta. Sueltas las riendas, pude no obstante sujetarme del arzón de la silla, hasta que me bajaron con el pie y pierna dislocados y completamente magullados. Distintas veces me compusieron, pero sin resultado alguno, pasando seis meses inmóvil. Supe entonces que Fray Andrés hacía muchas curaciones prodigiosas y supliqué á una amiga, á cuya casa iba todos los viernes primeros, que le rogara me viniese á ver. Así fué, en efecto, y recuerdo que me llevaron en brazos á donde él estaba.

—Padre, le dije, sáneme por caridad.

—Yo no soy santo para hacerlo, me contestó, pero Dios puede sanarla, si así le conviene.

Entonces se sentó en el suelo junto á mí y comenzó á decirme algunas oraciones que yo en voz baja repetía mientras me ponía el aceite. Luego enderezándose:

—Levántese, me dijo, que ya está buena.

Yo me resistía á creer, y por el gran temor de que me volviesen los dolores, me levanté apoyándome sólo en un pie sin querer afirmar el otro; entonces él se cargó con fuerzas sobre mi pie enfermo y, viendo que no tenía dolor alguno, me puse á caminar, atravesando el gran patio de la casa en medio de la sorpresa y admiración de todos, especialmente de mi madre, que se agarraba la cabeza á dos manos, loca de alegría.»

«Casi al mismo tiempo, cuenta el señor don Ciriaco Valenzuela, cayó enfermo de muerte el señor don Francisco Ignacio Ossa, muy amigo de Fray Andrés, tanto que se trataban de *tú*. Estando un día á su cabecera:

—Andrés, le dijo con voz apagada el moribundo, quisiera que me alcanzaras de la *Santa* que me prolongase la vida.

—Está bien, le dijo Fray Andrés, ya procuraremos hacer algo.

Poco después se despidió y ya no volvió hasta el tercer día, encontrando muy alentado al enfermo.

—Ya está, le dijo, ahora sí que vas á vivir.

Entonces los que rodeaban al señor Ossa, pudieron ver que Fray Andrés recogía sus pobres sandalias que había dejado debajo de la cama y en las que nadie había reparado. De modo que, durante los tres días de su ausencia había andado por todas partes descalzo, á fin de hacer alguna penitencia por su amigo. En cuanto al señor Ossa, contra la opinión de todos los médicos que lo habían desahuciado, vivió cuatro años más todavía.»

«En ese mismo tiempo, pasando un día por la calle de las Monjitas, al llegar á la casa de don Mateo Peregrino, esposo de la señora doña Mariana Rodríguez Moreno, Fray Andrés se detuvo al ver á uno de los niños que estaba en la puerta de calle:

—¿Qué es lo que tiene en la cara, hijito? le preguntó, viéndole que tenía puesto un vendaje.

—Es una fístula que me molesta mucho, contestó el niño.

—¿A ver? dijo Fray Andrés, mientras se descubría el daño. Si no es nada, agregó tocándole con la mano. Ya sanará pronto, ya sanará, continuó mientras le volvía á arreglar el vendaje.

Cuando en la noche la madre fué á curar á su hijo, la fístula había desaparecido.»

Conversando sobre estos hechos con el señor Presbítero don Manuel Antonio Romo:

«Yo fuí también testigo, dijo, de una maravilla que me impresionó sobremanera y cuyo recuerdo influyó mucho en mi porvenir para decidir de mi vocación. Siendo muy niño, pasaba un día por el puente de Calicanto, con dirección á la escuela que estaba en el barrio de la Recoleta; al llegar al lugar donde se halla ahora la empresa de los carros urbanos, me llamó la atención un gran corrillo de gente. Como niño, me fué fácil abrirme paso hasta llegar al centro donde estaba Fray Andrés, que, en aquel momento, acababa de sanar á un infeliz paralítico, muy conocido de todos, pues diariamente se estacionaba en aquel lugar para implorar la caridad. Fué tal la impresión que recibí al ver de pie á aquel hombre que tantas veces había visto imposibilitado y casi sin vida, que no podía separar mis ojos del Siervo de Dios, murmurando para mis adentros:

—Ah! quién pudiera ser como él!...»

A la larga serie de hechos admirables ya referidos y que son la prueba más convincente de la gran virtud y sólida piedad del Siervo de Dios, se puede agregar la siguiente transcripción íntegra y textual escrita por la señora Ascensión Palma de Guillou:

«Al año después de mi matrimonio, tuve una hijita en la que yo y mi marido pusimos un extremado cariño. Once meses tenía la niña cuando le sobrevino un ataque al cerebro tan grave, que se llamaron varios de los mejores facultativos y ninguno dió esperanza de poderla salvar. Teníanla los médicos cubierta de cáusticos que parecía que ella ni los sentía, pues estaba como un cuerpo inerte.

En medio de mi desesperación, le supliqué á Fray Andrés, que siempre iba á casa en busca de limosna, que le pidiera á Santa Filomena que me salvara á mi hijita, y él me contestó:

—No se encomiende á esta Santa porque le gusta mucho llevarse al cielo á los niños chicos. Hágale Ud. una manda á San Francisco de las llagas, ese pobre viejo que pasa tan olvidado; ofrézcale cinco monedas del valor que á Ud. le parezca en memoria de las cinco llagas, y él se la mejorará.

Se retiró Fray Andrés dejándome muy consolada; pero la niña al día siguiente amaneció mucho peor, no dando casi señales de vida; sin embargo, luego llegó Fray Andrés palmoteando las manos y cobrándome las albricias desde antes de entrar á la puerta de calle. Recibílo llorando y le conté el estado en que se encontraba mi hijita, á lo que él dijo:

—Tráigamela para acá; la niña no se muere, pocas veces yo me engaño.

Luego que tuvo á la niña, le aplicó el cordón de San Francisco y le puso un poco de saliva sobre los párpados, con lo que ella abrió inmediatamente los ojos, pero con la vista paralizada como ciega. Entonces dijo mi marido:

—Si ha de quedar ciega mi hija, no deseo que viva.

Al momento Fray Andrés pidió una flor. Se le llevó una rosa que la niña cogió al punto, buscándome entre las personas que estábamos alrededor para pasármela. Desde este momento la mejoría fué tan rápida que, al poco rato, cuando llegaron los médicos, no pudieron menos de reconocer un verdadero prodigio.

Mi hija vive aún, habiendo consagrado casi toda su vida al cuidado de los pobres.»

«La señora madre de un sacerdote experimentó en repetidas ocasiones los efectos verdaderamente prodigiosos de la intercesión de Fray Andrés.

Sufría esa señora habitualmente fortísimos dolores al cerebro, uno de los cuales la condujo al sepulcro después del fallecimiento de Fray Andrés.

Sucedía frecuentemente que los recursos de la medicina eran impotentes para calmar los dolores de aquella buena señora, que se veía obligada á guardar cama por muchos días. Entonces acudía á Fray Andrés, á quien mandaba buscar á su Convento. El Siervo de Dios se presentaba con semblante risueño y después de su acostumbrado saludo «¡alabado sea Dios!» decía á la señora:

—Hoy he comulgado y la virtud del Señor que he recibido, mejorará á Ud.

Entonces con su saliva hacía una cruz sobre la frente de la enferma. Al instante ésta decía:

—Estoy enteramente buena.

Se levantaba de la cama, como si nada absolutamente hubiera sufrido, y se entregaba á las atenciones de la casa con la mayor tranquilidad y sin el menor resto de dolor.

Este hecho se repitió muchas veces, de manera que la dicha señora prescindía frecuentemente de los médicos y esperaba con segura confianza la visita de Fray Andrés.»

Admirables son también los sucesos que refiere el señor don Ramón Castro, caballero respetable del norte, de profesión minero:

«Estaba yo muy niño, cuenta, é iba un día á la escuela que se hallaba en el barrio de la Chimba. Al atravesar la plazuela de la Recoleta, venía á escape un grupo de caballos sueltos, uno de los cuales me atropelló, revolcándome

en el suelo y aplastándome el pecho con una de sus patas.

Según refería mi madre, cuando me llevaron á casa iba como muerto. En su desesperación ella se acordó de Fray Andrés, que luego se presentó preguntando:

—¿Adónde está el enfermito, adónde está? Y acercándose me descubrió el pecho y ungiéndome con un poco de saliva: ¡En nombre de Santa Filomena! dijo, quedando al punto sano.

—¿Podría Ud. hacer esta declaración juramentada?

—Pero, señor, si soy yo ese mismo niño que se puede decir resucitó Fray Andrés, contestó el caballero, llenándosele los ojos de lágrimas. Y no es ésto todo, continuó enternecido; pues he sido testigo de otro hecho que manifiesta su gran santidad.»

«Refiere la señora doña Juana Salinas v. de C. que, atacada en su tierna edad una de sus hijas, la señora Ana María Cotapos v. de Lastra, de una violenta fiebre, perdida ya toda esperanza, un día, como á las tres de la tarde, hora en que se retiraba el doctor Llausás, que acababa de desahuciar á la niña, habiendo salido á acompañarle hasta la puerta de calle, divisó que venía el Siervo de Dios con dirección á la casa de la señora Carmen Mackenna de Vicuña. Al pasar:

—¡Fray Andrés, le dijo, venga que mi hijita se muere!

Él sin detenerse y sin mirarla, siguió adelante y moviendo una de sus manos:

—Ahora, ahora, dijo, y entró en casa de la señora Mackenna.

Hacía un rato, continúa la señora Salinas, que desconsolada me hallaba al lado de la cama de mi hija, cuando sentí en el patio la voz de Fray Andrés que preguntaba por

la enferma. Apenas entró, se puso á rezar algunas oraciones y, sacando una pomada de una cajita de lata, principió á pasarle por la frente á la niña, retirándose en seguida. Luego noté que mi enfermita se había quedado dormida, pero con un sueño tan tranquilo, que me llenó de esperanza. En efecto, en la noche cuando volvió el doctor Llausás:

—Pero ¿qué es esto? dijo ¿qué han dado Uds. á la niña?

Como me sonriese y guardase silencio,

—Dígame, dígame Ud., señora.

—Es que si le dijera Ud. no me creería.

—Pero es que yo necesito saber, pues esto es admirable. A las tres, cuando vine, la niña no tenía remedio, y ahora está completamente sana.

—Es Fray Andrés, le dije yo entonces, que estuvo aquí luego que Ud. se fué.

—¡Ah! me respondió el doctor; y encogiéndose de hombros y tomando su sombrero, se retiró.»

En todos los hechos obrados por Fray Andrés y narrados hasta aquí, hechos que si no se quieren aceptar como extraordinarios, por lo menos hay que reconocer que sobresalen un tanto siquiera de los generales y comunes, se puede hacer notar una circunstancia, y es la delicadeza con que él todo lo refería á Santa Filomena, siendo en realidad él solo muchas veces el único agente; como sucedía, por ejemplo, con enfermos llenos de lepra, á quienes con sólo tocar con su lengua, imponer la mano ó mojar con un poco de saliva, dejaba enteramente sanos.

«Refiere la señora Josefina del Pedregal de C. que oyó contar á su padre el señor don Antonio, que cuando niño se vió atacado un día de un dolor tan agudo y violento de muelas, que no sabía qué hacerse. Habiendo llegado en ese momento, como de costumbre, Fray Andrés en busca de limosna, su madre le dijo que le hiciese algún remedio; entonces él tomando su cordón, comenzó á pasárselo por la cara santiguándolo y rezándole una oración, desapareciendo al punto el dolor y para no volver más.»

Hé aquí ahora la sencilla narración que hace por escrito un pobre abastero:

«Hacía muchos años que padecía de una fuerte y dolorosa ciática; y los muchos remedios que me aplicaba apenas si me proporcionaban un alivio momentáneo. Una mañana me dirigí á la Plaza de Abastos para vender unas reses y, al montar á caballo para volverme á la casa, me repitió el dolor, pero con tal violencia, que quedé casi sin respiración. Con todo me fuí paso á paso por la calle Ahumada. Como apretase el mal poco antes de llegar á mi casa, situada en la Alameda abajo, quise apearme del caballo y caí en tierra. Como pude me levanté y, tomando el caballo de la rienda, me esforcé por andar; pero apenas si daba tres ó cuatro pasos y tenía que detenerme para tomar aliento. De esta manera llegué á mi casa, y en el acto me fuí á la cama. En ese momento llegaba Fray Andrés y, viéndome tan angustiado, comenzó á hacerme algunas cruces con su cuerda y, sacando un pedazo de tela encerada, la aplicó sobre el dolor que desapareció al instante, no volviéndome nunca más.»

El mismo refiere este otro hecho de que fué testigo:

«Un niño, como de un año, que era mi ahijado, sufría horriblemente un dolor al vientre producido por una hinchazón ó tumor del tamaño de una granada. Mi mujer, llena de fe, acordándose de mi curación, pidió un día á Fray Andrés que fuese á ver al pobre enfermito, á lo que accedió gustoso. Descubierto el tumor, comenzó á mojarle con saliva, diciendo:

—No es nada, no es nada: Santa Filomena lo sanará.

Luego se retiró; mas como el remedio nos pareció tan frívolo, no se hizo caso, ni se atendió al chico. Á los tres días, estando con los padres del niño, sentimos de repente los gritos que daba la mayor de las muchachas, hermana del enfermo, llamándonos á todos; fuimos á ver, y ¡cuál no sería nuestro asombro! el horrible tumor había desaparecido; no quedaban ni rastros.»

«Otro niño de seis años, desde su lactancia padecía de una lepra que le cubría casi todo el cuerpo. Se le habían aplicado innumerables remedios, pero todo en vano. Habiendo al fin recurrido á Fray Andrés, él, como de costumbre, y con la mayor paciencia y proligidad, le ungió con su saliva todas las partes dañadas, aplicándole después un poco de bálsamo ó ungüento de los que él componía. Tres ó cuatro días después el niño estaba sano, conservando apenas algunas ligeras huellas de la inveterada lepra, como una prueba del prodigio que se había verificado.»

La señora Gertrudis Quiroga y Plaza cuenta por su parte, que ella misma presenció el año 52 cómo el Siervo de

Dios resucitó, se puede decir, á un niño de tierna edad en la portería del Convento:

«Presentóse, dice, una pobre mujer llena de aflicción, trayendo en sus brazos á su hijo que parecía muerto, pues no hacía el menor movimiento y la vista la tenía completamente entelada. Buscaba á Fray Andrés, que luego vino, arrodillándose ella entonces á sus pies y presentándole el niño.

—¡Alabado sea Dios! dijo al momento Fray Andrés ¡si no es nada, no es nada; el niño vivirá! Comenzó entonces á rezar y á santiguarlo ya con la mano, ya con su cordón. De repente el niño se enderezó y, fijando sus ojos llenos de vida en el piadoso lego,

—¡Taita! le dijo, arrullando y tendiendo sus manecitas.»

«Una joven hacía como dieciséis años que padecía de un sobrehueso en la mano derecha, que por su porte y dolor le inutilizaban la mano por completo. Lo peor era que los médicos opinaban que no se podía hacer operación ninguna sin perder la mano. Quiso Dios que al fin se acordasen de Fray Andrés, quien, sin más que ungir el daño con su saliva, diciendo á la enferma que hiciese una manda á Santa Filomena, en pocos días desapareció por completo el mal, sin dejar la menor señal.»

«Un caballero hacía más de año padecía de un uñero en el pulgar de uno de sus pies; y, á pesar de los muchos remedios, no conseguía alivio alguno. Llamado Fray Andrés, habiéndose arrodillado delante de él, le ungió también con su saliva, sanándole completamente.»

«Una señora padecía de una dolorosa enfermedad interior. Un día, en medio de su angustia, pedía á Santa Filomena que le enviase á Fray Andrés. Fuese casualidad ó que la Santa oyese sus ruegos, luego se presentó el Siervo de Dios diciendo (asegura la enferma) que la Santa lo mandaba. Todo fué imponerle la mano con el cordón y comenzar á aliviarse hasta sanar del todo, siendo así que otra hermana suya afectada de la misma enfermedad, aunque no tan grave, acababa de sucumbir.»

Hé aquí lo que escribe una respetable señora de Santiago:

«Recién llegada del norte, hacía dos años que sufría una dolorosa enfermedad interior. Varios médicos me vieron, entre ellos el doctor Sazie. Todos opinaron muy mal. Una operación era indispensable, á lo que yo me resistía, á pesar de las súplicas de mi esposo y de mis padres. Habiendo oído hablar de Fray Andrés, le hice llamar á casa, rogándole que me alcanzase del Señor la salud, pues era madre de hijos muy pequeños y les hacía falta.

—Tenga paciencia, me contestó él, que Dios la quiere hacer una santa.

Así transcurrieron varios meses, hasta Agosto del 52. Fray Andrés me visitaba con frecuencia, pero nunca podía arrancarle sino la misma expresión. La enfermedad entretanto seguía adelante hasta tal punto que ya no podía salir sino llevada en una silla por dos criados, haciéndome conducir de esta suerte á casa de algunas amigas con el objeto de distraerme, pues mi ánimo iba decayendo en sumo grado.

En Enero del 53, en la última visita que me hizo el Siervo de Dios, pues pocos días después murió:

—Fray Andrés, le dije, ¿cuándo sanaré yo?

—¡Luego sanará! me contestó esta vez, mirándome fijamente.

La alegría que experimenté entonces, se vió pronto amargada con la tristísima nueva de su fallecimiento.

Pocos días después, estando en casa de una amiga adonde me habían hecho llevar en litera, llegó de visita un caballero que nos obsequió una pequeña biografía de Fray Andrés que acababa de publicarse. Todo fué comenzar su lectura, cuando, animada de una esperanza secreta, le dirigí estas expresiones:

—¡Glorioso Fray Andrés, si en vida era tanto el poder que tenías con Santa Filomena, con cuánta más razón oirá ahora tus peticiones; acuérdate de mí; pídele á esta Santa que sea mi medianera ante Dios!

Hícele en seguida distintas promesas, sintiéndome al momento tan alegre, tan contenta y tan llena de fuerzas, que me daban ganas de gritar y de correr, siendo necesario que me contuvieran para que no fuese á hacer una imprudencia. Lo cierto es que, desde ese mismo instante, se pronunció una mejoría tan notable que, al llegar el fin del año, yo ya estaba completamente sana, como lo estoy ahora por la gracia de Dios y la intercesión de este su gran Siervo.

Esto es cuanto de verdad puedo decir ha sucedido en mí, concluye la señora, y mi agradecimiento será eterno.»



CAPÍTULO II

La Sangre líquida del Siervo de Dios.

«El dedo de Dios está aquí.»

UNO de los fenómenos que más admiración ha causado á todos cuantos le han visto y oído, es el hecho de la constante y permanente liquidación de la sangre del Siervo de Dios por el término de más de cuarenta y cinco años, líquido extraído por los facultativos en los supremos momentos en que no había esperanza de la salvación de su vida. Esta sangre ó líquido se ha mantenido en un frasco que ha conservado con toda escrupulosidad el R. P. Fray Francisco Pacheco.

Como hemos dicho, moribundo ya el Siervo de Dios, los médicos tentaron un último recurso al ilustre enfermo; para ello practicaron una sangría en el brazo.

Los facultativos más notables de la época encargáronse de la operación quirúrgica. Hecho tan sorprendente dió motivo á que una de las primeras diligencias antes de principiar á construir el Proceso Ordinario Informativo fuera la de tomar alguna medida acerca de la autenticidad de lo contenido en el frasco arriba mencionado y el modo cómo había sido conservado todo el tiempo que lo había tenido en su poder el Rvdo. P. Fray Francisco Pacheco. Todo lo cual consta del siguiente autorizado documento:

«Acta.—En Santiago de Chile, el 15 de Julio de 1892, reunidos los abajo suscritos en el Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza, antes Recolección Franciscana, el muy Rvdo. P. Fr. Francisco Pacheco nos expresó lo siguiente, al propio tiempo que nos presentaba un frasco:

«En él, según nos dice, está encerrado lo que el mismo Padre guardó de la sangre sacada á Fray Andrés en la sangría que le hicieron en su última enfermedad. Dejó el Rvdo. Padre durante la noche y junto á una acequia una palangana en que estaba depositada la sangre extraída del brazo de Fray Andrés; lo que el Padre llama humor lo botó y guardó sólo una parte como gelatina ó sangre coagulada. Él mismo había guardado esta sangre el día anterior, y desde entonces no se ha separado del frasco que la contiene, no lo ha abierto jamás y certifica que lo que falta para estar lleno se ha ido disminuyendo poco á poco, en este largo lapso de tiempo.

«Por su propia mano introdujo esta sangre en el frasco y tapó con el mismo corcho que hasta ahora tiene. Todos los firmantes expresamos evidentemente que la sangre que nos presenta el Rvdo. Padre, asegurándonos una y otra vez que es la misma que él depositó de la sangría de Fray Andrés y que ni un momento ha dejado de estar en poder del mismo Rvdo. Padre y que no ha permitido á nadie que toque esta sangre, lo repetimos, evidentemente está líquida. Todavía para demostrar hasta dónde ha llevado su esmero en guardar religiosamente el frasco que nos presenta, agrega el Rvdo. Padre, acostumbraba no mostrarle ni siquiera á sus hermanos de religión.

«No es nuestro ánimo entrar á afirmar si es ó nó sangre ni hacer ninguna otra aseveración acerca de lo contenido en este frasco, sino únicamente que está líquida. Todo esto lo afirmó el Rvdo. Padre Pacheco bajo la religión del juramento que prestó en presencia de los firmantes.

«El M. R. P. Guardián fué quien le tomó este juramento *in verbo Sacerdotis:*

«Prestado el juramento, siempre en presencia de todos, se procedió á lacrar por primera vez la tapa del frasco con el sello del notario que autoriza este acto y ante el cual se ha prestado declaración y juramento.—*Fray Francisco Pacheco.—Luis Pereira.—Fray Raymundo Errázuriz.— Carlos Risopatrón. — Benjamín Pereira.— Eleodoro Fontecilla*, uno de los médicos que asistió á Fray An-

drés.—*V. Blanco.—J. Ciriaco Valenzuela.—Manuel de la Barra.—Leoncio Echeverría.—Jenaro Lisboa.—L. Fontecilla Sánchez.—Ramón Ángel Jara.—Carlos Walker Martínez.—R. R. Rozas.—Carlos Ortúzar.—Rafael Eyzaguirre.—Carlos Cruzat.—José María Ugarte.—Macario Ossa Cerda.—José Ignacio Prado.—Fray Domingo Sanhueza.—R. Marchant Pareira.—Macario L. Ossa V.—Ricardo Marín.—Enrique Alcalde.—Rudecindo Rossel.*»

«Las firmas que preceden, todas de individuos que conozco, fueron puestas en mi presencia; y yo mismo uní esta acta al frasco, sellando el extremo del cáñamo con que se hizo la unión.—*Mariano Melo E.*, Notario y Conservador.»

Como se ve por el documento anterior, la idea tan justa y santamente provocada tuvo la más feliz y completa realización; en efecto, el 15 de Julio de 1892 tuvo lugar con este objeto una imponente y solemne reunión de lo más caracterizado de la sociedad de Santiago, de cuya constancia dió fe el acta preinserta. Obsérvese que el mismo Rvdo. P. Fr. Francisco Pacheco se admira y no acierta á explicarse cómo se le ocurrió la idea de verificar esta operación que ahora puede considerarse como un acontecimiento providencial. Ó estamos completamente equivocados ó este es un prodigio que nos manifiesta *que el dedo de Dios está aquí.*

La absoluta reserva observada por el Rvdo. P. Pacheco respecto á la sangre del Siervo de Dios, nos explica el silencio que guardan sobre este asunto Meneses, Villarroel y algunos otros que se han ocupado del Siervo de Dios, y sólo ha venido á hacerse público este hecho en estos últimos tiempos, con motivo de unas notas cambiadas entre el Rvdo. P. Pacheco y el Rvdo. P. Guardián de aquella época, Fray Francisco Julio Uteau.

Hé aquí esas notas:

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau, Guardián de la Recolección Franciscana de Santiago.

«Muy Rvdo. Padre:

«En cumplimiento de su encargo, me es muy grato manifestar á V. R. cuanto me complace la idea de promover todo lo concerniente á nuestro Hermano Fray Andrés, á fin de hacer ante la Santa Sede las gestiones necesarias hasta obtener todo lo que el pueblo de Chile reclama para el que fué entre nosotros el primero y más celoso Apóstol de la gran taumaturga de nuestro siglo, la gloriosa é invicta Virgen y Mártir Santa Filomena.

«Deseo con toda mi alma que la autoridad competente ordene levantar cuanto antes el Proceso acerca de la vida singular y religiosa y reconocida piedad de nuestro querido Hermano; y esto se hace tanto más necesario cuanto que ya van desapareciendo muchas de las personas que le conocieron, trataron y fueron testigos de los maravillosos portentos que todos los días obraba en nombre de la gloriosa Santa.

«Yo mismo, que durante algún tiempo fuí su confesor y director, puedo testificar lo que la generalidad reconoce acerca de su virtud y acendrada piedad como también corroborar la verdad de los muchos prodigios que corren de boca en boca, en particular la maravillosa conservación de una porción de su sangre que recogida por mí mismo al ser sangrado durante la violenta enfermedad que lo llevó á la tumba, yo guardo en un frasco. Ojalá se nombrara una comisión de médicos para que la examinaran y la analizaran, y en vista de su informe se patentizara lo que á mis ojos es un milagro manifiesto y permanente. Todo esto podría servir como de base ó cabeza del sumario ó proceso que con tanto anhelo se reclama.

«Creo que no está demás que advierta á V. R. que guardo cuidadosamente todos los objetos de uso particular de nuestro Hermano; como también que aplaudo muy deveras la idea de hacerle en nuestra iglesia unas solemnes honras á fin de despertar el entusiasmo y colectar algunas limosnas para los fuertes desembolsos que las diligencias de una beatificación ocasionan.

«Desde luego puede contar V. R. con la decidida cooperación del señor don Macario Ossa, don Ciriaco Valenzuela, Reverendo Padre Fray Raymundo Errázuriz y Presbítero don Ruperto Marchant Pereira que, en muchas ocasiones, nos han impulsado á iniciar y llevar adelante lo que con tanta impaciencia aguardamos.

«Aprovecho la oportunidad para ofrecerme de V. R. A. y humilde súbdito.—*Fray Francisco Pacheco.*»

«*Santiago, Julio 4 de 1892.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Pacheco.

«Rvdo. Padre:

«Motivo de gratísima satisfacción ha sido para mí la nota de V. P. R. en contestación á las insinuaciones que le hice acerca de nuestro Hermano Fray Andrés García. Con mucha oportunidad dice V. P. R. que ha llegado ya el momento de «levantar cuanto antes el Proceso acerca de su vida y de la singular y reconocida piedad de nuestro querido Hermano.»

«Es consolador para el infrascrito manifestar á V. P. R. que estos ardientes votos son también los de esta Venerable Comunidad y los de todo un pueblo que ve en el Hermano Andrés al *varón formado según el corazón de Dios.* Estos deseos se traducen en las diversas y multiplicadas demostraciones de todo género de personas y manifiestan la gratitud y reconocimiento que abrigan hacia el Hermano Andrés, al paso que ponen de relieve la acreditada virtud del ilustre Donado.

«Estoy íntimamente convencido, Rvdo. Padre, que cualquier impulso que se imprima á este asunto encontrará favorable acogida en todas las clases y condiciones sociales, sobre todo en esta ciudad de Santiago, teatro que fué de sus prodigios y verdadera usufructuaria de los maravillosos hechos que universalmente de él se refieren; aquí, Rvdo. Padre, donde el brillo de sus virtudes y la fama incontestable de su santidad es histórica y tradicionalmente conocida. Todos estos testimonios son argumentos que presagian el feliz éxito de la santa empresa que con empeño es necesario acometer.

«Creo que así responderíamos cumplidamente á las repetidas exigencias que día á día vienen golpeando á nuestros oídos.

«Para hacer realizable en cuanto se pueda la laudable idea de V. P. R. y el pensamiento que domina generalmente, juzgo que por ahora se podrían ejecutar las disposiciones generales siguientes:

«1.ª El Venerable Directorio, en una de sus próximas sesiones, acordará dirigirse al Postulador General de la Orden instándole á que nombre el Vice-Postulador que debe obrar en la causa de la Beatificación del Siervo de Dios;

«2.ª Una vez nombrado el Vice-Postulador exhibirá su correspondiente mandato al Iltmo. Diocesano para que éste proceda á construír el Proceso Informativo de Beatificación del Siervo de Dios;

«3.ª Recibir ante un Notario Público y los correspondientes testigos, la declaración que deberá hacer el Rvdo. Padre Fray Francisco Pacheco, relativa á que lo contenido en el frasco que conserva en su poder es la misma materia que se extrajo del brazo de Fray Andrés antes de morir, cuando se le hizo la sangría, hasta que oportunamente se haga el análisis científico de dicha materia;

«4.ª Hágase un inventario minucioso de todos los objetos pertenecientes al uso de Fray Andrés, guárdense con llave en lugar seguro bajo la inmediata responsabilidad del Rvdo. P. Vice-Postulador;

«5.ª Celébrense en nuestra iglesia solemnes exequias en honor de Fray Andrés, procurando que revistan el carácter de manifestación pública;

«6.ª Seguir solicitando el concurso y eficaz cooperación de los sacerdotes y caballeros expresados en la nota de V. P. R. y demás que se creyeren necesarios, para que coadyuven á esta santa empresa con su entusiasmo, celo, vasta ilustración y reconocida piedad;

«7.ª Obtener, si se cree conveniente, el correspondiente permiso de la Autoridad Eclesiástica para oír las deposiciones relativas á Fray Andrés, aunque éstas tengan solamente un carácter privado, á fin de que, como dice Su Santidad el Papa Benedicto XIV, *ne pereant probationes;* y

«8.ª Nombrar una comisión para que, desde luego, comience á colectar limosnas con el objeto de satisfacer los ingentes gastos que demanden las diligencias de la Beatificación.

«Dado en Nuestro Apostólico Colegio de Nuestra Señora de la Cabeza, antes Recolección Franciscana, á 4 días del mes de Julio de 1892.—*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.»

Nos es satisfactorio consignar aquí, para terminar este capítulo, la opinión científica de un distinguido especialista en la materia, que por los datos que se le han suministrado y sólo por las informaciones verbales que se le han dado, sin entrar en ningún análisis químico ha tenido á bien emitir su parecer sobre este importante asunto.

Dice así:

«Escuela de Medicina.

Santiago, 16 de Diciembre de 1896.

Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Presente.

Muy Rvdo. Padre:

En su carta de 11 de Noviembre me pide que le conteste fundadamente, si la sangre de Fray Andrés puede conservarse intacta y líquida por más de cuarenta años y sin contacto alguno con sustancia extraña.

Después de refrescar mis conocimientos con la lectura de obras autorizadas puedo asegurar á Ud. que la sangre figura en primera línea entre las sustancias *eminentemente alterables*, entre aquellas que á los pocos días ó á las pocas horas, según la temperatura, principian una serie de descomposiciones sucesivas que cambian por completo su naturaleza y propiedades. La sangre no es, pues, sustancia que pueda conservarse sola, ni es aun de fácil conservación artificial.

Partiendo de este hecho, una simple exposición sumaria de los procedimientos que conoce la química para conservar las materias alterables, basta para que Ud. juzgue por sí mismo si la conservación de la sangre de Fray Andrés es natural ó providencial.

Estos procedimientos pueden agruparse así: 1.º, conservación con adición de sustancias extrañas; 2.º, conservación sin adición de sustancias extrañas, pero que varía el aspecto y cualidades organolípticas; y 3.º, conservación *in natura*, es decir, sin añadir, ni quitar, ni variar la naturaleza y cualidades organolípticas ni del conjunto ni de los componentes.

1.°—Conservación con adición.

A) La sangre puede conservarse por este medio mezclándola íntimamente con cantidad suficiente de alguna sustancia antiséptica, v. gr. sublimado corrosivo, ácidos arsénicos, salicílico, fénico, creosota, sulfitos, cuerpos absorbentes, etc., etc. Este es el sistema más imperfecto de conservación.

B) Se hierve la sangre y se cubre con una capa gruesa de aceite, grasa ó parafina esterilizada.

En ambos casos varía el aspecto físico de la sangre, y la conservación no es igualmente durable para todos estos ingredientes.

2.°—Conservación sin adición.

C) Disecación completa de la sangre en el vacío y en capas muy delgadas en la estufa ó al sol, y envasadura hermética para préservarla aun de la polilla. Me parece que la sangre conservada así no se reconstituye con la adición del agua evaporada.

D) Hervirla á 110 grados en un balón de vidrio de cuello afilado que sobre caliente se cierra con la lámpara de esmaltar ó con una gruesa capa de algodón esterilizado. La sangre así conservada, restituída al contacto del aire no recobra sus cualidades.

3.°—Conservación in natura.

E) Refrigeración sin interrupciones á cero grado ó menos de la sangre en un vaso que se tapa muy bien inmediatamente que se saca del cuerpo. La naturaleza ha enseñado este procedimiento y el hombre lo usa ahora para el trasporte de las carnes muertas, de un país á otro.

F) Impedir en absoluto el contacto del aire al recibir la sangre directamente del cuerpo en un recipiente de vidrio de cuello afilado y previamente esterilizado. Este procedimiento es muy delicado.

G) Sacar la sangre en una montaña á cuatro mil ó más metros de altura y recibirla en un balón de vidrio esterilizado y cuello afilado para cerrarlo inmediatamente á la lámpara ó con algodón esterilizado. A esta altura ó no existen los microbios ó son muy raros y

puede contarse con la probabilidad de no encerrar ninguno en el balón.

Hoy la química biológica tiene los datos suficientes para descubrir si una sangre es normal, si está conservada de alguna manera ó si está alterada. Más aún, puede también saberse si es sangre de hombre ó de animal. Cualquiera duda á este respecto la química puede resolverla de un modo imperativo y sin lugar á apelación.

Según he oído decir, la sangre se ha recogido y se ha guardado en un frasco sin cuidado de ningún género, y este medio, que no es de conservación, no puede, científicamente hablando, evitar la pudrición por muchos días ni menos por más de cuarenta años. En pocos días no habría podido destaparse el frasco sin sentirse fuerte y desagradablemente mortificado por el mal olor. Luego si no se ha empleado ninguno de los procedimientos indicados y no se ha hecho más que guardarla vulgarmente, la conservación es providencial y no hay vuelta que darle.

Esto que bastaría en tiempos de fe, en los actuales es necesario que también hable la ciencia. Si el análisis biológico encuentra en buen estado todos los elementos histológicos y químicos propios de la sangre del hombre, y sin ningún cuerpo extraño *conservatrix* y sin señales de conservación artificial, la química puede decirlo bien alto y con la mayor certidumbre posible que la conservación es milagrosa. Este es el camino que hay que andar y la fe nada debe temer de la buena ciencia, porque la ciencia y la fe no pueden estar reñidas.—(Firmado)—*Francisco Navarrete E.*»

Otros hechos notables del Siervo de Dios.

La señora Elvira Lastra U. refiere también que habiendo ido el Siervo de Dios á visitar al General don Francisco Calderón, que se hallaba gravemente enfermo y ya próximo á morir, pidió el Siervo de Dios se le permitiera entrar en una pieza de la casa, y fué visto por una señora, que especialmente lo atisbó por el ojo de la llave, extasiado en la oración y suspendido varios pies del suelo.

«En otra ocasión, dice don Francisco Navarrete E., pidió Fray Andrés, en casa, una pieza, y se le cedió una donde había un Crucifijo y una Virgen del Carmen, y se encerró en ella. A la sazón tendría yo diez ó doce años, y la curiosidad de niño me decidió á observar lo que hacía. Miré por el agujero de la chapa de la puerta y, con la luz del día que entraba por las rendijas, alcancé á ver á Fray Andrés de rodillas y elevado como media vara.

«Mi mala memoria y el hecho de que mis hermanos mayores no recuerden que yo les haya contado esta maravilla, me hacen desconfiar de mi recuerdo; pero la impresión íntima que jamás me ha abandonado, es que yo he visto á Fray Andrés tal como lo refiero.

«Todavía hay algo más ó menos de la misma fecha y que recuerdo con tanta viveza como lo anterior. Llegaba Fray Andrés á mi casa en circunstancias que mi madre se enojaba conmigo; señora, le dice, ¿qué le ha hecho el niño? ¿quiere Ud. que se le muera? Mi buena madre, á pesar de tanto enojo, le dijo: nó, Fray Andrés. En aquellos años á esa edad los niños eran inocentes, y yo estaría en el cielo sin haber corrido los peligros de esta vida. Cada vez que esto recuerdo siento que no insistiera Fray Andrés, y me parece que él y mi madre están obligados á alcanzarme una santa muerte.

«En sus oraciones, sírvase, Padre, hacerle presente á Fray Andrés esta queja; que si las mías algo valen, Dios me oirá los votos que hago por la felicidad de Ud.

«Saluda á Ud. afectuosamente.—*Francisco Navarrete E.*»

El respetable y anciano caballero don Simón González, que fué muy amigo del Siervo de Dios y que, como vecino del Convento, asistía siempre á las distribuciones que él

hacía en la iglesia, refiere que una noche durante el rezo del *Vía-Crucis*, al llegar á la estación que se halla en el mismo lugar donde está ahora su tumba, al lado del altar de Santa Filomena, estando como á dos ó tres pasos de Fray Andrés, le vió de repente elevarse en el aire más de una vara durante la meditación, mientras su rostro se transformaba y embellecía del modo más extraordinario. «Fué tal, dice el caballero, la impresión que esto me causó, y se me ha quedado tan vivo su recuerdo y su actitud en aquel instante, que aún me parece que le estuviera viendo.»

«Se habló entonces, dice el señor don Arsenio Alcalde, de un rapto ó éxtasis de Fray Andrés.

«Habiendo sido llamado á casa de las señoras Botarros, donde había una enferma de suma gravedad, se acercó á la moribunda, y después de hablar un instante con ella, se retiró á la pieza vecina entornando la puerta. Una de las niñas de la casa, llevada por la curiosidad, se acercó entonces á observar lo que hacía, y, con gran sorpresa suya y de todas las que acudieron al ver sus gestos y ademanes, pudieron contemplar al Siervo de Dios, que, puesto de rodillas y con las manos colocadas sobre el pecho, se había elevado muchos palmos en el aire.»

Excusado parece agregar que la enferma recobró poco después la salud.

Durante una enfermedad del Donado, que hacía desconfiar de su vida á todo el Convento, el Prelado comisionó á seis individuos para que recogieran la plata que el Siervo de Dios tuviese en su poder.

Este depositaba dicha limosna en una caja, teniendo

cuidado de apartar la que pertenecía á la iglesia y la que era de la *Santa*. Nuestro lego no tenía la conciencia de su muerte. Los comisionados entran, abren la caja en presencia de todos, y recogen cuanto encuentran en ella. Luego que Fray Andrés quedó solo con el lego que lo asistía, dijo:

—Todo se lo han llevado menos la limosna de Santa Filomena.

En efecto, una gran cantidad se escapó á la vista de los comisionados, sin embargo de estar en la misma caja, sin que hubiera nada que la cubriera.

—Santa Filomena, agregó el Siervo de Dios, sabe guardar bien lo que le pertenece.

Una enfermedad repentina imposibilitó al Siervo de Dios para salir á recoger la limosna con que debían pagarse los trabajadores de la iglesia. Era sábado y no había un cuartillo de qué disponer. Nuestro Siervo de Dios al ser consultado respondió:

—Abran Uds. la alcancía y puede ser que encuentren lo que necesitan.

En efecto, la alcancía hizo en esta vez un gran milagro.

Se necesitaban con urgencia tres onzas para los trabajos de la iglesia; fué advertido Fray Andrés, y contestó con la fe que le era peculiar: «La *Santa* nos las dará». En esta confianza salió á recoger su limosna, seguro de volver al Convento con la cantidad expresada. Anduvo todo el día, y llegaba la noche, sin que el Donado tuviese en su poder más que una onza. Perdida casi del todo la esperanza, re-

convenía á la *Santa* con estas palabras: «Chinita, me va faltando la fe que me hace quererte; si no me das las dos onzas que necesito, te abandono, etc.»

Al bajar el puente, un caballero entregaba á Fray Andrés las dos onzas que completaban la cantidad que se propuso recoger.

Habiendo ido una señora un día á la Recoleta Dominica, con deseos de confesarse y hablar para confesor á determinado religioso, éste la recibió ásperamente, por lo que salió desconsolada. Al volverse á su casa, se encontró con el Hermano Andrés, que estaba parado en la portería de su Convento, y sin conocerla, ni menos poder saber lo que le había pasado, la dijo: ¿quiere confesarse? Ella se imaginó que le hablaba en broma, y por el desazón que tenía no quiso contestarle. Repitió el Hermano su pregunta y entonces la señora le dijo: ¿con quién? á lo que le respondió el Hermano: entre ahí á la iglesia y encontrará un confesor que la está esperando, y sólo tiene una persona que confesar. Entró la interesada, lo encontró como el Hermano Andrés le dijo, y halló su alma tal alivio, que fué su confesor mientras vivió el religioso; este era el R. P. Felipe Echanagucía.

«Recuerdo también, refiere don J. 2.º Pacheco, que en el colegio de una señora Otaíza, del cual era alumna una hermana mía, por cuyo motivo solía yo ir allá, se hablaba con admiración de la influencia que Fray Andrés ejercía en una niñita de corta edad, notable por su poca inteligencia y porque nunca daba buenas sus lecciones; pues bien, sucedía que Fray Andrés aplicándole las manos sobre la ca-

beza, le dirigía palabras de aliento, y la niñita entonces daba bien sus lecciones y parecía que su inteligencia se despejaba.—(Firmado)—*J. 2.º Pacheco.*»

Refiere Manuela Osorio: «Habiendo sido desposada con Manuel Jeria el año 1851, después de estar casada algunos años se le puso á mi esposo una mala idea, y trató de abandonarme, luego después, dejándome en una grandísima aflicción. Ocurrí de nuevo á *Fray Andresito*, y le pedí pusiera algún obstáculo en su marcha á mi esposo para que se volviera á mi lado; mis súplicas fueron atendidas tan pronto como las dirigí; dicho esposo en el trance de su marcha á la bajada de un río, el caballo en que iba se asustó como si hubiera visto alguna visión; retrocede, le quita la montura y se acuesta en ella dejando el caballo suelto. Esto fué un día por la tarde; después de dormir un sueño el más delicioso, se levanta, vuelve á ensillar el caballo, de nuevo, para continuar su marcha. Subió á caballo y sigue su camino; mas, presentándosele un Padre por delante le dice: «Vuélvete á tu casa y no prosigas más adelante porque perdido eres»; se presume era el Padre *Fray Andresito*, á quien le había hecho las súplicas; pero esta aparición fué hablando cara á cara; desde aquel punto cobró tanto miedo y terror que quedó sumamente conmovido y arrepentido; desde allí se vuelve á su casa y fué el principal remedio para que nunca la abandonara. Hé ahí otro milagro patente, por los ruegos de *Fray Andresito;* y para sus fines doy ésta á 1.º de Agosto de 1893.—(Firmada)—*Manuela Osorio.*»

«Yo, Candelaria Aravena, estando demasiado afligida por insultos y palos inferidos en la plaza pública, y además de esto, la ausencia de mi marido, sin saber cuál era su paradero, y sin tener á quién clamar, veo pasar á los tres días después de los insultos á *Fray Andresito;* salgo corriendo á pedirle que me encomiende en sus oraciones, contándole todas mis tribulaciones, y rogándole que pidiera por la vuelta de mi marido. Toda su contestación fué: «Bueno, bueno, alabado sea Dios», sin ni siquiera mirarme; así es que ni ha sabido quién le ha hablado. Pero, á los siete días está mi marido en casa, el cual me dice que hace tantos días que estaba intranquilo y con desesperación de ganas de venirse; los mismos de cuando había clamado á Fray Andrés.

«La patrona de la que me había calumniado y ofendido tanto, había entablado un pleito en contra mía; la cual además de tener jueces á su favor, puesto que habían sentenciado en mi contra, siendo yo inocente; sin embargo, vuelto el pleito una vez que llegó mi marido, toma presa á la de los insultos y palos en el momento de llegar, porque al volver mi marido me llega preguntando qué es lo que hay, y contándole lo que me ocurre, saca orden y todo se allana.

«Pues el pleito se ganó por mi parte, y sin gastar ni un centavo; la de las ofensas tuvo que desdecirse de ellas, tal y conforme lo había hecho, es decir, en la plaza pública; y la patrona de ésta, que fué la que siguió el pleito, fué condenada á pagar mil novecientos pesos; los que fueron invertidos para bienestar y beneficio de los presos. Los jueces que habían sentenciado en mi contra fueron destituídos de sus puestos.—(Firmada)—*Candelaria Aravena de Anabalón.*»

«En el año 1846, en el mes de Agosto (no recordando la fecha), pasando *Fray Andresito* por la calle de Artesanos, había en casa de mi padre tres hombres; uno como de cincuenta años, se llamaba Domingo Navarro, y le dijo Fray Andrés que si no se confesaba por ese día moriría sin conocer á Dios; al día siguiente amaneció con los accidentes de la peste y murió á los tres días sin confesarse, sólo absuelto por la bula. Al otro, Manuel Gutiérrez, como de treinta años, le dijo Fray Andrés: *«tú no eres casado y estás engañando al dueño de casa, pídele que te dé la plata y te casas.»* En efecto, confesó no ser casado. Al otro, Santiago Naranjo, como de dieciséis años de edad, le dijo Fray Andrés: «dile á tu padre te eche á ejercicios para que aprendas á conocer á Dios», porque no se había confesado nunca.

«Al año siguiente tenía mi padre un dolor de muelas más de un mes, sin podérsele quitar con remedios, ni se la podían sacar de ninguna manera; y rogándole yo que fuéramos á ver á *Fray Andresito*, me contestó aburrido: «qué va á saber ese lego.» Entonces yo le contesté: «nó, padre, vamos no más.» En ese momento le vinieron dobles dolores y entonces él me dijo que fuéramos. Fuimos á la portería á esperarlo, y cuando venía salí al encuentro y le dije le hiciera algún remedio á mi padre para el dolor de muelas, y entonces muy cariñoso principió á escupir la cuerda y á sobarle la cara y le preguntó cuál era la muela que le dolía, y tocándola con los dedos la sacó y le dijo: «qué va á saber este lego», y le presentó la alcancía para que echase veinticinco centavos que había ofrecido á Santa Filomena. Esto lo digo por si de algo puede servir á Fray Andrés.—(Firmada)—*Carmen San Martín.*»

Don Bruno Amaral, que conoció personalmente á Fray Andrés, declara como testigo presencial de los hechos y de oídas, lo siguiente:

«El año 1848 estaba establecido en la Alameda, esquina de la calle de la Bandera, con almacén de frutos de Lima, como así se llamaba este negocio en aquel tiempo, cuando vino la alarma del descubrimiento de las riquezas de California. Como el negocio en que giraba no me ofreciera mucha esperanza, pensé realizar y en seguida trasladarme á la Plazuela de la Recoleta Franciscana, como en efecto lo hice después. En esta circunstancia, un día pasó Fray Andrés por mi esquina en busca de limosna; pedíle su parecer sobre mi proyecto de mudanza y me contestó: «mal punto; pero haga una mandita á Santa Filomena de un cuartillo en onza de lo que venda», y agregó que á Valdivia y Lurquín, comerciantes en el Portal, les iba muy bien mediante la limosna que hacían.—Este último vive y puede ser preguntado.—Mi contestación al Padre fué de aceptar el convenio, con tal de que fuese la mitad para el Convento.

«Desde el primer día que abrí el negocio en la Plazuela de la Recoleta, obtuve ventas que no esperaba, y con este motivo y á la vez por delicadeza ví á mi acreedor para decirle que desistía de ir á California como también tenía pensado. Aumenté el negocio con algunos géneros y después con paquetería.

«Fué progresivamente aumentando la venta que alcanzó en un mes, el mayor á 966 onzas, y la limosna correspondiente á veintinueve pesos; un cuartillo en onza.

«Aquel y demás hechos de que tuve conocimiento personal, como testigo, obrados por Fray Andrés, y otros que supe de personas que me los contaron, que tenían al Padre como santo, me dan la creencia firme de que Dios le concedió esa gracia por sus virtudes con tantos sucesos milagrosos de que fueron testigos miles de la capital.

«El año 51 hubo un recio temblor en un día de Abril, siendo las seis de la mañana. Vendía á esa hora media vara de cotí á una zapatera y me observa esto: ¿qué estará mirando tanto rato *Fray Andresito* al cielo? La piedra de la esquina me impedía á mí verlo, y doy vuelta al mostrador y salgo. Efectivamente, estaba parado en la puerta del cequión, y momentos después veo que se saca el sombrero y se persigna; concluído esto, empieza á temblar fuertemente. El susto me impidió ver la dirección que tomara el Padre.

«Lo milagroso para mí también, fué ver que los perjuicios en mi almacén fuesen tan pocos, habiendo caído de las últimas tablas seis ó siete botellas de aceite de comer, á tres varas de altura, sin quebrarse ninguna; y aunque el pavimento era entablado—esto no afecta lo extraordinario del caso—que así lo conceptuaron á la vez varias personas.

«Un mes después, más ó menos, en una mañana casi á la misma hora, iba yo á la Plaza, y al subir las últimas gradas del Puente de Palo, veo que Fray Andrés venía del centro para el Convento, y á poco se detuvo á mirar hacia el cielo; se descubre y se persigna y luego sucede un recio temblor acompañado de un ruido espantoso. Me encaminé hacia él apenas cesó el movimiento, y deteniéndole le dije: «Ud., Padre, ¿ha estudiado astronomía ó tiene conocimientos para saber cuándo va á temblar?»—El Padre no me contestó, á pesar de mis exigencias, otras palabras que éstas: «déjeme, hermano, déjeme.» De nada me sirvió decirle que era la segunda vez que lo había visto en este trance.

⁂

«El lunes de la semana en que murió Fray Andrés, vino á llevar la manda y díjele que al otro día le tendría arreglada la cuenta sin falta. Venía con el semblante colo-

rado y el hálito muy fuerte. Preguntéle: ¿Ud., Padre, está enfermo? «sí, me contestó, ahí vendrán, ahí vendrán»; y observé esto á mi mujer, agregándole que por lo que decía el Padre anunciaba su muerte. Efectivamente, el viernes de esa semana murió encargando ó haciendo apuntar los nombres de las personas que daban limosnas.

⁂

«Tuve también la dicha de haber presenciado la exhumación del cadáver; y retengo en la memoria que el Dr. Sazié le hizo una incisión triangular en la pierna derecha y pudo notarse que la sangre estaba sin descomposición alguna. La fisonomía era la misma, salvo una alteración en la boca debido talvez á la postura. El dedo menor del pie izquierdo aparecía dislocado.

«Los circunstantes todos encontraron mucho de extraordinario en la conservación de aquel cuerpo, dada la enfermedad de que falleció y el lugar de la sepultura.



«La primera vez que conocí á Fray Andrés, iba yo por la calle de San Pablo en compañía de don Pedro y don José Cuadra. Don Pedro nos dijo: «Voy á darle á ese Padre (que iba en acera opuesta), un real, es un santo.» Don José á su vez prometió que si lo encontraba á su vuelta le daría cuatro reales. Nos demoraríamos en las compras en la Plaza como una hora; y regresamos en seguida por la misma calle, la de las Capuchinas, para llegar á casa en la de las Rosas. Al acercarnos á ésta creímos no encontrar ya al Padre, y yo preocupado de esto miré al entrar hacia arriba y abajo de la calle. Don José venía un poco adelante y salvaba ya el zaguán de la casa cuando se nos presenta

ahí mismo el Padre. Llamé entonces á don José, que quedó como los demás admirado del suceso y pagó en el acto la limosna ofrecida.

«En don Pedro y en el que habla creció más la admiración por no encontrar explicación al punto. Preguntéle al Padre de dónde venía y su contestación fué: *«de por aquí»:* pero, Padre, repliqué, ¿del frente? Idéntica contestación obtuve. Me fijé en sus pies por si había pasado de la otra acera; y estaban limpios á pesar del barro que había, por venir agua en la acequia, entonces por el medio de la calle, que empantanaba. Esto nos causó un respeto muy grande.

⁂

«La segunda vez, si mal no recuerdo, de haber visto al Padre, fué en la chacra que administraba un primo mío, Francisco Matías Martínez, al pie del San Cristóbal.

«Entraba yo por un callejón que daba á las casas, y el Padre iba llegando á la puerta de éstas; me adelantaba como media cuadra. Veo salir, entonces, un tropel de cuatro perros que por descuido se salieron al callejón. Matías, que venía del frente, de un potrerillo, cuando esto ve se quedó helado, porque sin duda para él, como para mí, los perros que eran unas fieras despedazarían á Fray Andrés. Grandísimo fué nuestro asombro al ver que uno de los animales le puso las patas en sus hombros, otro se le aproximó en ademán y manifestación de alegría. El Padre los acariciaba como si los conociese. Mi primo, entonces, le dijo: «Venga todos los sábados por un real, pues Ud. debe ser un santo».

⁂

«Don Ramón Navarrete, vecino de la Recoleta, caballero respetable, me contó que fué testigo de haber visto en

la Imprenta de *El Ermitaño* al Padre Andrés, en busca de limosna. Don Juan Nicolás Álvarez pidióle allí que rogase á Santa Filomena á fin de obtener buen resultado en un pleito de importancia. El Padre le dijo: «una mandita de una oncita». A lo que Álvarez accedió.

«Meses después se aparece el Padre, á eso de las once, un día en que llovía copiosamente á la casa de aquél, y le dice: «la manda es deuda, la oncita, que ya ganó el pleito». Álvarez le observó que no lo habían notificado; pero si era la verdad, que volviese al día siguiente. Media hora había pasado, cuando viene un escribiente de la Corte, trayéndole la copia de la favorable sentencia, para cobrarle las albricias.

«Álvarez notició al joven: «ya lo sabía», preguntándole á la vez si había estado por allá el Padre Andrés. Nó, le dice, pues á las once se dió la sentencia y yo fuí el que saqué la copia, sin que nadie más sepa de ello. Esto lo tuvieron como un milagro.—*Bruno Amaral.*»

«Como le anunciaba en mi anterior, había de ocuparme en investigar el motivo de la limosna de diez pesos que trajeron para el Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García; y al efecto, me fuí á ver con la señorita Magdalena Hinojosa, portadora de dicha limosna y que vive en la calle de Blanco, núm. 35.

«Hablé, pues, con ella y su señora madre y ambas me aseguraron lo siguiente:

«Habiendo llegado á sus manos varias de las estampas de Fray Andrés, que yo repartí en el mes de Mayo próximo pasado, obsequiaron una á la señora doña Francisca Moreira v. de Moreira. Esta hacía varios años que esperaba en vano el pago de un crédito á su favor en una testa-

mentaría, á cargo del conocido abogado don Valentín Letelier, cuyo crédito no se satisfacía, en parte porque no se presentaban postores para el remate de una propiedad de dicha testamentaría, y en parte porque la señora no tenía documento que abonase su derecho, lo que hacía que judicialmente no se podía hacer efectivo; además el señor Letelier estaba ausente en Iquique, y la señora consideraba ya como perdida toda esperanza.

«Al ver la imagen del Siervo de Dios, y encontrándose en circunstancias muy apremiantes, siente reanimarse en su pecho la confianza, y promete al Siervo de Dios que si consigue que le entreguen su dinero, le daría la limosna de diez pesos.

«Los hechos correspondieron felizmente á sus espectativas, porque el señor Letelier vino cuando menos lo esperaban, creo que por causas políticas, se presentaron luego interesados al fundo, se remató, y el señor Letelier le pagó á la señora Moreira una cantidad con la que quedó ella contenta, y con expresa declaración de que hacía algo á lo que no se creía obligado en absoluto por la falta de documento. Todos estos resultados se han realizado en menos de quince días, cuando, dados los antecedentes, no se le veía término al asunto.

«Me agregó la señorita Magdalena que la señora Moreira ha hecho otra promesa al mismo Siervo de Dios, de darle igual cantidad, si en el término de un mes tiene noticias de un hijo suyo que se ha ausentado de su lado y cuyo paradero ignora. Al darle á saber esta otra circunstancia es asimismo para que ayude Ud. con sus oraciones á obtener de Dios por intercesión del Siervo de Dios, el consuelo que se solicita para esa madre desconsolada. Es cuanto por ahora tengo que decir, si no es pedirle no me olvide en sus oraciones.—(Firmado)—*Un sacerdote.*»

Relación de las señoras Rosario Vargas v. de Muñoz y Fernanda Gálvez v. de Poblete, ambas de Santiago y domiciliadas en la Avenida del Rosario, núm. 145. La primera de 38 años y la segunda, más ó menos, de 56 años, declaran «que el domingo 20 de Octubre de 1895, entre $9\frac{1}{2}$ y 10 P. M., habiéndose interrumpido la novena, 2 de Septiembre, en honor de Santa Filomena, que se había comenzado dos días antes, sucedió que las declarantes vieron distintamente al Siervo de Dios, Fray Andrés, del porte natural de él; pues así lo declara la Gálvez que lo conoció de vista, perfectamente bien, visible, movible y con el hábito recoleto tal como andaba siempre con la alcancía en una mano y en la otra el cuadro de Santa Filomena tal como acostumbraba llevar el Siervo de Dios.

La Vargas dice que no vió la alcancía; esta visión y aparición del Siervo de Dios duró por espacio de más de media hora.

La segunda declarante dice que vió al Siervo de Dios á las 9 P. M. por tres veces que dirigió la vista á la imagen de la *Santa*, la cual se hallaba iluminada por las luces que rodeaban su imagen. Sorprendida por esta visión no la comunicó á nadie hasta que la primera declarante vino adonde había tenido lugar la aparición á rezarle la novena á la *Santa*. En estas circunstancias acierta la primera declarante á dirigir sus miradas hacia el mismo lugar donde estaba colocada la *Santa;* con estupor y asombro ve también al Siervo de Dios en la forma y situación ya dicha. Es menester observar que las declarantes no se comunicaron esta visión que habían tenido sino momentos después en que la sorpresa é impresión causadas llegaron á tal extremo que la primera declarante no pudo contener la emoción producida por este acontecimiento, diciéndole á la segunda declarante: «Fernandita, ay, mire como está parado *Fray Andresito* al lado de Santa Filomena; está

hasta con la alcancía.» La segunda declarante respondió: «No lo había querido decir á nadie.»

«Entonces la primera declarante pidió á la sirvienta que trajera el retrato del Siervo de Dios, pues creía que talvez desearía estar al lado de la *Santa* como era costumbre ponerlo en ese lugar siempre que rezaba la novena. Inmediatamente se trajo y se colocó el retrato á los pies de la *Santa;* en ese mismo momento el Siervo de Dios se apartó de la posición en que estaba y comenzó desde entonces, poco á poco, á desaparecer, quedando como una especie de sombra hasta que desapareció por completo. No lo han vuelto á ver más, aunque naturalmente dirigen la vista al lugar donde hasta ahora permanecen la *Santa* y el Siervo de Dios.—(Firmadas)—*Rosario V. v. de Muñoz.—Fernanda Gálvez v. de P.*»

La señora Pilar Rogers de Puerta de Vera declara «que un día su marido se encontró con el Siervo de Dios en la Plaza de Armas, al salir del Correo, y hallándose en circunstancias apuradas y necesitando veinticinco mil pesos; no porque dejase de tener, antes al contrario, contaba con bienes de fortuna; pero fué este un caso excepcional, pues se le cumplía el plazo de un pagaré que debía cancelar en ese mismo día, y el Siervo de Dios, para consolarlo, le dijo que no se preocupara mucho de eso, que luego encontraría la plata que necesitaba. Efectivamente, á poco andar, en la calle del Estado, encuentra al señor Manuel García Lecaros, y sin comunicarle el apuro en que se hallaba, el mismo caballero expontáneamente y sin haberlo solicitado el señor Puerta de Vera, le ofreció los veinticinco mil pesos, diciéndole: ¿quiere Ud. hacerse cargo de estos veinticinco mil pesos?

«Tal es el hecho narrado repetidas veces por mi esposo,

con sumo agradecimiento hacia el Siervo de Dios, y lo refería á quien quería oírselo.—(Firmada)—*Pilar Rogers de P. de Vera.*»

Un caballero que tropezaba con obstáculos, á su juicio invencibles, para obtener la mano de una señorita con quien deseaba casarse, hizo á Santa Filomena la promesa de darle una onza si por su intercesión lograba su intento. Poco tiempo después el caballero consiguió su objeto, pero no se acordó ya de su promesa. Atravesaba un día el Puente de Palo y se encontró con Fray Andrés, quien se le acercó, y dándole á besar el cordón de San Francisco, le dijo: «¿Cuándo cumple la promesa que hizo á Santa Filomena?» El caballero, al oirle, quedó sobrecogido de admiración, pues á nadie había comunicado su pensamiento.—«No se olvide Ud. de la onza, agregó el Siervo de Dios, que la *Santa* la necesita para su altar»; y se alejó.

«En otra ocasión, teniendo yo un hermano que era estudiante, refiere un caballero, notamos que muchos días ni iba á las clases y también otras noches no se recogía á la casa; mi madre se lo recomendó al Siervo de Dios sin saber dónde se quedaba; él le contestó que se lo dejara á su cuidado; buscó al joven y lo encontró en una casa donde no creía éste que le encontraran. Aunque en la casa lo negaron, diciendo que no se encontraba ahí, con todo, el Siervo de Dios entró á dicha casa y lo sacó de allí. Después de haberlo aconsejado le dijo que sus mismos amigos lo habían de maltratar y golpearlo si no se volvía á su casa; que no diera tanto que sentir á su madrecita y hermanitas. Sucedió todo lo que le había anunciado el Siervo de

Dios; llegó muy arrepentido y á decir que el Siervo de Dios era santo ó brujo, pues lo había encontrado donde él no pensaba que pudiera ser hallado.»

María Milles, de Santiago, soltera, de edad más ó menos 60 años, declara: «una vez un primo mío había ofrecido una manda de cuatro pesos sin haberlo comunicado á nadie y con el objeto de obtener la mano de una niña para casarse, sin decirlo por el término más ó menos en que debía hacerlo. Después de haberse casado, repito, un día llegó el Siervo de Dios cobrando la manda que se había hecho á Santa Filomena, lo que causó la admiración de todos los que presenciaron este hecho. La declarante es testigo presencial de este hecho, pues manifestó el Siervo de Dios hasta la cantidad que se había ofrecido.—(Firmada)—*María Milles.*»

«Monasterio Provincial del Buen Pastor.

«*Santiago, Marzo 17 de 1897.*

«Rvdo. P. Fr. Francisco Julio Uteau.

«Rvdo. Padre:

«Inserto en esta nota mi opinión sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Tuve la dicha de conocer al Siervo de Dios, de verle con mucha frecuencia en casa de mis padres don Pedro José Fernández Recio y doña Rosa de Santiago Concha de Fernández, quienes lo estimaban como á un santo; en todas las angustias, ya de enfermedades ó de otras aflic-

ciones se recurría á Fray Andrés pidiéndole sus oraciones como á poderoso intercesor para con Dios, y en repetidas circunstancias se obtuvo feliz suceso.

«Recuerdo especialmente dos: la primera, en una grave enfermedad de mi padre, llegó un día Fray Andrés en circunstancias que no pudo entrar hasta la cama del enfermo como acostumbraba; habló conmigo y me dijo estas palabras: *«su papá sanará»;* yo me apresuré á transmitir la buena nueva á mi madre y ella á comunicarla á mi padre que estaba mal. Grande fué el consuelo de ambos. Varias veces me llamó mi padre para que le repitiera las palabras del Siervo de Dios. En efecto, mi padre sanó poco después.

«La segunda fué en un pleito de mucha importancia que seguía en la Corte de la Serena. Mi hermano Joaquín Fernández Concha, joven abogado, sostenía los derechos de mi tío político don José María Gallo Zavala, quien había puesto su asunto bajo la protección de las oraciones de Fray Andrés.

«Un día, cuya fecha no recuerdo, llegó el Siervo de Dios como á la una de la tarde en busca de mi padre, y le dice como preguntándole: *«¿con que se ganó el pleito?»* Mi padre sorprendido, pues no había tiempo de tener noticias de la resolución, le mostró su asombro; entonces el Siervo de Dios trató de disimular y se despidió. Mi padre, impresionado, fué luego á referir esto á mi madre: yo estaba con ella. En esos tiempos no había telégrafos, y la comunicación con la Serena no era diaria. Mi padre añadió: yo tengo mucha confianza en Fray Andrés, yo voy á apuntar este día. La deseada y favorable noticia llegó por fin, y la fecha de la sentencia coincidía con la visita de Fray Andrés en el día anotado.

«Hasta ahora me causa devoción recordar el *Vía-Crucis* que le ví hacer algunas veces en la noche, en los días de Cuaresma, en que debía llegar al Convento rendido por el calor y extenuado por el rigor del ayuno. Con soga al

cuello y Cruz al hombro, seguido de muchachos y de personas que había en la iglesia, hacía las estaciones en medio de los palos de los andamios (la iglesia de la Recoleta estaba en refacción). Sus golpes de pecho resonaban. Su hablar era enredado, poco se entendían las preces que rezaba, pero los corazones sentían la compunción que les comunicaba el Siervo de Dios.

«A su muerte nos encontrábamos en Valparaíso; el Rvdo. Padre Fray Vicente Crespo dió la noticia á mi padre y le refirió que antes de irse á Valparaíso le había llevado Fray Andrés unos rosarios para que se los bendijera, diciéndole: éstos serán los últimos que me bendiga, como para anunciarle que su muerte estaba próxima. El Rvdo. Padre Crespo refería á mi padre las grandes virtudes, la heroica mortificación de Fray Andrés.

«Tal era la opinión que teníamos de la santidad de este Siervo de Dios, que cuando oí se pensaba trabajar en el Proceso de su Beatificación, mi alma se regocijó grandemente; me hubiera considerado dichosa de contribuír á la glorificación de este humildísimo Fray Andrés, cuyas santas oraciones imploré tantas veces. En esta numerosa comunidad la fama de santidad del Siervo de Dios está establecida en las chilenas que lo conocieron, en las religiosas europeas que han oído hablar de él y entre nuestras asiladas. Hemos debido cuidar que no se le rindiera culto á sus retratos para no poner obstáculos á su beatificación. ¡Oiga el cielo nuestras súplicas y glorifique cuanto antes al Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta!

«Con sentimientos de respeto soy en los SS. CC. de Jesús y de María de V. R. humilde servidora en Nuestro Señor.—*Sor María San Agustín de Jesús*, Visitadora de la C. del Buen Pastor.»

«*Febrero 18 de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.

«En contestación á la anterior diré á V. P. R. que llegué á Chile á los cuatro años del fallecimiento de *Fray Andresito* García Acosta; por consiguiente, sólo puedo asegurar que cuanto se decía de él eran otros tantos milagros. Entre otros me contó en los Baños de Apoquindo una señora casada con un protestante en Santiago, famoso saca-muelas, y que sus hijos siguen lo mismo (no recuerdo su apellido), que todos los hijos que tenía la señora se le morían; por eso ella hizo promesa de dar una pingüe limosna (cuatro onzas) á *Fray Andresito* si el primer hijo que tuviera en seguida no se moría y, si era hija la llamaría Filomena.

«Llegó el tiempo de salir la señora con bien, y dió á luz una hija; al día siguiente (estando las puertas de la casa cerradas), se presenta *Fray Andresito* á la pieza de la enferma y le dice:

—«*¿Dónde tienes á la Filomena que diste á luz? Ya no se muere, pero tienes que cumplir la promesa* (de tantos pesos), *á Santa Filomena.*

«Todo esto me contó la madre en Apoquindo, en 1874; añadiendo que la Filomena (á quien me presentó como de 25 años de edad) y otros cuatro partos que tuvo, fueron todos felices.

«Esto, entre otros infinitos hechos que se cuentan en Santiago.

«Es cuanto puede asegurar á V. P. R. S. A. S. S. y Hermano—*Fr. Juan B. Benelli.*»

«*Santiago, Junio 22 de 1897.*

«R. P. Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador.

«Mi estimado amigo y capellán:

«En contestación á la suya de Enero 26, en que me pide el concepto que me haya formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, diré á Ud. lo siguiente:

«Desde mi niñez conocí al mencionado Siervo de Dios, con el nombre de *Fray Andresito*, el cual era tenido como un santo por la generalidad de las familias á quienes visitaba semanalmente para recolectar sus limosnas.

«En comprobante de lo dicho puedo citarle el siguiente hecho notable:

«Mi cuñado don Jovino Novoa se encontró un día con *Fray Andresito* en el momento que entraba en busca del semanal. El señor Novoa dice á *Fray Andresito* que pida á Santa Filomena por algo que deseaba obtener, y que le pagaría lo que andaba trayendo consigo, si adivinaba cuánto era. *Fray Andresito* contestó inmediatamente:

—«Bueno, bueno, pediré á la *Santa*, porque la limosna es buena; Ud. tiene en el bolsillo una onza de oro.

«En realidad, era efectivo. El señor Novoa no trepidó un momento en entregar á *Fray Andresito* la onza de oro que tenía en su poder en ese momento, que fué recibida por el Siervo de Dios con los mayores agradecimientos, diciendo:

—«La *Santa* le pagará.

«Este suceso es el que me consta; pero hay muchos otros que se contaban cuando se trataba de la santidad y milagros de *Fray Andresito.*

«Con esto creo dejar cumplidos los deseos de mi amigo y capellán.

«Con sentimientos de alta consideración ordene como guste á su aftmo. amigo y S. S.—*F. Risopatrón.*»

«Pelarco, á 18 de Agosto de 1897.

«R. P. Fray Francisco Julio Uteau.

«Estimado Padre:

«Mi humilde opinión respecto á las virtudes practicadas por el Siervo de Dios Fray Andrés García, es que las poseyó en un grado heroico y en fama; siendo yo muy niño, en Talca anunciaba que su santidad no sería relegada al olvido, haciendo la posteridad justicia á sus méritos.

«Á propósito de lo anterior, hay un hecho contado por mi hermano, que creo no refiere la *Vida de Fray Andrés*, y es el siguiente: á la bajada del Puente de Calicanto había en aquellos años una escuela regentada por un señor Pascual ó Juan Caravante. Los muchachos de dicha escuela, en las horas de recreo, tenían por costumbre mofarse del Siervo de Dios, cuando pasaba por ahí.

«Un día que divisan á Fray Andrés á la distancia, se dicen entre ellos allá viene el *mocho*, hágase uno el muerto. Al instante uno se hace muerto y llaman al santo que vaya á resucitarlo. Fray Andrés, siguiendo su camino, no les hizo ni caso; van á ver al niño para que se levante, y ¡cuál no fué su sorpresa cuando vieron que estaba realmente muerto!

«Logra esta circunstancia para encomendarse á sus oraciones su hermano y capellán—*Félix Oportus*, cura y vicario.»

«*Santiago, Septiembre 18 de 1897.*

«R. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Santiago.

«Rvdo. Padre:

«Había olvidado contestar á S. R. la carta en que me pide datos, ó la opinión que tengo formada sobre la santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María García Acosta, lego de la orden Franciscana fallecido en Santiago el 14 de Enero de 1853.

«Tuve oportunidad de conocer á *Fray Andresito* que con frecuencia iba á casa, en donde le teníamos verdadero cariño y le considerábamos como santo.

«No he podido olvidar el hecho extraordinario que paso á referirle, del que yo fuí testigo, y el que contribuyó á aumentar la fe que teníamos en su santidad.

Allá por el año 1848, encontrándome en el estudio de mi señor padre, llegó *Fray Andresito* y le saludó con estas palabras que no he podido olvidar: «¿Con que se ganóel pleito, mi amigo don Pedro? se ganó, eh?»

«Mi padre, que ninguna noticia había recibido de la Serena, en donde se ventilaba el importante asunto, encomendado á las oraciones de *Fray Andrés*, le preguntó sorprendido por qué conducto había recibido la noticia.

«*Fray Andresito* se turbó, cambió de conversación y se retiró un momento después, dejando en el ánimo de los que le habían oído, la grata impresión del fallo favorable del asunto.

«Inmediatamente que se retiró Fray Andrés, mi padre tomó la pluma para apuntar la fecha del día y la hora de la visita del Siervo de Dios.

«Como en aquel año no había telégrafo ni otro medio de comunicación más rápido con el Norte que los vapores de la carrera, hubo que esperar varios días para tener noticias de la Serena. En la correspondencia que se recibió de aquella ciudad, venía la noticia de haberse fallado favorablemente el importantísimo pleito recomendado á Fray Andrés en el mismo día en que él había estado á anunciarlo á mi señor padre.

«Se trataba de un juicio importantísimo que seguía don José María Gallo Z. sobre minas, fallado en primera instancia en Copiapó, y que había ido en apelación á la Corte de la Serena. La defensa del asunto había sido encomendada al distinguido jurisconsulto don Manuel Antonio Tocornal, quien alegó en la causa obteniendo éxito favorable.

«Ojalá que la relación de este hecho sea de utilidad para el buen éxito de la causa de beatificación del Siervo de Dios, de cuya santidad no duda ninguno de los que tuvieron ocasión de conocerlo.

«Soy de Ud. Atto. y S. S.—*D. Fernández Concha.*

De la "Vida de Fray Andrés", por don R. Marchant Pereira.

«En una ocasión recuerdo, dice doña Jesús Ballesteros de Berríos, que después de haber pagado una manda que había hecho por mi tía, hice por otro motivo otra de cuatro reales que se me olvidó pagar. Un día, cuando menos lo pensaba, hé aquí que se presenta de repente Fray Andrés:

—«Y bien, me dice, ¿cuándo le paga á Santa Filomena los cuatro reales que le está debiendo?

«Yo me quedé helada; puedo asegurar que á nadie había dicho lo que únicamente había pensado en mi corazón.»

«Habiendo la madre de don Pedro Negrete pasado á segundas nupcias, propuso él á su hermano el comenzar á trabajar por cuenta propia, saliendo luego en busca de alguien que le facilitase el dinero que necesitaba, encontrando pronto un caballero que le proporcionó la suma de diez mil pesos. Transcurrieron los años y don Pedro llegó á ser inmensamente rico. Como era un hombre excelente y por demás piadoso, aprovechaba sus caudales en hacer bien, levantando á sus expensas la capilla de su nombre en el camino de Colina. Sin embargo, no se sabe cómo, si por haber fallecido el caballero que le proporcionó los diez mil pesos ó por habérselos condonado, lo cierto es que don Pedro se había olvidado por completo devolver dicho dinero. Habiendo entrado á ejercicios, por más que se esforzó en hacerlos del mejor modo, salió con gran desconsuelo y tristeza, sin saber explicarse el por qué.

«En estas circunstancias recibió la visita de Fray Andrés, quien impuesto de la pena que le aquejaba, y aunque ignoraba por completo el asunto de la deuda, puesto que el mismo don Pedro lo había olvidado del todo y jamás había hablado sobre esto, al momento Fray Andrés le recordó que era preciso devolver ese dinero de donde dimanaba su fortuna. Sorprendido don Pedro con lo que escuchaba.

—«Ahora me explico, exclamó, la causa de mi desconsuelo y de mi profunda tristeza! Mas ¿cómo hacer esta devolución? No conozco ningún pariente de ese buen señor y luego, con el trascurso de los años, los intereses deben haber duplicado el capital.

—«Todo se arreglará, continuó con semblante apacible Fray Andrés. Yo me encargo de todo: conozco una venerable señora, pariente cercana y por lo tanto única heredera de su bienhechor. Cargada de años y de virtudes, vive en la miseria. Si Ud. quiere, yo mismo puedo ser el porta-

dor. Y, por lo que respecta á la suma, no se preocupe Ud. de interés, bástele reintegrar el capital.

«Escusado parece pintar la dicha de don Pedro, que desde aquel mismo instante dijo que sentía el más dulce consuelo en su corazón.»

«Afligida una señora por la pobreza en que se hallaba y las dificultades que se le presentaban para el cobro de una suma que se le debía y que era lo único que le quedaba, determinó verse con Fray Andrés para pedirle oraciones. Iba ya con este objeto, cuando al torcer una esquina se encuentra con él, quien sin darle más tiempo que el preciso para saludarle:

—«Hoy mismo, señora, le dijo, y antes que Ud. llegue á su casa tendrá su dinero.

«Sorprendida ella, quiere aún interrogarle, mas ya Fray Andrés se había ido. Vuelve entonces sobre sus pasos, con dirección á su casa, cuando se encuentra con un caballero que, parado en una puerta de calle, la saluda con cortesía y la invita á entrar, diciéndola que se halla encargado de un negocio importante para ella; era la entrega de la suma que se le debía, y que con sus intereses deposita íntegra en sus manos.»

Refiere también el señor don Ramón Castro lo siguiente:

«Cabalgábamos un día en compañía de mi hermana Amelia, bajando el Puente de Calicanto, con dirección hacia la Cañadilla. Al pasar cerca de un despacho, divisamos á Fray Andrés que andaba colectando su limosna.

—«Detengámonos un momento, me dijo mi hermana, para darle un real á Fray Andrés.

—«Se nos hace tarde, contestéle yo, otro día será. Y clavé las espuelas partiendo casi al galope.

«Cuál no sería nuestra sorpresa cuando después de haber andado así algunas cuadras, al llegar á la chacra Lo Bezanilla, vimos que Fray Andrés en persona, á quien habíamos dejado tan atrás, nos salía al encuentro del camino. Vivamente impresionados detuvimos las riendas al mismo tiempo que el santo lego con dulce sonrisa decía á mi hermana:

—«¿Ud. quería darle un real á Santa Filomena?

—«Sí, sí, murmuró ella pálida y temblorosa, entregándole la moneda.

—«¡Sea siempre buena! ¡sea siempre buena! agregó despidiéndose Fray Andrés.»

Otro suceso un tanto curioso, y que no carece de gracia, es el que refiere uno de los religiosos del Convento.

«Habiéndosele robado al P. Echanagucía un pequeño candelero de cobre en el que Fray Andrés acostumbraba encenderle luz todas las noches, él, sin decir ni preguntar nada, salió al día siguiente un poco más temprano que de ordinario, dirigiéndose en derechura al cuarto de un zapatero que vivía al extremo de la población, en Yungay. Apenas hubo llegado, y sin más preámbulo metió la mano en un canasto que estaba sobre un banco, sacando el candelero.

—«Hermano, dijo al zapatero, preciso será que alguna vez entre Ud. á ejercicios.

«Ya nos podemos imaginar cuál sería el pasmo y confusión del infeliz.»

«Pero, algo que llamó mucho la atención, y con sobrada razón, fué lo acaecido el 8 de Diciembre de 1851, día en

que se dió la batalla de Loncomilla, que puso término á la crisis política que tanto turbó al país en aquella época. Ese día se vió á Fray Andrés sumido en la más profunda oración. Arrodillado al pie del altar, permaneció durante largas horas, inmóvil, silencioso y como arrobado ó en éxtasis. Varias veces interrumpió su oración y se le vió salir del templo, vagando desasosegado é inquieto por los claustros: en sus ojos y en su semblante se leía una tristeza indefinible y la más amarga aflicción.

«Interpelado por algunos religiosos acerca de la causa de su dolor,

—«¡Oh! mueren muchos hombres, contestaba, mueren muchos!...

«Y volvía de nuevo á su oración. Así permaneció varias horas, hasta que al fin se levantó alegre y tranquilo, como lo era habitualmente, diciendo á sus hermanos:

—«Demos gracias á Dios, pues ha dejado de correr sangre, y los jefes celebran un convenio.

«Túvose la curiosidad de apuntar la fecha y la hora en que esto acontecía. Dos días después se difundió en Santiago la noticia de la batalla de Loncomilla y de la celebración de los tratados de Purapel. Es indudable que, en espíritu, Fray Andrés había presenciado todos los incidentes de aquella luctuosa jornada.

«Como en el caso anterior, varias veces se constató hasta la evidencia, en oración en la iglesia ó en su celda y socorriendo alguna urgente necesidad muy lejos del Convento. Estos hechos no son raros en la vida de los santos.»

«Estando don Alejo Barrera trepado arriba de una escalera de tijera sacudiendo con un plumero el polvo del altar de Santa Filomena en la iglesia de la Recoleta, de repente

se abrió la escalera deslizándose sobre el pavimento de mármol y cayendo el dicho señor Barrera desde una altura bastante considerable y, con tal fuerza, que tronchó uno de los ganchos de fierro que servía para iluminar antes la iglesia. Por fortuna fué á azotar con su cuerpo la tumba misma de Fray Andrés, hundiéndose algunos de los ladrillos de mármol que cubren el ataud. Todos los que le vieron caer, le creyeron muerto, ó por lo menos muy mal herido; mas, con gran sorpresa de los diversos testigos, le vieron levantarse sin la más leve lesión ni daño alguno.»

«El año 1890, dos señoritas sumamente escasas de bienes de fortuna, deseando entrar en religión y no sabiendo cómo proporcionarse la dote que necesitaban, se dirigieron á la tumba del Siervo de Dios y, con lágrimas, le suplicaron les alcanzase esta gracia de Santa Filomena. Al año cabal, todo lo habían conseguido casi sin dificultad, solicitando del R. P. Guardián se las permitiera colocar una verja de fierro en torno del sepulcro como recuerdo de este favor.»

Otros hechos maravillosos del Siervo de Dios.

La señora Elvira Lastra U. dice lo siguiente:

«Con el ánimo de influír en algo, si es posible, en el Proceso de Canonización del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, escribo estos hechos que ojalá sean comprobantes de su santidad:

«En una de las visitas de Fray Andrés á casa del General don Francisco Calderón, y encontrándose el Ge-

neral bien de salud, fué exhortado por este Siervo de Dios para que se preparase á morir, porque en días más dejaría de existir.

«En efecto, al terminar el plazo indicado cayó enfermo de gravedad el General, y la familia mandó buscar al Convento á Fray Andrés; pero á medio camino encontraron que ya venía á atenderlo con el confesor.»

*
* *

«Encontrándose mi abuela enferma de mucha gravedad, interrogaron al Siervo de Dios si de esa enfermedad moriría, y su respuesta fué: la señora vivirá más que yo. Efectivamente, él murió á los pocos días y mi abuela un poco después.»

*
* *

«Como supiese un caballero que Fray Andrés tenía un agua que era remedio para la vista y que de ella se había echado en las manos un jugador y le había ido muy bien en el juego, me encargó que le pidiera un poco de ella para echarse también en la vista;—excusado es advertir que yo no sabía el objeto en que éste la iba á emplear.

«Yo le pedí á Fray Andrés del agua y él me contestó textualmente: la agüita que me pides no la necesitan para la vista; pero, sin embargo, te daré un poquito. Al tiempo después de habérsela dado al caballero, me contó el caso que refiero, y que habiéndose él echado en las manos para jugar también, había perdido en esto toda su fortuna.

«Estos son los hechos de que he sido testigo ocular.—*Elvira Lastra U.*»

«*Yerbas Buenas, 23 de Octubre de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«Referente á la pregunta sobre el concepto que me haya formado sobre la fama del Siervo de Dios, Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, le contestaré que siempre he oído hablar de hechos prodigiosos de *Fray Andresito* y que todo Santiago le tenía por santo por sus virtudes y por sus curaciones milagrosas, escudando su humildad en Santa Filomena.

«A mí me han contado entre otros el caso siguiente:

«Un joven casado, de buena familia, por negocio hubo de separarse de Santiago á la Argentina. Cuando volvió encontró á su esposa con guagua, y no creyéndose padre de la criatura entró en celos, y tanto cundieron que determinó matar, tanto á la madre como al niño, teniendo al efecto la herramienta preparada para dar el golpe á una hora determinada. Una hora antes se presenta *Fray Andresito.* De los preámbulos se va al grano; pide entrar á la pieza de la señora y pregunta al niño que en nombre de Dios diga quién es su padre; el niño indica al caballero que, confuso y avergonzado, llora y le pide perdón á su mujer, volviendo á reinar la paz y la alegría en ese hogar.

«En vista de los antecedentes que tengo, opino que debe procurarse la canonización de este Siervo de Dios á mayor gloria de Dios y de su Iglesia.

«Encomendándome á sus oraciones queda á sus órdenes su aftmo. capellán y S. S.—*Heráclito Merino.*»

Pedro Pablo Iglesias, de la Serena, ahora residente en Santiago, de edad de 75 años, declara: «que un día se le perdió á su señora, Carolina Cabezas, un par de anteojos de valor, y que posee actualmente, después de tres días perdidos, y buscados prolijamente por todas las piezas, removiendo alfombrados y muebles inútilmente, durante tres días, después de los cuales el declarante invocó al Siervo de Dios, diciéndole: «si eres milagroso hazme el milagro que parezcan los anteojos.» Inmediatamente me dirijo á buscarlos á la antesala, pieza en la cual habían sido rebuscados una y otra vez, como en las demás; el caso fué que después de haber removido un sofá para ver si allí se encontraban y siendo inútil mi diligencia, acierto á mirar hacia la puerta por donde mismo había entrado y todos los demás que los buscaban, cuando diviso los mismos anteojos colocados sobre una silla que estaba junto á la puerta, imposible de no haberlos visto por cualquiera que hubiera entrado á la pieza, mucho más cuando con tanta diligencia habían sido buscados.—(Firmado)—*Pedro Pablo Iglesias.*»

«Queriendo dejar constancia de un hecho que no hace muchos días me ha ocurrido, apreciándolo yo como un milagro por la intercesión de Fray Andrés, paso á referírselo, R. P., para que Ud. lo juzgue á su vez, y si lo cree conveniente lo agregue á los muchos que ya habrán llegado á su conocimiento.

«Salí de mi casa una tarde llevando en mi bolsillo la llave de la puerta de calle atada con una huincha oscura como de una cuarta de largo. Esta llave la necesitaba para entrar, pues para salir con tirar la puerta quedaba cerrada. Después de hacer algunas compras, de hacer visita á una amiga volvía á mi casa, y estando ya muy cerca quise

tener la llave en la mano para abrir la puerta. Grande fué mi sorpresa cuando no la encuentro en mi bolsillo y me cercioro que la he perdido; vuelvo atrás á recorrer todo el camino que había andado, encomendándome á Fray Andrés para que hiciera parecer la perdida llave, y no teniendo nada más que ofrecerle le prometí ir á su tumba á rezar algunos Padrenuestros, pidiendo á Dios por el feliz término de su canonización. Para mí era indispensable encontrar la llave; pues somos tres mujeres solamente, y si otra persona cualquiera la hubiera encontrado, podía suceder que se valiera de esta llave para entrar de noche y robar. Desconsolada volvía nuevamente á mi casa sin encontrarla cuando, distante todavía algunos metros, diviso moverse con el viento la huincha que tenía atada á la llave que estaba metida en la boca-llave de la puerta. Si grande fué mi susto al perderla, mucho más fué al encontrarla; pues veía en esto un milagro de Fray Andrés, á quien había invocado con toda la fe de mi corazón. Tanto más extraordinaria era la aparición en ese lugar, cuando no la había necesitado para salir, y hacía apenas un momento otra de las personas de la casa había estado sentada un largo rato en la misma puerta de calle, no llamándole la atención ni siquiera la huincha que era lo bastante larga para haberla visto de lejos.—(Firmado)—*Juana González.*»

«*Doñihue, Enero 28 de 1897.*

«R. P. Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Con gran satisfacción y contento he recibido su atenta en la que me manifiesta como Vice-Postulador en la causa

de Beatificación del Siervo de Dios Fray Andrés García, sus deseos de que yo informe acerca de la opinión que me haya formado de la virtud y méritos del Venerable Hermano Recoleto.

«Ante todo debo decir que tuve el honor y gran consuelo de haber conocido á dicho religioso desde que pude darme cuenta de mí; es decir, desde niño. Era él socorrido por mis padres con una limosna semanal, y no solía faltar á recogerla todos los sábados. Siempre fué para mis padres como para mí un religioso ejemplarísimo, por su profuuda humildad y caridad. Era nuestra admiración el verlo siempre risueño, con sus pies descalzos en los ardientes calores del verano y consolando siempre al que le manifestaba una necesidad y aflicción. Á este respecto recuerdo un incidente, que bien puede llamársele milagroso, que le aconteció á mi padre, y que lo recuerdo claramente habérselo oído contar á él mismo. Por su relato verá V. R. que no iba mal fundada la opinión de santo que dábamos al Hermano Andrés:

«Habiéndole robado á mi padre un caballo ensillado de la Plazuela de los Tribunales algunos días há, viene un sábado como de costumbre á pedir su limosna; mi padre estaba parado á la puerta de calle, y al ver al religioso le dijo estas palabras: Fray Andrés, pida á Santa Filomena que parezca mi caballo ensillado que me han robado y que me hace gran falta.» El Hermano al recibir su limosna le contestó: «Pierda Ud. cuidado, su caballo parecerá pronto», y se fué dejando á mi padre consolado, porque creía inspirado al santo varón.

«Pocos momentos después sale mi padre á una diligencia y á pocas cuadras de la casa encuentra á un hombre que llevaba un freno á la espalda, y preguntándole si lo vendía, contestó que sí; al examinarlo reconoce mi padre el mismo freno de su montura. Llama á un policial y pre-

guntando al hombre por el caballo, contestó que estaba en la casa del que lo había mandado vender el freno. Fuése con el policial y lo encuentra en dicha casa. Recuperó todo sin faltarle nada pocas horas después de la entrevista con el Hermano Andrés.

«Este hecho acaecido en mi casa y muchos otros que desde niño he oído siempre, me han dado la convicción de la eminente santidad del Siervo de Dios.

«Yo no recuerdo haber oído sino alabanzas y demostraciones de gratitud por las acciones de Fray Andrés. Es por esto, pues, que creo justificadísima la causa de su Beatificación. Hombres como él merecen la veneración y homenaje que se les tributa á los verdaderos santos, pues lo era en su vida que llevó entre nosotros.

«Si el grano de arena de esta mi humilde opinión puede servir para formarle el pedestal de su gloria en la tierra, me daré por muy feliz.

«Con sentimientos de respeto le saluda su affmo. S. S. y Cap.—*Rufino Escobar*, Cura y Vicario.»

Y no son éstas solamente las curaciones maravillosas y hechos sorprendentes operados por el Siervo de Dios; si quisiéramos referir los que andan de boca en boca, las obradas en personas que ya han dejado de existir, las que por negligencia y vergüenza no se quieren comunicar, tendríamos poco espacio con un volumen para narrarlos todos.

La tierra de su sepulcro, el contacto de algún objeto que le perteneció, la invocación de su nombre, son otros tantos testimonios que prueban evidentemente el poder soberano de Dios Nuestro Señor por medio de su Siervo.

Los que no quieren reconocer lo sobrenatural mirarán con indiferencia é incredulidad estos hechos prodigiosos,

pero los que tenemos fe y creemos en la omnipotencia de Dios, que para Él lo mismo es hacer que deshacer, llénanos de suma complacencia la consideración de estas extraordinarias maravillas con que su Divina Majestad resplandece en sus criaturas.

Estos irrecusables y espléndidos testimonios del poder divino, acusan sin lugar á duda la santidad del Siervo de Dios; al paso que son una demostración incontestable de sus heroicas virtudes, al propio tiempo que dejan en claro que Dios ha querido manifestar su gloria por medio del Siervo de Dios.

En este siglo de tan poca fe puede que el Señor haya querido presentar á la contemplación de la impiedad este dechado de virtudes como á un instrumento de sus inagotables prodigios.

No es este el momento de calificar de milagros los hechos que hemos venido refiriendo y que tienen en su apoyo la autoridad no sólo de las personas sino también del tiempo en que se han verificado, en cuyo crisol se han purificado, por decirlo así. Si es cierto que no tenemos ni podemos tener la pretensión de creer milagrosos los hechos relatados, sin embargo ellos se encuentran revestidos de tales signos y caracteres no sólo de extraordinarios sino que están muy por encima de lo que comunmente acontece.

El inmortal Benedicto XIV es bastante explícito al respecto, tratando de la fama de santidad que se requiere para el buen éxito de una causa; dice así: «No otra cosa se exige que la estimación ú opinión común acerca de la pureza é integridad de vida y de las virtudes, no como se quiera, sino que es necesario que los actos sean continuados y presentada la ocasión sean ejercitados sobre el modo común de obrar de otros varones probos por algún siervo ó sierva de Dios ya difuntos; además deben tenerse presente los milagros obrados por Dios por la intercesión

del Siervo de Dios; de tal modo que habiéndose concebido en uno ó muchos hogares la devoción hacia ellos, sean invocados por muchos en sus necesidades y se juzguen dignos según el juicio de muchos varones bastante graves, para que sean contados en el catálogo de los Santos ó de los Bienaventurados por la Santa Sede» (1).

La enumeración de los prodigios expresados, confesamos y estamos de ello plenamente convencidos que son pocos por su número si se atiende á la enorme cantidad de los que han sido beneficiados con iguales si no con mayores favores obtenidos por la mediación del Siervo de Dios.

Tantas y tan repetidas gracias y singulares favores movieron al Venerable Directorio del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza de Santiago de Chile (antes Recolección Franciscana) á dirigir al Rvmo. P. Ministro General de la Orden de Nuestro Padre San Francisco como á Supremo Gerarca de ella, la comunicación que insertamos en el capítulo siguiente. Por ella se verá también cual ha sido el principio de este Proceso y el curso que ha seguido hasta aquí.

(1) *De Canonizationes Sanctorum*. Libro 11, cap. 39, v. 7.

CAPÍTULO III

Iniciación del Proceso Informativo sobre la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios.

I

LA comunicación á que nos hemos referido anteriormente, dice así:

«Reverendísimo Padre Ministro General.

«Chile,—Santiago, Enero 16 de 1893.

«Reverendísimo Padre:

«El Venerable Discretorio del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza (antes Recolección Franciscana) de Santiago de Chile, en sesión celebrada el día 10 de Enero del año 1893, acordó por unanimidad de todos sus miembros comunicar á V. P. Reverendísima lo siguiente:

«Reverendísimo Padre: Ningún acontecimiento en el orden religioso ha llamado más la atención y hecho más eco en las almas, en el término de cuarênta años, que las virtudes y ejemplar vida del Hermano Donado religioso lego profeso en artículo de muerte, Andrés García Acosta, natural de España, en las Islas Canarias, residente en América en las ciudades de Montevideo en la República del Uruguay y en Santiago de Chile, donde floreció en santidad y virtudes.

«Su muerte, acaecida en esta última ciudad, fué preciosa á los ojos de Dios y universalmente sentida.

«Ya en vida era generalmente aclamado como santo, pues el pueblo veía en él al varón justo y amigo de Dios; su veneranda memoria y el recuerdo de sus prodigios se conservan vivos en el corazón de los que lo conocieron ó han oído hablar de sus virtudes.

«Sobre todo en la última época se ha puesto más de relieve la ilimitada confianza que el pueblo cristiano tiene en su segura y no interrumpida protección y aumentádose la veneración por los favores y beneficios obtenidos por su intercesión y méritos hasta el punto que la piedad sencilla le tributa cierta especie de culto y apenas si habrá hogar chileno que no venere sus estampas y le discierna un lugar entre los Siervos de Dios. Á él se debe también que se haya propagado por toda la República la conocida devoción de la ínclita Virgen y Martir Santa Filomena, de la cual fué verdadero devoto y entusiasta é incansable Apóstol, devoción que tantos y tan felices resultados ha producido para la piedad en Chile. No menos digna de consideración es la prodigiosa conservación de la materia que se le extrajo del brazo izquierdo, resultado de una operación quirúrgica practicada por los médicos y que hoy se mantiene líquida por el espacio de más de cuarenta años, sin que haya intervenido para ello contacto alguno. Acompañamos á V. P. Reverendísima el documento que atestigua la mencionada conservación que se ha verificado con todas las solemnidades de estilo, y presenciado por un crecido número de personas de lo más distinguido de la sociedad de Santiago.

«Otro hecho no menos importante fué la incorrupción en que se encontró su cadáver después de dos años y seis meses de haber sido sepultado en el cementerio del Convento, en condiciones en que el terreno era bastante desfavorable para su conservación; sin embargo, fué exhumado sin señal alguna de destrucción; al contrario, se hallaba flexible y tratable como pueden atestiguarlo todavía las personas que presenciaron este hecho.

«Actualmente se halla en nuestra iglesia donde es objeto de la piedad y devoción de los fieles, que á porfía visitan su sepultura, adornándola con guirnaldas y coronas y esperando confiadamente la protección de Dios por medio de este esclarecido varón. Argumento incontrastable de la fama de santidad y virtudes es que ellas son reconocidas por todo género de personas de todas las clases y condiciones sociales. Es innegable que con su ejemplo y virtudes contribuyó á la salvación de las almas; que la rigidez de su penitencia, la

mortificación y austeridad de su vida, el amor á Dios y caridad con el prójimo son testimonios que andan en la boca de todos los que le conocieron tanto dentro como fuera del claustro.

«Movido el Venerable Discretorio de este Apostólico Colegio por este unánime concierto de admiración y aplauso por las virtudes y fama de santidad del Hermano Andrés y solicitado por repetidas instancias de un crecido número de personas distinguidas así eclesiásticas como seculares y creyendo satisfacer los deseos y aspiraciones de la piedad de todo un pueblo, no ha trepidado un momento en poner en conocimiento de V. P. Reverendísima este asunto, para que previo los trámites de estilo y disposiciones canónicas se dé principio al Proceso Informativo de su Beatificación y Canonización.

«Día á día hácese más necesario dar comienzo á este Proceso, cuanto que van desapareciendo aquellas personas que conocieron de cerca al mencionado religioso y perdiéndose así datos que más tarde serán de más difícil investigación oficial.

«Por tanto, el Venerable Discretorio ruega á V. P. Reverendísima se digne prestar favorable acogida á la presente solicitud.

«Dios guarde á V. P. Reverendísima.—*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.—*Fray Francisco Pacheco*, ex-Guardián.—*Fray Juan Bautista Díaz Rivero*, ex-Guardián.—*Fray Miguel Reyes*, ex-Guardián.—*Fray Manuel Jesús Castillo*, Discreto.—*Fray Jerónimo Mayorga*, Discreto.—*Fray Gregorio Vargas*, Discreto.—*Fray Rafael Tulleres*, Discreto Secretario.—Al Reverendísimo P. Ministro General de la Orden de Nuestro Padre San Francisco Fray Luis de Parma.»

*
* *

El Reverendísimo Padre Ministro General, Fray Luis de Parma, con fecha 2 de Abril de 1893 contestó á la nota enviada por el Venerable Discretorio con el objeto de iniciar el Proceso Informativo de su Beatificación y Canonización lo siguiente:

«He presentado la solicitud del Venerable Discretorio de ese Colegio, referente al Siervo de Dios Fray Andrés García, al Postulador

General de la Orden, Padre Fray Cándido Mariotti, el cual procurará hacer lo más conveniente sobre el mencionado Siervo de Dios.—*Fray Luis de Parma*, Ministro General.»

*
* *

En vista de la comunicación anterior el R. P. Guardián del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de la Cabeza dirigió al M. R. P. Postulador General la siguiente nota:

«Rvdo. P. Fray Cándido Mariotti, Postulador General de la Orden de los Menores Observantes.—Santiago de Chile, Mayo 27 de 1893. —Reverendo Padre: Por comunicación del Reverendísimo Padre Maestro General he tenido el gusto de saber que ha puesto en conocimiento de V. P. R. la solicitud del Venerable Discretorio de este Colegio, referente á los ruegos que hacía para que se tramitaran los preliminares del Proceso Informativo de la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Yo envié al R. P. M. General los escritos que se han dado á la publicidad relativos al Siervo de Dios, y sólo me faltó la oración fúnebre predicada el día de la translación de sus restos del cementerio de la Comunidad al templo de este Convento, oración que ahora incluyo á V. P. R.

«Interesado como el que más en que cuanto antes se lleve á efecto alguna medida que sirva para iniciar este Proceso, me atrevo á esperar de V. P. R. que se dignará disponer lo que crea más conveniente al respecto como que está al corriente de la manera cómo se llevan estos asuntos. Suplico con toda mi alma á V. P. R. tenga á bien acoger benévolamente mis ruegos é indicar la norma que debe seguirse para obtener el objeto que mi Comunidad y pueblo entero desea con verdaderas ansias. En cuanto á los gastos que demandará cualquier género de diligencias en el sentido indicado, puede contar V. P. R. con que serán debidamente satisfechos.

«Ojalá V. P. R. para gestionar este asunto en Santiago de Chile nombrara una persona que evitara las dilaciones y tuviera interés en llevar á feliz remate este asunto.

«Con las consideraciones de mi mayor respeto tengo el gusto de ofrecerme y suscribirme de V. P. R. humilde S. S. y Hno. en Cristo. —*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.»

***

Á esta comunicación el M. R. P. Postulador General de la Orden tuvo á bien conferir al mismo R. P. Guardián Fray Francisco Julio Uteau el cargo de Vice-Postulador, como lo indican las siguientes Letras Patentes:

(Traducción)

«Fray Cándido de Camerino de la Orden de Menores de la Santa Observancia de N. P. San Francisco, Lector Jubilado y Postulador General en las causas de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios de la misma Orden y humilde siervo en el Señor, á nuestro carísimo hermano en Cristo, Muy R. P. Fray Francisco Julio Uteau. Salud y plena consolación en el Espíritu Santo.—Habiendo muerto en el Señor, en esa ciudad de Santiago de Chile, el 14 de Enero de 1853, Fray Andrés García, lego profeso de nuestra Orden; quien supo servir de elocuente ejemplo en esclarecidas virtudes á todos sus hermanos en religión, y hasta tal punto fué la admiración de los habitantes de ese país, que, por doquiera se ha extendido la fama de su eminente santidad; y por cuanto además, se refiere y se publica que Dios Nuestro Señor, Suma Bondad, se ha dignado innumerables veces ostentar con prodigios extraordinarios cuán acepta le es á su Divina Majestad, y cuán valiosa ante Sí la intercesión de este su Siervo, hemos juzgado oportuno procurar el que se promueva ante la Santa Sede Apostólica la causa de la Beatificación y Canonización de nuestro hermano, todo para mayor gloria de Dios y honra de la Santa Iglesia y eficaz ejemplo de Nuestra Orden, á fin de que nuestros religiosos se estimulen más y más en las prácticas y sentimientos de piedad y santa virtud.

«Mas, como ante todo es menester que en aquella Curia Arzobispal se instruya el Proceso Ordinario, ó sea, Informativo, respecto de las virtudes y milagros de nuestro mencionado Siervo de Dios; y siendo indispensable proceder al nombramiento de un Actor ó Procurador

y Postulador; á este fin Nós, Cándido de Camerino, etc., á Vos, Fray Francisco Julio Utean, etc., por cuanto por señalados testimonios nos constan vuestras aptitudes é integridad, y también vuestra devoción hacia este nuestro Siervo de Dios, por las presentes os elegimos, constituímos y deputamos por verdadero y legítimo Actor y Procurador y Vice-Postulador, invistiéndoos con la más amplia y plena facultad para proceder en este asunto á nombre de nuestra Orden, y en virtud de ello podáis comparecer, instar y activar las diligencias del caso ante esa Curia Arzobispal y ante cualesquiera Jueces competentes para el efecto de iniciar y proseguir hasta su fin el respectivo Proceso Ordinario.

«Para ello, os conferimos todas las facultades necesarias y cuantas suficientes sean á fin de que en forma legal y correcta podáis válidamente desempeñar el cargo que os delegamos, de Vice-Postulador; sub-entendiéndose inclusas aun las facultades que hayan menester de especial mención, lo que es nuestra voluntad el que absolutamente sean tenidas y entendidas por expresas y especificadas en la presente, y muy en especial, la llamada de *jurandi de calumnia*, y además para prestar todo juramento que para el caso consideráreis lícito y honesto.

«Además os autorizamos para que podáis nombrar á vuestro arbitrio á uno ó más delegados, investidos si lo quisiéreis, de todas las facultades que por las presentes os acordamos, ó bien con poder más limitado, si así lo estimáreis conveniente, pudiendo vos revocar esos mandatos, siempre y cuando lo creyéreis oportuno; y os declaramos que tendremos por bien hecho, ratificado, válido é inmoviblemente confirmado, lo que lleváreis á efecto en cuanto por vos se proceda, y en cuanto mandéis proceder ó activar en el curso todo de la tramitación del Proceso de nuestro Siervo de Dios.

«Por tanto, en fe de ello, os enviamos las presentes, firmadas de nuestra mano; é imploramos del Señor que sea servido favoreceros con todo orden de prosperidades.

«Dado en Roma, en el Colegio de San Antonio de Padua, cerca de Letrán, á 27 de Abril de 1894.—*Fr. Cándido Mariotti de Camerino*, Postulador General de la Orden de Santa Observancia.»

II

Practicadas estas diligencias preliminares hubo de dirigirse el Venerable Discretorio al Iltmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de Santiago, Dr. Don Mariano Casanova, con el objeto de si se hallaba en disposición de iniciar el Proceso Ordinario Informativo sobre la fama de santidad del mencionado Siervo de Dios, lo cual se hizo por la siguiente nota:

«Iltmo. y Rvmo. Señor Arzobispo Dr. Don Mariano Casanova.— En el espacio de más de cuarenta años no ha podido borrarse la veneranda memoria del religioso profeso *in articulo mortis* de la Recolección Franciscana de esta ciudad, Fray Andrés García Acosta. Lejos de disminuír la opinión común que se tiene de sus virtudes, día á día el pueblo cristiano, sin distinción de personas, viene aclamándole como á gran Siervo de Dios. Sobre todo en estos últimos tiempos ha tomado proporciones tan considerables la fama no interrumpida de su santidad, que universalmente se pide con instantes súplicas que se inicie el Proceso Informativo de su Beatificación y Canonización. La realización de este pensamiento preocupa desde largo tiempo á la piedad, y tan vehementes deseos se traducen en las diversas manifestaciones de veneración hacia tan singular varón.

«Contribuye á que cuanto antes se dé principio á este Proceso, la ejemplar vida y los hechos harto conocidos verificados por el Siervo de Dios, tanto antes como después de su sentida muerte. Urge poner manos en este asunto la circunstancia de que ya ha desaparecido un crecido número de personas que trataron de cerca al Siervo de Dios y tuvieron íntima familiaridad con él.

«Por otra parte, las dificultades se harán cada vez más insuperables si desde luego no se aprovecha la importante oportunidad de que todavía existen muchos de los que lo conocieron y que pueden deponer en el sentido que venimos indicando.

«Por lo expuesto, y convencidos como estamos de que se mantiene viva, firme y constante la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García Acosta, los que suscriben suplican á V. S. Iltma. y

Rvma. se digne, para mayor honra y gloria de Dios, hacer construír *sua auctoritate diocesana* el Proceso Informativo *super fama sanctitatis* del mencionado Siervo de Dios.

«Dios guarde á V. S. Iltma. y Rvma.—Santiago, 29 de Noviembre de 1893.—*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.—*Fray Francisco Pacheco*, Discreto Habitual.—*Fray Juan B. Diaz Ricero*, Discreto Habitual.—*Fray Miguel Reyes*, ex-Guardián.—*Fray Manuel J. Castillo*, Discreto.—*Fray Juan B. Gallardo*, Discreto.—*Fray Gregorio Vargas*, Discreto.—*Fray Rafael Jeremías Tulleres*, Discreto Secretario.»

* * *

A esta solicitud contestó el Iltmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de Santiago con el siguiente decreto:

«Santiago, 5 de Diciembre de 1893.—Con esta fecha se ha decretado lo que sigue:

«Con lo expuesto en la nota que antecede y estando impedidos para proceder por nosotros mismos á causa de la multiplicidad de los asuntos del gobierno de la Arquidiócesis, nombramos al Iltmo. Señor Obispo Electo de Antédone, Dr. Don Guillermo Juan Cárter, Juez Delegado para la formación de los Procesos sobre Fama de Santidad y sobre *non cultu* del religioso de la Recolección Franciscana de esta ciudad, Fray Andrés García Acosta.

«Comuníquese al Iltmo. Señor Obispo Electo de Antédone y á los RR. PP. Guardián y Discretos del expresado Convento.—El Arzobispo de Santiago.—*Román*, Secretario.»

«Lo comunico á VV. PP. RR. para vuestro conocimiento y demás fines.

«Dios guarde á VV. PP. RR.—*M. Antonio Román*, secretario.—A los RR. PP. Guardián y Discretos del Convento de la Recolección Franciscana.»

* * *

El Iltmo. Señor Obispo Titular de Antédone, Canónigo Magistral de la Iglesia Metropolitana, Dr. Don Guillermo Juan Cárter, aceptó la delegación conferida por el Iltmo. y Rvmo. Diocesano.

Hé aquí ese documento:

«Santiago, 19 de Marzo de 1894.—Por decreto de V. S. I. y Rvma., de 5 de Diciembre de 1893, fuí nombrado Juez Delegado para la formación de los Procesos sobre Fama de Santidad y sobre *non cultu* del religioso de la Recolección Franciscana de esta ciudad, Fray Andrés García Acosta. No podía menos que aceptar cargo tan honroso, y sobre todo porque en su desempeño puede darse mucha gloria á Dios.

«Para iniciar el Proceso Ordinario de que se trata, débese nombrar un Promotor Fiscal, un Notario de *primordialibus*, un Notario y un Anunciador ó Nuncio.

«Propongo para el cargo de Promotor Fiscal al señor Prebendado don Alejandro Larraín, para el cargo de Notario de *primordialibus* al Presbítero don Miguel Claro, para el cargo de Actuario al Presbítero don Heraclio Olea, y para el cargo de Anunciador ó Nuncio al Presbítero don Francisco A. Hevia.

«Como todos los que hemos de tomar parte en este Proceso Ordinario hemos de aceptar y prestar juramento ante V. S. I. y Rvma. y en lugar sagrado, pido á V. S. I. y Rvma. se digne fijar día y hora para que en la Capilla del Palacio Arzobispal se proceda á la aceptación y juramento, debiendo citarse especialmente al Promotor Fiscal que se nombre, para que además de la aceptación y juramento que debe prestar, vea y exponga lo que ante Dios juzgare conveniente sobre el decreto de V. S. I. y Rvma. que manda iniciar este Proceso y sobre los nombramientos hechos por V. S. I. y Rvma.

«Los jueces encargados de levantar los Procesos ya Ordinarios ya Apostólicos para la Beatificación de los Siervos de Dios, si tienen beneficio eclesiástico que los obligue á asistir al Coro, se consideran presentes en él en aquellos días en los cuales se ocupan de diligenciar esos Procesos, y por tanto, ganan todas las distribuciones y aun aquellas que expresamente exigen la asistencia de los canónigos por legados píos y disposición de los testadores. Esto consta del decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 15 de Septiembre de 1678 aprobado por los Sumos Pontífices Inocencio XI y Benedicto XIV y de los decretos de 6 de Mayo y 23 de Diciembre de 1817 y de 27 de Agosto de 1836.

«Para los efectos consiguientes y siendo el infrascripto Canónigo

Magistral de la Iglesia Metropolitana, dígnese S. S. I. y Rvma. comunicar al Venerable Cabildo el nombramiento de Juez Delegado en este Proceso, llamándole la atención á los decretos antes citados.

«Dios guarde á V. S. I. y Rvma.—GUILLERMO JUAN CARTER, Obispo Titular de Antédone.—Al Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago.»

«Santiago, 6 de Abril de 1894.—Vista la nota que antecede, nómbrase para desempeñar en los Procesos de Fama de Santidad y *non cultu* de Fray Andrés García, el cargo de Promotor Fiscal al Prebendado don Alejandro Larraín, el de Notario de *primordialibus* al Presbítero don Miguel Claro, el de Actuario al Presbítero don Heraclio Olea y de Anunciador ó Nuncio al Presbítero don Francisco A. Hevia.

«Señálase el trece del actual á las 3 P. M. para que el señor Delegado y los nombrados por este decreto para los antedichos cargos asistan á la Capilla del Palacio Arzobispal con el fin de prestar el juramento de derecho.

«Para los efectos á que haya lugar transcríbanse al V. Deán y Cabildo Metropolitano el decreto de 5 de Diciembre último y los dos últimos apartes de la nota precedente.

«Tómese razón.—FERNANDEZ CONCHA.—*Román*, Secretario.»

III

«Acta de la primera sesión pública y solemne en que el Iltmo. Metropolitano de Santiago, Dr. D. Mariano Casanova, constituyó el Tribunal que debe conocer en la causa de Beatificación del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García.

«Santiago de Chile.

«De la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, Fray Andrés Filomeno García Acosta, lego de la Orden de San Francisco.

PRIMERA SESIÓN.

«En el nombre de Dios.—Amén.—En el año de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo mil ochocientos noventa y cuatro, el día diecisiete del mes de Agosto, á las tres de la tarde, año décimo

séptimo del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre el Sumo Pontífice León XIII, comparecieron ante el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago de Chile, Dr. D. Mariano Casanova, en la capilla de su Palacio Episcopal, el señor Juez Delegado, Iltmo. señor Obispo Titular de Antédone y Canónigo Magistral de esta Iglesia Metropolitana, Dr. D. Guillermo Juan Cárter; el actuario elegido, Presbítero don Heraclio Olea; y el Anunciador ó Receptor designado, Presbítero don Samuel Silva de la Fuente, todos citados por mí, el infrascripto Secretario de la Curia Arzobispal para el día, hora y lugar expresados.

«Estaban también presentes el señor Promotor Fiscal *ad hoc*, Prebendado don Alejandro Larraín, citado por mandato del Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo, los testigos infrascriptos, llamados y rogados para este objeto, y el Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau, Guardián de la Recolección Franciscana de esta ciudad de Santiago de Chile, constituído Vice-Postulador *ad hoc* por el Postulador General de la Orden Franciscana, como consta de las Letras que le confieren el mandato de la Postulación, recaído en su persona y exhibido al Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo Diocesano, y presentado ahora.

«El Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo expuso: que el Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García Acosta, lego Franciscano, había fallecido en esta ciudad de Santiago de Chile el 14 de Enero de 1853, con gran fama de santidad, y que, á juicio de innumerables varones doctos y prudentes, era considerado digno de los honores de los Bienaventurados. Agregó que, á petición del Discretorio de la Recolección Franciscana de esta ciudad, en cuyo convento falleció el Siervo de Dios, petición renovada después por el Vice-Postulador nombrado, como consta de los documentos adjuntos, había creído conveniente ordenar se iniciara el Proceso Ordinario Informativo, y que en esa virtud había citado al Iltmo señor Juez Delegado, al señor Promotor Fiscal, al Secretario y al Anunciador ó Receptor para que presten el juramento requerido por los Sagrados Cánones y para fijar los lugares, días y horas para las audiencias y actos públicos del presente Proceso, y para el examen de los testigos que han de declarar en la forma de los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos.

«El Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo examinó en seguida el man-

dato exhibido por el Vice-Postulador y para el mismo objeto lo puso en manos del Promotor Fiscal, quien no habiendo observación que hacer lo admitió y declaró que debía considerársele legítimo y auténtico.

«Legitimada la personería del Vice-Postulador en esta causa y accediéndose á sus súplicas y peticiones quedó admitido y aceptado su escrito en que solicitó se iniciase este Proceso Ordinario Informativo como también el decreto en que se ordena la iniciación de este Proceso considerándosele genuino y auténtico.

«Habiendo expuesto el Promotor Fiscal que nada tenía que alegar en contra de los documentos presentados, el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo ordenó se insertasen sus decretos en el acta de esta sesión y de nuevo confirió la deputación que en dichos decretos había consignado y si fuere necesario de nuevo ratificaba esos nombramientos recaídos en el Iltmo. señor Obispo Titular de Antédone, Dr. D. Guillermo Juan Cárter, para Juez Delegado; en el Prebendado don Alejandro Larraín, para Promotor Fiscal; en el Presbítero don Heraclio Olea, para Notario Actuario; y en el Presbítero don Samuel Silva de la Fuente, para Anunciador ó Receptor para practicar las citaciones judiciales. Todas estas personas aceptaron con reverencia los cargos conferidos. .

«En seguida el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo recibió el juramento de cada una de las personas nombradas, jurando inmediatamente uno después de otro. El Iltmo. señor Juez Delegado lo hizo de pie y poniendo la mano derecha en el pecho; los demás arrodillados y poniendo ambas manos sobre los Santos Evangelios.

«El Iltmo. señor Obispo de Antédone, Juez Delegado, juró en los términos siguientes:

«Ego Gulielmus Joannes Carter, infrascriptus, tacto pectore, juro et promitto fideliter et diligenter adimplere munus mihi commissum circa constructionem Processus Informativi in causa Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Andreæ Philumeni García, laici Ordinis Sancti Francisci, ad forman Decretorum S. R. C. et præsertim novissimorum quæ confirmata fuere a S. Mem. Innocencio Papa XI necnon juro et promitto religiose servare secretum tam de contentis in Interrogatoriis per D. Promotorem Fiscalem producendis, quan de Testium depositionibus juxta eadem Interrogatoria et super Articulis, nec de iis loqui cum alicua persona, exceptis Pro-

motore Fiscali, necnon et Actuario pro eodem Processus deputatis, sub pœna perjurii et excomunicationis *latæ sententiæ*, a qua nonnisi a Summo Pontifice (excluso etiam Majori Pœnitentiario) præterquam in mortis articulo absolvi possim et ita promitto et juro.

«Sic me Deus adjuvet. †—*Gulielmus Joannes*, Episc. tit. Anthed., Judex deputatus et hæc Sancta ejus Evangelia.»

«El señor Promotor Fiscal, Prebendado don Alejandro Larraín, hizo el juramento siguiente:

«Ego, infrascriptus, Alexander Larraín, especialiter deputatus in Fiscalem in Causa Servi Dei Andreæ Philumeni García, Laici Ordinis Sancti Francisci tactis hisce Sacrosanctis Dei Evangeliis coram me positis, juro et promitto fideliter et diligenter adimplere munus mihi commissum circa constructionem Processus Informativi in dicta causa Beatificationis et Canonizationis Servi Dei ad forman Decretorum S. R. C. et præsertim novissimorum quæ confirmata fuere a S. Mem. Innocencio Papa XI, necnon juro et promitto religiose servare secretum tam de contentis in Interrogatoriis per me producêndis, quan de Testium depositionibus juxta eadem Interrogatoria et super Articulis, nec de iis loqui cum aliqua persona exceptis Iltmo. Domino Judici, necnon et Notario Actuario pro eodem Processu deputatis sub pena perjurii et excomunicationis *latæ sententiæ*, a qua nonnisi a Summo Pontifice (Majori Pœnitentiario) præterquam excluso etiam in mortis articulo absolvi possim, et ita juro et promitto: sic me Deus adjuvet et hæc Sancta ejus Evangelia.—*Alexander Larraín.*»

«El Presbítero don Heraclio Olea, nombrado Notario Actuario, según consta del decreto del Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo que se inserta en esta acta, prestó el siguiente juramento:

«Ego, infrascriptus, Heraclius Olea, tactis hisce Sacrosanctis Dei Evangeliis coram me positis juro et promitto fideliter et diligenter adimplere munus mihi commissum circa constructionem Processus Informativi in causa Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Andreæ Philumeni García, laici Ordinis Sancti Francisci, ad forman Decretorum S. R. C. et præsertim novissimorum, quæ confirmata fuere a S. Mem. Innocentio Papa XI, necnon juro et promitto religiose servare secretum tam de contentis in Interrogatoriis per D.

Promotorem Fiscalem producendis, quan de Testium depositionibus juxta eadem Interrogatoria et super Articulis, nec de his loqui cum aliqua persona, exceptis Iltmo. Domine Judice, necnon et Promotore Fiscali pro eodem Processu deputatis, sub pena perjurii et excomunicationis *latæ sententiæ*, a qua nonnissi a Summo Pontifice (excluso etiam Majori Pœnitentiario) præterquan in mortis articulo absolvi possim et ita promitto et juro: sic me Deus adjuvet et hæc Sancta ejus Evangelia.—*Heraclius Olea.*»

«El Presbítero don Samuel Silva de la Fuente, nombrado Receptor y Anunciador de la causa, de rodillas y tocando los Santos Evangelios, juró con la siguiente fórmula:

«Ego, Samuel Silva de la Fuente, Cursor seu Nuncius ut supra deputatus, tactis hisce Sacrosanctis Dei Evangeliis coram me positis, juro et promitto fideliter adimplere munus mihi commissum circa constructionem Processus Ordinarii causa Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Andreæ Philumeni García, laici Ordinis Sancti Francisci, sub pœna perjurii et ita promitto et juro. Sic me Deus adjuvet et hæc Sancta ejus Evangelia.—*Samuel Silva de la Fuente.*»

«Terminados los juramentos, el Vice-Postulador de la causa pidió se fijaran lugar, día y hora para las sesiones y demás actos públicos del presente Proceso, y para el juramento y examen de los testigos, y se determinara que debía citarse al Promotor Fiscal para todos los actos de este Proceso.

«El Promotor Fiscal, Prebendado don Alejandro Larraín, protestó que nada debía hacerse sin su presencia, y sin que el Vice-Postulador de la Causa preste el juramento de calumnia, y en cuanto al examen de los testigos, no sean examinados sin que se presenten los interrogatorios.

«El Vice-Postulador de la Causa, de rodillas y tocando los Santos Evangelios, prestó el juramento de calumnia en los términos siguientes:

«Ego, Franciscus Julius Uteau, infrascriptus, tactis Sanctis Dei Evangeliis coram me positis, juro et promitto, me non acedere, neque, accessire, nec accessurum ad hanc Causam et confeccionem Processus neque ad aliquen illius actum, odio amone, timore, sec alio quovis respectu humano, sed solum zelo honoris et gloria Dei, qui

glorificatur in sanctis suis, et hanc intentionem habet etiam qui me Vice-Postulatorem constituit, in cujus animam sicut et in animan mean juro, sub omnibus clausulis in simili calumniæ juramento latius contentis et expressis. Sic me et dictum Constituemten Deus adjuvet et hæc Sancta ejus Evangelia.—*Frater Franciscus Julius Uteau*, Vice-Postulator in Causa specialiter constitutus.»

«En seguida el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo y el Iltmo. señor Juez Delegado, de común acuerdo, fijaron la casa habitación del Iltmo. Obispo y Juez Delegado, como lugar para las audiencias y actos públicos de la presente Causa, y el oratorio de la misma casa para el juramento y examen de los testigos.

«Para los testigos enfermos y de cualquier manera impedidos, sus respectivas casas y piezas en que yacen enfermos ó impedidos; y para las monjas, los locutorios de sus monasterios.

«Se fijaron todos los días que no sean de precepto para las sesiones del Tribunal, desde las doce del día hasta el ocaso del sol.

«El Iltmo. Juez Delegado se reservó el derecho de alterar los antedichos lugares, días y horas cuantas veces lo crea conveniente.

«Se acordó celebrar la próxima sesión el día 24 del presente Agosto, á las tres de la tarde, en el lugar fijado anteriormente.

«Á continuación de la presente acta se agregará copia de los decretos del Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo en que ordena constituir el Tribunal y en los que hace el nombramiento del caso, debiéndose entregar al Notario Actuario todos los documentos y actos originales de este Proceso.

«El Secretario del Arzobispado, constituído *Notario imprimordialibus* de esta causa, levantó esta acta, y la firmaron todos los infrascriptos.—MARIANO, Arzobispo de Santiago.—GUILLERMO JUAN CARTER, Obispo Titular de Antédone.—*Alejandro Larraín.*—*Heraclio Olea.*—*Samuel Silva de la Fuente.*—*Miguel Claro*, testigo.—*Juan de Dios Correa S.*, testigo.»

«Yo, el infrascripto, Secretario de la Curia Arzobispal, constituído *Notario imprimordialibus*, he extendido y autorizado este instrumento público el día 17 de Agosto de mil ochocientos noventa y cuatro.—*M. Antonio Román*, Secretario.

IV

«Acta de la segunda sesión pública y solemne del Tribunal que conoce en la causa de la beatificación y canonización del lego franciscano Fray Andrés García Acosta.

«En el nombre de Dios.—Amén.

«En el año de salud de Nuestro Señor Jesucristo mil ochocientos noventa y cuatro, el día 24 de Agosto á las tres de la tarde, en el año décimo séptimo del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre en Cristo, León, por la Divina Providencia, Papa décimo tercero.

«El Iltmo. Obispo Titular de Antédone, Dr. Don Guillermo Juan Cárter, Juez Delegado en la presente causa de la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García Acosta, lego de la Recolección Franciscana, de la Orden de San Francisco en esta ciudad de Santiago de Chile, constituído en su casa episcopal, lugar designado para las audiencias y actos públicos de la presente causa y Proceso, estando presente el Prebendado don Alejandro Larraín, Promotor Fiscal, los infrascriptos testigos especialmente llamados, y el Notario Actuario que suscribe, compareció el Presbítero don Samuel Silva de la Fuente, Anunciador deputado en esta causa, y expuso que el día veintidos de Agosto, personalmente había citado al señor Prebendado don Alejandro Larraín, Promotor Fiscal, para que compareciese en este lugar, en este día y hora, como consta del documento de citación que original presenta para que se inserte en la presente acta.

«Compareció en seguida el Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador en esta causa, y habiéndosele hecho saber la citación precedente del señor Promotor Fiscal, y la relación de su legítima ejecución, entregó el Vice-Postulador las posiciones ó artículos al tenor de los cuales deben ser examinados los testigos; pidió fuesen admitidos los que presente en este Proceso, y al mismo tiempo exhibió una lista en pliego separado, que contiene los nombres y apellidos de los testigos, y pidió se les tomase el juramento y sucesivamente fuesen examinados sobre las dichas posiciones ó artículos, reservándose el derecho de agregar además otros artículos y testigos

si fuere necesario, sin limitarse á sólo los presentados en la presente sesión.

«El Vice-Postulador puso en seguida en manos del infrascripto Notario actuario, algunos pliegos que contienen las posiciones ó artículos y los nombres y apellidos de los testigos que, en esta causa, han de ser examinados al tenor de esos artículos.

«Pidió también el Vice-Postulador se notificase al señor Promotor Fiscal para que comparezca el día veintiséis de Septiembre próximo en el oratorio episcopal del Iltmo. señor Juez Delegado, lugar designado para la primera sesión, para que presencie el juramento y examen de los testigos, y que además se cite á los testigos presentados en esta sesión para que comparezcan al mismo lugar designado á prestar el juramento y se sometan al examen al tenor de los interrogatorios y artículos y den testimonio de la verdad de los hechos. El señor Promotor Fiscal expuso que ningún testigo podría prestar juramento ni ser examinado en esta causa sin estar él presente, y que el examen de los testigos debe hacerse al tenor de los interrogatorios que él mismo presentará; y que nada puede hacerse sin que se observen los decretos generales y novísimos de la Sagrada Congregación de Ritos, y demás trámites de estilo y de costumbre que han de observarse; protestando que la omisión en el cumplimiento de todos esos decretos y disposiciones producirían nulidad en este Proceso.

«El Iltmo. Juez Delegado admitió los artículos y los testigos á que se refiere el Vice-Postulador y ordenó que al fin de esta acta se inserten la citación de que dió cuenta el Anunciador de esta sesión y la relación sobre su ejecución, los artículos presentados por el Vice-Postulador y la nota de los testigos con sus nombres y apellidos, presentada también por el mismo Vice-Postulador.

«Finalmente, el Iltmo. señor Juez Delegado señaló para la sesión inmediata el 26 de Septiembre próximo, á las tres de la tarde, para lo cual fué prevenido el señor Promotor Fiscal para que comparezca en el lugar anteriormente designado, para presenciar el juramento de los testigos. Se ordenó se citara á los testigos para prestar el juramento y para responder á los interrogatorios y artículos.

«El Notario Actuario extenderá las citaciones correspondientes y las entregará al Anunciador para su ejecución.

«Se ordenó al Actuario levantase esta acta, consignando en ella

todo lo que se había tratado en la presente sesion, firmando los infrascriptos.—GUILLERMO JUAN, Obispo titular de Antédone, Juez Delegado.—*Alejandro Larraín.*—*Juan de Dios Correa S.*, testigo.—*Juan Bautista Santelices*, testigo.»

«Yo, Notario Actuario deputado *ad hoc*, he extendido este instrumento por mandato del Iltmo. señor Juez Delegado, y en fe de ello lo firmo y signo con mi sello en Santiago de Chile, á veinticuatro días del mes de Agosto de mil ochocientos noventa y cuatro. Está conforme.—*Heraclio Olea*, Notario Actuario.





CAPÍTULO IV

Publicaciones de diarios sobre el Siervo de Dios.

Está tan íntima y profundamente arraigada en el pueblo la Fama de Santidad de nuestro Siervo de Dios que apenas se trató de tributarle los homenajes fúnebres que en su honor se hicieron, cuando la prensa unánimemente, eco de la opinión popular, aplaudió con entusiasmo la idea y deshízose en elogios hacia el Siervo de Dios y manifestó su simpatía en una larga serie de artículos en que encomiaba sus virtudes.

La sociedad entera se apresuró á rendirle el justo y merecido tributo á su memoria; hizo la glorificación de sus eminentes cualidades, y durante varios días no cesó de presentarlo como á gran Siervo de Dios y digno de toda alabanza.

Los honores fúnebres conmemorativos del cuadragésimo aniversario de su sentida muerte revistieron el carácter de una solemnidad nacional, como, á pesar suyo, lo confesó aun la misma prensa impía.

Ministros de Estado, altos funcionarios públicos, dignísimas autoridades eclesiásticas, el clero regular y secular,

el ejército, el pueblo, en fin, desplegó inusitada gratitud y reconocimiento tan luego como supo que se trataba de esta deuda de homenaje póstumo á tan esclarecido y santo varón. ¿Qué prueba todo ésto, cuando un pueblo de consuno se conmueve y entusiasma al recuerdo del que fué su benefactor y su virtuoso y fiel amigo? Es que la santidad y las virtudes tienen tan poderoso atractivo que el tiempo jamás puede borrar; pasarán las generaciones y con ellas muchos ruidosos hechos, pero la memoria del justo permanecerá eternamente. La santidad infunde respeto y amor, aun á los mismos que no conociéndola, la desprecian y se burlan de ella. ¡Tanto es su poder!

Esta común opinión la acreditan las siguientes publicaciones hechas en diarios y periódicos tanto del país como del extranjero:

(De *El Misionero Franciscano*, Febrero 1.º de 1893.)

Fray Andrés García.—Pocas serán las personas que no hayan oído hablar de las virtudes y hechos extraordinarios de Fray Andrés García ó *Fray Andresito* como lo llama la devoción del pueblo.

El año 53 murió Fray Andrés en olor de santidad, y Dios, admirable en sus Siervos, mantiene por un prodigio perenne, incorruptos el cuerpo y parte de la sangre de este gran Siervo suyo. La Recolección Franciscana, cuyos claustros santificara él con sus eminentes virtudes, practica actualmente las diligencias del caso para iniciar en breve, según disposiciones canónicas, el Proceso de Beatificación de este humilde Franciscano cuya dulce memoria vive fresca entre las bendiciones del pueblo católico.

Prepárase la Venerable Comunidad Recoleta para unas grandísimas fiestas funerarias en honor del finado Andrés. Se está trabajando un luto y catafalco que serán uno de los mejores de la capital. Asistirán á estas solemnes honras el Excmo. Presidente de la República y Rvdmo. Arzobispo de la Arquidiócesis.

Para el mejor acierto y mayor esplendor de las sobredichas fiestas funerarias se ha nombrado una comisión organizadora, cuyos miem-

bros son: el R. P. Guardián de la Recoleta Francisca, Fray Francisco Julio Uteau; el R. P. Fray Francisco Pacheco, de la misma Recoleta; el R. P. Fray Raymundo Errázuriz, de la Recoleta Dominica; el señor Presbítero don Ruperto Marchant Pereira y el señor Macario Ossa. La Comisión ha repartido esquelas de invitación para la colaboración á la corona fúnebre de Fray Andrés. ¡Quiera el cielo llegue pronto el día feliz en que veamos colocado en los altares á este gran Siervo de Dios!

De *El Porvenir*, Junio 30 de 1893.)

Solemnes exequias.—Sabemos que se piensan celebrar unas solemnes exequias en memoria y honor del conocido y santo religioso Fray Andrés, de tan grato recuerdo para el pueblo de Santiago, en que tomarán parte todas las comunidades religiosas del país. Es proverbial la fama de santidad y humildad que se conquistó este justo varón; así que es de creer que el día de las exequias que se le preparan, acudirá presuroso un gran número de fieles de todas condiciones.

Con la oportunidad debida pondremos en conocimiento del público el día y la hora en que debe tener lugar el acto de que hacemos mención. Se darán también otros pormenores conducentes á dicha solemnidad.

Esta tendrá lugar en el templo de la Recolección Franciscana.

(De *El Porvenir*, Julio 4 de 1893.)

Solemnes honras.—Sabemos que el lúnes próximo, 10 de los corrientes, se celebrarán en el templo de la Recolección Franciscana unas honras de extraordinaria solemnidad por el alma del muy conocido religioso *Fray Andresito*, á quien el pueblo católico de Chile, sin distinción de clases, invoca y aclama como á un verdadero santo. *Fray Andresito* fué en este país el primer propagador de la simpática devoción de Santa Filomena.

Sabemos que será invitado para presidir y oficiar en tan solemne

acto, el Iltmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo de Santiago y los demás señores Obispos residentes en esta capital; que asistirán el clero y las comunidades religiosas, que el orador en esta vez, inspirado por su ternura y devoción para con el justo y caritativo religioso, tendrá rasgos en su oración, de verdadera elocuencia, sobre todo al hablar de la humildad y demás virtudes prácticas que forman el mérito más atrayente de los santos.

La escogida capilla de cantores y numerosa orquesta han preparado para ese día una misa especial que traducirá con todo lucimiento los sentimientos de fúnebre tristeza de las plegarias religiosas.

Se extrenará también, por primera vez, el costoso arreglo del templo que ha sido dirigido por una persona inteligente con el mejor gusto artístico.

(De *El Ferrocarril*, Julio 8 de 1893.)

Á LA MEMORIA DE FRAY ANDRESITO.—La comisión directiva de las fiestas fúnebres en honor de Fray Andrés Filomeno García ha acordado dirigir al pueblo de Santiago la siguiente invitación:

«AL PUEBLO DE SANTIAGO

«Debiendo tener lugar el lunes 10 de Julio del presente año, en el templo de la Recolección Franciscana, unas solemnes exequias en conmemoración del cuadragésimo aniversario de la muerte y trigésimo octavo de la exhumación de Fray Andrés, invitamos al pueblo de Santiago á este acto religioso. Los que suscriben abrigan la esperanza de que tendrá favorable acogida este pensamiento que es un justo homenaje á las virtudes del Ilustre Donado.—*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.—*Fray Francisco Pacheco.—Fray Raymundo Errázuriz.—Ruperto Marchant Pereira.—José Ciriaco Valenzuela.—Macario Ossa.*»

* * *

Hoy sábado quedará armado el soberbio catafalco en la nave central. Es una obra de gusto severo y sencillo que ofrecerá un aspecto imponente. En su construcción se han invertido no menos de cuatro

mil pesos. Tiene varios cuerpos que forman escalones, rematando la coronación en una preciosa urna de cedro que lleva una cruz en la cubierta.

La tumba de *Fray Andresito*, que se halla en el mismo templo entre los altares de Santa Filomena, Patrona del célebre Donado, y San Buenaventura, se ve ya tapizada de preciosas coronas de flores artificiales con tiernas dedicatorias de devotos de la *Santa* y amigos de Fray Andrés.

(De *El Ferrocarril*, Julio 9 de 1893.)

Á LA MEMORIA DE FRAY ANDRESITO.—En las fiestas fúnebres de mañana se va á exhibir un riquísimo juego de candelabros recientemente dorados que fueron comprados por *Fray Andresito* con erogaciones del vecindario, á fin de que adornasen el altar de Santa Filomena. Es sabido que, con el objeto de contribuír al culto de su Patrona, Fray Andrés reunió dinero para construírle el altar que existe en la nave lateral del poniente, y que fué en su tiempo quizás el mejor de la iglesia de los Padres Recoletos. También adquirió unos preciosos ornamentos, con la imagen de la *Santa*, de un valor y lujo extraordinarios.

La comisión directiva hará circular hoy con profusión y entre las personas más distinguidas de nuestra sociedad la siguiente invitación:

«Recoleta Franciscana, Santiago Julio 9 de 1893.—Señor...... Mañana, 10 de Julio, á las 9 A. M., tendrán lugar en el templo de la Recolección Franciscana unas solemnes exequias en conmemoración del cuadragésimo aniversario de la muerte del hermano Fray Andrés García y trigésimo octavo de la exhumación de sus restos.

Los que suscriben esperan de su piedad y religión se digne solemnizar con su presencia este acto.—Attos. S. S. y Cap.—*Fray Francisco Julio Uteau*, Guardián.—*Fray Francisco Pacheco.—Fray Raymundo Errázuriz.—Ruperto Marchant Pereira.—Macario Ossa.—José Ciriaco Valenzuela.*»

*
* *

La invitación lleva en su encabezamiento una artística alegoría litografiada, en que se ve un túmulo custodiado por un ángel que señala esta leyenda:

«A LA MEMORIA DEL HERMANO FRAY ANDRÉS GARCIA»

Como lo dice la invitación, se conmemorará mañana el cuadragésimo aniversario de la muerte de *Fray Andresito* y trigésimo octavo de la exhumación de sus restos.

El célebre Donado nació el 14 de Febrero de 1800, en Fuerte-Ventura, pueblecito de las Islas Canarias. En 1833 se embarcó para Montevideo con un hermano, y á mediados del mes de Marzo de 1839 arribó al puerto de Valparaíso con el Misionero Apostólico Fray Felipe Echanagucía, ingresando poco después en calidad de Hermano Donado á la Comunidad de Recoletos Descalzos.

En este Convento falleció, después de haber profesado como lego profeso—en artículo de muerte—el viernes 14 de Enero de 1853, siendo sentido y llorado en innumerables hogares de la capital.

Dos años y medio después, el 10 de Julio de 1855, con motivo de algunos cambios hechos en el edificio del claustro donde se hallaba el cementerio de la Comunidad, fueron exhumados sus restos, encontrándose que no habían sufrido descomposición, según lo comprobó el certificado de los señores Vicente Bustillos, Ignacio Domeyco y Lorenzo Sazié.

La misa de exequias se dirá á las 9 A. M., pero media hora antes se cantará por el Cabildo Eclesiástico y las comunidades religiosas la *Vigilia*.

Atendida la buena voluntad que para cooperar al acto han manifestado numerosos miembros del clero secular y regular, se espera que tomarán parte en los cantos de la vigilia no menos de trescientos sacerdotes. Las comunidades de la Merced, de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín y otras concurrirán en cuerpo, y las que no lo hagan tendrán cinco ó seis de sus miembros que las representen.

Una comisión de religiosos y caballeros se encargará de señalar su respectiva colocación al clero, á las comunidades religiosas y á las demás personas invitadas.

Para el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago se ha arre-

glado un sitial y un magnífico dosel en el presbiterio, con colgaduras de terciopelo negro y felpa de seda morada. Asimismo se han colocado sitiales para los señores Obispos y Canónigos que asistan. Acompañarán al señor Arzobispo en la misa, miembros del Cabildo y los superiores de las Comunidades.

El coro de cantores se compondrá de treinta voces, siendo más del doble el número de ejecutantes músicos. Un distinguido profesor dirigirá la orquesta.

En la ornamentación general del templo se ha tratado de que todo revista majestad á la par que sencillez, de modo que se armonice perfectamente con la severidad del grandioso catafalco erigido en la nave central.

Después de la vigilia y la misa se entonará un responso, y terminado éste pronunciará la oración fúnebre el señor Presbítero don Ramón Ángel Jara.

Como recuerdo de las exequias se distribuirá á la concurrencia una hoja con el retrato del Donado y el texto impreso de este discurso. Á los invitados se les obsequiará una estampa del Donado, trabajada en cartulina, y un folleto aparte con la misma oración fúnebre.

No habrá exposición, como algunas personas han creído, de los restos de *Fray Andresito*, ni de reliquia alguna de él.

Entre las muchas coronas depositadas en la tumba del célebre religioso llaman la atención varias que pertenecen á una misma familia, la cual desde hace tiempo ha ido llevando una cada año en el aniversario de la muerte de aquél.

(De *La Unión*, Julio 9 de 1893.)

Solemnes exequias en recuerdo de Fray Andresito.—Mañana se celebrarán en el templo de la Recolección Franciscana unas solemnes exequias en honor de Fray Andrés Filomeno García, de santa é imperecedera memoria.

La Comunidad Recoleta ha elegido este día para tan fausta fiesta porque es el 38.° aniversario de la traslación de los restos de Fray Andrés del cementerio del convento á la iglesia.

El templo ostenta riguroso luto en toda la nave central, al principio de la cual se ha erigido el elegante catafalco sobre el que está la magnífica urna construída de madera de cedro. Se cantará la gran misa del maestro Paccini, por un numeroso coro de cantores y á toda orquesta bajo la dirección del hábil maestro Maccio.

Para esta fiesta se ha hecho una infinidad de invitaciones á los primeros mandatarios de la República, al Cabildo Eclesiástico, comunidades religiosas, Seminario, señor Arzobispo, Obispos de la Serena, Concepción, Ancud y Amatonte.

La misa dará principio á las ocho y media A. M. y después de ella pronunciará la Oración fúnebre el señor Presbítero don Ramón Ángel Jara.

Todos los invitados tomarán colocación en la nave central, para dejar las de los lados para los demás asistentes.

Los restos de Fray Andrés se encuentran desde hace muchos años en la nave izquierda del templo, al lado del altar de Santa Filomena.

Por falta de espacio y de tiempo no hemos podido extendernos más en los datos biográficos ni del arreglo del templo para tan solemne fiesta.

(De *El Chileno*, Julio 9 de 1893.)

La fiesta de mañana.—Con grande actividad se hacen en el templo de la Recoleta Franciscana los preparativos para las solemnes exequias que, en honor del Hermano Donado Fray Andrés Filomeno García, más conocido por el pueblo con el nombre de *Fray Andresito*, tendrán lugar mañana.

Toda la iglesia se presentará ese día vestida de riguroso luto. Hermosos cortinajes negros salpicados de estrellas de plata penderán de la techumbre; las columnas estarán también cubiertas de paños fúnebres, y al pie de las gradas del presbiterio se alzará bajo un magnífico dosel un catafalco de gran costo y trabajado con todo primor; flores, cenefas y pabellones, jarrones con teas funerarias, escudos alegóricos de las virtudes en que sobresalió el santo religioso contribuirán á dar á las ceremonias el más espléndido efecto. Han sido especialmente invitados al acto el Iltmo. y Rvmo. señor Arzo-

bispo, que pontificará la misa; Obispos residentes en Santiago y de las diócesis de la Serena, Concepción y Ancud; Cabildo Eclesiástico, representantes de comunidades religiosas y del clero de Provincias, comunidades de Santiago, Seminario y además el señor Intendente de la Provincia, miembros del Senado y de la Cámara de Diputados, de la Ilustre Municipalidad, de las Cortes de Justicia, del Ejército y Marina y en fin, distinguidas personas de nuestra sociedad, muchas de las cuales han manifestado especial interés por concurrir, á virtud de conservar gratos recuerdos del humilde Donado Recoleto. Los invitados ocuparán los asientos de la nave central y del presbiterio, quedando las dos naves laterales para la demás devota concurrencia. Como se espera que haya un extraordinario concurso de gente, se ha dispuesto por la Intendencia que un piquete de la Policía de Seguridad guarde el orden de la entrada. Las puertas del templo van á ser tapizadas de negro, y en el frontis de la que da acceso á la nave del medio, se leerá este solo nombre:

«FRAY ANDRÉS»

Á las 8½ A. M. en punto se cantará la *Vigilia* por el Cabildo y las Comunidades.

Á las 9 empezará la misa conforme á la rúbrica, con todas las solemnidades del ritual.

La pontificará, como queda dicho, el Iltmo. y Rvmo. señor don Mariano Casanova. Durante los oficios divinos se cantará por un escogido coro de voces la misa de Paccini con acompañamiento de una numerosa orquesta.

Terminada la misa pronunciará el panegírico de *Fray Andresito* el señor Presbítero don Ramón Ángel Jara, oración fúnebre que se distribuirá al pueblo al terminarse las ceremonias, ilustrada con un retrato del Donado. La Venerable Comunidad de Recoletos Descalzos ha obtenido algunas erogaciones de personas piadosas para dar al acto todo el realce que se desea y ha necesitado imponerse sacrificios á fin de que este homenaje póstumo corresponda al cariño que existe por la memoria de Fray Andrés.

(De *El Porvenir*, Julio 11 de 1893.)

Suntuosísima solemnidad en la Recolección Franciscana para recordar el cuarenta aniversario de la muerte del Hermano Lego Fray Andrés García.—No puede prestarse á controversia el afirmar que la fiesta religiosa más espléndida y más popular en los últimos diez años, ha sido la verificada en la mañana de ayer en el templo de la Recolección Franciscana, como justo homenaje á un varón de extraordinaria virtud, como merecido recuerdo de la ciudad de Santiago á su insigne benefactor, Fray Andrés García, en el cuadragésimo aniversario de su sensible y dolorosa muerte.

La capital entera, sin distinción de clase ni condiciones, ha acudido ayer al templo que guarda las cenizas del querido religioso; muy pocas familias, creemos, se han abstenido en Santiago de tomar parte en esta suntuosa manifestación de fe católica y de sincero reconocimiento.

Desde las seis de la mañana veíase á buen número de personas, de los distintos barrios de esta ciudad, ponerse en movimiento en dirección á la Iglesia de la Recolección Franciscana; los primeros carros fueron ocupados por un número extraordinario de pasajeros como asimismo los carruajes públicos; sin embargo, mayor era el número de los que se dirigían de á pie, ya sea por las avenidas del Mapocho y por sus tajamares, ya por las calles que conducen á los diversos puentes que atraviesan el río nombrado.

Á las ocho de la mañana el templo de la Recolección Franciscana, á excepción de los asientos destinados á los invitados expresamente á este acto, se veía completamente repleto, siendo imposible dar cabida á una sola persona más.

Como la afluencia enorme de personas estacionadas en la plazuela del templo trabajaba por tomar colocación en éste, hubo necesidad poco más tarde de apostar guardias en sus puertas como asimismo en las del Convento á fin de impedir toda entrada á él.

Con esto comenzaron á estacionarse en la Plazuela de la Recoleta, sus anchas veredas y calles adyacentes, millares de personas de todas las clases sociales; á las diez de la mañana podían calcularse en quince mil almas las que pululaban por los alrededores de la iglesia y las situadas en ésta.

Á las nueve de la mañana la Recolección Franciscana presentaba un golpe de vista más que imponente, suntuosísimo. Con su pavimento cubierto completamente de una rica alfombra; la nave central con muchos y elegantes cortinajes negros, que pendiendo de las arquerías y chapiteles iban tapizados con franjas de plata que le daban un aspecto severo, de buen gusto y con un tinte que hacía más lúgubre el solemne recinto.

Llamaba principalmente la atención en el arreglo del templo el bellísimo túmulo funerario trabajado todo en Chile y con materiales del país.

El cortinaje exterior del templo contribuía también al efecto deseado por el arte y maestría con que había sido arreglado y sobretodo por la sencilla inscripción que entre sus pliegues se leía:

«FRAY ANDRÉS»

El altar de Santa Filomena, patrona del Hermano Andrés, estaba también hermosísimo con la profusión de flores, luces y guirnaldas que ostentaba.

Pero sobre todo la sepultura del que fuera humilde limosnero de la Comunidad era lo que llamaba principalmente la atención. Tapizada de flores y coronas obsequiadas por algunas de las más distinguidas familias de esta capital, corto tributo á las virtudes y méritos del Donado, fué necesario hacer resguardar la tumba por un piquete de soldados para impedir que el pueblo, reverente y entusiasta, no se abalanzase sobre ella á cubrirla con sus lágrimas de respeto y de agradecimiento.

A las nueve de la mañana el R. P. Guardián de la Recolección Franciscana, acompañado de toda la Comunidad como también de los superiores de casi todas las Congregaciones religiosas existentes en esta capital y de muchos y respetables caballeros, recibía en el pórtico del templo al Iltmo y Rvmo. Arzobispo de Santiago.

Momentos antes se había entonado el cántico de la *Vigilia* con acompañamiento de la magnífica orquesta que se tenía contratada.

En ese momento el templo presentaba un imponente aspecto: en la nave central, repleta de lo más distinguido de nuestra sociedad, veíanse las personas que habían sido invitadas, entre las cuales estaba el señor Ministro del Culto don Ventura Blanco V., que presidió

el acto, el general Baquedano, miembros del Senado, de la Cámara de Diputados, de los Tribunales de Justicia, de la Universidad, del Ejército. En las naves de los costados, también completamente llenas, veíase gran número de señoras, caballeros y jóvenes, pero sobre todo gente del pueblo, entre la cual la memoria de *Fray Andresito*, como llama al Donado, crece de día en día en admiración y respeto.

A esa hora fué ya preciso no permitir la entrada ni siquiera á la Plazuela de la Recoleta, por ser materialmente imposible contener el inmenso número de personas que á cada momento acudía de todos los barrios de la ciudad á asistir á la solemne ceremonia.

Concluído el canto de las *Vigilias* el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo dió comienzo á la gran misa de *Requiem* cantada por un numeroso coro de distinguidos profesores acompañados por la orquesta.

Asistieron al señor Arzobispo los Prebendados don Alejandro Larraín, don Baldomero Grossi y don Guillermo Juan Cárter, sirviéndoles de diáconos de altar los Presbíteros don Carlos Cruzat y don Juan C. Herrera.

Concluído el santo sacrificio el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo entonó el *Responso* por el alma de Fray Andrés, después de lo cual el Presbítero señor Ramón Ángel Jara subió á la cátedra sagrada á pronunciar la oración fúnebre.

En medio del más imponente silencio fué pronunciada por el Presbítero señor Jara, y escuchada con todo recogimiento y entre los sollozos de gran parte de la concurrencia.

Concluído el discurso el Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo, como también el señor don Ventura Blanco y gran parte de los asistentes se retiraron; mientras otra parte, invitada por el R. P. Guardián de la Recolección Franciscana, pasaba al Convento, en cuyo refectorio se tenía preparado un magnífico almuerzo.

El refectorio estaba artísticamente adornado con hermosas guirnaldas y coronas; en la testera, entre los pliegues de las banderas chilena y española, ostentábase un magnífico retrato de Fray Andrés.

Antes de despedir á sus convidados, el R. P. Guardián de la Recolección Franciscana, en un sentido discurso dió las gracias á los caballeros y jóvenes que habían sido invitados á la solemne ceremonia; y luego les regaló á cada uno un elegante cuaderno con la Ora-

ción fúnebre pronunciada por el Presbítero don Ramón Ángel Jara.

Durante el resto del día el Convento ha sido continuamente visitado por numerosas personas ansiosas de conocer la celda donde vivió y murió el Hermano Andrés.

Pero como el Convento hace sólo pocos años fué reconstruído en su mayor parte, dicha celda hubo también de ser demolida, dejándose en el sitio que ocupó, una lápida de mármol con la siguiente inscripción: *Aquí murió el Hermano Andrés.*

El templo se ha visto también continuamente lleno y la tumba del humilde y santo Donado ha sido objeto de toda clase de demostraciones de respeto y gratitud.

Este conjunto de manifestaciones á que se ha asociado la capital entera, demuestra que las virtudes de *Fray Andresito* no han sido dadas al olvido, que en nuestra memoria no se ha helado el recuerdo del humilde varón que tantos motivos de gratitud y tantas pruebas de virtudes dejó en los hogares, ya miserables, ya suntuosos de Santiago.

(De *El Ferrocarril*, Julio 11 de 1893.)

A LA MEMORIA DE FRAY ANDRÉS.—Las ceremonias fúnebres verificadas ayer en el templo de la Recoleta Franciscana, como apoteosis de las virtudes y méritos del célebre Hermano Donado Fray Andrés García, han revestido toda la magnificencia y la pompa merecida por tan veneranda memoria.

Antenoche se trabajó en la iglesia hasta las últimas horas y aun hubo que desentenderse de ciertos detalles de la ornamentación, como ser el arreglo de algunos altares y el enlutamiento de las arañas de la nave central como de las que penden de las arcadas.

De todos modos la iglesia presentaba el más imponente golpe de vista.

Todos los muros hallábanse tapizados de negro, con colgaduras franjeadas de blanco. De cada arco pendían grandes cortinajes que tamizaban la luz y dejaban en la penumbra la nave central.

El altar mayor había desaparecido cubierto por un inmenso paño fúnebre que caía desde la techumbre, delante del cual había un crucifijo y seis grandes cirios sobre la mesa del Sacrificio. Las paredes

del presbiterio estaban también completamente enlutadas, asimismo el coro alto; el cornizamiento de la nave del medio y el púlpito, estaba todo forrado en terciopelo negro con franjas de plata. Igualmente, las tres puertas que dan acceso al templo por el lado de la Plazuela, se encontraban adornadas con cortinajes negros con flecadura blanca y salpicadas de estrellas y llamas plateadas. En el frontis de la puerta principal se leía este nombre:

«FRAY ANDRÉS».

Estaba escrito en grandes caracteres que se percibían desde mucha distancia. El altar de la patrona de Fray Andrés, Santa Filomena, á cuyo costado se dió piadosa sepultura á los restos del Hermano, había sido especialmente arreglado para el acto; tenía enlutadas las columnas y lucían esparcidas con arte y buen gusto en el campo negro, hermosas camelias y rosas blancas, emblema de la virginidad de la gran Taumaturga del siglo, como ha sido llamada la *Santa* por uno de los últimos Pontífices de la Iglesia. La tumba de *Fray Andresito* estaba alfombrada de flores y coronas naturales y artificiales, con sentidas dedicatorias en cintas de raso y seda. Donde quiera, pues, que se espaciase la vista había que contemplar signos ó demostraciones de cariño y veneración por el Ilustre Donado.

Pero, era en el grandioso catafalco erigido en la nave central, á cuatro pasos del presbiterio, en donde convergían todas las miradas. La majestad y sencillez de ese monumento sobrecogía el ánimo, convidando al recogimiento y á la meditación. De forma cuadrangular y de una ancha y sólida base, lo formaban varios cuerpos haciendo escalones, armándose en la parte superior una especie de templete, sostenido por cuatro columnas hermosamente talladas, y quedando en medio de éstas una magnífica urna con tallados y bajos relieves del mejor gusto y coronada por una cruz. Sobre el templete y su cornizamiento espléndido, aparecía un ángel que tocaba la trompeta como simbolizando la fama del religioso muerto en olor de santidad. Un crucifijo y un precioso juego de candelabros de bronce y otros dorados y plateados contribuían á dar realce al túmulo, y no menos servían para ofrecer un espectáculo digno de la fiesta de póstumo homenaje que se celebraba, los cuatro jarrones con teas y hachones funerarios que esparcían sus trémulos resplandores en los

ángulos del catafalco. Entre esos candelabros estaban los que Fray Andrés compró para su *Santa.*

Como se esperaba, el entusiasmo popular despertado por estas ceremonias ha sido extraordinario. Pruébalo la circunstancia de que desde la cinco de la mañana empezó á agolparse la gente en los alrededores del templo de la Recoleta. Era aquello una verdadera romería: gentes de todas clases y condiciones se apresuraban á llegar temprano con el fin de tener cabida y asistir á esas solemnes fiestas. Siendo tal la afluencia de gente apiñada á las puertas de la iglesia y que esperaba ansiosa poder tener acceso, se hizo necesario, para evitar desórdenes y las consecuencias de una aglomeración, pedir un piquete del 4.° de línea y otro de policía para que guardasen la entrada. A las siete se abrieron las puertas, y en un instante quedaron ocupadas por hombres, mujeres y niños todas las localidades de las naves oriente y poniente, reservándose sólo la central para las personas invitadas y las comunidades religiosas.

A las ocho ya no había lugar alguno, y la gente que venía llegando tenía que estacionarse, mal de su agrado, en la Plazuela y á lo largo de la calle de la Recoleta.

Piquetes de fuerza armada se instalaron desde el primer momento alrededor de la tumba de Fray Andrés, del catafalco y al lado de la verja del presbiterio.

Los invitados, que fueron llegando poco á poco y recibidos por una comisión de sacerdotes y caballeros, tomaban asiento en la nave central. Llegaban también é iban tomando su respectiva colocación, el Seminario, las comunidades de la Domínica, de Santo Domingo, de las Mercedes, de San Agustín, de San Francisco, de los Capuchinos, de los PP. Salesianos, de los PP. Redentoristas, de las Escuelas Cristianas, de la Asunción, etc., y representantes del clero secular y regular de Provincias.

El Iltmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de Santiago, Doctor don Mariano Casanova, en compañía de algunos señores canónigos y presbíteros y de sus auxiliares, fué recibido en cuerpo por la venerable Comunidad de Recoletos Descalzos y conducido con las ceremonias de estilo al presbiterio.

A las ocho y media en punto, hora en que bullía un mar de gente en las cercanías del templo, se empezó la *Vigilia*, tomando parte en los cánticos fúnebres todos los religiosos presentes. Los

acentos de los sacerdotes al entonar el invitatorio, las lecciones y los tres salmos de difuntos resonaban en las bóvedas del templo impresionando á la devota concurrencia que á su vez elevaba al cielo tierna y recogida plegaria por el querido Hermano, ídolo así de los desheredados como de los favorecidos de la fortuna. Y no era raro ó extraño ver en esos instantes rostros bañados por las lágrimas, como expresión de la gratitud y del afecto sincero que en tantos corazones dejó perennemente grabados el humilde Hermano.

A las nueve se dió principio á la misa, ocupando al comenzar ésta, su asiénto de honor el Señor Ministro del Culto. Hallábanse á su lado señores Senadores, Diputados, el señor Intendente de la Provincia, miembros de la Municipalidad, de las Cortes de Justicia, del Ejército, etc., etc.

Pontificó la misa el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo, sirviéndole de diáconos y subdiáconos, respectivamente, los señores Prebendados don Baldomero Grossi y don Juan Guillermo Cárter y los señores Presbíteros don Carlos Cruzat Hurtado y don Juan de C. Herrera. Presbítero asistente era el señor Prebendado don Alejandro Larraín, y primero y segundo maestro de ceremonias los señores Presbíteros don Miguel Claro y don Agustín Morán. Encontrábanse también en el presbiterio, y tomaron parte en las ceremonias, el señor Deán de la Catedral de Concepción, Prebendado don Domingo Benigno Cruz, y los superiores de las comunidades religiosas.

Una numerosa y selecta orquesta, que se componía de más de ochenta ejecutantes y que era dirigida por el maestro don Augusto Maccio, instalada en el coro alto, acompañaba los oficios divinos, con un escogido coro de voces de los más distinguidos profesores de la capital. Durante la *Vigilia* se cantaron el *Invitatorio* de Degola y las *Lecciones* del maestro don Julio Hempel, y en la misa el *Kirie* y *Sequentia* de Paccini y el *Sanctus* y *Agnus* de Fasó.

Terminada la misa, á las diez y minutos, se entonó por el señor Arzobispo un responso, ejecutando la orquesta el *Libera me Domine* del mismo maestro Fasó.

En seguida del responso, subió al púlpito y pronunció la oración fúnebre del Hermano Andrés el señor Presbítero don Ramón Ángel Jara, en medio del más profundo silencio y recogimiento de los asistentes. Esta bellísima pieza oratoria fué arrebatada por la multitud á la salida del templo.

A las once y media terminó el panegírico pronunciado por el señor Presbítero Jara, y minutos después comenzó la concurrencia á desalojar la iglesia.

Tales han sido, descritas á la ligera, las fiestas fúnebres llevadas á cabo por la venerable Comunidad de la Recolección Franciscana en honra del humilde extranjero que hoy espera de las autoridades supremas de la Iglesia su Beatificación para ser exaltado á los altares. Ellas en sumo han sido bajo todo punto de vista espléndidas, solemnísimas, dignas del elevado y piadoso objeto que les dió origen.

(De *El Ferrocarril*, Julio 12 de 1893.)

Ecos de las exequias de Fray Andresito.—Numerosa concurrencia de personas de distintas clases sociales ha visitado anteayer y ayer el templo de la Recolección Franciscana, deseosa de contemplar el grandioso catafalco y la espléndida ornamentación fúnebre del presbiterio y la nave central.

La tumba de Fray Andrés ha sido nuevamente objeto de toda clase de demostraciones de cariño, gratitud y veneración. A su alrededor se han visto sin cesar grupos de personas, renovadas á cada instante y que arrodilladas elevaban sus preces, aproximándose otras á depositar coronas y ramilletes de flores.

A fin de tener un recuerdo de las magníficas solemnidades del lunes se va á sacar una vista fotográfica del templo, idea insinuada á los RR. PP. Recoletos Descalzos por varios caballeros y señoras.

De la oración fúnebre pronunciada por el señor Presbítero don Ramón Ángel Jara, se ha hecho una edición de cuatro mil ejemplares; dos mil en hojas sueltas, mil setecientos en folletos impresos en papel de obras, y trescientos impresos en papel de fina clase.

El Convento de los Recoletos ha sido muy visitado por caballeros y jóvenes. Los visitantes han podido ver en el segundo claustro, en uno de los pilares de un parrón, una plancha de mármol con esta inscripción: *Aquí murió el Hermano Andrés.*

Efectivamente en ese sitio se hallaba hace cincuenta años la celda del Hermano, contigua á la de su primer confesor Fray Felipe Echanagucía y á la del Guardián Rvdo. P. Crespo. La circunstancia de

ser aquellos edificios de construcción muy antigua determinó más tarde á los Padres á demolerlos, edificando en los alrededores y dejando el terreno que ocupaban las primitivas celdas para huerto y jardín. La que fué celda de Fray Andrés se hallaba á los pies de un famoso lúcumo que existe en el Convento inmemorial y es una curiosa coincidencia el que la celda que se halla á menos distancia del lugar que ocupó la de *Fray Andresito*, sea la de su segundo confesor y su consejero hasta sus últimos días, el Rvdo. P. Fray Francisco Pacheco, seis veces Guardián de la Recoleta Francisca y uno de los fundadores del actual Convento.

En poder del Rvdo. P. Pacheco existe un frasco con sangre de Fray Andrés, que aún se conserva líquida, y las sandalias y otros objetos de propiedad exclusiva del Hermano.

Los claustros del Convento han sido recientemente pintados unos y blanqueados otros, colocándose en el primero y en el segundo una colección de cuadros que representan la vida de San Pedro de Alcántara, cuadros retocados y barnizados hace poco.

En el refectorio se ha exhibido, en el centro de ramas verdes y de las banderas chilena y española entrelazadas, un retrato al óleo del Hermano, de gran parecido.

La escasez de recursos y otras circunstancias han impedido á los Padres inaugurar en el mismo día de las fiestas fúnebres del lúnes, un túmulo de cal y ladrillo que en honor de Fray Andrés se ha construído en un pequeño claustro que en su primera época fué el cementerio de la Comunidad.

Los Padres no descansan en recoger toda clase de documentos y testimonios que sirvan para atestiguar las virtudes del Ilustre Donado y los hechos extraordinarios de su vida.

(De *La Restauración*, Julio 16 de 1893.)

SOLEMNES EXEQUIAS EN HONOR DE FRAY ANDRESITO.—El lúnes 10 de Julio la veneranda memoria de un desconocido del mundo, sin abolengos ni blasones, sin honores ni prerrogativas, sin título ni humano poderío, sin otra librea ni distintivo que el tosco sayal de San Francisco, befa y ludibrio de la impiedad altanera y descreída; sin

otro atractivo que el de su humildad, encubierta por su desaliñado rostro, ha sacudido el polvo del sepulcro para levantarse más esplendorosa y resplandeciente, más tersa y hermosa; acrecentada que no extinguida por el trascurso de cuarenta años, que no han podido borrarla del corazón de un pueblo agradecido que la ha conservado intacta para transmitirla á las generaciones venideras, íntimamente enlazada á su robusta fe religiosa y á la confianza que le inspirara la humildad profunda y angelical pureza del Hermano Fray Andrés Filomeno García.

Hánse cumplido el lúnes, en parte, los anhelados deseos del pueblo de Santiago, que no ha cesado un momento de encomendarse á los ruegos y poderosa intercesión de *Fray Andresito*, como lo comprueba la veneración con que en todos los hogares se conserva su retrato, y las plegarias constantes que al borde de su sepulcro se levantan. Parece que, en su cariño y respeto extremos, hubiera temido que el polvo del olvido hubiera venido á posarse sobre sus helados huesos, cuando la generación que fué testigo de su humildad profunda y de su encendido celo por la gloria de Dios, hubiera á su turno sepultádose en el seno del sepulcro.

Esto no podía ser tolerado por un pueblo agradecido, que rechaza el estigma de ingratitud que el tiempo amenazaba imprimirle por no haber hecho una manifestación pública, imponente y sencilla á la memoria del que fué en vida el paño de lágrimas de los atribulados; el padre de los pobres, el protector de las viudas, el socorro de huérfanos y desvalidos; y más que todo esto, el que con sus virtudes y profunda humildad esparció en toda nuestra sociedad el suave perfume de santidad que edifica á los buenos y que hace temblar y contener en sus avances de destrucción á los malos.

Eco de estos generosos sentimientos ha sido el R. P. Guardián de la Recolección Franciscana, Fray Francisco Julio Uteau que, con más vehemencia que ningún otro, deseaba pagar este tributo de admiración y de respeto á las virtudes del que durante doce años, bajo el techo de los severos y desnudos claustros de este Convento, formó el nido de sus amores, á donde diariamente traía el acopio de la limosna que debía servir de sustento á sus hermanos en religión y superiores en la obediencia.

Para ello no ha omitido sacrificios, como no ha descansado en sus afanes á fin de obtener para la mayor gloria de Dios y bien de

nuestra querida patria, la exaltación del pobrecito lego, haciendo que sus virtudes y heroicos hechos lleguen al conocimiento del Vicario de Jesucristo, único tribunal que puede acrisolar y descubrir los tesoros de santidad que ellos encierran, para presentárnoslo orlado con la purísima aureola que él sólo discierne á los que nos señala como objeto de nuestra veneración y de nuestro culto.

Mediante sus esfuerzos y la cooperación de los que admiran sus virtudes y tienen fe en su proteccion poderosa, los elevados muros del templo de la Recoleta Francisca vestían rico y fúnebre cortinaje, salpicado de lágrimas que se desprendía desde lo alto, simulando la hermosa arquería del templo y cayendo hasta su base artísticamente enlazada y orillada por hermosa flecadura.

Al centro, la urna funeraria, modelada en cedro y con tallados primorosos, descansaba sobre una triple gradería coronada por elegante y fúnebre cúpula, que descansaba sobre cuatro hermosas pilastras corintias. Tanto éstas como aquéllas eran acabados trabajos de ebanistería, sobre los cuales proyectaban su tétrica luz los blancos cirios sustentados por grandes y elegantes candelabros. De los bordes de la cúpula se desprendía ancha franja de plateado encaje, sembrada de blancas y brillantes piedras, que similaban estrellado cielo.

La colocación sola de esta costosa ornamentación demandó algunos días, y los últimos detalles hubieron de hacerse apresuradamente el mismo 10 de Julio, aniversario de la traslación de sus restos, sin que pudieran terminarse, por impedirlo las oleadas de fieles que como desatado torrente penetraban al templo y se esparcían por las extensas naves.

Fué imposible, á pesar de la fuerza pública que formaba carrera desde el vestíbulo hasta las prolongadas y nutridas filas de sillas destinadas á los invitados, darles cómodo acceso. No se reconocían fueros, títulos ni distinción; nadie quería ser menos ni en el cariño ni en la expresión de sus sentimientos: *Fray Andresito* tampoco lo había hecho; y al contrario, su corazón pertenecía todo entero á esa masa anónima que se llama pueblo. Y como si todos le reconocieran este derecho ó se considerasen iguales ante la presencia de Dios que nos ha creado, veíamos diseminados en su santa casa y confundidos al rico y al pobre, al magistrado y al súbdito, al sabio y al ignorante, al guerrero ilustre y al ignorado saldado.

Con cuánta razón el orador sagrado exclamó: «¡Qué tremenda sorpresa damos en este instante á la soberbia humana! ¿Qué dirá ella que mide la grandeza de los hombres por la sombra que arrojan sobre el suelo, en presencia de una ciudad entera, que se agita, que se agolpa, bajo los atrios del templo y que congrega á obispos, magistrados y sabios y que despliega inusitada pompa para honrar la memoria no de un soberano ni de un guerrero, ni de un príncipe de la Iglesia, sino los huesos de un oscuro extranjero, de un limosnero de nuestras calles, de un pobrecito lego franciscano?»

Por lo demás nada hubo que no fuera digno del lugar y del objeto que á unos y á otros congregaba, y el silencio y compostura se hicieron unísonos cuando, terminados los oficios que presidía el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago, el orador sagrado ocupó la cátedra para hacer el elogio y recordar las virtudes del Hermano Andrés. Nadie parecía respirar siquiera, y los ojos parecían como clavados en él para adivinar con ellos las palabras que el aire no hacía llegar á los oídos.

Esto bastaría para hacer el elogio del discurso fúnebre del señor don Ramón Ángel Jara, que, en concepto de muchos, es la más acabada pieza oratoria que haya producido. Nosotros que lo oímos pronunciar con toda propiedad y maestría, sólo podríamos decir que él conmovió y edificó á todos y que involuntariamente arrasaba de lágrimas los ojos. Su autor, que se sintió poseído de singulares disposiciones, á pesar del corto tiempo de que pudo disponer y de que su garganta afectada parecía no acompañarlo durante el que empleó en pronunciarla, cree deber este favor á la intercesión de Santa Filomena, y á los ruegos de su devoto servidor *Fray Andresito.*

Nosotros recomendaríamos su lectura como un medio de acrecentar la confianza en sus ruegos, y de meditar las verdades y abundantes doctrinas que encierra.

Hemos querido hacer á los lectores de *La Restauración* esta sencilla relación de una solemnidad religiosa que formará época en nuestros anales, porque sabemos que no le son desconocidas sino muy veneradas las virtudes del muy humilde lego Franciscano; y porque conocemos cuanto es el aprecio que tiene el pueblo de Los Andes por los hijos del Seráfico Patriarca, de quienes ha recibido tantos auxilios espirituales.

Antes de concluir queremos hacer un llamado especial á la pie-

dad de los fieles, exhortándolos á que alleguen fondos con el objeto de adelantar los trabajos de Beatificación de *Fray Andresito*. Esto redundará en mayor gloria de Dios y nos merecerá la protección del cielo.

(De *El Constitucional*, Mayo 2 de 1894.)

Solemne clausura de la novena que se ha celebrado en honor de Santa Filomena, virgen y martir.—Mañana á las 9 A. M. se dará término con solemne pompa á la novena que en estos días han celebrado los Reverendos Padres de la Comunidad de la Recoleta Franciscana en honor de nuestra insigne Protectora Santa Filomena.

En la nave del centro se alza el pedestal sobre el que se asienta el trono de la insigne y admirable Santa. La hermosa imagen que allí la representa es la más acabada como obra de arte.

En la nave del poniente se ve cubierta de coronas, flores y plantas, la tumba del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, cuya fama de santidad ha atraído en torno de ella innumerables fieles, que desde los puntos más apartados de la República han venido á pagarle su tributo de amor, gratitud y admiración y fervientes lágrimas. Debemos esperar del entusiasmo ardoroso y siempre levantado de todos los católicos, que nadie se muestre indolente á la solemnidad con que se va á dar término á la novena de Santa Filomena.

Pontificará el Iltmo. señor Obispo de Antédone, Dr. don Juan Guillermo Cárter, y predicará el panegírico el R. P. Francisco Julio Uteau, Superior de la Comunidad.

(De *La Cruz*, Revista mensual, Agosto de 1893.)

Fray Andrés García.—Pocas veces ha presenciado la ciudad de Santiago un homenaje más solemne y conmovedor que el tributado á la memoria de Fray Andrés García con ocasión de las honras que en el día 10 de Julio se celebraron en recuerdo del cuadragésimo aniversario de la muerte del humilde lego Franciscano.

Prelados, Ministro de Estado, Senadores, Diputados, miembros del foro, militares, señoras y caballeros y una completa muchedumbre del pueblo se reunieron alrededor de la tumba de Fray Andrés.

¿Qué secreto misterioso hay en este lego que, después de cuarenta años que ha desaparecido de este mundo, vive en la memoria de todos? Fué santo y por eso su recuerdo vive latente al calor de los corazones que saben comprender la verdadera grandeza mayor á que el hombre puede aspirar en su vida. La memoria del justo es eterna y los años, lejos de empañarla, la hacen brillar con nuevo resplandor.

(De *El Porvenir*, Julio 24 de 1893.)

Proceso de Canonización de Fray Andresito.—Háse promovido esta semana una piadosa corriente de opinión en favor de la idea de iniciar cuanto antes el Proceso de canonización de *Fray Andresito*, porque el Hermano Andrés García será siempre *Fray Andresito*, aunque llegue á ser canonizado.

Las cartas cambiadas entre el R. P. Guardián Fray Francisco Julio Uteau y el R. P. Fray Francisco Pacheco y el acta firmada por numerosos y respetables sacerdotes y caballeros que atestiguan el estado líquido de la materia encerrada en el frasco que conserva el mismo P. Pacheco, y que según su declaración juramentada, es sangre de *Fray Andresito*, extraída durante su última enfermedad: estas circunstancias, decíamos, han encendido el universal deseo de que se abra cuanto antes el Proceso de canonización del santo y popular Hermano Franciscano.

Y este es el momento oportuno de iniciar la obra: aún viven algunas personas que conocieron á *Fray Andresito*, y que podrán dar testimonio ocular de los prodigios que á él se refieren; el R. P. Pacheco fué su confesor, y su testimonio sería de suma importancia; el R. P. Uteau ha escrito un hermoso libro sobre la piadosa vida de su santo Hermano; y muchas declaraciones inapreciables, que más tarde no podrían acaso obtenerse, pueden recogerse ahora.

Y luego, nos mueve en esto un poco de orgullo nacional. Chile, país esencialmente católico, donde hay ejemplos de virtudes verdaderamente heroicas, donde existen conventos en que se albergan

verdaderos santos, donde la gracia y el favor de Dios han solido brillar con pruebas que se han impuesto hasta á los incrédulos; nuestro Chile amado, al cual desearíamos ver ocupando en todas las esferas el primer puesto de este continente, no tiene todavía ningún santo canonizado. Y no es que no haya habido santos, y aun nos atrevemos á decir, no es que no los haya actualmente y en grado verdaderamente admirable; no entra en los designios de Dios el hacer pública y ostensible toda santidad.

Hay piadosos y autorizadísimos autores que sostienen que el número de los santos ignorados es mucho mayor que el de los canonizados por la Iglesia.

Empero, cuando esas manifestaciones públicas y ostensibles de santidad se han producido, cuando un escogido ha operado maravillas en el nombre de Dios; cuando la opinión unánime de sus contemporáneos lo señala como un elegido, entonces debemos mirar en todo eso por lo menos un indicio de la voluntad de Dios. La Iglesia es excesivamente cautelosa y exigente tratándose de un proceso de canonización; ni podría ser de otra manera, tratándose del asunto más grave y transcendental que puede haber en la existencia humana.

Las pruebas acumuladas, que aun separadamente, bastarían para fundar incontestablemente el fallo de un tribunal de derecho, suelen bastar apenas como un síntoma ó como un indicio, cuando se refieren á un proceso de canonización seguido ante el tribunal de la Iglesia; lo que ante los jueces ordinarios constituiría plena prueba, suele no constituir más que una presunción ante los jueces eclesiásticos. Y por esto mismo, por las dilaciones necesarias, cuando se trata de un asunto tan grave, por las dificultades inevitables y lógicas, por la plenísima luz que es indispensable hacer sobre cada uno de los puntos de un proceso de canonización, conviene ir recogiendo desde luego, para el de *Fray Andresito*, todas las comprobaciones auténticas y personales que después no podrían conseguirse.

El movimiento que esta semana se ha iniciado ha sido, pues, universalmente bien recibido, y es de esperar que reciba nuevo y vigoroso impulso.

(De *El Porvenir*, Noviembre 29 de 1893.)

Fray Andrés Filomeno García.—Ya se han dado los primeros pasos para iniciar en Santiago el Proceso Informativo de la Beatificación de este Siervo de Dios, que tanto bien ha hecho entre nosotros.

El R. P. Fray Francisco Julio Uteau, actual Superior de la Recolección Franciscana, se ha acercado al Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo, haciéndole ver el gran deseo que desde tiempo atrás le han demostrado muchas personas que conocieron á Fray Andrés, porque se lleve á efecto su Beatificación, y le instruyó de la última comunicación que sobre este importante asunto ha recibido del Rvdo. Padre Postulador de su Orden ante la Santa Sede.

Este Proceso nos dará á conocer muchos hechos importantísimos que aún no han sido publicados, hechos que han presenciado personas honorables y dignas de fe; pues el R. P. Uteau tiene un voluminoso archivo de documentos entre los cuales se encuentra uno firmado por don Francisco Echaurren Huidobro, en el cual narra un hecho admirable obrado por Fray Andrés á favor de una de sus hermanas.

Daremos en tiempo oportuno noticias sobre este Proceso, que es el segundo de esta clase que se inicia en esta capital; pues el primero es sobre el conocido Siervo de Dios Fray Pedro Bardesi, cuya beatificación se agita actualmente en Roma.

(De *El Constitucional*, Diciembre 7 de 1893.)

Beatificación y canonización de Fray Andresito.—Allanadas las dificultades para iniciar el Proceso Informativo para la Beatificación y Canonización del popular y conocido Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, el Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo con fecha 5 del presente mes ha nombrado Juez Delegado de la causa de la Beatificación y Canonización al señor Obispo electo de Antédone, Dr. don Guillermo Juan Cárter. Este es el momento oportuno de iniciar esta importante obra que hará eco en la historia de la Iglesia Chilena; aún viven muchas personas que conocieron á Fray Andrés,

y que se honrarán en testificar tantos prodigios que de él se narran casi en todos los hogares de esta ciudad que fué testigo durante catorce años de la ejemplar vida de este Apóstol incansable del bien.

El Siervo de Dios adornó su corazón con la virtud en el grado más elevado y heroico; por eso fué que el pobre, el enfermo, el anciano desvalido, el huérfano y la viuda desamparada, encontraron en su noble corazón inflamado por la caridad el más cariñoso de los padres y el mejor de los amigos.

¡Á cuántos no inculcó el amor á los inmutables principios de la sana moral, á ser bueno, honrado y laborioso; á cuántos enfermos de rebeldes dolencias sanó con admiración de los médicos más notables; á cuántos pobres ancianos enjugó sus lágrimas; y á cuántas viudas desconsoladas endulzó sus aciagos días por la pérdida del custodio de su honra y de su vida!

El pueblo de Santiago, testigo por más de catorce años de los hechos admirables del Siervo de Dios y de quien los habitantes recibieron tantos beneficios debe contribuír con su limosna para cubrir los ingentes gastos que una Beatificación y Canonización impone á la Santa Sede.

(De *El Porvenir*, Abril 24 de 1894.)

Solemne novena en honor de Santa Filomena.—La Comunidad de la Recoleta Franciscana de esta capital dará principio hoy, á la una y media de la tarde, á una solemne novena en honor de la Virgen y Mártir Santa Filomena.

Sabemos que se han dado ya los primeros pasos para la Beatificación y Canonización del popular y conocido Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García Acosta, y es de esperar que los fieles acudan presurosos á orar allí sobre la tumba de aquel varón esclarecido por sus heroicas virtudes para que la ilustre hija de la Grecia tome bajo su poderosa intercesión los trabajos de tan santa como delicada obra, que redundará en mayor gloria de Dios, constituyendo un acontecimiento que hará eco en la historia de la Iglesia Chilena. Conocidas por todos son las heroicas virtudes y relevantes méritos del Siervo de Dios para que necesitemos aquí hacer su elogio. El pueblo de Chile y muy especialmente los habitantes de Santiago hemos recibido por

la mediación de este santo religioso, ilustre por sus virtudes, favores innumerables del cielo. Los huérfanos y las viudas, los enfermos y menesterosos, los felices y los desgraciados recibieron del Siervo de Dios inmensos beneficios: sus manos derramaron en la choza, en la ciudad y en los campos tesoros inagotables de salud y de consuelos, tanto en el orden moral como en el material; y todos los hogares respetables conservan conmovedoras tradiciones de haber obrado este varón esclarecido algún acto extraordinario á favor de un sér querido, llamando la atención de todo el pueblo por su constante é ingeniosa caridad para todo aquel que, oprimido por alguna desgracia, á él recurría; en virtud de lo cual, hizo su compañero inseparable.

Esto solo bastaría, prescindiendo de otros méritos del Siervo de Dios, para comprometer nuestra gratitud, que debemos manifestarle contribuyendo para su glorificación y exaltación á los altares.

(De *El Chileno*, Julio 1.° de 1894.)

La beatificación de Fray Andrés.—El último correo de Europa nos trae noticias que serán recibidas con regocijo por los innumerables católicos que en todo Chile veneran la memoria de Fray Andrés, el santo lego Franciscano.

Es sabido que respetables personas de nuestro clero y nuestra sociedad han dado los pasos necesarios para que se inicie cuanto antes el Proceso de Beatificación de aquel Siervo de Dios, á quien el pueblo chileno desea ver en los altares.

Iniciadas esas diligencias en Roma, han tenido ya un excelente resultado, y por el último correo ha llegado el interrogatorio y todas las instrucciones canónicas que han de servir para los trabajos del Proceso en Chile.

Con estos documentos se comenzarán las prolijas y severísimas investigaciones que la Iglesia exige para estos casos y se facilitará considerablemente la labor de las personas que están encargadas de tan delicada tarea.

El R. P. Uteau, Guardián de la Recoleta Franciscana, ha recibido de Roma el nombramiento de Vice-Postulador en este Proceso.

Se ve, pues, más cercano el día en que nuestro pueblo y cuantos veneramos á Fray Andrés podamos rendirle públicamente el culto que ya recibe de tantos corazones, y se puede pensar en que está más próxima esta gloria para la Iglesia Chilena.

Fray Andrés es el Apóstol de los pobres, el amigo de los desgraciados, el humilde y celoso imitador de Jesús, que tenía en su caridad inagotable consuelo para todas las desventuras y socorro para todas las necesidades.

El pueblo ama á Fray Andrés porque comprende que él en su humildad y ardiente caridad será siempre su Patrón como fué su amigo en la tierra.

Los deseos de los devotos de Fray Andrés comienzan á realizarse con el hecho de haber sido favorablemente acogida en Roma la idea de su Beatificación. Los ruegos de tantas almas buenas contribuirán á que el santo Franciscano reciba pronto toda la honra que merecen sus altísimas virtudes.

(De *El Porvenir*, Agosto 5 de 1894.)

Solemne triduo en honor de Santa Filomena.—Con el fin especialísimo de colocar bajo la poderosa protección de Santa Filomena los trabajos para la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, los RR. PP. de la Recoleta Franciscana darán principio el día 10 del presente mes, con todo el esplendor del culto católico, á un solemne triduo en honor de la ínclita Virgen y Mártir Santa Filomena.

Los católicos, y muy especialmente los admiradores del Siervo de Dios, verán llegar con gusto ese día, cuyo acontecimiento hará eco en los anales de la Iglesia Chilena.

La Comunidad de Recoletos Franciscanos, penetrada de la gravedad é importancia de este acto, invita á los fieles á implorar el auxilio del Espíritu Santo á fin de que Dios derrame desde el cielo abundantes luces sobre las altas dignidades eclesiásticas que formarán el *Jurado Canónico* que debe iniciar y seguir el Proceso Informativo de las heroicas virtudes y hechos admirables del Siervo de Dios, contando esta Comunidad con que el pueblo de Santiago sabrá cumplir hoy como ayer con el sagrado deber que le impone el amor

y gratitud para con este verdadero Apóstol de la caridad y de la devoción á Santa Filomena en Chile.

El orden de la distribución será el siguiente:

Día 10, á las 10 A. M., misa pontificada por el Iltmo. señor Obispo de Antédone, Dr. don Guillermo Juan Cárter, Juez delegado de la causa, y sermón del señor Prebendado don Alejandro Larraín.

Día 11, á las 9 A. M., misa pontificada por el Iltmo. señor Cárter, y sermón del señor cura de la Estampa, don Carlos Cruzat.

Día 12, á las 9 A. M., misa pontificada por el Iltmo. señor Cárter, y sermón del señor Presbítero don Esteban Muñoz Donoso.

A las 6½ P. M., rezo de la corona seráfica, pláticas del señor Presbítero don Ruperto Marchant Pereira, exposición del Santísimo Sacramento y rezo del devocionario.

Durante los días del triduo permanecerá abierto el templo para que los fieles visiten la tumba del Siervo de Dios, que se halla al lado izquierdo del altar que él erigió á Santa Filomena, siendo este el primero que se consagró á la Santa en Chile.

(De *El Constitucional*, Agosto 9 de 1894.)

Triduo en honor de Santa Filomena.—Mañana viernes, á las 10 A. M., se dará principio en la Recolección Franciscana á un solemne triduo en honor de Santa Filomena, Virgen y Mártir, nuestra insigne Protectora, con el objeto de poner bajo sus auspicios el éxito del Proceso Informativo para la Beatificación y Canonización del conocido Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García.

Como todos lo sabemos, él fué el primer Apóstol en nuestra patria de la simpática y extendida devoción á Santa Filomena. Y además, todo Chile y muy especialmente los habitantes de Santiago, hemos recibido del Siervo de Dios favores innumerables y especialísimos del cielo. Esta ciudad toda, pudo ver día por día al modestísimo religioso cruzar las calles y plazas distribuyendo á manos llenas sus gracias y favores. A él acudían de continuo y confiadamente en demanda de consuelos y misericordias, así el menesteroso y el enfermo como el huérfano, el desamparado y desvalido; y muy especialmente la angustiada viuda, la afligida madre, la desolada esposa. Y todos,

sin excepción, recibieron siempre de él y alcanzaron por él los consuelos que vivifican el alma, y los paternales consejos que valían todo un cielo; y más que todo, junto con los auxilios temporales, el edificante ejemplo de una resignación heroica y de una eminente piedad.

Mas, por todos nosotros, es sabido que nuestro Siervo de Dios fué especial providencia para muchos de entre nosotros, que hasta carecían de los recursos más indispensables en medio de los azares y las luchas más penosas de la vida. Y, ¡bendito sea Dios! jamás faltóle al religioso humilde y compasivo algún recurso providencial para sus obras de misericordia; con corazón piadoso, con singular benevolencia, él supo siempre discurrir arbitrios adecuados para mitigar los males y los dolores y aliviar la desventura...... ¡Cuántos bienes obtenidos, cuántos males remediados, cuántas amargas lágrimas enjugadas!..¡

Más aún; está en la conciencia de todos cuantos tuvieron la dicha de conocer y tratar al Siervo de Dios, como también en el conocimiento de los que hemos aprendido á pronunciar su nombre en el regazo de nuestras madres, este hecho culminante: que la mayor parte de los favores de este insigne Apóstol de la caridad no podrán tener explicación en lo posible humano, sino tan sólo en un poder sobrenatural. ¡Bendito sea Dios!

Además, todos sabemos que desde el día mismo en que lo cobijó bajo su techo la pobre Comunidad Seráfica, de la que sólo fué humildísimo Donado el Siervo de Dios, éste vino á ser ahí la providencia de que quiso Dios valerse para subvenir á las más premiosas necesidades de la Corporación; y como tal lo reconocieron los religiosos todos, á quienes por otra parte el Hermano Andrés edificaba y estimulaba con sus virtudes tan singulares como eminentes.

Empero, es lo principal y no debemos nunca perder de vista *que nuestro Siervo de Dios fué el primer Apóstol* que inspiró en nuestra patria y propagó con incansable celo la entusiasta y decidida devoción hacia la insigne Mártir y angelical doncella, nuestra Patrona cuya solemnidad se espera con entusiasmo ferviente y con anhelo piadoso y señalado.

Tan ferviente apostolado valió al Hermano Andrés, como es para nosotros evidente, haber podido llegar á la sublimidad misma de la perfección cristiana, lo que hemos visto confirmado con hechos por-

tentosos obrados por el Siervo de Dios, así durante su vida como después de su muerte; lo que nos atrevemos á aseverar con las debidas protestas de humilde sumisión hacia el Augusto Vicario de Jesucristo, única autoridad competente en este mundo para conocer y definir sobre el delicado punto de que acabamos de hacer mención.

¡Que Dios, Nuestro Señor, sea servido acoger nuestros humildes votos y plegarias por la mediación tan poderosa de nuestra augusta y tan querida *Santa*, ante la cual, reverentes nos postramos para implorar clemencia del Señor, como también socorro válido y poderoso para los grandes males que nos aquejan!

Imploremos de ella con fervor que nos alcance el consuelo de poder ver muy en breve á su insigne Apóstol en nuestros altares, y así con más justos títulos poder contarle ya entre los Santos Patronos de nuestra querida Patria.

Con sobradísima razón esperamos confiadamente en que nadie se muestre remiso para acudir á esta solemnidad, verdaderamente grande para nosotros, si se atiende á sus altos fines, y si además se tienen en mira los poderosos motivos que mantienen obligada nuestra gratitud hacia el Siervo de Dios. De nuestra asistencia y fervor hemos de reportar seguramente bendiciones del cielo y la eficaz protección que ahora más que nunca necesitamos: los tristes tiempos que corren impregnados están de tempestades; son tiempos calamitosos, y por lo tanto de desconsuelo, de desdichas y lágrimas.

Con alta razon, por tanto, rodeado de numeroso pueblo, hemos de ver también postrados ante los altares al Pontífice sagrado del Dios Altísimo conjuntamente con los ministros del Señor.

Nos congregaremos todos para impetrar con unísona plegaria las luces del cielo, para implorar humildes los favores de lo Alto, para obtener acierto en nuestro santo propósito, para poder merecer por la valiosa mediación de nuestra augusta Patrona raudales abundantes de misericordia y más que todo, la salvación de Nuestra Madre la Santa Iglesia y la tan justa y necesaria libertad del Anciano Augusto y Venerado que hoy vela y alumbra sus destinos; para alcanzar también que, viva y ardiente, renazca la fe en los corazones, la fe que es salvación de nuestra Patria querida.



CAPÍTULO V

Correspondencia epistolar sobre la Fama de Santidad del Siervo de Dios.

«*Serena, 1.º de Diciembre de 1896.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Reverendo Padre:

«En contestación á su apreciable del 25 de Noviembre próximo pasado, me es grato decir á S. R. que desde mi infancia he oído elogiar constantemente los tesoros de virtudes con que Nuestro Señor se sirvió enriquecer á Fray Andrés García. La fama de su santidad es tan pública entre nosotros, que creo no haya persona en Chile que no tenga veneración por su nombre, estimando por mi parte que sería de gran bien para la Iglesia el que se puedan comprobar, en la forma que ella lo exige, los hechos extraordinarios que se refieren de Fray Andrés, de modo que lo hagan acreedor al culto de los fieles.

«Esperando que S. R. no ha de desmayar en la obra que ha emprendido, tiene el gusto de encomendarse á sus oraciones su affmo. S. y Capellán—† Florencio, Obispo de la Serena.»

Santiago, 20 de Enero de 1897.

«Muy Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Reverendo Padre y Hermano:

«En contestación á su muy atenta de fecha 15 de Enero del presente año, tengo el honor de manifestar á V. R. que he conocido personalmente al Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, y que en mi concepto ha sido su vida llena de virtudes heroicas y universal fama de su santidad. Por consiguiente, no tengo inconveniente en asociar mi nombre al de los demás informantes del Venerable Siervo.—S. S. y Hermano—† Fray Juan Agustín Lucero, Obispo de Ancud.»

«*Santiago, 26 de Diciembre de 1896.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Muy Reverendo Padre Vice-Postulador:

«Me es sobremanera grato tomar una pequeña parte, emitiendo mi opinión, sobre el juicio y fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García.

«Tuve el gusto de conocerlo y tratarlo muchas veces, y en cada ocasión tenía nuevos motivos para afirmarme más y más en la idea de santidad de este hombre de Dios. Su porte exterior tan recogido; su semblante siempre plácido y sus conversaciones siempre de Dios, revelaban una santidad no común.

«En el pueblo pocos habrá que no tengan muchos milagros que contar de *Fray Andresito*, como todo el mundo lo llamaba: curaciones y hasta profecías le granjearon el nombre de Santo que le dan todos, anticipándose al juicio de la Iglesia.

«Es todo lo que puedo decir en obsequio de la verdad y con el fin de responder á los deseos de V. P.

«Queda á sus órdenes este su affmo. S. S. y Capellán—*Miguel R. Prado*, Canónigo de la Iglesia Catedral de Santiago.»

«*Santiago, Diciembre 16 de 1896.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Sólo anoche recibí su apreciable fecha 12 del presente, y en contestación á ella le diré que por mucho tiempo conocí á Fray Andrés García, pues iba todos los viernes á la casa de mi tía doña Dolores Matte, en cuya casa lo traté algún tiempo familiarmente. El concepto que me formé del Hermano Fray Andrés fué que era un santo, especialmente por su gran paciencia y caridad con los menesterosos.

«Es cuanto puedo decir en contestación á su apreciable.

«Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de S. R. affmo. S. S. y Capellán—*Juan Achurra*, Canónigo de la Iglesia Catedral y Consejero de Estado.»

«Jesús, María y José.

«Recoleta Dominica.

«*Santiago, 29 de Enero de 1897.*

«Estimado Padre y amigo:

«Con mucho gusto contribuiré con mi grano de arena, cuando llegue el momento oportuno, para establecer la universal reputación de la santidad que en Santiago gozaba el Venerable Fray Andrés García. Aunque sólo tenía yo trece años cuando él murió, siempre he recordado y recordaré su fisonomía por la profunda impresión que me causaba, en el íntimo convencimiento de ver en él á un santo, según me decían todas las personas.

«Mande á su affmo. amigo y capellán—*Fray Raymundo Errázuriz.*—Al Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau, Rengo.»

«*Santiago, Noviembre 19 de 1896.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Reverendo Padre:

«En mi carácter de Párroco de la Estampa voy á manifestar mi opinión sobre la santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García. Al emitirla sigo únicamente los dictados de mi conciencia fundada en la veneración que el pueblo profesa al Siervo de Dios.

«En mi niñez oí repetir á mis virtuosos padres que en

la Recoleta Franciscana había vivido un verdadero santo que hacía milagros, y cuya vida era un modelo de perfección en la práctica de la oración, pobreza y penitencia; les oí referir hechos sobrenaturales realizados por la intercesión de *Fray Andresito* en la familia y fuera de ella. Mi corazón de niño quedó impresionado con estas enseñanzas de mis primeros años, y á medida que mi inteligencia se desarrollaba iba comprendiendo con mayor lucidez que la vida de Fray Andrés era la de un santo. Igual concepto tenían mis condiscípulos, y recuerdo que era motivo de legítimo orgullo nacional creer que había un santo chileno que sería en el trascurso del tiempo venerado en los altares de la Iglesia.

«¡Ignorábamos que Fray Andrés había nacido en las Islas Canarias!

«Elevado á la dignidad del sacerdocio desempeñé el ministerio durante diez años en Valparaíso y tuve ocasión de observar que en el pueblo había el convencimiento de que Fray Andrés García era un santo.

«Hace diez años me encuentro á cargo de la parroquia de la Estampa, dentro de la cual se encuentra la Recoleta Franciscana, y he visto y tratado á muchos de mis feligreses que conocieron personalmente á *Fray Andresito.* La fama de sus virtudes, la estimación de sus méritos, la austeridad de su vida y pureza de sus costumbres, el recuerdo de los hechos extraordinarios realizados por sus oraciones y penitencias, mantienen viva la fe en la santidad del Siervo de Dios. En las habitaciones de casi todos los pobres se encuentra la imagen de Fray Andrés; se le venera, se le rinde un culto espontáneo, que no habrá medio de debilitar ó suprimir; se le invoca en las dificultades de la vida, se hace promesas para obtener favores y se tiene tal confianza en el poder de su intercesión que á ésta se atribuye la salud de muchos enfermos, el éxito favorable en empresas difí-

ciles, la conversión de pecadores, la perseverancia en el bien y la santificación de muchas almas.

«En mi vida he conocido sabios y virtuosos Prelados, dignidades de la Iglesia y del foro, personas respetabilísimas por sus conocimientos, la rectitud de su carácter, su sólida piedad y heroicos sacrificios en defensa de la Iglesia y en honor de la religión y de la Patria; han muerto y dejado tras de sí la admiración y el respeto de su memoria; pero el pueblo no les tributa homenaje de santos, ni los invoca, ni rinde culto á sus imágenes.

«Un humilde lego Franciscano, de hábito raído, de toscas facciones y de trato inculto con la sencillez de la paloma atraviesa las calles, entra al tugurio del pobre como al palacio del grande y deja impregnada la atmósfera de algo sobrenatural y divino que el tiempo no puede desvanecer. Han pasado largos años desde la muerte de Fray Andrés, y su fama de santo en lugar de olvidarse aumenta; y de generación en generación se transmiten los hechos de su vida y se refieren los prodigios y portentos que realizaba.

«La conciencia de un pueblo entero, de toda una nación sin distinción de ideas aclama la santidad de Fray Andrés García.

¡Quiera el cielo veamos brillar luego, en un día no lejano, la aureola de los santos sobre las sienes del pobre limosnero hijo de Francisco de Asís!—*Carlos Cruzat*, cura Rector de La Estampa.»

«Congregación de los Misioneros, Hijos del Corazón de María.

«*Santiago, 9 de Enero de 1894.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Mi muy Rvdo. Padre:

«Acabo de recibir dos cartas de Las Palmas, relativas á las diligencias que estamos haciendo para averiguar noticias de *Fray Andresito.* La primera remito á Ud. íntegra, y de la segunda, por hablárseme en ella de varios asuntos, extracto lo siguiente:

«*Las Palmas, 15 de Septiembre de 1893.*

«Rvdo. Padre Marquez:

«Muy estimado Hermano:

«El Rvdo. Padre Superior me entregó una carta de Ud. en que habla de Fray Andrés García. Ya hemos escrito á las Casillas del Ángel pidiendo los datos que Ud. señalaba. Creo que pronto se los podremos mandar; pero entretanto, yo puedo decir á Ud. lo siguiente:

«En Junio último estuve dando una misión en las Casillas del Ángel, uno de los pueblos más fervorosos y ejemplares de Fuerte-Ventura. Como había yo leído la *Vida de Fray Andresito*, que Ud. remitió, quise conocer á sus parientes. Tendrá otros, pero yo sólo pude dar con un sobrino suyo, que es un caballero de unos cuarenta y cinco años. Ha tenido algunos hijos religiosos. Leyó la vida de su tío, que yo le entregué, y quedó loco de contento. Me

pidió algunos ejemplares de ella; y no pudiendo, por entonces, complacerle por no quedar más que uno, díle esperanzas para adelante, esperando que Ud. se servirá mandarnos algunos otros.

«También estuve en el Pago, donde nació Fray Andrés, llamado Hampuyenta, y que dista una hora de las Casillas.

«En fin, mi querido Padre, mande Ud. cuanto quiera, que yo se lo prometo todo de las Casillas, cuyos habitantes me robaron el corazón en la misión que les dí, yo que soy el último de los Hijos del Sagrado Corazón de María.

«Su affmo. S. S. Q. B. S. M.—*Miguel de los Santos Alegre*, C. M. J.»

«*San Esteban, Enero 22 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Muy Rvdo. Padre:

«Aunque no he tenido el honor de conocer personalmente al Siervo de Dios Fray Andrés García, sin embargo desde que tengo conocimiento he oído hablar de las virtudes del Siervo de Dios, y en opinión de todos lo han tenido por una alma privilegiada y favorecida por Dios.

«Dejo contestada su muy apreciable fecha 17 del corriente.

Disponga de su affmo. S. S. y cap.—*Gumecindo Abarca*, Cura y Vicario.»

«*Malloa, Enero 22 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

Reverendo Padre:

«Aunque no conocí personalmente al Hermano Fray Andrés, sin embargo, por lo que he oído hablar de sus milagros y por la fama de sus virtudes creo que verdaderamente es un santo.

«Es cuanto puedo decir en obsequio de la verdad.

«Soy de V. P. S. S. y Cap.—*J. V. Ballesteros*, Cura y Vicarió.»

«J. M. J.

«*Concepción, 22 de Enero de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

«Estimado Padre:

«De muy buena voluntad contesto su apreciable carta, en la que me pide diga el concepto que yo me he formado de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Para gloria de Dios y honra de *Fray Andresito*, digo: Desde mis primeros años oí hablar á mi señora madre del alto concepto que tenía de Fray Andrés García.

«También le oí á mi madre decir que *Fray Andresito* sanaba á los enfermos con cualquier pastito que salía en los tejados. Este concepto se fué aumentando en mí, á favor de Fray Andrés García, que yo me daría por muy feliz si pudiera imitar á este gran Siervo de Dios. Me consta haber oído contar al Rvdo. Padre Marcos Bula

(Q. E. P. D.) los varios prodigios que Dios hacía por mediación de Fray Andrés García, atribuyéndolo todo á su devota Santa Filomena.

«Me uno á cuantos se interesan por el adelanto de la causa de Beatificación del Siervo de Dios Fray Andrés García.

«Estos son los deseos de su humilde servidor y hermano en Cristo.—*Fr. José María Valenzuela*, M. O.»

«Santiago, 25 de Enero de 1897.

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador.
Rengo.

«Mi respetado Padre:

«En contestación á su favorecida de 21 del corriente relativa al Proceso iniciado, Ordinario Informativo, acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, digo á V. R. que mi pobre opinión, apoyada en los hechos notorios y prodigiosos á manera de milagros concedidos por la Divina Providencia al referido Fray Andrés, está probando hasta la evidencia de un modo luminoso é irrefutable la santidad del verdadero Siervo de Dios, que por haberse hecho semejante en las virtudes que enseñó y practicó Nuestro Señor Jesucristo, estará ya en el cielo rogando por nosotros y por su pronta canonización, si place al Soberano Pontífice otorgarlo.

«De V. R. aftmo. y obsecuente capellán y S. S.—*Pedro José Muñoz*, Presbítero.»

«*Talagante, 24 de Enero de 1897.*

«Rvdo. Padre Fr. Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre de todo mi aprecio:

«En contestación á su atenta carta del presente mes, en la que me pregunta qué concepto me he formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, tengo el gusto de decir á V. R. que desde mi infancia he creído ver un santo en la persona que fué Fray Andrés Antonio María García Acosta. Pues he oído tantas veces hablar de la vida ejemplar y de los muchos favores dispensados por Dios, por medio de Fray Andrés, á muchas personas de mi familia y á un sinnúmero de personas muy honorables de todo Chile, que mi primer concepto sobre la santidad de Fray Andrés es cada vez más firme en mi alma, y hoy, más que nunca, después de la experiencia recogida en dieciséis años de ministerio sacerdotal, creo firmemente que Fray Andrés fué un hombre extraordinario y de gran santidad.

«Esta es y será la más íntima convicción de su aftmo. amigo y capellán—*Luis Alejandro Escobar Román*, Cura y Vicario.»

«*San Francisco del Monte, Febrero 3 de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Contestando á su atenta carta fecha 24 del mes pasado, digo: que el tiempo que estuvo Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta en la ciudad de San-

tiago, yo estuve en el norte, y cuando volví á ésta ya no existía el expresado Siervo de Dios; pero me comunican hechos que me hicieron formar en él la idea de santidad.

«Su servidor y Hermano—*Fr. Juan José Cornejo*, L. J.»

«*San Fernando, 9 de Febrero de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.

«Rvdo. Padre:

«He recibido y leído con agrado la carta suscrita por V. P. R. el día antes de ayer; y en la que en su carácter de Vice-Postulador en el Proceso Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, V. P. R. me pide dé á conocer, para el santo fin que se persigue, el concepto que me hubiera formado sobre la fama de santidad del referido Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Es para mí sobremanera satisfactorio encontrarme en situación de manifestar que, siendo alumno del Seminario Conciliar de Santiago, principié á formarme una alta idea de la ejemplar vida que llevaba el muy digno religioso de que se trata; pues mis respetados maestros, que eran á la vez virtuosos y sabios sacerdotes, le miraban como acabado modelo de vida regular y austeramente cristiana; mis observaciones personales, siempre en armonía con el acatamiento y respeto que todas las clases sociales tenían por aquel varón justo, á quien miraban como un verdadero Siervo de Dios, atendidos los singulares dones con que el Señor lo favoreciera bien claro.

«Juzgo por lo tanto, que es muy fundada la fama de virtud y santidad en que vivió y murió el humilde religioso Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta; y no diviso motivo alguno capaz de modificar tan merecido concepto; y sí, para mantenerlo incontrastablemente.

«Creo, pues, que si se inquiriera al respecto la opinión de todos los moradores de Chile, se hallarían unánimes en sostener que Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta vivió y murió en fama y olor de santidad.

«Y esta es también, R. P., la pobre opinión que, robustecida más y más cada día, abriga firmemente su atento servidor y capellán—*Evaristo Lazo.*»

«*San Fernando, Febrero 11 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador.
Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«En contestación á su apreciable del 6 del corriente, por la cual se sirve preguntarme qué concepto me haya formado acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, muy grato me es, R. P., manifestarle que, desde mis primeros años, me he formado el más alto concepto de las eminentes virtudes del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta. Y esta convicción tan favorable á Fray Andrés, me ha sido formada por algunos hechos prodigiosos que he oído referir á testigos presenciales de tales acontecimientos. Por otra parte, jamás he oído una nota discordante en este concierto de alabanzas que se tributan al gran devoto de Santa Filomena.

«Con lo expuesto verá V. P. mi humilde opinión respecto á la fama de santidad de Fray Andrés.

«Aprovecho la ocasión para ofrecerme de V. P. atento Cap.—*Juan de D. Labra.*»

«*Alcones, 26 de Febrero de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador. Santiago.

«Rvdo. Padre:

«He tenido el gusto de recibir su carta-circular del 23 de los corrientes, en la cual me pide Ud. mi opinión acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés, la cual me apresuro á contestar.

«Aunque no tuve la dicha de conocer personalmente al Siervo de Dios, ni de palpar los prodigios obrados por el Señor en premio de sus virtudes, sin embargo, estando como está su recuerdo tan vivo en el pueblo chileno, que lo tiene en opinión de santo, mi humilde parecer es que Fray Andrés fué un hombre extraordinario en el cual brillaron todas las virtudes, sobre todo la humildad y la caridad.

«En estos tiempos en que ha llegado á su colmo el orgullo humano y en que domina al corazón el frío egoísmo, creo que la autoridad infalible del Sumo Pontífice haría una obra de muchísimo provecho espiritual exponiendo ante el mundo, como condenación de los necios, el ejemplo singular de un humilde lego.

«Pidiendo á Dios que no sean inútiles los santos esfuerzos que hace la religión franciscana por llevar á los altares á uno de sus miembros, soy de V. P. atento y S. S.—*Luis A. Román D.*, Cura y Vicario.»

«Convento de la Merced.

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau, Vice Postulador.
Santiago.

«Rvdo. Padre:

«Contestando á su acatada fecha 13 del que espira, en que se sirve pedirme la opinión y concepto sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, creo de mi deber expresar á Vuestra Paternidad:

«Conocí á este Siervo de Dios el año cincuenta, bajo el concepto de religioso muy fiel y observante, muy anheloso por el culto de Santa Filomena. En mi edad madura, con el desarrollo de la razón acreció más y más el concepto formado sobre la pureza de costumbres de Fray Andrés, oyendo hablar por todas partes después de su muerte una multitud de hechos extraordinarios de caridad, de oración, de misericordia, de humildad y de abnegación cristianas, que proclaman con legítimo fundamento la importancia de los méritos y de la fama de santo que obtuvo este gran Siervo de Dios en el pueblo cristiano, especialmente de la capital.

«Me considero por demás honrado en asociar mi firma á otras muy respetables para solicitar del Dios Todopoderoso se sirva permitir que el Venerable Siervo suyo Fray Andrés Antonio María de los Dolores sea proclamado *santo*, porque su vida y costumbres dan testimonio de buenas obras y de tales virtudes, que por sí mismas revelan la existencia de la verdadera santidad.

«De V. P. atento S. S. y Cap.—*Fray Salvador Ángel Aliaga*, Comendador de la Merced.»

«*Malloco, 8 de Marzo de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Con gran regocijo he recibido su atenta y con placer paso á darle la opinión que me he formado acerca de la gran fama de santidad del Siervo de Dios, Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Siempre he oído á mis padres recordar con gusto los prodigios que realizó en su vida, siendo de advertir que lo trataron de cerca.

«Igual cosa he oído á las demás personas de mi familia, como también á otras personas que me merecen entera fe, y todas unánimemente han estado de acuerdo para afirmar que el Siervo de Dios era un santo. No paso á detallar los hechos prodigiosos que he oído del Siervo de Dios porque creo que voces más autorizadas que la mía y que trataron personalmente á Fray Andrés, podrán informar con mayor exactitud que el infrascripto.

«Rvdo. Padre: con vehemencia deseo que cuanto antes se adelante el Proceso de que se trata, y en cuanto esté de mi parte no omitiré sacrificios para ayudar á Ud. y demás personas comisionadas al efecto para realizar esta grande obra.

«Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de V. R. affmo. S. y Cap.—*F. Javier Ruiz Tagle*, Cura y Vicario.»

«Convento del Almendral.

«*San Felipe, Febrero 9 de 1897.*

«R. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«La opinión que tengo formada acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, se ha arraigado más profundamente de día en día en mi alma al palpar los beneficios que por su intercesión Dios me ha concedido en casos especiales.

«Es cuanto puedo decir, R. P., en honor del Siervo de Dios.—*Fray Luis Mancilla.*»

«Colegio de San Agustín.

«*Santiago, 1.° de Abril de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«Me anuncia V. P. R. que ya se ha iniciado el Proceso Ordinario Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, y á nombre del Siervo de Dios me exige V. P. R. que yo exprese el concepto que me haya formado acerca de la fama de santidad del mismo Siervo de Dios.

«Pues bien, en cumplimiento de tan honroso encargo me hago un deber de declarar á V. P. R. que desde mis primeros años, aun antes de aprender las primeras letras, ya me era conocido, por lo que oía referir á mis padres, *Fray Andresito*, como vulgarmente es conocido. Su solo nombre lleva el recuerdo de la más notoria santidad de que haya memoria entre nosotros en los últimos tiempos, con la particularidad de que cada día se hace más conocido y popular.

«El humilde limosnero de la Recoleta, el hombre extranjero y desconocido era lo propio que pasara, como todos los de su clase y oficio, enteramente desapercibido para el mundo; mas, contra toda previsión humana, aquí ha pasado todo lo contrario. *Fray Andresito* tosco, vulgar, sin nada que pudiera darle importancia ante nuestra orgullosa sociedad, fué el religioso de más veneración y respeto aun entre las familias más poderosas y acaudaladas de su tiempo.

«Ni tampoco fué esto porque los buenos ejemplos de virtud y santidad escasearan en aquella época. Nada menos que eso. En la misma Recoleta figuran en esos días sacerdotes eminentes por sus virtudes y por su celo verdaderamente Apostólico; en el clero secular y regular de entonces brillan hombres de virtudes ejemplares, que al alto puesto agregaron el esplendor de sus buenas obras; sin embargo, tantas virtudes han quedado ofuscadas ante las del oscuro limosnero de San Francisco.

«Ni podría decirse que *Fray Andresito* vivió en medio de una sociedad excesivamente piadosa y crédula; eso sería enteramente desconocer el medio ambiente social de aquella época, ya entre nosotros de propaganda impía é irreligiosa. Mas aquí mismo más se confirma la justa fama de santidad con que el Señor se ha dignado dar á conocer á su humilde Siervo.

«Nada ha sido capaz de ocultar las virtudes con que Dios manifiestamente quiere glorificar á este pueblo. Hoy día,

así bajo el oscuro rincón de la celda en la Recoleta, en los menesteres de un vil oficio, los apartados arrabales de una sociedad pobre é ignorante, glorifican al Siervo de Dios, aclamando su santidad y sus milagros como la familia rica y opulenta publica sus beneficios, el letrado sus maravillas, el grande su ejemplo y buenos consejos. *Fray Andresito*, por disposición de Dios, estuvo en contacto con toda nuestra sociedad, y difícilmente hay familia de aquellos tiempos que no recuerde algún beneficio recibido por intercesión del Siervo de Dios.

«Finalmente podría alguno decir que todo esto se debe á que se haya trabajado mucho en popularizar la memoria del Siervo de Dios. Pues nada más falso. Muchos años pasaron después de la muerte de *Fray Andresito*, sin que nadie se preocupara de hacer revivir su memoria; ella sola por sí subsistía sin apoyo de los hombres y ella sola se ha dignado Dios por sí mismo ensalzarla tanto que se ve con claridad que Él quiere conceder á su humilde Siervo el honor de los altares.

«V. P. R. me escusará que entre á referir hechos que, supongo estarán ya por otros constatados por haber sido testigos inmediatos ó casi inmediatos de las maravillas del Siervo de Dios. Á mí no me ha cabido igual fortuna. Aunque mucho he oído hablar de su santidad y milagros, por el momento me sería difícil referir con exactitud los sucesos é identificar las personas.

«Soy S. S. y Cap.—*P. Víctor Maturana*, Rector del Colegio de San Agustín.»

«*Concepción, Enero 31 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Santiago.

«Muy Rvdo. Padre:

«Creo que son pocos los que ignoran la vida sencilla á la vez que extraordinaria de *Fray Andresito*, como vulgarmente se le ha llamado siempre. Sus prodigios los he oído relatar en cien ocasiones, y altamente siento no poder darle á V. R. los nombres propios de esas personas á quienes he oído esas relaciones; sin embargo, de una me acuerdo perfectamente: es la señora Beatriz Silva v. de Cotapos. Vive en Santiago, calle de Agustinas, núm. 166; creo que á V. R. le convendría tener una entrevista con dicha señora; no dudo que le sería muy provechoso para la noble causa en que con tan laudable y gravoso empeño trabaja.

«Mi humilde opinión sobre la virtud de Fray Andrés es que debía hacer tiempo que ocupase un lugar en nuestros altares.

«No tengo la menor duda sobre su santidad.

«De V. R. affmo. hermano.—*P. Domingo Cabrera*, Prior.»

«*San Fernando, Enero 28 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«No puedo menos que congratularme al ver que no se deja de la mano el asunto de la Beatificación del Siervo de Dios Fray Andrés García.

«Desde pequeño he tenido gran estimación por ese varón santo, y cada vez sube de punto mi admiración por él; pues la voz de los que lo conocieron es unánime en reconocerle el don de la santidad. En esta virtud me adhiero como sacerdote y como cristiano á la solicitud en que se pide al Santo Padre la Canonización de este humilde y santo Siervo de Dios.

«Sin más tengo el honor de saludar á V. R.—Su affmo. S. y Cap.—*Agustín Montaubán.*»

«*Ciruelos, Enero 25 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«Siempre he estado enteramente convencido que el religioso Franciscano Fray Andrés García fué un dechado de virtudes cristianas, un religioso ejemplar ante sus hermanos de religión y con respecto al mundo que lo admiraba.

«¡Ojalá la Iglesia lo elevara á los altares!

«Gloria y honor para la religión Seráfica!

«Saluda á V. R. su affmo. Capellán—*José Luis Allende*, Cura y Vicario.»

«*Santiago, 30 de Enero de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Reverendo Padre:

«Contestando su estimable carta del 23 del presente, diré á V. R. que, siendo yo muchacho, conocí á Fray Andrés García y le veía con frecuencia en casa, donde nos

edificaba á todos con su profunda humildad, con su inalterable y santa alegría, con su fervorosa piedad y con su abnegación en el servicio y alivio de sus semejantes; de suerte que, estimando muy fundada la opinión de Santidad que ya desde entonces gozaba en casi todo el país, yo le he tenido siempre en el concepto de un varón en quien resplandecieron muchas virtudes en grado eminente.

«Aprovecha esta ocasión para encomendarse á sus oraciones y ofrecerse á V. R. como S. A. S. y Capellán—*Carlos Renjifo*, Canónigo de la Catedral de Santiago.»

«*Petorca, 27 de Enero de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Accediendo gustoso á los deseos de S. R. manifestados en su atenta del 17 de los corrientes, digo á S. R. lo siguiente:

«Aunque no tuve la dicha de conocer personalmente á Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, por haber nacido yo poco más de cuatro meses antes de su muerte, no obstante desde que tengo uso de razón he notado en todas las personas á quienes he oído hablar de Fray Andrés, grande estimación y respeto por él á causa de su mucha virtud; llegando aquéllas á considerarlo un verdadero santo. Pues así lo han manifestado, relatando hechos maravillosos obrados por el mismo Siervo de Dios.

«Como consecuencia lógica de lo expuesto, no habiendo oído de él otra cosa que virtudes, me he formado alta idea de su venerable persona, considerándolo siempre un gran santo.

«Creyendo haber satisfecho sus nobles deseos, ahora sólo me resta encomendarme á sus oraciones y ponerme bajo la protección del Siervo de Dios á quien pronto, espero, la Iglesia pondrá sobre nuestros altares.

«Soy de V. R. S. S. y Capellán.—*Manuel Agustín Bilbao B.*»

«PARROQUIA DE SANTA ROSA DE LOS ANDES.

«*Febrero 1.º de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Padre de mi respeto y aprecio:

«Aunque no conocí á *Fray Andresito* ó Fray Andrés García, crecí oyendo la fama de su santidad. En el seno de familias las más respetables de Santiago, por su virtud y piedad cristianas, como la familia de Infante, oí contar siempre maravillas de *Fray Andresito.* A don Enrique del Solar, notable literato, más notable por su piedad ilustrada, me complacía de oírlo contar las escenas de virtud que en su casa pasaban con *Fray Andresito* cuando iba á recoger la limosna; este caballero hablaba con entusiasmo de la virtud de Fray Andrés. En todas partes, inclusa la parroquia de Santa Rosa; en todo Chile, domina la fama de su santidad; no hay quien no conozca á *Fray Andresito*, como un santo.

«De V. R. atto. S. S. y Capellán.—*C. Quiterio Guezalaga*, Cura y vicario.»

«Convento de Santo Domingo.

«*Santiago, Febrero 8 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Recibí hace ya algunos días la muy apreciable de V. P. M. Rvda. en que pedía mi parecer acerca del Siervo de Dios, Fray Andrés García Acosta.

«Le diré francamente que mi firme opinión es, que ese Siervo del Señor ha sido por cierto de una virtud muy extraordinaria. Pues desde la época de su fallecimiento hasta el día de hoy, todos han hablado á favor de él, y nadie en contra. Se oyó siempre hablar de él como de un religioso muy observante, devoto, modesto y amante en gran manera de la obediencia; como también se cuentan unas curaciones prodigiosas hechas por él en los campos, etc., etc.

«La fama de la santidad de alguno cuando es universal, duradera y constante, es indicio no dudoso de la misma santidad. Yo creo que si *Fray Andresito* hubiera sido de esa virtud no más que común ya hoy ninguno casi se acordaría de él, *memoria ejus cun sonitu periit*, conforme sucede ordinariamente. Por lo tanto yo me alegro de que se esté iniciando el Proceso Informativo sobre la Fama de la Santidad de dicho Siervo de Dios, y hacerlo así es muy conveniente.

«Quedo á sus órdenes y protesto de ser siempre de V. P. Rvda. S. S. y Hermano en Cristo.—*Fray Tomás Merli*, S. O. P.»

Santa Cruz, Febrero 15 de 1897.

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

Reverendo Padre:

«La fama pública que ha llegado á mi conocimiento de la vida y costumbres de Fray Andrés García, es de santidad.

«Ultimamente he oído que un bastón que usaba este Siervo de Dios, conservado en poder de una señora de Santiago, aplicado debajo de la almohada de un enfermo lo mejoró por la invocación del Santo.

«De Ud. S. S. y Capellán.—*Márcos F. Gajardo*, Cura y vicario de Santa Cruz.»

«*Santiago, Febrero 14 de 1897.*

«Muy Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau:
Rengo.

Reverendo Padre:

«En contestación á la suya fecha 6 del corriente, diré franca y llanamente mi opinión acerca de la fama de santidad de que gozaba el Siervo de Dios, Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta; aquí en Santiago y en toda la República, es universal, así es que no vacilo en afirmar que todas las clases sociales le canonizan y le dan el nombre de «Siervo de Dios.» Como yo vine al mundo al-

gunos años después de la muerte del Siervo de Dios, por eso he sido privado de ser su ocular y fiel testigo de sus heroicas virtudes.

«De V. R. S. y Capellán.—*P. Fray Máximo Maturana*, Prior de San Agustín.»

«*Curicó, Febrero 23 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau, Vice-Postulador de la Beatificación del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García.

«Reverendo Padre:

«Á la honrosa insinuación de V. R. respecto á que exprese el concepto que me he formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, no me había sido posible contestar con más oportunidad por las múltiples tareas de mi ministerio parroquial. Con la más grata satisfacción expongo lo siguiente:

«En mi tierna edad, es decir, desde el año 1863 en Valparaíso, siempre oía á mis padres, deudos y amigos interesantísimas narraciones de los mismos hechos naturalmente inexplicables que se leen en las publicaciones de la admirable *Vida* de este Siervo de Dios. En Santiago, además de haber oído en todas partes la relación de los mismos rasgos, personalmente los he oído en conversaciones con la señora Petronila Sota Cañas favorecida por el prodigio de la expulsión del caracol internado en el oído.

«En cuanto á sus extraordinarias virtudes hay una certidumbre sin contradicción en todos los pueblos de nuestro país que con motivo de mi ministerio he tenido la ocasión

de habitar. En esta parroquia de Curicó, el recuerdo del Siervo de Dios se trae á la memoria con el respeto que se tributa á los santos más esclarecidos. De consiguiente, creo que no hay exajeración alguna en la exposición de los hechos que se han transmitido á varias generaciones de todos los pueblos de nuestro Chile.

«Que Nuestro Señor lo conserve son los deseos de su affmo. S. S. y Capellán.—*Eduardo Millas I.*, Cura y vicario.»

«*Quillota, Febrero 23 de 1897.*

«Muy Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Tengo el honor de manifestar á S. P. que mi opinión respecto de la fama de santidad de que goza *Fray Andresito* es en todo conforme á la que todo Chile le da.

«Nada me consta personalmente de cuanto se refiere á este santo Hermano; pero he oído á mi familia y á mis relaciones hechos maravillosos de este religioso venerable.

«Dios conserve á S. P. muchos años.—*Fray H. Maturana.*»

«*Santiago, Julio 8 de 1893.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau, Guardián de la Recoleta Franciscana de Santiago de Chile.
Presente.

«Señor de todo mi respeto:

«Anteayer leí en los diarios que próximamente esa respetable Comunidad celebraría solemnes exequias en homenaje á la santa memoria de Fray Andrés García, ha-

ciéndome recordar el deber en que me encuentro de acusar siquiera recibo á la circular que en Enero último y con ocasión de esta ceremonia y del Proceso de Canonización de Fray Andrés, me hizo V. P. el honor de dirigirme.

«Apremiado por atenciones inalienables, apenas tengo tiempo de dejar aquí constancia de mi profunda veneración por este santo Siervo de Dios.

«Desde mis primeros años aprendí á respetar la santidad de vida y de costumbres de Fray Andrés García. Recorría las calles de Santiago esparciendo raudales de virtud y de consuelo para todas las desgracias de la vida, y en las casas en donde imploraba una limosna por la intercesión de Santa Filomena, que eran todas las de Santiago, ninguno dejaba de reconocer de que ese santo limosnero era un predestinado del cielo.

«Grabadas están en mi memoria las dos veces que hablé con él, y en la última al regresar á su Convento y al subir el extinguido Puente de Palo, le pedí su influjo para obtener siempre y en todos mis actos la protección de Dios. ¡Y á fe que ella no me ha faltado en ninguna de las circunstancias críticas de la vida, que no han sido pocas!

«Asistí á los solemnes funerales que á su muerte se le hicieron en esa iglesia, llenos de majestuosa pompa y de consternada y llorosa concurrencia, contribuyendo á darle más imponente realce la Oración Fúnebre pronunciada por el Venerable y anciano Dean de la santa Iglesia Metropolitana, eminente ciudadano y amigo íntimo de mis padres, el Dr. don Juan Francisco Meneses.

«Yo le oí muchas veces al Comandante de un Escuadrón de Caballería, en la sangrienta batalla de Loncomilla (8 de Diciembre de 1851), á don José Antonio Yáñez, que al cumplir la orden de atacar al enemigo, en lo más tupido del combate y atravesando por un diluvio de balas pudo desempeñar su cometido saliendo ileso él y todos sus sol-

dados del fuego nutrido y mortífero que recorrió, mediante *únicamente* á la protección de Fray Andrés, á quien se la pidió antes de ir á esa campaña, ofreciéndosela conforme á sus deseos.

«Renuncio á relatar aquí los hechos portentosos de este santo varón, porque sería repetirlos sin los atractivos de un lenguaje adecuado, y porque supongo tiene V. P. de todos y de cada uno de ellos luminosa constancia.

«Especialmente conozco el testimonio dado por mi respetado amigo el señor don Francisco Echaurren Huidobro sobre un acto milagroso de Fray Andrés, del cual fué testigo. Mi distinguido amigo Carlos Walker Martínez también escribió á V. P. una carta, que tuve el honor de poner personalmente en vuestras manos, en la cual dejaba constancia de un hecho personal, acaecido bajo la influencia del retrato de Fray Andrés que á él como á todos los que tuvimos el especial honor de presenciar y suscribir el acta de la entrega de la sangre hecha por el Rvdo. Padre Pacheco, se nos distribuyó en tan solemne ocasión.

«Por lo demás y pidiendo á V. P. mil disculpas, no abrigo la menor duda de que Fray Andrés será muy en breve colocado entre los santos, para mayor gloria de esa Comunidad y de nuestro país, y especialmente para protección de los que á él acudiremos en la hora de nuestra muerte.

«De V. P. respetuoso servidor y amigo.—*R.*ⁿ *R. Rozas.*» (Senador de la República).

«*Santiago, Enero 24 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Contestando su grata del 15, debo decir á S. R. que, tanto yo como mi señora y mis hijos, rendimos culto de santo á Fray Andrés García desde muchos años.

«Yo le conocí personalmente como tal por su humildad y virtudes. Mi señora, Leonor Carvallo, hija de doña Carmen Ureta, adonde iba constantemente Fray Andrés, cita muchos milagros que le hizo, guarda cuidadosamente varios objetos que le dió, le rinde culto de santo.

«Me es grato ofrecerme su affmo. amigo y S. S.—*Leoncio Echeverría.*» (Senador de la República, por Colchagua.)

«*Santiago, Enero 18 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Estimado Padre y amigo:

«Contesto la suya del 15, en que V. R. me pide le exprese el concepto que yo haya podido formarme sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García, religioso lego de la Recoleta Franciscana.

«Siempre he oído decir á mis padres, á respetables señoras y caballeros y á mil otras personas, que conocieron

á *Fray Andresito*, como generalmente se le nombra en Chile, que éste fué un religioso ejemplar y dotado de todas las virtudes que forman á un verdadero santo.

«Fué sobre todo un hombre de inmensa caridad para con los pobres, razón por la cual éstos lo amaron en vida, y lo veneran ahora hasta el punto que, no trepido en afirmarlo, sería el santo más popular en Chile si la Iglesia lo elevase hasta los altares.

«Haciendo votos por que se realicen sus deseos que son también los míos y los de todos los chilenos católicos, respecto al punto que motiva su carta, queda de V. R. su amigo y servidor affmo.—*Javier Errázuriz.*» (Diputado al Congreso, ex-Intendente de Concepción, Director del Partido Conservador y últimamente elegido Senador por Concepción.)

«Santiago, 17 de Enero de 1897.

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Santiago.

«Reverendo Padre:

«Contesto con gusto su carta para decir á V. R. que siendo muy joven y después, en el curso de mi vida, siempre oí en sociedad la fama de santidad de que gozó en vida Fray Andrés y que después de su muerte se ha convertido para la generalidad del pueblo, en firme creencia, en convicción profunda.

«He oído hablar de muchos hechos extraordinarios, que se presentan como milagrosos, pero no puedo dar testimonio personal porque no pasaron en mi presencia.

«Mas la fama pública fundada en el testimonio universal lo presenta como tipo de caridad y de humildad.

«Como Santiago fué el teatro de sus virtudes, será un día feliz para la Iglesia Chilena aquel en que este humilde hijo del pueblo reciba los gloriosos honores del altar.

«De Ud., Rvdo. Padre, affmo. servidor.—*Eulogio Altamirano.*» (Ex-Ministro de Estado, ex-Senador de la República, ex-Intendente de Valparaíso y actual Consejero de Estado.)

«*Talagante, Enero 18 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Reverendo Padre:

«Desde mi infancia he oído pregonar la santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta; y esta fama, que me hizo respetarlo y venerarlo desde mi primera edad, no ha sido nunca por nadie desmentida hasta lo que hoy alcanzo.

«De S. R. respetuoso y A. S. S.—*Alberto González E.*»

«*Penco, 22 de Enero de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy respetado Padre:

«Como soy de una generación posterior á la de *Fray Andresito*, es decir, Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, sólo ha llegado hasta mí la fama de santidad de que gozaba y goza entre los chilenos. Mi sue-

gro y sobre todo mi madre, en repetidas ocasiones me han dicho que lo tenían por santo, como yo también lo tengo, por ser *vox populi* y por tener la esperanza de que la Iglesia, única que puede declararlo, así lo declare.

«No he hablado nunca con una persona que me haya negado la fama de santidad de *Fray Andresito.* En cambio, todos los que me lo han dado á conocer por diversos relatos, que son muchísimos, me han hablado de Fray Andrés como de un santo.

«Soy de V. R. atto. S. S. y amigo.—*Luis Barros Mendez.*» (Diputado al Congreso Nacional).

«*Santiago, Febrero 15 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi respetado Padre:

«Quiere Ud. saber cuál es mi opinión sobre la santidad de Fray Andrés García, y á eso se refiere su nota del 15 del corriente. Tengo el gusto de dársela en dos palabras: si hay en el cielo santos, uno de ellos es *Fray Andresito*—que así lo llamaron en vida, y así todavía lo llama el pueblo cuando le pide un milagro.

«Y si hay en el mundo milagros, los que á él atribuyen la fama pública son tantos, que Uds., sus felices Hermanos, para escribirlos necesitarán un libro de muchas páginas. Yo hace pocos años les dí cuenta de uno de que fuí objeto; y sobre los Evangelios juraré mil veces que fué real y verdadero, no obra de mi fantasía, y sí obra de la piedad del Santo.

«¿Qué hombre que vive en Santiago no tiene el mismo concepto de ese humilde fraile?

«El Proceso de su Beatificación si es una gloria para Uds., es la más cumplida satisfacción que puede darse á la opinión pública de nuestro país. Y estoy por decir que no llevarlo adelante sería una de las mayores injusticias humanas de que hay ejemplo.

«Siempre suyo, affmo. y S. S.—*Carlos Walker Martínez.*» (Senador de la República por la Provincia de Santiago, Consejero de Estado, notable hombre público, Presidente de la Junta General del Partido Conservador y actual Ministro de lo Interior.)

«*Santiago, Enero 22 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Por haber estado ausente de esta capital desde 1849 hasta 1858, no tuve oportunidad de conocer la vida del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García; pero en una que otra ocasión que se presentó antes de mi ausencia en la Escuela Normal de Preceptores, donde era yo empleado, á pedir limosna, me pareció ver revelada en su semblante una vida austera y santa.

«He oído hablar de algunos hechos prodigiosos de su vida, pero como no tengo seguridad de ninguno de ellos, omito referirlos.

«Soy de S. R. A. y S. S.—*Francisco Ugarte Zenteno.*»

«*Santiago*, *27 de Enero de 1897*.

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«He tenido el gusto de recibir su apreciable preguntándome qué concepto he podido formarme sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta. Es un santo.

«A mí personalmente no me constan hechos que acrediten esta creencia de mi parte, pero he oído relatar de él cosas que me han inducido á formármela.

«Esperando haber satisfecho sus deseos y haber cumplido con un deber, tengo el gusto de suscribirme de Ud. A. y S. S.—*Francisco Izquierdo V.*» (Secretario del Partido Conservador).

«*Valparaíso*, *Febrero 10 de 1897*.

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«La lectura de autores dignos de todo crédito por su ciencia y su virtud, la tradición uniforme, conservada piadosamente en la sociedad ilustrada de Santiago, lo mismo que en el pueblo, y lo que innumerables veces he oído á personas respetables, que conocieron personalmente al Siervo de Dios Fray Andrés García, me han hecho formar

desde hace mucho tiempo el más profundo conocimiento sobre su santidad.

«He tenido más de una vez ocasión de oír confirmar por personas fidedignas, y como testigos presenciales, muchos de los hechos prodigiosos realizados por Fray Andrés y narrados por sus biógrafos; y creo—salvo decisión de la Santa Iglesia,—que esos hechos son verdaderos milagros, porque sin la intervención de Dios no tendrían explicación humana.

«Tal es la opinión que me es grato expresar á V. R. en contestación á su circular, y, al dársela, me ofrezco de V. R. muy A. S.—*Rafael Egaña.*»

«*Viña del Mar, 8 de Febrero de 1897.*

«Rvdo. Padre Fr. Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Recibí su apreciable carta fecha 15 del mes próximo pasado, en que se sirve pedirme mi opinión sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García, con motivo de haberse iniciado ya el Proceso Ordinario Informativo correspondiente.

«No tuve la honra de conocer al Siervo de Dios Fray Andrés García. Pero es público y notorio el prestigio y renombre de virtud y santidad que durante su vida acompañaron á este austero y humilde religioso, fama que se ha fortificado más sólidamente, si es posible, después de su muerte.

«Este concepto universal, que yo no he oído contradecir

jamás, me ha dado la profunda convicción de que el Venerable *Fray Andresito*, como se le llamaba vulgarmente, debe ser reverenciado en los altares de nuestra Religión.

«Esperando que este testimonio cumpla el objeto de su referida comunicación, saluda á Ud. muy atentamente su affmo. y S. S.—*Ramón H. Huidobro.*» (Ministro de la Iltma. Corte de Apelaciones).

«*Santiago, Diciembre 14 de 1896.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Aunque mi memoria poco me ayuda respecto á lo pasado, á causa de mis achaques y mis años; sin embargo, respecto al Hermano Fray Andrés García, de la Recoleta Francisca, recuerdo muy bien la buena reputación que tenía en la sociedad este religioso por sus virtudes, principalmente por su humildad, modestia y caridad, curando las enfermedades de sus prójimos, proporcionándoles medicinas inocentes y sus oraciones, mediante lo que conseguía muchas veces su mejoría. Así es que el pueblo en sus aflicciones ocurría para remediarlas á *Fray Andresito*, como se le llamaba vulgarmente. También recuerdo que tenía mucho celo por la propagación del culto de la gloriosa mártir Santa Filomena, de la que era apasionado devoto. Hasta su muerte fué honrada su memoria por sus Hermanos RR. y el pueblo, teniéndolo por venerable santo. —*Pascual Solis de Ovando.*» (Dean de la Iglesia Metropolitana de Santiago.)

«*Santiago, Julio 10 de 1897.*

«R. P. Fr. Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«Mis muchas ocupaciones me han impedido, por más que lo deseaba, contestar su apreciable del 11 del pasado Junio, sobre el concepto que yo me haya formado acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Desde mi niñez he tenido gran concepto de la extraordinaria santidad de este Siervo de Dios por la fama pública que se ha tenido de sus virtudes. Era yo de muy corta edad cuando él murió; y á pesar de que residía á muchas leguas de Santiago me formé desde entonces el concepto que dejo expresado por las noticias que allá recibía. Mi domicilio se cambió poco después á esta capital, y cada día me he confirmado en la idea que todos han tenido de su santidad. Conozco personas que aún viven y conservan con gran veneración objetos que de él recibieron.

«Con lo expuesto creo dejar contestada su apreciable, á que me he referido.

«De V. P. S. S. y Capellán—*Ildefonso Saavedra.*» (Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Santiago.)

«*Collipulli, Julio 13 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Por su atenta comunicación de 4 del presente, quedo impuesto de que ya se ha iniciado el Proceso Ordinario

Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés García. Gran contento he tenido por esta noticia, pues es muy justo que sea glorificado aun aquí en la tierra, aquel que con sus austeras virtudes dió tanta gloria á Dios y con su ejemplo sirvió de edificación á los hombres. Mis ardientes deseos son de que cuanto antes sea canonizado este humilde Religioso, á quien todo el pueblo da el título de santo.

«Su atento S. S. y Capellán—*Juan de Dios Belmar*, Cura y Vicario.»

«*La Higuera, Julio 14 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Tuve el honor de recibir su respetada con fecha 4 de Julio en la que me anuncia que ya se ha iniciado el Proceso Ordinario acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, y que S. R. cree necesario que yo agregue mi opinión sobre la fama de santidad del mencionado Siervo.

«En su virtud, me creo en el deber de emitir mi juicio que en mi humilde concepto tengo del Siervo de Dios Fray Andrés, digo: que es muy digno de la fama de santidad que se le tributa por sus relevantes virtudes practicadas en vida, y sus prodigios admirables obrados ante las generaciones de Chile, etc., que le hacen acreedor á la fama de santidad con que se le honra.

«Su servidor y capellán—*Bernardo González.*»

«*Santiago, Julio 16 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«Lo que puedo decir en contestación á la carta que V. P. ha tenido á bien dirigirme se reduce á lo siguiente:

«En mi juventud conocí al Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García, con el nombre de *Fray Andresito* que la generalidad de las personas de este pueblo de Santiago le daba, como en señal de cariño á la vez que de respeto. Lo veía con frecuencia en su ocupación de colectar limosnas para su Convento de Recoletos Franciscanos, y notaba que muchas personas gustaban de dirigirle preguntas y de oír sus palabras como nacidas de persona inspirada por Dios. En general se le miraba como persona de santidad; y yo también creía notar en su fisonomía y mirada un no sé qué de especial que trasmitía confianza en lo que decía y anunciaba: en suma, participaba yo del modo de pensar general, de creerlo un santo, y su fisonomía y expresión se me ha conservado grabada en mis recuerdos, á pesar de tantos años trascurridos después, sin verlo más por mi residencia en Concepción.

«Me es grato, con este motivo, suscribirme de V. P. Rvdma., obsecuente y S. S.—*Carlos Risopatrón.*»

«J. M. J.

«Seminario Conciliar, República Argentina.

«*Salta, Mayo 20 de 1897.*

«M. R. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.—Chile.

«Muy Reverendo Padre:

«Siento profundamente no haber podido, antes de ahora, contestar á su afectuosa del 31 de Marzo, la cual llegó á ésta el 19 de Abril, pues motivos del todo insübsanables han interceptado la realización de mis deseos; pero hoy, libre ya de ellos, me place el poderlos realizar.

«No se formará una idea cabal V. P. R. de la inmensa alegría que inundó mi corazón al recibir su estimada carta y duplicóse ella cuando al desenvolver su preciosa encomienda, veo deslizarse la fiel imagen de nuestro amado *Fray Andresito* y adjuntamente la *Vida* de él, como también algunos discursos pronunciados en honor y gloria suya.

«Sobre la ubicación del Convento de Franciscanos que existió en otro tiempo en Montevideo, no tengo por ahora dato de ningún género, pero por intermedio de un joven de este Seminario que tiene un hermano de religión allí, haré que se consigan todos los datos que se puedan para así llenar los deseos de V. P. Rvdma.

«A nadie mejor que á V. P. Rvdma. puedo manifestarle un vivísimo deseo que abrigo, mi devoción á mi amado Fray Andrés, y como V. P. R. es su Vice-Postulador acerca de su Beatificación, deseo que complete mi alegría causada por su obsequio consiguiéndome de quienes sea necesario acudir para tal petición alguna reliquia de *Fray Andresito.* Cuando antes de salir para acá fuí á postrarme á los pies de mi abogada Santa Filomena en su hermoso santuario,

el señor R. Marchant, ángel custodio de ese pequeño paraíso terrenal, tuvo la amabilidad de mostrarme un precioso recuerdo del Siervo de Dios *Fray Andresito*, consistente en un bastón que usó en vida y que el mismo Siervo de Dios había hecho; así que no dudo que esta mi humilde petición tomará cariñosa hospitálidad en su dignísimo Vice-Postulador como la hubo para el dicho señor Marchant.

«Dígnese aceptar los cordiales saludos que humildemente ofrece á V. P. R. un servidor que hace votos á Nuestro Señor por su felicidad y que ruega lo encomiende en sus oraciones.

«Beso humildemente V. M.—*Alfredo Araya P.*»

«Chillán, Julio 19 de 1897.

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«Conocedor de la vida y hechos prodigiosos que en la biografía del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta se refieren, y de la opinión que en general se tiene de sus virtudes, me es altamente grato y á la vez honroso manifestar á V. P. R., contestando su muy estimable de fecha 1.° del presente, que mi humilde opinión, que se sirve consultar sobre un asunto tan delicado y arduo, es que el dicho Siervo de Dios lo es efectivamente con toda verdad y que es digno se solicite y agite por los encargados *ad hoc* el Proceso de sus virtudes y hechos prodigiosos hasta conseguir de la Santa Sede su Beatificación.

«Dios guarde á V. P. R.—*Fray B. Ortega*, ex-Prefecto.»

«*Cañete, 20 de Julio de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«He tenido el honor de recibir su carta preguntando mi opinión sobre la fama de santidad de que goza el Siervo de Dios Fray Andrés García Acosta.

«Creo un alto deber el manifestar á S. R. que desde pequeño he oído tanto en mi familia como entre los extraños la firme convicción de la eminente santidad de dicho Siervo de Dios.

«Muchas veces oí narrar que *Fray Andresito* en casa de mi señora abuela, doña Carmen Martínez de Herrera, había obrado un milagro, sanando con sólo hacer la señal de la cruz, á una sirvienta de la casa que padecía una grave enfermedad en la cara.

«De V. R. S. S. y Capellán—*Ceferino Prado*, Cura-párroco.»

«*Santiago, 20 de Julio de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«En contestación á la suya en que me pide diga el concepto que me he formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, me es grato confesar que siempre lo he

considerado como á un santo, en virtud de muchos episodios de su vida ejemplar y de los hechos milagrosos narrados por distintas personas.

«Quedo de V. R. A. S. S. y Capellán—*P. Francisco S. Inzulza*, Provincial agustino.»

«Parroquia de Quillón, 20 de Julio de 1897.

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi distinguido Padre:

«He tenido la honra de recibir la estimada nota de V. P. de fecha 2 del mes en curso.

«Desea S. P. que yo manifieste el concepto que me haya formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Filomeno García, y que ahora según la fe de bautismo se llama Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Me es honroso, R. P., declarar desde luego que el mencionado Siervo de Dios merece estar colocado en nuestros altares; pues su vida santa, y que todo Chile admira con extraordinario respeto, así lo reclama.

«Si en vida perfumó los silenciosos claustros de la Recolección Franciscana, con su virtud austera y sorprendente, desde el 14 de Enero de 1853, día en que exhaló su postrimer suspiro, su fama do santidad la proclamó el pueblo entero.

«Conozco la sepultura donde se inhumó su cadáver, pues corría constantemente una acequia de agua á su lado. Ahí estuvo varios años. Cuando lo exhumaron, la sorpresa

de todo Chile fué inmensa, pues su cadáver se halló intacto. Por esto, la comisión de doctores nombrada por la Autoridad Eclesiástica para que informase sobre un fenómeno tan extraordinario, inspirada en nobles sentimientos de verdad y de justicia, informó del modo más favorable á la santidad del Siervo de Dios.

«Después de exhumado el cadáver del aludido Fray Andrés, y en la víspera de las muy solemnes honras que le hicieron en la Recoleta Francisca, yo tuve el consuelo de verlo colocado en un sólido y nuevo cajón.

El Rvdo. Padre Fray Francisco Pacheco, mi distinguido é inolvidable confesor en esa época, tuvo la amabilidad de llevarme á una sala de recibo del Convento, donde estaba el santo y respetable cadáver de Fray Andrés. Casi todos derramamos copiosas lágrimas al ver aquel cuerpo santo tan favorecido de un modo especial por Dios Nuestro Señor.

«Después de una vida santa y perfumada con tan heroicas virtudes; después del prodigio observado en su exhumación, creo que no habrá un católico que deje de comprender que el Siervo de Dios Fray Andrés está gozando con Cristo en el cielo. Por esto esperamos con vivas ansias que termine pronto el Proceso Ordinario Informativo, á fin de que la Iglesia se pronuncie en favor de la santidad de este Siervo de Dios.

«Este es el concepto, R. P., que hace años me he formado de la fama de santidad de mi Hermano y amado Fray Andrés.

Tengo el agrado de suscribirme de V. P. R., S. A. S. y Capellán—*Rafael Herrera.*»

«*Ovalle, Julio 21 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Rvdo. Padre:

«En los treinta y nueve años que desempeño mi ministerio en distintas parroquias de esta diócesis de la Serena, puedo asegurar que fué en todas partes unánime la opinión que se tiene acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, y generales los votos, que son también los muy sinceros míos, de que la Autoridad Infalible de la Iglesia, reconociendo las virtudes heroicas en santidad del citado Siervo de Dios, nos concediese la dicha de venerarlo sobre los altares como nuestro poderoso abogado.

«Me profeso de V. R. Atto. y S. S. y Capellán—*Juan Sampó*, Cura párroco.»

«*Ancud, 23 de Julio de 1897.*

«Muy Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«En contestación á su atenta de 14 de corriente, tengo el gusto de decir á S. P. R. que siempre, desde mi infancia, he oído en casa de mis abuelos que el Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, había obrado prodigios admirables y que sólo podían ser efectos de gracias especiales debidas al cielo.

«Siempre he tenido á este Siervo de Dios por un varón

justo, y que merece ocupar un lugar en el número de los santos.

«Con este motivo quedo de S. P. R. affmo. siervo en Cristo—*Gabriel Flores S.*, Deán y Vicario General.»

«*Vicuña, Julio 27 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Reverendo Padre:

«En respuesta á su estimada del 4 por la que se sirve pedirme mi opinión acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés, tengo la satisfacción de decirle que, ya por lo que he leído, ya por lo que he oído á mi madre, contemporánea del Siervo de Dios, estimo que en su vida hubo hechos que no pueden explicarse naturalmente y que á juicio de cualquiera persona de fe ilustrada no pueden sino mirarse como sobrenaturales.

«Sin más, se ofrece de V. R. S. S. y Capellán—*José del T. González U.*, Cura y vicario.»

«*Serena, Julio 28 de 1897.*

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi respetado Padre:

«Impuesto de su nota sobre el Proceso Ordinario Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio García Acosta, paso á exponer lo siguiente:

«Conocí de vista al Hermano Andrés García, como limosnero de la Recoleta Franciscana; con este motivo tenía entrada franca en todas las casas, ricas y pobres; en todas

partes lo recibían con respeto como á varón santo, encomendándose á sus oraciones.

«Muchas veces dió pruebas de su ardiente caridad para con los pobres enfermos, curándolos con su saliva, poniendo por intercesora á Santa Filomena, cuya devoción propagó por todo Santiago.

«La fama de su santidad fué muy conocida en todos los habitantes de Santiago, en razón de muchas curaciones prodigiosas.

«En vista de lo expuesto verá V. P. que el juicio que me he formado de la santidad del Hermano lego Fray Andrés García es general en toda la República, y por lo tanto es respetada su memoria.

Acepte, R. P., las consideraciones del aprecio con que me ofrezco á sus órdenes como su affmo. Capellán.—*Bartolomé Madariaga.*»

«Pencahue, 4 de Abril de 1897.

«Reverendo Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Santiago.

«Muy Reverendo Padre:

«Entiendo que V. R. se refiere al Hermano franciscano que falleció en este siglo y que fué muy conocido en Santiago por el único nombre de *Fray Andresito.*

«Si de este Siervo de Dios se trata, siempre lo he oído proclamar como santo, no sólo en el bajo pueblo sino también en la alta sociedad; y á decir verdad, yo me encomiendo á él como á un santo, y si no paso más allá en mis homenajes al expresado *Fray Andresito*, es porque la Santa Iglesia no permite más.

«Dios guarde á V. P. R.—*José del C. Toledo*, Cura y Vicario.»

«*Rere, Julio 29 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«Contestando su muy atenta que precede, digo á S. R. que desde mi infancia, cuando cursaba humanidades en el Seminario de esta Diócesis de Concepción, oí á personas muy respetables hablar de los milagros y prodigios ejecutados por el Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García, conocido vulgarmente con el nombre de *Fray Andresito.* Desde esa época me formé el concepto que Fray Andrés era un gran Siervo de Dios digno del honor de nuestros altares.

«De V. P. aftmo. S. y Capellán—*Jacinto Arriagada.*»

«*Requínoa, 30 de Julio de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«Con gran placer contesto su muy grata, en que me insinúa el deseo de que yo manifieste á V. P. R. el concepto que me haya formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, conocido vulgarmente con el cariñoso nombre de *Fray Andresito.*

«Las circunstancias de residir yo, en aquellos años, fuera

y distante de Santiago, me privaron del honor de conocer de cerca al virtuoso varón; pero conservo de él perfectamente el recuerdo siguiente:

«Hará cosa de cuarenta y seis años, más ó menos, que yendo en viaje á Rancagua, al pasar por el puente de *cimbra* que atravesaba entonces el río Cachapoal, donde mismo lo atraviesa hoy el sólido puente de doble vía, noté que entre la gente que venía en dirección opuesta á la ribera sur, figuraba un religioso con hábito recoleto; y que al llegar á inmediaciones del grupo en que me hallaba, varios de los allí presentes exclamaron con singular alegría: «aquí viene el gran santo, *Fray Andresito.*»

«Me fijé bien en él, pues pasó á mi lado, y seguí mi viaje sin que volviera á verle más.

«Le he referido este caso, R. P., que no conozco otro, porque después de él he tenido ocasión de oír repetidas veces decir que, no obstante que *Fray Andresito* no salió de los suburbios de Santiago, se le vió y conversó con él en diferentes partes fuera de la capital.

«Recuerdo aún la fisonomía de aquel religioso; y á pesar del trascurso de tan largos años, me inclino á creer que algunos retratos que últimamente se han publicado, tienen mucho de parecido á él.

«Por lo demás, R. P., he oído siempre hablar de *Fray Andresito* y elogiarlo como á un verdadero santo; ya por el sinnúmero de prodigios que con tanta frecuencia y extraordinaria admiración de todos llevó á cabo, ya por las maravillosas curaciones que efectuó, ó bien por el pronóstico de acontecimientos futuros que con admirable exactitud se cumplían, etc.

«Es todo lo que con el mayor agrado puede decir á V. P. R. su más aftmo. amigo y S. S.—*Pablo Rubio.*»

«*Ancud, Julio 31 de 1897.*

«Rvdo. P. Vice-Postulador, Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«En contestación á la nota de S. P. R., de 15 del presente, cábeme el honor y la dicha de exponer que el concepto que he tenido de Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, ha sido el de un varón justo, por sus esclarecidas virtudes confirmadas con innumerables prodigios, que han hecho eco no sólo en la capital de la República sino hasta en sus últimos rincones. Y al opinar así me fundo en el testimonio de personas fidedignas, que me han hablado de la fama de santidad del mencionado Siervo de Dios.

«Justo es entonces que se le decrete el honor de tal, y el pueblo cristiano tenga en el *Catálogo de los santos* uno más á quien venerar.

«Con sentimientos de la más alta consideración queda de S. P. R. aftmo. Capellán—*Bernardo Borquez*, Prebendado.»

«*Canela, Agosto 4 de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Mi Rvdo. Padre:

«Impuesto de su apreciada fecha 14 del mes próximo pasado, tengo el gusto de contestarla.

«Siento no poder dar á S. R. una contestación satisfac-

toria por carecer del conocimiento suficiente de la vida de *Fray Andresito.*

«En aquellos años en que vivía el Siervo de Dios *Fray Andresito*, como lo llamaba el pueblo, yo no vivía en Santiago, sino que iba de cuando en cuando; mas, en uno de esos viajes y pasando por una calle que no recuerdo cuál fué, pues en esos años yo estaba niño, divisé una porción de hombres, mujeres y niños que rodeaban un religioso recoleto y que unos se acercaban á besarle la manga y muchos decían *Fray Andresito.* Entonces tuve lugar de conocerlo pero sólo de vista; y todos decían es muy bueno, es un santo; desde entonces concebí la idea de las eminentes virtudes del Siervo de Dios *Fray Andresito*, y todos hablan de sus virtudes y de su vida santa.

«De manera que el concepto que yo tengo de él es que fué verdaderamente un Siervo de Dios por las relevantes virtudes que le adornaron, que lo probaron sus obras.

«Es cuanto puedo decir á S. R. en confirmación de la verdad.

«Con este motivo tiene su aftmo. el gusto de ser de S. R. A. y S. S.—*Luis Vasquez*, Cura párroco.»

«Convento del Barón.

«*Valparaíso, Agosto 11 de 1897.*

«Rvdo. P. Vice-Postulador:

«Á los que suscriben, les es grato contestar á V. P. R. sobre el concepto que nos hemos formado sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta.

«Tanto por lo que hemos oído referir sobre las heroicas

virtudes que practicara mientras vivió el mencionado Siervo de Dios, como por los favores que repetidas veces nos han referido los fieles haber alcanzado del Señor, valiéndose de la protección de Fray Andrés, podemos asegurar que nos hemos formado un alto concepto de su santidad, y deseamos ardientemente que nuestra Santa Madre la Iglesia declare y coloque en el *Catálogo de los santos* al expresado Siervo de Dios.

«De V. P. R. affmos. hermanos y Caps.—*Fray Antonio de J. Márquez*, Superior del Convento del Barón.—*Fray Diego Bahamondes*, Cura Rector.»

«*Punta Arenas, 12 de Agosto de 1897.*

«Rvdo. P. Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«He recibido su circular fecha 4 de Julio pasado, en la que V. P. pedía mi concepto acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, del que se había iniciado el Proceso Ordinario Informativo.

«Le digo con verdad que yo no he tenido el honor de conocer á ese buen religioso ni conozco bien su vida, pero sí que he oído decir muchas maravillas y cosas edificantes de él por personas que le han conocido y tratado, predicándolo como á santo.

«De esto recuerdo especialmente que era muy *humilde*, que amaba mucho á los pobres y amaba la pobreza religiosa, que era siempre alegre y contento y que trataba á todos siempre con gran caridad. Por esto yo le tengo en

gran concepto y veneración, deseando vivamente, si es como me han referido personas fidedignas, de verle honrado un día con los honores de los altares.

«Me haría V. P. un gran favor si tuviese su biografía para mandármela, para que siempre mejor conozca sus virtudes, que por cierto deben de ser heroicas, y apreciar como es debido á dicho Siervo de Dios.

«No puedo decirle más. Encomendándome á sus oraciones me es grato saludarle atentamente y de profesarme con respeto S. S. y Cap.—*Mayorius Borgadillo*, Presbítero Salesiano, Cura párroco.»

«*Parroquia de Talpen, Agosto 13 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.
Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«En contestación á su atenta fecha 10 del presente, en la que me pide mi humilde opinión sobre el concepto que me he formado de la fama y santidad del Siervo de Dios Fray Andrés, puedo decirle lo siguiente: Según mi humilde opinión, que no será de las más autorizadas por el poco conocimiento que tengo de los hechos del mencionado Siervo de Dios, á pesar de todo, por lo que he oído decir y por el poco conocimiento de la vida de Fray Andrés, donde se encuentran hechos extraordinarios y, según me parece, verdaderamente autorizados, creo que el Siervo de Dios Fray Andrés es digno de ser colocado sobre nuestros altares.

«De V. P. R. A. S. S. y Cap.—*Agustín Lazcano*, Cura y Vicario.»

«*Pumanque, Agosto 16 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«En contestación á la nota de la vuelta, digo á V. P. que el concepto que tengo formado del Siervo de Dios *Fray Andresito*, es que lo venero como santo, y todos los días dirijo mis cortas oraciones al Altísimo por medio de él, y de Santa Filomena.

«Tengo el honor de suscribirme de V. P. R. y ofrecerme como su affmo. S. S. y Cap.—*Francisco Antonio Rojas*, Cura párroco.»

«*Llay-Llay, Agosto 16 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Muy Rvdo. Padre:

«Hace algún tiempo contesté á V. R. una carta análoga á la presente, que sin duda habrá llegado á su poder. Sin embargo, al leer su circular pidiendo mi opinión acerca del santo Hermano Fray Andrés García, me es grato volver á decir á V. R. que desde mi niñez conocí al Hermano Andrés y siempre bajo la opinión de santo con que lo calificaba todo el mundo que lo conocía.

«Y en verdad que no desmerecía ese calificativo; pues su conducta ejemplar, sus palabras llenas de unción celes-

tial al hablar de Dios y de sus santos, dejaban entrever el elevado espíritu de caridad y unción con Dios, que mantenía en su alma.

«Tengo para mí, que Fray Andrés ha sido un santo; hago votos al cielo para que cuanto antes sus virtudes lo coloquen en el número de los que veneramos en nuestros altares.

«Soy de V. R. humilde Siervo y Cap.—*Rufino Escobar*, Cura y Vicario.»

«Huerta de Maule, 17 de Agosto de 1897.

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Santiago.

«Muy Rvdo. Padre:

«No puedo formarme otro concepto de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, que fué un gran santo y que como tal nos lo atestigua la tradición y fama pública confirmada con hechos que confirman aún testigos oculares.

«Es cuanto puedo decir según mi humilde opinión.

«De V. P. A. S. S. y Cap.—*Fernando Olguín*, Cura y Vicario.»

«*Parroquia de San Nicolás, 18 de Agosto de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«En contestación á su apreciable del 12 del presente por la que me pide que, en atención á haberse iniciado el Proceso Ordinario Informativo acerca de la fama de santidad del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, exponga para gloria de Dios y edificación de los fieles los conocimientos que tenga á ese respecto; accediendo gustoso á tan piadosa petición, debo expresar que por los años de 1849, siendo estudiante del Convento de San Agustín en Santiago, en cuya orden cargué por algún tiempo el hábito de novicio, visité varias veces el Convento de la Recolección Franciscana, residencia del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta; pero no tengo recuerdos precisos de la persona de dicho Siervo de Dios. Esto no obstante, desde entonces hasta el presente he oído la fama no interrumpida de santidad del mencionado Siervo de Dios.

«En aquella época, entre mis condiscípulos se relataban varios hechos extraordinarios y curaciones prodigiosas obtenidas por las oraciones del Siervo de Dios, expresándose que él con gran humildad las refería á la intercesión de la gloriosa Virgen y Mártir Santa Filomena, y que se servía de aquellos prodigios para recomendar la devoción á tan esclarecida Santa.

«Uno de mis condiscípulos, que ya es muerto, refería el hecho siguiente, acaecido en la ciudad de Santiago: un caballero algo incrédulo, que estaba á la puerta de calle de

su casa, situada en la calle de Santo Domingo, divisó á lo lejos al Siervo de Dios que recorría aquella calle pidiendo limosna para el Convento, y se dijo: dicen que aquel fraile Filomeno es santo, le ofrezco una moneda de oro; si lo adivina y la pide le doy la moneda. Poco rato después llegó el Siervo de Dios á aquella casa, y dirigiéndose al caballero le dijo: Señor, en nombre de Santa Filomena, vengo por la moneda de oro que ofreció.

«Este hecho y varios otros sirven para demostrar que el Siervo de Dios aun por las conversaciones familiares de sus contemporáneos gozaba en vida de la fama de santidad. La muerte del Siervo de Dios, por la notoriedad de su humildad y virtudes llamó vivamente la atención de la sociedad de Santiago, siendo numerosísimo el concurso de personas notables que concurrió al Convento á cerciorarse del fallecimiento, como lo habrán declarado muchos testigos que aún viven.

«En los muchos años que desempeño el ministerio parroquial he oído constantemente en las ciudades y en los campos la fama de santidad del Siervo de Dios, y en el pueblo es tal la convicción á este respecto y el respeto con que se le recuerda, que en muchas casas del campo he visto el retrato de Fray Andrés Antonio María de los Dolores, colocado entre las imágenes de los santos, viéndome en la necesidad de amonestarlos que aquel retrato no debe colocarse entre las imágenes de los santos por no estar el Siervo de Dios declarado santo por la Autoridad de la Iglesia.

«Por tratarse de asunto tan grave al escribir la presente he puesto mi corazón en Dios, y encomendándome al Siervo de Dios, que sin duda goza ya en el cielo el premio de su profunda humildad, piedad acendrada y grandes virtudes.

«Haciendo votos por que Nuestro Señor bendiga á V. R. y la obra que se le ha encomendado, lo saluda su atento Cap. y S. S.—*José Delfin Turrieta.*»

«*Santiago, 20 de Agosto de 1897.*

«Muy Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Mi Rvdo. Padre y querido amigo:

«Tuve la suerte de haber conocido personalmente al Hermano Andrés, en los días de mi niñez. Lo veía llegar con frecuencia á casa, en demanda de limosna. Mi madre lo veneraba como á santo y tenía viva fe en sus oraciones. A ellas creyó deber la curación de una persona de mi familia próxima á perder completamente la vista, después de una larga curación.

«Entre otros recuerdos del Hermano Andrés, conservo el de los consejos que de él recibía. Sabiendo que estaba en casa, yo iba á ponerme á su lado y lo escuchaba con interés y respeto. El lo conocía, y siempre me hablaba de Dios y de las virtudes propias de mi edad. Recuerdo que en el año de 1848, contándole que había entrado á estudiar en el Instituto Nacional, como alumno externo, me hablaba de los peligros de las malas compañías y comenzó, desde entonces, á animarme á comulgar con frecuencia y á tener oración. Yo le conservé siempre veneración y asistí á su entierro.

«Por lo demás la fama de santidad del Hermano Andrés está en la conciencia de todos.

«Se le vió practicar las virtudes más difíciles con perseverancia infatigable. Humilde lego, mendigó el pan de sus hermanos; promovió la piedad en el pueblo; en la medida de sus aptitudes, trabajó con activo celo en la conversión de los pecadores; fué caritativo con los pobres y dió ejemplos admirables de mansedumbre y de paciencia.

«Le digo ésto, contestando á su muy estimada de 18 del presente y le reitero los sentimientos de sincero amigo, S. y Cap.—*Alejandro Larraín.*» (Prebendado de la Iglesia Metropolitana de Santiago.)

«*San Carlos, 21 de Agosto de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Rvdo. Padre:

«He recibido su carta de 13 del corriente mes, y en contestación á ella debo decirle que no tuve el gusto de conocer al Hermano Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta; pero sí, puedo afirmar que, cada vez que se ha hablado de él he oído expresarse de un modo muy favorable y calificarlo como un hombre de virtudes extraordinarias.

«He oído al señor Dean de la Iglesia Catedral de Concepción emitir conceptos muy encomiásticos respecto á la vida del mencionado religioso. La opinión que me he formado del Siervo de Dios Fray Andrés, es que fué un santo varón y de extraordinaria virtud.

«Aprovecho esta ocasión para suscribirme de V. P. R. aftmo. S. S. y Cap.—*Esperidión Herrera*, Cura y Vicario de San Carlos.»

«*Sauzal, Agosto 30 de 1897.*

«Rvdo. Padre Fray Francisco Julio Uteau.

Rengo.

«Estimado Padre:

«No he tenido la felicidad de leer la historia de Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, pero puedo decirle que he oído decir los muchos milagros que él hacía y que su fama es conocida, y que siempre lo han tenido como un verdadero santo.

«Tiene el gusto de saludarlo y ofrecerse de V. P. como su aftmo. y S. S.—*José T. Benavente.*»

«J. M. J.

«*Santiago, 26 de Octubre de 1897.*

«R. P. Vice-Postulador de la Causa de Beatificación de Fr. Andrés García.

«Rvdo. Padre:

«Hace mucho tiempo que estoy por contestar la carta que recibí pidiéndome mi opinión sobre la fama de santidad del Hermano de la Recolección Franciscana Fray Andrés García. Esperaba que una señora me enviase la narración que incluyo á V. R.

«Sólo seis años tenía el que suscribe cuando murió el Siervo de Dios, y por ello no puedo apuntar ningún re-

cuerdo personal; pero siempre he oído hablar de él como de un santo, y no recuerdo que su virtud haya nadie desmentido.

«Fuera de la relación que le incluyo y de otras cosas que ya sabrá V. R., puedo indicar á V. R. que el señor don Francisco Echaurren Huidobro refiere una curación prodigiosa de su hermana la señora doña Javiera.

«He oído también al señor León de la Barra (que vive probablemente en la calle de Riquelme, 72) un hecho bastante curioso, que, aun cuando pudiera ser obra de casualidad, dada la vida y hechos de Fray Andrés, no puede menos de ser un prodigio.

«Encomiende V. R. á Dios y mande á su aftmo. S. y cap. —*Rafael Eyzaguirre.*»



ANEXOS

Como se ha dicho en otra parte, para instrucción de los menos entendidos en las materias que tratan sobre el Milagro, Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios, publicamos á continuación, aunque á la ligera, algunos datos que creemos de importancia y provecho para el lector.

EL MILAGRO

Nada es más conforme y razonable que la fe y la ciencia, puesto que ambas vienen de Dios y á Él juntamente se encaminan en admirable y ordenado concierto. En un libro de esta naturaleza no es permitido inferir á nadie el agravio de que quiera ponerse en contradicción con el sentido común. Á tan tremendo absurdo conduce la errónea y audaz teoría de los que niegan la existencia del Milagro por el solo hecho de superar la inteligencia humana, cuando cabalmente confesando la impotencia de nuestro entendimiento encontramos la explicación amplia, satisfactoria y llena de luz de este fenómeno que es la prueba más espléndida del poder de Dios y de la verdad de la religión cristiana.

Demostrar la posibilidad del Milagro equivaldría, nó á satisfacer una necesidad del catolicismo, que á sí mismo se basta para probarlo científicamente con argumentos irrefutables, toda vez que las teorías que sustenta la religión católica y los principios que desarrolla y

sienta los conforma en todo con los brillantes resplandores de la verdad divina. La pléyade numerosa de apologistas y polemistas católicos no ha perdonado argumentos ni disimulado objeciones aducidas en contra del milagro y que victoriosamente no haya pulverizado con abundantísimo acopio de razones y desvanecido los errores producidos en contra de la existencia y posibilidad del Milagro.

Absurdos ha habido en todos los tiempos, pero al lado de ellos ha brillado la luz de la verdad y disipado las negras tinieblas de la herejía y de la incredulidad, poniendo así en transparencia y en toda claridad el sofisma y la sutil argucia.

Hemos dicho que la razón y la ciencia, la verdad y la fe estrechamente unidas conspiran á voces para afirmar y comprobar la veracidad, posibilidad y existencia del Milagro: la razón lo convence y la ciencia lo demuestra; la verdad asegura su realidad y la fe abrazándolas á todas las corona espléndidamente con sus sobrenaturales destellos.

Verdaderamente sorprende la audacia y descaro de los que no teniendo aun ni la más leve noción de la naturaleza del Milagro vociferan en contra de él é ignorantemente niegan lo que no pueden comprender, sin cuidarse mucho ni poco de adquirir conocimientos en todo caso útiles acerca de tan delicada materia.

Aunque nos apartemos un tanto del objeto principal de este libro, vamos á dar, siquiera sea á la ligera, una breve idea de lo que es el Milagro. Hoy que se agita en nuestra patria y háse dado comienzo al Proceso Ordinario Informativo sobre la Fama de Santidad de Vida, Virtudes y Milagros del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, importa tener una noticia clara sobre tan importante asunto. Para conseguirlo queremos llamar la atención del lector hacia los solemnes trámites que se siguen en un Proceso, pues ellos ponen de relieve el Milagro en todas sus manifestaciones, como quiera que allí se registran todas las maravillas que el Siervo de Dios ha obrado en nombre de Dios; las pruebas acumuladas en favor de la santidad del elegido de Dios se encuentran allí con todo su brillo y esplendor, no obstante la cautela y lentitud que gasta la Iglesia en un Proceso de Beatificación toda vez que se trata de un asunto el más trascendental de la existencia humana. Las augustas funciones del Tribunal que conoce en esta materia da idea y hace plenísima luz sobre los hechos de un Siervo de Dios, al

mismo tiempo que indica á las claras la existencia, posibilidad y veracidad del Milagro.

Además se prueba con la evidencia de los hechos, de la manera más palpable, la rectitud de los juicios una vez solemnemente emitidos y constituyen un fallo que no admite apelación y cuya sentencia tiene indefectiblemente que ejecutarse en todas y cada una de sus partes.

Este juicio no se forma solamente sobre los milagros, sino también acerca de las virtudes heroicas de los Siervos de Dios. Sobre este doble pedestal levántase sólidamente la santidad, y sin el cual es imposible venerar á los siervos de Dios.

El Milagro es un fenómeno sobrenatural; como la resurrección de un muerto, la curación súbita de un enfermo, etc.; no está en la mano del hombre, sino en el poder sin límites de Dios.

Para saber con exactitud y desvanecer toda duda acerca de la realidad de los milagros, téngase siempre presente que deben concurrir en él las siguientes circunstancias: que sea referido por testigos presenciales; cuando lo afirman escritores ó personas contrarias; si ha dado origen á un suceso memorable; cuando su fama se ha difundido universalmente; cuando no hay lugar á sospechar de las personas que lo refieren; y cuando las que le atestiguan dan la vida en defensa de su aserción.

Los milagros son de primer, de segundo y de tercer orden.

Es de primer orden, cuando es contrario á las leyes de la naturaleza, cuando hay creación de sustancia, ó la sustancia del hecho cumplido es el objeto mismo del Milagro.

Es de segundo orden, cuando el hecho realizado excede solamente las fuerzas de la naturaleza.

Es de tercer orden, aquel en que únicamente el modo de la producción del hecho excede las fuerzas de la naturaleza, en el sentido de que la naturaleza obra los mismos efectos, pero en distintas condiciones.

Los milagros de primer orden nada pierden de su fuerza porque no son hechos instantaneamente, pues la prueba de lo sobrenatural queda asegurada en el hecho mismo; por ejemplo el de la resurrección de un muerto.

Los milagros de segundo orden y aun los de tercer orden son suficientes para la Beatificación y Canonización, porque dan la certeza entera y absoluta de la intervención divina.

Se requiere dos milagros, por lo menos, para la Beatificación, y otros dos realizados después de pronunciada ésta para que se obtenga la Canonización. Cuando se trata de Milagros de tercer orden se requieren pruebas más evidentes para evitar las sorpresas y falsos juicios que pudieran emitirse acerca de los milagros.

Hemos expuesto hasta aquí, lo que podría llamarse la teoría del Milagro; los medios para conocer cuando él es verdadero; y las reglas de procedimiento que se emplean en los preliminares, continuación y término de las causas de Beatificación y Canonización, para que los lectores tengan siquiera una somera idea sobre tan interesante materia; sobre todo en los presentes instantes en que en nuestra querida patria se inaugura en condiciones tan favorables el Proceso Ordinario Informativo sobre la Fama de Santidad de vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios Fray Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta, de la Recolección Franciscana.

¡Puedan los fervientes votos que hacemos al cielo bendecir las santas tareas de los que con tan decidida voluntad y laudable tesón y empeño consagran los mejores momentos de su vida en llevar á cabo tan delicada y gloriosa empresa!

BEATIFICACIÓN

Por la Beatificación el Sumo Pontífice concede el culto religioso en honor de un Siervo de Dios á determinados lugares y personas, sin pronunciar su juicio último y definitivo. Este culto está sujeto á ciertas restricciones que se encuentran enumeradas en un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, de 1650.

CANONIZACIÓN

Por la Canonización, la Iglesia presenta á la veneración de los fieles á un varón adornado con todas las virtudes, cargado de méritos, á un amigo de Dios, y en este sentido le invoca, le dirige súplicas y plegarias considerándole como intermediario entre Dios y los hombres. A la Canonización tienen acceso toda clase de individuos, sin distinción de cuna, ya lleven sobre sus sienes cetro ó corona, ya hayan nacido en pobre y miserable tugurio; á ella sólo tienen derecho

la eminente virtud ó el martirio sufrido con valentía é intrepidez por el soldado de Cristo; no se quiere para ello otra sabiduría é ilustración que la procurada por el heroismo en las sublimes y austeras virtudes y el desprecio al brillo y gloria mundana.

PROCEDIMIENTO ANTIGUO

I

La Iglesia desde los primitivos tiempos solícitamente recogía los testimonios que acreditaban el grado de santidad y virtudes sobresalientes que en el campo del cristianismo practicaban sus mejores hijos, conservando las actas que los atestiguaban en los seguros archivos de cada iglesia particular; creando para este objeto funcionarios especiales encargados de reunir y coleccionar con cuidado y esmero tan preciosos documentos. En su empeño por obtenerlos, los primeros cristianos no omitían medios ni sacrificios para adquirir copias, ora valiéndose del dinero que abundantemente distribuían entre los notarios paganos; ora procurándoselos de los cristianos que ejercían este oficio, como testigos que eran cuando los mártires se hallaban en presencia de los jueces y de los tribunales gentiles.

II

Cada Iglesia tenía á su cargo un tribunal para evitar las exageraciones que podían ocurrir, y para emitir su juicio acerca de los hechos referidos en las actas de los mártires. Este fallo debía pronunciarlo el Obispo de la diócesis. Sólo después de estas formalidades, exponíanse las reliquias de los mártires á la veneración de los fieles. Cuando así se habían establecido los hechos confirmados por la historia, se les rendía culto y se les tributaba merecidos homenajes á los mártires y demás personas que habían brillado en sobresalientes virtudes; sólo entonces se leían á los cristianos las actas que se referían al género de su martirio y el esfuerzo y valor con que habían combatido por la fe de Cristo.

No bastaba el celo de la Iglesia, el juicio y diligencias de las iglesias particulares, llevaba más adelante la solicitud para dejar más

firmemente restablecida la verdad histórica sobre el culto de los santos; hacíase una comprobación general de los hechos y documentos, para cuyo efecto se enviaban á Roma los nombres de los mártires, las actas, etc., á fin de que su culto fuese universalmente conocido y consentido por todos los obispos de la cristiandad. Esta serie de comunicaciones mutuas entre las distintas iglesias y de éstas con la Sede de Roma, están confirmadas y atestiguadas por cartas, actas y otros documentos que corren en las Encíclicas, calendarios, martirologios, etc.

PROCEDIMIENTO ACTUAL

I

La Sagrada Congregación de Ritos fué instituída por el Papa Sixto V; actualmente se compone de veintiséis cardenales, entre ellos los más grandes en ilustración, ciencia, piedad y doctrina.

Esta Congregación es la que toma conocimiento de las causas de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios.

El culto público y eclesiástico fué prohibido por el Sumo Pontífice Urbano VIII, á los Siervos de Dios que no han sido todavía beatificados, el 13 de Marzo de 1625 y confirmado por decreto de 5 de Julio de 1634.

II

Hay culto público y eclesiástico en honra de un Siervo de Dios, cuando se expone su cuerpo á la pública veneración, ó cuando se le coloca bajo la mesa del altar, ó cuando sus reliquias se conservan con las reliquias de los Beatos ó Santos, ó cuando se exponen éstas á la veneración del pueblo, ó son conducidas en las rogaciones públicas, ó cuando la efigie del Siervo de Dios está pintada, ó esculpida, ó delineada con rayos ó aureola en la cabeza, ó cuando se ha edificado ó dedicado en su honor sagradas capillas ó ermitas; ó en su honor se celebran fiestas anuales, ó cuando en su sepulcro se cuelgan cuadros votivos ó se encienden cirios ó se invoca su intercesión con preces públicas, ó si se reza en su honor el Oficio Divino, ó se cele-

bran misas para honrarlo, ó si en sus imágenes, estatuas ó en monumentos públicos ó en escritos se le da el título de Beato ó Santo.

III

El culto privado civil y doméstico y el que se tributa en la intimidad del corazón al Siervo de Dios, no está comprendido en la prohibición de la Iglesia, que sólo se refiere al culto público y eclesiástico.

Las reliquias del Siervo de Dios pueden conservarse, pero separadas de las de los Beatos y Santos; lo mismo se dice de sus imágenes.

Las ofrendas y cuadros votivos para honrar al Siervo de Dios deben colocarse en lugar secreto y separado. En sí no sería indicio de culto la efigie del Siervo de Dios colocada en su sepulcro; pero no debe venerarse con culto religioso.

El Papa Urbano VIII, en 1634, ordenó, por decreto apostólico, que en adelante no se promoviese una causa de Beatificación si primeramente no se probaba que no se había tributado ningún culto público y eclesiástico al Siervo de Dios cuya Beatificación quiera promoverse. De ahí el Proceso de *Non Cultu* destinado á ese objeto.

Después se permitió que podía introducirse la causa, pero no puede terminarse sin que previamente se falle el Proceso de *Non Cultu.* Este Proceso se hace, ó por el Ordinario respectivo, que tramita el Proceso Informativo, ó una vez terminado éste, por un Juez Apostólico Delegado, y en el lugar en donde está el sepulcro del Siervo de Dios ó donde está enterrado aunque después sus reliquias se hayan escondido ó dispersado.

Puede hacerse en la ciudad principal de la diócesis á la que pertenece aquel lugar; mas siempre, terminado el examen de cada uno de los testigos, el Juez debe ir al lugar del sepulcro para que por sus propios ojos inspeccione si hay en él algún indicio de culto prohibido; es decir culto público y eclesiástico.

Si el Proceso ha de hacerse por el Ordinario, el Postulador le pedirá por escrito se proceda á iniciarlo, y el Ordinario, si no puede por sí mismo, delegará ó á su Vicario General, ó á algún varón constituído en dignidad eclesiástica, con los correspondientes oficiales que deben componer el Tribunal.

IV

El Postulador dirá que terminado ya el Proceso Informativo Ordinario sobre la Fama de Santidad de Vida, Virtudes y Milagros del Siervo de Dios se proceda al otro Proceso *super Non Cultu.*

Constituído, pues, el Tribunal como para el Proceso Informativo anterior y previos los juramentos de todos, el Fiscal presenta los interrogatorios, y el Postulador los Artículos.

Por el testimonio de testigos se ha de demostrar que, aunque el Siervo de Dios ha sido esclarecido por su fama de santidad y su memoria es bendita y bendecida y se implora su protección para con Dios, sin embargo, jamás nada se ha hecho, ni se hace, ni existe que signifique culto público y eclesiástico, ni que sus imágenes han sido adornadas con rayos ó diademas, ni han sido veneradas en altares ni templos, ni colocadas con las de los Beatos ó Santos, y que no se encienden cirios en su sepulcro, ni ante sus imágenes ó reliquias, ni ofrendas ó cuadros votivos se le dedican. Con todo, se pueden imprimir oraciones, novenas y distribuir sus reliquias sólo para el culto privado de los fieles.

Aunque tenido como *Santo*, no se le debe honrar con el título de *Beato* en los libros públicos, en los escritos, en las inscripciones ni en los monumentos, ni pueden, en su honor, recitarse preces públicas.

Los testigos deben dar la razón de sus dichos y el Juez debe preguntársela. El testigo ha de poder asegurar que *jamás ha visto que las reliquias del Siervo de Dios han sido expuestas á la veneración pública, ni lo ha oído, y que si hubiese sucedido, no se le habría ocultado, pues lo habría él sabido ó habría llegado á su conocimiento.*

En este Proceso sobre *Non Cultu*, el Fiscal preguntará sobre la muerte del Siervo de Dios, sobre la fama que haya tenido en vida ó después de muerto y de la que tenga al presente; sobre el concurso de personas á su funeral; sobre el lugar de su sepultura, si es especial, si tiene alguna inscripción, si jamás ha sido cambiada ó alterada; si es visitada por los fieles y por qué: si se encienden luces en su sepulcro, ó á sus imagenes y reliquias; si sus reliquias y efigies se

conservan sobre las reliquias y efigies de los Bienaventurados ó de los Santos, ó en templos públicos; si son conducidas con rito solemne de rogativa; si sus efigies están adornadas con rayos ó aureolas, ó llevan el título de Bienaventurados ó de Santos; si el Siervo de Dios ha sido ó es honrado con este título en las inscripciones, monumentos, etc., etc.

Se preguntará si el Siervo de Dios es honrado de algún modo como son venerados y honrados los Bienaventurados y Santos.

El Postulador en los Artículos probará que el Siervo de Dios había muerto con gran fama de santidad, que á su funeral había concurrido numerosísimo pueblo, dando pruebas repetidas de honor y veneración al Siervo de Dios; pero que entonces ni después se le había tributado ningún culto público y eclesiástico. Probará que en su sepulcro no han sido encendidas luces, ni se han puesto en él objetos votivos, ni efigies con aureola, ni rayos, ni se había honrado con el título de Beato ó de Santo, ni por escrito, ni en tablillas, ni en inscripciones; que no se le han ofrecido preces públicas, ni sus reliquias han sido veneradas públicamente ni guardadas entre las reliquias de los Beatos y de los Santos.

Finalmente, probará que si se le ha tributado algún honor, si su intercesión ha sido invocada ante Dios ú otras cosas semejantes, todo aquello sólo había sido la expresión absolutamente privada de los hombres.

Los testigos en este Proceso á lo menos deben ser diez, incluyéndose los dos *ex-oficio* que presentará el Fiscal. No se examinan contestes.

Examinado el último testigo *ex-oficio*, cerrados y lacrados los interrogatorios y las respuestas de los testigos, se admitirá á la sesión al Postulador, presentes el Juez, el Fiscal, dos testigos instrumentales llamados especialmente y el Actuario.

El Postulador pedirá que se designe día y hora para visitar exteriormente el sepulcro del Siervo de Dios y la iglesia en que está situado el convento anexo y la celda en que vivió y murió el Siervo de Dios, debiendo observarse los decretos de Urbano VIII y que se cite por escrito al Promotor Fiscal.

El Juez fija día y hora y ordena la citación del Fiscal por escrito.

Si el Siervo de Dios fué religioso de alguna Comunidad, constituído el Juez en la iglesia con el Fiscal, el Postulador, el Actuario,

el Anunciador y dos testigos instrumentales, visitan diligentemente el sepulcro en la parte exterior, el convento y la celda que fué del Siervo de Dios.

En la iglesia el Juez llama al religioso sacristán y le recibe el juramento en los términos siguientes:

«Yo N. N., sacristán de este templo, tocando estos Santos Evangelios de Dios, juro y prometo decir verdad sobre lo que seré interrogado bajo pena de perjurio. Así Dios me ayude y estos sus Santos Evangelios. Yo N., juré.»

El sacristán es interrogado por su nombre, patria, edad, oficio, etc., y si en aquel sepulcro, ó en aquella iglesia ó en otra parte se encuentra el cuerpo del Siervo de Dios y cómo lo sabe; y si se ha tributado algún culto público al Siervo de Dios, de hecho ó de palabra.

El sacristán firma su declaración con el Notario. Después el Juez llama á alguno de los otros religiosos del convento ó al custodio del templo, ó á alguno que haya frecuentado el templo, si no es de Comunidad religiosa, y prévio el juramento, como el anterior, es interrogado en los mismos términos, y firma con el Notario su declaración.

Se visita el sepulcro, con el Fiscal, los testigos y el Notario, y éste escribe detalladamente la forma exterior del sepulcro, con toda minuciosidad.

Se recorre en seguida toda la iglesia y sus altares y columnas y la sacristía para inspeccionar si se encuentra algún indicio de culto público al Siervo de Dios, y se escribe la diligencia correspondiente.

Debe dejarse constancia si en otro tiempo se ha tributado culto público al Siervo de Dios.

Igualmente se visita todo el convento y la celda del Siervo de Dios con el mismo fin. Se llama al Superior del convento y se le recibe el juramento en los mismos términos anteriores. Después se le pregunta por su nombre, patria, edad y oficio; y si sabe en qué celda habitó el Siervo de Dios y cómo lo sabe. Se levanta acta y la firman.

En seguida el Juez llama á otro de los religiosos, le recibe el juramento y le hace las mismas preguntas y se levanta acta.

El Notario describe la forma de la celda y cada una de sus partes y todo lo que ahí existe.

Se recorre todo el convento para ver si hay signos de veneración y culto al Siervo de Dios, y se levanta acta de todo.

Terminado ésto, el Postulador pide se pronuncie sentencia defini-

tiva y se publique el Proceso, citándose préviamente al Promotor Fiscal para una sesión en que exponga todo lo que crea conveniente sobre lo obrado ó lo que deba hacerse. El Promotor Fiscal protestará de que nada puede hacerse sin su presencia y sin observarse los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos y todo lo demás de estilo, derecho y costumbre, y que no se pronuncie sentencia sin que préviamente se publique el Proceso.

El Juez fija el día de la sesión, hora y lugar en que fueron juramentados y examinados los testigos.

La sentencia se pronunciará en otra sesión posterior, citándose al Fiscal.

En esta sesión el Postulador interpelará al Fiscal si tiene algo que deducir contra todo lo obrado, y que no habiéndolo, se dé sentencia definitiva. El Fiscal dirá que nada tiene que observar, si no hay, y expondrá que nada puede hacerse sin su presencia y sin que se observen los Decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, bajo pena de nulidad. Se agregará al fin de la sesión la citación del Fiscal y la relación de la ejecución.

En seguida el Juez, á petición del Postulador y con el consentimiento del Fiscal, mandará se publique el Proceso y ordenará se abra el pliego de los Interrogatorios y de las declaraciones de los testigos que agregará al expediente.

Abierto el paquete se fija día, hora y el mismo lugar para dictar sentencia, citándose al Fiscal.

En la nueva sesión oída la petición del Postulador y lo expuesto por el Fiscal, el Juez pronuncia la sentencia, la que será leída y agregada al Proceso.

El Juez dispondrá se haga la copia del expediente, designándose para ello uno ó más escribientes, y nombrará un Notario Adjunto para cotejar la copia con el original del Proceso.

Cada escribiente de rodillas y tocando los Santos Evangelios, prestará el juramento de estilo. En seguida hace lo mismo el Notario Adjunto y el especialmente deputado.

Se levanta acta de todo lo obrado para agregarla al Proceso y la copia que debe enviarse á Roma.

El Juez declara que terminada la copia del Proceso, se celebrará otra sesión, con citación del Fiscal para imponerse de la copia del Proceso y terminar las operaciones.

En el acta se pone íntegra la sentencia del Juez.

Para la Beatificación se necesitan, á lo menos, dos milagros obrados antes de la Beatificación y que estén comprobados.

Para la Canonización bastan otros dos milagros obrados después de la Beatificación y que estén comprobados.

Los milagros han de comprobarse siempre por testigos contestes de *vista*, ya sea para obtener la Beatificación ó la Canonización.

LOS TESTIGOS

I

En los Procesos de Beatificación hay varias clases de testigos.

Testigos instrumentales son los que se les llama para que presencien y suscriban las actas de las sesiones públicas del Proceso; es decir, aquellas actas de sesiones en que no declaran testigos sobre las virtudes y milagros del Siervo de Dios.

Los testigos instrumentales no son necesarios.

Hay también otra clase de testigos que son los que presenta el Postulador para que sean examinados al tenor de los interrogatorios del Fiscal y de los Artículos del Postulador, sobre las virtudes y milagros del Siervo de Dios.

Otros son titulados testigos *ex-oficio*, que son los que los Jueces ó el Fiscal llaman ó citan para que sean examinados ante el Tribunal, como sabedores de los hechos.

Estos testigos *ex-oficio* tienen por objeto ó confirmar ó refutar, si así lo exige la verdad, lo que hayan depuesto los otros testigos.

Los Jueces y el Fiscal tienen obligación de llamar testigos *ex-oficio*, á su elección y no deben ser menos de dos. Y si se sabe que hay personas enemigas del Siervo de Dios ó de la Causa se les debe llamar *ex-oficio* para ser examinados.

Exige la gravedad é importancia de esta materia que todos los oficiales que intervienen en los Procesos, antes de entrar á funcionar presten el respectivo juramento de decir verdad y de guardar secreto: á lo mismo están obligados los testigos.

Tal es el Tribunal á donde se llevan las causas más árduas y difíciles y que mayores y más amplias garantías ofrece en el ejercicio de su autoridad. La condición de nuestra naturaleza tan fácil de su-

bordinar á sus propias inclinaciones é intereses los más graves negocios, aun los puramente humanos, necesita de todo género de precauciones en los Procesos de Beatificación y Canonización para que este Tribunal no se deje llevar de apreciaciones infundadas, á fin de que la opinión popular tan fácil de alucinarse é inclinada á lo maravilloso no desfigure ó falsifique la verdad y autenticidad de los hechos.

Este augusto Tribunal procede rodeado de muy discretas medidas á cual más cuerdas y concienzudas.

II

La Congregación de Ritos para conocer en las Causas de Beatificación y Canonización se reune mensualmente en asamblea ordinaria á la cual únicamente son convocados los cardenales, el Promotor de la fe, el Protonotario, el Maestro de Ceremonia y el Secretario. Tienen por objeto estas sesiones tratar las cuestiones más importantes que se suscitan con motivo de la causa de Beatificación y Canonización de los siervos de Dios.

Hay también reuniones extraordinarias y tienen por objeto poner más al corriente al Cardenal Ponente de la construcción del Proceso de que está encargado.

Los consultores son los llamados á comunicarle su parecer á su turno sin que el Cardenal deje ni siquiera traslucir su propia opinión; en otra reunión se da conocimiento de las circunstancias y dificultades de la Causa á todos los Cardenales del Santo Tribunal; cada uno de los consultores emite su parecer; pero sus Eminencias reservan su opinión; la última reunión es presidida por el Sumo Pontífice; hablan en ella primero los consultores, saliendo inmediatamente después de haber emitido su parecer, volviendo á entrar si son llamados. Los Cardenales dan su opinión libre é independientemente.

En estas asambleas se discuten cuatro géneros de cuestiones llamadas *dudas*. La primera cuestión se formula así: ¿está bien atestiguada la cualidad requerida de las virtudes cristianas?—Primera duda preliminar.

Segunda cuestión: ¿Hay competente número de milagros? ¿están suficientemente probados?—Segunda duda preliminar.

Tercera cuestión: ¿Es conveniente proceder á la Beatificación? —Esta es la primera duda resuelta de una manera definitiva.

Cuarta cuestión: después de la Beatificación y prosecución de instancia, pregúntase si hay que proceder á la Canonización.—Cuarta duda y segunda definitiva para este objeto.

Como preliminares para la Beatificación hemos dicho que el Obispo del lugar es el Juez absoluto en estas dos cuestiones: opinión respetable de santidad, respecto al Siervo de Dios; y certificación de que no se ha tributado ningún culto público al Siervo de Dios.

Todo este expediente junto con el parecer del Obispo se lleva á Roma y se deposita en manos del Notario de la Congregación de Ritos. Se solicita su apertura por los interesados en la causa por medio de una petición presentada en sesión ordinaria, y se declara abierto el Proceso. A este acto debe estar presente el Cardenal Prefecto de la Congregación. En seguida se elevan súplicas al Papa para que se digne nombrar un Cardenal Ponente. Examínanse los escritos del Siervo de Dios; hay que asegurarse que ellos no contengan algún error en materia de dogma ó de moral, por medio de teólogos experimentados; si ocurren dudas, el Proceso queda en suspenso, hasta resolver completamente todas las dificultades. Todo esto se hace bajo el más absoluto secreto. En seguida viene la firma de la Comisión de la Causa que autoriza á la Congregación de Ritos á proceder á la instrucción del Proceso de la Beatificación, pero deben transcurrir diez años desde que ha sido depositada la súplica del Obispo del lugar.

III

Síguese otro Proceso, que se llama Apostólico, que se construye con el mismo exquisito cuidado que el anterior; el cual concluído se somete por la Sagrada Congregación á un severo examen; si se ha seguido según las formas prescritas, se pasa á la discusión particular de las virtudes y milagros del Siervo de Dios; el fallo definitivo acerca de las virtudes heroicas no se puede pronunciar en Roma hasta pasados cincuenta años de la muerte del Siervo de Dios; en las asambleas definitivas de que anteriormente hemos hablado se decide irrevocablemente acerca de las dudas suscitadas; si las opiniones son favorables se trata de fijar el día solemne para la Beati-

ficación. Para este Proceso nómbranse comisiones ordinarias, en virtud de la Comisión Apostólica por la cual el Papa da poder á la Congregación de Ritos para trabajar en la instrucción del Proceso propuesto. El Procurador extiende su fórmula y el Secretario la lleva contrafirmada á su Promotor.

El Papa aprueba por esta palabra, escrita de su mano y firmada con la inicial de su nombre propio de bautismo: *Placet*, «Nos Place».

Para que el Sumo Pontífice proceda de la manera dicha, es necesario que se cumplan las condiciones siguientes:

1.ª Es preciso que las demandas de los solicitadores estén apoyadas por cartas é instancias repetidas de prelados ú otras personas constituídas en dignidad;

2.ª El Ordinario del lugar debe haber llevado á feliz término bajo su autoridad propia la información local de que hablamos anteriormente;

3.ª Es preciso que las actas de este informe presentado á la Congregación estén declaradas regulares, y sin defectos esenciales de fondo ó de forma;

4.ª Deben haber transcurrido diez años desde el depósito de estas actas en mano del Secretario de la Congregación;

5.ª Todos los tratados, cartas, meditaciones y otros escritos de las personas propuestas, exigen una aprobación solemne, después de maduro examen;

6.ª La fama de santidad ha de aparecer siempre perfectamente atestiguada;

7.ª La petición presentada para obtener la firma ha de ser visada primero por el Promotor y tratada en Congregación General, á no mediar dispensa del Papa;

8.ª No debe encontrarse ningún obstáculo ni oposición considerable contra la introducción de la causa; y

9.ª El Obispo diocesano ha de certificar en sus cartas que el buen olor de las virtudes y la fama de los prodigios ha ido cada vez más en aumento en los diez años trascurridos.

Tal es el Código á que debe ceñirse el Promotor en el curso de este asunto. Cuando no haya duda alguna, ni puntos oscuros, entonces comienza realmente el Proceso Apostólico.

La Congregación de Ritos nombra á los Jueces Delegados por la

Autoridad Pontificia que entienden en todas las discusiones de los médicos y de los demás jueces, para aprobar ó rechazar los hechos sobrenaturales. Los solicitadores de la causa piden el decreto llamado de *Atribución* y de *Calificación*, designando los Obispos que les parezcan más propios para el desempeño de esta Comisión.

El Promotor puede recusar á los Obispos indicados; el Procurador redacta los puntos que deben dirigir la instrucción; ordena los hechos que es menester certificar á fin de poner en evidencia las virtudes principales y los milagros que se tiene el designio de hacer valer como pruebas. Estos hechos, cuestiones ó posiciones sirven para dirigir el Interrogatorio de los testigos.

IV

La Sagrada Congregación de Ritos, como dejamos dicho, conoce de los milagros, virtudes y santidad de los siervos de Dios formulados en los respectivos procesos que con este objeto se construyen en las diferentes curias en que ellos se han verificado.

Acerca de esta materia copiamos, á la letra, lo que dice un insigne y notable escritor sobre la calidad y número de miembros que componen este Tribunal:

«Sus miembros, ó jueces de primer orden, son todos Cardenales, la gloria más pura y grande de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Estos jueces, hoy día en número de veintiséis, tienen á su cabeza un prefecto ó presidente perpetuo, y en cada proceso particular el Soberano Pontífice nombra por sí mismo á uno de ellos para el oficio de Patrón y ponente de la causa. Á estos jueces de primer orden se añaden veintisiete consultores ó jueces de segundo orden, escogidos comunmente entre las glorias del clero ó de las Congregaciones religiosas célebres por su ciencia, los Dominicos, los Menores, los Bernabitas, los Servitas, los Jesuítas, etc., y cada consultor tiene el derecho de hacerse asistir por dos teólogos ó canonistas.

Además de estos consultores, ó jueces de primer y segundo orden, la Congregación de Ritos tiene sus oficiales ó su ministerio público. Primero el Promotor de la fe, que hace funciones de procurador ó abogado general, formula las dificultades ú observaciones críticas, opone las objeciones, y no se detiene, después de una, dos y á veces

tres luchas encarnizadas, hasta que se han disipado las más leves sombras, y que, faltos de argumentos, se ve precisado á declararse vencido ó satisfecho. Entonces, y únicamente entonces, depone la vara de censor, y concluye ó vota en favor de la causa.

Después del promotor viene el vice-promotor, que le reemplaza en su caso; el secretario, que redacta todas las actas; el notario, que minuta todas las piezas; los procuradores y abogados consistoriales; los peritos y los intérpretes, y aun médicos, físicos y matemáticos, cuando las circunstancias lo exigen. Todos estos oficiales sin excepción son designados entre los miembros más distinguidos de las Corporaciones á que pertenecen, y se eligen siempre dos, uno para la defensa y otro para el ataque.

Á más de esto, todas las alegaciones tanto en pro como en contra se hacen por escrito; todo se discute sobre memorias depositadas; nada se deja al azar de la improvisación ni á la sorpresa de una palabra hábil, elocuente, insidiosa. Cada juez tiene á la vista los alegatos impresos, y puede releerlos tanto como le plazca. ¡Cuánta diferencia de los tribunales de la justicia humana! ¡qué incontestable superioridad!

Y no es cuestión, ni mucho menos, de fallos pronunciados después de una ó dos audiencias de pocas horas cada una. Los procesos de Beatificación y Canonización duran años, largos años, medio siglo por lo regular, y suponen centenares, millares de sesiones particulares ó generales. No se trata, por último, de la audición, una vez por todas, de un escaso número de testigos más ó menos doctos, más ó menos desinteresados y más ó menos independientes, sino de indagaciones numerosas, públicas, casi universales, abiertas en un lugar sagrado; de testigos llamados por una autoridad santa y soberana, etc., etc.»

¡Dónde encontrar jueces dotados de mayor probidad, ciencia, doctrina, moralidad y desinterés! ¡Dónde encontrar jueces más imparciales, ajenos á todo lucro y sugestiones tan frecuentes en los otros tribunales civiles!

Este Tribunal, ya sea que absuelva ó condene, lo hace siempre inspirado en la más alta imparcialidad.

Se inician ordinariamente las diligencias al poco tiempo del fallecimiento del Siervo de Dios, habiendo algunos procesos que se han principiado al mes después de su muerte. Para ello se nombra un Postulador con amplias facultades á fin de que agite con toda pru-

dencia y cuidado el proceso de la fama de santidad de vida, etc., del Siervo de Dios. El mencionado Postulador solicita del Ordinario donde murió ó está sepultado el Siervo de Dios, la constitución del Tribunal que debe recoger las declaraciones de los testigos que depondrán sobre dicha causa. El mismo funcionario presenta á los testigos que deben prestar sus declaraciones y según las formalidades canónicas; á cada uno de ellos distribúyesele una serie de artículos ó preguntas cuyo número queda á voluntad del Postulador, á las cuales todos deben contestar en conciencia y bajo la religión del juramento. Á estas preguntas suceden los interrogatorios.

Se comprende que todos estos actos exigen un considerable número de sesiones que por su importancia son de prolongada duración, empleándose á veces años en su terminación. Cuéntanse entre los testigos á los padres, parientes y maestros del Siervo de Dios.

Una comisión nombrada por el Obispo Diocesano, si éste se encuentra impedido, compuesta de personas constituídas en dignidad eclesiástica, según las disposiciones de derecho, procede á practicar las informaciones sobre la santidad de vida del Siervo de Dios. En seguida, á instancias del Postulador, el Diocesano procede á iniciar la doble información ordenada por la santidad de Urbano VIII sobre la fama pública de la santidad de vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios, y al mismo tiempo que no se le ha tributado ningún culto público. Constituído el Tribunal, declara el juicio que le merecen las mencionadas informaciones en un acta firmada por las mismas personas que componen el Tribunal.

En informaciones aprovechadas y edificantes se ha estampado la siguiente declaración del Tribunal Informante: «En ningún testigo hemos advertido la menor cosa que pueda infundirnos sospechas acerca de su sinceridad; antes al contrario, todo en su porte y maneras nos ha dado á conocer que penetrados de la solemnidad del juramento que habían prestado, cumplían religiosamente sus obligaciones.»

Remítese á Roma por el Ordinario el resultado de las informaciones practicadas, al propio tiempo que deben hacerse idénticas investigaciones en los lugares donde el Siervo de Dios con más frecuencia se encontraba, ya sea éste el lugar de sus peregrinaciones ó donde pasó algún tiempo de su vida.

Este es el momento oportuno para que de todas partes, los reinos y naciones, los reyes y los gobiernos civiles y eclesiásticos, eleven

preces á la Santa Sede para que el preclaro Varón sea en breve inscrito en los venerandos anales de la Iglesia.

Pónense en manos de un abogado estas informaciones, y en virtud de ellas da comienzo á su alegato, en favor de la introducción de la causa. Vienen después las observaciones críticas del promotor de la fe redactadas con viveza y muchas veces con violencia, atendiendo á todas las objeciones de los adversarios de la causa. Á continuación viene la réplica, la cual es una pieza clásica por lo amplio de la discusión, vigor de la argumentación y elevación de los conceptos en ella expresados; este es precisamente el caso de pulverizar y destruír sólidamente toda clase de objeciones, sin dejar en pie ninguna, presentadas por los enemigos de la causa.

Esta memoria se presenta por el Cardenal Prefecto á la Sagrada Congregación de Ritos; si es favorablemente acogida sométesela al juicio del Soberano Pontífice, suplicándole que proceda á la información general y oficial que debe conducir á la Beatificación; si es del agrado, ó si merece el *Placet* del Papa, el Siervo de Dios es proclamado Venerable; desde este momento queda inaugurado el Proceso, y se constituye la Comisión ó Delegación Apostólica, que tiene por objeto informar sobre la reputación de santidad, y luego acerca de las virtudes y milagros del Venerable.

Si en la discusión de las actas habida en el seno de la Sagrada Congregación de Ritos han sido favorablemente aprobadas, son sancionadas después por el Sumo Pontífice.

Este mismo Proceso se constituye en otras regiones cuando hay informaciones importantes que hacer en ellas.

Entretanto los jueces ordenan la visita del sepulcro y el reconocimiento del cuerpo del Venerable; para este acto acompañan al Tribunal dos médicos y dos cirujanos juramentados; léese la memoria de estos cuatro peritos, en seguida el Postulador pide la publicación del Proceso, que es ordenada por un decreto de los jueces.

El conjunto de todos los actos verificados se coleccionan y se saca una copia, cuyo cotejo con el original exige un número considerable de sesiones y de muchas horas de trabajo, y se deposita en los archivos del vicariato de Roma. Tan voluminoso legajo transmítese á la Sagrada Congregación, y allí depositado se espera la autorización del Sumo Pontífice con la dispensa de cincuenta años para empezar la discusión de las virtudes y milagros del Venerable Siervo de Dios.

Toca á la Sagrada Congregación de Ritos acometer la cuestión de la heroicidad de las virtudes del Venerable; toma conocimiento de los alegatos; de las observaciones críticas del Promotor de la fe; y de la réplica del abogado de la Causa.

La Sagrada Congregación da su dictamen más ó menos en los siguientes términos: «A la luz de las actas del Proceso y por la voz casi acorde de todos los testigos, la mayor parte ilustres por su fe, carácter y doctrina, Dios ha convencido de mentira á los que se atrevieron á insinuar que no constaba la santidad del Venerable Siervo de Dios; y nuestro censor mismo se ha visto obligado á confesar que siguió heroicamente las vías de la penitencia y conservó hasta el fin la inocencia bautismal.»

Admitidas estas conclusiones por el Cardenal Ponente, la Sagrada Congregación las sanciona con su voto, y es llegado el momento en que el Sumo Pontífice se pronuncie solemnemente y en última instancia después de tres reuniones consistoriales.

En la primera reunión, que se llama *ante preparatoria*, en Colegio pleno de Cardenales, el Presidente de la Congregación de Ritos hace su relación y presenta su juicio.

En la segunda reunión, llamada *preparatoria*, celebrada en presencia del Sagrado Colegio, de los Obispos á la sazón en Roma, de los consultores y oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos, de los dignatarios de la Corte Romana, de los diputados de la Corte Pontificia y de los embajadores de los países católicos, un abogado consistorial celebra los méritos del Venerable Siervo de Dios.

Finalmente, en la tercera reunión, llamada *reunión plenaria*, el Sumo Pontífice después de oír las sábias discusiones del abogado y del Promotor somete por última vez á la apreciación del Sacro Colegio y de los Obispos presentes en Roma, la verdad de las virtudes heroicas del Venerable Siervo de Dios, y después de un largo lapso de tiempo, de estudio, reflexión y oración, promulga el decreto que proclama el grado heroico de las virtudes del Venerable.

Después de implorar por mucho tiempo las luces del cielo, de celebrar los sagrados misterios, Su Santidad hace que comparezcan en el Vaticano el Cardenal Prefecto de la Congregación de Ritos, el Cardenal Ponente de la Causa, el Promotor de la fe, el Secretario, y declara según la fórmula admitida, que el Venerable *evidentemente había practicado en grado heroico las virtudes teologales y cardinales.*

Luego la Sagrada Congregación apercibe al Postulador para que someta los requeridos milagros para su aprobación, y este Proceso se llama de la confirmación de los milagros. Tan pronto como se concluye este Proceso el Postulador pide la verificación de él.

Aquí comienza la ardua tarea del abogado de la Causa y del Promotor de la fe; la defensa y el ataque, hasta que después de muy minuciosos detalles y prolijas investigaciones queda absoluta y evidentemente establecida la realidad y verdad de los milagros presentados al Tribunal.

Practicadas estas diligencias el Postulador pide la reunión de la Asamblea ante preparatoria con el objeto de reconocer los milagros; si hay alguna objeción que hacer se procede á una contra peritación, la cual decide absolutamente á favor ó en contra del milagro.

Los consultores confirman el milagro, para cuyo efecto se celebra en el Vaticano la Asamblea preparatoria. La Asamblea General tiene lugar en el mismo Vaticano, estando presente el Sumo Pontífice; léese la memoria del Cardenal Ponente, presentes los cardenales y los consultores; afirman nuevamente con su voto unánime la verdad de los milagros propuestos por el Postulador de la Causa.

Después de oraciones, de madura reflexión y de fervientes súplicas, emite su fallo solemne y definitivo el Sumo Pontífice; en presencia del Sumo Pontífice celébranse las virtudes y milagros del Venerable Siervo de Dios; del propio modo el Sumo Pontífice elogia las virtudes que le han elevado á tan excelso rango.

Síguese la súplica que hace el abogado en nombre del Postulador y en el suyo propio; reclama para su ilustre cliente los honores de la beatificación. Desde este momento el Promotor depone su vara de censor, únese á su adversario, reclama y pide la exaltación del Venerable Siervo de Dios.

Finalmente, el Sumo Pontífice rodeado de todos los presentes, después de haber dado la bendición *Urbi et Orbi*, proclama el decreto de Beatificación del Venerable Siervo de Dios.

Para llegar á la Canonización el Postulador solicita la continuación de la Causa y hace la elección de dos nuevos milagros obrados por el Beato, si el Sumo Pontífice accede á la demanda del abogado de la Causa.

Una comisión de Obispos recibe el encargo de informar acerca de los milagros, después de la comparecencia de los testigos necesarios.

La Sagrada Congregación se pronuncia sobre el milagro después de oídos el defensor de la Causa y el Promotor de la fe, *cada uno tres veces.*

Después de una larga discusión acerca de las cuestiones que suelen suscitarse en esta importante materia, tiene lugar en el Vaticano la Congregación preparatoria para promulgar solemnemente el decreto aprobatorio de los milagros.

Finalmente viene la aprobación definitiva de los dos milagros presentados por el Postulador, aprobados unánimemente por todos los miembros de la Sagrada Congregación junto con el decreto *de Tuto*, que autoriza que se debe proceder á la solemnidad fijando el día y año en que debe tener lugar.

Falta todavía el acto más solemne que decide sin apelación de la Causa, el fallo último y definitivo pronunciado por el representante de Dios en la tierra. Cuando ha llegado el momento y la hora del decreto de Canonización, el Sumo Pontífice rodeado de todo el brillo y majestad que reviste tan imponente solemnidad, sentado sobre su trono, en nada comparable á los otros de la tierra, sobre todo en estos augustos instantes, el Postulador de la Causa pide *con instancia*, primero, *luego con más instancia*, y por fin *instantísimamente*, que se dé al nuevo Santo su lugar definitivo entre los Protectores y Patrones del mundo católico.

Á la primera postulación el Secretario de Breves contesta en nombre del Santo Padre: «Oremos». Su Santidad se levanta y arrodíllase frente al altar para recitar las Letanías de los Santos. Es esto como una invocación suprema y una última súplica invocando las luces del Espíritu Santo y el asentimiento de la Corte Celestial, antes de la admisión del nuevo elegido en el número de aquellos á quienes la Iglesia puede y debe invocar.

Después del canto de las Letanías, el Papa vuelve á su trono, y el Postulador redobla su instancia. El Secretario de Breves contesta segunda vez: «Oremos», y se entona el *Veni Creator.* Luego mientras que el Postulador, permaneciendo de rodillas, suplica tercera vez instantísimamente, el Papa, cubierto con la tiara como doctor infalible y jefe de la Iglesia universal, pronuncia el siguiente decreto:

«Para honra de la santa é indivisible Trinidad, exaltación de la fe Católica y prosperidad de la Religión Cristiana, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y

Pablo, y por la nuestra propia, oído el consejo de nuestros venerables Hermanos los Cardenales de la Santa romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, definimos que el bienaventurado es *Santo*, é insertamos su nombre en el catálogo de los Santos. Establecemos además que cada año se honre su memoria con piadosa devoción por la Iglesia Universal el día... en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Todo está consumado».

¡Hé ahí el Tribunal ó los tribunales, los jueces y los juicios! Si no se admitiese que un decreto pronunciado en tales condiciones de lentitud, de madurez, de severidad, de solicitud, de información, fuera de la influencia de toda presión humana, en presencia y bajo la inspiración de Dios, es necesariamente infalible, y la expresión manifiesta de la verdad absoluta; que, por consiguiente, los brillantes hechos que fueron base esencial é indispensable, son milagros incontestablemente divinos, sería preciso no sólo creer, sino proclamar como cierto, que todos los juicios pronunciados por los tribunales humanos en materia criminal, correccional ó civil, pueden y deben ser considerados como inciertos, y por consiguiente, injustamente fallados. Esta conclusión es abrumadora; pero sería rigurosa, inevitable, y no habría modo de eludirla.

V

La ceremonia solemne de una Beatificación ó Canonización reviste los caracteres más serios y augustos que imaginarse puede. «La ciudad eterna se conmueve, el mundo católico se estremece de dicha y esperanza, y desde remotas comarcas parten numerosos peregrinos para asistir á la fiesta. Se concede indulgencia plenaria á todos los fieles que después de haber recibido los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía se encuentren en la misa solemne que se celebra para la Beatificación en la Basílica del Vaticano, es decir, en la iglesia de San Pedro.

«Este templo augusto, digno de Roma y del mundo, es adornado con un gusto y una magnificencia de que no se encuentra ejemplo en Roma, sino en este día. En el frontispicio aparece, á una grande altura en medio de luces resplandecientes, la imagen del Santo, que asciende al cielo llevado por los ángeles; debajo brillan orladas de oro

las armas del Pontífice reinante, las del rey en cuyos Estados nació el Santo, las de la ciudad en que vió la luz, y finalmente, si es religioso, las insignias de la Orden á que pertenece.

«Si pasáis el sagrado umbral os creeréis transportados al cielo: vuestros pies sólo pisan ricas alfombras; desde la bóveda hasta la base de las columnas, todo el contorno del templo inmenso está tapizado de terciopelo carmesí que cuelga de distancia en distancia en anchos festones, llenos de magnificencia y de gracia. Cuadros con marcos dorados, emblemas en que el oro y la seda mezclan sus vivos colores, sentencias en letras de oro, colocadas á derecha é izquierda, os cuentan las virtudes, los actos sublimes, las palabras y la vida del Santo. En el fondo del templo, á grande elevación sobre el altar ó confesión de San Pedro, está ante nuestros ojos suspendido el retrato del Santo subiendo al cielo, y con la cabeza circundada de la aureola. Pero este retrato está aún cubierto con un velo, y pronto será descubierto.

«Á cada lado del altar están colocados en semicírculo tronos brillantes de oro y púrpura, destinados á los Cardenales y Prelados de la Corte Romana y á los consultantes de la Sagrada Congregación. Superiormente al Sacro Colegio aparecen tribunas magníficamente adornadas donde se colocarán los reyes y reinas, los príncipes y las princesas y todos los nobles extranjeros que la augusta ceremonia atrae de las diversas partes del mundo católico. Para iluminar tan magnífico espectáculo brillan por todos lados en el templo arañas, candelabros y girándulas que destellan innumerables resplandores: á esta viva claridad que aviva la vista se añade para deleite del olfato el incienso de los perfumes; de distancia en distancia aparecen soberbios jarros de flores, de donde se exhala la más suave fragancia, y en todos los altares pebeteros de oro y de plata donde arden los más exquisitos aromas.

«Si quedan satisfechos los sentidos en esta fiesta augusta, los más puros goces inundan la imaginación, el alma y el corazón. Varios grandes coros de músicos, colocados en diversos puntos de la vasta basílica, acompañan para animar la solemnidad con el sonido de sus instrumentos los acentos melodiosos de esas voces tan elevadas, tan frescas y tan puras que sólo se oyen en Roma, soberana de la fe y centro de las bellas artes.

«Cuando se acerca la hora de la ceremonia, la guardia pontificia va

á formar en torno del Santuario para acrecentar la pompa de la fiesta y conservar un orden perfecto. Entre tanto toman asiento todos los Cardenales, todos los Prelados de las diferentes congregaciones y todos los generales de las Ordenes; en las tribunas reservadas aparecen los nobles personajes que han de ocuparlas, y os aseguro que más de un rey se cree por muy feliz en asistir al triunfo del más humilde tal vez de sus numerosos súbditos; finalmente, giran sobre sus quicios de bronce las vastas puertas de la inmensa basílica, y se precipitan en su recinto las inquietas oleadas de un pueblo innumerable; y todos aquellos hombres, extranjeros ó nacionales, católicos ó disidentes, están allí en religioso silencio esperando lo que va á pasar.

«De pronto se presenta el Cardenal, gran maestro de ceremonias, revestido con capa pluvial y mitra, se adelanta acompañado de dos canónigos de San Pedro, sube con ellos á un tablado y lee en voz alta el breve del Santo Padre, para la beatificación del Siervo de Dios. Terminada la lectura, el Cardenal celebrante va al pie del altar acompañado de los diáconos y subdiáconos de la Iglesia Romana y entona un himno de triunfo, el *Te Deum*. Aún está en sus labios la última nota cuando una mano invisible descorre el velo que ocultaba el retrato del Santo, colgado sobre el altar. Cardenales, Pontífices, Reyes, Príncipes, Magistrados, toda la inmensa multitud del pueblo, se postran en aquel instante sublime de rodillas é inclinan la frente al suelo para venerar la Santa Imagen; y los mil instrumentos músicos tocando á un tiempo hacen resonar las bóvedas del templo, y toda la artillería del castillo de San Angelo añade su imponente armonía, unida á las descargas de fusilería y al clamoreo de todas las campanas de la ciudad eterna. ¡Momento solemne! ¡felices los que han experimentado una vez en su vida los indefinibles sentimientos que inspiran! Triunfo augusto, ¡oh! ¡cuán lejos de ti dejas todos los triunfos de la antigua Roma con sus elefantes y carrozas de marfil y sus pueblos de esclavos encadenados! En ti al menos no hay lágrimas, y si las hay, son de gozo» (1).

Terminada la postración, continúan los coros de música y acaban el *Te Deum*. El primer diácono canta entonces el versículo: «Rogad por nosotros, beato N.» Y los coros responden: «Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.» El Cardenal celebrante añade

(1) Gaume. *Catecismo de Perseverancia*, t. 8.

la oración compuesta en honor del Santo cuya Imagen inciensa, y revistiéndose después con las insignias pontificias, ofrece los santos misterios en honra del nuevo habitante de los cielos. Terminada la misa, el Procurador de la Causa distribuye á todos los asistentes la Imagen del Santo, pintada ó impresa, con marco ó dorada con más ó menos lujo según la categoría de las personas.

Tales son en resumen las ceremonias de la Beatificación.

CANONIZACIÓN Y APOTEOSIS.

DIFERENCIA ENTRE LA CANONIZACIÓN DE LOS SIERVOS DE DIOS Y LA APOTEOSIS PAGANA.

La Canonización de los Siervos de Dios es una institución que tiene sus raíces en los dogmas católicos y los sentimientos sociales. Aunque á inmensa distancia de lo material y terreno, como quiera que su principio, objeto y fin es sobrenatural, sin embargo influye poderosamente bajo diversas relaciones, en el seno de la sociedad civilizada.

La Canonización es una continuación y prolongación de las virtudes y de los prodigios de los Siervos de Dios. Delante de Dios es la expresión de la igualdad de todas las criaturas, salvo la diferencia de los méritos y virtudes personales. Lo mismo el soberano que brilla por su poderío en ricos palacios, que el mendigo pobre y miserable á los ojos del mundo, en el corazón de Dios tienen lugar preferente cuando los méritos y las virtudes personales con heroísmo practicadas adornan su corazón. Sus tumbas son honradas por las multitudes reverentes; los fastos sagrados registran sus nombres; las artes y las letras celebran sus hechos gloriosos.

Inmensa diferencia, inmensurable distancia entre la Canonización de los siervos de Dios y la Apoteosis pagana; la primera es la glorificación de la virtud y de la santidad llevada á un grado heroico realzada por la gracia divina; su gloria es universal y su duración sin término; su culto, la solemnidad y magnificencia y el objeto de sus ceremonias corresponden á los honores y á los triunfos alcanzados sobre el vicio y las pasiones; la Canonización de los siervos de Dios marca el carácter y los sentimientos que inspira la virtud, la gracia

y el espíritu de sacrificio de austero heroísmo en la práctica de las virtudes todas. Las desigualdades terrenas y las diferencias humanas desaparecen y se desvanecen como humo en presencia de esta glorificación. Aquí se confunden en una misma y sola idea y expresión el humilde esclavo que en sangrienta y cruel persecución orló sus sienes con la gloriosa palma del martirio, como la princesa ilustre y la joven doncella mecida en rica y dorada cuna, ora haya bajado las gradas del trono y del brillo de los palacios para descender á la arena del anfiteatro á conquistar y arrebatar heroicamente la corona del triunfo sobre los enemigos de la fe de Jesucristo, firmes en las convicciones cristianas y valientes en las más duras pruebas hasta derramar generosamente su sangre en los mismos lugares que habían sido teatro de sus proezas y santificado y ejemplarizado con sus eminentes virtudes.

¡Qué contraste tan sensible entre las pompas y solemnidades cristianas y la apoteosis pagana! Esta última considerada en sus efectos sociales, basta para ver la superioridad y la enorme diferencia que existe entre el Capitolio y el Calvario.

Hay la misma distancia que entre el odio y el amor, entre la maldición y la bendición. En el paganismo el patriotismo cruel é inhumano arrastra á las víctimas uncidas al carro del vencedor; al paso que en los tiempos de los santos los emblemas del amor brillan por doquier y los trofeos del suplicio de los mártires son los símbolos é instrumentos que ostentan visiblemente la naturaleza y género del sacrificio.

La majestad augusta de Roma y la santidad del Vaticano contrastan incomparablemente con los honores tributados á los generales de Rómulo y de César. Reyes cargados de duras cadenas, unido á la vocería de un pueblo embriagado con el entusiasmo de la victoria, ofrecían un espectáculo semejante al del salvaje que se agrada y complace en la inmolación de su víctima, y las más veces la servidumbre y el vasallaje más ominosos eran el precio de las aclamaciones rendidas á las divinidades paganas.

La Apoteosis pagana era frecuentemente la reproducción del vicio y del desenfreno llevado al grado máximo, al *sumum* de la más abierta y torpe degradación humana. Las ceremonias paganas reunían todos los caracteres de la divinización de la materia; la personificación del vicio y del crimen; la glorificación de viles pasiones y del placer hasta

el enervamiento sin contrapeso de ningún género; la manifestación desnuda de la sorpresa más desordenada y la cadena nunca interrumpida de juegos sangrientos que enrojecían las gradas y la arena del circo y del anfiteatro. La licencia ocupaba lugar preferente en los festines con que celebraba sus héroes el paganismo; en una palabra, sus ritos y ceremonias eran la exposición torpe y descarada de la deificación repugnante á la vez de la naturaleza y sus perversas inclinaciones. Y todo porque el paganismo glorificando á sus héroes ponía á sus pies la virtud y lo sobrenatural y divino, al paso que el Cristianismo glorificando á los santos niega lo que el paganismo afirma. Entre ambas glorificaciones hay una repugnancia y repulsión invencibles, cual la hay entre el vicio y la virtud, la razón y el error.

Los títulos que recomiendan á los santos llevan el sello de Dios y de la virtud; los que acompañan á los héroes paganos llevan en pos de sí un cortejo de abusos y absurdos y proclaman á voces la superstición vergonzosa, el fanatismo y la idolatría impúdica y despreciable.

Terminemos afirmando que no hay semejanza ni siquiera remota entre la Canonización de los santos y la Apoteosis pagana, sino oposición radical, absoluta entre los honores y culto acordados por la antigua Roma á los que quería divinizar y los que el Catolicismo tributa á los servidores de Dios. Á ambos los separa un muro insalvable, como quiera que difieren característicamente el mundo pagano del mundo católico.



ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN ELOGIO DEL FINADO FRAY ANDRÉS GARCÍA, RELIGIOSO LEGO DE LA RECOLECCIÓN FRANCISCANA DE ESTA CIUDAD, FALLECIDO EL DÍA 14 DE ENERO DEL AÑO DE 1853, PRONUNCIÓ EL SR. DR. D. JUAN FRANCISCO MENESES, ARCEDIANO DE ESTA SANTA IGLESIA METROPOLITANA, EXAMINADOR SINODAL DE LA ARQUIDIÓCESIS, Y DECANO DE LA FACULTAD DE LEYES Y CIENCIAS POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, EL DÍA 23 DE JULIO DE 1855, EN LAS EXEQUIAS QUE SE HICIERON POR EL ALMA DE DICHO RELIGIOSO EN LA IGLESIA DE LA MISMA RECOLECCIÓN CON MOTIVO DE LA TRASLACIÓN DE SU CUERPO DEL CEMENTERIO CONVENTUAL Á LA MENCIONADA IGLESIA.

Vir simplex et rectus, ac timens Deum et recedens a malo.

Varón sencillo y recto, y también temeroso de Dios y apartado del mal.—(DEL LIBRO DE Job, CAP. 1, v. 1.)

¿Os habréis congregado, señores, en este santo templo, á renovar el llanto, que el día 14 de Enero de 1853, causó la muerte del Hermano Andrés García, hijo de esta santa Recolección? ¿Aún vuestros corazones estarán poseídos de la tristeza que en ese día se dejaba conocer en todos los semblantes? Nó: entonces nuestras sentidas lágrimas eran las más justas, nuestro duelo el más debido, por la separación de un individuo tan benemérito de Dios y de la humanidad: ahora nos convienen sentimientos de otra especie, á que nos llama nuestra sumisión filial á los inescrutables juicios del Árbitro Supremo de los destinos de los hombres; y á que nos invitan dulcemente, el

conocimiento que tuvimos, y el amor que profesamos, al que con su falta, hizo sentir nuestro dolor. Dejemos ya la tristeza para los que no tengan esperanza (1); y nosotros, que por la misericordia del Altísimo, tenemos la que nos da nuestra fe y prescribe nuestra religión, vengamos poseídos de una santa alegría, no á esparcir flores sobre el sepulcro del Hermano Andrés sinó á recoger las que en su alrededor producen con abundancia la consideración de sus virtudes y el recuerdo de sus ejemplos.

Sí, vengamos, separada la vista de las ilusorias figuras del siglo, retraídos en el secreto de nuestros corazones, á mirar al Hermano Andrés, tal cual fué cuando tuvimos la dicha de conocerle; bendigamos al Señor, con cuya gracia practicó obras tantas y tan dignas de alabanza; y excitémonos á imitarle, caminando con la misma gracia por la senda de los santos mandamientos: esta es la línea de conducta que hoy nos traza la razón ilustrada por la fe.

¿Qué os diré en estas circunstancias, de un sujeto por tantos títulos apreciable? Muy pocas palabras; las que empleó el texto sagrado para designar al santo Job en el principio de su historia: *Varón sencillo y recto, y temeroso de Dios y apartado del mal.* ¿No miráis, señores, contenido en estas palabras á todo el Hermano Andrés? Seguidme en la aplicación de ellas á su persona, y hallaréis comprobadas estas proposiciones: 1.ª el Hermano Andrés García, varón sencillo y recto, practicó con la divina gracia cuanto conviene á un sujeto dedicado enteramente al servicio del Señor; 2.ª el Hermano Andrés García hizo en su vida cuanto el hombre poseído del amor de Dios, deba hacer por amor de sus semejantes: de estas dos proposiciones deduciréis, cuántas gracias debemos al Señor por habernos dado en este su Siervo un fiel dechado de la vida cristiana; y cuánto debe ser nuestro empeño en imitarle, para que no nos sea infructuosa su memoria. Asunto es este, que si no desempeño á vuestra satisfacción, y á medida de mi voluntad, no dejará por ello de producir al espíritu el aprovechamiento que os deseo: estadme atentos.

Había en la tierra de Hus, dice el texto sagrado, *un varón llamado Job*, *y era aquel varón sencillo y recto y temeroso de Dios y apartado del mal:* principia señalando al sujeto cuyas hazañas en el mas recio combate del espíritu, van á ser el fin de su narración; de-

(1) Thesal, cap. 4, v. 12.

mostrando todas las cualidades que lo adornaban y lo hacían apto para el triunfo; bien así, como debiendo referirse el de un luchador fuerte, antes de hacer la descripción de su persona, lo recomendable de su estatura, lo vigoroso de sus brazos, lo pronunciado de sus músculos, la proporción toda de sus partes, la fuerza que está entrañada en ellas, y la destreza adquirida por su continuado ejercicio, antes de su empeño en el conflicto de la lucha.

La de Job debía ser grande, toda del espíritu; y de las relevantes prendas de ese espíritu, se hace la más completa mención en las pocas voces que ya hemos repetido. Llámasele varón, palabra que tiene tres significados en el idioma original de su libro; y que en este lugar designa, no un hombre cualquiera, sino dotado de un ánimo superior; de un hombre, en quien la razón impera y el sentido obedece, que no es afeminado para la virtud; y tiene todo la fuerza de ánimo necesaria para vencer cuanta dificultad pueda oponérsele. Llámasele sencillo ó simple; nó ignorante, porque es un defecto la ignorancia, y la palabra *tham* hebrea, significa sencillo y perfecto; debemos pues entender, sincero, puro, no doblado, ni con dos fases, una exterior que demuestra bondad, interior otra que es de la maldad la expresión toda: debemos entender en lo sencillo, un ánimo poseído y decidido por la verdad que conoce y manifiesta, siempre ajeno de ficciones y apariencias.

Consiguiente era, que de ese varón sencillo se predicase el atributo de la rectitud; pues siendo esta una regla, cuyas líneas sólo pueden dirigirse á la verdad; el espíritu sencillo, del que la verdad es esencial constitutivo, de la verdad sola puede partir en el principio de sus operaciones, y á ella únicamente puede mirar como fin, sin desviarse á una parte ni á otra, lo que importaría dejar de ser sencillo y dejar también de ser recto.

Á tales dotes, que como naturales considera la historia en la persona de su héroe, agrega lo sobrepuesto por la gracia, *temeroso de Dios, y apartado del mal;* mas no expresa en esto el solo temor; sinó aquel temor filial, que trae consigo todas las virtudes, y que señaló el Espíritu Santo, diciendo por boca del profeta rey: *Bienaventurado el varón que teme al Señor, él tendrá toda su voluntad en sus mandamientos* (1); siendo de éstos, pues, el primero, amar á Dios sobre to-

(1) Psal. 111, v. 1.

das las cosas; y el segundo semejante, como dijo Nuestro Señor Jesucristo (1), amar al prógimo como á sí mismo; nada es tan cierto, como que el verdadero temor de Dios encierra todo el cumplimiento de la ley (2), que no puede darse sin la posesión de todas las virtudes; así es, que la sagrada historia después de describir el ánimo de Job, hace relación prolija de sus acciones virtuosas, hasta decir, que en expresión del mismo Dios, no se encontraba sobre la tierra un hombre semejante á él en bondad (3).

Dispensadme, señores, si os he molestado demorándome en la esplanación de mi tema; la he estimado precisa para que se conozca el verdadero sentido de cuanto he de deciros justificando su aplicación al sujeto que nos ocupa. No esperéis en ella relación de otros hechos, que de aquellos cuya noticia es general entre nosotros, y cuya verdad es por todos reconocida, sin que haya uno solo que pueda atreverse á impugnarla; menos os hablaré de particulares portentos; muchos se refieren en esta línea del Hermano Andrés; empero ellos deben sujetarse al muy severo juicio de la Iglesia, suspendiendo entretanto el nuestro en punto tan delicado; ya porque en él puede excederse la piedad; ya porque la común afición á lo extraordinariamente maravilloso produce siempre en la generalidad el conato de dar demasiado bulto á los sucesos. De un solo acontecimiento me ocuparé, después que os haya demostrado la prueba de mis proposiciones que ya principia.

El Hermano Andrés García fué ciertamente un varón en el sentido que ya dejo expuesto: él manifestó siempre esa fortaleza y constancia de ánimo, tan necesaria en la guerra del espíritu, para resistir á los ataques exteriores; y mucho más necesaria, para los que interiormente se sufren, por las malas inclinaciones propias de una naturaleza degradada. Nacido de una familia humilde pero piadosa, recibió de ella la educación cristiana, cuyos primeros rudimentos sembraron en la tierra bien dispuesta de su corazón aquella pequeña semilla del Evangelio; que echando hondas raices desde los primeros albores de su razón, fué cultivada por él con todo el cuidado que es preciso, para darle su perfección é incremento; defendiéndola contra

(1) Mat., cap. 22, v. 38.
(2) Mat., cap. 2, v. 40.
(3) Job, cap. 1, v. 8, y cap. 2, v. 3.

tantos enemigos, que de distintas y esmeradas maneras trabajan en todos los instantes de la vida con el fin de arruinarla (1).

Andrés, apenas informado en las primeras letras, fué destinado al ejercicio de pastor, en que, al mismo tiempo que se ejercitara su paciencia, se le expusiera á todos los peligros de la vida pastoril; que si es muy adecuada para conservar y robustecer la virtud, ya concebida en el ánimo atento y cuidadoso, es también la más propia para dar fuerza á las pasiones y hacer grandes estragos en el corazón descuidado y distraído; pues llevado el hombre á la soledad de los campos, su mayor enemigo está en sí mismo; si no procura tener á raya ese adversario, debe ser precisamente vencido: por esto el Divino Maestro, queriéndonos prevenir contra las tentaciones, cuando por nuestro bien tuvo la dignación de hacer que le viésemos en su adorable persona, fué llevado por su espíritu á la soledad para ser tentado por el demonio (2); haciéndonos así conocer el peligro que, en tal situación, corre el espíritu mal prevenido.

Pastores fueron los hijos de Jacob, y distraídos en la soledad, cometieron aquel crimen pésimo, de que fueron acusados á su padre por su hermano José; y redoblaron su malicia maquinando la muerte de su hermano (3). Pastor fué David y siempre vigilante en dirigir á Dios todas sus acciones; pulsando las cuerdas de su arpa, entonaba las divinas alabanzas, obteniendo las gracias que de grado en grado lo llevaron al punto más feliz que pudiera fingirse. Pastor fué Andrés, y en los campos, al son de un panderillo, hacía que resonasen en su boca los tiernos afectos á la Divinidad, de que abundaba su corazón, ahuyentando de ese modo al tentador y desbaratando todos sus recursos; de suerte que cada día era una repetición de sus triunfos, un aumento de fuerza para obtener otros mayores, una confirmación de su fe y de su esperanza en Aquel que nos fortifica, y en Quien todo lo podemos (4).

Así crecida la virtud de Andrés, se hizo admirar de sus compatriotas como un verdadero varón; pero la Providencia, que lo destinaba á que fuese conocido lejos de su patria, las islas Canarias, dispuso viniese á nosotros. Una navegación, que probó su paciencia, por

(1) Job, cap. 7, v. 1.
(2) Mat., cap. 4, v. 1.
(3) Gen, cap. 37, vv. 2 y 18.
(4) Philip, cap. 4, v. 13.

graves injurias de los tiempos y gravísimas de sus compañeros de viaje, lo condujo á Montevideo; y de allí, tolerando una travesía extraordinariamente penosa, arribó á nuestras playas en compañía de un ejemplar sacerdote, á quien había confiado la dirección de su espíritu (1).

Decid ahora los que le conocisteis, los que observasteis á ese hombre, cuyo corazón podemos decir que estaba puesto en transparencia ¿visteis en él un solo movimiento de inquietud, de destemplanza, de ira, ó de otros, que no dejan de percibirse, aun en los que de buena fe trabajan en su santificación? Nó: Andrés siempre el mismo, siempre fijo en el desempeño de su misión sobre la tierra, siempre cuidadoso de lo uno necesario; era el que después de continuadas victorias, había conquistado la posesión de sí mismo, el establecimiento del hombre nuevo sobre las ruinas del hombre viejo; victoria por la cual resplandece su cualidad de varón, dotado de un valor y fortaleza, en cuya comparación nada vale lo que se admira en esos héroes mundanos, que con el ardid ó con la fuerza sojuzgaron los pueblos; quedando ellos atados con las duras cadenas de sus viles pasiones, y dejando á la posteridad en sus cuadros, feos lunares que hicieron odiosa su memoria antes de ser condenada al olvido.

Fué pues el Hermano Andrés García verdadero varón, y varón sencillo, con esa sencillez que consiste, según ya he insinuado, en la constante adherencia á la verdad; con esa sencillez que la mundana sabiduría desprecia como fatuidad; pero que haciendo al hombre puro, lo aleja de cuanto pueda degradarlo, y lo conduce á su perfección. ¿No estais viendo aquella sencillez que formaba el distintivo de su persona? ¿Habrá quien hubiese podido notarle la ficción más ligera, la más mínima reserva maliciosa, ó algo que no fuese la expresión de la verdad en todos tiempos y circunstancias? Nó: celosísimo siempre de la verdad y enemigo de las apariencias, manifestó en todas ocasiones sus sentimientos tales cuales eran; lo mismo al más po-

(1) Fray Felipe Echanagucía, natural del reino de Viscaya, y nacido en la villa de Cizurguiel: que, habiendo empleado la mayor parte de su sacerdocio en la conversión de los indígenas del Perú, vino á esta Recolección Franciscana, en la cual fué Prelado y en que vivió ejemplarísimamente por espacio de 12 años, de donde le arrebató la deliciosa muerte de los justos el día 6 de Septiembre de 1851. El Hermano Andrés lo creía un santo, y por eso su separación de nosotros la atribuía á castigo del cielo.

deroso, que al más infeliz del pueblo; sus expresiones eran iguales para todos, sin que jamás pecase por defecto de lo necesario, ni por declinación á lo supérfluo: desprendido de todo interés, menos del interés del cristiano, su suprema solicitud consistía en que todo contribuyese al santo fin de su profesión. Todo esto visteis. ¿Puede decirse más para calificarlo con el atributo de sencillo? Pues así calificado, es necesario reconocerlo por recto; siendo la rectitud y la sencillez tan unas, que no puede existir la una sin la otra.

El temor de Dios y la separación del mal, que he predicado del Hermano Andrés; esas gracias que recayeron sobre su ánimo recto y sencillo, las hallaréis comprobadas en cuanto la precisión del discurso me permita deciros de aquello que vosotros mismos habéis visto y observado.

Sabéis, señores, que Andrés llegado á esta ciudad fué dado á conocer por el sacerdote su amigo y director al nunca bien alabado Infante, ocupado entonces del restablecimiento de esta santa Comunidad: sabéis que conocido su espíritu, aquel venerable Guardián lo recibió en el número de sus súbditos, en la clase de un simple Donado, y lo destinó desde luego á pedir la limosna del sustento, propia del instituto mendicante; dándole facultad para que también pudiese hacer la misma limosna á los necesitados; y constituyéndolo precisamente en el teatro que le deparara la Providencia, para hacer entre nosotros ostentación de sus maravillas. En efecto, apenas ese hombre insignificante á los ojos del mundo, cubierto de un saco de tosco sayal, se dejó ver en las calles y casas de Santiago, cuando atrajo sobre sí todas las miradas; apenas se le oyó hablar, cuando fueron en pos de él los corazones todos; y no bien principió á ejercitar las obras de su tan conocida beneficencia, cuando comenzó á ser generalmente respetado; como no puede dejar de serlo el que, con absoluto desprendimiento de sí mismo, todo lo procura para gloria de Dios y bien de sus prójimos.

Comprobad vosotros mismos lo que acabo de decir; ¿no visteis en Andrés ese sujeto igualmente afable con todos, que en su aspecto, en sus palabras y acciones, daba á conocer á primera vista un candor verdaderamente infantil? ¿no visteis que en él no había ni aun remotas señales de pretensiones propias, de singularidad, ni de otras que la hipocresía ó la irreflexión hacen aparecer en los que tienen pretensión de devotos? ¿no observasteis, que al mismo tiempo que

atendía y contestaba á todos, se manifestaba en él una habitual suspensión, que á los ojos reflexivos hacía contemplar en su persona dos hombres; uno atendiendo á lo terreno, y otro interior extático en la meditación de las eternas verdades? Resultado de esa situación dichosa de su alma, era el tenor siempre constante de sus operaciones: la humildad, ese fundamento sobre que únicamente puede erigirse el templo de la virtud, era demasiado manifiesta; pero su profundidad aparecía inmensurable; el último lugar era el que más estimaba y buscaba solícito, sin que se conociese alguna sombra de esa humildad falsa que apetece ser acatada por los hombres. Su obediencia no tenía restricción ni límites; sus prelados siempre miraron en él al súbdito más sumiso, á pesar de no hallarse ligado á la obediencia por voto; y su nítida pureza en todo sentido, realzaba aquellas prendas de un verdadero religioso.

De tan hermosos antecedentes debía resultar esa entera consagración que le notamos al no interrumpido ejercicio de los actos de amor de Dios, de devoción y de caridad con el prójimo de que hemos tenido testimonios imposibles de enumerar. Sí, Dios era el que ocupaba á todo Andrés, ó más bien Andrés estaba todo en Dios; y así lo creemos por lo que vimos en su persona: en verdad, ¿qué podemos juzgar de un sujeto cuya vida daba las señales de una oración continua, cuyo cuerpo estaba destinado á no tener descanso, y cuya alma no podía ocultar las exhalaciones del divino amor en que ardía?

No de otro modo podía sostenerse sin alteración alguna un género de vida cuyo método era bajo todos aspectos admirable. Antes de la aurora principiaba, si puede decirse, su oración á que daba nuevo vigor presenciando el tremendo sacrificio de nuestros altares; y después de recibir en su pecho la sacrosanta Víctima inmolada en ellos; cuando ya poco avanzado el día comenzaba el tráfico de los hombres, salía de su Convento á cumplir con el ministerio que le estaba encargado: en su ejercicio no se proporcionaba el menor descanso, no obstante sus largas escursiones por la capital y sus más distantes suburbios; escursiones en que á un tiempo mismo se procuraba el sustento de sus hermanos, y la noticia de las necesidades todas para prestarles el remedio. Pasado el día entero en ocupación tan penosa, volvía al claustro donde no se le conocía reposo: la devota práctica del *vía-crucis*, á la que algunos días de la semana convocaba al pueblo, muchas particulares devociones, la disciplina y otros actos de

penitencia llevaban la mayor parte de la noche, haciendo su sueño demasiado corto.

El anhelo por el culto de la Divinidad, de esa manifestación exterior con que el cristiano confiesa su fe delante de los hombres; ese homenaje visible, que se tributa á la Majestad Suprema, ya en el Hombre-Dios que nos fué dado para nuestra reparación, ya en los santos, en quienes quiso resplandeciesen sus prodigios para nuestro bien; ya en la Reina de todas las criaturas, Madre de Dios y de los hombres; ese culto, repito, era á vista de todos el que formaba su atención predilecta, el que causaba sus más gratas delicias, y el que procuraba inspirar á todos con sus palabras y sus ejemplos.

Demasiado sabida es su singular devoción á la admirable Virgen y Mártir Filomena, cuya memoria oculta á los hombres por más de quince siglos, dispuso el Señor por uno de sus designios inescrutables, apareciese en el nuestro con la invención de su santo cuerpo, y se justificase con indecibles portentos reconocidos y autorizados por la Iglesia. El Hermano Andrés recibió las primicias de esta devoción de un sacerdote virtuoso y sabio (1) que todos hemos conocido; y se aficionó tanto á ella que, de un modo sorprendente, no sólo la generalizó en esta ciudad, sino en todo el Estado: tal era su conato, tal su dedicación, tales en fin los efectos de la fe que tenía en esa nueva Taumaturga, que no podía menos de grabar sus sentimientos en el crecido número de personas que atrajo á su culto, del que en este mismo templo nos dejó testimonios irrecusables; y esta santa Comunidad recibe pruebas que convencen su continuada y progresiva extensión.

Mucho más podría deciros del amor de Dios de que estaba poseído el corazón de Andrés; pero ya me llama el recuerdo de lo que por ese

(1) El Presbítero Dr. D. Pedro Ignacio Castro Barros, natural de la Rioja, en las provincias del Río de la Plata, célebre en aquellas provincias por su virtud y profundos conocimientos. Después de haber obtenido en su patria distinguidos empleos eclesiásticos y políticos, vino á Chile desde Montevideo con motivo de las tristes circunstancias de aquella República, y siendo ya conocido aquí por su merecida fama obtuvo el aprecio universal por sus modales y principalmente por su dedicación incesante al ejercicio de su ministerio sacerdotal sin reserva alguna. Su muerte fué generalmente sentida entre nosotros, de cuyo sentimiento fué prueba nada equívoca sus exequias en la iglesia de la Compañía de esta Ciudad. El Dr. Castro Barros vive en la memoria de todos, y su noticia se transmitirá siempre con aplauso á remotas generaciones.

amor practicaba respecto de sus prójimos, proporcionando el alivio ó el remedio de todos sus males; y en esta parte sois, señores, vosotros los que vais á justificar mi discurso; porque ¿en qué género de necesidades no lo visteis ejercitarse? Díganlo sino los enfermos, á quienes curaba con acierto y prontitud, supliendo su fe y su caridad los conocimientos médicos de que carecía: díganlo aquellos cuyas úlceras limpiaba con su lengua: manifiéstenlo las viudas y otras personas menesterosas, á las que llevaba el alimento y auxilio pecunario á sus propias casas; díganlo otros enfermos más necesitados y que llamaban su preferente atención, los pecadores, cuya salud espiritual solicitaba con esmerada sagacidad y dulzura, y disponía con severidad varonil cuando era necesario, empleando al mismo tiempo las insinuaciones, las limosnas y cuantas diligencias eran precisas; pero en este número, hablen especialmente muchos, cuya obstinación había rechazado los empeños de los ministros del Señor y cedieron á muy pocas palabras del Hermano Andrés, clamando por el remedio saludable de la penitencia.

Aún os diré más de lo que es tan notorio: todos lo vimos acariciando con ternura los párvulos, al mismo tiempo que en sus pequeños corazones esparcía las primeras semillas del santo temor de Dios, instruyéndolos en las verdades de la religión del modo más adecuado á su edad: el Hermano Andrés, si llevaba siempre consigo los remedios que confeccionaba para los enfermos, nunca dejaba los dulces que destinaba á los niños; ellos le seguían á todas partes, y eran principalmente sus inseparables compañeros en las repetidas visitas que hacía al cementerio general á orar por los fieles difuntos; con cuya práctica atraía muchas personas á obra tan santa y saludable, y se le aumentaban las ocasiones de procurar las almas para Dios; solicitud que fué siempre objeto de sus más interesados desvelos. Podía llamarse á Andrés cazador de las almas como se llamó al glorioso San Cayetano, pues él por todas partes y de distintos modos les tendía sus redes; su cebo y su reclamo eran tan dulces que no podían dejar de atraer numerosa caza; y su cuidado tan eficaz, que sería muy rara la que no quedase prendida.

Si no me engaño, señores, yo os he demostrado los dos puntos que os propuse al principio, á saber: que el Hermano Andrés García en su vida había obrado cuanto podía por amor de Dios y por amor de sus prójimos; si recordais, os dije que después de esto me haría cargo

de una maravilla que no podía dejar de mencionarse; y voy á cumplirlo. No se crea que voy á tratar del estado de integridad en que al tiempo de su exhumación se ha encontrado el cuerpo del Hermano Andrés después de dos años y medio de sepultado á distancia de una tercia de una acequia de agua más de un año há corriente: es esto á la verdad extraordinario y constituye uno de los signos que suelen tenerse presentes para la calificación de una vida en que se notaron virtudes singulares; empero no es del tiempo presente valorar este suceso. La maravilla anunciada es otra que vosotros mismos, señores, la estais tocando.

Decid ¿quién era Andrés García cuando llegó á nuestras playas? ¿vino á nosotros con grandes recomendaciones que autorizasen su persona? ¿trajo algo de esos intereses materiales, cuya importancia nunca se ha proclamado tanto como ahora, ni jamás se ha buscado con una avidez tan exclusiva? ¿era un gran literato de los que el mundo aplaude y cuyas producciones tanto aprecia? ¿tenía en su favor una hermosa figura, un trato fino, alguna habilidad ó gracia terrena? Nada de esto; era un hombre absolutamente pobre en el sentido del siglo, allegado á un religioso pobre como él, y destituído de todas relaciones; procedía de una familia humilde en su patria y totalmente desconocida entre nosotros; no poseía otros conocimientos que los de la religión de Jesucristo; su figura nada tenía de recomendable; su estilo, sino tosco, no era á propósito para causar una agradable armonía; estaba en fin destituído de todo aquello que humanamente hablando podía atraerle las afecciones. ¿Cómo, pues, este hombre, nulo á los ojos del mundo, se hizo admirar de todos, amar de todos y conciliarse tantos respetos? ¿cómo adquirió tanto ascendiente sobre las voluntades, por el que podemos decir, que generalmente sus pequeñas insinuaciones tenían la fuerza de un precepto? ¿cómo proveer no sólo al sustento de sus hermanos mendicantes, sino también proporcionarse cuantiosos auxilios para el culto, para remedio de tantas necesidades temporales y para sufragio de los fieles difuntos? ¿era acaso importuno en sus demandas? nó, por cierto; la importunidad lo habría hecho odioso, y producido efectos muy contrarios. ¿Usaba de algunas astucias ó suposiciones? nada menos; la sencillez, como ya hemos considerado, era el distintivo de su carácter. ¿Cuáles, pues, fueron sus recursos? ¿qué medios empleó para no ser atacado aun de los fanáticos por la impiedad, que acusan de fana-

tismo á toda acción virtuosa? ¿por qué esos mismos, como lo vimos muchas veces, lo recibían con agrado, le daban limosna, y muchos se convertían por sus consejos? ¿por qué esa aceptación general, por qué ese sentir unánime de todas las clases de la sociedad, de los grandes y de los pequeños, lo calificó siempre por un varón sencillo, recto, temeroso de Dios y apartado del mal? ¿por qué la noticia de su muerte esparcida en momentos por todo Santiago atrajo con increible prontitud á esta Casa una concurrencia innumerable que demostraba la gran posesión del sentimiento de su pérdida? ¿por qué, en fin, su memoria lejos de desvanecerse, de día en día recibe más aumento? ¿Y de ese aumento no es el más claro testimonio la presente reunión? Sólo podemos decir después de estas consideraciones: «*esto es hecho por el Señor y es admirable á nuestros ojos*» (1). Sí, señores, esta es la maravilla que yo reservaba poner á vuestra vista; porque ella está libre de toda sospecha de falsedad, de ponderación ó de ardid de la piedad exagerada, si se quiere, para dar bulto á los hechos: los que hemos tenido presentes son innegables; y la deducción que de ellos he sacado no puede ser más legítima, porque tal unanimidad de sentimientos, tantos afectos tan desinteresados de innumerables personas respecto de un solo sujeto, forman una acción que sale del orden regular de la naturaleza.

Ciertamente, cuanto hemos observado en Andrés no ha podido tener otro principio que su fe, su firme esperanza y su caridad; esa fe de cuyos efectos en cada uno de los santos tiene el pueblo cristiano tan relevantes pruebas; esa esperanza inseparable de la fe verdadera, precioso don del Altísimo y precisa condición puesta por Él para la consecución de sus gracias; esa caridad, que todo lo supera, todo lo abraza; y cuyos beneficios son tan conocidos de cuantos los contemplan de buena fe á la clara luz de la religión: esas virtudes cultivadas por Andrés han sido las que, con la gracia del Señor, le hicieron un varón tan recomendable y tan digno de nuestra memoria y de la más remota posteridad. Juzgad ahora, si no debemos tributar al Señor las mayores gracias por habernos concedido por el espacio de tres lustros á un sujeto en quien tánto han resplandecido las obras de su Diestra poderosa. Para que nuestras gracias sean verdaderas, debemos empeñarnos en imitar el dechado de perfección cristiana

(1) Psalm. 117.

que quiso poner á nuestra vista, no sin especiales designios de su infinita sabiduría y bondad.

Sí, señores: todos debemos imitar á Andrés, sea cual fuere nuestro estado y condición, porque, todos, así como somos iguales delante de Dios, ante quien no hay aceptación de personas, así somos destinados igualmente á una felicidad eterna, que no puede darse sin la santificación, ni la santificación puede existir sin las virtudes, ni éstas encontrarse sino en los sencillos, rectos, temerosos de Dios y apartados del mal. Sí, todos sin excepción alguna, porque la virtud verdadera no es exclusiva de determinadas clases ó personas; y así como en el mundo son diversos los estados, así cada uno de ellos tiene cuanto necesita para amar á Dios sobre todas las cosas, y como á sí mismo al prógimo, en lo que, como dije, y nunca será bastante repetido, consiste toda la perfección de la ley.

Imitemos, pues, señores, á Andrés, y en su imitación, al mismo tiempo que aseguremos una dichosa eternidad, tendremos en este lugar de miserias la dicha más cumplida que en él puede esperarse. Hombres constituídos en el poder, sed sencillos, rectos, temerosos de Dios y apartados del mal, como Andrés; y vuestras resoluciones todas tendrán el distintivo de la verdad, equidad y justicia; os conciliaréis el amor, el respeto y la obediencia de vuestros súbditos, y de esos resortes, no de los efímeros del temor servil ó las recompensas, os serviréis para conseguir la administración más cumplida. Súbditos, imitad á Andrés; y así cuidadosos de hacer la voluntad de Dios en el cumplimiento de las leyes y el respeto á las autoridades (1), viviréis libres de destructoras inquietudes, y gozaréis de los inestimables beneficios de la paz. Opulentos de la tierra, tened el desprendimiento de Andrés en vuestros corazones; y poseyendo vuestras riquezas, como un don que habéis recibido para instrumento de vuestra santificación (2), seréis grandes en vuestra opulencia como Job, y pacientes como él, si llegais á veros destituídos de la que el mundo llama fortuna. Pobres según el mundo, imitad á Andrés, y dejando toda vuestra solicitud en las manos del que da de comer á las aves del cielo y viste los lirios del campo (3), estaréis siempre

(1) Hebr. cap. 13, v. 17.
(2) Timot., cap. 6, v. 17.
(3) Mat., cap. 6, vv. 28 y 29.

más contentos, más satisfechos y ricos que el avaro con cuantos tesoros puede imaginarse. Sábios del mundo, imitad á Andrés; y conoceréis que el principio y el fin de toda sabiduría es el santo temor de Dios; y con él, sin querer indagar misterios superiores á la humana inteligencia, y sin salir de su esfera, recorreréis el vasto campo que puede andar sin peligro, para conocer lo creado y elevarse por este medio á mirar las cosas invisibles de Dios. Destituídos de humano saber, imitad á Andrés: y podréis decir con David: «porque no he conocido la literatura, entraré en las potencias del Señor»: en ellas tendréis cuanto puede desearse para poseer las luces que sean necesarias á la consecución de vuestro último fin; luces verdaderas, sin las cuales, tinieblas son las que llenan de presunción á los mundanos. Pecadores todos, miremos á Andrés y procurando imitarle obtendremos el único recurso que puede reparar nuestras pérdidas: la penitencia; y sus dulces lágrimas nos traerán el placer que en vano han búscado nuestros cuidados todos dirigidos á lo terreno.

¿No es cierto, señores, que esa imitación unánime hará de nosotros si la emprendemos, la sociedad más feliz, en que resplandezcan en su verdadera acepción, la independencia, la libertad, la igualdad y todos los otros bienes sociales; que tanto más se alejan de los hombres, cuanto más se proclaman; y tanto menos se encuentran, cuanto más se apuran los recursos humanos, fuera de la única senda trazada por el Soberano Autor de todo bien? (1) No hay duda; y sólo delirando puede pensarse de otro modo. Si somos, pues, amantes de nosotros mismos, si, ni nuestra felicidad, ni la de nuestra Patria nos son indiferentes, si procedemos de buena fe, imitemos cada uno en proporción al lugar que ocupamos, á aquel por cuyo recuerdo, no sin especiales designios del Altísimo, se han puesto en nuestra consideración tan sólidas, tan consolatorias y al mismo tiempo tan tremendas verdades.

Venerables individuos de esta santa Recolección, restablecida por la caridad y celo ardiente de aquel verdadero hijo de nuestro padre San Francisco, antes ya insinuado, Fray José Cruz Infante; y llevada á un engrandecimiento inesperado por una especial protección del Altísimo: tributadle gracias; porque no estando cansada su diestra,

(1) *Ubi spiritus Domini ibi libertas*, 2.ª ad Cor. cap. 3, v. 17.

ha hecho que entre vosotros se reproduzcan en Andrés las maravillas que antes resplandecieron en otro Andrés etiope (1), en el venerable Bardesi, y en otros piadosos varones de vuestra comunidad, de los cuales algunos hemos alcanzado á conocer; y aumentada con esto vuestra esperanza, seréis cada vez más solícitos en adquirir la ciencia de los santos, y más fervorosos en ejercitar las virtudes que ella os enseña; para que seáis los maestros de los ignorantes, los despertadores de los que duermen en las sombras de la muerte; en fin, los que socorráis todas las necesidades espirituales y temporales con las luces adquiridas en la oración y con los tesoros inagotables de la santa pobreza.

¡Alma dichosa del Hermano Andrés! Si como piadosamente creemos gozas allá en la patria de los bienes prometidos á los justos; allí donde tu caridad ha llegado á su último término, ten presente al pueblo en que tanta caridad ejercitaste; é intercede por todos, los que aún luchando con nuestros enemigos debemos trabajar para conseguir la victoria; pide para nosotros al Señor todas las gracias, y muy en particular, la del reconocimiento á sus divinos favores; para que correspondiendo á ellos nuestras obras, sean aceptables en su divino acatamiento.

¡Tú Señor Dios eterno, á cuya vista no se oculta el secreto más escondido, y cuyos juicios muy distintos de los de los hombres son del todo incomprensibles! ¡Dios á cuya presencia se anonadan las más sublimes celestes jerarquías! no apartes en estos momentos tus oídos de las súplicas que acá en la tierra te hacemos los que, si indignos de ser oídos por nuestras culpas, confiamos en tu bondad y en los méritos del Salvador que nos diste, para elevarnos á la excelsa dignidad de hijos vuestros. Si por uno de esos juicios adorables, aún purga el alma del Hermano Andrés García, las manchas que pudo llevar á Tu presencia, por la fragilidad de la humana naturaleza,

(1) La precipitación con que se hizo desocupar el Convento de Recoletos de esta ciudad, para que se trasladasen á él las monjas de la Victoria, obligó á que se remitiesen en carretas los libros y papeles de dicho Convento á la posesión de la Granja, á cuyo punto llegaron disminuídos en más de dos terceras partes, perdiéndose así todo lo correspondiente al archivo. Esta deplorable circunstancia nos priva de tener en el día más noticias que las que se encuentran al pie del retrato del Donado Andrés, etiope.

sean tus misericordias tan grandes que den valor á la nulidad de nuestros ruegos; y por ellos lleva cuanto antes á Tu Siervo á Tu eterno gozo; y atendiendo á sus preces derrama sobre nosotros todas Tus bendiciones; para que haciéndonos dignos de Tí, logremos bendecirte en unión del que os dignaste darnos para nuestro ejemplo, por los siglos de los siglos.



ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA EL DÍA 10 DE JULIO DE 1893 POR EL PRESBÍTERO DON RAMÓN ÁNGEL JARA, HOY DIGNÍSIMO OBISPO DE SAN CARLOS DE ANCUD, EN LAS SOLEMNES HONRAS QUE SE CELEBRARON POR EL ALMA DE FRAY ANDRÉS FILOMENO GARCÍA, HERMANO DONADO DE LA RECOLECCIÓN FRANCISCANA (DONDE DESCANSAN SUS RESTOS), FALLECIDO EL 14 DE ENERO DE 1853.

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

«Dios escogió á los débiles del mundo para confundir á los poderosos.»

(Epist. 1 á los Cor., cap. I, v. 27.)

I

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor (1):

Señores:

¡Qué tremenda sorpresa damos en este instante á la soberbia humana! Ella, que mide la grandeza de los hombres por la sombra que arrojan sobre el suelo; ella, que acomoda la entonación de sus aplausos al lustre de los blasones y al brillo de las riquezas; ella, que sólo discierne coronas á los que en el teatro de la vida lucieron en aparatosos escenarios; ella, en fin, que intenta hermanar la gloria póstuma

(1) El Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago, Dr. don Mariano Casanova.

con el ruido que hicieron, al pasar, los poderosos del mundo ¿qué dirá en presencia de una ciudad entera que se agita, que se agolpa bajo los atrios del templo, y que congrega á Obispos, magistrados y sabios, y que desplega inusitada pompa para honrar un sepulcro abierto háce cuarenta años, y en el cual no duermen las cenizas de un soberano, ni de un guerrero, ni de un príncipe de la Iglesia, sino los huesos de un oscuro extranjero, de un limosnero de nuestras calles, de un pobrecito lego franciscano?...

Fenómeno inexplicable y talvez extravagancia del sentimiento religioso, parecerá este suceso al orgullo de aquellos que, desdeñando lo sobrenatural, limitan sus miradas á los estrechos horizontes de la naturaleza humana. Mas, para los que sabemos que no es la podredumbre del sepulcro nuestro final destino; para los que miramos en Dios á nuestro Padre infinitamente bueno que nos espera en su gloria, después de la peregrinación de la vida; para los que hemos aprendido en los Libros Santos que los hijos de las tienieblas *escriben sobre la tierra sus nombres* y que en páginas inmortales graban el suyo las generaciones cristianas ¡ay! para nosotros, señores, este homenaje nos consuela, pero de ningún modo nos espanta; porque no hay un solo día ni un solo instante en que deje de repetirse en la Iglesia este grito de victoria: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles:* «el Señor derribó á los soberbios y ha exaltado á los humildes» (1).

II

Y nada más propio de la grandeza divina que el triunfar de sus enemigos con las cosas humildes y despreciables ante los ojos del mundo. Insensato y altanero se levanta el hombre contra Dios. Engreído con los mismos bienes que de su liberalidad ha recibido, desconoce al Creador, le niega sus derechos, le disputa su soberanía y se arma de las criaturas para arrojarlo del universo entero, exclamando: *non est Deus:* «no existe Dios.» Y ¿qué hará el Señor Altísimo para castigar á este gusanillo de la tierra que se levanta contra Él? ¿Encenderá de nuevo el Sinaí con los rayos de su gloria? ¿Hará que el ángel exterminador baje otra vez de los cielos blandiendo es-

(1) San Lucas, cap. I., v. 52.

pada vengadora? ¡Nó, señores! ¿Qué más quisiera la soberbia humana que verse combatida por Dios como luchan los hombres, brazo á brazo, de igual á igual?

Dominus irridebit eos: «el Señor se burla de sus enemigos.» Para humillar el orgullo de los Faraones y abatir á los opresores de su pueblo, no necesita sino tomar á un niño, de una cesta de mimbres que se columpia en las aguas del Nilo, y hacerlo Salvador, Profeta y Legislador de los hijos de Israel. Para poner en vergonzosa fuga á los filisteos, le basta llamar á un pastorcillo, armarlo de una honda y robustecer su brazo cuando hiere al feroz Goliat. Y sus manos tienen de sobra con una piedrecilla del monte para derribar en tierra una estatua colosal. Triunfar con el auxilio de la fuerza, eso es propio de la debilidad del hombre; pero triunfar con la pequeñez y la humildad, como triunfó Jesús en Belén y en el Calvario, eso es digno de la infinita majestad de Dios...

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia; hoy, como ayer, «Dios elige á los débiles para confundir á los fuertes» (1).

Á este recurso de su poder va enlazado otro designio de su misericordia. Porque cuando la humildad triunfa de la soberbia, se ostenta tan visiblemente el lujo de las maravillas divinas, que sin esfuerzo alguno los corazones se rinden, las almas se purifican, la sociedad se regenera y el nombre de Dios es bendecido de generación en generación. Así lo publicó María, cuando entonó un himno para celebrar el triunfo mayor de la humildad sobre el orgullo de Satanás: «El Todopoderoso obró en mí sus maravillas; y su santo Nombre es bendecido, y para aquellos que le temen, su misericordia se extenderá de generación en generación» (2).

III

De estos prodigios realizados por el poder y la bondad de Dios están llenos los anales de la Iglesia. Ayer no más la Francia ha visto que casi al mismo tiempo caían en la fosa del olvido los soberbios filósofos que en el siglo pasado alzaron bandera de rebelión contra Dios, y subía á los altares, sobre los hombros de millones de fieles, el

(1) Epíst. I á los Corintios, cap. 1, v. 27.
(2) San Lucas, cap. I, v. 50.

humilde pordiosero de Amettes, el insigne santo, Benito José Labre.

Hoy mismo, bajo el cielo de la hermosa Italia, á los gritos de blasfemias y de odios contra el Cristo y su Vicario, contestan millares de niños bendiciendo y aclamando al leñador de Castelnuovo d'Asti, el inmortal Don Bosco.

Y ¿acaso nosotros mismos no estamos palpando los adorables designios con que Dios había reservado la exaltación de un humilde hijo del pueblo, de un limosnero franciscano, para los momentos mismos en que nuestra Patria escucha los ecos siniestros de una impiedad tan altanera como audaz?

¡Ah, señores! quién les hubiera dicho á los poderosos del mundo, á los pretendidos sabios que con mirada burlona ó compasiva veían cruzar por nuestras calles á ese pobre lego, de raído sayal y de groseras sandalias, con el cepillo de la limosna en sus manos; quién les hubiera dicho que, después de cuarenta años, sus nombres estarían sepultados para siempre en el olvido, y aclamado por todo un pueblo, cubierto de flores y regado con lágrimas de amor el nombre de aquel mendigo de esta Recolección Franciscana, del Hermano Donado Fray Andrés García!

Una vez más recibe su cumplimiento la sentencia del Espíritu Santo: «La memoria del impío perecerá con el sonido, y la memoria del justo será eterna» (1).

Cansados de ver á la miseria y á la soberbia humanas recogiendo día á día honores y alabanzas, venimos hoy ansiosos á rendir tributo de veneración y de cariño á la verdadera grandeza que, teniendo por fundamento á la humildad, sólo apetece el olvido de la propia nada para que resplandezca y reciba bendiciones la gloria del Señor.

Por eso, alégrese tu sepulcro, humilde lego; estremézcanse de gozo tus huesos helados por la muerte; agítese de nuevo tu generoso corazón, ya que todo este espléndido homenaje, si bien es fúnebre plegaria vertida en tu sepulcro, mucho más es himno de alabanza al Dios Altísimo que «abate á los soberbios y engrandece á los humildes» (2).

La generación que fué testigo de tu vida no ha querido bajar á la fosa de la muerte sin hacer entrega solemne, á la generación que se

(1) Salmo IX, v. 7 y Salmo CXI, v. 7.

(2) San Lucas, cap. I, v. 52.

levanta, del depósito de tus restos, del recuerdo de tus virtudes. Y doy rendidas gracias al cielo por haberme concedido ser el narrador de tu vida. Con esta sencilla corona quiero pagarte las veces que tus manos me acariciaron en la cuna. Recíbela como ofrenda de familia, porque tengo á gloria ser tu hermano en la descendencia bendita de nuestro Padre, el crucificado de Asís...

IV

Así como la fe, que es el principio de nuestra justificación, es un don gratuito, que no se alcanza por los medios naturales de la sabiduría, de la riqueza ó del poder, así también la virtud de la humildad que, según San Agustín, es la primera de las virtudes morales y, según Santo Tomás, no consiste sino en *la sumisión á Dios* (1), es un tesoro que, por lo general, concede Dios á los pequeños del mundo. Siendo la humildad la llave de oro que abre el santuario de las misericordias divinas, Dios ha querido que ese sentimiento de docilidad interior, que trae á la criatura siempre inclinada ante la majestad del Creador, deje resarcidos á los desheredados de la fortuna de las privaciones y amarguras que acompañan á la pobreza. Por eso, Nuestro Señor Jesucristo, leyendo en el futuro toda la gloria que el Eterno Padre recibiría de las almas humildes, desahogaba su corazón, diciendo: «¡Gracias, Padre mío, porque estas cosas del cielo las habéis escondido á los prudentes y á los sabios del mundo, y en cambio las habéis revelado á los pequeños!» (2) ¡Revelación maravillosa de los secretos de la gracia, que profetizaba el Maestro Divino cuando concedía la primogenitura en la herencia de los goces inmortales, nó á los ricos, sino á los pobres, llamándoles «bienaventurados porque de ellos era el reino de los cielos!» (3).

Hé aquí, señores, por qué estos dos extremos de la grandeza y la miseria, de la felicidad y del dolor que en el mundo viven luchando siempre sin abrazarse jamás ¡ah! en el plan divino, no sólo deberían acercarse, prestarse recíprocos servicios, sino llegar á confundirse en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo, quien, como Dios,

(1) Santo Tomás, 2.ª 2.ae, q. 161, art. 3, ad. 1.um
(2) San Mateo, cap. XI, v. 25.
(3) San Mateo, cap. V, v. 3.

era la grandeza infinita, y como hombre, fué el «varón de dolores, gusano y desprecio de la plebe» (1).

V

No debe, entonces, sorprendernos que en la desmantelada choza de dos humildes labradores hiciera sonreír el cielo un rayo de esperanza con el nacimiento de un niño que habría de ser magnífica recompensa á las virtudes de aquellos sencillos esposos, de cuya honradez acrisolada eran testigos todos los habitantes de una pequeña población en Las Canarias españolas. Aquel niño que saludaba al mundo en los primeros días del siglo que ya toca á su agonía, recibió con el agua del Bautismo el nombre de Andrés Antonio María de los Dolores.

No costó trabajo á los padres de Andrés reconocer que á su hijo «había cabido en suerte una alma buena» (2); pero si bien agotaron los ingenios de su piedad para arrojar la mejor semilla de virtudes en el alma de aquel niño, la escasez de recursos no les permitió dotar su inteligencia sino con un modestísimo caudal de ilustración. Más aún: era todavía muy niño Andrés cuando se vió obligado á compartir con sus padres las fatigas del trabajo para allegar socorros á las necesidades del hogar. Fué destinado para pastorear un rebaño no lejos de Las Casillas, que era su pueblo natal.

Hay en la vida del pastor tan estrecha afinidad con los sentimientos de sencillez y abnegación propios de la humildad cristiana, que estamos habituados á leer en los anales de la Iglesia, cómo Dios se complace en realizar prodigios de la gracia en esas almas que, alejadas del comercio de los hombres, han vivido suspendidas entre la belleza infinita de los cielos y la soledad de los campos en que pacen sus ganados.

A la cabeza de todos los sacerdotes marcha el justo Abel, cuyos sacrificios de tiernos corderillos *fueron agradables á los ojos del Señor*. Y David, el mejor de los reyes, el hombre *cortado según el corazón de Dios*, abandonará sus rebaños en las campiñas de Belén para ir á ocupar el trono ilustre de Judá.

(1) Isaías, XXV.
(2) Sabiduría, cap. VIII, v. 19.

En este oficio de pastor encontró nuestro niño Andrés las primeras piedras para echar el cimiento de la profunda humildad que sirvió de base al edificio de su perfección moral. La contemplación constante de la naturaleza, sea que paseara sus miradas por esas dos páginas inmensas del libro de la creación que tenía siempre delante de sus ojos: el mar y el cielo; sea que detuviera sus pasos al borde de los profundos abismos ó recorriera los dilatados campos, iba engrandeciendo de tal manera ante su espíritu la majestad de Dios, que su corazón se sobrecogía de tal respeto, que venían involuntariamente á sus ojos las lágrimas cuando pronunciaba su Nombre y doblaba sus rodillas para adorarlo.

Lejos de los compañeros de su edad y apartado del trato íntimo con los hombres, en razón de su oficio, Andrés llegó á habituarse al silencio y á la soledad, de modo que ni los juegos infantiles ni los pasatiempos frívolos lograban inclinar su voluntad.

Cuáles fueron las comunicaciones íntimas del inocente niño con el Dios infinitamente grande que le atraía á Sí por la humildad; cuáles fueron los propósitos generosos que despertaron en aquella alma el ansia por los abatimientos y desprecios, no sabríamos decirlos; pero sí, tenemos fundadas presunciones de que en la vida pastoril de Andrés se encerraron dulcísimos secretos; porque en su edad madura jamás recordaba aquel período de su existencia sin ternísima emoción; «la docilidad de mis rebaños, decía, me enseñaba á cumplir con fidelidad la ley de Dios»; y agregaba con ingenuidad: «al son de mi pandero, sabía entonar al Creador mis alabanzas de niño.»

Sólo cuando la robustez de sus brazos le permitió ayudar á su padre en las pesadas faenas del campo, abandonó Andrés la grata soledad, que fué para su espíritu como la alborada de un hermoso día.

VI

Mucho yerran, señores, aquellos que juzgan á la virtud de la humildad como depresiva de la propia dignidad y como germen de cobardía y apocamiento en el ánimo.

Los que así piensan, han estudiado la fisonomía de esa hermosa virtud en las caricaturas de falsas é hipócritas modestias que suelen encontrarse entre los hijos del siglo y no en los acabados originales que sólo existen en la Iglesia Católica, cuyo prototipo es su Funda-

dor Divino, *manso y humilde de corazón*, *pero Rey de la gloria*, *vencedor de la muerte y del pecado* (1). La humildad, es cierto, nos da á conocer nuestra miseria, pero es para sanarla y darnos por apoyo la fuerza y la bondad de Dios. La humildad, lejos de empobrecer nuestra naturaleza, la enriquece; borra lo que hay en ella de vil y despreciable para ponernos en posesión de lo que es eterno é inagotable; ella, es verdad, nos despoja de nuestros harapos; pero, en cambio, nos viste el ropaje de la inmortalidad. Por lo cual, afirmaba San Isidoro que «la verdadera humildad se encuentra en las almas grandes y elevadas, al paso que el orgullo es el patrimonio de los espíritus pequeños» (2), y San Agustín da una pincelada maestra en el cuadro de la humildad, diciendo que «ella eleva al hombre por encima de todas las grandezas efímeras de la tierra, elevación que de ningún modo se apoya en la vanidad humana, sino que es un don divino de la gracia» (3).

VII

De este alimento vigoroso se había nutrido el alma de Andrés durante su infancia y juventud; por eso le encontramos dotado de una fuerza de voluntad incontrastable cuando, sostenida su pequeñez por la confianza en Dios, se lanza á luchar con todas las adversidades que encuentra en su camino.

Y sonó la hora del combate para Andrés con el fallecimiento de su padre, al cual siguió poco después la muerte de su idolatrada madre, es decir, la tribulación que más desquicia nuestra vida, y á la cual no hallamos semejanza en la naturaleza, porque no sabemos qué sucedería en la tierra el día en que se secaran las aguas, ni qué sucedería en el firmamento el día en que se apagara el sol...

Baste decir que Andrés quedó repentinamente huérfano y sumido en una pobreza muy parecida á la miseria. Era el momento de una resolución que debiera imprimir rumbo nuevo á su vida. Devoraba su espíritu una fiebre ardiente por consagrarse á la gloria del Señor en la salvación de las almas; pero falto de la ilustración,

(1) San Mateo, cap. XI, v. 29.
(2) San Isidoro, I, III, Ep. CCCLXXXI. p. 1026.
(3) San Agustín, *De Civit. Dei*, 11, prefacio.

había llegado á una edad en que era difícil adquirirla, y, falto de recursos, necesitaba ganar el sustento con el trabajo de sus manos. Muertos sus padres, carecía de campo que labrar, y no había tenido ocasión de aprender oficio alguno industrial. En tales circunstancias ¿qué hacer?

¡Ah señores! «La ley de Dios es guía de la humildad, y en esa ley encuentran su recompensa los humildes» (1), ha dicho San Agustín.

Con lágrimas y oraciones pidió Andrés al Señor que le mostrara sus caminos y enderezara sus pasos, en medio de la oscuridad que le rodeaba.

No consultó á sus pasiones, que talvez le aconsejaban posponer sus piadosos proyectos á los deleites de la carne, á la vida libre del siglo, donde hallaría fáciles negocios y entretenimientos que ahogarían las penas de su alma. Muy al contrario: renunció en absoluto á su propio juicio para obedecer únicamente á la voluntad de Dios. Y ya veis, señores, si la humildad es ó nó excelente consejera. Cosa despreciable para el orgullo humano es ver á un infeliz labriego que de rodillas al pie de la cruz encomienda al cielo el porvenir de su vida; y sin embargo, juzgad vosotros ahora: ¿quién se habría detenido en el sepulcro de Andrés García, si, contra los designios de Dios, hubiera fabricado su techo en la isla que le vió nacer? Esa tumba, tal vez anónima, habría sido acariciada por los huracanes del mar, pero no por la ternura de la Iglesia, Madre que nunca olvida, ni por estas tempestades de amor que el nombre de Fray Andrés despierta en un pueblo entero...

VIII

Tan ignoradas han sido las causas que decidieron á Andrés á tomar la extraña resolución de trasladarse de Las Canarias á la América Meridional, como las peripecias que debió de sufrir en una navegación de doce largos meses. La sobriedad que gastaba Andrés para hablar de sus propios sufrimientos, nos ha dejado ocultas en el silencio éstas y muchas otras circunstancias de su vida. De esta navegación sólo sabemos que fué un doloroso *Vía-crucis* para el alma recta y piadosa de nuestro humilde expatriado, á la cual marti-

(1) CIV, in Joann.

rizaba aquella gente de mar con sus blasfemias y licencias. Sólo se cambiaron en respeto y cariño cuando, amenazado el barco de hundirse en el abismo por una deshecha tempestad, le rodearon suplicantes para que les enseñara á orar y les alcanzase la protección del cielo.

Montevideo fué la ciudad término de su viaje y en la cual fijó su residencia, corriendo el año 1833.

El buen juicio de Andrés le inspiró desde luego un género de ocupación en que, junto con ganarse el sustento diario, le abría un vasto campo para derramar la semilla de la verdad y de la virtud entre los habitantes de la hermosa capital del Uruguay. Se dedicó á vender libros devotos, poniéndolos al alcance de los niños, de los pobres y de la gente ilustrada. Sería muy difícil apuntar todo el bien que hizo el humilde Andrés con esta obra de apostolado, en una época en que todavía no era fácil proveer á la familia de buenos libros, y en que era muy escaso el personal que podía ocuparse en la propaganda religiosa.

Siete años pasó Andrés recorriendo pueblos, aldeas y faenas, con invicta paciencia, en el ejercicio de esta buena obra, y no la habría suspendido si la misma voz de Dios no le hubiera impulsado á seguir otro camino.

La vida del claustro era el objeto de las aspiraciones ardientes de Andrés; todo en ella le halagaba: el recogimiento, la oración, la penitencia, la separación del mundo, el estímulo de la perfección. Y dentro de ese ideal, la Orden de San Francisco de Asís llenaba cumplidamente su amor á la pobreza y la humildad.

IX

En el Convento de Franciscanos de Montevideo había deparado Dios á Andrés un sabio director y un amigo sincero en la persona del venerable religioso fray Felipe Echanagucía. Á él abrió su corazón, manifestó sus propósitos, y á él, después de Dios, le fué deudor Andrés del señalado beneficio de haber sido admitido en aquella familia religiosa en calidad de Hermano Donado, vistiendo el hábito de los hijos de San Francisco de Asís.

El humilde isleño de Las Canarias, al ver realizados sus deseos creía haber encontrado la tierra prometida, donde su espíritu bebería

la leche y miel de los goces celestiales. Pero Dios quería levantar un alto edificio de virtudes en el alma de Andrés, y era preciso que se ahondaran los cimientos de su humildad, robustecidos por el sacrificio. Y ¿quién podría imaginarse cuál género de tribulaciones aguardaba al lego Andrés en el claustro? ¿Quién podría sospechar que á medida de la veneración y cariño que se iba despertando en los religiosos del Convento hacia el hermano Andrés, por su admirable observancia, por la infatigable paciencia con que desempeñaba el cargo de limosnero que se le había encomendado, por su ejemplar y fervorosa piedad, se hubiera ido desarrollando en el ánimo del Superior de aquella casa un sentimiento de aversión y antipatía para con el inofensivo Hermano, que llegó á trocarse en desahogos indignos de tiranía y de crueldad?

Al pie de los altares, en el silencio de su celda y sobre el corazón de su consejero y amigo, vertía su amargo llanto el atribulado limosnero, sin exhalar una queja, y atribuyendo siempre á sus propios pecados la persecución y los castigos de que venía siendo objeto. En su profunda humildad, Fray Andrés no advertía que la conducta del Superior iba suscitando una verdadera batalla, en que iban á encontrarse la indomable animosidad de aquél con la muralla de universal cariño que le profesaban los ancianos y los jóvenes del Convento. Y bastó que una voz amiga le advirtiera de la común defensa que aguardaba á su persona contra las iras injustificadas del Guardián, para que Andrés, sin titubear un solo instante, tomara la resolución inquebrantable de abandonar el claustro y renunciar á la vida religiosa antes que, por su causa, hubiera de enturbiarse la paz y de darse el escándalo de una lucha entre el Superior y los súbditos del Convento.

¡Oh generosa, pero cruel inmolación!

No costó tanto á Andrés dar una eterna despedida á la cabaña que le había visto nacer en Las Canarias, ni á los risueños campos donde, en medio de sus rebaños, había aprendido á conocer á Dios, ni al pedazo de tierra en que yacían sepultadas las cenizas de sus padres, como le costaba ahora dar su adiós al claustro que era el nido de sus únicos amores, al templo donde vivía en íntima unión con Jesús Sacramentado, á los hermanos que formaban su familia y á la santa librea del hábito franciscano, que era su gloria y su defensa...

Desgarraba el corazón presenciar el martirio de Andrés y, á los que intentaban consolarle, daba por única respuesta, con los ojos

arrasados en lágrimas: «Esto y mucho más merecen mis pecados; ¡cúmplase en mí la voluntad de Dios!»

X

Siempre consecuente con su propósito de hermanar el trabajo con la piedad, Andrés solicitó una ocupación en la fábrica de un templo que, á la sazón, se llevaba á cabo en Montevideo. Los contratistas le ofrecieron un puesto entre los ayudantes de la albañilería. Y Andrés, sin vacilar, aceptó ese penoso oficio. Se trataba de construír un templo; pues bien, conduciendo ladrillos en sus brazos y alcantarillas de arena en su cabeza, contribuía á la gloria del Señor, y eso era bastante á las exigencias de su sencillo corazón.

No fué largo el destierro que padeció Andrés, lejos de su Convento, en el cual seguía visitando á su director y amigo el Padre Echanagucía; pues se hizo sentir tanto la falta del Hermano limosnero, que pronto el Guardián hubo de acceder á las súplicas para que llamase y ofreciese de nuevo el hábito al paciente Andrés.

Comenzaba éste á dar pruebas de que la tribulación recién sufrida, lejos de debilitar el fervor de su alma, le había enardecido en el amor y servicio del Señor, cuando otra inesperada adversidad vino á poner el sello á la paciencia heroica del humilde lego.

Encendióse en la República del Uruguay la guerra civil, y bien pronto la ciudad de Montevideo se vió trocada en cuartel general y expulsados los religiosos de sus casas para reunir en ellas á las tropas del Gobierno. Los sacerdotes franciscanos no tuvieron más tiempo que el necesario para distribuírse entre algunas familias caritativas que les ofrecieron hospedaje, y los Hermanos legos fueron obligados á dejar el hábito y volver al siglo, mientras duraba la sangrienta revolución.

Á otro carácter que no estuviera modelado por la humildad y la confianza en Dios, esta nueva contrariedad le habría hecho renunciar para siempre á las esperanzas de consagrarse tranquilo á la vida religiosa. Pero Andrés había leído en el Rey-Profeta que jamás *desatiende Dios las oraciones de los humildes* (1), y, á semejanza de Judit, *lleno de humildad esperaba el consuelo del Señor* (2).

(1) Salmo CI, v. 18.
(2) Judit, cap. IX, v. 16.

Y este consuelo llegó pronto para Andrés, porque Dios, en recompensa, le abrió las puertas del último derrotero de su vida.

XI

Al Padre Felipe Echanagucía, religioso de virtud y letras, había llegado la noticia de que en Santiago de Chile se trabajaba por implantar la más estricta observancia en este Convento de Recolección Franciscana, fundado á principios del siglo XVII y que durante la guerra de la Independencia había servido para cuartel y parque de artillería y, más tarde, destinado á prestar hospedaje á las Monjas Clarisas de la Victoria. Sólo á fines de 1837 lograron volver á estos claustros los Recoletos Franciscanos y echar la nueva base de una Comunidad ajustada al rescripto expedido en 1824 por el Iltmo. señor Muzzi, Nuncio de Su Santidad.

El alma de todos estos trabajos apostólicos era el Reverendo Padre Fray José de la Cruz Infante, de imperecedera memoria en la Iglesia de Santiago por sus heroicas virtudes y sus preclaras dotes de gobierno.

Se comprende, señores, que el entusiasmo con que renacía á la vida monástica esta Recolección Franciscana, cuadraba perfectamente al espíritu de perfección evangélica que venía persiguiendo el Padre Echanagucía. Por eso, concibió el proyecto de trasladarse de Montevideo á este Convento de nuestra capital, tomando por compañero al que ya era su viejo amigo y discípulo aventajado en los caminos de la virtud, el lego exclaustrado Andrés García.

En obsequio de la brevedad y de las ansias por saludar en nuestra Patria al que es hoy uno de sus más bellos ornamentos, silenciaré, señores, los detalles de esta nueva navegación. Me bastará deciros que el celo de Andrés por la gloria de Dios, á no haber sido moderado por la prudencia de su mentor, le tuvo á punto de inmolar su vida á manos de una turba de impíos desalmados.

Á mediados del año 1839, el bergantín *Floreville* tocaba las playas de Valparaíso y bajaban de su puente los dos extranjeros que, sin descansar de las fatigas del viaje, se apresuraron á llamar á las puertas de esta Casa.

¡Alégrate, oh claustro venerando, porque bajo las apariencias de oscuro peregrino, te pide la limosna de techo y pan aquel que te en-

vía el cielo para ser la providencia que sustentará á tus hijos diariamente!...

¡Regocíjate, oh templo del Señor, porque el desaliñado huésped que, lleno de emoción, besa ahora tus dinteles, será el incansable obrero que hermoseará tus muros, levantará tus altares, y, con espléndidas fiestas, enriquecerá el culto del Señor!

¡Bendigan al cielo los huérfanos y las viudas, los enfermos y los menesterosos, los felices y los desgraciados, porque esas rugosas manos que se cruzan ahora sobre el pecho agradecido van á abrirse después para derramar en la choza, en el palacio, en los hospitales, en las cárceles, en la ciudad y en los campos, tesoros inagotables de salud y de consuelos!...

Y, vosotros, soberbios de la tierra, que sólo á los que el mundo llama grandes juzgáis capaces de realizar las grandes cosas, preparaos para recibir el castigo de ver á una sociedad entera que no se preocupará de vosotros, y sí, encontrará largos los días en que no pase por sus puertas Fray Andrés, el lego franciscano!

XII

Es cosa fácil al naturalista distinguir la calidad de los metales, y lo es también á las almas superiores el distinguir la falsa de la sólida piedad. Bastaron pocos días al venerable Padre Infante, Guardián de esta Casa en el año 1839, para entrever una mina de valiosísimos tesoros bajo la superficie sencilla y humilde de su pobre huésped. Le dió como primer trabajo el servicio en la cocina, y luego después, con unánime aplauso de los religiosos y singular contento del Padre Echanagucía, le vistió el hábito de la Orden Seráfica y le destinó al cargo de *limosnero.*

¿Qué oficio más despreciable ante los ojos del mundo, y qué misión con un campo más vasto para propagar la semilla del bien, que la de un limosnero con cualidades de apóstol, como Fray Andrés?

Atravesar las calles y las plazas; sufrir los ardores del sol y las inclemencias del frío; llamar á todas las puertas, recogiendo por cada moneda cien injurias; regresar noche á noche al claustro, llevando poco ó mucho con que ayudar al sustento de los hermanos, y pasar las semanas, los meses y los años sin otro testigo que Dios de los sacrificios cosechados: hé ahí la vida de esa víctima anónima de la ca-

ridad y la obediencia que se llama el Hermano Elimosnero... Pero, confiad esta santa obra á un gran corazón y á una alma rica de virtudes, y tendréis el curioso fenómeno de un mendigo que devuelve siempre mucho más de aquello que recibe. Así era Fray Andrés: si recibía limosna, devolvía piadosas bendiciones; si recibía excusas de pobreza, regalaba bálsamo de resignación y consuelo; si recibía desprecios, pagaba con plegarias de perdón; si se le cerraban las puertas de la misericordia, él abría las del arrepentimiento, y muchas veces lograba con sus ruegos, en cambio de una moneda, dar al enfermo la vida y llevar al cielo á un pecador...

¡Ah, señores! es cierto que fueron muchas y crecidas sumas de dinero las que reunió nuestro humilde lego; pero ¿quién podría reducir á guarismo todas las lágrimas que enjugó, las miserias que alivió, los pecadores que arrancó al infierno, las obras de piedad que llevó á término y los caudales de doctrina y de salud que iban marcando las huellas de su noble corazón?

XIII

Los doce años que duró este apostolado de Fray Andrés constituyen la época verdaderamente gloriosa de su vida, en que Dios se complacía en recompensar públicamente su bondad. Yo sé bien que leyes prudentísimas de la Iglesia y el decreto severo de un Pontífice me prohiben llevar la mano al arca sagrada de los hechos extraordinarios, cuya llave sólo posee el Vicario de Jesucristo en la tierra. Pero ¿qué importa, señores? Esas chispas luminosas que arranca Dios, cuando quiere, de esta tosca piedra de la naturaleza humana, revelan, es cierto, la omnipotencia de su brazo; pero, el gran milagro que redunda en beneficio propio, es el vencimiento sin tregua de las pasiones, y el ejercicio constante de las virtudes cristianas; esa es la roca inconmovible de la santidad y esa es la fuente de los méritos para el cielo, y lo que, según la gráfica expresión de un escritor, hace de la perfección «una cosa sobrenaturalmente natural.»

Dios, en su misericordia, había prevenido á Andrés contra los peligros de la vanagloria, haciendo que su humildad, acrisolada por las tribulaciones, le sirviera de escudo inexpugnable. Y, ahora que lo llama á ejercer un ministerio de caridad que va á traerle aplausos y distinciones humanas, le concede un auxiliar poderoso, que, como la

nube del desierto, le prestará benéfica sombra y le servirá de guía y protección hasta el fin de su jornada.

«No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una compañera» dijo Dios en el paraíso terrenal (1). Y esa palabra que abrió los secretos de la vida á la especie humana, también, en el orden de la gracia, debería tener su cumplimiento, haciendo que la mujer estuviera asociada á todas las empresas que para la gloria de Dios realizara el hombre, así como María, desde Belén hasta el Calvario, fué la Co-redentora del linaje humano.

Este influjo providencial, que leemos á cada paso en la historia de los grandes santos y de los héroes más ilustres del Cristianismo, se descubre á veces, en otras almas, bajo la forma humilde de una devoción que inspira el cielo; pero que llega á ser como el centro hacia el cual convergen todos los proyectos de un hombre: Fray Andrés nos ofrece prueba de ello.

Se aturde nuestro pensamiento cuando oímos decir á los sabios que hay astros en el firmamento, cuya luz, nacida en la alborada de la creación y recorriendo millares de leguas por cada instante, acaba de llegar al planeta que habitamos. Así también, señores, Dios nos sorprende á veces con la luz esplendorosa de santos que, escondidos por años y siglos, tachonaban los cielos de su gloria y recreaban las miradas de su amor.

De esos cielos altísimos, recién llegas tú ¡oh hija de la luz! hermosa Filomena, trayendo enlazadas en tu frente los blancos lirios y las encarnadas rosas de la virginidad y del martirio! Déjame saludarte, al borde del sepulcro del que fué apóstol incansable de tu gloria! Déjame bendecir tu nombre, junto al altar donde tu fiel amigo te presentaba sus ofrendas y donde derramaba sus lágrimas y sus plegarias!...

¡Oh hija ilustre de reyes y joya preciosa de la Grecia! Más frescos están los lauros segados por ti en el campo de la fe que los que ornaron las sienes de los vencedores en Platea, Salamina y Maratón! Más resuenan los himnos entonados á tus triunfos que los cánticos de Píndaro y Homero! Y hoy, cuando, desde los mármoles de Fidias hasta las columnas del Partenón yacen derribados por el empuje de los siglos, y amontonadas en ruinas las obras creadas por el genio de

(1) Génesis, cap. II, v. 18.

los griegos, ¡ah! levántate tú, creación divina, doncella incomparable, y ven á recibir la admiración de los pueblos de la tierra, en cambio del cetro que altiva desdeñaste cuando el Emperador de Roma era el señor del mundo!

¡Sí! Sal de las catacumbas, paloma prisionera de quince siglos, y vuela á nuestros templos, y del templo á los hogares y del hogar á los palacios; y no retornes al arca de los cielos sino llevando la oliva mensajera del reinado universal de Nuestro Señor Jesucristo!

XIV

De los labios de un ilustrado y virtuoso sacerdote (1) escuchó Fray Andrés la historia admirable de Santa Filomena, virgen y mártir del siglo III, cuyos restos habían sido descubiertos sólo á principios del presente, y de los prodigios extraordinarios que habían movido á León XII, Gregorio XVI y Pío IX para darle los títulos singulares de Taumaturga de nuestro siglo y Patrona de las Hijas de María. Desde el primer momento, el corazón de Fray Andrés sintióse irresistiblemente atraído, no sólo á la devoción, sino al apostolado del culto hacia la Virgen Mártir. Y á partir de esta época, la vida de Fray Andrés se identifica de tal manera con la devoción á Santa Filomena, que si alguna gracia se le pide, si alguna limosna recibe, si algún negocio se le encomienda, no tiene otra respuesta: «*lo encomendaremos á la Santa; Dios y la Santa os lo pagarán; poned en Ella vuestra confianza.*» Hasta á su propio nombre quiso agregar el de su amadísima Patrona.

Escudada la humildad de Andrés con esta piadosa devoción, las virtudes de su alma iban haciéndose cada día más notorias y más edificantes. Sin que él lo advirtiese, el árbol de su santificación se levantaba á medida que más profundas eran las raíces de su humildad. Como decía San Jerónimo de Santa Paula, *fugendo gloriam, gloriam merebatur:* «huyendo de la gloria, más la merecía», así el nombre de Fray Andrés llegó á ser objeto de la veneración de los habitantes de Santiago.

Las familias más distinguidas se disputaban el honor de verle llegar á sus casas; los más altos magistrados le sentaban á su mesa; los

(1) El Dr. don Pedro Ignacio Castro y Barros.

hombres conspicuos le pedían su consejo; los hijos del pueblo le miraban como su mejor amigo, y el nombre de *Fray Andresito*, que todos hoy le damos, fué el bautismo del respeto y del cariño universal.

Nadie había en esta capital que desconociera los méritos del Hermano limosnero de la Recoleta Franciscana; el único que los ignoraba era Fray Andrés. En su candor y sencillez de niño daba poca importancia á las consideraciones de que era objeto, las cuales, en todo caso, miraba como ofrecidas, no á su persona, sino al hábito religioso que vestía. Entre la humildad del oscuro pastor de Las Canarias y la del venerado lego franciscano había la diferencia que, según San Francisco de Sales, existe entre «comer en plato de barro como si fuera de oro y comer en plato de oro como si fuera de barro.» Para lo primero basta á nuestro corazón estar contento con su suerte, sin ambicionar aquello que nos falta; para lo segundo, es necesario recibir los honores, la gloria y los aplausos, para estimarlos en lo que justamente valen: humo, miseria y nada...

XV

Los límites de un discurso no me permiten, señores, hacer desfilar una á una delante de vuestros ojos las virtudes de Fray Andrés en este período de su vida, las cuales reflejaban una unión constante y estrechísima con Dios. No es raro que así fuese recompensada su humildad. San Agustín lo ha dicho: «Dios está muy alto; si intentáis subir hasta Él, Él huye de vosotros; pero si os humilláis en su presencia, al punto Él desciende hasta vosotros» (1).

Si quisieseis saber cuánta fué su caridad, os bastaría preguntar á las puertas de este claustro qué centenares de niños y de menesterosos recibieron de sus manos el pan y de sus labios la doctrina. Si deseáis conocer su piedad, preguntadle á estos altares con qué recogimiento le sorprendían, antes de lucir el alba, en fervorosa oración, que se prolongaba hasta terminar la última misa que se decía en el templo; oración que se transformaba en fuente de suspiros y lágrimas cuando recibía á Jesús Sacramentado, ó cuando, en compañía de los fieles, honraba con el Ejercicio del *Vía-crucis* los Misterios de la Pasión.

(1) Sermón II, de la Ascensión.

Si queréis tener una idea de su docilidad y mansedumbre, preguntad á los ancianos religiosos de esta Casa si alguna vez le vieron quebrantar la observancia de sus Reglas ó mostrarse alterado bajo el peso de sus fatigas y trabajos.

Si deseáis saber cuál fué su doble espíritu de pureza y mortificación, cosas que marchan siempre unidas, preguntad á sus contemporáneos si en alguna ocasión la conducta de ese limosnero, que se multiplicaba en todas partes, se prestó, no digo á las sospechas, ni siquiera á las calumnias contra su modestia angelical. Y el sacerdote que fué por muchos años su confesor, os podrá decir cuántas veces le fué preciso moderar el rigor de los ayunos, penitencias y sangrientas disciplinas con que tenía avasallada la rebeldía de su carne.

Agregad á ese ramillete de virtudes la devoción á la Santísima Virgen, de la cual Andrés no podía hablar sin entusiasmo; su celo por dar realce á las solemnidades del culto y su habitual alegría para ser el contento de sus hermanos religiosos, cuyas fiestas de familia él amenizaba con sencillos versos, compuestos, ora en celebración de las Pascuas, ora en homenaje de su querido Patriarca, ora en forma de parabienes, cuando un nuevo sacerdote subía á los altares.

Su ingeniosa piedad le dictó medios para colectar fondos especiales destinados á hacer fundaciones perpetuas con que anualmente se celebrara á su gloriosa Patrona, Santa Filomena, y se ofrecieran sufragios por las almas del Purgatorio, á quienes profesaba una singular devoción.

Y ¡cosa que asombra, señores! tras de este cúmulo de trabajos, Fray Andrés se daba tiempo para cumplir con hidalguía cristiana todos los deberes que en sus relaciones sociales le imponían la gratitud y el cariño. Amaba á Chile, su segunda patria, con tan filial ternura, que todo cuanto atañía á su bienestar le interesaba, y nunca se le vió más oprimido por el dolor que cuando hermanos contra hermanos cruzaron sus espadas en los campos de Loncomilla.

Á su mejor consejero y viejo amigo el Padre Echanagucía jamás dejó de consagrar un momento de tiempo para visitarlo en su celda y prestarle los más humildes servicios. Y la vez que vió en peligro de muerte al esclarecido patricio don Francisco Ignacio Ossa, su incansable bienhechor y protector insigne de esta Casa, el pobre lego, no sabiendo qué más penitencias ofrecer al cielo, abandonó sus san-

dalias, desgarró sus pies recorriendo nuestras calles y no puso término á sus oraciones y sacrificios sino después que alcanzó de Dios la mejoría de su amigo.

XVI

Nada hay, señores, que contraríe tanto á la soberbia humana como la humillación de la muerte y la podredumbre del sepulcro. Poderío, gloria, fortuna y ciencia, nada logra detener el golpe pavoroso de la muerte, y no hay brazo que impida á este cuerpo que se formó de barro convertirse en polvo...

Mas para el cristiano que vivió familiarizado con el pensamiento de que sólo Dios es grande y de que la vida humana es *saeta que cruza rápida el espacio*, *puñado de heno que disipa el viento y frágil nubecilla que evapora el aire*, ¡ah! para él, *la corrupción del sepulcro es su padre y son sus hermanos los gusanos.* La muerte, para los impíos y orgullosos es derrota vergonzosa; mas para los que con Cristo se humillaron, *¿dónde está, oh muerte, tu victoria?*

Por eso Andrés, cuando la vió llegar, lejos de amedrentarse en su presencia, salió á su encuentro como soldado que va á recibir corona de recompensa.

Cerrar los ojos al mundo cuando nunca se buscaron sus vanidades y placeres; decir adiós á los hermanos y amigos que van á ser esperados en el cielo; entregar á la tierra un cuerpo humillado ya por la mortificación y la pobreza; abrir al alma la puerta de su cárcel para que vuele al seno de Dios, ¡ah! eso no es morir!

Y así nuestro humilde lego emprendió su viaje á la eternidad...

Los que con razón se estremecieron de dolor fueron los religiosos de esta Casa, que inopinadamente vieron á Andrés desplomarse en el coro de esta iglesia y tenderse en su lecho para no levantarse de él. Los que con razón acudían turbados á la celda del pobre limosnero eran sus amigos, que traían los mejores médicos á la cabecera del enfermo. Los que con razón herían el aire con sollozos y plegarias eran los desvalidos y las viudas que iban á quedar sin protección ni sustento. Los que con razón sintiéronse agitados de indecible pena fueron los habitantes de Santiago, cuando, á las ocho de la mañana del 14 de Enero de 1853, supieron que la campana de agonía anunciaba en estos claustros que *Fray Andresito*, seis días antes robusto y sano, se hallaba ahora próximo á exhalar el último suspiro...

Sereno en medio de la tempestad que el cariño levantaba en torno de su lecho; iluminado el rostro por los cirios que sostenían los religiosos en sus manos; fijas sus miradas en la cruz y en la imagen de Santa Filomena, su abogada; entreabiertos sus labios para dar paso á las jaculatorias de amor, á las protestaciones de fe, á las palabras de perdón y á las súplicas postreras que brotaban de su alma, la vida del humilde lego, como grano de incienso que en el fuego se quema y se consume, así se fué apagando en el fuego de la caridad divina, siempre despidiendo el suave olor de sus virtudes...

XVII

Aquí tenéis, señores, toda la herencia que de Fray Andrés nos queda: sus ejemplos para imitarlos, y sus huesos venerandos para transmitirlos de generación en generación, rodeados de general respeto.

Después de cuarenta años, hoy se repiten en torno de ellos las mismas manifestaciones que le fueron tributadas por el pueblo de Santiago cuando entregó ese cadáver á la desnuda tierra en el cementerio de esta Casa, y, más tarde, cuando el 10 de Julio de 1855 fueron exhumados para darles más honrosa sepultura bajo el techo de esta iglesia, junto al altar que sus manos erigieron á Santa Filomena.

Lo que sucederá después, sólo Dios lo sabe... En sus manos está el secreto de hacer que, al mandato de su voluntad divina, los huesos abatidos por la muerte, se animen, se levanten y profeticen, como en las visiones de Ezequiel.

Nosotros sabemos lo que el Espíritu Santo nos dice en los Proverbios: *Gloriam præcedit humilitas:* «la gloria sigue siempre á la humildad» (1), y esto basta.

Cuando el Padre Guardián de este Convento se acercó á Fray Andrés moribundo para instarle que le confiase algunos hechos inexplicables de su vida, tembló de miedo el humilde lego y con sublime modestia respondió: *«En mi vida no hay sino pecados que me hacen pedir misericordia al Señor.»*

¡Oh triunfo de la humildad! Pero si los labios del justo se cierran

(1) Proverbios, cap. XV, v. 33.

para reconocer su propia nada, Dios, si lo quiere, puede abrir el ancho mar de su bondad para que el pueblo de Israel admire los tesoros que había ocultos en sus profundísimas entrañas...

Nuestro deber, señores, es orar siempre por los muertos. Hagámoslo hoy sobre esta fosa, pero con *un corazón contrito y humillado*, para que merezcamos ser oídos (1).

¡Sí! Altísimo Señor, en cuya presencia tiene sombras el ángel, y abismo de ignorancias y de maldades es el hombre! Hundida la frente en el polvo de nuestra nada, os pedimos que encuentre gracia delante de Vos el alma de vuestro siervo.

Y si os fuese aceptable esta común plegaria, apresuraos á venir en nuestro auxilio! Es hora de tribulación, Señor... La generación que se levanta, divorciada de vuestra Ley y vuestra Iglesia, se perderá, Dios mío, si á sus ojos, cegados por la soberbia, no hacéis llegar las luces esplendorosas con que exaltáis á la humildad!...

(1) Salmo L, v. 19.





ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

Desde la llegada del Siervo de Dios á Chile hasta su muerte.

TERCERA PARTE

Desde la predicción de su muerte hasta la traslación de su cuerpo.

CUARTA PARTE

Desde la traslación del cuerpo del Siervo de Dios hasta nuestros días.

FIN DEL ÍNDICE.

